

RICHARD GILLESPIE

SOLDADOS DE PERÓN

Historia crítica sobre los Montoneros

Traducción de
ANTONI PIGRAU



EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

Gillespie, Richard

Soldados de Perón : historia crítica de los Montoneros.

- 3ª ed. - Buenos Aires : Sudamericana, 2011.

480 p. ; 23x16 cm. (Investigación periodística)

Traducido por: Antoni Pigrau

ISBN 978-950-07-2938-3

1. Investigación Periodística. I. Pigrau, Antoni, trad. II. Título
CDD 070.44

Primera edición: marzo de 2008

Tercera edición: abril de 2011

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,
ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación
de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico,
fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia
o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

IMPRESO EN LA ARGENTINA

*Queda hecho el depósito
que previene la ley 11.723.*

© 2008, Editorial Sudamericana S.A.®
Humberto I 555, Buenos Aires.

www.megustaleer.com.ar

ISBN: 978-950-07-2938-3

Título del original en inglés:
Soldiers of Peron. Argentina's Montoneros

© 1982, Richard Gillespie

Traducción revisada por Martha y Enrique Torn
en la edición de Oxford University Press, Nueva York, 1982

Esta edición de 3.000 ejemplares se terminó de imprimir en Grafinox S.A.,
Lamadrid 1576, Villa Ballester, Bs. As., en el mes de abril de 2011.

INTRODUCCIÓN

Lo que va a leerse en las páginas que siguen, es la historia de una locura. Una locura que al principio se apoderó del espíritu de un puñado de muchachos pertenecientes a clases medias altas, y luego inficionó todo el cuerpo social argentino. Fue, en un comienzo, una aventura casi quijotesco, atravesada de nobles ideales: terminar con la injusticia social, oponerse al autoritarismo de un régimen ilegítimo, romper la hipocresía y el convencionalismo de las fuerzas dominantes. Pero estos objetivos, que podían ser compartibles aun en su difusa exposición, se fueron degradando cuando se intentó su consecución mediante el uso permanente y sistemático de la violencia terrorista. En pocos años, la Argentina terminó convirtiéndose en un campo salvaje donde la lucha armada se exaltaba como un fin en sí mismo, cualquier crimen se justificaba y la competencia política era, simplemente, una apuesta a la calidad de las metralletas y a la eficacia para volar un enemigo: el ceremonial del "caño", el trágico erotismo de la muerte.

Buena parte de la culpa de esta locura colectiva corresponde al movimiento que el profesor Richard Gillespie describe en este libro.

Las luctuosas consecuencias que decimos, venían de una insinceridad inicial. Montoneros se constituyó primitivamente con elementos que nada tenían que ver con el peronismo. En cierto momento advirtieron que sus esfuerzos girarían en el vacío si no lograban conectarse con el movimiento masivo que, aun en la inorganicidad a que obligaba un poder de facto que había congelado la política, mantenía vivo y fresco el poderoso mito de Perón, la nostalgia de una época durante la cual el pueblo habría sido feliz, y la esperanza de su retorno. Entonces, los conductores de Montoneros se disfrazaron de peronistas. Adoptaron las consignas que instintivamente levantaba el pueblo peronista y las radicalizaron: ya no más "Perón vuelve" sino "Perón o muerte". Se erigieron en jueces del movimiento en el que se infiltraron: "Rucci, traidor, a vos te va a pasar lo que le pasó a Vandor". Confiscaron el recuerdo de Evita y lo hicieron una bandera exclusiva: "Si Evita viviera, sería montonera". Se jactaron de sus procedimientos: "Éstos son los Montoneros que mataron a Aramburu". Reclamaron para ellos la condición de la auténtica pureza peronista y de esta mentira originaria pasaron a recoger la adhesión de buena parte del pueblo peronista.

De este modo, Montoneros se fue convirtiendo en dueño de algo que parecía la verdad justicialista. Acostumbraron a las masas al sabor de la violencia: cada acto sangriento era aplaudido por gente a la que ni el propio Perón en su época presidencial, había arrastrado a esos territorios. Y la mentira inicial de Montoneros se completó con otra, que el mismo Perón se complació en dejar elaborar: la idea de que el líder justicialista era un revolucionario, una suerte de Mao o de Fidel que habría de motorizar una transformación tan vasta como la de estos conductores en cuanto se pusiera al frente de los destinos del país.

Lo que empezó con una mentira y se continuó con otra, lo que se llevó adelante con métodos violentos, fascistas, no podía tener otro fin que el que tuvo.

Quiero decirlo sin atenuar mi juicio con ningún matiz exculpatorio: los Montoneros me repugnaron siempre. Por sus métodos en primer lugar, pero además por sus pueriles y contusos objetivos y hasta por la calidad humana de sus dirigentes. No siento la menor admiración por ellos. Sin duda, algunos militantes fueron valientes, pero otros muchos demostraron flojedad cuando llegó el momento de hacer frente a fuerzas oficiales o paraestatales. Una cosa era pegarle un tiro a Aramburu en el sótano de una estancia abandonada, o copar un pueblito de la sierra cordobesa, y otra cosa muy distinta enfrentar el poder de un Estado que, tal como hacían sus enemigos, no quiso limitarse con ninguna norma ética. En esta coyuntura, donde no se trataba de asesinar a gente inerte o ensayar operaciones sorpresivas sino de matar o hacerse matar, los Montoneros demostraron la debilidad de sus convicciones, las fallas de su formación teórica, las equivocaciones de su estrategia y la insinceridad de su adhesión a una postura política adoptada por oportunismo. Ahora se sabe lo que vagamente se intuía en la época de Videla: la increíble colaboración de muchos ex montoneros en la delación de sus antiguos compañeros. Pocas veces se habrá dado en nuestra historia el ejemplo de traiciones tan miserables como éstas. La huida final de sus principales jefes, dejando en la estacada a su segunda línea, las órdenes que enviaron a la muerte en 1978 a dirigentes castigados por sus disidencias, la tilinguería de su conducción en el exilio, ocupándose del ceremonial militar de la organización, completan la caracterización de la catadura moral del grupo. Un grupo que, no lo olvidemos, alcanzó a manejar la Juventud Peronista, se apoderó de la universidad y estuvo, aunque brevemente, en la intimidad del poder argentino en 1973.

Por lo mismo, encuentro incomprensible que intelectuales que habían hecho un ejercicio cotidiano del pensamiento racional, hayan asesorado y aun compartido responsabilidad

des operativas con un grupo cuyo proselitismo se fundaba en la muerte. No puedo asumir que, enfrentados a un régimen militar, se mimetizaran con lo castrense en el lenguaje, la gradación jerárquica, el protocolo y la vocación por los uniformes. Hallo injustificable la actitud de políticos, artistas, sacerdotes, gremialistas, periodistas y otros que, por esnobismo o cálculo, contribuyeron a crear un clima de simpatía hacia Montoneros o pretendieron dar jerarquía política a cónclaves donde se procesaba secretamente a determinados personajes, se los condenaba a muerte y se ejecutaban tales sentencias. ¡Muy enfermo debió estar nuestro país para que ocurrieran estas aberraciones!

Mis antecedentes me eximen, creo, de aclarar que la misma repugnancia me provoca la brutal represión con que fue arrasado Montoneros y otros grupos similares. Quien, como yo, repudia la violencia en todas sus formas, no puede justificar los métodos usados por el Estado o sus delegados paraestatales, en esa represión indiscriminada que saltó todas las categorías legales y éticas que lo limitan. Al fin, Montoneros y sus similares usaban de esa violencia que a veces estalla en el seno de cualquier sociedad; pero cuando es el Estado, a través de sus instituciones armadas, el que se encanalla con el ejercicio de la brutalidad, la coacción, la tortura, el asesinato, entonces toda la arquitectura jurídica de la comunidad se desploma. Al fin y al cabo, Montoneros no era otra cosa que un grupo de "soberbios armados" —para usar la expresión de Pablo Giussani—. El Estado represor, en cambio, significaba la degradación de la más alta institución comunitaria.

Pueden parecer fuera de lugar estas declaraciones personales. Pero sucede que al leer este libro he revivido en mi

espíritu esos espantosos años en que toda norma civilizada pareció haber desaparecido en mi país, arrasada su tradición política por un viento de demencia aparentemente indetenible. Además, mis juicios vienen como compensación a la deliberada asepsia con que el profesor Gillespie hace la crónica de Montoneros, desde su nacimiento hasta su final disgregación. El autor hace bien en historiar así. No es argentino, y la trayectoria de los "soldados de Perón" constituye para él un sujeto de investigación, y nada más. Para nosotros, la gente de esta tierra, Montoneros es una de las pesadillas que vivimos desde los finales de los sesenta hasta hace poco tiempo.

Porque ese grupo está estrechamente asociado a esos tremendos años, porque su propia frustración evidenció que hasta los ideales más nobles se enroñan cuando se pretende obtenerlos a través de medios despreciables, porque muchos de los jóvenes que cayeron en nombre de esa negra bandera podrían haber sido magníficos dirigentes; por todo esto, el libro del profesor Gillespie es importante y oportuno. Ha navegado con seguridad en las engañosas aguas de aquella organización cuyo hermetismo cubría su realidad. Ha recogido toda la información posible. Ha seguido el hilo de acontecimientos confusos y ambiguos con todo el rigor necesario.

Sobre los hechos y los nombres registrados por el profesor Gillespie, los lectores argentinos ratificarán la lección que los sucesos mismos les brindaron. Pues, en último análisis, la historia —ya lo decía Goethe— se hace también para deshacerse de ella.

FÉLIX LUNA
1986

PRÓLOGO A LA TERCERA EDICIÓN

La publicación de una tercera edición de *Soldados de Perón* —veinte años después de la primera edición en castellano y algo más de un cuarto de siglo después de la edición original en inglés— me brinda el placer de saber que esta obra sigue teniendo relevancia en la Argentina, a pesar del cambio generacional. Me agrada comprobar que un libro que fue una pieza de análisis contemporáneo, escrito durante la última fase de la insurgencia montonera, hoy reaparece más como un libro de historia; pero al mismo tiempo me pregunto: ¿por qué? ¿Es posible que en la Argentina, un país con fama de vivir más en el presente que pensando en el pasado, haya aumentado el interés del público por los libros sobre historia nacional? En el mundo universitario argentino, sí tengo la impresión de que ha habido más interés entre los investigadores en la época de los sesenta y los setenta, aprovechando la libertad para incursionar en este terreno a partir del fin de la época militar. Mientras que, para un público más amplio, el interés potencial del libro ahora parece residir más bien en la influencia política que ha tenido el período de la guerrilla con relación a la Argentina de hoy y al pasado reciente.

Evidentemente, hubo cambios políticos importantes en la Argentina a partir de la década del ochenta, y hoy la vio-

lencia política carece de la legitimidad que antaño tenía para importantes sectores de la sociedad. Sin embargo, el modelo económico y la falta de compromiso social de algunos gobiernos elegidos bajo la democracia traen como consecuencia la vigencia de una tradición vibrante de protesta social que todavía entusiasma a muchos militantes nacionalistas y de izquierda. Entre ellos, se destaca el fenómeno de los "piqueteros", grupo de desocupados y a la vez movimiento social que despertó el apoyo de núcleos radicales y llegó a tener fuerte impacto, sobre todo en diciembre de 2001, convirtiéndose en un factor de importancia en la elección de Néstor Kirchner como presidente de la República.

Lo interesante no es tanto la continuidad individual de supervivientes montoneros en otras organizaciones políticas o en movimientos sociales, sino la influencia política de los Montoneros como modelo de cierto tipo de insurgencia, modelo que finalmente fracasó, pero que sin embargo sigue ofreciendo a los activistas políticos de perfil parecido, en la Argentina y en otros países, ciertas lecciones de cómo actuar y cómo no actuar en situaciones comparables (y también hasta cierto punto en situaciones diferentes, dada la posibilidad de extraer elementos de la estrategia para el uso táctico o para adaptarse a otras condiciones). En concreto, los que intentaron promover a los piqueteros como movimiento social buscaban una forma de acción sociopolítica extraparlamentaria que evitaría el rechazo social que encontraron los Montoneros en su fase final y que a la vez fuera más difícil de reprimir por parte del Estado. Los lazos que vincularon a los piqueteros con los Montoneros existían a nivel estratégico en el sentido de que, mientras la guerrilla urbana dirigida hacia formas de guerra popular fue rechazada, los piqueteros mantenían el énfasis en la acción directa, no excluyeron la violencia —siempre que fuera "de

masas"— y se apropiaron de algunos métodos guerrilleros a nivel táctico.

No voy a intentar evaluar globalmente el fenómeno piquetero. Mi argumento es que éstos fueron conscientes de la experiencia montonera cuando planteaban su propia estrategia. Esencialmente, buscaron una forma de acción directa que fuese más difícil de combatir policial o militarmente, y que complicaría la justificación de la represión. Los militantes piqueteros habitualmente no llevaban armas, e incluso cuando emplearon armas improvisadas o caseras, dificultaron más (en comparación con los "operativos" guerrilleros del pasado) la aplicación de medidas represivas por parte de las autoridades y las fuerzas del orden. Mientras recurrieron a los métodos violentos, aprendieron de la experiencia de la guerrilla urbana la importancia de evitar víctimas mortales, seleccionando como blancos diversas propiedades, sobre todo las sedes de las grandes empresas multinacionales y las instituciones del Estado. Además, en contraste con las iniciativas elitistas de la guerrilla urbana, los piqueteros optaron por la acción colectiva, buscando mantener su propia seguridad en la masificación de la lucha, para evitar así aislarse como los insurgentes del pasado. Finalmente, rechazaron el "aparatismo" de los Montoneros, organización siempre dirigida por una comandancia suprema formada por líderes guerrilleros, que controlaba toda una serie de aparatos de apoyo e infraestructura. En vez de constituirse burocráticamente, los piqueteros utilizaron las asambleas de vecinos para debatir las iniciativas tendientes a la acción, una forma de tomar decisiones que a la vez hizo difícil a las autoridades distinguir entre los dirigentes y la base. Seguramente, fue una forma de actuar más vulnerable a la infiltración, pero con menos consecuencias para la supervivencia del movimiento que en el caso de las estructuras burocrático-militares de los Montoneros.

Fue así como los piqueteros adoptaron elementos de la estrategia inicial montonera y, más importante aún, aprendieron de los “errores” cometidos por los aspirantes a “soldados de Perón”. Quizás encontraron algunos obstáculos parecidos: a pesar de practicar cierta discriminación en el enfoque de su actividad violenta, los dos movimientos vieron difícil limitarse a los blancos elegidos en un principio. Los piqueteros perdieron la simpatía de muchos ciudadanos por destrozar coches particulares durante las batallas callejeras. El drama de la acción directa tenía su atractivo, pero sólo durante un tiempo, y luego empezó a ser percibido más bien como una molestia que complicaba la vida diaria.

A fin de cuentas, los dos movimientos tenían más impacto como fuerzas de resistencia o de protesta que en el cumplimiento de sus objetivos políticos y sociales. Sin embargo, su experiencia como fuente de lecciones para cualquier persona interesada en el cambio político y social sigue siendo relevante en la Argentina, dado el número de personas desencantadas con el *statu quo* contemporáneo. Los Montoneros y otras organizaciones comparables, a pesar de su derrota histórica, quedan como un punto de referencia, y eso se debe fundamentalmente a que representaban un enfoque estratégico determinado.

El pragmatismo político de los Montoneros —al decidir definirse como peronista, al actuar dentro del movimiento peronista y al intentar hacer política en combinación con la actividad armada— no debería ocultar el hecho de que por lo general la actividad de la organización era informada a través de una estrategia muy pensada y difundida por medio de comunicados y entrevistas concedidos por los comandantes guerrilleros. Como intento argumentar en el libro, a largo plazo la estrategia montonera exhibió evidentes defectos y contradicciones, sobre todo cuando sus miem-

bro se inspiraron demasiado en la experiencia de las revoluciones en otras partes del mundo (sobre todo China, con su interpretación maoísta), y se acentuó excesivamente el militarismo. Pero, a pesar de su fracaso y los grandes costos en sufrimiento humano que traía, el caso de los Montoneros mantiene un lugar destacado en la historia de la insurgencia, por ser el ejemplo de guerrilla urbana que más éxito relativo ha tenido a nivel mundial.

Por eso, el tema de los Montoneros no es relevante solamente para los argentinos que quieren aprender de su propia historia, sino para un público internacional. Se quiera o no, los Montoneros y otras formaciones guerrilleras volvieron a la Argentina “relevante” como laboratorio para el estudio de la insurgencia. No es un logro para ostentar ni un modelo para adoptar como ideal. Pero sí, la historia de los Montoneros significa un episodio de conflicto que, más allá de la tragedia y el dolor, es muy rico en lecciones políticas. Son lecciones discutibles, sin duda, y la única forma de clarificar las cuestiones controvertidas es entablando el debate de una manera seria y racional, con la ayuda de una literatura creciente sobre ciencia social e historia. Las condenas morales de la violencia mantienen su vigencia, pero no pueden sustituir al análisis histórico que busca entender lo ocurrido.

RICHARD GILLESPIE
Chester, enero de 2008

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Desde que se escribió el prólogo de la edición inglesa han ocurrido varios acontecimientos políticos importantes: la recuperación de los movimientos populares en la Argentina, una guerra criminal en las Malvinas, la humillación de los militares y un nuevo esfuerzo por consolidar una democracia estable. Afortunadamente, esos hechos no han vuelto necesaria la actualización de este libro a la hora de publicar la edición española, porque los Montoneros dejaron de tener impacto en la política argentina a fines de los años setenta. No obstante, parece útil ofrecer esta obra al lector latinoamericano y español, tanto por la luz que puede arrojar sobre los hechos del pasado reciente como por las observaciones que ofrece acerca de la violencia insurreccional en general.

En esta edición no he hecho ningún cambio sustantivo, pero he modificado algunas secciones de la edición original inglesa en que había pequeños errores. He tomado todas las precauciones necesarias para que la traducción de las citas que aparecen sean totalmente fieles al original. Hay unos pocos casos en que esto no ha sido posible, por ejemplo cuando mi fuente de información ya estaba en inglés, o cuando se trataba de una publicación guerrillera clausurada por las autoridades argentinas y que no se ha

podido obtener desde entonces. Aunque algunas citas no aparecen textualmente, puedo asegurar a los lectores que el significado es correcto. En cuanto a la totalidad de los libros mencionados, las publicaciones clandestinas o los documentos internos de los Montoneros y la gran mayoría de periódicos y revistas (incluso los que fueron clausurados), fue posible localizar la versión original.

Durante la preparación de esta edición, varias personas han colaborado en el intento de ofrecer una traducción correcta. Estoy muy agradecido a Martha y Enrique Torn por su valioso trabajo, sobre todo por su interés en asegurar que una versión hecha en Barcelona sea tan aceptable en América Latina como en España. Jorge Barón aportó su utilísima opinión sobre la traducción original, mientras que María Elena Fernández me ayudó enormemente en mejorar varias secciones. Además, quiero aprovechar la oportunidad para agradecer las observaciones y comentarios de todos los argentinos que me escribieron después de la publicación del libro en inglés. Personalmente, sus reacciones fueron de mucho mayor provecho que las críticas más elogiosas. Quiero mencionar particularmente a Amanda Peralta y Andrés Alsina por indicarme algunos errores de detalle que se deslizaron en la edición inglesa. Finalmente, por su tolerancia y apoyo mientras trabajaba en esta traducción, quiero manifestar mi agradecimiento a María Elena, Ana y Nelson.

RICHARD GILLESPIE
Universidad de Warwick, 1986

PRÓLOGO A LA EDICIÓN INGLESA

La guerra de guerrillas urbana, sobre todo cuando se da en una sociedad tan agudamente polarizada y tan manchada de sangre como la de la Argentina contemporánea, ha suscitado los comentarios de un excesivo número de apologistas y detractores. Ni la hagiografía ni la demonología se han beneficiado mucho de tus esfuerzos, que no siempre han culminado en observaciones válidas respecto de los efectos instrumentales de este tipo de guerra. Al ofrecer esta historia crítica de la principal fuerza guerrillera urbana que ha existido hasta la fecha en la América Latina, he intentado examinar las ambiciones y el impacto de la violencia insurreccional sin presentar a los combatientes ni como santos ni como pecadores. Las imágenes predominantes de los guerrilleros como heroicos defensores de la libertad o como terroristas sanguinarios las rechazo por inapropiadas.

En ningún momento de los años sesenta los Montoneros parecieron capaces de acaudillar una revolución popular o de tomar el poder del Estado por medios militares. En efecto, ellos mismos consideran una buena parte de aquel decenio como fases de una lucha defensiva. Su importancia no radicó en el triunfo político, sino más bien en el hecho de servir de expresión tanto del potencial como de las limi-

taciones de una estrategia que numerosos movimientos izquierdistas y de liberación nacional han probado durante estos últimos años. Sin embargo, ningún examen del fenómeno montonero sería completo si se limitara a las desgracias y avatares de una organización de guerrillas urbanas. Los Montoneros empezaron como tal, pero se convirtieron rápidamente en un movimiento radical nacionalista que, cuando se le permitió movilizar abierta y legalmente el apoyo político, lo hizo de manera impresionante. Decenas y hasta centenares de miles de argentinos se agruparon tras sus estandartes en los violentos meses de 1973-1974. Por lo tanto, además de iluminar la oscura realidad del mundo clandestino de la guerrilla, este estudio examina a los Montoneros como unos actores políticos cuya influencia en la vida política argentina en general, y particularmente sobre el peronismo en evolución, ha sido sustancial.

Los dos primeros capítulos de este libro, que analizan las circunstancias ideológicas en que surgieron los Montoneros, dan algunas pistas de la razón por la que ellos y no otras fuerzas guerrilleras de la época consiguieron la supremacía. Los capítulos que van del tercero al sexto consideran las iniciativas políticas y militares tomadas por los Montoneros en cuatro períodos distintos: los últimos tres años del período militar de 1966-1973; las presidencias, en 1973-1974, de Héctor Cámpora y Juan Domingo Perón; la administración, considerablemente menos popular, de María Estela Martínez de Perón, la primera mujer presidenta de la Argentina (1974 a 1976); y, finalmente, los cinco primeros años del régimen militar implantado en marzo de 1976 y acaudillado al principio por el general Jorge Rafael Videla.

Buena parte del material en que se basa este libro fue reunido durante los dieciséis meses de mi visita de investigación efectuada a Buenos Aires en 1975-1976, y el pri-

mer resultado de esa experiencia fue mi tesis doctoral *The Peronist Left* (Universidad de Liverpool, 1979); sin embargo, las entrevistas llevadas a cabo desde 1976, junto con la adquisición de recientes publicaciones y documentos sobre la guerrilla, permiten que el presente libro comprenda la totalidad de los años setenta. Las fuentes utilizadas son, básicamente, diarios argentinos y semanarios de información; las revistas políticas de los Montoneros y las publicadas por otras tendencias políticas; documentos públicos e internos de la guerrilla; entrevistas con los Montoneros hechas públicas; entrevistas personales con miembros y simpatizantes de los Montoneros, así como también con periodistas especializados, académicos y escritores; y libros pertenecientes a la izquierda peronista y a la historia política de la Argentina.

Se usan pocas abreviaciones para indicar las fuentes materiales, para que no se confundan con las iniciales y acrónimos representativos de la gran cantidad de organizaciones políticas, guerrilleras y sindicales que intervinieron en el desenlace del embrollo argentino. Se hallará una lista de ellas al comienzo del libro, y un glosario de términos al final.

Varias personas e instituciones me prestaron una ayuda indispensable durante la preparación de esta obra. En particular el doctor Walter Little, de la Universidad de Liverpool, merece mi reconocimiento por su excelente labor como supervisor de investigaciones doctorales. Además de ser una constante fuente de estimulantes ideas, me ayudó en gran manera con sus críticas y aprobaciones. Entre los que tuvieron la amabilidad de examinar mis borradores, Alan Angell, del St. Anthony's College de Oxford, debe recibir mi agradecimiento por sus agudos comentarios y sus positivas sugerencias. En 1974-1977, el Social Science Research Council me concedió generosamente una beca de in-

investigación, sin la cual no habría podido llevarse a cabo la investigación original. Además, debo dar las gracias al Departamento de Teoría Política e Instituciones de la Universidad de Liverpool, al Departamento de Política de la Universidad de Newcastle upon Tyne y, sobre todo, al St. John's College de Oxford por proporcionarme los medios indispensables durante la fase de redacción del proyecto.

Por desgracia, no puedo mencionar por su nombre a muchos argentinos que me prestaron su apoyo de innumerables maneras, aun cuando algunos se hallan actualmente en el exilio. Figuran entre ellos académicos, abogados, militantes y amigos personales que facilitaron mi contacto con personas que podían ayudarme en mi trabajo. Dado el presente clima político interior de la Argentina y la evidente facilidad con que los disidentes argentinos que viven en el extranjero pueden ser secuestrados para no reaparecer jamás, el hecho de identificarlos podría ser igual que una sentencia de muerte. Su contribución fue verdaderamente esencial, tanto en la forma de entrevistas personales como de conversaciones informales pero informadas, o en la de suministro de material político ilegal y de facilidades para contactos ulteriores. Aparte de expresarles mi reconocimiento por el mucho tiempo que dedicaron a mi empresa, quisiera darles las gracias por los riesgos que corrieron y por la confianza que depositaron en mí.

RICHARD GILLESPIE
Universidad de Oxford, 1981

SIGLAS Y ABREVIATURAS

I. ORGANIZACIONES ARGENTINAS

AAA	Alianza Anticomunista Argentina o Triple A
AB	Asociación Bancaria
AC	Acción Católica
AE	Agrupación Evita
ANDE	Asociación Nacional de Estudiantes de Derecho
APA	Agrupación del Peronismo Auténtico
APR	Alianza Popular Revolucionaria
ATE	Asociación de Trabajadores del Estado
CAR	Corriente Argentina Revolucionaria
C de O	Comando de Organización
CGE	Confederación General Económica
CGT	Confederación General del Trabajo
CGTA	Confederación General del Trabajo de los Argentinos
CGT-R	Confederación General del Trabajo en la Resistencia
CGU	Confederación General Universitaria
CNFC	Consejo Nacional de Federaciones y Centros
CNT	Comisión Nacional del Trabajo
CNU	Concentración Nacional Universitaria
CPL	Comandos Populares de Liberación
CSP	Comando/Consejo Superior Peronista
CUTA	Conducción Única de Trabajadores Argentinos
EGP	Ejército Guerrillero del Pueblo
EM	Ejército Montonero

ENR	Ejército Nacional Revolucionario
ERP	Ejército Revolucionario del Pueblo
FAL	Fuerzas Armadas de Liberación
FAP	Fuerzas Armadas Peronistas
FAR	Fuerzas Armadas Revolucionarias
FEN	Frente Estudiantil Nacional
FGB	Federación Gráfica Bonaerense
FIP	Frente de Izquierda Popular
FM	Franja Morada (grupo estudiantil alfonsinista de los radicales)
FORJA	Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina
FOTIA	Federación de Obreros Tucumanos de la Industria del Azúcar
FRECILINA	Frente Cívico de Liberación Nacional
FREJULI	Frente Justicialista de Liberación
FRIP	Frente Revolucionario Indoamericanista Popular
FUA	Federación Universitaria Argentina
GNR	Guardia Nacionalista Restauradora
JAEN	Juventud Argentina por la Emancipación Nacional
JCR	Junta de Coordinación Revolucionaria
JEC	Juventud Estudiantil Católica
JOC	Juventud Obrera Católica
JP	Juventud Peronista
JPA	Juventudes Políticas Argentinas
JPM	Juventud Peronista Montonera
JPRA	Juventud Peronista de la República Argentina
JRP	Juventud Revolucionaria Peronista
JSP	Juventud Sindical Peronista
JTP	Juventud Trabajadora Peronista
JUC	Juventud Universitaria Católica
JUP	Juventud Universitaria Peronista
M-17	Montoneros 17 de Octubre
MID	Movimiento de Integración y Desarrollo
MIP	Movimiento de Inquilinos Peronistas
MJP	Movimiento de la Juventud Peronista
MNR	Movimiento Nacional Reformista

MNRT	Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara
MOR	Movimiento de Orientación Reformista
MPA	Movimiento Peronista Auténtico
MPM	Movimiento Peronista Montonero
MRP	Movimiento Revolucionario Peronista
MVP	Movimiento de Villeros Peronistas
OAP	Organizaciones Armadas Peronistas
OCPO	Organización Comunista Poder Obrero
OLA	Organización para la Liberación de Argentina
OPM	Organización Político Militar
PA	Partido Auténtico
PB	Peronismo de Base
PCA	Partido Comunista de la Argentina
PCR	Partido Comunista Revolucionario
PI	Partido Intransigente
PJ	Partido Justicialista
PM	Partido Montonero
PPA	Partido Peronista Auténtico
PRC	Partido Revolucionario Cristiano
PRT	Partido Revolucionario de los Trabajadores
PSA	Partido Socialista Argentino
PSRN	Partido Socialista de la Revolución Nacional
PST	Partido Socialista de los Trabajadores
62 De Pie	62 De Pie Junto a Perón
SITRAC	Sindicato de Trabajadores de Concord
SITRAM	Sindicato de Trabajadores de Materfer
SMATA	Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor
SUD	Sindicato Universitario de Derecho
TEA	Tropas Especiales de Agitación
TEI	Tropas Especiales de Infantería
TP	Tercera Posición
Triple A	Véase AAA
UCR	Unión Cívica Radical
UCRI	Unión Cívica Radical Intransigente
UCRP	Unión Cívica Radical del Pueblo

UDELPA	Unión del Pueblo Adelante
UES	Unión de Estudiantes Secundarios
UNE	Unión Nacional de Estudiantes
UNES	Unión Nacionalista de Estudiantes Secundarios
UOCRA	Unión Obrera de la Construcción de la República Argentina
UOM	Unión Obrera Metalúrgica
UTA	Unión Tranviarios Automotor (Sindicato de Trabajadores del Transporte)
VC	Vanguardia Comunista
VR	Vanguardia Revolucionaria

2. ORGANIZACIONES NO ARGENTINAS

ELN	Ejército de Liberación Nacional, Bolivia
ETA	Euskadi Ta Askatasuna (Patria Vasca y Libertad), País Vasco, España
FAI-CNT	Federación Anarquista Ibérica - Confederación Nacional del Trabajo, España
FSLN	Frente Sandinista de Liberación Nacional, Nicaragua
MIR	Movimiento de Izquierda Revolucionaria, Chile
MLN(T)	Movimiento de Liberación Nacional - Tupamaros, Uruguay
OLP	Organización para la Liberación de Palestina
PSOE	Partido Socialista Obrero Español
UNAZ	Unión Nacional Africana de Zimbabwe

3. VARIOS

CONINTES	Conmoción Interna del Estado (medidas de Frondizi para ser usadas contra la insurgencia y los disturbios civiles)
ESMA	Escuela de Mecánica de la Armada (centro secreto de detención después del golpe de 1976)

GAN	Gran Acuerdo Nacional (gran plan de acuerdo nacional de Lanusse)
-----	--

4. FUENTES

CICSO	Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales, Buenos Aires
NACLA	North American Congress of Latin America, Nueva York
OEA	Organización de Estados Americanos

Capítulo 1

ANTECEDENTES

No somos, de manera alguna, enemigos del capital, y se verá en el futuro que hemos sido sus verdaderos defensores.

JUAN D. PERÓN, 21 de octubre de 1946¹

Es imposible la coexistencia pacífica entre las clases oprimidas y opresoras. Nos hemos planteado la tarea fundamental de triunfar sobre los explotadores, aun si ellos están infiltrados en nuestro propio movimiento político.

JUAN D. PERÓN, 20 de octubre de 1965²

Mucho antes de la aparición de la guerrilla urbana moderna e, incuestionablemente, más de un siglo antes de que el peronismo apareciera en la escena política, los *montoneros* hicieron sentir su presencia en la Argentina, la ilusoria "tierra de plata". Eran los jinetes rurales y plebeyos, los *gauchos*, que, a principios del siglo XIX, siguieron a los héroes de la independencia de la nación en su empeño de emanciparla del decadente dominio colonial de España. Sin

embargo, aunque se proclamó la autonomía en 1810 y se declaró la independencia política en 1816, la subordinada integración de la Argentina en la economía mundial fue fortaleciéndose gradualmente en vez de debilitarse. Juan Manuel de Rosas, el primer caudillo que impuso al país algo con apariencia de autoridad nacional (1835-1852), dio algunos pasos vacilantes hacia una estrategia de desarrollo con base nacional que, sin embargo, acabó derrotada por el general Urquiza, gobernador de la provincia de Entre Ríos, en la batalla de Caseros. Posteriormente, la consolidación del poder político en manos de una "oligarquía" de comerciantes y terratenientes ligados principalmente con los intereses británicos, favoreció el rápido expansionismo comercial y financiero de Gran Bretaña y el creciente dominio de la ciudad-puerto de Buenos Aires sobre la nación.³ Hacia el final de siglo, se hablaba del país como la "Argentina británica". En 1916, su dependencia del capital británico fue lo bastante destacada para merecer una mención especial en la obra de Lenin sobre el imperialismo.⁴ Pero la impetuosa y centralizadora oleada unitaria de mediados del siglo pasado fue combatida heroica aunque inútilmente. Y las fuerzas federales del interior, que tan firmemente defendían la autonomía provincial, adoptaron un nombre que en aquel momento empezaba a incrustarse en el folclore nacional-popular: Montoneros.

Las rebeliones de mediados del siglo XIX, provocadas por el genuino descontento popular, fueron encauzadas por los caudillos locales de La Rioja y Entre Ríos hacia la defensa de las arcaicas estructuras provinciales. Sus principales personalidades —Ángel Vicente Peñaloza, Felipe Varela y Ricardo López Jordán— contaron con el apoyo de los mineros de Chilecito, empobrecidos por el cierre de minas, y de los artesanos arruinados por la competencia extranjera, pero carecieron de un orden económico viable para oponer-

lo al de los poderosos terratenientes y de las empresas comerciales vinculadas con Gran Bretaña y otras metrópolis exteriores.⁵ Socialmente, estos movimientos provinciales, que al final fueron sofocados en 1876, en Alcaracito, con la captura de López Jordán, implicaron la subordinación de los carentes de tierras, los gauchos, a los que las poseían, los caudillos, y su contribución histórica al nacionalismo del siglo siguiente sería alentar la subordinación de las clases bajas a los personajes de la elite nacionalista, figuras populares pero generalmente autoritarias.

En 1880, Buenos Aires se convirtió en la indiscutible capital de la Argentina. Aquel mismo año, el general Roca, en su discurso inaugural al Congreso, dio a la rápida y creciente afluencia de capital, trabajo, tecnología e ideas extranjeras el nombre de agentes de progreso y civilización que estaban barriendo los restos de un bárbaro pasado:

El que haya seguido con atención la marcha de este país ha podido notar, como vosotros lo sabéis, la profunda revolución económica, social y política que el camino de hierro y el telégrafo operan a medida que penetran en el interior. Con estos agentes poderosos de la civilización se ha afianzado la unidad nacional, se ha vencido y exterminado el espíritu de Montonera.⁶

Fue ésta la voz de la oligarquía victoriosa, orgullosa de su Constitución liberal de 1853 y rebosante de confianza y optimismo. Acuñó intencionadamente el término "montonero" para denigrar a los "salvajes" jinetes de los entonces vencidos ejércitos irregulares. A los ojos de los oligarcas liberales, eran meramente un "montón", una chusma ignorante incapaz de asimilar la herencia cultural europea. Ciertamente, las clases dominantes pronto tuvieron nuevos problemas con que enfrentarse; especialmente, la amena-

zadora pero necesaria llegada de trabajadores inmigrantes. Tanto los comienzos del desarrollo industrial posterior a 1880, que podría satisfacer las necesidades de la economía agroexportadora, como el estado de gran despoblación del país,⁷ requerían su presencia; pero los extranjeros procedentes de Italia y otros países trajeron consigo la experiencia organizadora y los refuerzos para las ideas anarquistas, sindicalistas, socialistas y comunistas. No obstante, durante varias décadas, incluso los fantasmas de los montoneros parecieron haber sido exterminados, en palabras de Roca. El modelo agroexportador —mediante el cual la economía argentina se especializó en la carne, los cereales, los curtidos y demás productos propiciados por los recursos naturales del país— pareció ser el garante de un continuo crecimiento y de una prosperidad ilimitada. Incluso las exigencias de la clase media —de carácter marcadamente político—, expresadas por el partido radical (UCR), fueron satisfechas dadas las circunstancias propicias imperantes, sin ningún trastorno estructural. La ley de Sáenz Peña, en 1912, que concedía el sufragio universal masculino, el ascenso al poder de los gobiernos radicales de 1916-1930, fueron importantes logros pero no fueron el presagio de la revolución social antioligárquica.⁸

El modelo argentino de desarrollo dependiente, desarrollo en asociación subordinada y desigual a capitales británicos y de otras procedencias extranjeras, gozó de una aceptación pública que fue contestada individualmente por algunos nacionalistas, pero no por escuela de pensamiento alguna. Fue necesario el comienzo de la depresión mundial para poner en evidencia la fragilidad del modelo, y para provocar la reaparición de los montoneros, aunque sólo fuera a través de la historiografía revisionista de los años treinta. Al caer los precios de las exportaciones tradicionales de la Argentina y su volumen, el radicalismo, desprovis-

to de antídotos, languideció. El presidente Hipólito Yrigoyen, ya casi senil, fue depuesto fulminantemente en septiembre de 1930 por un ejército cuya misión era la de aplicar a la sociedad argentina medidas de austeridad y controles autoritarios. Las esperanzas corporativistas del general Uriburu, nacionalista de derecha, resultaron frustradas en 1932. Luego, por obra del presidente Justo y sus sucesores, se dio paso a un conservadurismo que no era en modo alguno democrático. Se manipularon las elecciones, se practicó el fraude, y los anarquistas, comunistas, e incluso los socialistas y radicales, sufrieron las atenciones de la nueva policía. Fue la llamada "década infame" de la Argentina.

De modo muy parecido a como —aunque con mayor amplitud— la Primera Guerra Mundial había estimulado la industria argentina, la reciente crisis internacional catalizó entonces un proceso de largo alcance para sustituir las importaciones por la industrialización. Pero la situación de dependencia argentina fue subrayada por el pacto Roca-Runciman de 1933 y su prórroga de 1936: para evitar la pérdida de las exportaciones que aún podía hacer Gran Bretaña, e impedir que las llevaran a cabo sus rivales de suministros de la Commonwealth, la Argentina se vio obligada a hacer concesiones comerciales muy humillantes, que incluían la supresión de los servicios locales de autobús, que se hallaban en competencia con la red de transporte británica de Buenos Aires. Alentado por el auge de la extrema derecha en Italia, Alemania y España, así como por la constante influencia de autores franceses de derecha como Charles Maurras, floreció en la Argentina el nacionalismo literario. Buscando una solución a la crisis nacional, o justificaciones para un régimen autoritario, muchos escritores se inspiraron en el pasado, y tanto si exaltaban la dorada era hispánica de antaño como si volvían sus plumas hacia la rehabilitación de Rosas, su revisionismo histórico

se caracterizaba por un tajante rechazo de las ideas liberales europeas. Contraponían el hispanismo a la vinculación angloargentina, el monarquismo y la aristocracia a la democracia liberal, el catolicismo al secularismo; las masas merecían su desconfianza, salvo cuando estaban alineadas tras un fuerte caudillo, y el liberalismo político y económico fue considerado culpable de la crisis mundial y de la marcada corrupción que caracterizó la segunda administración de Yrigoyen (1928 a 1930).⁹

El revisionismo histórico de los años treinta tuvo no pocas contradicciones internas: se presentó como la encarnación del nacionalismo argentino, a pesar de haberse inspirado mucho en el extranjero; fue un movimiento antiintelectual compuesto por intelectuales; proclamó la fundación de una nueva escuela historiográfica, al tiempo que se negaba a entregarse a una investigación histórica seria; y ensalzó el elitismo, aun cuando la mayoría de oligarcas se apartó de él. Y Rosas, desempolvado e idealizado, fue recuperado para convertirlo en un estandarte a cuya sombra se juzgaron otras figuras y fuerzas históricas sin tener en cuenta las diferencias de las circunstancias socioeconómicas del momento y el paso del tiempo. En consecuencia, de manera muy justificada, el revisionismo histórico ha sido desechado por su carácter de mero "ejercicio de militancia retrospectiva".¹⁰

Si se tiene en cuenta que varias de las figuras más prominentes del revisionismo eran de origen oligárquico o intelectuales de la clase media obligados a depender económicamente, como burócratas, del régimen oligárquico de aquel momento,¹¹ no debe sorprender que el nacionalismo de los años treinta fuese predominantemente reaccionario. En la práctica, sus ideas eran un fiel reflejo de las actividades paramilitares de la Legión Cívica de Uriburu, cuya violencia de los primeros años treinta contra la izquierda y los

sindicatos hizo evocar el recuerdo de la Liga Patriótica Argentina rompehuelgas de 1919-1921.¹² Los rosistas no miraban con simpatía las luchas populares del pasado como tales, pero influyeron en la literatura popular nacionalista del futuro de tres maneras fundamentales. La primera consistía en anteponer nación a imperialismo, dicotomía a horcajadas entre la identidad y el dilema argentinos. En otras palabras, a menudo en términos altamente idealistas se planteaba la cuestión nacional, pero las respuestas nunca eran coherentes. En segundo lugar, el revisionismo histórico propugnaba la cultura basada en la política del caudillo, del líder fuerte que dirige paternalistamente una masa sin información pero patriótica. Y en tercer lugar, se defendía el predominio de la política, al menos de manera implícita, tanto mediante un olvido total de la historia social y económica como subordinándola a la historia política.

Evolución del nacionalismo argentino

Sin partir de sus orígenes historiográficos fundamentales, el revisionismo experimentó importantes cambios en los años cuarenta, cuando tuvo que enfrentarse al ascenso del peronismo.¹³ Era éste un movimiento indiscutiblemente nacional, de gobierno autoritario y retóricamente antiimperialistas que, sin embargo, se había erigido al mismo tiempo en protagonista de un drástico cambio social de base popular: fue pródigo en el reparto de beneficios de carácter social, hizo que los trabajadores disfrutaran de una parte notable de la renta nacional, promovió el crecimiento de poderosos sindicatos, emancipó a la mujer y, aunque no se intentó llevar a cabo una revolución agraria, tanto la retórica oficial antioligárquica como el aumento del presupuesto destinado al sector industrial en detrimento del rural

provocaron la animadversión de los tradicionalistas. Con los auspicios de Perón la Argentina se convirtió en un país semiindustrializado, de unos dieciséis millones de habitantes, el 63% de los cuales, según el censo de 1947, vivía en las ciudades.¹⁴

Lo que más inquietó a los nacionalistas reaccionarios no fue tanto la modernización industrial a que se comprometieron los oficiales rebeldes que tomaron el poder en 1943, ni tampoco, en absoluto, un autoritarismo local cuyos responsables declararon su simpatía por las potencias del Eje en la palestra internacional. La verdadera causa de su alarma fue el hecho de que dentro del régimen, sucesivamente capitaneado por los generales Rawson, Ramírez y Farrell, el coronel Juan Domingo Perón estaba haciendo uso de su entonces modesto cargo de director del Departamento Nacional del Trabajo (que pronto se convertiría en la Secretaría de Trabajo y Previsión) para crear una base de poder independiente entre las despreciadas "clases bajas". Perón fue virtualmente el único en darse cuenta de que, con la masa laboral hasta entonces mal organizada y políticamente dividida, con la producción industrial en expansión y con unos elevados ingresos procedentes de las exportaciones en tiempo de guerra que permitían una progresiva redistribución de la renta nacional, el camino quedaba expedito para la creación de un nuevo movimiento popular apoyado y controlado por el Estado, pero aclamado por los obreros como su propia expresión política. La reciprocidad de beneficios que Perón puso en marcha para ayudar a los trabajadores, capitalizando las necesidades y aspiraciones de una clase obrera largamente desdenada y frecuentemente reprimida, no tardó en dar resultados.

Cuando el 9 de octubre de 1945 Perón fue depuesto de su cargo de vicepresidente y detenido por oficiales rivales

que se oponían a su estrategia, los sindicalistas, a quienes había favorecido, le pagaron su deuda movilizándose en pro de su liberación, y la consiguieron organizando el 17 de octubre una vociferante concentración obrera en la Plaza de Mayo, situada en el centro de Buenos Aires. A los nacionalistas elitistas aquel espectáculo subversivo les supo a anarquía y revolución, y sus temores parecieron confirmarse cuando Perón se presentó en las siguientes elecciones de febrero de 1946 como candidato presidencial no sólo de los disidentes del Partido Radical, sino también de un Partido Laborista que sobre el papel denunciaba tanto al capital nacional como al extranjero. Fue un pequeño consuelo para esos nacionalistas el hecho de que la triunfante campaña electoral de Perón hiciera hincapié en la soberanía nacional como cuestión clave, al tiempo que Spruille Braden, embajador de los Estados Unidos, intervenía activamente en favor de la coalición llamada Unión Democrática, que estaba en la oposición.¹⁵

Los tumultuosos acontecimientos de aquellos tres años obligaron a los nacionalistas a salir de su encastillamiento en el pasado y a definirse con arreglo a las realidades contemporáneas de la Argentina. Ello causó una inevitable y profunda división en sus filas. Mientras que algunos, especialmente Julio Irazusta,¹⁶ se negaban a respaldar el nuevo movimiento, otros, como Ernesto Palacio, lo apoyaban fervorosamente, viendo en el peronismo la fuerza capaz de dotar al nacionalismo de una base en las masas. Muchos de los nacionalistas que simpatizaban con Perón le retiraron su apoyo cuando el general cayó en desgracia ante la Iglesia por cuestiones como la legalización del divorcio en 1954, pero los que siguieron apoyándole se encontraron progresivamente acompañados de nacionalistas populares cuyo camino hacia el peronismo había tenido su origen en el radicalismo o en la izquierda, y estos dos

cambios de dirección ideológica contribuyeron finalmente al surgimiento de la izquierda peronista.

El peronismo absorbió a un buen número de arribistas procedentes del Partido Radical, cuya principal ambición era la de obtener escaños en el Congreso, cargos ministeriales o puestos en el partido oficial, pero también atrajo a los sabattinistas,¹⁷ que después acentuaron su radicalismo (como en el caso de Juan José Hernández Arregui), y de manera aún más decisiva, se ganó a muchos miembros de la Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina (FORJA). Era ésta una organización militante nacionalista de los radicales "Jóvenes Turcos" fundada por Arturo Jauretche en 1935;¹⁸ diez años antes de que él y la mayoría de los forjistas transfirieran su fidelidad al peronismo. FORJA era la fuerza intelectual de la clase media componente del Partido Radical que desafió las "desviaciones" de los principios nacionalpopulares por parte de los líderes del partido, pero que consideró que el partido y sus propios componentes eran una redundancia cuando el peronismo apareció en escena dispuesto a asimilar muchas ideas radicales. La aportación de los forjistas al peronismo, aparte de los contrapesos democráticos del autoritarismo, fueron las llamadas "tres banderas del justicialismo", los tres principios unificadores del movimiento de Perón: la soberanía política, la independencia económica y la justicia social. Un decenio antes de que esos estandartes fueran alzados por Perón, Jauretche, influido por Hipólito Yrigoyen, Manuel Ugarte y Haya de la Torre, había escrito que la emancipación económica y la justicia social serían el complemento indispensable de la independencia política.¹⁹ Por triviales que puedan parecer tales afirmaciones, debe advertirse que la mayoría de los movimientos nacionalpopulares ha optado deliberadamente por esta clase de vaguedad ideológica para aumentar al máximo su atractivo ante diversas clases, fuerzas sociales y corrientes políticas.²⁰

Junto con los reclutas de FORJA, cierto número de individuos y pequeños grupos de antiguos socialistas, comunistas y trotskistas respondieron positivamente a las proposiciones de Perón. Sin embargo, la mayoría de los socialistas y comunistas no lo hizo. Con la influencia de la socialdemocracia europea, del estalinismo soviético y del liberalismo argentino, estos dos partidos —cuando los nazis invadieron la URSS— calificaron la Segunda Guerra Mundial de contienda entre la democracia y el fascismo. Y después, enfrentado al régimen militar de 1943-1946 y a la negativa de éste de entrar en el campo aliado hasta que las potencias del Eje fueron derrotadas, el peronismo —en parte vástago de aquel sistema— llegó a ser tildado de movimiento fascista por la izquierda tradicional. Esto sucedió a pesar del hecho de que Perón, como ministro de Trabajo, había otorgado indiscutibles favores materiales a la creciente clase trabajadora: además de las notorias subas de salarios, se dio plena vigencia por primera vez a la legislación laboral existente, se confirmó a los sindicatos reconocidos el derecho legal de tomar parte en la actividad política, y los trabajadores pudieron disfrutar de viviendas baratas, de la congelación de alquileres, de techos limitativos para los precios de los alimentos y el transporte, una semana laboral más corta, una mayor seguridad en el trabajo, vacaciones pagadas, gratificaciones anuales y pensiones.

Las reacciones socialistas y comunistas contra el peronismo resultaron agudizadas, naturalmente, por la manera como la mayoría de los sindicatos en que habían tenido influencia fue suprimida por los partidarios de Perón; se crearon oficialmente sindicatos paralelos para contar con un señuelo que atrajera a los trabajadores y los apartara de las jefaturas sindicales recalcitrantes ya establecidas; entretanto, decenas de socialistas y comunistas se consumían en

las cárceles. Sin embargo, subsistía el hecho de que Perón había hecho más en dos años para los trabajadores que los socialistas en casi medio siglo de estrategias parlamentarias. Además, Perón, como presidente, pese a no tolerar las organizaciones sindicales independientes, siguió mejorando el nivel de vida de la clase obrera durante sus tres primeros años de permanencia en el poder. Entre 1943 y 1949, los salarios reales de los trabajadores industriales subieron un 50-60%, y entre 1946 y 1949, en notable contraste con las experiencias de la Europa fascista, la participación de la clase obrera aumentó de un 40,1 a un 49% de la renta nacional.²¹ En tales circunstancias, el hecho de que la izquierda repudiara a los partidarios de Perón, incluida la masa obrera, por *peronazis*, no fue solamente injusto, sino políticamente suicida.²²

Sin embargo, algunos disidentes nadaron contra la marca de la izquierda, tradicionalmente hostil. Rodolfo Puiggrós recorrió el solitario camino que separaba al Partido Comunista del peronismo a mediados de los años cuarenta, y en 1954 Enrique Dickmann rompió con sus colegas socialistas para fundar el pequeño y properonista Partido Socialista de la Revolución Nacional (PSRN). Personas de creencias trotskistas, como Jorge Abelardo Ramos y Enrique Rivera, llegaron también a valorar positivamente el peronismo basándose en los logros nacionales, industriales y sociales del mismo. Colectivamente, junto con ex forjistas y otros nacionalistas populares, llegaron a ser conocidos como "izquierda nacional", término cuya paternidad fue reclamada en 1957 por Hernández Arregui,²³ aunque el PSRN había usado la frase "Por una nueva izquierda nacional y latinoamericana" dos años antes, como su principal consigna.²⁴ No obstante, Hernández Arregui fue el único que definió la "izquierda nacional" en el contexto del mundo subdesarrollado como

la teoría general aplicada a un caso nacional concreto, que analiza a la luz del marxismo, en tanto método de interpretación de la realidad, y teniendo en cuenta, en primer término, las peculiaridades y el desarrollo de cada país, la economía, la historia y la cultura en sus contenidos nacionales defensivos y revolucionarios, y ordena tal análisis teórico con la lucha práctica de las masas contra el imperialismo en el triple plano nacional, latinoamericano y mundial y en este orden.²⁵

Negándose a subordinarse a cualquier partido o centro internacional revolucionario, la izquierda nacional insistió en que la teoría y la estrategia de la revolución socialista argentina tenían que surgir de los análisis de dicha sociedad antes que de los estudios del capitalismo internacional o de los éxitos revolucionarios exteriores. Sus autores,²⁶ aunque heterogéneos como grupo, contribuyeron en gran manera al cambio de aspecto del peronismo en los últimos años sesenta y a principios de los setenta en hacer *creíble* la idea de una izquierda peronista, ayudando así a reorientar a la izquierda —si no a los partidos izquierdistas— hacia el movimiento nacionalpopular. Y ello fue así porque el hecho de enfrentarse con la realidad nacional de la posguerra significaba aceptar la identidad peronista de la abrumadora mayoría de los trabajadores.

Una condición previa para la reconciliación del socialismo con el nacionalismo era cuestionar las credenciales de los que habían pretendido representar tradicionalmente tales tendencias. Así, la obra básica de esta escuela, escrita por Hernández Arregui en 1958-1959, se ofreció precisamente como crítica de la izquierda argentina sin conciencia nacional y el nacionalismo de derecha, con conciencia nacional y sin amor al pueblo.²⁷ Éste y otros libros de la izquierda nacional criticaron a la izquierda tradicional debi-

do a su preocupación por las necesidades inmediatas de la clase obrera o por el cumplimiento de normas dictadas por Moscú, todo ello en detrimento de la lucha antiimperialista de una Argentina carente de independencia.²⁸ El Partido Socialista, fundado por Juan B. Justo y otros en 1896, había defendido con insistencia unos principios de libertad de comercio que, al ofrecer a corto plazo mercancías más baratas y de mejor calidad que una política proteccionista, alineó al partido con las fuerzas de la tradicional Argentina agroexportadora.²⁹ Entretanto, el Partido Comunista (PCA), fundado en 1920, había adaptado sus normas a todos los cambios y giros de la política exterior estalinista, anteponiendo así los intereses nacionales soviéticos a los de la Argentina y su población obrera. El partido, incluso, había promovido actividades rompehuelgas durante la Segunda Guerra Mundial en un esfuerzo por mantener los abastecimientos argentinos a los aliados.

A pesar de su política reaccionaria, los nacionalistas de derecha de los años treinta fueron tratados por la izquierda nacional con un respeto relativamente mayor, inspirado por su visión revisionista de la historia. En sus expresiones más idealistas, el revisionismo histórico se había limitado a acabar con los mitos liberales y a derribar de sus pedestales a los héroes ecuestres de la oligarquía, sólo para ofrecer como alternativa héroes y mitos nacionalistas.³⁰ No obstante, se hicieron algunos intentos para relacionar los conflictos de la soberanía nacional con la estructura de clases, se amplió la lista de caudillos nacionales para incluir a Yrigoyen y a Perón, elegidos popularmente, y el aspecto plebeyo de las rebeliones del siglo XIX —su contenido montonero— empezó a atraer mayor atención, aunque de manera por demás romántica. Con todo, la dicotomía nación-imperialismo conservó su supremacía por encima de las consideraciones de la diferenciación de clases. De ahí que la iz-

quierda nacional concediera más importancia al programa de Yrigoyen de los años veinte para la nacionalización del petróleo que a la complicidad de su gobierno con la sangrienta represión de los huelguistas por parte del Ejército y de las pandillas de derechistas organizadas por los patronos durante la Semana Trágica argentina de 1919.³¹ En numerosas ocasiones, la izquierda nacional demostró ser más nacional que izquierda, tendencia que confirmó una vez más en su evaluación del peronismo.

Dado que la meta perseguida por la izquierda nacional era la de reorientar a la izquierda hacia el peronismo y dado que su clientela estaba constituida inevitablemente por universitarios de la clase media, que se distinguieron por su hostilidad hacia el peronismo de los primeros tiempos, existía un deseo de justificar y legitimar que era mucho más fuerte que cualquier propensión a criticar el récord del peronismo en el poder (1946-1955). Quizá la más importante contribución de la izquierda nacional a la radicalización y "peronización" entre la clase media fue de carácter negativo: su rechazo de la equiparación del peronismo con el fascismo por parte de los liberales. Debía reconocerse que Perón había elogiado a Mussolini y que, en nombre del corporativismo, el Estado peronista no había tolerado la política obrera y el sindicalismo independientes; pero más importante es el hecho de que la clase obrera se había beneficiado materialmente con el peronismo, que las estructuras pluralistas y las prácticas electorales habían persistido junto con los rasgos corporativistas, y que Perón, lejos de perseguir objetivos ideológicos, tenía un compromiso eminentemente pragmático con el desarrollo nacional.

Por otra parte, la izquierda nacional quedó expuesta a la crítica al ofrecer una visión del peronismo que exageraba su significación y promesa radicales. Se le presentó como un movimiento antioligárquico y antiimperialista basado

principalmente en la clase industrial, en parte de la clase media y en el ala nacionalista de los militares; y aun cuando se hablaba de "revolución nacional" y de "liberación nacional", casi todos los intelectuales de la izquierda nacional daban a entender implícitamente que el peronismo había tomado durante los años cuarenta una trayectoria conducente a la revolución nacional democrática, la cual, si bien favorecía principalmente a la "burguesía nacional", merecía el apoyo de la izquierda por considerarla un hecho progresista en un país subdesarrollado. Para Hernández Arregui, el peronismo fue el vehículo de una nación que luchaba contra el imperialismo; para Puiggrós y Ramos, la compatibilidad con esa dicotomía histórico-revisionista debía encontrarse en la idea de que un proceso revolucionario socialista tenía que ir precedido de una etapa de revolución nacional democrática (abarcando las tareas antiimperialistas, la reforma agraria, etc.), tanto si estas dos fases se consideraban temporalmente divorciadas y distintas como si iban unidas en una "revolución permanente".³²

Pueden oponerse cuatro objeciones principales a tales puntos de vista. En primer lugar, si bien es cierto que las medidas sobre el desarrollo industrial y la ayuda a la clase obrera transformaron el aspecto de la Argentina, el origen de su estrategia de desarrollo se hallaba en los años treinta, cuando no sólo los fabricantes sino también un sector oligárquico favorecieron la industrialización como sustituto de las importaciones en respuesta a la Depresión.³³ En segundo lugar, aunque el peronismo personificaba el deseo nacional de que se siguiera una política nacionalpopular, gozó de unas circunstancias económicas excepcionalmente propicias, de finanzas acumuladas durante la guerra y de altos precios internacionales de posguerra para las exportaciones argentinas, lo cual facilitó simultáneamente el crecimiento industrial y la progresiva redistribución de la ren-

ta nacional. En tercer lugar, durante la mayor parte de los años 1946-1955 —los que duró la presidencia de Perón—, el capital extranjero no hizo un esfuerzo suficientemente decidido para que pesase de manera decisiva y duradera en la economía argentina:³⁴ los años "dorados" peronistas, los últimos de la década del cuarenta, coincidieron con la necesidad de Gran Bretaña de eliminar sus pérdidas en el extranjero, resultado de una costosa guerra, y precedieron a los esfuerzos, coronados por el éxito, de compañías con base en los Estados Unidos y de otras multinacionales para lograr una presencia decisiva en los sectores más dinámicos de la economía del país. Finalmente, aun cuando bajo los auspicios de Perón se produjo un importante cambio en la renta nacional, consistente en un aumento de los ingresos procedentes del sector industrial en detrimento de los derivados del sector rural, la estructura tradicional de la propiedad rústica siguió siendo inexpugnable: la oligarquía, obligada a vender sus productos al Estado a bajo precio (para exigir precios mucho más elevados en el mercado internacional y ayudar así al desarrollo industrial), fue hostigada, pero no destruida. Así, contando con los empresarios descontentos, con la clase media y con la aprobación occidental, en 1955 se consiguió organizar un movimiento contra el peronismo que culminó en la Revolución Libertadora del 16 de septiembre.

A pesar de la derrota de 1955 y del hecho de que sólo la clase obrera había permanecido fiel a Perón hasta el último momento, los escritores de la izquierda nacional mantuvieron las esperanzas nacional-revolucionarias de todos los sectores del movimiento peronista —incluidas las de una supuesta ala progresista del Ejército— hasta bien entrada la década del setenta. No obstante, los procedentes de la izquierda tradicional, como Puiggrós, intentaron sacar algunas lecciones del ocaso del peronismo inicial y llegaron

a la conclusión de que, aun cuando todavía era viable una alianza antioligárquica y antiimperialista de la burguesía nacional, la clase media y la clase obrera, un frente de liberación nacional de aquella clase requeriría la hegemonía de la clase obrera y una teoría revolucionaria si se quería avanzar de nuevo.³⁵

Otros, incluido Ramos, se percataron de que ninguna burguesía, fuera o no nacional, se sometería al dominio obrero, del mismo modo que tampoco aceptaría una teoría revolucionaria. Sin embargo, éstos sostenían que un sector de la burguesía industrial poseía aún aptitud para la lucha antiimperialista, y que la izquierda tenía el deber de apoyar aquella fuerza, desde una posición independiente, mientras no vacilara. En cambio, ninguno de ellos advirtió con suficiente claridad el gran declive sufrido por los industriales "nacionales", crecientemente limitados a pequeñas y medianas empresas, frente a las compañías extranjeras. La participación de las empresas foráneas en la producción industrial creció del 8 al 40% entre 1955 y 1972, con la particularidad de que el 70% de las nuevas inversiones extranjeras directas durante el decenio de 1959-1969³⁶ corrió a cargo de los Estados Unidos. Entre las veinticinco compañías más importantes, el número de firmas nacionales bajó de 16 en 1957 a 8 en 1966.³⁷ Todo eso debilitó no sólo el potencial de los industriales del país de cara a un nacionalismo económico —de modo especial en una década tan desastrosa económicamente como la de los años setenta—, sino también su aptitud para una armoniosa colaboración con la clase obrera. Este hecho no carecía de relieve, porque los empresarios nacionales, para mejorar su situación económica frente a la de los monopolios extranjeros, podían necesitar el apoyo de la clase obrera por razones políticas, y desde luego una alianza nacional como un soporte de importancia decisiva. Sin embargo, la realidad económica dic-

taba que los sacrificios de la clase obrera, y no sus mejoras, eran una condición previa esencial para aumentar los niveles de inversión y el crecimiento capitalista nacional.

El mensaje político e intelectual preconizado por la izquierda nacional cuando, en 1973, el peronismo volvió al poder después dieciocho años de resistencia y oposición, hizo esperar a sus jóvenes receptores el advenimiento de un vibrante proceso de desarrollo nacional y de reformas radicales dirigido por un Perón progresista e incluso revolucionario. Pero después de intentar rehabilitar el peronismo a los ojos de sus críticos, la izquierda nacional evolucionó, desde la defensa del peronismo hacia una acomodación que no suponía ninguna alternativa política al mismo.³⁸ Aunque famosa por haber culpado a la izquierda tradicional de haber sido un escudo defensivo de izquierdas del orden oligárquico, la izquierda nacional se vio acusada a su vez de ser un escudo defensivo de izquierdas de los intereses "burgueses nacionales".

El fenómeno peronista

A través de la mayoría de sus exegetas, el peronismo se ha presentado al mundo como un movimiento nacional popular, como una fuerza antiimperialista y antioligárquica de tipo peculiarmente argentino.³⁹ Tales calificaciones, la imagen general que él mismo ha cultivado, aun cuando tengan algo de caricatura, no eran enteramente erróneas. En materia de economía estratégica, lo que durante los años 1946-1955 pasaba por "antiimperialismo" fueron compras de intereses extranjeros, que incluían los ferrocarriles, las fábricas de gas y la red telefónica, a unos precios que se llevaron el 45% de las divisas disponibles;⁴⁰ después, durante los gobiernos peronistas de 1973-1976, el antiim-

perialismo consistió en ciertos esfuerzos iniciales para diversificar las relaciones comerciales del país, más unas tímidas medidas de nacionalización parcialmente revocadas en 1975.⁴¹ No obstante, el antiimperialismo estaba sin duda presente en la doctrina oficial del justicialismo, y era una orientación —aunque a menudo variada y vagamente definida, pero muy emotiva y genéricamente unificadora— compartida por todos los principales componentes sociales y políticos del movimiento peronista. Ciertamente, aparte de las personalidades y los símbolos, el antiimperialismo ha sido históricamente el único tema unificador con que ha podido identificarse la mayoría peronista. De las tres banderas del justicialismo, la justicia social siempre resultó más polémica que la soberanía política y la independencia económica cuando se juntaron peronistas de diferentes clases y matices, especialmente una vez menguada la prosperidad económica de los años cuarenta.

Aparte de esas tres banderas, el exiguo bagaje ideológico peronista sólo contenía dos ideas de importancia básica: la “Tercera Posición” y la “Comunidad Organizada”. La primera representaba el repudio de los llamados “dos imperialismos” —el yanqui y el soviético—, y significaba que el peronismo era “tan distante de uno como de otro de los imperialismos dominantes en esos momentos”.⁴² Se presentaba como un intento de sacar partido de los antagonismos existentes entre las grandes potencias, con el fin de que la Argentina siguiera una trayectoria independiente tanto en el plano nacional como internacional. Sin embargo, en la práctica se hicieron concesiones de intereses petroleros a los Estados Unidos cuando, en los años cincuenta, la economía declinó, y varias iniciativas diplomáticas situaron al país netamente más cerca de los Estados Unidos que de la URSS.⁴³ La Tercera Posición, supuestamente ocupada por el justicialismo, pretendía hallarse, además, a una equidis-

tancia filosófica del idealismo y del materialismo y, en términos de modelos socioeconómicos, contrapuesta tanto al capitalismo como al comunismo: “No queremos que el hombre sea explotado ni en nombre del capital ni en nombre del Estado”.⁴⁴ La Comunidad Organizada tenía el objeto de evitar los excesos de los dos modelos: la existencia de la propiedad privada estaba asegurada, estipulando que cumplía una función social; por otro lado, el Estado debía intervenir para asegurar que la sociedad fuera “una armonía en la que no se produzca disonancia ninguna, ni predominio de la materia ni estado de fantasía”.⁴⁵ Según se afirmaba, el conflicto entre la clase obrera y el capital podía vencerse mediante la tutela de “la autoridad y la justicia que emana del Estado”.⁴⁶ Por supuesto, los éxitos en ese campo resultaron cada vez ~~más~~ **más** difíciles de repetir a medida que transcurrían los años cincuenta y que la economía avanzaba a bandazos hacia una serie de crisis destructivas,⁴⁷ prueba de que el éxito de los proyectos que favorecieran simultáneamente ambos lados de la industria dependía mucho más del clima económico general que de los méritos intrínsecos del justicialismo.

El movimiento peronista se ha compuesto tradicionalmente de tres ramas: una rama política (generalmente con el nombre de Partido Peronista o Justicialista, según el período de que se tratara), que sirvió como dispensadora de patrocinio desde el poder y como instrumento electoral del Movimiento; una rama femenina, dirigida al principio por María Eva Duarte (*Evita*), segunda esposa de Perón, que movilizó de modo impresionante el voto femenino en las elecciones de 1951,⁴⁸ después de haber conseguido la emancipación de la mujer en 1947; y una rama sindical, al principio, durante el período 1946-1955, sinónimo de la Confederación General del Trabajo (CGT), y representada a partir de 1957 por las 62 Organizaciones, aún abrumado-

ramente dominante dentro de la mayor amplitud del movimiento laboral. Una rama juvenil *de facto*, fundada principalmente por los militantes de la izquierda peronista, se uniría después a las otras tres ramas, en 1971-1974, pero nunca fue institucionalizada.⁴⁹

Muchos comentaristas han permitido que el problema de cómo debía caracterizarse el peronismo fuera dominado exclusivamente por las controversias sobre su identidad social y política, quitando así toda importancia a la condición de *movimiento* del peronismo. Al resaltar este último rasgo, se destaca no sólo el hecho de que el peronismo está compuesto de fuerzas sociales y clases verticalmente integradas, en contraste con la base horizontal de clases de muchos partidos, sino también la particularidad de que la condición de miembro del partido era más un asunto de identificación que de afiliación. Ser peronista no implicaba necesariamente una actividad política regular, y los trámites formales de afiliación, excepto en lo tocante a los requerimientos del registro electoral, eran generalmente ajenos al Movimiento. Ser miembro del Movimiento era una cuestión de identificación con Perón y con la Argentina de Perón y, después de 1955, no limitarse a recordar los dorados años anteriores, sino apreciar el rudo contraste entre aquel pasado y lo que le siguió: crisis, draconianas medidas políticas y económicas, y lo que muchos consideraban una "entrega al imperialismo" de los sectores vitales de la actividad económica, hechos que caracterizaron el interregno de 1955-1973. El peronismo penetró en la conciencia de clase de millones de trabajadores que, con el espectacular crecimiento de la fuerza de trabajo industrial, tomaron conciencia de sí mismos como clase y, por primera vez, se sintieron apreciados como trabajadores; al mismo tiempo que aclamaron al peronismo y fueron integrados en él. En otras palabras, el peronismo se desarrolló como movimiento tan-

to social como político, y fue eso lo que le dio su gran vitalidad, dinamismo y espontaneidad, aunque también su debilidad orgánica. Esa fuerza política, cuando después de 1955 tuvo que enfrentarse a los intentos de ahogarla y suprimirla, resultó más elástica de lo que habría podido esperarse si el inflexible partido peronista hubiera sido su eje.

Las definiciones generales del peronismo tienden a presentarlo, en términos sociológicos, como una alianza de clases o, en términos políticos, como una especie de movimiento nacional. Son varias las limitaciones del primero de estos enfoques.⁵⁰ En primer lugar, la composición de clases de los miembros de la "alianza" peronista se ha alterado considerablemente con el transcurso del tiempo. Durante los primeros años, el peronismo se vio respaldado por los industriales, por parte de la clase media y por la clase obrera, pero en 1955 se comprobó que el apoyo no proletario había sido mucho más seriamente erosionado que el de la clase trabajadora; a partir de entonces, y durante los dieciocho años siguientes, los obreros fueron el principal bastión del Movimiento, siempre con la significativa ausencia de los empresarios; y, más tarde, los últimos años del régimen militar de 1966-1973 serían testigos de un creciente apoyo de la clase media de base universitaria (estudiantes, intelectuales, profesionales) y de los empresarios del país asociados con la Confederación General Económica (CGE). En segundo lugar, las instituciones han sido con frecuencia tan importantes como las clases sociales en la constitución de las bases de sustentación del peronismo, ya se trate del apoyo de la Iglesia y los militares o de la permanente lealtad de los grandes sindicatos. Además, se ha demostrado que estas últimas organizaciones son irreducibles a una clase: cuando los militares rivales de Perón le encarcelaron brevemente en 1945, la huelga general, y la movilización obrera que aseguró su puesta en libertad, tuvo efecto el

histórico 17 de octubre, un día antes de la fecha fijada por la CGT;⁵¹ y de nuevo, a mediados de 1975, cuando la clase obrera repudió la estrategia económica del gobierno de María Estela Martínez (tercera esposa de Perón), una huelga *de facto* paralizó la actividad económica días antes de que fuera oficialmente convocada por los líderes de la CGT. En tercer lugar, las definiciones de clase del peronismo suelen pecar de una total omisión de algunas facetas decisivas de la historia del peronismo basándose en que son de importancia "secundaria". Digno de nota en este sentido es el rejuvenecimiento que la llegada de los sectores universitarios confirió al Movimiento, algo que tendrá trascendencia no sólo para el dinamismo de la izquierda revolucionaria del peronismo en los primeros años setenta, sino también para comprender por qué tantas doctrinas de la izquierda peronista se distinguieron por su ingenuidad.

Etiquetar al fenómeno peronista, como muchos críticos han hecho, de expresión de nacionalismo burgués o de alianza de clases dirigida por la burguesía nacional, es claramente inadecuado. Un número considerable de empresarios argentinos se opuso al peronismo por su mejora del nivel de vida de la clase obrera o por su autoritarismo; y quienes lo apoyaron, dieron en su mayoría una aprobación condicionada y oportunista, con lo que se apartaron de él ya antes de las tomas de poder antiperonistas de 1955 y 1976. La política de créditos baratos del peronismo benefició sin duda a los industriales, pero muchos de ellos consideraban que sus nuevas ventajas económicas eran contrapesadas por el creciente poder, aunque regimentado, de los sindicatos. Cuando la industria se desarrolló, atrayendo a emigrantes rurales para trabajar en las empresas en expansión, cuando los empleados del sector público fueron inscritos automáticamente como sindicalistas, el número de afiliados a los sindicatos creció de 440.000 en 1941 a un

millón y medio en 1947, y a tres millones en 1951⁵², y si bien los sindicatos pasaron a depender completamente del patrocinio del Estado, sus representantes se establecieron, por primera vez como una presencia real en los ministerios, en las embajadas y en el Congreso. Fueran cuales fuesen las ventajas que el peronismo ofreció a los capitalistas mediante un movimiento sindical integrado que aceptaba la cooperación entre clases, tales facilidades se vieron más que contrapesadas por los costos financieros de esa integración cuando llegó la decadencia económica. Además, cuando en los primeros años cincuenta, y de nuevo a mediados de los setenta, los gobiernos peronistas intentaron imponer medidas de austeridad y aumentar la productividad en respuesta a las crisis económicas, la fuerza latente de la clase obrera del Movimiento moderó el impacto de tales esfuerzos, predisponiendo a muchos industriales a aplaudir la intervención militar.

Si bien es cierto que los niveles salariales reales bajaron durante los años cincuenta, la calidad de vida de la clase trabajadora permaneció bastante por encima de la que regía en los años anteriores a 1943; y aunque el deterioro económico condujo a las huelgas, éstas no supusieron un desafío consciente al régimen peronista.⁵³ La debilidad de la inmediata reacción de la clase obrera al golpe militar de septiembre de 1955⁵⁴ indicó cierto grado de desencanto, así como la embrutecedora burocratización de los sindicatos; no obstante, la masa obrera no alcanzaba a ver ninguna alternativa viable al peronismo. Aquella siguió siendo, como reconoció el propio Perón, la "columna vertebral" histórica de su Movimiento. La devoción de los trabajadores por el peronismo no fue monolítica en ningún momento: aparte de los intentos de los años cuarenta, obra de algunos sindicatos, por defender su independencia frente al Estado, y de varios esfuerzos transitorios, después de 1955, para crear

organizaciones laborales independientes, la autoridad de Perón fue cuestionada por los comités de empresa y los combativos organismos coordinadores, dirigidos por peronistas revolucionarios y por militantes marxistas, que crecían en los últimos años sesenta y los primeros setenta. Sin embargo, la mayoría de los trabajadores siguió ofreciendo a Perón una inquebrantable lealtad durante los años de oposición (1955-1973). Esa fidelidad fue no sólo el resultado de las mejoras obtenidas por la clase obrera durante la tutela peronista, sino también del contraste entre aquella experiencia y la que le siguió: después de la breve presidencia militar de Lonardi, el régimen del general Pedro Eugenio Aramburu (1955 a 1958) desencadenó una ofensiva de grandes proporciones contra los trabajadores que comprendió la toma militar de la CGT, detenciones en masa, limitaciones en la participación de la clase obrera en la renta nacional y —significando a Aramburu la eterna enemistad del peronismo— la confiscación y expatriación del cadáver de Eva Perón⁵⁶. En un intento de defender y reafirmar los derechos políticos y económicos perdidos, fueron los trabajadores quienes con más insistencia pidieron el retorno de Perón, y quienes, a pesar de las prohibiciones y proscripciones que anulaban la mayoría de las iniciativas constitucionales, demostraron estar dispuestos a recurrir a la acción directa e incluso violenta. La mayor parte de sus luchas carecía de intenciones anticapitalistas; no obstante, amenazaban al “sistema”, porque la lucha obrera por unas condiciones comparables a las que se habían gozado con Perón, a la vista del subsiguiente estancamiento económico, parecía revolucionaria; e, indiscutiblemente, esas luchas fueron un factor importante en la inestabilidad política argentina de los años posteriores a 1955. El revolucionario peronista John William Cooke pensaba en el poder desestabilizador de la rebeldía de la clase obrera

cuando declaró que “el peronismo es el hecho maldito de la política del país burgués”.⁵⁶

Sin embargo, el peronismo no fue un movimiento de la clase obrera en mayor medida que pueda serlo de la burguesía nacional. Perón, pese a su obligado exilio después de 1955, conservó el control esencial de los movimientos obreros y peronistas mediante el uso de trece representantes consecutivos o “delegados”; y su patrocinio a la clase obrera fue más manipulador que de apoyo. Había descubierto el potencial de la clase obrera como base de poder cuando era secretario de Trabajo y Previsión durante el gobierno militar de 1943-1946; había cortejado y conseguido aliados entre los obreros concediéndoles derechos y condiciones sin precedentes; y sus esfuerzos se vieron recompensados por la movilización obrera del 17 de octubre de 1945 y por los votos de los trabajadores el 24 de febrero de 1946. Pero, lejos de ser un altruista paladín de la clase obrera, Perón trató a la misma sin salirse de la tradición del caudillaje. Rosas, tras haber observado que algunos gobernantes anteriores “habían despreciado las clases humildes”, señaló cierta vez los beneficios autoritarios que podían conseguirse adoptando la postura de abanderado de los pobres: “Creo que es importante establecer una sólida influencia sobre esa clase para contenerla y dirigirla, y yo he adquirido esta influencia. Soy un gaucho entre los gauchos. Hablo igual que ellos. Los protejo. Soy su abogado. Cuido de sus intereses”.⁵⁷ Con Evita actuando como su intermediaria antes de su prematura muerte en 1952, Perón adoptó el mismo estilo, pero también dando pruebas de alarma ante el desorden y de temer a las masas cuando no estaban institucional y doctrinalmente controladas: “De nada sirve dar un líder a una masa inorgánica y anárquica —dijo en cierta ocasión—. Lo ahorcarán”.⁵⁸

Perón nunca estuvo dispuesto a admitir la idea de que la clase obrera se organizara independientemente de las estructuras verticales de su Movimiento, según descubrieron a sus propias expensas algunos líderes *laboristas*, como Cipriano Reyes, cuando, a finales de los años cuarenta, se resistieron a integrarse en el Partido Peronista oficial.⁵⁹ Y mucho después de haber sido abandonado a mediados de la década del cincuenta, por la mayoría de los empresarios que le apoyaban, el líder peronista siguió abogando por una concertación de clases impuesta y arbitrada por el Estado, y vetó con firmeza todas las propuestas de establecer una milicia sindical defensiva. Aun cuando pretendería repetidamente que en septiembre de 1955 no promovió una verdadera lucha para evitar el derramamiento de sangre; al conceder en el Paraguay su primera entrevista a la prensa desde su caída del poder, un cansado Perón exteriorizó este temeroso pensamiento: "Bastaría pensar en lo que habría ocurrido si hubiera entregado armas de los arsenales a los obreros decididos a empuñarlas...".⁶⁰

Por lo tanto, el peronismo, cuando se requiere una caracterización de su posición histórica, no puede presentarse como una alianza de clases específica o solamente en términos de clase: su composición social era fluctuante, y ningún sector social ejercía por sí solo una hegemonía continua en el Movimiento. Genéricamente, es más útil y menos engañoso considerar el peronismo sólo como un movimiento multisectorial y nacionalpopular cuyos componentes sociales variaron de acuerdo con las clases y sectores sociales, e instituciones, que percibieron sus intereses con relación al nacionalismo en diferentes circunstancias políticas y económicas en evolución. Por supuesto, esa "trayectoria nacionalpopular", englobadora de políticas de desarrollo nacional independiente y de reformas sociales, incluyó siempre corrientes subterráneas, se vio mar-

cada por la disidencia y, durante estos últimos años, sus extremos —agudamente polarizados— de la izquierda y la derecha le crearon más de un conflicto. Sin embargo, todos los intentos de desplazar el centro de gravedad del Movimiento hacia uno u otro de los dos polos ideológicos terminaron en fracaso. Ni la derecha peronista, al ascender al gobierno en 1974-1976, ni la izquierda peronista, cuando en 1974 rompió con la corriente principal del Movimiento, consiguieron reconstruir una afianza nacional popular viable alrededor de su propio eje ideológico.

El Movimiento permaneció fiel, en su mayor parte, a unas amplias ideas nacionalistas y reformistas, según las cuales la cooperación industrial y el desarrollo pluriclasista eran posibles si los impulsaba un Estado intervencionista.

Ver el peronismo bajo esa luz no supone aceptar el punto de vista de los revisionistas históricos, según el cual la dicotomía nación-imperialismo queda por encima de toda valoración de clase. Sólo significa que no debe ignorarse ninguna dimensión: la "cuestión nacional" no puede plantearse útilmente si se considera al margen del análisis de las clases componentes de la nación, del mismo modo que los intereses de las clases no pueden definirse sin alguna referencia a la dependencia de la Argentina y a las respuestas políticas nacionalpopulares a la misma. Si bien no es posible encerrar el peronismo en rígidos análisis unidimensionales de clase, los análisis de su composición social y de sus intereses en diferentes períodos de su historia resultan indispensables para comprender lo que ha significado en uno u otro momento la política nacional popular y para tener una idea correcta del comportamiento y el potencial del peronismo en las diferentes etapas de su historia. Como podrá verse, lo que fue llamado *justicialismo* por las autoridades peronistas de los primeros tiempos, se

disfrazó de *socialismo nacional* a principios de la década del setenta.

Inestabilidad política posterior a 1955

Después del golpe militar de 1955, y durante la totalidad de los dieciocho años de exclusión política que le siguieron, la fuerza organizadora del peronismo quedó fundamentalmente en manos del movimiento obrero. Hubo diferentes intentos, en especial bajo los presidentes Frondizi (1958-1962) y Onganía (1966-1970), de integrar a los sectores de la clase obrera y a los elementos peronistas, a través de los líderes conciliadores de las tendencias "participacionistas" y "neoperonistas", en nuevas estructuras de gobierno, pero cada tentativa acabó en fracaso: el peronismo, dada la constante permanencia en él de la clase obrera, era simplemente incompatible con cualquier régimen que no pudiera satisfacer las necesidades materiales y las aspiraciones de los obreros durante cierto tiempo.⁶¹ Las crisis de una economía poca activa contribuyeron decisivamente a la inestabilidad política porque, aun cuando la buena fortuna económica de la Argentina no había caído en picada, sus momentos aislados de prosperidad fueron demasiado cortos y frágiles para sostener la fortuna política de los gobiernos que buscaban la reconciliación nacional o, cuando menos, el orden social. Las grandes fluctuaciones en la distribución de la renta nacional, los estancamientos, los síndromes de paralización y relanzamiento y los brotes de hiperinflación "trajeron como consecuencia un hobbesiano mundo de competencia y porfía en el que los diferentes grupos luchaban por mantener los ingresos imprescindibles".⁶²

La reciente reputación de la Argentina en cuanto a su inestabilidad política es algo que desde afuera no se consi-

gue conciliar con su abundancia de recursos naturales y sus importantes logros culturales. Los altos niveles de urbanización y alfabetización conseguidos con Perón, junto con el progreso industrial (principalmente en el campo de la industria ligera), han dejado ocultas a muchos observadores las características de la antigua Argentina que seguían siendo obstáculos para un ulterior desarrollo. Ante todo, el desarrollo económico se vio frenado por la supervivencia de actitudes y estructuras tradicionales en el agro en un momento en que la fuente vital de las exportaciones tenía que financiar las importaciones requeridas por la industria. Como resultado, no pudieron obtenerse divisas suficientes para permitir una expansión industrial aceptable. En los años sesenta, las exportaciones agrícolas representaban todavía el 85-90% de la entrada de divisas extranjeras,⁶³ pero el nivel de la exportación era en verdad decepcionante. Con unos precios mundiales de los productos manufacturados y de las mercancías básicas en constante aumento, y con unos precios de exportación tendientes a la baja, los continuos déficit de la balanza de pagos, que eran el principal freno del crecimiento desde 1948, quebrantaban de manera crítica la buena marcha de la economía.

Uno de los legados de Perón fue incrementar el consumo y las esperanzas del consumidor mucho más allá de lo que permitía la infraestructura productiva del país. Los regímenes posteriores a 1955 heredaron una serie de dificultades relacionadas con la industria en general, como un anticuado sistema de transportes, unas fuentes de combustible y energía insuficientes y la ausencia de una indispensable industria siderúrgica,⁶⁴ y, no obstante, si bien se lograron diversos éxitos en esos sectores, el problema cardinal, el del anacronismo de las estructuras agrarias, sólo recibió un tratamiento superficial. La propiedad de la tierra

continuó muy concentrada, y las técnicas agrícolas de muchos de los grandes latifundios quedaron muy retrasadas respecto de las practicadas por los competidores de Australia, Canadá y los Estados Unidos. La burguesía agraria, dueña del 74% de toda la tierra cultivable (hacia 1970), siguió mereciendo la denominación popular de "oligarquía", pues sólo 1.800 personas y compañías poseían una extensión de terreno equivalente a la superficie conjunta de Italia, Bélgica, Holanda y Dinamarca.⁶⁵ Mientras que los pequeños agricultores no disponían por lo general de suficientes tierras, créditos y equipos para prosperar, los grandes terratenientes persistían en su tradicional infraexplotación agraria, y a menudo preferían invertir en sectores donde los rendimientos fueran más elevados e inmediatos. La región pampeana, área vital de la riqueza agrícola argentina, representaba aproximadamente el 60% de la agricultura del país, y el 80% de la producción de ganado; pero sólo el 38% de la tierra estaba cultivada.⁶⁶ El pastoreo y los métodos tradicionales de cultivo seguían predominando. Los esfuerzos del gobierno para estimular el sector agrario, aun cuando en algunos casos conseguían una mayor productividad, no lograban aumentar suficientemente el volumen total de producción. En realidad, persistió la práctica, corriente entre los magnates, de retirar tierras de la producción como forma de controlar los niveles de suministro y poder así manipular los precios. La tasa anual de crecimiento de ese sector durante los años sesenta fue inferior al 2%, cifra totalmente inadecuada a la tasa de crecimiento demográfico y a las necesidades del resto de la economía.⁶⁷

Las razones de que se permitiera que el atraso agrario (junto con otros factores) frenase el desarrollo nacional hay que buscarlas en el tipo de industrialización existente. Tanto con Perón como con Onganía, los intereses de los principales productores agrarios fueron claramente subordina-

dos a las empresas industriales. Sin embargo, la Argentina nunca experimentó una verdadera revolución industrial. Como se ha indicado, la industrialización fue apoyada por un sector de la oligarquía en los años treinta, y la estrategia de desarrollo sustitutiva de las importaciones continuó con Perón durante la década siguiente, más para explotar la agricultura con miras nacionales que para llevar a cabo una inevitablemente desorganizadora revolución agraria. Desde entonces —aunque el tema ha de ser aún examinado adecuadamente—, los tratadistas coinciden al resaltar que los conflictos entre los intereses industriales y los agrarios han sido notablemente mitigados por todo un entramado de relaciones que van desde los lazos matrimoniales hasta la práctica, seguida por los industriales y terratenientes más importantes, de diversificar sus intereses e invertir en ambos sectores, a menudo sólo con fines especulativos.⁶⁸

Dentro de la izquierda argentina, la situación agraria ha tendido a provocar una de estas dos reacciones: mientras que los nacionalistas revolucionarios y buena parte de la izquierda tradicional han insistido en la contradicción teórica industria agricultura, tomando a veces a la burguesía agraria por una clase feudal e imaginando el papel que podía jugar la burguesía industrial en una revolución antioligárquica⁶⁹, los grupos marxistas más revolucionarios, aun reconociendo la existencia de conflictos intraburgueses, han dado más importancia a la comunidad de intereses compartidos por la burguesía (terratenientes, industriales, comerciales y financieros) en conjunto, y han insistido en que un cambio radical de las estructuras rurales anacrónicas sólo podría tener éxito cuando formara parte de una ofensiva más amplia contra el capital en general.

Fueran cuales fuesen las soluciones que se propusieran, el problema fundamental era evidente para la mayoría

de los argentinos perspicaces: el seguir dependiendo, para el crecimiento económico, de un sector agrario que, aparte de estar sujeto a los caprichos climáticos, carecía sin la menor duda de la capacidad exportadora necesaria para pagar los costes del desarrollo de la industria pesada y financiar al mismo tiempo los gastos sociales exigidos por un poderoso movimiento obrero. En vez de contender con los terratenientes, los gobiernos consideraron más fácil frenar el consumo interior cuando intentaban incrementar las exportaciones. Sin embargo, nunca pudo llevarse a cabo ningún ataque eficaz contra el nivel de vida popular, no sólo a causa de la elasticidad de la clase obrera, sino también porque la competencia entre las fuerzas políticas legales hacía buscar a algunos el apoyo de las masas mediante promesas de beneficios materiales a corto plazo y de una distribución más equitativa de la renta nacional. Tal combinación era inestable en sí misma, por lo que muchos observadores se mostraban fatalistas respecto de la inexorabilidad de unas crisis económicas cíclicas que ningún gobierno era capaz de frenar o superar. Durante los dieciocho años de proscripción del peronismo, la Argentina conoció ocho presidentes, de los cuales tres eran civiles (Frondizi, Guido, Illia) y cinco militares (Lonardi, Aramburu, Onganía, Levingston y Lanusse).

El surgimiento de la izquierda peronista

Fue durante esos años cuando el peronismo adquirió su ala izquierda, no mediante el "entrismo" practicado por la todavía muy hostil izquierda no peronista,⁷⁰ sino a través de la radicalización de los activistas peronistas, y la radicalización y peronización simultánea de jóvenes que, en algunos casos, se habían orientado primero hacia la derecha y

el nacionalismo católico en busca de inspiración. La aparición y el avance de las tendencias izquierdistas dentro del peronismo fueron más irregulares que persistentes. Antes de 1955, John William Cooke y los que se identificaban con su revista política *De Frente*⁷¹, eran militantes en cuanto a los métodos que propugnaban para la defensa del régimen peronista, y diferían de muchos sectores conciliadores en lo tocante al fervor de su nacionalismo. Pero la izquierda peronista, es decir, todos los peronistas cuyas metas fueran el socialismo y la soberanía popular, no surgió realmente hasta los últimos años cincuenta, cuando el gobierno de la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI) de Arturo Frondizi, elegido con la indispensable ayuda de los votos peronistas, reemplazó al duro gobierno del general Aramburu. Floreció luego brevemente a principios de los años sesenta y cristalizó en una tendencia revolucionaria en 1963-1964, sólo para declinar mediada la década del sesenta, antes de resurgir vigorosamente al final de dicha década y a principios de los años setenta, cuando creció la Juventud Peronista (JP) y las "formaciones especiales" se lanzaron a campañas de guerrilla urbana.

Las vicisitudes de la izquierda peronista a mediados de los años sesenta se vieron posiblemente influidas por una mengua temporal de la opresión de la clase trabajadora⁷² y sin duda resultaron afectadas por el impacto represivo del golpe militar que llevó a Onganía al poder. Sin embargo, no debiera exagerarse la irregularidad del desarrollo de la izquierda peronista, pues el aparente vigor de esa tendencia en la primera mitad de los años sesenta fue parcialmente ilusorio. La "primera tendencia revolucionaria del peronismo", que consiguió una cohesión momentánea en 1964 con la fundación del Movimiento Revolucionario Peronista (MRP), fue de hecho una afianza inorgánica entre revolucionarios, centristas y reformistas. Sus documentos básicos,

redactados principalmente por el peronista revolucionario Gustavo Rearte, y *Compañero*⁷³ (su revista semanal dirigida por Mario Valotta), fueron anticapitalistas en cuanto a su implicación, pero no tomados al pie de la letra. En realidad —como el propio Rearte reconoció después— aquella literatura sólo representaba fielmente la tendencia de la pequeña ala juvenil y revolucionaria del MRP, compuesta principalmente por la propia Juventud Revolucionaria Peronista de Rearte (JRP) y por la Juventud Peronista de la provincia de Salta, dirigida por Armando Jaime.⁷⁴

No obstante, las publicaciones difundidas por la izquierda peronista de los primeros tiempos ayudan a explicar el proceso de radicalización que experimentó el peronismo en los años sesenta y setenta, en el que intervinieron diferentes factores. Primero hubo el declinar general del nivel de vida de los trabajadores después de 1955, en medio de reiteradas crisis económica. En 1963, los salarios fueron un 15% más bajos que en 1958;⁷⁵ la participación de los sueldos y salarios en el producto bruto nacional argentino, en comparación con los rendimientos del capital, descendió del 43% en 1955 a alrededor del 35% en 1972.⁷⁶ Sólo una pequeña minoría de activistas consideraba los problemas del país más estructurales que coyunturales, pero para ellos la eficacia del capitalismo era cuestionable, por lo que empezaron a añadir el capital monopolista industrial al imperialismo y a la oligarquía como enemigo del movimiento peronista y de la clase obrera.

La mayoría de los trabajadores seguía estando mucho más interesada por las cuestiones económicas y sindicales que por la política socialista, y en esa medida cabe calificarlos de “economicistas”, aunque el suyo era un “economismo” muy ligado al modelo político peronista y muy implicado en la exigencia política fundamental del regreso de Perón. El hecho de que no hubiera una mayor radicaliza-

ción de la clase obrera después de 1955 se debió en parte a que la decadencia económica argentina no era constante, sino que de vez en cuando experimentaba cortos períodos de crecimiento. Éstos hacían creer que podría conseguirse una mejora definitiva sin grandes cambios estructurales y sin los sacrificios y trastornos inherentes a todo intento de llevar a cabo tal transformación. Al mismo tiempo, si bien en aquellos años la base sindical del Movimiento suponía una garantía de estabilidad, era también una fuerza (contrariamente a los sueños anarcosindicalistas sobre huelgas generales revolucionarias) que militaba a favor de las campañas “economicistas” y contra un enfoque revolucionario de los problemas nacionales. Para ser eficaces, los sindicatos necesitaban la incorporación de tantos trabajadores como fuera posible, y sus líderes sabían muy bien que las definiciones políticas —más que la exigencia, ampliamente apoyada, de la restauración peronista— eran tan divisivas como cohesionadores pudieran ser los programas económicos. Además, ni la tradicional hostilidad de la izquierda hacia el peronismo ni la creciente heterogeneidad de las circunstancias del conjunto laboral durante los años sesenta facilitaron la formación de una conciencia socialista en la clase obrera.⁷⁷

Muchos observadores y activistas de la izquierda se engañaron a sí mismos al equiparar, con demasiado optimismo, los altos niveles de militancia en el aspecto económico con la suposición de que la clase obrera estaba preparada para la política revolucionaria. En realidad, la militancia de aquella no se mantuvo siquiera en cuestiones económicas, sino que seguía una trayectoria irregular no muy distinta de la emprendida por la izquierda peronista. Hubo inicialmente cuatro años de lucha para recuperar el control de los sindicatos y resistir el declive económico —el famoso período de 1955-1959 de la resistencia peronista—;

después vinieron tres años de relativa pasividad, tras una serie de aplastantes derrotas, en 1959, de la clase obrera.⁷⁸ En 1963-1964 se dio otro resurgimiento,⁷⁹ pero también esa vez, a mediados de los años sesenta, hubo una disminución de las luchas obreras antes de que la militancia industrial, en los últimos años de dicho decenio y los primeros del de 1970, volviera a cobrar visible importancia.

Un segundo factor decisivo en la aparición de las organizaciones radicales peronistas fue la vicisitud del gobierno de Arturo Frondizi de 1958-1962. En recompensa por la decisiva ayuda que prestaron a la UCRI (el partido de Frondizi) en las elecciones de 1958, los peronistas obtuvieron una amnistía general, una nueva Ley de Asociaciones Profesionales (que proyectaba una reorganización nacional del movimiento obrero), y unas mejoras salariales del 60%. Pero la prometida "normalización" de la CGT, intervenida por el régimen militar en 1955, se demoró hasta 1961; y la legalización (frustrada, como probarían los hechos) del Partido Peronista, hasta 1962. Frondizi renegó de sus afirmaciones de nacionalismo, hechas durante el año 1958 y antes de esa fecha, al firmar contratos con ocho compañías petroleras extranjeras y al desnacionalizar el frigorífico Lisandro de la Torre en 1959, hecho éste que provocó un intento de "huelga general revolucionaria" promovida por Sebastián Borro y John William Cooke en enero del mismo año.⁸⁰ Ante la creciente oposición de la clase obrera y las violentas actividades de resistencia, el líder de la UCRI cedió a las presiones militares y declaró primero el estado de sitio, y después, en 1960, el plan de CONINTES (Conmoción Interna del Estado). Bajo el mismo, los acusados de terrorismo fueron sometidos a la jurisdicción militar, Berisso, La Plata y Ensenada se declararon zonas militares, los sindicatos sufrieron "intervenciones"⁸¹ y muchos huelguistas fueron detenidos.

Los peronistas se sintieron traicionados por Frondizi, aun cuando éste disponía de poco espacio para maniobrar. Atrapado entre la hostilidad de los militares y las presiones peronistas, para poder conservar su cargo Frondizi se vio obligado a apaciguar y "traicionar" al movimiento peronista. Sin embargo, no podía satisfacer las exigencias peronistas sin ser depuesto por los "gorilas" militares, ni podía convertirse en una marioneta de éstos sin provocar una furiosa reacción popular. La salud económica del país era demasiado débil para que pudiera conceder favores duraderos a los trabajadores —y facilitar así la colaboración de los líderes obreros peronistas con el gobierno— sin perjudicar los intereses de los industriales, que eran quienes más lo apoyaban. Las inversiones extranjeras fueron entonces consideradas, como lo serían después con Onganía, la clave del desarrollo, un medio para regenerar la economía y avanzar hacia la autosuficiencia en cuanto a las mercancías básicas sin recurrir a grandes gastos públicos; pero tendrían que pasar muchos años antes de que tal estrategia "desarrollista" pudiera dar fruto (si llegaba a darlo alguna vez), y para los peronistas todo olía a una "entrega" al imperialismo.

El proyecto de Frondizi acabó por derrumbarse porque el peronismo se mantuvo intransigente en sus exigencias y se negó a abandonar sus aspiraciones respecto de algo que para los militares era un anatema: el regreso de Perón, que Frondizi, según temían, por venalidad o debilidad, podía organizar o consentir. Las presiones para legalizar el peronismo, que emanaban de casi todas las fuerzas políticas civiles e incluso de un reformado general Aramburu, se hicieron demasiado fuertes y, a la postre, irresistibles. Se autorizó así a los peronistas a competir en las elecciones de 1962 para gobernadores provinciales, y su éxito fue excesivo para que los inquietos jefes militares se mostraran dis-

puestos a ratificar los resultados. La Unión Cívica Radical Intransigente de Frondizi triunfó en diez provincias y en la Capital Federal, pero los neoperonistas se impusieron en cuatro provincias (cinco, incluyendo Jujuy, donde apoyaron a un democristiano) y los candidatos oficiales peronistas ganaron en cinco de ellas, incluida la de Buenos Aires, decisiva, donde Andrés Framini, militante sindical y futuro aliado de los Montoneros, fue elegido gobernador. Al anular los resultados de las elecciones y deponer a Frondizi, los militares confirmaron la predicción de Perón: "Si perdemos, no ganamos nada. Y si ganamos, lo perdemos todo",⁸² pero ello conduciría al descrédito de la alternativa frondizista al peronismo. Frustrados en sus esfuerzos por triunfar con métodos constitucionales en 1962, y proscritos luego para las elecciones de 1963 (que llevaron a Arturo Illia y a los radicales populares al poder con el apoyo de sólo una cuarta parte del electorado), muchos peronistas consideraron entonces que la única opción que les quedaba era la acción directa: en muchos casos, únicamente para obligar a los gobernantes a que les permitieran sacar partido de los medios constitucionales; en algunos casos, sin embargo, porque se habían sacado conclusiones mucho más radicales de la experiencia de Frondizi, especialmente en lo referente al abandono del campo nacionalpopular por parte de los industriales para pasarse al del enemigo. Un editorial de *Compañero* lo enfocó de esta manera:

La burguesía claudicante no amenaza las estructuras oligárquicas, que es impostergable destruir, y sólo aspira a convertirse en un socio menor en el reparto [de la riqueza nacional con el imperialismo]. Quiere solamente el apoyo popular para negociar esa participación, pero está dispuesta a sacrificar posteriormente los intereses del pueblo y de la Nación, si es preciso, con tal de salvar los propios.⁸³

En otras palabras, la burguesía nacional era vista en aquel momento más como burguesa que como nacional.

Un tercer factor radicalizador fue la necesidad de los peronistas militantes de definir con más precisión sus lealtades cuando el "vanderismo", la tendencia sindical conciliadora relacionada con Augusto Vandor, se hizo dominante dentro de la CGT. En el transcurso de los años sesenta, la burocracia sindical buscó cada vez con más ahínco un lugar para el movimiento de la clase obrera —al menos para sus líderes— fuera de las órdenes peronistas, en vez de propugnar el retorno del peronismo y de Perón al poder. Hubo una respuesta reformista a esa evolución: la de los líderes sindicales recientemente desplazados y de los sectores sindicales no estratégicos que habían formado parte del MRP y después, en 1965-1966, de la 62 De Pie Junto a Perón, una coordinadora sindical establecida para oponerse a las 62 Organizaciones dominadas por los vandoristas, y dirigida por José Alonso. Pero el auge de la burocracia vandorista también ejerció, al parecer, un efecto revulsivo en algunos jóvenes líderes militantes de los sindicatos pequeños que empezaban a ver las limitaciones de la lucha sindical, mientras los antaño "compañeros" —como Vandor— renunciaban ostentosamente a la lucha de clases. Pueden servir de ejemplo al respecto los casos de Gustavo Rearte, elegido para dirigir el Sindicato de Jaboneros y Perfumistas a la edad de veinticinco años, y Jorge di Pasquale, también de menos de treinta años cuando fue nombrado presidente de la Asociación de Empleados de Farmacia.

Y, en cuarto lugar, la Argentina, como el resto de América Latina, sintió el impacto de la revolución cubana. Irónicamente, el júbilo inicial por el derrocamiento de la dictadura de Batista en 1959, procedió de los antiperonistas convencidos, que consideraban la victoria rebelde como una versión caribeña de su propio derrocamiento de Perón.

El almirante Rojas, anterior vicepresidente y uno de los arquitectos derechistas de la Revolución Libertadora, había aclamado inmediatamente el éxito de Castro como "un triunfo que traerá la alegría no sólo a Argentina, sino también a toda América y a todo el mundo libre".⁸⁴ Ese apoyo reaccionario se disipó rápidamente cuando el proceso revolucionario cubano se hizo más profundo; sin embargo, la hostilidad peronista, de acuerdo con el anticomunismo del Movimiento, se mantuvo durante algunos años. Incluso un líder obrero militante como Andrés Framini rechazó las "extrañas ideologías" procedentes de Cuba en los primeros años sesenta.⁸⁵

John William Cooke, que debía su apellido a sus antepasados irlandeses, fue hasta su muerte, acaecida en 1968, el principal exponente del punto de vista de la minoría que intentó identificar al peronismo con el "fidelismo". Nacido en 1920, forjista en su juventud y después diputado del primer Congreso regido por Perón, Cooke se destacó pronto por su ardor nacionalista, pero más tarde se inclinó claramente hacia la izquierda.⁸⁶ Desempeñó su mejor papel político después del golpe militar de 1955, cuando Perón lo nombró delegado suyo en la Argentina y jefe de la resistencia, cometidos que sólo pudo desempeñar plenamente después de su fuga, en compañía de Héctor Cámpora y otros, de la cárcel de Río Gallegos, en el sur del país, para dirigirse a Punta Arenas, Chile, en marzo de 1957. Como jefe de la resistencia, aunque no sin oposición por parte de los políticos peronistas, Cooke fomentó dos formas de lucha principales: las campañas industriales, que incluyeron la importante huelga de los trabajadores del petróleo de 1958, en que él intervino directamente; y la acción directa, de sabotaje y actividades propagandísticas de pequeñas unidades de comandos, a veces de manera independiente y en otras ocasiones en apoyo de luchas obreras.⁸⁷ Con Borro, se colo-

có en 1959 a la cabeza de la huelga del frigorífico Lisandro de la Torre, con intención de transformarla en una huelga general revolucionaria, pero fue encarcelado por Frondizi y abandonado por Perón cuando, finalmente, se deshizo la huelga.

La influencia de Cooke fue principalmente ideológica durante el resto de su vida. Tras habérsele permitido abandonar la Argentina en 1960, no regresó hasta la amnistía decretada en 1963 por el presidente Illia. Aquellos tres años, pasados en Cuba, influyeron mucho en sus escritos políticos. Teniendo presente la desertión del peronismo llevada a cabo por los industriales y la experiencia de la revolución cubana, Cooke empezó a sostener que la lucha antiimperialista no podía llevarse adelante sin declarar simultáneamente la guerra al capitalismo en el mundo subdesarrollado. Pidiendo a Perón que se pusiera inequívocamente al lado de la joven izquierda peronista, escribió: "Hoy en día nadie piensa en que la liberación nacional puede hacerse sin revolución social, y por eso la lucha es de pobres contra ricos también..."⁸⁸. Desde que la liberación nacional es indivisible de la revolución social, no hay nacionalismo burgués,⁸⁹ porque el objetivo de la burguesía consistía en "privatizar el lucro y socializar los sacrificios".⁹⁰

La postura de Cooke era contradictoria porque, al tiempo que propugnaba la dirección del movimiento peronista por la clase trabajadora, esperaba sin duda que el peronismo conservara un carácter pluriclasista por algún tiempo, y se expresó a menudo en sus escritos como si los burgueses peronistas se subordinaran, de manera suicida, a un liderazgo de trabajadores revolucionarios. Había también más deseos que otra cosa tras su pretensión de que existía "una relación dialéctica" entre el peronismo y el castismo como "modalidades nacionales de la lucha revolucionaria continental";⁹¹ y de que Perón, junto con la clase trabajadora, era un revolucionario que repudiaría y desau-

torizaría a la burocracia reformista que había “usurpado” durante los años sesenta la jefatura local del Movimiento. Durante largo tiempo, Cooke abrigó la esperanza de que Perón aceptaría el ofrecimiento de hospitalidad en La Habana que le había hecho Fidel Castro. Finalmente, escribió dando diez argumentos que demostraban por qué Perón debía trasladar su base “revolucionaria” a Cuba,⁹² pero su líder sólo respondió con evasivas.

A pesar de sus defectos, la unificación de los objetivos de la liberación nacional y de la revolución social propugnada por Cooke se convirtió en la piedra de toque de las manifestaciones más revolucionarias del pensamiento de la izquierda peronista. Su mensaje era, en esencia, que la base proletaria del peronismo debía proporcionar al Movimiento un potencial revolucionario cuya realización implicaría a su sector izquierdista y a sus obreros combativos en una lucha interna contra la jefatura burocrática peronista local, porque ésta aceptaba los valores y las estrategias convencionales del sistema social dominante. Además, Cooke, haciéndose eco de sentimientos procedentes directamente del radicalismo argentino a finales del siglo XIX, insistía en que el peronismo prosperaría mejor mediante la intransigencia que aviniéndose a compromisos. Resistiendo todos los esfuerzos para llegar a una acomodación política con las fuerzas no peronistas, Cooke consideró que la acción directa —la huelga general, la insurrección, la guerra de guerrillas— era el único medio de superar el estancamiento posterior a 1966 entre un régimen militar “imposibilitado para afianzarse pero con poder material suficiente como para sobrevivir, y un movimiento de masas poderoso como para someterlo a un jaqueo constante pero no lo suficiente como para suplantarlo”.⁹³

La influencia cubana fue también evidente en el intento, en 1959-1960, de iniciar un movimiento guerrillero ru-

ral, comúnmente conocido por los Uturuncos, en las provincias de Tucumán y Santiago del Estero; y también estuvo presente dentro del MRP. Héctor Villalón, que como delegado de Perón envió un mensaje de apoyo al congreso fundacional del MRP en 1964, fue también —hasta que los cubanos lo acusaron de malgastar su dinero— traficante en tabaco cubano y, según la opinión general, representante de Fidel Castro. Entretanto, más allá del peronismo, tanto la facción de Ángel Bengochea —de tendencia inicialmente trotskista— conocida por Palabra Obrera, como el “foco” de la guerrilla rural en la provincia de Salta, el denominado Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP), de Jorge Ricardo Masetti, fueron convencidos en diferente medida por la tesis cubana del éxito revolucionario, en el sentido de que debían emprender la lucha armada durante los primeros años sesenta.

Finalmente, después de 1955, los gestos y declaraciones del propio Perón ayudaron a la izquierda peronista a mejorar su posición. En cuanto a la retórica radical del líder peronista, que tanto complacía a sus más combativos devotos, no pasó a formar parte del léxico oficial peronista hasta mediados de los años sesenta; entonces Perón reformuló su Tercera Posición para asociarla con las luchas de liberación contra el colonialismo y el neocolonialismo del Tercer Mundo, y pretendió que él y el justicialismo eran los heraldos de tales afanes.⁹⁴ Simultáneamente, Perón aplaudió la ruptura chino-soviética, considerándola como un golpe al “socialismo internacional dogmático” de la Unión Soviética y viendo en ella una especie de tendencia mundial hacia el surgimiento de diversas variedades de “socialismo nacional”⁹⁵. ¿Pero qué significaba en realidad esa capciosa frase? Ciertamente cosas muy diferentes para las distintas clases de peronistas. Mientras que la derecha peronista la interpretaba como nacionalsocialismo, como un hermano

carnal del nazismo y el fascismo, la izquierda la equiparaba con una vía "nacional" hacia el socialismo, considerándola un sistema de socialización económica y poder popular respetuoso con las condiciones y tradiciones nacionales. Como prueba fehaciente, la ultraderecha podía citar un pasaje de *La hora de los pueblos*, en el que Perón había argüido que la derrota de Italia y Alemania por los aliados eliminaba "toda posibilidad momentánea de un socialismo nacional",⁹⁶ así como una declaración, hecha por él en enero de 1969, en el sentido de que durante su viaje a Italia en 1937 descubrió "el primer socialismo nacional que aparecía en el mundo".⁹⁷ Sin embargo, la izquierda podía invocar muchos más indicios de que Perón había sufrido una revolucionaria metamorfosis en el exilio: elogió a los estudiantes rebeldes franceses en mayo de 1968, dijo "si yo hubiera sido chino, sería maoísta",⁹⁸ y afirmó que "la única solución es la de libertar el país tal como Fidel Castro libertó al suyo".⁹⁹

La explotación por Perón del "socialismo nacional" fue deliberadamente ambigua y prolija. Instado a que explicara por qué el justicialismo merecía la acreditación socialista, su única respuesta fue la de que "pivotea sobre la justicia social";¹⁰⁰ y, en efecto, si se examinan todas las maneras en que el líder peronista aplicó su nueva etiqueta doctrinal, el único tema común es que todos los regímenes y movimientos que se presentaban como ejemplo predicaban la justicia social, la practicaran o no. Entre las cubiertas de un mismo volumen, se podía descubrir a un Perón que proclamaba: "Ha terminado en el mundo el reinado de la burguesía. Comienza el gobierno de los pueblos", así como a un Perón que buscaba claramente el patrocinio de la elite. En medio de la ampulosidad casi revolucionaria, había imágenes de una Argentina a punto de precipitarse en el abismo, con Perón apareciendo providencialmente como único hombre

capaz de "pacificar al pueblo argentino", aplicar una "solución nacional" y presidir un programa de "reconstrucción nacional" basado en parte en un duro esfuerzo de los trabajadores (poniendo por ejemplo a Alemania occidental),¹⁰¹ Perón, pretendiendo que con la aplicación de su política "se puede tener la seguridad de que el comunismo nunca será un problema en nuestro país",¹⁰² se presentaba a veces como un bombero sofocador de revoluciones.

El crédito de Perón, tanto en su versión revolucionaria como en la reaccionaria, descansaba en la propensión de muchos de los simpatizantes de la izquierda y la derecha peronistas a creer que las insinuaciones que dirigía a sus adversarios y enemigos de clase eran simples manifestaciones tácticas destinadas a fortalecer el movimiento nacional atrayendo a nuevos partidarios, neutralizando los demás sectores y aislando al régimen militar de 1966-1973. Todas las dudas que la principal corriente de la izquierda peronista pudiera tener sobre la autenticidad de la supuesta conversión de Perón al socialismo —que él presentaba simplemente como actualización doctrinal, adaptando el justicialismo al mundo moderno— se vieron pronto disipadas cuando los militantes de la Juventud Peronista y los combatientes de las "formaciones especiales" recibieron comunicaciones dirigidas específicamente a sus aspiraciones. En ellas Perón parecía reconocer que había cometido una equivocación al rendirse tan fácilmente en 1955, dados los grandes sufrimientos populares que provocó con ello.¹⁰³ Además, incitaba a los jóvenes activistas a creer que pronto heredarían el liderazgo de su Movimiento mediante un "trasvasamiento generacional" de sus estructuras. Fingiendo humildad y ardor revolucionario, el viejo Perón, que tenía sesenta años cuando fue depuesto, pretendió que aún podía ser útil a "la maravillosa juventud que tenemos, que tarde o temprano to-

mará nuestras banderas y, así lo esperamos, las llevará hacia la victoria".¹⁰⁴

Perón no sólo autorizó la guerra revolucionaria, sino que halagó a sus combatientes de tal modo que muy pocos pudieron resistírsele. Sus elogios a las guerrillas urbanas de las "formaciones especiales" peronistas no conocían reservas. "Tenemos una juventud maravillosa, que todos los días está dando muestras inequívocas de su capacidad y su grandeza [...] Tengo una fe absoluta en nuestros muchachos, que han aprendido a morir por sus ideales", escribió en su "Mensaje a la Juventud", de 1971. Además de las alabanzas, se concedió a los combatientes una total independencia táctica, debido a la imposibilidad de dirigirlos desde Madrid, y se les prometió "una preponderancia paulatina a medida que vayamos acercándonos hacia la lucha violenta".¹⁰⁵ Al tiempo que conferían una gran legitimidad a las guerrillas peronistas a fines de 1960 y principios de 1970, estas declaraciones eran consideradas por los luchadores como el equivalente de una definición revolucionaria por parte de Perón. Por lo que a ellos respectaba, el factor decisivo —aunque no único— de quién podía llamarse revolucionario y quién no, era el método empleado en la persecución de los objetivos. La izquierda tradicional llevaba decenios hablando de socialismo, pero había logrado muy poco. Se habían aplicado fórmulas políticas e ideológicas de todo tipo con escaso éxito. Así, durante los últimos años sesenta, frente a un régimen militar que parecía descartar cualquier posibilidad de que el peronismo volviera al poder por medios legales y constitucionales, se postuló la acción armada directa como única manera eficaz de derribar aquel régimen y único método viable para los verdaderos revolucionarios. Con las belicosas palabras del montonero Luis Losada, los peronistas radicales afirmaron su opinión de que "la única ortodoxia es el combate".¹⁰⁶

Aun cuando la izquierda peronista resultó fortalecida por el apoyo de Perón, el principal beneficiario de aquellas relaciones fue él mismo. Le garantizaron la cándida lealtad de casi todos los peronistas de la izquierda, incluidos los Montoneros, mientras que los peronistas revolucionarios que habían descubierto el juego de las estratagemas de Perón, se dieron cuenta de que eran utilizados en provecho de la izquierda, independientemente de los propósitos del general. Abundaba la ingenuidad, pero se puede comprender por qué Perón se hizo pronto tan aceptable a la opinión radical. Ningún representante de la izquierda, peronista o no peronista, había proporcionado una historia completa de la política peronista posterior a 1955, cosa que habría incitado a tomar una actitud más crítica respecto del general; además, la mayoría de los miembros de la izquierda peronista, se tratase o no de recién llegados al Movimiento, eran demasiado jóvenes para recordar la Argentina peronista anterior a 1955. Escuchaban mensajes de Perón grabados en cinta magnetofónica en los que les pedía cuanta violencia pudieran organizar,¹⁰⁷ y casi todos ellos le tenían por un revolucionario; veían cómo los trabajadores peronistas paralizaban repetidamente la economía organizando grandes manifestaciones, levantando incluso barricadas en algunos lugares para luchar contra los soldados, a finales de los años sesenta, lo cual les hacía creer que eran revolucionarios, con el peronismo como identidad política y con Perón como líder, revolucionario por inferencia.

Muchas "pruebas circunstanciales" inducían a pensar que el peronismo merecía llamarse revolucionario. Sin embargo, un análisis histórico del comportamiento político de Perón hubiera revelado que siempre se había mostrado notablemente hábil a ceder ante la izquierda, la derecha o el centro cuando una determinada tendencia política favorecía su más ansiado propósito: la restauración peronista; y

hubiera demostrado asimismo que tales gestos no negaban su tradicional creencia en el desarrollo nacional, en la conciliación de las clases y en una "comunidad organizada" semicorporativista. Lo que con frecuencia se ha llamado erróneamente la "estrategia pendular" de Perón (implicando giros alternos a izquierda y derecha), era en realidad una juiciosa política destinada a adquirir el más amplio apoyo político y social al amparo de los estandartes de la liberación nacional, pero situando a veces su inmensa autoridad personal detrás del sector del Movimiento que más le conviniese para sacar provecho de una situación política determinada. Ocasionalmente, el gran peso político del líder respaldaba a las facciones "rebeldes" cuando un grupo dominante amenazaba alcanzar demasiada independencia o alterar el carácter multclasista del Movimiento.

Quizás el más claro ejemplo del gran éxito del oportunismo de Perón sea la breve historia del MRP. El 5 de agosto de 1964, dos mil delegados¹⁰⁸ escucharon, en el congreso fundacional del Movimiento Revolucionario Peronista, un mensaje de Villalón, portador de las bendiciones de Perón. Muchos observadores creyeron que Perón tomaba finalmente partido por el ala más radical de su Movimiento, cuando en realidad consideraba que el MRP era un puro medio de contrarrestar los progresos del vandorismo. Y aunque sólo temporalmente, el recurso de Perón a una "amenaza revolucionaria" para atemorizar a los vandoristas dio resultado: alarmados por su patrocinio del MRP y temiendo ser rebasados por la izquierda, Vandor y sus colegas (Iturbe, Parodi y Cavalli) tomaron inmediatamente el avión para ir a hacer las paces con el general. El 25 de agosto de 1964 volvieron triunfantes de Madrid y presentaron al Comando Superior Peronista (CSP) las resoluciones firmadas por Perón para la prensa. Éstas confirmaban al Partido Justicialista como única organización política del

Movimiento Peronista, ratificaban al Comando Superior Peronista como jefatura táctica dentro de la Argentina y nombraban delegado de Perón a Alberto Iturbe. La función de tales declaraciones era también la de "proscribir el Movimiento Revolucionario Peronista, fundado bajo la inspiración de Héctor Villalón, que no pertenece a ese Comando ni al Movimiento Peronista, lo mismo que su portavoz, el semanario *Compañero*".¹⁰⁹

De ese modo Perón abortó en 1964 la embrionaria ala izquierda antes de que pudiera adquirir entidad tangible. Su desautorización del MRP hizo que las latentes contradicciones internas del mismo llegaran al punto de ruptura: en nombre de la lealtad y la ortodoxia, los reformistas, incluida la mayoría de los sindicalistas, abandonaron el MRP prácticamente de la noche a la mañana. Una conferencia organizada por su reducto revolucionario en febrero de 1965 atrajo sólo a 118 delegados¹¹⁰ y sirvió para poco más que para indicar el impacto de la desautorización de Perón. Sólo apoyó al MRP mientras le fue útil para sus más inmediatos propósitos. Más tarde, cuando los vandoristas intentaron "llevar los pantalones largos", en el Congreso de Avellaneda de 1965¹¹¹, y proclamar la llegada del "peronismo sin Perón", el líder exiliado buscó contrapesos más sólidos frente al vandorismo. Enfrentado a la implícita amenaza de algo parecido al Partido Laborista británico, algo construido por los líderes sindicales vandoristas sobre los cimientos del Movimiento Peronista, Perón hizo pesar su influencia, de nuevo con un éxito considerable aunque no duradero, en favor de José Alonso y de otros líderes sindicalistas desplazados y marginales que habían formado la 62 De Pie. Más tarde aún, cuando los vandoristas se mostraron dichosos de alternar con las autoridades del régimen del general Onganía, Perón fomentó el surgimiento, en marzo de 1968, de la "rebelde" CGT de los Argentinos (CGTA),

recibiendo afectuosamente a Raimundo Ongaro, su futuro líder, en Madrid, un mes antes. Con todo, una vez más, tan pronto como los "participacionistas" vandoristas hubieron recibido las advertencias necesarias, tan pronto como se les recordó que no eran nada sin Perón, se dio fin al experimento por temor a que pudiera quedar fuera de control y enajenar a potenciales partidarios burgueses. De ahí que Bernardo Albarte, uno de los delegados más izquierdistas de Perón, fuera cesado y sustituido por Jerónimo Remorino, que era más conservador, cuando desde Madrid, a fines de 1968, se ordenó la disolución de la CGTA y la reunificación de la CGT.¹¹² Por entonces, sin embargo, a Perón le era difícil vigilar las andanzas de los revolucionarios y los militantes peronistas. Podía hacer aún que le apoyaran, pero en aquel momento le era más fácil dejarlos en libertad que devolverlos al redil: muchos activistas de la CGTA desoyeron las órdenes de Perón de desbandarse, y cuando en 1970 se logró la reunificación sindical, ello fue posible ante todo porque la CGTA había sido destruida por unas medidas represivas gubernamentales, tomadas con el pretexto del asesinato, en junio de 1969, de Augusto T. Vandor.¹¹³ No obstante, Perón consiguió evitar hasta 1973 la perjudicial pérdida de las fuerzas de la izquierda, entre las cuales se hacían cada vez más evidentes dos tendencias. La más revolucionaria de ellas, relacionada con los nombres de Cooke, Rearte, Di Pasquale, Ongaro y Jaime, advirtió sin duda el maquiavelismo de Perón. En uno de sus últimos escritos, Cooke finalmente criticó a Perón llamándole "el máximo valor de la política democrático-burguesa en la Argentina", aunque reconociendo la constante fuerza de su carisma y el hecho de que hubiera sido el símbolo de "la única época en que el obrero fue feliz".¹¹⁴ Por otro lado, Rearte, que había sufrido mucho como resultado del giro espectacular de Perón, consideró político el guardar silencio sobre la expe-

riencia del MRP. Se dio cuenta de que el hecho de romper abiertamente con Perón a mediados de los años sesenta hubiera conducido a un instantáneo derrumbamiento entre ellos y el movimiento obrero organizado. Además, aunque la cuestión del MRP había hecho destacar el oportunismo de Perón, también puso en evidencia su predisposición de dar mayor impulso a la "línea dura" del peronismo. Rearte sabía ya que el respaldo prestado por Perón al MRP era meramente táctico, pero también era consciente de que Perón tenía diferencias políticas con Vandor que podían ser explotadas por la izquierda. Si bien el proyecto vandorista tenía como objetivo "transformar al movimiento en un partido político que, integrado al régimen, representase a los trabajadores", el retorno de Perón y la aplicación de su "proyecto capitalista propio" requerían un cambio de régimen.¹¹⁵ Los proyectos integracionistas-participacionistas de Vandor exigían la destrucción del flanco radical del Movimiento; la estrategia de Perón requería una línea "dura" y una "blanda", la revolucionaria y la burocrática.

Al advertir la deliberada ambigüedad estratégica de Perón, los peronistas revolucionarios concentraron más y más sus esfuerzos en la creación de organizaciones militantes de base, motivados por el objetivo final de relacionar a sus componentes con una "alternativa independiente de la clase obrera". Sin embargo, el apoyo que la clase obrera daba a aquellos "alternativistas" era demasiado débil para que renunciaran a la protección del general. Por ser tan grande la autoridad de éste, parecía prudente no levantar demasiado alboroto respecto de sus maniobras, y usar, en vez de ello, su retórica y sus gestos cuasi revolucionarios para justificar y hacer más aceptables sus propias ideas y actividades. No había ingenuidad por parte de los componentes de aquel grupo. Podía acusárselos (y lo fueron por la izquierda no peronista) de haber contribuido a que sobrevi-

viera la mitología peronista, de haber alimentado las ilusiones de los trabajadores en el sentido de que Perón podía solucionar sus problemas económicos, y de no haber resuelto la contradicción fundamental existente entre su táctica a corto plazo (apoyo de un Perón "revolucionario") y su estrategia a largo plazo (la creación de un partido revolucionario basado en los trabajadores). Pero, para los revolucionarios, se hallaban en una situación poco envidiable: las opciones a que se enfrentaban eran o el compromiso o el aislamiento políticos.

La tendencia izquierdista peronista —menos radical pero mucho más numerosa—, que los Montoneros llegaron a dirigir, no podía ser acusada de compromisos políticos anteriores a 1973, porque no podían concebir ninguna "alternativa independiente". La fe de sus militantes en el revolucionarismo de Perón era absolutamente sincera. Se basaba en la aprobación que él había dado a la lucha armada y en la juvenil falta de experiencia política de aquellos hombres; y en algunos casos, como veremos, hubo incluso una reacción culpable contra sus propios antecedentes antiperonistas. La mayoría pertenecía a la clase media, y era más partidaria de las alianzas que de las luchas interclasistas, aun cuando sobre el papel tales alianzas tuvieran que llevarse a cabo en nombre del "socialismo nacional". Llegaron a ser conocidos como "movimientistas" porque consideraban que el Movimiento Peronista era básicamente una alianza de clases revolucionaria cuyas metas estaban en la liberación nacional y la revolución social. La visión que tenían tanto de la historia peronista anterior a 1955 como de la posterior a aquel año decisivo estaba teñida de romanticismo y saturada de todos los mitos ofrecidos por el Movimiento Peronista. Ni por un momento los jóvenes soldados de Perón sospecharon que pudieran estar luchando por un general infiel.

NOTAS

1. Perón citado en José Luis Romero, *A History of Argentine Political Thought*, Stanford University Press, California, 1963, p. 254.

2. *Idem*, "Mensaje a la Juventud", reproducido en *Militancia*, n° 11 (23 de agosto de 1973), p. 49. Salvo indicación contraria, todos los periódicos, revistas y diarios políticos de título español citados en este libro son publicaciones de Buenos Aires.

3. Quizá la introducción más útil a los diversos aspectos de la vida e historia argentinas en lengua inglesa sea James Scobie, *Argentina: A City and a Nation*, Oxford University Press (OUP), Nueva York, 2° ed., 1971.

4. V. I. Lenin, *Imperialism, the Highest Stage of Capitalism* (1916), Progress Publishers, Moscú, 15° ed., 1970, pp. 82-83.

5. David Viñas, *De los Montoneros a los anarquistas*, vol. 1 de *Rebeliones populares argentinas*, Carlos Pérez Editor, Buenos Aires, 1971, pp. 15-148.

6. Citado en Romero, p. 172. Una "montonera" era una banda de "montoneros".

7. La población de la Argentina, territorialmente octavo país entre los más grandes del mundo, llegaba sólo a 7.885.237 habitantes en 1914 (tras haber sido de 1.830.214 habitantes en 1869 y de 3.956.060 en 1895), de los cuales el 29,9% eran extranjeros y 410.201 estaban empleados en la industria, según Romero, p. 169; Oscar Cornblit, "European Immigrants in Argentine Industry and Politics", en *The Politics of Conformity in Latin America*, Claudio Veliz, ed., OUP, Nueva York, 1970, pp. 221-248.

8. Se ha demostrado que durante el período del gobierno radical (1916-1930), el 60% de los proyectos de ley presentados al Congreso a favor de los ganaderos fue obra de los radicales. Véase Peter H. Smith, "Los radicales argentinos y la defensa de los intereses ganaderos, 1916-1930", *Desarrollo Económico*, vol. 7, n° 25 (abril-junio 1967), pp. 795-829. Sobre este período, véase especialmente David Rock, "Machine Politics in Buenos Aires and the Argentine Radical Party, 1912-1930", *Journal of Latin American Studies*, vol. 4, n° 2 (noviembre 1972), pp. 233-274; y "Radical Populism and the Conservative Elite, 1912-1930", en Rock, ed. *Argentina in the Twentieth Century*, Duckworth, Londres, 1975, pp. 66-87. Sobre la reforma universitaria, véase Richard J. Walter, *Student Politics in Argentina*, Basic Books, Nueva York 1968, pp. 23-62.

9. Sobre el nacionalismo derechista, véase Juan José Hernández Arregui, *Formación de la conciencia nacional*, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, 3° ed. 1973, pp. 165-281.

10. Tulio Halperín Donghi, *El revisionismo histórico argentino*, Siglo XXI Argentina Editores, Buenos Aires, 1971, p. 79.

11. Hernández Arregui, *op. cit.*

12. Para información sobre quién es quién en las organizaciones nacionalistas de derecha argentinas, véase Ray Josephs, *Argentine Diary*, Gollancz, Londres, 1945, pp. 265-271.

13. Sobre el surgimiento del peronismo, véase Walter Little, "The Popular Origins of Peronismo", en Rock, ed. *Argentina*, pp. 162-178; y Rodolfo Puiggrós, *El peronismo sus causas*, Ediciones Cepe, Buenos Aires, 1969.

14. Scobie, p. 304.

15. En las elecciones presidenciales de 1946, los peronistas consiguieron el 52,40% de los votos frente al 42,51% de la rival Unión Democrática (una alianza de radicales, conservadores, socialistas, comunistas, terratenientes y hombres de negocios respaldada por el gobierno de los Estados Unidos, todos los cuales consideraban que el peronismo era una modalidad de fascismo). Para datos electorales, véase Darío Cantón, *Elecciones y partidos políticos en la Argentina*, Siglo XXI Argentina Editores, Buenos Aires, 1973, p. 272.

16. Para su crítica del peronismo condenado por dirigir una revolución social en lugar de nacional, véase Irazusta, *Perón y la crisis argentina*, Editorial Huemul, Buenos Aires, 1966, especialmente su homenaje a Luis Dellepiane, pp. 241-243.

17. Con base en la Córdoba preindustrial, el radicalismo sabattista fue la tendencia más nacionalista de la UCR de los años cuarenta.

18. Sobre FORJA y Jauretche, véase Miguel Ángel Scenna, *FORJA: una aventura argentina*, 2 vols., Ediciones La Bastilla, Buenos Aires, 1972; Arturo Jauretche, *FORJA y la década infame*, A. Peña Lillo Editor, Buenos Aires, 1962; y Ernesto Goldar, *Jauretche*, Cuadernos de Crisis 17, Buenos Aires, 1975.

19. Jauretche, citado en Hernández Arregui, p. 307.

20. Cf. los *San Min Chu I* (los tres principios del pueblo) descritos por el líder nacionalista chino Sun Yat-sen en 1905: el nacionalismo, la democracia del pueblo, la subsistencia del pueblo.

21. Carlos F. Díaz Alejandro, *Exchange-Rate Devaluation in a Semi-Industrialized Country. The Experience of Argentina 1955-1961*, MIT

Press, Massachusetts, 1965, p. 110; y D. Rock, "The Survival of Peronism", en Rock, ed., *Argentina*, p. 187.

22. La respuesta del Partido Comunista a los acontecimientos del 17 de octubre de 1945 fue un manifiesto del 21 de octubre que terminaba así: "PERÓN ES EL ENEMIGO NÚMERO UNO DEL PUEBLO ARGENTINO", Puiggrós, p. 172. Para la actitud del partido hacia el peronismo de los primeros tiempos, véase Victorio Codovilla, *Batir al nazi-peronismo para abrir una era de libertad y progreso*, Editorial Anteo, Buenos Aires, 1946.

23. Hernández Arregui, p. 475, nota.

24. Jorge Enea Spilimbergo, *El socialismo en la Argentina*, 2 vols., Ediciones Octubre, Buenos Aires, 1974, vol. 2, 2ª ed. p. 101.

25. Hernández Arregui, p. 475.

26. Fueron varios los autores que contribuyeron prácticamente al desarrollo montonero. En los últimos años sesenta, tanto Jauretche como Hernández Arregui participaron en conversaciones regulares con los fundadores de los Montoneros, incluido Mario Firmenich. En 1973, Jauretche fue nombrado director del departamento editorial de la Universidad de Buenos Aires (EUDEBA), pero murió en mayo de 1974 a la edad de setenta y dos años. Su sobrino Ernesto llegó a ser un importante montonero antes de unirse a un grupo disidente, a principios de 1980. Hernández Arregui, como Jauretche, murió de muerte natural durante el último período del gobierno peronista (1973-1976). Puiggrós, después de haber sido un líder del Partido Comunista en los años cuarenta, fue —apoyado por los Montoneros— rector interventor de la Universidad de Buenos Aires en mayo-octubre de 1973, antes de tomar partido inequívocamente por la organización dos años después. En 1977 se convirtió en primer secretario de la Rama de Profesionales, Intelectuales y Artistas del Movimiento Peronista Montonero (MPM), y permaneció en el cargo hasta su muerte en La Habana, en noviembre de 1980, a consecuencia de un fallo cardíaco. Ramos era muy impopular entre los Montoneros debido a la equiparación que hacía de la guerrilla urbana con el "terrorismo individual" y el "blanquismo". Sin embargo, su apreciada historia de la Argentina (*Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, 5 vols. Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, 5ª ed. 1973) fue muy leída en los círculos universitarios, y contribuyó a una nueva y positiva evaluación del peronismo por parte de muchos estudiantes. El partido de Ramos, el Frente de Izquierda Popular (FIP), buscaba el apoyo del peronismo desde una posición de independencia crítica. En marzo de 1973 consiguió

casi 70.000 votos al presentar candidatos propios; en septiembre de 1973 su sufragio nominal se elevó a 889.000 votos en las elecciones presidenciales, aunque muchos de aquellos votos fueron indudablemente resultado de la confusión de los votantes al presentárseles, esa vez, la oportunidad de votar a Perón haciéndolo por la lista del FIP. Para la crítica que hizo Ramos de la guerra de guerrillas y la línea del FIP respecto del peronismo, véase *La era del bonapartismo, 1943-1973*, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, 1973, especialmente pp. 297-309.

27. *La formación*, p. 19. Otras obras influyentes de este autor fueron *Imperialismo y cultura*, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, 1973; *Nacionalismo y liberación*, Ediciones Corregidor, Buenos Aires, 1973; y *¿Qué es el ser nacional?*, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, 1973; todas en su tercera edición.

28. Las principales críticas son Spilimbergo, *op. cit.*; Ramos, *Historia del estalinismo en la Argentina*, Editorial Rancagua, Buenos Aires, 1974; y Puiggrós, *Las izquierdas y el problema nacional*, Ediciones Cepe, Buenos Aires, 1973.

29. Aun cuando muchas críticas de la falta de nacionalismo económico mostrada por los socialistas son válidas, tienden a confundir, al dar a entender que al partido se le presentaron verdaderas alternativas en momentos anteriores del siglo. Richard Walter (*The Socialist Party of Argentina, 1890-1930*, University of Texas, Austin, 1977, pp. 227-233) arguye que ningún partido que pretendiera representar los intereses de la clase obrera podría haber adoptado la política de tarifas altas de organizaciones patronales tales como la Unión Industrial Argentina (UIA); y además, ha recordado a los críticos en el sentido de que los socialistas habían facilitado a Perón gran parte de su programa social. Pueden también encontrarse respuestas a los ataques de la izquierda nacional en Emilio Corbière, artículos de 1975-1976 en *Cuestionario*.

30. Ocasionalmente, nacionalistas y liberales perpetuaron los mismos mitos. Varios autores de ambas escuelas consideraron que la base del poder de Perón estaba constituida ante todo por trabajadores de origen provincial, aislados del movimiento obrero tradicional: la tesis "dualista", refutada en Little, *op. cit.*

31. Sobre el propio acontecimiento, véase David Rock, "Lucha civil en la Argentina: Semana Trágica de enero de 1919", *Desarrollo Económico*, vol. 11, n° 42 (julio 1971), pp. 165-215.

32. Hasta cierto punto, las diferencias entre Puiggrós y Ramos, entre avanzar hacia la revolución por etapas e insistir en la estrecha liga-

zón de las tareas revolucionarias nacionales y sociales, eran ecos de la disputa entre Stalin y Trotsky en el seno de la Tercera Internacional a finales de los años veinte. Sin embargo, con el paso del tiempo, Ramos fue abandonando el trotskismo. En 1975, ante una probable intervención militar contra el gobierno peronista derechista de Isabel Perón, Ramos y el FIP abogaron no sólo por la defensa de las instituciones democráticas, sino también por el apoyo a Isabel. Véase *Izquierda Nacional*, n° 39 (septiembre 1975), p. 4.

33. Sobre el proceso de industrialización, véase Eduardo F. Jorge, *Industria y concentración económica*, Siglo XXI Argentina Editores, Buenos Aires, 1971; y Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, vol. 1, Siglo XXI Argentina Editores, Buenos Aires, 1971.

34. Un informe del Banco Central, de 1940, afirmaba que el gobierno británico había expresado el deseo de que la Argentina considerase la compra de los ferrocarriles ingleses que funcionaban en ella. Véase Leopoldo Portnoy, *Análisis crítico de la economía*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1961, p. 143.

35. Puiggrós, *El proletariado en la revolución nacional*, Editorial Sudestada, Buenos Aires, 1968, *passim*.

36. North American Congress on Latin America (NACLA), *Argentina in the Hour of the Furnaces*, NACLA, Nueva York 1975, p. 24.

37. Jorge Niosi, *Los empresarios y el Estado argentino, 1955-1969*, Siglo XXI Argentina Editores, Buenos Aires, 1974, p. 215.

38. Hernández Arregui, por ejemplo, siguió apoyando el peronismo oficial incluso después de que su ala derecha llegara a ser totalmente dominante a nivel gubernamental tras la muerte de Perón en julio de 1974. En respuesta a tal hecho, Hernández Arregui cambió el nombre de su revista política de *Peronismo y Socialismo* a *Peronismo y Liberación*, abogó por un aplazamiento de la discusión de la disputa entre los partidarios del capitalismo independiente y los del socialismo, y sostuvo que "el mandato de la hora no es, en este momento particular y dramático de la historia argentina, disputar sobre palabras escolásticas [...]". En "Aclaración sobre el cambio de nombre de nuestra revista", *Peronismo y Liberación*, n° 1 (agosto 1974), p. 5.

39. Para guías útiles en cuanto a las numerosas interpretaciones del peronismo, véase Ernesto Laclau, "Peronism and Revolution", *Latin America Review of Books*, Londres y Leeds, n° 1 (1973), pp. 117-130; y Carlos S. Fayt, *La naturaleza del peronismo*, Viracocha, Buenos Aires,

1967. Para antecedentes políticos generales referentes al período posterior a 1943, véase Félix Luna, *De Perón a Lanusse*, 1943-1973, Editorial Planeta Argentina, Buenos Aires, 1973; Rock, ed., *Argentina*; y Donald C. Hodges, *Argentina, 1943-1976*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1976.

40. Scobie, p. 235.

41. Véase Edward S. Milensky, *Argentina's Foreign Policies*, Westview Press, EE.UU., 1978, especialmente pp. 114-119.

42. Perón, entrevista en Enrique Pavón Pereyra, *Perón tal como es*, Editorial Macacha Güemes, Buenos Aires, 1973, p. 225.

43. Véase Fernando Nadra, *Perón hoy y ayer, 1971-1943*, Editorial Polémica, Buenos Aires, 1972, pp. 79-81.

44. Juan D. Perón, *Doctrina peronista*, Ediciones Macacha Güemes, Buenos Aires, 2° ed., 1973, p. 241.

45. *Idem*, *La Comunidad Organizada*, Ediciones Cepe, Buenos Aires, 1974, p. 111. Sobre la Comunidad Organizada, véase también Rodolfo Terragno, *Los 400 días de Perón*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1974, pp. 65-69.

46. Perón, 28 de junio de 1944, citado en Milcíades Peña, *El peronismo*, selección de documentos para la historia, Ediciones Fichas, Buenos Aires, 1973, p. 99.

47. Véase Díaz, Alejandro, *op. cit.*, *passim*; *idem*, *Essays on the Economic History of the Argentine Republic*, Yale University Press, New Haven, 1970; Guido Di Tella y Manuel Zymelman, *Las etapas del desarrollo económico argentino*, EUDEBA, Buenos Aires, 1967; y Aldo Ferrer *et al.*, *Los planes de estabilización en la Argentina*, Paidós, Buenos Aires, 1969.

48. Los votos obtenidos por el peronismo pasaron del 52,40% en 1946 al 62,49% de la totalidad de los emitidos en las elecciones presidenciales y vicepresidenciales de 1951. Véase Cantón, pp. 272-273.

49. La primera Juventud Peronista (JP) fue creada a finales de 1957 e incluyó a Gustavo Rearte, Envar El Kadri, Jorge Rulli, Héctor Espina y Carlos Caride. Sin embargo, su desarrollo se vio obstaculizado por el encarcelamiento de sus líderes a principios de los años sesenta, y después, cuando fueron amnistiados en 1963, por una escisión que dio origen al surgimiento de la Juventud Revolucionaria Peronista (JRP) de Rearte y al Movimiento de la Juventud Peronista (MJP); mucho menos radical, dirigido por El Kadri. Para más detalles, véase R. H. C. Gillespie, "The Peronist Left", tesis doctoral inédita, Universidad de Liverpool, 1979, pp. 175-188.

50. Aunque influido por la mitología peronista, José Pablo Feinmann, *El peronismo y la primacía de la política*, Editorial Cimarón, Buenos Aires, 1974, es un interesante antídoto contra una visión reduccionista de clases del peronismo.

51. Véase Puiggrós, *El peronismo*, pp. 164-172.

52. Murmis y Portantiero, pp. 77-79.

53. Little, pp. 175-176.

54. Sobre la caída de Perón, véase Julio Godio, *La caída de Perón*, Granica Editor, Buenos Aires, 1973.

55. Sobre este período, véase Clara Budeisky, *El retorno oligárquico, 1955-1958*, Schapire Editor, Buenos Aires, 1973; y Rock, "The Survival".

56. John William Cooke, "La revolución y el peronismo" (1967), en *La lucha por la liberación nacional*, Granica Editor, Buenos Aires, 2° ed., 1973, p. 81.

57. Rosas, citado en John Barnes, *Eva Perón*, Fontana, Glasgow, 1978, pp. 7-8.

58. Perón, citado en W. Little, "Party and State in Peronist Argentina, 1945-1955", *Hispanic American Historical Review*, vol. 53, n° 4 (noviembre 1973), p. 655.

59. Reyes fue encarcelado en 1948 después de varios atentados contra su vida. Para una visión del lado sombrío de la Argentina peronista, véase Mary Main, *Evita: The Woman with the Whip*, Corgi, Londres, 1977, pp. 212-221.

60. Perón, citado en *El Día* (Montevideo), 5 de octubre de 1955; reproducido en Enrique Rivera, *Peronismo y frondizismo*, Editorial Patria Grande, Buenos Aires, 1958, pp. 84-92. Cooke comentó después: "Todos los lamentos póstumos sobre las milicias obreras, para mí, son simples especulaciones fantasiosas. Porque no se puede armar a la clase trabajadora para que defienda a su régimen y al otro día decirle: 'Bueno, mi hijo, devuelva las armas y vaya a producir plusvalía para el patrón'". Véase *Apuntes para la militancia*, Schapire Editor, Buenos Aires, 1973, p. 102.

61. Sobre la historia del peronismo posterior a 1955, véase Ángel Cairo, *Peronismo, claves*, Centro de Estudios Aporte, Buenos Aires, 1975, pp. 968; y Ernesto González, *Qué fue y qué es el peronismo*, Ediciones Pluma, Buenos Aires, 1974.

62. Rock, *Argentina*, p. 195.

63. Scobie, p. 241.

64. *Ibíd.*, pp. 238-246.
65. Mariano Lesseps y Lucía Traveler, *Argentina: un país entregado*, Castellote Editor, Madrid, 1978, p. 105.
66. Eugenio Gastiazoro, *Argentina hoy. Latifundio, dependencia y estructura de clases*, Ediciones Pueblo, Buenos Aires, 3ª ed., 1975, p. 21.
67. Scobie, p. 245; Lesseps y Traveler, p. 106.
68. Lesseps y Traveler, p. 108.
69. Véase Laclau, "Peronism and Revolution".
70. El único grupo de la izquierda no peronista que orientó su labor decididamente hacia los obreros peronistas fue la diminuta Palabra Obrera, organización de origen trotskista que a fines de los años cincuenta y en los primeros sesenta publicó un boletín del mismo nombre, presentado como órgano del "peronismo obrero revolucionario".
71. *De Frente* apareció en marzo de 1954 y publicó ochenta y cinco números antes de su prohibición, en octubre de 1955. El nº 85 informó sobre la detención de Cooke.
72. Ciertamente, la proporción de los sueldos y salarios en el producto bruto nacional subió en este tiempo. Véase Mónica Peralta Ramos, *Etapas de acumulación y alianza de clases en la Argentina (1930-1970)*, Siglo XXI Argentina Editores, Buenos Aires, 1972, p. 150.
73. Se publicaron setenta y siete números de *Compañero* (junio 1963-febrero 1965).
74. Para documentos sobre la fundación del MRP y la explicación por Rearte del fracaso del MRP, véase el suplemento especial de *En Lucha*, nº 18 (septiembre 1974).
75. Rock, *Argentina*, p. 205.
76. NACLA, *op. cit.*, p. 28.
77. Sobre esta cuestión, véase Peralta Ramos, pp. 58-63 y pp. 163-170.
78. Cinco millones de jornadas de trabajo se perdieron en las huelgas de 1956, más de 3,6 millones en 1957, más de seis millones en 1958, y más de once millones en 1959, pero sólo un millón y medio en 1960 y 1961, y 268.000 en 1962. Véase Daniel James, "Power and Politics in Peronist Trade Unions", *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, vol. 20, nº 1 (febrero 1978), pp. 21-22. Sobre la historia del movimiento obrero en ese período, véase también Santiago Senén González, *El sindicalismo después de Perón*, Editorial Galerna, Buenos Aires, 1971.
79. En 1964, la CGT lanzó un "Plan de lucha" que suponía la ocupación de unos 11.000 centros de trabajo por casi cuatro millones de trabajadores. Véase Peralta Ramos, p. 166.

80. Véase "El Lisandro de la Torre del 59: bastión de Resistencia Peronista", entrevista con Sebastián Borro, *Peronismo y Liberación*, nº 1 (agosto 1974), pp. 97-102.

81. Aquí la intervención se refiere al envío de interventores por el gobierno para tomar la dirección de los sindicatos, pero puede también indicar el nombramiento de un interventor por el gobierno para encargarse de una provincia o de una universidad. Bajo las administraciones peronistas de 1973-1976, los líderes sindicales nacionales estaban también facultados para asumir la dirección de los sindicatos disidentes y organismos sindicales regionales.

82. Véase Luna, pp. 137-143.

83. "Falsa opción", *Compañero*, nº 1 (7 de junio de 1963), p. 1.

84. Publicado en el *Buenos Aires Herald*, 3 de enero de 1959.

85. *Ibíd.*, 25 de marzo de 1962.

86. Para un análisis de la evolución ideológica de Cooke, véase mi tesis de doctorado, "The Peronist Left", pp. 16-78.

87. Las actividades de los comandos se caracterizaban principalmente por su espontaneidad e improvisación y eran apenas coordinadas. Sin embargo, reflejaban la convicción de que la violencia era necesaria para conseguir la restauración peronista. Según una estimación ("Los guerrilleros", *Confirmado*, nº 402, 18-24 de diciembre de 1975, pp. 20-25), hubo 7.000 explosiones de bombas en 1956-1957, más que durante la lucha por la independencia de Argelia. No obstante, en otro lugar ("Terrorismo y antiterrorismo", *Confirmado*, nº 411, agosto 1976, pp. 14-19), la misma revista afirmaba que, entre 1956 y 1961, los grupos de la Resistencia fueron responsables de 1.022 explosiones de petardos y otros artefactos; de 104 casos de incendios premeditados contra edificios públicos, instalaciones industriales y vagones de ferrocarril; y de 440 ataques de varias clases (obstrucción de las vías férreas, agresiones a policías, etc.). Sobre la Resistencia, véase "Apuntes para una historia de la Resistencia y del peronismo revolucionario", seis suplementos de *En Lucha*, núms. 13-18 (diciembre 1973-septiembre 1974); y las memorias de Juan M. Vigo, *¡La vida por Perón!*, A. Peña Lillo, Buenos Aires, 1973.

88. Cooke, carta a Perón del 24 de julio de 1961, *Correspondencia Perón-Cooke*, 2 vols., Granica Editor, Buenos Aires, 1ª ed., 1973, vol. 2, p. 203.

89. *Idem*, *El peronismo y el golpe de Estado (Informe a las bases del movimiento)*, Ediciones Acción Revolucionaria Peronista, Buenos Aires, 1966, p. 38. Publicado también con el título de *Peronismo y revolución*, Granica Editor, Buenos Aires, 1971.

90. *Ibíd.*, p. 98.
91. Carta del 18 de octubre de 1962, *Correspondencia*, vol. 2, p. 262.
92. *Ibíd.*, pp. 261-290; y carta del 27 de enero de 1965, *ibíd.*, pp. 324-338.
93. Cooke, *Apuntes*, p. 29.
94. Véase Perón, *La hora de los pueblos*, Editorial Norte, Buenos Aires, 1968, p. 162; y Pavón Pereyra, pp. 55-56.
95. Véase Nadra, p. 16; y Feinmann, pp. 226-230.
96. *Op. cit.*, p. 174.
97. Perón citado en Félix Luna, *El 45*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 7ª ed., 1975, p. 58.
98. Véase la carta de Perón del 10 de diciembre de 1969 a Hernández Arregui, y una entrevista de noviembre de 1972, ambas publicadas en *Peronismo y Socialismo*, nº 1 (septiembre 1973), pp. 31-34.
99. Perón, citado en el *Buenos Aires Herald*, 7 de julio de 1970.
100. Perón, citado en Pavón Pereyra, p. 336.
101. Perón, *La hora*, pp. 19, 43 y 132.
102. Perón, entrevista en *Primera Plana*, 7 de septiembre de 1971.
103. Véanse, por ejemplo, las afirmaciones de Perón publicadas por el *Buenos Aires Herald* del 23 de abril de 1969 y del 7 de julio de 1970.
104. *Ibíd.*, 16 de febrero de 1972.
105. "Perón habla a la juventud", *Cristianismo y Revolución*, nº 29 (junio 1971), pp. 8-10.
106. Entrevista en el periódico *Córdoba*, 20 de febrero de 1971.
107. Ésta había sido una de las exhortaciones de Perón desde el golpe de 1955: "Cuanto más violentos seamos, mejor", había escrito en una carta del 3 de noviembre de 1956 a Cooke, *Correspondencia*, vol. 1, p. 35.
108. "5 de agosto: jornada histórica", *Compañero*, nº 59 (11 de agosto de 1964), p. 1.
109. *La Razón*, 25 de agosto de 1964.
110. Gustavo Rearte, "La única respuesta válida", *Compañero*, nº 77 (segunda quincena de febrero de 1965), p. 3.
111. Una de las consignas del congreso fue: "Ya tenemos pantalones largos". Véase Peralta Ramos, p. 167.
112. Véase "Mayo 69: Cordobazo", *En Lucha*, nº 16 (junio 1974), p. 6. La postura revolucionaria de Bernardo Albarte fue sintetizada en las dicotomías: "Dictadura o revolución" y "Régimen dictatorial burgués im-

perialista o gobierno revolucionario del pueblo", que aparecieron en su publicación *Con Todo*, nº 0 (septiembre 1968), p. 3.

113. Éste y otros casos de asesinatos de líderes sindicales por guerrilleros se examinan en la primera parte del capítulo 5 de este libro.

114. Cooke, *La lucha por la liberación nacional*, pp. 92-93.

115. Rearte, "Por qué fracasó el MRP", suplemento de *En Lucha*, nº 18 (septiembre 1974), p. 3. Cooke murió en septiembre de 1968, víctima de un cáncer, a la edad de cuarenta y siete años. Rearte murió de leucemia a los cuarenta años, en julio de 1973.

Capítulo 2

ORIGEN DE LOS MONTONEROS

No conocen el peronismo desde dentro.
Conocen el antiperonismo desde dentro.¹

Los Montoneros aparecieron en la escena política argentina durante algunos de los años más turbulentos, en cuanto a conflictos sociales, experimentados por su país. Tras su creación dos años después de que el general Juan Carlos Onganía y las Fuerzas Armadas usurparan el poder, en 1966, los fundadores dedicaron un par de años al entrenamiento preparatorio y a acumular recursos antes de anunciar su existencia al mundo en mayo de 1970. Se sabe menos de la fase de 1968-1970 que de cualquier otro período de la historia de los Montoneros, aun cuando aquellos años de anonimato, como los que les precedieron inmediatamente, fueron de importancia fundamental para determinar la fisonomía política de su organización.

*El nacionalismo, el catolicismo
y los primeros montoneros*

Basta una mirada inicial a los antecedentes políticos de los montoneros de más relieve para que el observador se quede perplejo: muchos de los hombres y mujeres jóvenes que tomaron las armas en los últimos años sesenta y principios de los setenta movidos por ideales populares nacionalistas y socialistas, habían recibido su bautismo político en ramas de la tradicional y conservadora Acción Católica (AC); algunos incluso habían partido del Tacuara, inspirado en la Falange española; muy pocos procedían de la izquierda y casi ninguno había comenzado su vida política como peronista. Más tarde, pintaron un autorretrato retrospectivo que presentaba el nacimiento de su organización como una síntesis de las corrientes peronista y guevarista.² El retrato era histórico en cuanto a ideología, pero resultaba, sin embargo, muy revelador: su filosofía se basaba en la fusión, por parte de los Montoneros, de la guerrilla urbana—adaptación de la teoría del “foco” de Che Guevara—³ con las luchas populares del Movimiento Peronista; en otras palabras, en unificar las actividades de la vanguardia y de las masas. Se caracterizaban por dar más importancia a la estrategia y a los métodos que a las definiciones políticas e ideológicas y, por omisión, procuraban ocultar el hecho de que la mayoría de los primeros montoneros no fueron, inicialmente, de ninguna manera revolucionarios.

Aun cuando los Montoneros se beneficiarían posteriormente de la incorporación de personas y organizaciones de identidad política guevarista, su génesis obedecía más a la evolución interna del nacionalismo y el catolicismo argentinos. Sus fundadores, Fernando Abal Medina y Carlos Gustavo Ramus, habían pertenecido, a los catorce años, al violento y derechista Tacuara. Y otros jóvenes que después

se unieron a los Montoneros y llegaron a ocupar cargos importantes también estaban implicados en tal tendencia: Rodolfo Galimberti, futuro líder de la Juventud Peronista, había sido simpatizante del Tacuara, y Dardo Cabo había dirigido un grupo nacionalista católico, también derechista, pero properonista, llamado Movimiento Nueva Argentina, antes de su encarcelamiento, en 1966.

El Tacuara tenía un gran atractivo romántico para los turbulentos jóvenes de educación católica. Formado por activistas de la Unión Nacionalista de Estudiantes Secundarios (UNES) después del golpe militar de 1955, sus antecedentes se remontaban, a través de las organizaciones nacionalistas de los años cuarenta, a la Legión Cívica de los treinta y a la Liga Patriótica de 1919.⁴ La novedad que ofrecía el Tacuara era su fascinación por el falangismo español, pero, al igual que sus predecesores, daba mucha importancia a valores como valentía, sacrificio, violencia y lucha, y sus miembros mostraban una gran afición a la acción directa, a los uniformes y a las ceremonias en gran forma. Los tacuaristas solían llevar la cruz de Malta en la solapa y vestían de uniforme en los ritos secretos de iniciación que llevaban a cabo en los más oscuros rincones del cementerio porteño de Chacarita. Gracias a la policía y a los contactos con los militares, poseyeron armas ligeras desde el principio e, incluso cuando no estaban empeñados en ataques a escuelas judías, llevaban porras y manoplas. Efectuaban ejercicios de entrenamiento, combinados con banquetes al aire libre y charlas folclóricas, en una casa de campo situada en el delta del Paraná, perteneciente a la familia del líder, Alberto Ezcurra, cuyo árbol genealógico lo ligaba directamente a Uriburu, autor del golpe nacionalista de la derecha de 1930, e indirectamente a Rosas. En parte porque varios de sus miembros pertenecían a familias eminentes o al menos “respetables”, y en parte debido a su virulen-

to anticomunismo, el Tacuara de los primeros tiempos gozó de una gran inmunidad en cuanto a la atención de la policía. A finales de los años cincuenta, cuando el Tacuara movilizó cientos de estudiantes en defensa de los derechos de los centros docentes católicos, se dijo que los activistas raramente pasaron más de veinticuatro horas bajo custodia policíaca, y que los policías no fotografiaban a los detenidos, por miedo a ser suspendidos del servicio.⁵

Durante los primeros años sesenta, el Tacuara dominó el Sindicato Universitario de Derecho (SUD), pero por entonces ya había empezado a desintegrarse en varias ramas. Como resultado del ingreso de jóvenes de origen peronista y del creciente convencimiento por parte de una facción de que los nacionalistas tenían que llegar a reconocer la vitalidad del apoyo de la clase obrera al peronismo, surgió gradualmente en el Tacuara una tendencia izquierdista que tomó el nombre de Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara (MNRT) en 1962.⁶

Desilusionados por la vacía retórica nacionalista de los gobiernos posteriores a 1955, dirigieron inicialmente su mirada al peronismo sólo con vistas a la realización de la idea falangista del sindicalismo nacional. "Ante la indiferencia liberal y la negación marxista", el Tacuara había abogado por "el Estado Nacional Sindicalista, que reemplazará el régimen liberal y los partidos políticos, y que será un auténtico Estado vertebrado en los sindicatos".⁷ Pero mientras que el nacionalismo de la línea dura de los antiperonistas seguía siendo reaccionario, autoritario, católico y ampliamente inspirado en modelos extranjeros, el de la facción en proceso de surgimiento se hizo más secular e identificó su postura nacionalista y proobrera con la causa peronista.

Dirigida por José Luis Nell y Joe Baxter (un estudiante de Derecho de origen inglés), el MNRT creó lazos de unión

con las organizaciones juveniles e izquierdistas y con algunos sindicatos, y repudió a grupos derechistas escindidos del Tacuara, tales como la Guardia Nacionalista Restauradora (GNR), por creer que "la batalla por la soberanía argentina se libró en la Cancillería de Berlín en 1945".⁸ A su vez, la GNR pretendía que el Tacuara había sido copado por "el fidelismo, el trotskismo y el ateísmo", y afirmaba que "la ultrajerarquía es necesaria para distinguir calidades".⁹

Definido después como "los peronistas jóvenes que querían pelear",¹⁰ el MNRT, como recordó un antiguo afiliado, "leía cuanto había de subversivo y clandestino—incluso papeles de la OAS [Organisation Armée Secrète]— sin que le importara la ideología política. Había en ello mucho infantilismo y romanticismo". La tendencia a beber en tales fuentes de información provenía principalmente del deseo de aprender a dirigir una lucha guerrillera, aun cuando la mayor parte de los escritos (muchos de ellos procedentes de Cuba y Argelia) que devoraban los miembros de aquel movimiento, impartían ideas izquierdistas.¹¹ Sin embargo, el izquierdismo del MNRT era más bien ambiguo: una de sus dos facciones, dirigida brevemente por Ezcurra,¹² y que al parecer incluía a Galimberti, admitía el peronismo, pero era hostil al marxismo; la otra, relacionada con Nell, aceptó el marxismo como método de análisis, declaró que no era posible la liberación nacional sin una revolución social y señaló a la clase obrera como vanguardia revolucionaria.¹³ Fue esta última facción la que, el 29 de agosto de 1963, organizó la primera operación de guerrilla urbana argentina digna de tal nombre, aunque el objetivo que eligieron reflejó la ambigüedad, incluso, de su radicalismo.¹⁴ Utilizando una ambulancia alquilada, sus protagonistas se dirigieron a la Unión Clínica de Empleados de Banca, mataron a dos guardianes a balazos, hirieron a un policía y luego huyeron con los 100.000 dólares a que equivalía la nómina del cen-

tro. Pensaron invertir sus fondos en una "invasión" de las Malvinas. Sin embargo, la infraestructura organizativa del MNRT era demasiado rudimentaria, y su apoyo político demasiado limitado para aguantar el acoso policíaco subsiguiente. El núcleo de la guerrilla fue destruido en 1964 con la detención de la mitad de sus miembros; una excepción fue Nell, quien se las arregló para huir espectacularmente de la corte en Buenos Aires.

Después de una visita a la China, se reunió en Montevideo, a fines de 1965, con otros supervivientes del MNRT. La mayoría de ellos, después de contribuir al desarrollo político y militar de los Tupamaros,¹⁵ desempeñarían importantes papeles en la estructuración y fortalecimiento de las modernas fuerzas de la guerrilla urbana argentina algunos años después. Joe Baxter, que había estado en Vietnam, puso su pericia militar al servicio del no peronista Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). En julio de 1973, moriría, a la edad de treinta y dos años, al estrellarse en Orly el avión en que viajaba. Jorge Caffatti empezó a cumplir su sentencia en la cárcel por la algarada de 1963, pero luego se escapó dos veces, se unió a las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y contribuyó a propagar la idea de organizar grupos de trabajadores peronistas de base para oponerse a los elementos burgueses y burocráticos del Movimiento. Finalmente, el propio Nell ejercería una influencia político-militar en los Montoneros, antes de unirse a la tendencia "leal" peronista, más ortodoxa, a principios de 1974. Aun cuando la continuación genealógica principal del MNRT fuesen las FAP, el hecho de que los mandos del MNRT siguieran influyendo en tres organizaciones armadas, políticamente distintas, es indicativo de su falta conceptual de unidad ya en 1963-1964, cuando los más sólidos lazos de unión entre ellos eran los métodos empleados por la guerrilla urbana. Su progresión ideológica hacia la izquierda

no carecía de importancia, pero debe subrayarse que la tendencia a la acción directa, puesta en práctica en la guerrilla urbana, fue la única constante, aparte el nacionalismo, en la evolución de los montoneros que habían partido de la derecha. Incluso sus compañeros tuvieron que reconocer que la temprana intervención de Abal Medina y de Ramus en el ultraderechista Tacuara había demostrado que su deseo de acción era más fuerte que su motivación ideológica.¹⁶

Los que tomaron el camino de la violencia en los años sesenta tenían plena conciencia de cómo los esfuerzos constitucionales para provocar un cambio habían sido repetidamente frustrados. A finales de ese decenio tenían tras de sí el veto militar al resultado de las elecciones de 1962, la proscripción del peronismo en 1963 y la toma del poder, en 1966, por unos generales dispuestos a detentarlo largo tiempo. Cada vez más gente se mostraba de acuerdo con la máxima de Perón: "Contra la fuerza bruta, sólo puede ser eficaz la fuerza aplicada con inteligencia".¹⁷ Sin embargo, la aceptación de la lucha armada y el florecimiento de las expresiones de nacionalismo izquierdistas y populares no habrían ocurrido nunca en la medida en que lo hicieron sin el fuerte viento de cambio que sopló a través de la Iglesia católica durante la misma década. En un país donde el 90% de la población estaba bautizada y el 70% había recibido la primera comunión,¹⁸ las ideas católico-radicales socavaron decisivamente la influencia conservadora que la jerarquía eclesiástica ejercía sobre millares de jóvenes argentinos. Despertaron la preocupación por los problemas y cambios sociales, legitimaron la acción revolucionaria y encauzaron a muchos hacia el Movimiento Peronista. En realidad, para el puñado de católicos que constituían el núcleo montonero de 1968, tales ideas eran el elemento más importante de su radicalización.

La difusión de las tesis católicas radicales no fue, por supuesto, un fenómeno peculiar de la Argentina. Aun cuando el padre Carlos Mugica las propagó y Juan García Elorrio las desarrolló después, buena parte del ímpetu procedió del Vaticano y del ejemplo dado por Camilo Torres, sacerdote-guerrillero colombiano con impronta de mártir. El Vaticano, consciente de que más de un tercio de sus seguidores se hallaban en América Latina, y temeroso de que sus millones de pobres cayeran en las redes rivales del ateísmo marxista, empezó a preocuparse más por ellos a partir de los últimos años cincuenta, y especialmente durante los papados de Juan XXIII y Pablo VI en los sesenta. Al observar la creciente participación de los católicos en las luchas de clase populares, el diálogo con los marxistas se hizo aceptable para Roma. Juan XXIII, en *Pacem in terris* (1963), llegó a decir que en el marxismo había "buenos elementos merecedores de aprobación".¹⁹

El Concilio Vaticano II y los documentos resultantes del mismo formalizaron esa nueva orientación. En ellos se condenaban la pobreza, la injusticia y la explotación como resultado del afán humano de poder y riqueza; se incitaba asimismo a los cristianos, en nombre del amor al prójimo, a que lucharan por la igualdad. El nuevo mensaje tuvo una de sus expresiones más radicales en el Concilio de 1965, cuando el patriarca Máximo IV declaró que el verdadero socialismo "es el cristianismo integralmente vivido en el justo reparto de los bienes y en la igualdad fundamental de todos".²⁰ La promulgación por el papa Pablo VI de la *Populorum progressio*, la más importante síntesis de las ideas del Vaticano II, tuvo lugar dos años después. Atacaba la desigualdad, la codicia, el racismo y el egoísmo de las naciones ricas, pero no aclaraba por completo cómo debían vencerse tales injusticias; la violencia era descartada, "excepto donde sea manifiesta una tiranía duradera que pudiese perjudicar

los derechos personales fundamentales y dañar peligrosamente el bien común del país".²¹ Consciente de la presencia de "explotadores" entre su grey, el Vaticano usó términos equívocos por temor a que la Iglesia católica se convirtiera exclusivamente en una "Iglesia de los pobres". La *Populorum progressio* podía interpretarse por algunos —y de hecho lo fue— como si implicara que la tiranía no era sólo algo propio de los regímenes políticos represivos, sino también de los sistemas sociales que deshumanizan y mantienen la existencia de la pobreza en gran escala, y justificaba con ello la violencia de los oprimidos del Tercer Mundo. Para otros, sin embargo, "una tiranía duradera" se limitaba a las de tipo político, y su modo de interpretar la frase justificaba la no implicación en movimientos revolucionarios y sólo una tímida oposición a las jóvenes dictaduras.

Los sacerdotes obreros, presentes ya en la Argentina antes de la *Populorum progressio*, se anticiparon en la práctica a algunas de las ideas de los documentos del Vaticano II trabajando entre los pobres y compartiendo sus vicisitudes. Su tarea no adquirió carácter manifiestamente político hasta la creación, en 1967, del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, anunciado por un documento de los "Obispos del Tercer Mundo" que se refería al socialismo en términos muy positivos: "La Iglesia no puede menos que regocijarse al ver aparecer en la humanidad otro sistema social menos alejado de la moral de los profetas y del Evangelio". Era "menos alejado", por supuesto, que el capitalismo, el cual resultaba firmemente condenado por sus "perversas" características, consistentes en sujetar al hombre a la economía y en subordinar los valores sociales a los económicos.²²

El documento no tardó en recibir el apoyo de casi mil sacerdotes de la América Latina, quienes presentaron un manifiesto a la Conferencia de Medellín del Episcopado la-

tinoamericano reunida en Colombia, en 1968. El manifiesto diferenciaba la "injusta violencia de los opresores" y la "justa violencia de los oprimidos", distinción mantenida sólo hasta cierto punto por los jerarcas eclesiásticos presentes en Medellín. Si bien condenaban la violencia institucionalizada y las estructuras sociales injustas, que consideraban como unos de los mayores problemas de la América Latina, se oponían categóricamente a la revolución armada ("por lo general, engendra nuevas injusticias")²³ y criticaban a la vez al marxismo y al capitalismo liberal basándose en que "ambos atentan contra la dignidad de la persona humana".²⁴ Con todo, las declaraciones más radicales hechas en Medellín incitaron a una revolución teológica que se extendió por amplios sectores de la Iglesia católica durante los años sesenta y produjo un impacto particularmente fuerte en los jóvenes argentinos.

La teología radical fue impartida al embrión de los Montoneros por dos hombres cuyas diferentes actitudes respecto de la violencia reflejaban un dilema general de los radicales católicos. Juan García Elorrio adoptó el punto de vista de Camilo Torres, según el cual "la revolución no sólo está permitida, sino que es obligatoria para todos los cristianos que vean en ella la manera más eficaz de hacer posible un mayor amor para todos los hombres",²⁵ añadiendo que podía resultar "a veces necesariamente violenta por ser algunos corazones tan insensibles".²⁶ Por otra parte, Carlos Mugica representó un punto de vista más generalmente aceptado, al rechazar la participación de los sacerdotes en las luchas revolucionarias armadas y al afirmar: "Estoy dispuesto a que me maten, pero no a matar".²⁷

Mugica, miembro de la orden jesuita y del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, se hizo peronista a la edad de veintiséis años. El motivo de su conversión fue un sentimiento de intensa culpabilidad por el hecho de que la

Iglesia hubiera apoyado, en 1955, el derrocamiento de Perón, junto con la convicción de que ello había conducido a vastos sectores de la clase trabajadora, muy justificadamente, a identificar a la Iglesia con la oligarquía y los regímenes opresivos posteriores a 1955. Su sentimiento de culpa, que encontraría paralelos en los que experimentaron los estudiantes recién llegados al peronismo a causa del antiperonismo de sus predecesores,²⁸ ayuda a explicar su actitud increíblemente ingenua hacia el peronismo en su ingreso en el campo popular. La aceptación por Mugica de la pretensión de Perón en el sentido de que su gobierno "sólo hace lo que el pueblo quiere" fue motivada por su deseo de acercarse a la gente corriente, por su fe en la lealtad de ésta hacia Perón y por la creencia de que un movimiento de base popular como el peronismo tenía que poseer como mínimo un potencial socialista. Sus simpatías socialistas eran compatibles con el apoyo al peronismo debido a su convencimiento de que la revolución argentina tenía que pasar por una etapa de "liberación" antes de aventurarse en tareas socialistas; y, según su criterio, el peronismo había iniciado tal proceso en 1945.²⁹

En 1964, Mugica entró en contacto con los ex tacuáristas Fernando Abal Medina y Carlos Gustavo Ramus, así como con Mario Eduardo Firmenich. Por entonces, estos tres fundadores de los Montoneros eran alumnos del Colegio Nacional de Buenos Aires, y todos ellos se mostraban muy activos en la Juventud Estudiantil Católica (JEC), una rama de Acción Católica. Mugica se convirtió en el consejero espiritual de la rama escolar y fue quien, según Firmenich, "nos enseñó que el cristianismo era imposible sin el amor a los pobres y a los perseguidos por su defensa de la justicia y su lucha contra la injusticia".³⁰ Creía que Jesucristo había venido al mundo para traer la espada antes que la paz, y que tal espada era dirigida contra los explota-

dores de hombres y los violadores de la dignidad humana; más tarde, sin embargo, rechazaría esa interpretación del pasaje bíblico arguyendo que no era una llamada a las armas lo que había querido expresar Jesucristo, sino la advertencia de que sus seguidores podían ser perseguidos.³¹

El mensaje de Mugica no habría causado tanta impresión al trío si él no hubiera intentado ponerlo en práctica. En varias ocasiones llevó a sus tres seguidores a trabajar con él entre los chabolistas del Retiro, en Buenos Aires. Firmenich y Ramus también le acompañaron en un viaje a Tartagal, Salta, en febrero de 1966, con el fin de trabajar con los pobres y predicar las nuevas ideas de la Iglesia. Estas experiencias de trabajo social y evangélico, unidas a la inspiración de Camilo Torres, llevaron a los misioneros a la conclusión de que "el problema básico era político, y la solución era la revolución política".³² Pero en 1967 el grupo se dividió. Aun cuando Mugica, mientras se hallaban en Tartagal, había abogado por la metralleta como única solución, rechazaba ya la guerra de guerrillas por considerarla incompatible con el ejemplo de Jesucristo. Seguía siendo sacerdote y condenaba la violencia, salvo cuando fuera empleada por el pueblo al negársele las demás posibilidades de expresión. En cambio, Abal Medina, Ramus y Firmenich empezaron a prepararse para la lucha armada, que consideraban una respuesta legítima a la violencia institucionalizada. Rompieron con sus organizaciones católicas seculares y pasaron a la clandestinidad aquel mismo año, para lo cual Firmenich tuvo que sacrificar sus estudios de ingeniería y la presidencia de la JEC.

Al establecerse el Comando Camilo Torres en 1967, los tres pasaron a ser compañeros de Juan García Elorrio. El comando, ligado con el peronismo, el socialismo y la lucha armada, era simplemente un trampolín en el camino para crear la organización montonera, que se llevaría a cabo un

año después. Su única hazaña publicada en los periódicos tuvo efecto con ocasión de la celebración del Primero de Mayo de 1967, cuando García Elorrio y dos compañeros suyos interrumpieron una misa que se celebraba en la catedral metropolitana de Buenos Aires con asistencia del general Onganía. Su intención no era otra que la de demostrar que la Iglesia institucional era una defensora del régimen militar y hacer una llamada en favor de la lucha revolucionaria contra el gobierno.

La colaboración de García Elorrio con esos *protomontoneros* fue breve, pero su influencia se dejó sentir mucho. Antes de que muriera atropellado por un coche en 1970, fue él, más que ningún otro, quien reconcilió a los radicales católicos con la política violenta. Hijo de un matrimonio de la clase media alta perteneciente a la derecha católica, pasó por el seminario de San Isidro antes de renunciar, a los veintiún años, a su carrera eclesiástica. Como consecuencia de un viaje a Cuba, de sus diálogos en 1965 con marxistas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y de sus conversaciones con Cooke, llegó a convertirse en revolucionario peronista.³³ El producto final de su evolución política fue la revista *Cristianismo y Revolución*, que apareció por primera vez en septiembre de 1966. Su objeto era denunciar los intentos de Onganía de justificar su régimen sobre la base de las ideas cristianas: el 30 de noviembre de 1969 el presidente había consagrado la nación argentina a la "protección y divina invocación del Inmaculado Corazón de María".³⁴

Tomando por consigna las máximas de Torres y de Guevara —"El deber de todo católico es el de ser revolucionario", "El deber de todo revolucionario es el de hacer la revolución"—, *Cristianismo y Revolución* se convirtió en una fuerza decisiva en la radicalización de los cuatrocientos sacerdotes argentinos y del puñado de obispos que apoyaron

el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo. Muy pocos ayudaron a las guerrillas o justificaron sus actividades, pero muchos, aun cuando trabajaran por la paz, se negaron a condenarlas públicamente y pidieron, en vez de ello, que se cuestionara el sistema generador de su violencia. Varios párrocos tomaron parte en las luchas obreras de los últimos años sesenta para evitar el cierre de las azucareras de la provincia de Tucumán, así como en los levantamientos populares de 1969. Indicación de su éxito fue el hecho de que, en julio de 1969, el traslado de un sacerdote radical por la Iglesia católica provocara una huelga de protesta de veinticuatro horas y multitudinarias manifestaciones en Cañada de Gómez, Santa Fe.³⁵

Para los Montoneros, el periodismo de García Elorrio fortalecía el tercermundismo de su movimiento, su solidaridad con los oprimidos y su identificación con las luchas de liberación nacional del Tercer Mundo. Pero también les daba una actitud escatológica. La glorificación de los militantes que habían sacrificado heroicamente su vida por los oprimidos, en forma de homenajes publicados en la revista de García Elorrio, ayudaba a preparar a los jóvenes radicales para una lucha político-militar que, con toda probabilidad, podía exigir su vida. Aparte asegurarse a los futuros caídos que disfrutarían de una perfecta paz celestial, se les prometía la vida después de la muerte entre las personas por las que habían luchado. Refiriéndose a la muerte de Camilo Torres y Paz Zamora (un católico muerto mientras luchaba por el Ejército de Liberación Nacional boliviano, ELN), la revista aseguraba: "Formarán ya siempre parte de esa anónima guerrilla que lucha en toda América Latina con el rebelde machete de los campesinos o con el fuego vengador de la dinamita de los mineros".³⁶ Además, la publicación difundió la idea, brillantemente dramatizada en *Les Justes*,³⁷ de Camus, de que ser un agente de la violen-

cia no era nada demasiado malo y de que, hasta cierto punto, si uno estaba dispuesto a sacrificar la vida en la lucha armada, podía considerarse legitimado. ¿Hay, para un cristiano, mayor prueba de amor que el dar la vida por los demás..., y más elevada forma de expiación?

Otros de los primeros montoneros de más relieve cuya radicalización se forjó en organizaciones católicas, fueron Emilio Ángel Maza, estudiante de medicina en la Universidad Católica de Córdoba y líder del centro de la juventud "integrista" local; José Sabino Navarro y Jorge Gustavo Rossi, que iniciaron sus actividades en la Juventud Obrera Católica (JOC), vinculada con Acción Católica; y Carlos Capuano Martínez, que comenzó su vida política en la JEC. En virtud de su compromiso con la justicia social y la causa popular, el catolicismo radical condujo a muchos jóvenes hacia el Movimiento Peronista. Como Mugica, muchos llegaron a él con sentimientos de culpabilidad por su anterior antiperonismo, y se integraron entonces en el Movimiento con un celo propio de pecadores arrepentidos. Con el deseo de adoptar el punto de vista de las masas, no pocos se hicieron eco de las palabras con que García Elorrio explicaba su propia radicalización: "Tuve que luchar *junto* con los esclavos, junto con la gente, tal como ellos luchaban, no como un profesor elitista que dice a sus discípulos lo que es bueno y lo que es malo, para volver luego a su estudio y ponerse a leer a San Agustín, sino como un verdadero participante, *junto con ellos*, no *para* ellos, en su miseria, en sus errores, en su violencia [...] O luchaba, o podía considerarme la falsedad en persona".³⁸ Lo irónico del caso era, por supuesto, que muchos de los que como mínimo habían superado su alejamiento político nominal del peronismo, no eran sino elitistas al elegir el camino de la lucha armada. El lanzamiento de las guerrillas urbanas era una iniciativa procedente "de arriba", la decisión de pequeños

grupos de militantes y no la respuesta a una amplia exigencia popular; y aun cuando los combatientes serían elogiados por Perón y disfrutarían de una considerable simpatía popular durante los primeros años setenta, nunca podrían eliminar las huellas de su origen elitista, como no serían capaces de transformar las "formaciones especiales" del Movimiento Peronista en un verdadero ejército popular. Decir que el desenlace fue una guerra civil entre dos facciones de la clase media, con la clase obrera meramente a la expectativa, sería exagerado; sin embargo, tal caricatura sociológica está más cerca de la realidad que el argumento de una guerra popular ideado por los Montoneros.

Radicalización en los últimos años sesenta

La evolución interna del nacionalismo y del catolicismo fue, pues, decisiva en la radicalización y "peronización" del núcleo original: los llamados protomontoneros. Con todo, no fue ése el único grupo guerrillero que nació en 1968. Aparecieron las Fuerzas Armadas Peronistas, y la decisiva desertión de las filas trotskistas de los hombres que poco después crearían el Ejército Revolucionario del Pueblo también ocurrió aquel año.³⁹ Aproximadamente al mismo tiempo surgieron otros grupos armados. Sin embargo, los años sesenta fueron ante todo una década en que toda una generación de jóvenes argentinos se vio afectada por la desilusión y el descontento que les generaba el sistema político, tanto en la forma ostensiblemente constitucional, bajo los gobiernos radicales de Frondizi e Illia, como en su forma espuria bajo Onganía. Sólo si uno advierte esta extensión más general y la rebeldía, puede comprenderse por qué los Montoneros y sus compañeros de lucha se vieron favorecidos por tantos reclutas y simpatizantes, convirtiéndose en

considerables adversarios del régimen militar, en un movimiento guerrillero y, poco después, en una poderosa fuerza política.

El peronismo se benefició más de este alejamiento que de sus propios logros históricos, dando validez al refrán español citado por Perón: "Detrás de mí vendrán los que bueno me harán".⁴⁰ Frondizi había decepcionado a los esperanzados nacionalistas, había sido incapaz de imponer su voluntad frente a las presiones de los militares y, finalmente, había sido derrocado por el Ejército por permitir que el peronismo revelara su popularidad electoral. El gobierno de Illia, aunque muchos lo recuerdan hoy con nostalgia por haber favorecido al país con el trienio menos represivo de la historia argentina de la posguerra, careció tanto de dirección como de legitimidad, y se mostró desprovisto de soluciones cuando, en 1966, reapareció la recesión. El derrocamiento de los gobiernos, aunque obra de los militares, recordaba a los argentinos la durabilidad y la fuerza del peronismo, demostradas en las elecciones de 1962, por la acción industrial de 1964 y por la mayoría de predicciones de lo que el Movimiento podía lograr en las elecciones a medio plazo previstas para marzo de 1967.

Sin embargo, para la mayor parte de los que más tarde se unieron a la causa montonera, el fenómeno decisivo fue el "onganiato" de 1966-1970. Aquel régimen socavó el apoyo obrero al conciliatorio vanderismo, abriendo el camino para una limitada pero importante radicalización de la clase obrera, y también tuvo un marcado efecto entre la clase media, especialmente en los estudiantes, empleados y profesionales, que predominaron, en sentido sociológico, en las subsiguientes referencias de la prensa a guerrilleros muertos, en las necrologías montoneras y en toda la literatura relativa a la composición política y social de los Montoneros.⁴¹ El objetivo económico de Onganía, oficialmente

perseguido en nombre de una "revolución argentina", fue pronto interpretado como un intento de consolidar la hegemonía de los grandes monopolios industriales y financieros asociados con el capital extranjero, a expensas de la burguesía rural y de los sectores populares.⁴² En manos del ministro de Economía, Adalberto Krieger Vasena, el plan causó trasvases en la renta nacional, del sector agrario al industrial, del pequeño al gran capital, y de los asalariados a los capitalistas. En 1971, sesenta y seis de las ciento veinte compañías más importantes pertenecían a intereses extranjeros o estaban controladas por ellos y otras dieciocho estaban claramente asociadas con ellos.⁴³ Se estimulaba el nacionalismo, y muchos jóvenes nacionalistas, al advertir la tendencia posperonista de una "burguesía nacional" que perdía terreno ante una expansionista "burguesía internacional", se preguntaron si el desarrollo nacional era compatible con la continuación del capitalismo en la Argentina. El capital nacional, perjudicado por la devaluación del 40% de Krieger Vasena, no podía competir en absoluto con los monopolios, técnicamente superiores. Las quiebras pasaron de 1.647 en 1968 a 2.982 en 1970; otras firmas nacionales entraron también en relaciones de dependencia con empresas extranjeras.⁴⁴

Sin embargo, aun cuando el impacto de la política económica neoliberal aumentó la atracción de las alternativas nacionalistas, es muy dudoso que la mala situación económica fuera un factor importante durante aquel período en la radicalización de la clase media. Ciertamente hubo una tendencia a largo plazo hacia un relativo declive, con (como ya se ha demostrado) un porcentaje participativo de los sueldos y salarios en el producto bruto nacional en continuo descenso desde los años cincuenta; sin embargo, a finales de los años sesenta fueron los trabajadores quienes pagaron el precio de ese declive. Mientras que su nivel de

vida resultaba deprimido por una congelación de salarios, la inflación, principal preocupación de la clase media, se situaba por debajo del 10%⁴⁵ ("menos que nada", para los niveles de la Argentina moderna). Los funcionarios públicos (1,4 millón en 1970) se vieron afectados parcialmente por la "racionalización" de las empresas del Estado, pero si bien los niveles de empleo descendieron en ellas en un 3% a finales de los años sesenta, la reducción de puestos de trabajo se dejó sentir más en algunos que en otros sectores, especialmente en los ferrocarriles.⁴⁶ La radicalización de que se beneficiaron los Montoneros se debió mucho más a factores políticos y culturales que a sociales y económicos. Para la clase media, el golpe de Onganía supuso más que una pérdida de representación política. Significó un violento ataque a lo que sus componentes habían considerado tradicionalmente como su coto privado, incluso durante la Década Infame de los años treinta: las universidades y el mundo de la cultura en general. Se disolvieron el Congreso, las legislaturas provinciales y los partidos políticos; la principal revista satírica, *Tía Vicenta*, fue cerrada por haber retratado en su cubierta al bigotudo Onganía en la imagen de una morsa; se prohibió la venta de la revista uruguaya *Marcha*; y personajes como el inspector Luis Margaride, nombrado "guardián de la moralidad" de la ciudad de Buenos Aires, hicieron campañas contra las minifaldas y los clubes nocturnos mal iluminados. Ante todo, las ocho universidades nacionales fueron intervenidas, al tiempo que se anulaba su autonomía. El violento ataque de Onganía —en teoría, una redada contra la "infiltración comunista" y, en la práctica, un asalto a la libertad académica y un intento de reformar la educación superior en interés de los grupos económicos dominantes—, contribuyó muchísimo a empujar a la juventud de la clase media hacia el campo de la oposición nacionalpopular.⁴⁷ Se prohibió la actividad políti-

ca de los estudiantes y se anuló su derecho a participar, junto con los académicos y los graduados, en el tradicional sistema tripartito de la administración universitaria. Carecían incluso de la representación simbólica de que habían gozado al principio del período peronista. Unos tres mil académicos, entre ellos algunos de los estudiosos más eminentes de la Argentina, dimitieron y abandonaron el país en tropel; los estudiantes protestaron y fueron reprimidos sin contemplaciones.

El 29 de julio de 1966, un mes después del golpe derechista, la "Noche de los Bastones Largos" causó una profunda impresión en los ánimos estudiantiles. La Policía Montada Federal irrumpió a caballo en la Universidad de Buenos Aires, ordenó a los estudiantes y a los docentes que la desalojaran, usó sus porras con indiscriminada ferocidad contra los desobedientes y, finalmente, hizo centenares de detenciones. Sesenta estudiantes tuvieron que ser hospitalizados.⁴⁸ Vistas las cosas retrospectivamente, el acontecimiento, comparado con la represión sufrida durante el régimen de Videla, no fue particularmente terrible, pero los estudiantes implicados conservaron un vivo recuerdo de la noche en que fueron víctimas de un brutal filisteísmo. Dos meses después, la policía de Córdoba proporcionó a las fuerzas de protesta su primer mártir al herir mortalmente a Santiago Pampillón durante una manifestación estudiantil; pero dos años más tarde, los más tenaces de los descontentos, apoyados por la intelectualidad radical, hacían ya decididos esfuerzos para superar la impotencia de su estrategia, estableciendo lazos de solidaridad con las organizaciones obreras militantes.

Aun cuando en 1966 la comunidad académica había sido el único grupo que protestó contra Onganía desde el principio,⁴⁹ en 1968 los portavoces más populares se habían desengañado de la vaga creencia de que el derroca-

miento de Illia hubiera podido representar un cambio hacia cosas mejores. Vandor y otros líderes sindicales participacionistas siguieron negociando con el nuevo régimen, pero el hecho de que no lograran prevalecer sobre Krieger Vasena pronto aumentó la atracción de los líderes obreros y estrategias más militantes, sobre todo en los sindicatos más pequeños y en el interior del país. La creciente militancia pudo expresarse enseguida a través de la CGT de los Argentinos (CGTA), la facción obrera rebelde de 1968-1969 dirigida por el líder católico revolucionario de los gráficos, Raimundo Ongaro. En la celebración del Primero de Mayo de 1968, la organización declaró que "la propiedad sólo debe existir en función social", e hizo una combativa llamada a la acción y a la lucha desde abajo contra el régimen y los monopolios. "La CGT de los Argentinos no ofrece a los trabajadores un camino fácil, un panorama risueño, una mentira más —advertía el manifiesto de la CGTA—; ofrece a cada uno un puesto de lucha". Al clamar por la recuperación de "la libertad y la justicia social" y por la devolución del "ejercicio del poder" al pueblo, la confederación rebelde declaró que "la lucha contra el poder de los monopolios y contra toda forma de penetración extranjera es misión natural de la clase obrera". La fuerza principal de ese "sindicalismo de liberación" residía en la acción directa de los trabajadores y en la revuelta antiburocrática de las bases en los sindicatos vandoristas, aunque la CGTA modificó tal énfasis con su apoyo a "cada empresa nacional enfrentada con una empresa extranjera"⁵⁰ y, con mayores implicaciones prácticas, con un esfuerzo para llegar a una alianza popular basada en el eje trabajadores-estudiantes.

El propio Ongaro promovió la coordinación obrero-estudiantil al recibir a los líderes de catorce grupos de estudiantes en un campo de vacaciones de la Federación Gráfica, en junio de 1968, para hablar de las actividades

antirrégimen. CGTA, la publicación de los rebeldes, editada entre bastidores por un futuro dirigente montonero, Rodolfo Walsh, fomentó esa alianza. Fortalecida ésta por la participación conjunta en manifestaciones y luchas callejeras con la policía, llegó a su punto culminante en mayo de 1969 con el anticipado pero espontáneo "Cordobazo": una fusión de protesta estudiantil y descontento obrero, éste de inspiración principalmente económica, en las desamparadas ciudades del interior.⁵¹ Los hechos que precedieron a la explosión empezaron a mediados de mes, cuando los estudiantes de la Universidad del Nordeste tomaron las calles de Corrientes para manifestarse contra el alza de los precios de los alimentos en un 537%, luego de la privatización de su cantina. Juan José Cabral, un estudiante de diecinueve años, resultó muerto, otros cuatro estudiantes fueron heridos, y veinte más sufrieron lesiones cuando la policía respondió con disparos a sus protestas. A continuación, un movimiento obrero-estudiantil, que despertó considerable adhesión entre la clase media, estalló en otras ciudades importantes como expresión de solidaridad con las víctimas de Corrientes y como denuncia de las injusticias locales y nacionales. Los tumultos se extendieron, estudiantes y sindicalistas atacaron con piedras y cócteles molotov a soldados y policías armados, y la agitación obrera se hizo tan violenta que incluso los líderes vandoristas se vieron obligados a respaldar la culminante huelga general del 30 de mayo de 1969. Los dos días de luchas callejeras en Córdoba, durante las cuales se levantaron barricadas, se encendieron hogueras y algunas zonas de la ciudad quedaron en manos de los revoltosos, terminaron en una cruenta intervención de las Fuerzas Armadas. Un tributo de catorce muertos marcó los acontecimientos con una mancha de sangre.

Sin embargo, la revuelta provincial y el éxito de la huelga señalaron el principio del fin del "onganiato". Sus

hombres clave, Krieger Vasena y el ministro del Interior, Guillermo Borda, perdieron sus cargos diez días después (el primero fue sustituido por José Dagnino Pastore; el segundo, por el teniente general Francisco Imaz), y el régimen volvió a ser presionado a fines de junio; esa vez por Buenos Aires, que había sido mera espectadora del "Cordobazo". Las iniciativas de la CGTA para organizar una huelga y manifestarse contra la visita de Nelson Rockefeller, enviado del presidente de los Estados Unidos, terminaron en más violencia: Emilio Jáuregui, ex militante y secretario de prensa del Sindicato de Periodistas antes de su "intervención" en 1966, fue muerto de un balazo por un policía cerca de la Plaza Once. Las cinco mil personas que se unieron al cortejo fúnebre fueron hostigadas por las fuerzas de seguridad. También en la Capital, el llamado Sector 2, Ejército de Liberación Nacional (ELN) atacó trece supermercados Minimax, propiedad de la familia Rockefeller, mientras en otras partes la visita del norteamericano provocaba nuevas demostraciones de sentimientos antiimperialistas: estallaron bombas en Rosario, Mendoza y Paraná; la Universidad de Córdoba fue cerrada a causa de las protestas estudiantiles; y mil estudiantes se manifestaron en Rosario. Gracias, en parte, al asesinato de Vandor el 30 de junio de 1969 por un grupo que más tarde ingresó en los Montoneros, Onganía consiguió seguir en el poder otro año,⁵² pero entonces incluso muchos de sus antiguos partidarios estaban alarmados ante la respuesta social a su política. La oficialidad militar se vio pronto desunida por las disputas entre los corporativistas adictos al régimen y los críticos "liberales" que propugnaban el liderazgo de Aramburu y luego el de Lanusse; para tales críticos, el retorno a un gobierno civil se convirtió en un medio imperativo de quitar fuerza a la creciente presión en favor de un cambio radical.

La peronización y la radicalización, puestas de manifiesto en muchas de las consignas voceadas y de los objetivos escogidos en el curso de estos tumultuosos acontecimientos, pueden también rastrearse a nivel de organizaciones estudiantiles y gremios profesionales. A principios de los años sesenta, militantes comunistas se habían hecho bastante dominantes en las federaciones universitarias, pero ello reflejaba más bien la fragmentación política del movimiento estudiantil que las simpatías políticas de la mayoría de los ciento cincuenta mil estudiantes censados.⁵³ Además, la influencia comunista ortodoxa se veía crecientemente socavada por la atracción del "fidelismo". El peronismo, con ser un anatema para muchos estudiantes, sólo estaba representado en aquel entonces por algunos centenares de nacionalistas de derecha, con base principalmente en la Facultad de Derecho de Buenos Aires. Allí actuaban como tropas de choque, y tenían frecuentes enfrentamientos con los nacionalistas antiperonistas. En junio de 1962, un mitin organizado por la Juventud Peronista y la Confederación General Universitaria (CGU) con motivo del sexto aniversario del levantamiento militar peronista de 1956, fue violentamente atacado por tacuaristas de la ultraderecha; a consecuencia de ello, uno de los defensores, Carlos Caride, pese a sus protestas de inocencia, fue encarcelado durante cuatro años por la muerte de Norma Melena. Más tarde, Caride, Envar El Kadri y otros identificados con la Asociación Nacional de Estudiantes de Derecho (ANDE) ayudarían a fundar las FAP; Grassi Susini, líder del Sindicato Universitario de Derecho (SUD), tuvo un destino completamente distinto: bajo el último gobierno peronista, se convertiría en jefe de la policía de San Juan.

Hacia finales de 1962, la sustitución de la CGU por la Juventud Universitaria Peronista (JUP) representó un giro hacia la izquierda que, aunque en pequeña escala, siguió

una trayectoria paralela a la del Tacuara. En 1964, cuando la JUP celebró un congreso nacional aplaudido por el MNRT, tenía grupos en cinco facultades universitarias de Buenos Aires y pequeños enclaves de apoyo en otros lugares. La Juventud Universitaria Peronista se anticipó a su homónima promontoneadora de 1973-1976 al afirmar que su misión consistía en llevar "a las aulas de la universidad liberal, oligárquica y cipaya, una combativa presencia peronista, es decir, nacional y revolucionaria. El sentido de esa presencia ha sido la necesidad de ligar concretamente la lucha estudiantil con la lucha del pueblo trabajador de la patria".⁵⁴ Pero sólo con el golpe de Onganía y la prohibición de los grupos políticos existentes en las universidades, las organizaciones radicales peronistas empezaron a florecer, ofreciendo las más obvias oportunidades para una lucha semiclandestina junto con los obreros peronistas. Las más importantes fueron el Frente Estudiantil Nacional (FEN), dirigido por Roberto Grabois, y la Unión Nacional de Estudiantes (UNE), fundada por socialcristianos, nacionalistas y peronistas progresistas, si bien Rodolfo Galimberti creó también en 1967 la Juventud Argentina por la Emancipación Nacional (JAEN) cuando se hallaba en la universidad. Mientras que la Federación Universitaria Argentina (FUA, fundada en 1918) declinaba, demasiado preocupada por cuestiones puramente universitarias, el FEN y la UNE ofrecieron a los estudiantes una opción política de importancia. Declarándose a sí mismo "nacionalista, revolucionario y antiimperialista y partidario del peronismo revolucionario", el FEN respaldó el manifiesto hecho público en la celebración del Primero de Mayo de 1968 por la CGT de los Argentinos, y probablemente desempeñó el papel más importante de ambas organizaciones, antes de que las detenciones que siguieron al "Cordobazo" lo dejaran sin líderes.⁵⁵

Otras evoluciones de tipo radical, parcialmente resultado de la militancia estudiantil, afectaron a las organizaciones profesionales, la mayoría después de un corto período de tiempo.⁵⁶ La ola de dimisiones liberales y socialistas provocadas por el asalto de Onganía a la universidad creó un vacío que, aun cuando colmado por personal simpatizante del régimen, también permitió ocupar puestos académicos a los nacionalistas populares. En la Facultad de Filosofía y Letras aparecieron las llamadas "cátedras nacionales" con el apoyo de los estudiantes, ocupadas por personas como Juan Pablo Franco y Fernando Álvarez, y que, por algún tiempo, tomaron partido por la izquierda peronista "movimientista". Otras divisiones más sorprendentes tuvieron lugar en profesiones cuyas asociaciones habían sido tradicionalmente conservadoras y elitistas. Disidentes de la Asociación Psicoanalítica Argentina se unieron a la Federación Argentina de Psiquiatría a principios de los años setenta, y esta última, significativamente, impartió su primer curso de aprendizaje en la sede de la Federación Gráfica. Miembros de la Asociación Argentina de Artes Plásticas empezaron a organizar exposiciones callejeras de sus obras, en vez de presentarlas en el prestigioso pero elitista Salón Nacional. Incluso hubo una lista de candidatos peronistas en las elecciones del Centro Argentino de Ingeniería, pero perdieron.

La radicalización afectó sobre todo a la abogacía. Varios abogados prestaron sus servicios a la CGT de los Argentinos de Ongaro, cosa que llegó pronto a conocimiento del escuadrón de la muerte de la policía, unidad activa desde los primeros años sesenta, pero básicamente relacionada hasta aquel momento con el asesinato de delincuentes comunes.⁵⁷ En la Capital Federal los abogados habían pertenecido primero al reaccionario y oligárquico Colegio de Abogados, o a la liberal Asociación de Abogados de Buenos

Aires, y fue ésta la que convocó una huelga cuando el abogado izquierdista Néstor Martins fue secuestrado, junto con un cliente que intentó ayudarlo, el 16 de diciembre de 1970. Ninguna de las dos víctimas reapareció. Sin embargo, los radicales no se organizaron independientemente hasta después del secuestro, en julio de 1971, de Roberto Quieto, abogado y futuro líder de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Los miembros de la Asociación que se encargaron con éxito de su defensa, obligando a la policía a legalizar la detención, crearon la Asociación Gremial de Abogados, que siguió representando a los prisioneros políticos y denunciando la represión en general. En agosto de 1972, cuando tuvo efecto su Reunión Nacional de Abogados "Néstor Martins", la nueva organización contaba con 350 afiliados, que ascendían a 400 en 1973.⁵⁸ Constituyeron un decisivo lazo de unión entre la oposición clandestina al gobierno y la semilegal; algunos incluso sirvieron de enlaces entre los guerrilleros prisioneros y sus organizaciones exteriores, pero todos se expusieron mucho y no pocos pagaron un precio terrible por su actividad. Muchos de ellos fueron asesinados (como José Antonio Pastor Deleroni, abogado de la CGTA y del PB, y Rodolfo Ortega Peña, abogado de las FAR) o forzados a exiliarse (como Eduardo Duhalde, socio de Ortega Peña) por las organizaciones derechistas; decenas de miembros anteriores, incluido Mario Hernández, fueron capturados por agentes uniformados, después del golpe de 1976, y nunca más se supo de ellos.⁵⁹

El proceso de radicalización de finales de los años sesenta y principios de los setenta, a menudo acompañado de "peronización", fue, pues, de gran envergadura, y sobre todo producto de los factores políticos y culturales. Se vio estimulado en gran manera por el autoritarismo del régimen militar, cuyos métodos represivos eran a veces brutales, siempre torpes y nunca eficaces. Para muchos el pero-

nismo era meramente una alternativa popular; sin embargo, decenas de millares de ciudadanos tomaron la retórica radical al pie de la letra y se unieron al peronismo por considerarlo una alternativa auténticamente revolucionaria. Su ingenuidad, su buena disposición a aceptar los mitos del movimiento, no eran solamente una cuestión de romanticismo juvenil, sino la necesidad de muchas personas de antecedentes liberales o reaccionarios de *probarse a sí mismas* como peronistas. Fue su manera de expiar el pasado, su modo de mostrar sus credenciales en un movimiento que siempre había hecho hincapié en la lealtad al líder y en la ortodoxia doctrinal como virtudes. Al mismo tiempo, debiera recordarse que los de orientación montonera se definían o redefinían en el seno de una vigorosa cultura política argentina de largo alcance, que podía considerarse verdaderamente nacional y latinoamericana: tenían más tendencia a apoyar e impulsar a las personalidades que a una política concreta, a los líderes que a las organizaciones, y sus métodos políticos traslucían el individualismo de una sociedad inmigrante y la propensión a usar la acción directa y violenta para lograr objetivos políticos, teniendo en cuenta, sobre todo, que el poder político del antiperonismo descansaba en la fuerza armada de los militares argentinos.

Peronismo montonero

Al dar conjuntamente al catolicismo radical, al nacionalismo y al peronismo una expresión populista de socialismo, los Montoneros fueron capaces de aglutinar una riqueza de legitimidad histórica en algo que atrajo a los civiles de diversas denominaciones políticas: católicos militantes, nacionalistas populares, nacionalistas autoritarios

pero populistas, militantes de la izquierda tradicional y peronistas combativos. El grupo original no tenía teóricos de relieve, pero su pragmatismo era a menudo su fuerza, como fue también su debilidad en los primeros años, facilitando la flexibilidad táctica y la realización de alianzas políticas. Había diferentes puntos de vista: algunos montoneros consideraban que el objetivo perseguido era una variante nacional del socialismo; otros veían en él una forma socialista de la revolución nacional. Sin embargo, todos creían que la "principal contradicción" que afectaba a la Argentina era la del nacionalismo frente al imperialismo, y que los intereses del país estaban representados por una alianza popular, pero multclasista. En efecto, debido a su relegación de la lucha de clases a un plano secundario y a su devoción por un líder que preconizaba la armonización de las clases, puede decirse que los Montoneros eran todo lo izquierdistas que les permitía el peronismo, y viceversa. Presentaban a su organización como adalid del pueblo porque ellos no pertenecían a la clase obrera; y más que buscar el "Estado de los trabajadores" a que aspiraba la izquierda no peronista, sus principales objetivos eran el desarrollo nacional, la justicia social y el "poder popular". Ante la vaguedad de sus ideas sobre el significado del "socialismo nacional", algunos, de acuerdo con José Pablo Feinmann, creían que tal tendencia y el justicialismo eran "conceptos equivalentes"; que no se trataba de una nueva cuarta bandera del justicialismo, sino de "la síntesis más profunda del proyecto político de poder popular que animó al peronismo desde sus orígenes".⁶⁰ Otros, cuya opinión coincidía con las de Juan Pablo Franco y de Fernando Álvarez, no retrotraían el socialismo nacional tan imperiosamente a los años cuarenta, sino que sustentaban la proletarización, el desarrollo dialéctico y la "darwinización" social experimentada por el peronismo desde 1955.⁶¹ Todos ellos, sin embargo, crearon un

Perón a su propia imagen y semejanza, y se mostraron más dispuestos a escuchar la retórica que a estudiar historia política.

La ilusión más perjudicial de los Montoneros, en tanto que supuestos revolucionarios, fue considerar el peronismo como un movimiento revolucionario específicamente argentino que debía su dinamismo a la íntima unión existente entre el líder y las masas. Los monólogos de Perón dirigidos a sus seguidores en las multitudinarias concentraciones de la Plaza de Mayo eran ingenuamente considerados como parte de un diálogo simbiótico: "Perón hablaba con los trabajadores, les planteaba los principales problemas de nuestra patria, y escuchaba las propuestas y anhelos de las masas".⁶² Si a veces Perón había parecido débil o cometido errores tácticos, si el desenvolvimiento peronista había padecido una crisis en los primeros años cincuenta, todo ello, a criterio de los Montoneros, obedecía a que la adalid revolucionaria de la izquierda peronista, el nexo de unión entre Perón y las masas, murió en 1952. Su "evitismo", su aceptación del culto a Eva Perón, les llevó incluso a creer la afirmación de que a ella, y no a los líderes sindicales, correspondía el mérito de la gran movilización del 17 de octubre de 1945 que aseguró la liberación de Perón, pretensión desmentida por todas las investigaciones históricas del acontecimiento.⁶³

La reputación póstuma de Evita resultó muy magnificada por el hecho de que su carrera política hubiera coincidido con los "años dorados" del peronismo. Su aureola estuvo estrechamente relacionada con los beneficios generales que fueron posibles durante la repentina prosperidad económica de finales de los años cuarenta, especialmente con los subsidios que la Fundación Eva Perón daba a los pobres. Los rumores de que había invertido dinero de la fundación en su abundante vestuario se rechazaron como

calumnias difundidas por un amargado Partido Radical. Pero fueron las diatribas de Evita contra la oligarquía y las vehementes denuncias de la injusticia social lo que realmente le granjeó las simpatías de la izquierda peronista. Predicó la muerte de los oligarcas: "Con sangre o sin sangre, la raza de los oligarcas explotadores del hombre morirá sin duda en este siglo";⁶⁴ y también proporcionó recursos a la izquierda para que los usara en la batalla contra la derecha peronista y la burocracia vanderista: "Le tengo más miedo a la oligarquía que pueda estar dentro de nosotros que a esa que vencimos el 17 de Octubre", escribió Evita. Previno contra "los Pilatos dentro de nuestra causa", y sostuvo que "el funcionario que se sirve de su cargo es oligarca. No sirve al pueblo, sino a su vanidad, a su orgullo, a su egoísmo y a su ambición".⁶⁵

Sin embargo, esos mismos rasgos personales asoman claramente bajo la capa de falsa modestia que impregnaba los escritos de Eva Perón. Se presentaba a sí misma como sólo "una humilde mujer", pero el verdadero mensaje era que en realidad se trataba de una modesta heroína cuya existencia estaba ligada por entero a la causa popular, una santa que había dedicado su vida a "servir a mi pueblo, a mi Patria y a Perón".⁶⁶ Su odio a los oligarcas, que la despreciaron durante toda su corta vida, era indudablemente sincero, pero muchas de sus actitudes eran hipócritas. Adoptó una autoimagen de plebeya, verdadera sólo en sus orígenes; pese a esto, le gustaba lucir llamativos visones y costosas alhajas, al tiempo que explicaba a sus "descamisados": "Les quito las joyas a los oligarcas para dároselas a vosotros [...] Un día heredaréis toda la colección";⁶⁷ pero era invariablemente "un día" o "durante este siglo"; no en aquel mismo momento. Adoptaba la actitud de una devota y desinteresada servidora de Perón y de su pueblo, pero su carrera, el "mayor encumbramiento social desde el

de Cenicienta",⁶⁸ influía la adquisición de su imperio burocrático en constante expansión. Y si bien se erigió en revolucionaria, en estandarte del proletariado, no le repugnó visitar la España fascista, recibir de Franco la Gran Cruz de Isabel la Católica e intercambiar saludos falangistas en las multitudinarias recepciones que se le dieron durante su Gira Arco Iris de 1947.

Sin embargo, los Montoneros, al "descubrir al pueblo", se mostraron demasiado dispuestos a compartir con éste la adoración que la gente tenía por ella, a admitir el mito de Evita la jacobina; en su deseo de ser aceptados por los peronistas, olvidaron su juicio crítico. Para ellos, era el símbolo de la combatividad, la mujer que había intentado crear una "milicia de trabajadores" a principios de los años cincuenta haciendo un trato con la familia real holandesa para el suministro de cinco mil pistolas del calibre 45, destinadas a armarla, de las cuales sólo cien llegaron a ser distribuidas antes de que el plan fuera desechado. En realidad tenían que participar en él varios jóvenes oficiales del Ejército además de los contingentes sindicales, y hubiera sido esencialmente un mecanismo de defensa que sólo se hubiese utilizado ante el riesgo de un golpe militar. No obstante, el montonero Dardo Cabo, que tuvo conocimiento del plan por mediación de su padre, el dirigente sindical Armando Cabo, lo comparó con "el esquema de defensa armada por los cubanos"⁶⁹ sin tener en cuenta lo que se defendía en cada uno de ambos casos. Si Perón vetó el plan de 1952, su decisión fue debida a supuestas presiones del Ejército, a un desfavorable equilibrio de fuerzas, etc.; y si el exiliado líder que pedía a los Montoneros golpear al régimen hasta que cayera⁷⁰ había sido agasajado por dictadores notorios —Alfredo Stroessner del Paraguay, Marcos Pérez Jiménez de Venezuela, Rafael Trujillo de la República Dominicana, y Francisco Franco, generalísimo de los Ejércitos

de Tierra, Mar y Aire por la Gracia de Dios—,⁷¹ bueno..., había que recordar que Perón había sido militar, y que él estaba "naturalmente" predispuesto a confraternizar con los otros militares.⁷² Tras varios años de hallarse aislados de los trabajadores argentinos, los militantes de la clase media aceptaron entonces por completo la mitología peronista, pues, por muchas que fueran las críticas contra Perón y su esposa, no podían creer que el pueblo se hubiese equivocado en su inquebrantable fe en ellos. De ahí que las consignas de los Montoneros no fueran intencionadamente insinceras ni meramente autolegitimadoras cuando se leía o escuchaba en ellas: "¡Evita, Perón, revolución!". "¡Evita, presente, en cada combatiente!", y el predilecto: "Si Evita viviera, sería montonera".

La teoría de la guerrilla urbana y el atractivo de la lucha armada

Los fundadores del movimiento Montonero y los que se unieron a él estaban convencidos de que la lucha armada era el único medio eficaz que tenían a su disposición —en sus palabras, se trató de "responder con la lucha armada a la lucha armada que [la dictadura] ejercía desde el Estado".⁷³ En 1969, tanto el "Cordobazo" como el aplastamiento de la CGT de los Argentinos fueron interpretados como prueba de esa convicción. Aun cuando los anteriores trastornos habían socavado críticamente el régimen de Onganía, tales acontecimientos fueron sólo esporádicos y transitorios: "La continuidad es imprescindible para avanzar sobre el enemigo en todos los terrenos en que éste presenta la lucha, incluido el militar como factor decisivo"⁷⁴, declararon los Montoneros. Después, durante el mismo año, el éxito del gobierno en paralizar la CGTA, declarándola ile-

gal, un gran número de detenciones y el despido de cientos de obreros gráficos no hicieron más que aumentar el atractivo y la necesidad de la lucha clandestina. Por supuesto, la necesidad de la lucha armada no era la única lección que hubiera podido sacarse de los acontecimientos. Ongaro y otros revolucionarios peronistas se concentraron desde 1970 en la creación del Peronismo de Base (PB), especialmente en las fábricas de Córdoba, donde, junto con los sindicatos marxistas SITRAC-SITRAM y los sindicalistas peronistas combativos, siguieron una trayectoria mucho más militante que la tomada por la CGT reunificada y sus líderes en Buenos Aires.⁷⁵ Sin embargo, para los Montoneros, aparte el limitado carácter de su radicalismo, esa opción se vio imposibilitada por su composición de clase que hizo inviable una orientación decisiva hacia el clasismo y la participación en las luchas obreras.

Tampoco la guerrilla rural emuladora del modelo cubano resultó muy atractiva para los Montoneros. Los esfuerzos para aplicar el "foquismo", después de 1959, a otros países del continente, habían tenido resultados calamitosos. La muerte del Che Guevara en Bolivia en 1967 había demostrado la mejor preparación de los organismos antiinsurgencia estadounidenses y latinoamericanos para responder rápidamente a la actividad guerrillera en el campo, y convenció a muchos revolucionarios de la necesidad de adquirir un mejor conocimiento de las características peculiares de su país al planear estrategias. En la Argentina, ni los Uturuncos en 1959-1960, ni el Ejército Guerrillero del Pueblo de Masetti en 1963-1964, ni el Destacamento 17 de Octubre de las FAP en 1968, lograron realmente ponerse en marcha, pues ninguno de ellos atrajo un apoyo popular que pudiera llamarse importante, ni siquiera en las provincias de Tucumán y Salta, donde intentaron actuar.⁷⁶ Pensar en términos de montañas y escabrosos terrenos resultó desas-

troso en un país donde todas las luchas populares decisivas se libraban en las grandes ciudades de Buenos Aires, Córdoba y Rosario, y en las zonas industriales cercanas a ellas.

Al contemplar la guerrilla urbana en 1968, los Montoneros tomaron en cuenta el aislamiento geográfico que sufrieron los primeros guerrilleros rurales. De los veintitrés millones de habitantes de la Argentina, un 75% vivía en las zonas urbanas, en localidades de más de 2.000 habitantes.⁷⁷ Prácticamente la mitad de la población estaba concentrada en la ciudad y provincia de Buenos Aires, y los dos tercios en esa región junto con las provincias contiguas de Santa Fe y Córdoba.⁷⁸ La tercera parte restante poblaba diecinueve de las veintidós provincias. Sin embargo, aunque evitaba el aislamiento geográfico, la estrategia de los Montoneros militaba en favor del aislamiento social. La experiencia había demostrado a casi todos los activistas de la clase obrera que su fuerza radicaba más bien en el poder colectivo industrial que en las armas de fuego. Además, la escasez de recursos económicos de los trabajadores limitaba sus posibilidades de participación en una guerrilla. Los obreros podían colaborar o simpatizar con ella, pero eran pocos los que podían permitirse el paso a la clandestinidad como combatientes "profesionales", en especial los casados cuyo salario era el único apoyo económico de ellos y de su familia. En este sentido, los radicales de la clase media gozaban de una independencia económica mucho mayor, y los estudiantes, cuyas carreras universitarias duraban normalmente cinco o seis años, disponían de mucho más tiempo para la exigente vida de guerrillero. No debe, pues, sorprender que la guerra de guerrillas urbana en la América Latina prosperase sobre todo en la Argentina y Uruguay, países muy urbanizados, con una clase media culturalmente refinada, afectada cada vez más por la reducción de

las libertades políticas y culturales, a medida que los gobiernos de ambos países iban introduciendo autoritarios controles y medidas económicas impopulares.⁷⁹ De una población argentina económicamente activa de nueve millones de personas en 1970, el 70% eran asalariados (y dentro de esta categoría el balance había sido un 70% de trabajadores manuales y un 30% de no manuales, en 1960).⁸⁰ Aproximadamente el 40% del total de la población pertenecía, en el momento de la fundación de los Montoneros, a los "sectores intermedios".⁸¹

La mayoría de los reclutas y simpatizantes de los Montoneros procedía de tales sectores, pero, por lo general, las actitudes hacia la política radical seguían siendo realmente ambiguas e inestables, en lo cual influía la dependencia del Estado de buena parte de ciudadanos de clase media, representada en muchos casos por funcionarios, vulnerables a las medidas de "nacionalización" y a las presiones de los detentadores del poder. Otros pertenecían a grupos profesionales más independientes, pero la actitud del gobierno respecto de la enseñanza superior condicionaba su camino de acceso a las carreras universitarias. Cuando la autonomía universitaria fue violada, la burocracia podada, la actividad cultural excepcionalmente censurada, o cuando la inflación se hizo incontenible, esos sectores demostraron cierta capacidad para la militancia, pero no siempre hicieron gala de unánime simpatía por las soluciones izquierdistas, especialmente cuando un aumento del poder sindical, concedido por el gobierno, o la demagogia populista parecían amenazar su situación. Casi de modo general aplaudieron, en 1955, el derrocamiento de Perón, favorecieron en parte las propuestas radicales quince años después, y luego tendieron a aceptar o a apoyar inicialmente, en 1976, el establecimiento de otro régimen militar autoritario. En cuanto a ingresos personales, la

mayoría quedaba más cerca de los obreros mejor pagados de las más modernas y fuertes industrias que del privilegiado 5% de quienes más cobraban, los cuales, en 1961, percibían casi el 30% del total de ingresos familiares, con un promedio anual por familia de 14.800 dólares: seis veces más que el promedio nacional y diecisiete veces más que el ingreso medio de las familias situadas en la base de la pirámide social.⁸² Sin embargo, las consideraciones de status referentes a las condiciones laborales, un ambiente más confortable, una mayor movilidad social y otras ventajas sobre los obreros, hicieron que el apoyo de la clase media a la izquierda y a las causas populares estuviera estrictamente condicionado a tendencias políticas y económicas de corto alcance y, por lo tanto, fuera poco fiable. Si el surgimiento de los Montoneros no hubiera coincidido con el comienzo de un levantamiento popular, habrían podido prestar más atención al análisis de la conducta de las clases; pero consideraron que el principal problema revolucionario era una cuestión de estrategia, y confiaron en que el "pueblo", incluyendo en él a la mayoría de los argentinos de la clase media, seguiría repudiando el autoritarismo militar como lo hizo a finales de los años sesenta.

Desde el principio dos influencias estratégicas guiaron el pensamiento montonero: revolucionaria la una, y de inspiración clásicamente militar la otra. La primera de ellas fue aportada por Abraham Guillén, veterano de la guerra civil española, que había desarrollando sus ideas de origen bakuninista junto con los militantes del MNRT en los primeros años sesenta. Como Guevara y Régis Debray, Guillén insistía en que la guerra revolucionaria tenía que llevarse a cabo bajo una jefatura político-militar unificada, pero para él el "foquismo" rural previsto por la escuela cubana de estudios estratégicos sólo podía, en Uruguay y la Argentina, ejercer una función de apoyo: la demografía

y la economía reclamaban una estrategia urbana, porque, según él, "la potencia de la revolución se halla donde está la población", y "Buenos Aires representa aproximadamente el 70% de la riqueza, del consumo de energía, de los transportes, de la industria, del comercio y, en general, la mayor parte de la economía argentina".⁸³ Guillén sostenía que, mientras la población fuera favorable, el terreno adecuado y el enemigo vulnerable, la guerra revolucionaria podía iniciarse "con 10 a 25 hombres bien probados, físicamente aptos, moralmente resistentes [y] políticamente educados". Al fin y al cabo, los pioneros de esa modalidad de guerrilla sólo sumaban un par de decenas en China, veinticuatro en Argelia y doce en Cuba.⁸⁴

Aparte abogar por el escenario urbano, muchos de los escritos de Guillén difundían simplemente fórmulas clásicas para la guerra de guerrillas. Por ejemplo: "Las operaciones deberán consistir en ataques dispersos, por sorpresa, realizados por unidades móviles y rápidas, superiores en armas y en número, en los puntos designados, pero evitando el levantamiento de barricadas, para no atraer la atención del enemigo en un lugar determinado. Las unidades atacarán con la mayor parte de sus efectivos los sectores menos fortificados o más débiles de su enemigo en la ciudad". La lucha debería ser "prolongada", y consistiría en "muchas pequeñas victorias militares que, sumadas, conducirán a la victoria final",⁸⁵ pero no se trataría de una cuestión exclusivamente militar. Sin una orientación positiva hacia la clase obrera y las luchas populares, sin un esfuerzo consciente de los combatientes para coordinar sus actividades con éstas y, progresivamente, incorporar al grueso de las masas en un eventual ejército de liberación, la guerra revolucionaria degeneraría en terrorismo.⁸⁶ Por ello, Guillén incitó a "una guerra total: económica, social (huelgas), manifestaciones, protestas por el costo de la

vida, acciones violentas aisladas, propaganda bien dirigida, [y] una política internacional coherente, pero todo combinado con el ejército de liberación y la guerrilla (colocada en la espalda del enemigo).⁸⁷ En cuanto al modo en que debían combinarse todas las facetas de la guerra, Guillén no podía dar muchos consejos. Su "guerra total", que encontró paralelos en la "estrategia integral" de Perón, tenía por objetivo el debilitamiento del enemigo mediante las actividades simultáneas de los guerrilleros, huelguistas, descontentos, alborotadores y profesionales de la política, pero mientras que Perón veía en la integración de tales fuerzas una amenaza potencial para su propia dirección del Movimiento, Guillén la consideraba la clave del éxito político-militar. Para Perón, tales acciones eran un medio de presionar a los militares para que permitieran la celebración de unas elecciones que sin duda ganaría; el objetivo de Guillén, la toma revolucionaria del poder, era evidentemente más ambicioso.

Acompañaba a Guillén, en calidad de lo que podría llamarse mentor estratégico de los Montoneros, Carl von Clausewitz, un personaje cuyas enseñanzas les llegaron a través de los escritos de Guillén, posiblemente a través de las obras militares de Perón (las cuales, como diría un argentino, eran una "mala traducción" de Clausewitz), y a través de las discusiones de antiguos nacionalistas como Hernández Arregui celebradas a finales de los años sesenta con los protomontoneros en el bufete de abogado donde ejercía Mario Hernández. Más que dar la seguridad a los inexpertos Montoneros de que las luchas militares pertenecían mejor a la esfera de la política que a la de la criminología, Clausewitz parecía tener para ellos gran importancia por su tesis de que "la guerra defensiva es intrínsecamente más fuerte que la ofensiva"⁸⁸ En opinión de los guerrilleros, las Fuerzas Armadas habían lanzado, en 1966, una ofen-

siva contra el pueblo argentino; ofensiva, sin embargo, que podía ser contenida mediante una campaña defensiva agotadora para el enemigo antes de llevar a cabo la contraofensiva de las fuerzas populares. Clausewitz nunca había abogado por la defensa pura, puesto que la guerra, por definición, tenía que hacerse por ambos lados. En vez de ello, su concepto de la defensa era relativo, pues incluía batallas ofensivas, porque "la guerra defensiva no es un simple escudo, sino un escudo compuesto de golpes bien dirigidos".⁸⁹ Tales analogías eran forzadas, por supuesto, y no muy sostenibles: suponían la aplicación de argumentos clásicos acerca de la conveniencia de esperar y parar los golpes cuando el enemigo avanzara (basándose en el hecho de que "es más fácil conservar el terreno que tomarlo")⁹⁰ a una situación en que el enemigo ya había triunfado, hasta cierto punto, mediante la toma del poder de un Estado y cuyo "ataque" se traducía ya en forma de decretos militares.

Los Montoneros se inclinaban por una guerra popular; Guillén, por una guerra de clases en su sentido más amplio; pero en la práctica tal guerra no era apoyada por el pueblo ni por la clase obrera: sólo por un puñado de jóvenes de la clase media, tan poco numerosos que sus intentos de aplicar la estrategia de Clausewitz en las junglas de hormigón de Buenos Aires, Córdoba y Rosario habrían parecido ridículos para cualquier observador si sus resultados no hubieran sido tan trágicos. Lo válido fue la norma de no atacar sin poseer la supremacía táctica, así como la de no comprometer excesivamente las fuerzas en actos demasiado ambiciosos; pero eso era seguramente sólo el sentido común propio de todo insurrecto. Sin embargo, fueron los escritos de Guillén y Clausewitz los que influyeron en la discusión estratégica montonera, en la cual, como se verá, Clausewitz eclipsó totalmente a Guillén. Al ir desarrollán-

dose los Montoneros, sus pretensiones militares se vieron cada vez más regidas por consideraciones de guerra regular, y olvidaron con rapidez las lecciones que Guillén había sacado de la caída de los Tupamaros en el Uruguay: ante todo, evitar el establecimiento de bases urbanas fijas que comprometieran la movilidad y la seguridad de los guerrilleros; no construir un "microestado"; descartar el uso de "cárceles del pueblo", cuya existencia crea "innecesariamente un sistema paralelo de represión"; y —lo más importante— recordar que "para lograr la victoria en una guerra popular, hay que actuar de conformidad con los intereses, sentimientos y deseos del pueblo. La victoria militar resulta inútil si no es políticamente convincente". Los Tupamaros, por desgracia, se habían vuelto "excesivamente profesionalizados y militarizados, por lo que habían quedado aislados de las masas urbanas",⁹¹ y los Montoneros, invocando la autoridad de Clausewitz, habrían de compartir su suerte.

Preparación para la guerra

Sin embargo, en 1968, los Tupamaros, a pesar de haberse creado cinco años antes, sólo empezaban a poner en marcha una campaña guerrillera sostenida en Montevideo, y la respuesta del Estado no fue inmediatamente eficaz. Los que organizaron a los Montoneros en la Argentina lo hicieron llenos de optimismo, confiando en la victoria aunque ésta supusiera perder la vida. "¡Todo o nada!" se convirtió en la consigna interna de los jóvenes guerrilleros, mientras que el grito tradicional de "¡Perón o muerte!" fue considerado el "todo o nada" para la totalidad del Movimiento. Pero lo que resultó más importante para su rápido crecimiento fue la elección, de entre las quince propuestas que figuraban

en su selección, del nombre "Montoneros". Elegido con preferencia a un vacío anagrama, su adopción fue motivada por la romántica nostalgia de una idílica épica pastoral parcialmente imaginaria en que los gauchos recorrían las pampas como hombres libres. Tomando el nombre de Montoneros, los jóvenes militantes afirmaban los méritos de la gente común, al tiempo que resucitaban poderosos símbolos nacionalistas con que pudieran identificarse tanto los xenófobos como los antiimperialistas. "Montoneros" y sus connotaciones revisionistas ofrecieron a los jóvenes argentinos un pasado y unos héroes nacionales; les dieron una identidad nacional en un país en que el proceso de construcción nacional seguía caracterizado por el origen inmigrante de generaciones no muy lejanas; y representaban una afirmación de "argentinidad" frente a los intereses extranjeros dominantes y las ideas foráneas. Tras veinte años de penetración económica por parte de los Estados Unidos, con las consiguientes repercusiones culturales, el atractivo de "las cosas argentinas" aumentó en gran manera, aun cuando las reacciones que produjeron en la clase media no tuvieron nada de uniformes. Muchos representantes de ella disfrutaban de niveles de vida comparables a los de sus iguales norteamericanos, y a no pocos les encantaba ver los mercados locales repletos de artículos de consumo importados. No obstante, otros, aun cuando vivían mucho mejor que los obreros manuales, se sentían claramente ofendidos por la impetuosidad y la artificialidad de la sociedad de consumo "gringa". Sus valores los bombardeaban mediante una publicidad lanzada a través de todos los medios de difusión, pero la evocación de la "sociedad libre" que los acompañaba chocaba rudamente con la realidad política de la Argentina. Se rebelaron contra la influencia "yanqui", adoptaron las leyendas y los símbolos de un pasado nacional y al mismo tiempo identificaron internacionalmente a la

Argentina contemporánea con el Tercer Mundo y sus luchas de liberación contra el imperialismo.

Dos de los primeros montoneros —Fernando Abal Medina y Norma Arrostito— se trasladaron a Cuba durante los años 1967-1968 para recibir adiestramiento militar. El resto comenzó con una reconocida "ignorancia absoluta respecto de lo que era la lucha armada", y sólo poco a poco adquirió la pericia militar necesaria entrenándose en operaciones cuyos medios bélicos —principalmente dinero y armas— se consiguieron por requisa. Debido a su inexperiencia en la lucha clandestina, se comportaban de un modo "casi suicida": "Andábamos en coches robados sin ningún tipo de papeles. Ni siquiera teníamos documentos [de identidad] falsos. El único que tenía era Fernando. Tenía también una chapa policial, y eso era lo único que teníamos para salir de situaciones difíciles". Durante sus primeras operaciones, como la "expropiación" de armas de fuego del Tiro Federal de Córdoba, en febrero de 1969, los protomontoneros, para no ser detectados, fingían ser delincuentes comunes⁹², y tal manera de proteger su identidad tuvo éxito. No hay indicios de que las autoridades conocieran la existencia del grupo antes del comienzo de 1970. Por la misma razón, se carece de detalles sobre sus primeras actividades. Al parecer, aunque su núcleo inicial fue establecido por Abal Medina, Ramus y Firmenich en Buenos Aires, la mayor parte de las primeras acciones tuvo efecto en la provincia de Córdoba, donde Emilio Maza organizó una segunda red y se convirtió en el "comandante" local. El grupo de Córdoba asaltó el Banco de La Calera y atacó el puesto de vigilancia del Hospital Militar de Córdoba; y hubo también incursiones en algunos otros bancos, en canteras y en unas cuantas comisarías. Los policías, atacados por sorpresa, fueron desarmados. Ninguna de las primeras acciones fue espectacular, pero se juzgaron indis-

pensables para la preparación y el equipamiento de unas fuerzas de combate eficaces. Y cada una de ellas, conviene subrayarlo, fue considerada por sus protagonistas como un paso adelante: todas tenían resultados tangibles, que no daban la distribución de folletos, la venta de publicaciones y otras actividades practicadas por los grupos leninistas.

Desde el punto de vista organizativo, los Montoneros siguieron los principios de la "compartimentación", táctica que ya había sido aplicada por los Tupamaros del otro lado del Río de la Plata y, con anterioridad a ellos, con el nombre de *cloisonnement*, por las fuerzas antinazis de la resistencia en Europa. En efecto, por razones de seguridad, la organización adoptó una estructura celular, con unidades que sólo conocían de la estructura general el mínimo indispensable para su eficaz funcionamiento. Las unidades de lucha básicas eran los comandos militares, que hacia finales de los años setenta adoptaron, a veces sólo para uso ocasional, los nombres siguientes: "Eva Perón" (por el cual competían ávidamente todas las unidades), "Comandante Uturuncu" (seudónimo del jefe de la primera guerrilla rural moderna argentina), "General José de San Martín" (como el héroe de la independencia), "Felipe Vallese" (el primer joven mártir peronista) y "29 de Mayo" (fecha del "Cordobazo"). Más tarde, las unidades montoneras fueron bautizadas predominantemente con nombres de combatientes caídos, como fuera el caso de los comandos Abal Medina-Ramus, José Sabino Navarro y Marcos Osatinsky. Además, la organización contaba con varios departamentos: según una información de la policía de Córdoba, a mediados de 1970, había un "departamento de mantenimiento" (responsable de la consecución de vehículos y del aspecto logístico de las operaciones), un "departamento de documentación" (que proporcionaba documentos militares y policiales falsos, facilitando con ello la libertad de desplazamiento), un "depar-

tamento de guerra" (que planeaba los secuestros, atracos, etc.) y un "departamento de acción psicológica" (encargado de la redacción de declaraciones y comunicados).⁹³

Dado que los Montoneros sumaban sólo una veintena a finales de 1970, su estructura era sin duda desproporcionada, pero indicaba la ambición y también las primeras muestras de una convicción que equiparaba el éxito con la expansión del aparato militar y político, acompañado por una numerosa jefatura. Este "aparatismo", que se incrementaría conforme el núcleo de la guerrilla se convertía en un movimiento, iba parejo con la burocracia y un sistema de mando vertical autoritario. Si bien las discusiones internas fueron más fáciles antes de salir la identidad de sus miembros a la luz pública, no hubo esfuerzos para fomentar o formalizar los procedimientos democráticos en la toma de decisiones. Ese autoritarismo, en parte herencia de las organizaciones a que varios montoneros habían pertenecido, era totalmente aceptable en los círculos peronistas. Suponía también reconocer el hecho de que lo que la democracia interna podía proporcionar a una guerrilla urbana, en cuanto a evolución política y desarrollo teórico, era susceptible de verse fácilmente contrarrestado por las pérdidas que pudieran producirse como resultado de la infiltración, de la fuga de informaciones y de la creación de facciones antagónicas. Pero, sobre todo, ese autoritarismo se debía a la creencia de los guerrilleros de que, al fin y al cabo, ellos no eran estrategas políticos. A sus ojos, Perón era el jefe del Movimiento Peronista, el líder de un movimiento revolucionario del que pasaban a formar parte constituyéndose en uno de sus núcleos armados. Su papel era fundamentalmente de combate, como una formación especial peronista, lo cual constituía sólo un aspecto del gran plan elaborado por el general Perón. Dicho de otro modo, los Montoneros no creían ser la única vanguardia de

la revolución argentina, ni partieron de semejante ilusión para enfrentarse a todas las tareas que la misma hubiera exigido.

Los doce miembros con que contaba la organización en mayo de 1970 eran, en su casi totalidad, estudiantes o graduados, y dos —incluida Arrostito—, profesores. Según un relato posterior del período 1968-1970, Abal Medina y Ramus se distinguieron por cierta dureza, casi por una especie de ascetismo, por la creencia absoluta en la autodisciplina y en la total subordinación de la vida personal a la causa política a la que estaban entregados.⁹⁴ Poco se sabe sobre el carácter de Maza, quien, junto con Abal Medina, constituyó la jefatura nacional de la organización. Arrostito fue la única de sus primeros componentes que procedía de la izquierda tradicional. Nacida en 1940, rompió con el Partido Comunista en 1967, en compañía de millares de estudiantes y jóvenes afiliados del mismo que habían empezado a apoyar verbalmente la lucha armada. Muchos no pasaron de “guerrilleros de café”; Arrostito siguió adelante hasta convertirse en la mujer más importante de la lucha guerrillera urbana. También contaba con dos relaciones personales que ayudaron a dar cohesión al grupo en sus primeros tiempos: como cuñada del operador de televisión Carlos Maguid y como compañera del líder de los Montoneros. Esta última relación fue tan íntima que Arrostito, desde la muerte de Abal Medina en 1971 y hasta su detención en 1976, fue conocida en el interior de la organización como “la Viuda”.

Emilio Maza e Ignacio Vélez procedían de familias acomodadas de Córdoba, pero casi todos los que formaban la docena de fundadores eran de la clase media baja. José Sabino Navarro, por pertenecer a la clase obrera y a la vez a una familia de indiscutible raigambre peronista, era la única excepción a la regla general.⁹⁵ Su padre lo había lle-

vado, cuando sólo tenía dos años, a escuchar los discursos que Perón dirigía a las masas, y su madre pudo salvar la vida gracias al avión que Evita envió a Corrientes para trasladarla a Buenos Aires con el fin de que la operasen. A finales de los años sesenta, ese futuro líder montonero se había convertido en un activo sindicalista con el cargo de enlace sindical, e hizo lo posible para que los pretendidos militantes Dirk Kloosterman y José Rodríguez fueran elegidos para dirigir el Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA). Los nuevos líderes le causaron una gran desilusión. Corrió la voz de que habían colaborado con la dirección de la fábrica de coches DECA para que, en 1969, lo despidieran; toda esa experiencia condujo a Sabino Navarro, durante el mismo año, a formar un pequeño grupo armado para lanzarse a la guerra de guerrillas. Las influencias intelectuales, recibidas de la lectura de Frantz Fanon, Perón y Evita, fueron en su caso factores menos radicalizadores que en el de los miembros de procedencia estudiantil; no había terminado siquiera la enseñanza secundaria, aunque compartía los antecedentes católicos de la mayoría de ellos.

El grupo de Sabino Navarro aportó poco a los Montoneros en cuanto a nuevos militantes o a pericia militar cuando se afilió al movimiento a principios de 1970, después de haber establecido contacto con él el año anterior. Que se sepa, como organización autónoma sólo llevó a cabo algunas incursiones de poca importancia, amén de dos ataques a comisarías de la provincia de Córdoba. Sin embargo, la fusión de ambos grupos fue de importancia vital para la expansión del núcleo montonero, porque Sabino Navarro era hombre de valiosas relaciones en los sectores combativos del peronismo. En 1968 tomó parte, con Cooke y otros importantes peronistas de la izquierda (incluidos Rearte, Di Pasquale y De Luca), en un Congreso del Peronismo Revó-

lucionario secreto, que no consiguió determinar si se daban en la Argentina las condiciones adecuadas para la existencia de la lucha armada. El año siguiente se celebró en Córdoba una conferencia de mayor alcance político, pero las disensiones sobre esa cuestión se hicieron aún más profundas. Mientras que Sabino Navarro y otros propugnaban el inmediato inicio de una campaña armada, Gustavo Rearte abogaba por el fortalecimiento de las organizaciones de la clase obrera militante como requisito previo esencial para el éxito de la lucha armada, y sindicalistas como Ricardo de Luca insistieron en el fortalecimiento de la CGT de los Argentinos. Finalmente, la conferencia apoyó la línea defendida por Sabino Navarro y sus colegas, aunque, para la mayoría de los participantes, tal compromiso no fue más que una bravata retórica. Las escaramuzas verbales tildaron de "foquista" al grupo de Sabino Navarro tan pronto como empezó a poner en práctica las normas acordadas en la conferencia antes de unirse al grupo de Abal Medina.

Así, a principios de 1970, doce jóvenes, casi todos hombres, habían conseguido unirse para completar la arriesgada fase preparatoria de la guerra. Influidos por diversos factores políticos, sociales, económicos y culturales, así como por las evidentes limitaciones de las iniciativas de resistencia de masas, la ineficacia de la izquierda tradicional y las nuevas ideas y estrategias radicales, estaban en aquel momento decididos a responder a la violencia militar con la violencia en nombre del pueblo. Aunque pocos e insuficientemente activos para atraer la atención de la policía, los doce estaban dispuestos a levantar el telón que los separaba del público. Había llegado el momento de anunciar al mundo su existencia, y lo hicieron mediante una acción cuyas repercusiones no guardarían la menor proporción con su escasez numérica.

NOTAS

1. Padre Hernán Benítez, "Causas y responsables de la 'ejecución' de Aramburu", *Cristianismo y Revolución*, nº 25 (septiembre 1970), pp. 5-11.

2. "Informe del Consejo Nacional del Partido Montonero, septiembre de 1977", *Boletín Interno*, nº 4 (s. f.), pp. 1-2.

3. La teoría del "foco", o "foquismo" (seguida por los "foquistas"), aunque elaborada al principio pensando en la guerra rural, sostiene que los revolucionarios debieran iniciar la lucha armada aun cuando las condiciones para el éxito de una revolución no estuvieran aún presentes en su país; que las actividades guerrilleras ayudan a crear tales condiciones; y que, sacando partido de las ventajas clásicas de la guerrilla, es decir, la movilidad, la flexibilidad y la sorpresa, los pequeños núcleos armados pueden llegar a convertirse en ejércitos revolucionarios populares capaces de derrotar a ejércitos regulares. Véase Régis Debray, *Revolution in the Revolution?*, Penguin, Harmondsworth, 1968; y Che Guevara, *Guerrilla Warfare*, Penguin, Harmondsworth, 1969.

Cuando el término "guevarista" se usa en este libro como una etiqueta política, se refiere a las fuerzas procubanas no peronistas que se definen a sí mismas como "marxistas-leninistas" y que practican la lucha armada.

4. Véase Marysa Navarro Gerassi, *Los nacionalistas*, Editorial Jorge Álvarez, Buenos Aires, 1968.

5. Sobre el Tacuara y sus retoños, véase especialmente Horacio Salas, "La ideología de la violencia", *Discusión*, nº 15 (3-16 de abril de 1975), pp. 14-17; y Rogelio García Lupo, "Diálogo con los jóvenes fascistas", en su obra *La rebelión de los generales*, Proceso Ediciones, Buenos Aires, 1962, pp. 71-78.

6. La radicalización dentro del Tacuara quizá también tuvo algo que ver con las circunstancias propias de la clase media baja, en que se hallaban los nuevos miembros reclutados por una organización cuyos líderes por lo menos eran originalmente de extracción burguesa. Un buen número de los nuevos tacuaristas de principios de los años sesenta eran aún estudiantes universitarios o de escuelas nocturnas pero tenían que trabajar, generalmente como empleados, para poder pagar sus estudios. Véase García Lupo, pp. 72-73.

7. "Tacuara juega a la milicia revolucionaria", *Che*, nº 15 (2 de junio de 1961), pp. 10-11.

8. Baxter, citado en Salas, p. 17.
9. Declaraciones de la Guardia Restauradora Nacionalista, citadas en Navarro Gerassi, p. 229; y Salas, p. 16.
10. García Lupo, p. 73.
11. Entrevista personal con un antiguo miembro del MNRT, Buenos Aires, octubre 1976.
12. Ezcurra, que era seminarista antes de la creación del Tacuara, volvió a su antigua vocación ingresando en el seminario de Paraná en 1964. Fue ordenado en diciembre de 1971.
13. Sus documentos básicos fueron el "Reportaje al Movimiento N. Revolucionario Tacuara", *Compañero*, nº 63 (8 de septiembre de 1964), p. 4; y "T: violencia revolucionaria" (1º de mayo de 1964), *Militancia*, nº 6 (19 de julio de 1973), pp. 35-38.
14. El robo de la nómina de una clínica sindical difícilmente podía ayudar a que la clase obrera aplaudiera al MNRT. Según las informaciones de la prensa, tal objetivo fue elegido puramente porque Gustavo Posse, que sólo era un simpatizante de la organización, tuvo conocimiento de la existencia de aquel dinero e informó de la misma a un amigo del MNRT, a cambio de participar en el botín. Para relatos de esa Operación Rosaura, véase *La Razón*, 25 de marzo de 1964 (informe de la policía); *Ocurrió*, nº 54 (1º abril de 1964), pp. 12-14; y Carlos A. Arbelos y Alfredo M. Roca, *Los muchachos peronistas*, Emiliano Escolar Editor, Madrid, 1981, p. 56. Esta última obra, escrita por militantes veteranos, ofrece valiosos relatos internos de los primeros esfuerzos de la guerrilla urbana e incluye referencias anecdóticas a pioneros como Nell, Baxter, Caffatti, Espina e Ibarra.
15. Véase *ibíd.*, pp. 87-117, y James Kohl y John Litt, *Urban Guerrilla Warfare in Latin America*, MIT Press, Massachusetts, 1974, pp. 185-187.
16. "7 de septiembre - Día del Montonero", *El Descamisado*, nº 17 (11 de septiembre de 1973), pp. 5-8.
17. Perón, citado en MNRT, "Violencia revolucionaria".
18. Padre Carlos Mugica, *Peronismo y Cristianismo*, Editorial Merlín, Buenos Aires, 1973, p. 81.
19. Citado en John Gerassi, ed., *Revolutionary Priest*, Penguin, Harmondsworth, 1973, p. 17.
20. Citado en Dorothy Day, ed., *Camilo Torres: Priest and Revolutionary*, Sheed and Ward, Londres, 1968, p. 16.
21. Citado en J. Gerassi, p. 45.

22. Citado en Mugica, p. 89.
23. Citado en J. Gerassi, p. 49.
24. Citado en Peter Strafford, "The Church of Change", *The Times*, Londres, 2 de diciembre de 1977.
25. Camilo Torres, "A Message to Christians", 3 de agosto de 1965, en Day, ed., pp. 72-74.
26. García Elorrio, *Cristianismo y Revolución*, nº 1 (septiembre 1966), p. 23.
27. Mugica, citado en Mario Eduardo Firmenich, "Nuestras diferencias políticas", *El Peronista*, nº 5 (21 de mayo de 1974), pp. 4-8.
28. Mugica, p. 84. Para indicios de sentimientos de culpabilidad en los estudiantes, cf. JUP, "El peronismo y la universidad", *Envido*, nº 9 (mayo 1973), pp. 54-61.
29. Mugica, pp. 35 y 55.
30. Firmenich, "Mi afecto y agradecimiento al padre Carlos Mugica", *El Peronista*, nº 5, *op. cit.*
31. Mugica, pp. 16 y 66.
32. Firmenich, "Mi afecto".
33. "Juan García Elorrio" (necrología), *Cristianismo y Revolución*, nº 28 (abril 1971), p. 23.
34. *Buenos Aires Herald*, 1º de diciembre de 1969.
35. *Ibíd.*, 24 de julio de 1969.
36. *Cristianismo y Revolución*, nº 28 (abril 1971), p. 81.
37. Albert Camus, *The Just*, traducción inglesa, Penguin, Harmondsworth, 1970.
38. García Elorrio, entrevista con John Gerassi, en Gerassi, pp. 41-42.
39. La genealogía del ERP (ilustrada en el apéndice A) se remonta a principios de los años sesenta, cuando una facción proguerrillera, dirigida por Ángel Bengochea, surgió dentro de la trotskista Palabra Obrera. Los aspirantes a guerrilleros formaron el Comando Buenos Aires, pero fueron destruidos cuando, en 1964, voló su arsenal, situado en un apartamento de la calle Posadas. Sin embargo, cuando Palabra Obrera se fusionó con un grupo procedente de Santiago del Estero (el FRIP) para convertirse, en 1965, en el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), la línea de Bengochea fue llevada adelante por el ala "El Combatiente" del PRT, dirigida por Luis Pujals y Mario Roberto Santucho. La ruptura decisiva con el trotskismo se produjo en el congreso del PRT de 1968, pues, aunque la tendencia proguerrillera siguió manteniendo

vínculos formales con el movimiento trotskista internacional hasta 1973, Guevara, más que Trotsky, se convirtió en su principal mentor. Las operaciones armadas empezaron en 1969, y el año siguiente se fundó el ERP como ala armada del PRT. La otra ala del PRT, "La Verdad", dirigida por Nahuel Moreno, se unió al Partido Socialista Argentino (PSA), de Juan Carlos Coral, para formar, en 1972, el Partido Socialista de los Trabajadores (PST). El PST consiguió 73.796 votos (el 0,62% del escrutinio) en las elecciones generales de marzo de 1973, y 181.474 votos (el 1,52%) en las elecciones presidenciales del mes de septiembre siguiente. Sobre el ERP, véase mi artículo, "Armed Struggle in Argentina", *New Scholar*, California, vol. 8, 1982, pp. 387-427.

40. Perón, entrevista en Pavón Pereyra, p. 327.

41. Para detalles, véase mi tesis de doctorado, "The Peronist Left", pp. 509-513.

42. Véase Oscar Braun, *El capitalismo argentino en crisis*, Siglo XXI Argentina Editores, Buenos Aires, 1973; y Peralta Ramos.

43. NACLA, pp. 29-35.

44. *Ibid.*, pp. 23-24.

45. Véase Scobie, pp. 243-245.

46. CICSO, *Los asalariados. Composición social y orientaciones organizativas*, Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales, Buenos Aires, s. f., pp. 223-224.

47. Véase Peter G. Snow, *Political Forces in Argentina*, Praeger, Nueva York, 1979, pp. 132-134; y Joan Monahan, "I agreed to teach but not to be a goaler", *Times Higher Education Supplement*, Londres (11 de febrero de 1977), p. 10.

48. Sobre la "Noche de los Bastones Largos", véase Gregorio Selser, *El Onganlato: la espada y el hisopo*, vol. 1, Carlos Samonta Editor, Buenos Aires, 1973, pp. 117-128.

49. No sólo los líderes sindicales y los empresarios, sino también Perón esperaban que el golpe de 1966 produjera un cambio hacia una situación más favorable. La actitud inicial de Perón, que se mantuvo a la expectativa cuando Onganía, un "buen soldado", tomó el poder, se basó en parte en la reputación de Onganía como constitucionalista, adquirida durante el conflicto intramilitar de 1962 entre los "azules" y los "colorados". Perón tardó tres meses en calificar al nuevo régimen de "gorila" y "reaccionario". Véase Nadra, p. 84; y Andrew Graham-Yooll, *Tiempo de tragedia*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1972, p. 30.

50. CGT de los Argentinos, "Mensaje a los trabajadores y al pue-

blo", 1º de mayo de 1968, en Raimundo Ongaro, *Sólo el pueblo salvará al pueblo*, Editorial de las Bases, Buenos Aires, 1970, pp. 27-40.

51. Sobre el "Cordobazo", véase Beba Balvé, *et al.*, *Lucha de calles, lucha de clases*, Ediciones de la Rosa Blindada, Buenos Aires, 1973; Francisco J. Delich, *Crisis y protesta social. Córdoba, 1969-1973*, Siglo XXI Argentina Editores, Buenos Aires, 1974; Oscar Moreno, *Contradicciones, conflictos y movimientos sociales en la problemática urbano-regional*, CENDES, Caracas, 1979; Ernesto Laclau, "Argentina-Imperialist Strategy and the May Crisis", *New Left Review*, Londres, nº 62 (julio-agosto 1970), pp. 3-21; Carlos Tagle Achával, "Córdoba: de Cabrera al Cordobazo", *Todo es Historia*, nº 75 (julio 1973), pp. 102-129; "El Cordobazo", *Polémica*, nº 15 (julio 1972); y "Córdoba rebelde", *Transformaciones en la historia presente*, nº 23 (septiembre 1974).

52. Onganía usó el asesinato de Vandor como pretexto para poner a la CGTA fuera de la ley, posesionarse de todos los sindicatos que habían apoyado la convocatoria de huelga de la CGTA, declarar el estado de sitio e imponer la ley marcial. Centenares de trabajadores y estudiantes fueron encarcelados, y Ongaro, acusado de la muerte de Vandor, fue privado de libertad durante el resto del año. Era su sexta detención durante aquellos doce meses, hostigamiento llevado a cabo para evitar su participación en huelgas y mítines.

53. Véase Walter, *Student Politics*, pp. 172-174.

54. Sobre la fuerza y orientación política de la JUP, véase *Compañero*, nº 47 (19 de mayo de 1964) y nº 49 (2 de junio de 1964).

55. Las diferencias políticas entre el FEN y la UNE se aclararon cuando los representantes de ambas organizaciones fueron entrevistados por la revista *Panorama* en 1969. Al preguntársele sobre la revuelta estudiantil, Grabois (FEN) dijo: "El movimiento no debe agotarse en la universidad, porque el eje unificador de la lucha son los obreros. A largo plazo, con un frente unido obrero-estudiantil, se gestará un nuevo tipo de poder en la Argentina: el socialismo nacional, que sólo podrá llegar al poder por la violencia". El portavoz de la UNE, Julio Bárbaro, mostró una orientación más populista: "Para la muchachada que hoy sale a la calle, sus padres históricos son el federalismo, el yrigoyenismo y el peronismo. Nos importan un bledo Marcuse y Marx. Sólo el pueblo es el eje histórico de la emancipación" (de Horacio González Trejo, *Argentina: tiempo de violencia*, Carlos Pérez Editor, Buenos Aires, 1969, pp. 100-105). Por supuesto, los verdaderos padres de la mayoría de ellos eran antiperonistas o no peronistas.

56. La información sobre la evolución interior de los organismos profesionales proviene de entrevistas llevadas a cabo a fines de 1980 con un antiguo miembro de la Asociación Gremial de Abogados.

57. Sobre el **escuadrón de la muerte**, véase Andrew Graham-Yooll, *Tiempo de violencia*, Granica Editor, Buenos Aires, 1973, apéndice IV, pp. 125-160.

58. Véase Mario Kestelboim, "Una experiencia de militancia: la Asociación Gremial de Abogados", *Peronismo y Socialismo*, n° 1 (septiembre 1973), pp. 87-89.

59. En abril de 1978, un informe de la Comisión Internacional de Juristas afirmó que, durante los cuatro años anteriores, habían sido asesinados en la Argentina veintitrés jueces y abogados, cuarenta y uno habían desaparecido, ciento nueve estaban o habían sido detenidos y **muchos habían huido** (*The Times*, 18 de abril de 1978).

60. Feinmann, pp. 185 y 229.

61. Juan Pablo Franco y Fernando Álvarez, "Peronismo: antecedentes y gobierno", *Cuadernos de Antropología del Tercer Mundo*, n° 1 (junio 1972); y Franco, "Notas para una historia del peronismo", suplemento de *Envido*, n° 3 (junio 1971). Para una crítica de estos autores, véase Blas Manuel Alberti, *Peronismo, burocracia y burguesía nacional*, Ediciones Rancagua, Buenos Aires, 1974, pp. 41-90.

62. Franco y Álvarez, p. 94.

63. Eva Perón, en *La razón de mi vida*, Editorial Relevo, Buenos Aires, 1973, p. 36, declaraba que iba de puerta en puerta pidiendo ayuda. Los mitos se propagaron mediante libros como el de Juan José Sebreli, *Eva Perón: ¿aventurera o militante?*, Editorial Siglo Veinte, Buenos Aires, 1966. Para relatos de investigación sobre el acontecimiento, véase Luna, *El 45*, especialmente pp. 340-341; y Juan Carlos Torre, "La CGT y el 17 de octubre de 1945", *Todo es Historia*, n° 105 (febrero 1976), pp. 70-90.

64. *La razón de mi vida*, p. 154.

65. Eva Perón, *Historia del peronismo*, Editorial Freeland, Buenos Aires, 1971, pp. 36 y 79.

66. *La razón de mi vida*, pp. 113-114.

67. Eva Perón, citada en Barnes, p. 126.

68. Tim Rice, letra de la ópera-rock *Evita*, 1976.

69. Dardo Cabo, "La milicia peronista", *La Causa Peronista*, n° 4 (30 de julio de 1974), p. 29. Véase también, de Cabo, "La lucha interna en el movimiento peronista: 1945-1955", *Nuevo Hombre*, n° 8 (8-14 de septiembre de 1971), pp. 8-9.

70. Carta de Perón a los Montoneros citada en el *Buenos Aires Herald*, 22 de diciembre de 1971.

71. El otro país que dio hospitalidad a Perón durante su exilio de 1955-1973 fue Panamá. En 1956, conoció allí a su tercera esposa, María Estela Martínez (Isabel); tenía treinta y cinco años menos que él y trabajaba de bailarina en el club nocturno Happy Land Bar. Su gerente, Raúl Lastiri (presidente provisional de la Argentina en julio-octubre de 1973), era yerno de José López Rega, quien, a su vez, se convirtió más tarde en secretario particular de Perón en Madrid, en ministro de Bienestar Social (1973-1975) y en organizador del escuadrón de la muerte, la Triple A. La residencia de Perón en España duró desde enero de 1960 hasta junio de 1973, aun cuando en diciembre de 1964 hubo un intento de retorno a la Argentina, que sólo llegó hasta Río, y en noviembre-diciembre de 1972, una visita de regreso oficialmente tolerada.

72. Para un ejemplo de la apología montonera, véase Ignacio González Janzen, *Argentina: 20 años de luchas peronistas*, Ediciones de la Patria Grande, México, 1975, p. 48.

73. "La unidad de FAR y Montoneros", *El Descamisado*, n° 22 (16 de octubre de 1973), pp. 6-7.

74. "Córdoba: a cinco años del 29 de mayo, un montonero cuenta el Cordobazo", *El Peronista*, n° 6 (28 de mayo de 1974), pp. 26-29.

75. Sobre la CGTA, el PB y la militancia cordobesa, véase mi tesis de doctorado, "The Peronist Left", pp. 455-484.

76. Sobre los Uturuncos, véase Emilio Morales, *Uturunco y las guerrillas en la Argentina*, Editorial Sepe, Montevideo, 1964. Sobre el EGP, véase Jorge Ricardo Masetti, *Los que luchan y los que lloran*, Editorial Jorge Álvarez, Buenos Aires, 1969; Ricardo Rojo, *My Friend Che*, Grove Press, Nueva York, 1968; y Luis Merder Vega, *Las guerrillas en América Latina*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1969, pp. 117-120 y 153-164. Para la declaración del Destacamento de las FAP referente a su derrota en Taco Ralo, véase "Nuestros errores pueden servir de lección y ejemplo, pero no de negación de la única salida del pueblo ante la violencia gorila", *Con Todo*, n° 2 (diciembre 1968), p. 4.

77. Scobie, p. 304.

78. Snow, pp. 3-4. Cuando se llevó a cabo el censo de 1980, la población total ascendía a 27.862.771 habitantes, lo que significaba un 39,2% de aumento durante los veinte años anteriores. Véase *La Nación*, edición internacional, n° 1.050 (3 de noviembre de 1980).

79. Aun cuando los militares uruguayos no tomaron el poder hasta 1973, las libertades del pueblo habían sido reprimidas cada vez con

mayor dureza por los gobiernos civiles desde 1965, y a partir de 1968 se había recurrido a medidas de emergencia para aumentar el poder del presidente y de las fuerzas de seguridad. Para un examen comparativo, véase R. Gillespie, "A Critique of the Urban Guerrilla: Argentina, Uruguay and Brazil", *Conflict Quarterly*, New Brunswick (Canadá), nº 2 (otoño 1980), pp. 39-53.

80. CICOSO, pp. 131 y 196.

81. Snow, p. 5.

82. Lesseps y Traveler, p. 128.

83. Donald C. Hodges, ed., *Philosophy of the Urban Guerrilla: The Revolutionary Writings of Abraham Guillén*, William Morrow, Nueva York, 1973, pp. 237-239.

84. Abraham Guillén, *Teoría de la violencia*, Editorial Jancana, Buenos Aires, 1965, pp. 201 y 210.

85. *Philosophy*, pp. 238-239.

86. Los términos "terrorismo" y "terrorista" se refieren a los métodos y agentes inspiradores de terror, y, aunque a menudo se usan vagamente en los enfrentamientos políticos, no caracterizan adecuadamente a los Montoneros. El terror político se trata de: "El uso de la intimidación coercitiva por los movimientos revolucionarios, regímenes o individuos por motivos políticos"; "Los terroristas políticos siempre recurren al asesinato político con el fin de crear un estado de terror psíquico" (Paul Wilkinson, *Political Terrorism*, Macmillan, Londres, 1974, pp. 11-12). Los terroristas contrarios al Estado se proponen intimidar al pueblo y demostrar que el Estado es incapaz de garantizar la seguridad y el orden público. Cuanto más indiscriminada e imprevisible es su violencia, mayores son las probabilidades de que logren sus objetivos. Pero los que practican la guerra de guerrillas urbana —"una forma no convencional de combatir en las zonas urbanas y suburbanas con fines políticos" (*idem*, *Terrorism and the Liberal State*, Macmillan, Londres, 1977, p. 60)— buscan la conquista del poder del Estado mediante una estrategia político-militar que requiere considerable apoyo y colaboración pública. Por ello su violencia tiende a ser discriminada y previsible, aun cuando a menudo provoca una reacción menos discriminada. Mientras que los terroristas pueden considerar a los inocentes civiles como objetivos legítimos, los guerrilleros urbanos limitan generalmente sus ataques a los agentes del Estado (especialmente, personal militar y policiaco) y a enemigos políticos claramente definidos (con frecuencia relacionados de algún modo con el Estado o la violencia derechista). Los Montoneros y los

Tupamaros, puesto que sus actividades estaban más bien orientadas a captar a la gente corriente que a aterrorizarla, debieran considerarse como guerrilleros urbanos. Sin embargo, la guerra de guerrillas urbana y el terrorismo político no son siempre un fenómeno mutuamente exclusivo. El hecho de que los actos individuales de violencia deban calificarse o no de ejemplos de terrorismo depende en gran manera de circunstancias específicas, porque el terror es "un fenómeno subjetivo" (*Political Terrorism*, p. 11). Y el terrorismo puede ser empleado por los guerrilleros urbanos como un "arma auxiliar" (*ibid.*, p. 38), en especial cuando son débiles y están socialmente aislados. No obstante, debe señalarse que la violencia insurreccional guerrillera en la Argentina ha estado exenta de los actos de terrorismo al azar (bombas en lugares públicos concurridos) presenciados durante los últimos años por los europeos.

87. Guillén, *Teoría*, p. 240.

88. Carl von Clausewitz, *On War*, obra editada y traducida al inglés por Michael Howard y Peter Paret, Princeton University Press, Nueva Jersey, 1976, p. 358.

89. *Ibid.*, p. 357.

90. *Ibid.*

91. Hodges, ed., *Philosophy*, pp. 263-271.

92. "7 de septiembre"; y "La unidad de FAR y Montoneros".

93. *Buenos Aires Herald*, 6 de julio de 1970.

94. "7 de septiembre."

95. Sobre Sabino Navarro y su grupo, véase "José Sabino Navarro: un trabajador, un montonero, un peronista", *El Descamisado*, nº 12 (7 de agosto de 1973), p. 30; y "Montonero José Sabino Navarro. Volverás en brazos de tu pueblo", *La Causa Peronista*, nº 4 (30 de julio de 1974), pp. 9-11.

Capítulo 3

POR EL RETORNO DE PERÓN (1970-1973)

Ayer fue la resistencia,
hoy los Montoneros y FAR,
y mañana el pueblo entero
en la guerra popular.
Con el fusil en la mano
y Evita en el corazón,
Montoneros "Patria o muerte"
son soldados de Perón.'

Primeras operaciones y definiciones políticas

A las nueve en punto de la mañana del 29 de mayo de 1970, dos jóvenes de uniforme militar subieron al apartamento de un general retirado, en el piso octavo de un edificio de la calle Montevideo de Buenos Aires. El motivo de su visita era, le dijeron, ofrecerle una custodia. Por espacio de varios minutos sostuvieron una amable conversación, durante la cual tomaron una taza de café..., hasta que uno de los visitantes dijo de pronto: "Mi general, usted viene con nosotros". Si el general no hubiera creído que sus capturadores eran militares, seguramente se habría resistido, pues

era un personaje político muy importante: Pedro Eugenio Aramburu, uno de los líderes del golpe que depuso a Perón en 1955 y jefe del régimen militar de 1955-1958. No se habría ido con ellos tan tranquilo si hubiera adivinado que el "capitán" que estaba utilizando sus conocimientos adquiridos en la academia militar era Emilio Ángel Maza, que el "teniente primero" que lo acompañaba era Fernando Luis Abal Medina, y que ambos constituían la jefatura de una organización guerrillera urbana peronista llamada Montoneros.

Tres días después el general había dejado de existir, y la organización montonera hacía con ello una sensacional aparición en la escena política argentina. El Operativo Pindapoy, o el "Aramburazo"² —que de ambas maneras fue llamada la acción—, había requerido un cuidadoso planeamiento, intrepidez y sangre fría por parte de sus autores, pero había podido conducir, y casi lo hizo, al hundimiento de los Montoneros como resultado de su excesiva ambición, de su inexperiencia y de su espíritu aventurero. Por entonces la organización sólo se componía de doce personas, de las cuales diez se comprometieron en el comando Juan José Valle, que llevó a cabo la operación. La infraestructura del grupo era muy débil: tres o cuatro "casas seguras" en la ciudad de Córdoba; en Buenos Aires, una casa en Munro, compartida por Firmenich y Capuano Martínez, y otra en Villa Urquiza, alquilada por Abal Medina y Arrostito. No pudo contarse con una "cárcel del pueblo" de máxima seguridad para celebrar el "juicio revolucionario" de su víctima antes de su "ejecución", el 1º de junio. En vez de ello, Aramburu fue retenido en La Celma, un casco de estancia que la familia de Ramus poseía en Timote, en el sur de la provincia de Buenos Aires, y lo trasladaron allí en una pick-up Gladiator 380 inscrita a nombre de la madre del participante Carlos Gustavo Ramus. Fue en todos sentidos

una operación del tipo "todo o nada", mediante la cual los Montoneros esperaban lograr tres objetivos.

El primero de ellos consistía en dar a la organización el bautismo público proclamando la responsabilidad de una acción espectacular que tendría repercusiones en todo el país. El hecho de que se produjese el día del primer aniversario del "Cordobazo", mientras los militares celebraban el Día del Ejército, dio más fuerza al impacto y más relieve a la fecha. Una serie de cinco comunicados, escritos por Emilio Maza y Norma Arrostito, difundieron paso a paso la noticia del acontecimiento y presentaron a los Montoneros al público. "Nuestra Organización —anunciaron en el Comunicado nº 5— es una unión de hombres y mujeres profundamente argentinos y peronistas, dispuestos a pelear con las armas en la mano por la toma del Poder para Perón y para su Pueblo y la construcción de una Argentina Libre, Justa y Soberana". Los Montoneros anunciaban su adhesión a "la doctrina Justicialista, de inspiración cristiana y nacional". Cosa más bien extraña, la influencia católica estaba también presente en el comunicado que anunciaba la muerte de Aramburu. Terminaba con las palabras: "Que Dios Nuestro Señor se apiade de su alma".³

En segundo lugar, el Operativo Pindapoy tenía un propósito punitivo. Después de unos procedimientos judiciales simulados, destinados a establecer la legitimidad de la operación, Aramburu, como símbolo principal del antiperonismo, fue sometido a "la justicia revolucionaria" por sus ignominiosos actos del pasado (sobre todo, por haber expatriado el cadáver de Eva Perón en 1956 y por la responsabilidad de la ejecución ilegal de veintisiete peronistas en junio del mismo año). Para muchos, el asesinato de Aramburu fue brutal y vengativo, especialmente teniendo en cuenta el tiempo transcurrido entre los "crímenes" y el "castigo", pero los dos citados acontecimientos de 1956 ha-

bían quedado profundamente grabados en la memoria de los peronistas, por lo que los sectores más combativos lo consideraron un acto justiciero. Antes de su prematura muerte, Evita se había ganado el afecto de millones de ciudadanos, y el propio Perón dijo de quienes habían "secuestrado" el cadáver: "De esas víboras no debe quedar una viva".⁴ Poco después de la desaparición del cuerpo, las represalias de Aramburu contra un pequeño grupo de militares y civiles peronistas rebeldes ilustró el encarnizamiento del conflicto peronista-antiperonista. La revuelta acaudillada por el general Juan José Valle fue poco más que un simulacro de levantamiento; sólo obtuvo un éxito momentáneo en La Plata, y fue sofocado en veinticuatro horas por un régimen que conocía previamente los planes del golpe. Lo que enfureció a los peronistas no fue tanto la pérdida de siete insurgentes durante la breve lucha, como el fusilamiento, entre los días 10 y 12 de junio, de dieciocho militares y nueve civiles que se habían rendido suponiendo que se les respetaría la vida. En algunos casos se aplicaba la ley marcial retrospectivamente; en otros las sentencias iniciales de detención eran anuladas por el régimen en favor de una ejecución inmediata.⁵ Catorce años después, no fueron las víctimas de Aramburu las que retornaron de la muerte para darle caza, como Valle le había prometido en una carta que le dirigió, pero sin duda alguna el comando montonero que llevaba el nombre de Valle consideró que vengaba la muerte de unos patriotas.

Por paradójico que pueda parecer, la tercera razón que había detrás del "Aramburazo" fue la de que Aramburu había empezado a conspirar contra el régimen de Onganía. Desde 1969, consciente de la alarmante inquietud social, había estado haciendo lo posible para deponer a Onganía y dar a la Argentina una solución electoral cuasi liberal. Aunque no llegó a articular el plan por completo, éste giraba en

torno de la idea de atraer a los líderes peronistas más conciliadores, tales como Jorge Daniel Paladino, hacia una amplia alianza política en un esfuerzo por superar el largo antagonismo entre peronistas y antiperonistas. Dividiendo el Movimiento Peronista y ofreciendo cargos a sus "moderados" en un nuevo orden civil, se negaría al ala revolucionaria la protección y ayuda que recibía del movimiento nacional pluriclasista; aislados, los revolucionarios podrían ser aniquilados militarmente. A grandes rasgos, el plan perfilaba el Gran Acuerdo Nacional (GAN) del general Lanusse de 1971-1973, aun cuando este último daba gran importancia a la necesidad de que Perón regresara para que pudiese desautorizar las "formaciones especiales" de los "Jóvenes Turcos". En lo tocante a los Montoneros, tales planes eran mucho más peligrosos que la empresa cuasi corporativista de Onganía y la proscripción del peronismo. Los razonamientos de los Montoneros eran poco más o menos éstos: el peronismo es el movimiento revolucionario del pueblo argentino; como tal, no puede acomodarse dentro de ningún régimen liberal cuasi democrático; cualquier intento de integración dirigido a los peronistas conciliadores estaría principalmente motivado por el deseo de destruir el peronismo como fuerza revolucionaria; al mismo tiempo, los militares nunca permitirían que se celebrasen unas elecciones libres, porque el Movimiento Peronista no sólo las ganaría, sino que procedería a asaltar los bastiones del privilegio; por ello, el peronismo seguiría una inequívoca estrategia revolucionaria, dirigida hacia la toma violenta del poder; los sectores conciliadores serían atacados, lo mismo que los incitadores de su postura desde fuera; de otro modo, aunque el peronismo de base no sucumbiría nunca a sus "engatusamientos", éstos podrían desorientarlo por algún tiempo y dividirlo con sus maniobras reformistas.

Los Montoneros habían conseguido un éxito parcial en cada uno de sus objetivos. El "Aramburazo" ciertamente dio a conocer a los Montoneros y su nombre empezó a resonar. Por otra parte, aun cuando sus autores lo calificaron más tarde de "primera hazaña militar llevada a cabo por una organización revolucionaria que implicaba por sí misma una definición política",⁶ tal definición se perdió para la opinión pública "liberal". Amigos de Aramburu, tales como Próspero Fernández Alvaríño (alias *Capitán Gandhi*), dieron a entender que los Montoneros eran simples cabezas de turco de un crimen perpetrado por el régimen de Onganía, o insinuaron que los guerrilleros estaban aliados con los Servicios de Seguridad.⁷ En apoyo de la primera de estas tesis, los apologistas del desaparecido "soldado de la libertad" recordaron al público que los secuestradores vestían uniforme militar, que después, cuando la policía acorraló a algunos montoneros sospechosos, nada se había intentado para detenerles vivos, y que la viuda de Aramburu sostuvo no reconocer los cadáveres de los secuestradores de su marido cuando los hubieron muerto a tiros. Los partidarios de la segunda de tales tesis basaban su postura en las informaciones aparecidas en *La Vanguardia*, según las cuales Mario Firmenich había visitado veintidós veces el Ministerio del Interior durante los meses de abril y mayo de 1970.⁸ Ambas interpretaciones se basaban en pruebas muy cuestionables y, sobre todo, en anticuadas apreciaciones biográficas de los Montoneros. El detallado relato del Operativo Pindapoy, que incluía la descripción de los efectos personales de Aramburu y que después publicó la organización,⁹ demostró que los Montoneros no eran cabezas de turco. Además, ambas interpretaciones adolecían de una caracterización política errónea de los Montoneros, que pronto adquiriría la categoría de mito. Se suponía que Abal Medina, Ramus, Firmenich y Maza seguían siendo los cató-

licos de derecha que habían sido anteriormente, en los años sesenta, y que por lo tanto eran simpatizantes de Onganía. Los liberales subestimaban el dinamismo de la radicalización católica de los últimos años sesenta y no podían comprender que tantos jóvenes asiduos de la misa pudieran haber optado por la lucha armada. Así el "Aramburazo" dio a los Montoneros un nombre que se hizo familiar para todo el mundo y fue bien acogido por los peronistas, pero no aclaró por completo la identidad política de la organización.

El segundo objetivo, el de someter a Aramburu a la "justicia revolucionaria", se logró, pero su impacto potencial no llegó a su máxima expresión debido a las restricciones de la libertad de prensa. Previendo ese problema, los Montoneros grabaron en cinta magnetofónica el "juicio", pero más tarde, durante las represivas consecuencias del "Aramburazo", quemaron las cintas como medida de seguridad. De acuerdo con su propia referencia de los hechos, las cintas habrían probado que Aramburu se reconocía responsable de haber "legalizado" los fusilamientos de 1956, la represión del Movimiento Peronista y la desaparición del cadáver de Evita, al tiempo que se declaraba inocente de otros cargos. Según se comentaba, Aramburu, al ser interrogado, dijo, sin revelar detalles, que el cadáver de Evita se hallaba en un cementerio de Roma;¹⁰ entonces, los Montoneros intentaron trocar los restos de su víctima por el de su "Abanderada de los Trabajadores", hasta que el descubrimiento del cadáver del general, el 16 de julio, desbarató sus planes. Fue encontrado en la estancia, enterrado en un sótano, antiguo almacén de las armas robadas en el Tiro Federal de Córdoba en febrero de 1969.

Finalmente, los Montoneros consiguieron cierto grado de éxito en la busca de su tercer objetivo. Onganía, contra quien se alzaban con creciente estridencia las voces de los

militares desde el "Cordobazo", fue depuesto por los altos mandos militares sólo diez días después de que el "Aramburazo" sacudiera a la Argentina. Su sustituto, el general Roberto Levingston, ex jefe del Servicio de Información del Ejército, pronto perdería, a su vez, la confianza de los oficiales más lúcidos. La ambición de Levingston, de prolongar la "revolución argentina" durante otros tres o cuatro años, unida al hecho de que sólo estaba dispuesto a consultar "corrientes de opinión", en vez de volver a legalizar los partidos y avenirse a un arreglo con Perón y con Balbín, líder de la UCR, pasó por alto la amenazadora realidad de la amplia hostilidad pública hacia los militares y el creciente fraccionalismo militar. El plan de Aramburu de una retirada militar y de la celebración de elecciones para aislar a las guerrillas no se logró cumplidamente hasta la sustitución de Levingston por el general Alejandro Lanusse en marzo de 1971. Los partidos políticos volvieron a ponerse legalmente en funcionamiento al cabo de un mes. Los Montoneros, pues, habían ayudado a desestabilizar al régimen militar, pero con su primer acto público sólo aplazaron los intentos de darle una alternativa civil reformista.

Mientras 22.000 hombres se dedicaban a la busca del cadáver de Aramburu y de sus secuestradores, los Montoneros se creyeron obligados a dar un segundo golpe espectacular, para demostrar que podían desafiar constantemente al régimen. Así pues, el 1º de julio cuatro unidades montoneras mandadas por Emilio Maza ocuparon la población cordobesa de La Calera, situada a diecisiete kilómetros de la capital provincial. La elección de un lugar cercano a la base del Regimiento de Infantería Aerotransportada de Córdoba, cuyo personal era incapaz de reaccionar con suficiente rapidez, fue deliberadamente calculada para minar la moral del enemigo. Unos veinticinco combatientes de los comandos Eva Perón, Comandante Uturunco, General José

de San Martín y 29 de Mayo, que llevaban brazales distintivos de los Montoneros y que se mantenían en contacto mediante radiotransmisores portátiles, se apoderaron del banco local, de la comisaría de policía y del ayuntamiento después de haber destruido los equipos de comunicaciones de las oficinas de telégrafos y correos. Un policía llamado Argüello, que había sido herido en un anterior (y anónimo) asalto montonero al mismo banco, volvió a recibir un balazo por no cooperar. Fueron sustraídos 26.000 dólares al banco. Las armas perdidas en el curso del anterior atraco al mismo fueron recuperadas de la comisaría, en la que los ~~policías fueron encarcelados y obligados a cantar la marcha peronista~~ mientras los guerrilleros se daban a la fuga con su emisora de radio. Simultáneamente otros montoneros pintaban "Montoneros" y "Perón o muerte" en el edificio municipal, mientras una cuarta unidad intentaba despertar, sin éxito, a los habitantes del lugar con la *marcha peronista* grabada en cinta magnetofónica.¹¹

Inspirada en la ocupación de Pando, en 1969, por los Tupamaros uruguayos, esa primera operación militar importante de la guerrilla urbana argentina fue bien planeada y perfectamente sincronizada, pero, como en la acción prototípica, la retirada resultó mal. Los incursores dejaron La Calera en un convoy de coches, esparciendo clavos ("miguelitos") detrás de ellos en la carretera, para evitar que los persiguiera la policía. Otros automovilistas abrían paso a medida que se acercaba la cabalgata, porque delante iba Capuano Martínez conduciendo un coche, remedo de los de la policía, con la sirena ululando sin parar. Pero la suerte abandonó a los Montoneros. Mientras el convoy se dispersaba en las afueras de Córdoba, uno de los coches se averió, y Luis Losada y José Fierro fueron capturados por la policía; el primero de ellos, herido. Gracias a la información que presumiblemente se les extrajo, la policía se dirigió a

una casa de un barrio de Córdoba llamado Los Naranjos, donde los Montoneros sufrieron sus primeras bajas. Después de un tiroteo en el que Maza fue mortalmente herido e Ignacio Vélez lesionado de gravedad en la columna vertebral, una docena de personas, entre ellas el doctor Raúl Héctor Guzzo Conte Grande, resultaron detenidas. Varios de éstos eran estudiantes de la Universidad Católica de la ciudad, y otros, como Vélez, pertenecían a importantes familias cordobesas.

Esa vez la simpatía pública por los Montoneros se hizo evidente. Tres mil personas asistieron al entierro de Maza y se hicieron colectas en fábricas y universidades, y también en los poblados de barracas, para los montoneros torturados en la cárcel. Sin embargo, las pérdidas fueron tremendas: aparte del "comandante" Maza, los Montoneros perdieron armamentos, bases, una lista de contactos de 167 nombres, que se encontró en la casa de Vélez, y buena parte de su seguridad organizativa. Después de aquel episodio, la policía tuvo conocimiento de que los guerrilleros intentaban establecer una tercera red en Santa Fe, y pudo hacerse una mejor idea de la estructura celular de la organización. Se les asestó otro golpe el 9 de julio, cuando el montonero Carlos Maguid, fotógrafo y operador de televisión, fue detenido por la policía. Su cuñada, la maestra Norma Arrostito, y los restantes autores del "Aramburazo"—Firmenich, Abal Medina, Ramus y Capuano Martínez—fueron entonces identificados y perseguidos por las fuerzas de seguridad.

Los Montoneros estuvieron a punto de ser aniquilados en julio-agosto de 1970. Los miembros cordobeses que consiguieron evitar la captura después de los hechos de La Calera se dispersaron por todo el país, y cuatro detenciones en Santa Fe, el 19 de julio, paralizaron los esfuerzos para organizar un grupo en aquel lugar. Después de un atraco

de 73.000 dólares a un banco de Laguna Larga (Córdoba), llevado a cabo por cuatro guerrilleros que, según dijeron, vengaban de aquel modo la muerte de Maza, los Montoneros quedaron casi reducidos a la nada durante aquellos dos meses, con la muerte y la destrucción siempre al acecho. Les salvó de la extinción, ante todo, la ayuda y protección que les prestó la organización guerrillera urbana peronista, las FAP, creada dos años antes. Durante dos meses, mientras la policía "peinaba" todo el país y se informaba que los fugitivos habían sido localizados en Salta, en la región casi desértica situada entre San Rafael y la frontera chilena, y en otros remotos lugares, las principales figuras montoneras permanecieron escondidas en un par de casas de Buenos Aires prestadas por las FAP. Las operaciones se reanudaron el 1º de septiembre, cuando Abal Medina, Ramus y otros sustrajeron de la sucursal del Banco de Galicia y Buenos Aires de Ramos Mejía la suma de casi 36.000 dólares, pero el 7 del mismo mes la organización sufrió nuevos descabros. Ese día, designado después como "Día del Montonero", cinco de los principales miembros celebraron una reunión, por unas razones que escapan al sentido común, en la pizzería La Rueda, en William Morris, población de la provincia de Buenos Aires. Su servicio de seguridad, sólo compuesto por Ramus, apostado en un coche en el exterior, no pudo evitar que los guerrilleros fueran rápidamente atrapados después de que el dueño del establecimiento denunciara su presencia a la policía. Abal Medina y Ramus, compañeros desde hacía casi diez años, murieron juntos en el tiroteo resultante, durante el cual fueron heridos tres cabos de la policía. Luis Rodeiro, que no iba armado, fue detenido, pero Sabino Navarro y un quinto guerrillero consiguieron escapar después de quedarse sin municiones.¹²

Por no haberse tomado las medidas de seguridad más elementales, la organización quedó desprovista de sus pri-

meros jefes y casi todos sus secretos fueron descubiertos. Después del tiroteo de William Morris, los documentos encontrados en los coches de los Montoneros proporcionaron a la policía, entre otras cosas, los apodos de los luchadores. Sin embargo, la supervivencia de los Montoneros se vio entonces favorecida por el aumento del apoyo popular, procedente en particular del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, de amplios sectores del peronismo y de grupos juveniles. El cardenal Caggiano, primado católico, no se conmovió en absoluto por la carta que le dirigieron los Montoneros justificando el "Aramburazo" como "un acto de alta justicia revolucionaria",¹³ pero a no tardar un gran número de párrocos y católicos seculares achacaría tal acto de violencia al régimen y a las injusticias sociales, en vez de culpar a sus autores. Después de tres años de separación, el padre Carlos Mugica hizo una defensa de los guerrilleros católicos; ofició en el funeral de Ramus y de Abal Medina, refiriéndose a los muertos como "un ejemplo para la juventud". El padre Hernán Benítez, peronista más conservador, también se arriesgó a la exclaustación, en el mismo acto, declarando que ambos habían sido "asesinados por una nación que no llegó a comprenderles [...] Gracias, Señor, por estos dos jóvenes. No escogieron un camino fácil".¹⁴ Importantes nacionalistas y peronistas, entre ellos Arturo Jauretche y Miguel Gazzera, presentaron sus respetos en el funeral. Perón envió una corona, y centenares de jóvenes, muchos de ellos militantes de Acción Católica que consideraban mártires a Maza, Abal Medina y Ramus, asistieron a la ceremonia. Benítez fue luego acusado de haber proporcionado la sotana que vestía Maguid durante el secuestro de Aramburu, y el padre Alberto Carbone fue a la cárcel como propietario de la máquina de escribir con que se mecanografiaron los comunicados montoneros.

La identidad peronista de los Montoneros también les valió una protección y una ayuda que necesitaban en gran manera. A diferencia de las organizaciones de la guerrilla guevarista, contaron desde el principio con un valioso apoyo externo, especialmente de los grupos de jóvenes peronistas. Ello demostró al régimen que eliminar la "subversión" requería algo más que la erradicación de algunos "terroristas". La muerte de Ramus y de Abal Medina provocó la primera manifestación promontoneros, llevada a cabo por mil jóvenes en el poblado de barracas de Barrio Casas el 14 de septiembre, y el 7 del mismo mes pasó a formar parte del calendario de la izquierda peronista como fecha en que se celebrarían manifestaciones anuales en recuerdo de aquellos dos destacados guerrilleros. Ramón Cesaris, de dieciocho años, graduado del Colegio Nacional de Buenos Aires como Abal Medina, Ramus y Firmenich,¹⁵ se convirtió en un mártir de la Juventud Peronista cuando le dispararon una granada de gases lacrimógenos a pocos metros del rostro durante el homenaje de 1972. Aquella muerte inspiró al presidente Lanusse el comentario de que "sepan estos jovencitos, desde hoy, que las armas no las tenemos de adorno".¹⁶

Durante el último trimestre de 1970, los Montoneros consiguieron pequeñas sumas mediante incursiones en el Jockey Club de Córdoba, en una estación de ferrocarril cordobesa y en la oficina central de correos de la misma ciudad; se apoderaron de armas y del equipo de comunicaciones del puesto de vigilancia del Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI) de Córdoba, y de documentos en un registro civil de Bella Vista; pusieron una bomba en casa del general Osiris Villegas, embajador en Brasil, y asaltaron un puesto de guardia de la residencia presidencial, en Olivos, que causó una víctima. Aquellas operaciones, en cada una de las cuales sólo tomó parte un puñado

de activistas, mantuvieron a los Montoneros a la luz pública, pero durante el mismo año el reclutamiento de nuevos miembros hizo poco más que compensar sus propias bajas: a fines de 1970,¹⁷ la organización no pasaba de veinte militantes. Sin embargo, no había la menor duda de que los Montoneros habían establecido su presencia pública. Si bien las FAP fueron, con mucho, el grupo guerrillero urbano peronista más activo del año, los Montoneros, mediante el "Aramburazo" y la ocupación de La Calera, habían obtenido más publicidad, antes de aprovechar el refugio ofrecido por las propias FAP. Habían demostrado una gran osadía en el planeamiento de sus operaciones y, hasta cierto punto, captado la imaginación popular mediante sus hazañas más espectaculares.

Si los últimos meses de 1970 resultaron, militarmente, más bien estériles para la organización, no lo fueron en lo político. Los Montoneros dedicaron muchas horas a buscar apoyo político mediante la redacción de documentos y la concesión de entrevistas encaminadas a propagar sus ideas. En un documento publicado a fines de 1970 en la revista católica radical *Cristianismo y Revolución*,¹⁸ se presentaban a sí mismos como "parte de la síntesis final de un proceso histórico con ciento sesenta años de historia". Su revisionismo presentaba la historia de la Argentina en términos de un constante conflicto entre dos importantes corrientes políticas: "Por un lado, la de la oligarquía liberal, claramente antinacional y vendepatria; por el otro, la del pueblo, identificada con la defensa de sus intereses, que son los intereses de la nación contra los ataques imperialistas de cada situación histórica". En otro tiempo, la corriente nacionalpopular había estado presente en "las luchas del ejército sanmartiniano y de las montoneras gauchas del siglo pasado, en las heroicas luchas de los inmigrantes que dieron su vida por la formación de nuestros

sindicatos y en el sindicalismo yrigoyenista". Más recientemente, la corriente había sido representada por el peronismo, "la única expresión de unidad nacional en ciento sesenta años". Su empresa libertadora fue interrumpida en 1955 porque "el poder era compartido por los enemigos del pueblo y los traidores. Pero aquella contrarrevolución purificó nuestras filas, dejando compuesto el Movimiento casi exclusivamente por fuerzas populares". Había cierta verdad en ello. Desde 1955 el peronismo, en efecto, se había convertido en una fuerza más plebeya, desprendiéndose de algunos de sus elementos burgueses oportunistas y dotándose de estructuras que arraigaron firmemente en el movimiento obrero. Pero los Montoneros no previeron que muchos de los que habían abandonado el destartado carro peronista en los años cincuenta volverían a subirse a él cuando estuvo cerca el éxito electoral peronista de 1973, y fueron, además, bien recibidos por Perón como contrapeso a las presiones de la clase obrera y de la izquierda.

La simplicidad del esquema montonero y, especialmente, su atractivo dicotómico, facilitaban su asimilación popular, pero su superficialidad no tardaría en convertirse en un riesgo. Al hacer un balance de los movimientos nacionalistas argentinos, el análisis subestimaba sus limitaciones y valoraba en exceso su antagonismo con la estructura agroexportadora liberal tradicional del país. En realidad, ni el yrigoyenismo ni el peronismo habían atacado el poder de la burguesía terrateniente. En vez de ello, mejoraron la situación de las clases populares dentro del orden social establecido, y tampoco se mostraron dispuestos a movilizar o armar al pueblo cuando fue amenazado por los golpes militares de 1930 y 1955. La reivindicación de tales movimientos por los Montoneros demostraba que, para ellos, los conflictos entre las clases eran de importancia secundaria en comparación con las luchas nacionalistas contra la do-

minación y la influencia extranjeras. En términos prácticos, su apreciación de la historia los llevó a suponer que el peronismo podría lanzarse a la realización de proyectos de "liberación nacional" cuando hubiera recuperado el poder; los dejó totalmente desprevenidos para el estallido del conflicto interno del Movimiento Peronista, que alcanzaría su momento culminante después de 1973.

Es interesante observar aquí que ninguna diferenciación política, ideológica o de clase apareció en la hagiografía peronista de los Montoneros: al elogiar a Eva Perón, los comandos de la resistencia de los últimos años cincuenta, el general Valle, las guerrillas rurales uturuncas de 1959-1960 y el Movimiento Revolucionario Peronista de 1964, los Montoneros no hicieron distingo alguno entre los sectores que luchaban meramente por el retorno de Perón al poder y los que buscaban una transformación socialista de la sociedad. Se identificaron con "todos los argentinos que luchan [...] porque creemos que en todos ellos alienta el espíritu montonero". Había un culto a la acción implícito en la visión montonera de que el peronismo se componía históricamente de dos tendencias, burocrática la una y revolucionaria la otra; y de que lo que las distinguía eran los métodos que utilizaban. Los revolucionarios eran los que habían luchado empleando procedimientos guerrilleros, rebeliones militares, movilizaciones de masas y el arma de la huelga, aun cuando no hubieran oído hablar nunca de "socialismo nacional". En cambio, los burócratas formaban parte, "objetivamente", del campo enemigo, precisamente porque se abstendían de tales métodos en favor del pactismo y del electoralismo. Ésa era la visión montonera del alineamiento de las fuerzas contendientes, una visión sólo inteligible para quien tuviera en cuenta dos factores: en primer lugar, los métodos legales y constitucionales usados por los peronistas no habían tenido mucho éxito desde

1955, mientras que la acción directa parecía ser el único medio de superar el estancamiento peronista-antiperonista de los años sesenta; y en segundo lugar, el hecho de que los Montoneros consideraban que el proceso revolucionario pasaría primero por una etapa de "liberación nacional" en que todos los peronistas, excepto algunos "traidores", tenían un papel que desempeñar.

El primer documento de los Montoneros también ilustraba a sus lectores respecto de cómo concebía la lucha armada. Después de justificar la violencia revolucionaria como una respuesta a la violencia institucional, los Montoneros afirmaban que su ambición era "convertirse, junto con las FAP y otras organizaciones fraternas, en el Brazo Armado del pueblo. Esto implica el ser la vanguardia político-militar de una base popular lo más amplia posible". Confiaban más en el estallido de una "guerra popular" que en una mera confrontación entre elementos militares, e insistían en que "nuestra lucha y la lucha de las masas deben ir juntas, alimentándose mutuamente y fortaleciéndose una a otra"¹⁹. Sin embargo, aun cuando los Montoneros aspiraban a formar parte de una estrategia "integral" que comprendiera las actividades políticas, sindicales y estudiantiles, así como el elemento armado, les complacía claramente promover ellos mismos el aspecto guerrillero y dejar las actividades complementarias restantes a los otros sectores del Movimiento. Esto significa que la posibilidad de una estrategia tendiente al establecimiento de un socialismo "nacional" dependía de que Perón y el resto del Movimiento fueran tan revolucionarios y progresistas como, equivocadamente, creían los Montoneros.

Con todo, el imperfecto análisis que los Montoneros hacían del peronismo y las ilusiones que habían puesto en Perón no debieran ocultar el hecho de que ellos eran, desde el comienzo, evidentemente más radicales que los principa-

les peronistas. En una entrevista concedida a principios de 1971²⁰, los guerrilleros dejaron bien claro que el objetivo de su proyecto era "la destrucción del Estado capitalista y de su Ejército, como previos a la toma del poder por el pueblo". Concomitantemente, rechazaban la "Tercera Posición" de Perón, de equidistancia de los Estados Unidos y del "imperialismo" soviético, interpretando tal concepto como "una forma de vinculación solidaria activa con los pueblos latinoamericanos, asiáticos y africanos, los del llamado Tercer Mundo, explotados por el colonialismo y el imperialismo". Ello demostraba una vez más la tendencia de los Montoneros a subordinar la lucha de clases a las luchas populares nacionales. Tal postura atraía a un creciente número de jóvenes de la clase media baja que no querían confiar sus intereses a un liderazgo de la clase obrera, pero no tenía mucho atractivo para los trabajadores industriales. Una pequeña minoría de éstos, principalmente en Córdoba, rechazaron la actitud de los Montoneros desde un punto de vista más revolucionario, mientras que la mayoría "económico" consideraba que las estrategias armadas eran ajenas a sus experiencias, luchas y necesidades. En su mayor parte, no respondían al ejemplo montonero de tomar las armas, y en vez de ello confiaban en sus sindicatos para la mejora de sus condiciones de vida. Los Montoneros pedían demasiado a esos obreros y les ofrecían demasiado poco. A la vez que no les brindaban mayores beneficios materiales que el peronismo ortodoxo en la etapa montonera de "liberación nacional", los Montoneros recurrían totalmente a los trabajadores para subordinar sus medios tradicionales de lucha, ampliamente probados, a unas nuevas estrategias político-militares inéditas. Más que pedir a las masas que sólo colaborasen con las unidades guerrilleras, las incitaban a adoptar "las formas organizativas y los métodos de lucha propios de una organización armada" como primer

paso hacia la "incorporación paulatina y organizada del pueblo a las organizaciones armadas" y su transformación en un ejército popular.²¹ José Sabino Navarro, José Enrique Carral y Jorge Gustavo Rossi no eran, en modo alguno, trabajadores típicos al responder al llamado a las armas.

Relaciones con Perón y otras organizaciones guerrilleras

Al impulsar las actividades de los Montoneros desde su exilio de Madrid, Perón descartaba, con razón, la posibilidad de que los trabajadores se unieran en masa a las filas de los guerrilleros. Manipulaba sus "formaciones especiales" con la máxima habilidad y, aunque la mitología predominante sostuviera que los Montoneros estaban especulando sobre la cercana muerte de un envejecido líder popular con la esperanza de heredar la jefatura de su Movimiento, no hay pruebas de que la manipulación se intentara en sentido inverso. El apoyo montonero de Perón y la fe en sus declaraciones cuasi revolucionarias eran genuinos; se basaban en la convicción de que se había convertido sinceramente a una forma nacional de socialismo. La visión errónea que tenían los guerrilleros de las verdaderas diferencias estratégicas y políticas existentes entre ellos y el líder peronista se hizo visible especialmente después de noviembre de 1970. Aquel mes Perón patrocinó la "Hora del Pueblo", una declaración colectiva pidiendo la celebración de elecciones firmada por el Partido Radical de Balbín, el Partido Conservador Popular, el Partido Demócrata-Progresista, el Partido Socialista Argentino²² y los radicales "bloquistas" de San Juan, además de los peronistas. El grupo hizo después una serie de declaraciones públicas sobre la política que pensaba seguir —una política de naturaleza nacional-reformista moderada—, la cual se anticipaba, en

muchos aspectos, al programa del Frente Justicialista de Liberación (FREJULI), de mayoría peronista, creado en diciembre de 1972 para participar en las elecciones de marzo de 1973.²³ Pero lejos de advertir que la actitud y el proceder de Perón eran de clásico estilo reformista, los Montoneros consiguieron encontrar una razón revolucionaria a su comportamiento.

Para los Montoneros, la "Hora del Pueblo" era sólo una treta de su astuto líder con miras a una "maniobra táctica destinada a mantener al régimen en la mesa de negociaciones mientras el Movimiento profundiza sus niveles organizativos y sus métodos de lucha para emprender las próximas etapas de la guerra".²⁴ Atacaron a Paladino, el delegado de Perón encargado de la iniciativa, por confundir la estrategia con la táctica, pero el desarrollo de los acontecimientos revelaría que eran los Montoneros quienes habían confundido la estrategia de Perón con su táctica y viceversa. Algunas dudas de poca importancia que los guerrilleros tenían sobre el trato entre los partidos políticos fueron rápidamente disipadas tras un intercambio epistolar con Perón. En una carta de febrero de 1971, entregada por el líder obrero radical Raimundo Ongaro, calificaban el pacto de "tácticamente correcto", pero mostraban recelos respecto del modo en que "se utiliza la opción revolucionaria armada, es decir, nosotros, como factor de presión para reforzar el golpe táctico, o sea las elecciones", añadiendo que la continuación de tal estado de cosas era una "absoluta imposibilidad". Los Montoneros no se dieron cuenta de que el electoralismo de Perón era estratégico, y se mostraron completamente satisfechos con la respuesta de él, según la cual se decía "completamente de acuerdo" con ellos. "Sobre la opción electoral —escribió—, yo tampoco creo."²⁵

Durante aquellos años Perón no criticó ni una sola operación montonera, y en noviembre de 1971 pareció que,

en efecto, reafirmaba la perspectiva revolucionaria al destituir a Paladino y nombrar a Héctor Cámpora para sustituirlo como delegado. En realidad, su comportamiento no tenía el significado que hubiera podido suponerse. Paladino había caído en desgracia por haber perdido de vista la estrategia "integral" de Perón y porque seguía la trayectoria electoral sin reforzarla simultáneamente impulsando la actividad armada, sindical y de masas; había degradado a los que no estaban de acuerdo con él y pasado demasiado tiempo haciendo planes con no peronistas. Pero aun cuando Cámpora estaba dispuesto a trabajar con el ala revolucionaria del Movimiento y a considerar a los guerrilleros "tan respetables como los que estamos en el camino de las ideas y de la persuasión"²⁶, su nombramiento no había significado un "giro hacia la izquierda" por parte de Perón. Todo lo que éste intentaba demostrar al régimen militar era esto: "Si las elecciones no tienen efecto, estamos preparados para algo más. Estamos preparados para otras cosas además de para votar".²⁷ Quizá la izquierda peronista hubiera debido dar más importancia al nombramiento que Perón hizo, el mismo mes, del teniente coronel Jorge Osinde, ex jefe de seguridad del Servido de Información del Ejército durante el gobierno peronista anterior a 1955, como su consejero militar y político: dos años después, Osinde dirigiría la infame carnicería en Ezeiza contra la izquierda peronista.

Entretanto, los Montoneros se habían estado reorganizando después de su descalabro de La Calera. José Sabino Navarro tomó posesión de la jefatura de la organización después de la muerte de Abal Medina y Ramus. Se trasladó a Córdoba y trabajó diecisiete horas diarias para reconstruir allí la red montonera, además de viajar a menudo como enlace nacional. A expensas de la vida familiar de Sabino Navarro, el esqueleto montonero empezaba a tomar cuerpo y se transformó en una organización nacional. Un

puñado de militantes obreros peronistas, tales como el ferroviario José Enrique Carral y el activista de Juventud Obrera Católica Jorge Gustavo Rossi, que habían perdido sus empleos debido a sus actividades sindicales, fueron reclutados en 1971. No obstante, en lo que respecta al crecimiento a largo plazo de la organización, resultó mucho más importante el fortalecimiento de los vínculos con las otras "formaciones especiales peronistas" y la promoción por los Montoneros de un movimiento unitario de juventudes peronistas.

En 1971, el otrora trotskista y en aquel momento guevarista Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) era la organización guerrillera urbana más activa militarmente;²⁸ pero otras cuatro organizaciones, que serían las que acabarían por convertir a los Montoneros en la más poderosa de todas, estaban emprendiendo un proceso decisivo hacia la unificación. Aparte de los Montoneros, los implicados eran las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y los Descamisados, de menor importancia. En 1968, las FAP habían sido creadas para la guerra de guerrillas rural y urbana, e incluían a militantes peronistas experimentados, como Envar El Kadri y Carlos Caride (fundadores en abril de 1958 de la primera Juventud Peronista), así como a los ex seminaristas católicos radicales Arturo Ferré Gadea y Gerardo Ferrari. Sin embargo, sus ambiciones en el ámbito rural fueron desbaratadas en septiembre de 1968 cuando, exactamente trece días después de haber empezado su adiestramiento, trece guerrilleros inexpertos fueron capturados en La Cañada, cerca de Taco Ralo, en la provincia de Tucumán. A pesar de aquellas pérdidas, seguidas de la detención y encarcelamiento de Caride en abril de 1969 después de un tiroteo, las FAP consiguieron reorganizarse para la lucha urbana y llevar a cabo una campaña sostenida en 1970. Ese año, cierto nú-

mero de compañeros de aquellos guerrilleros ayudaron a veteranos sindicalistas que habían desempeñado papeles importantes en la CGT de los Argentinos a crear una organización peronista revolucionaria, el Peronismo de Base (PB), para actuar a nivel de fábricas. Las FAP se convirtieron entonces en la principal "formación especial" peronista por algún tiempo, pero no pudieron mantener su posición preeminente a causa de las mutiladoras escisiones entre movimientistas y alternativistas, de varias importantes bajas en 1971 y del hecho de que sus líderes, El Kadri, Caride y Verdinelli, permanecieron encarcelados hasta 1973.

La historia de las FAR fue radicalmente distinta: su origen se remontaba a 1966, cuando unas cuantas personas se unieron con la esperanza de convertirse en el apéndice argentino del "foco" boliviano de Guevara. La muerte del Che y el derrumbamiento, en octubre de 1967, del proyecto boliviano condujo a las FAR, con el mando del empleado de la empresa Gillette Carlos Enrique Olmedo, a iniciar una guerra urbana en 1969. Al intentar salir de su aislamiento social y político, el giro hacia la lucha urbana fue acompañado de la peronización de las FAR, proceso que se consolidaría finalmente en 1971. La más notable de sus primeras acciones fue la ocupación, en julio de 1970, de la pequeña población de Garín, distante cuarenta kilómetros de Buenos Aires. Siguió siendo una espina clavada en la carne del régimen militar, pero sólo después de experimentar serios trastornos. Raquel Liliana Gelín fue la primera mujer argentina que murió combatiendo, y varios otros miembros de las FAR fueron capturados después del atraco a un banco en Córdoba a finales de 1970. Luego, en julio del año siguiente, Marcelo Aburnio Verd y su esposa fueron detenidos por las fuerzas de seguridad y obligados a declarar bajo tortura antes de ser asesinados. La información extraída a Verd, de quien la policía dijo que era el ce-

rebro del movimiento guerrillero argentino, condujo, días después, al secuestro ilegal y al asesinato del jefe de Ventas de Gillette, Juan Pablo Maestre (algunas horas después de que agentes de la Seguridad Federal hubieran llamado a la empresa para pedir su dirección), a la "desaparición" permanente de su esposa, Mirta Missetich, y al ya mencionado intento de rapto de Quieto por parte de la policía (que se convirtió en detención). Maestre había estado al mando de una de las unidades de las FAR en Garín. Éstas estaban sufriendo serias bajas, pero fueron de nuevo las FAP las que prestaron su ayuda, salvando a las FAR del aniquilamiento como habían hecho con los Montoneros después de La Calera.

Finalmente, el Comando Descamisado fue un pequeño grupo peronista fundado en 1968 por los futuros líderes montoneros Horacio Mendizábal y Norberto Habegger, entre otros. Tras ser excarcelado en 1969, Dardo Cabo, hijo del líder sindical Armando Cabo, se convirtió en jefe de dicho grupo. Anteriormente había tenido a su cargo la custodia de Isabel Perón durante su visita a la Argentina, de octubre de 1965 a julio de 1966; y, como líder del derechista Movimiento Nueva Argentina, había dirigido, en septiembre de 1966, una fracasada "invasión" de las islas Malvinas destinada a provocar un incidente internacional durante una visita a la Argentina del duque de Edimburgo. Ni aun después de ser nombrado, en 1973, director del semanario de los Montoneros, *El Descamisado*, Cabo llegó a figurar entre los miembros más izquierdistas de la organización. Su nombre y el de los Descamisados han sido relacionados con el del Ejército Nacional Revolucionario (ENR), el cual, a pesar de ser presentado por los Montoneros como otra organización guerrillera independiente que se unió a ellos a principios de los años setenta, no tuvo, al parecer, vida propia. El quimérico ENR sólo llevó a cabo un par de opera-

tivos militaristas: el asesinato, en 1969 y 1970, de los dos principales líderes sindicales peronistas conciliadores de los años sesenta, Augusto Timoteo Vandor y José Alonso, ambos considerados "traidores" por sus "verdugos". La verdad del caso es que el ENR no era sino un "sello" de Descamisados utilizado para actos que sin duda provocarían importantes reacciones por parte del Estado y enfurecerían a los círculos obreros peronistas.

Aunque en 1971 se hicieron grandes esfuerzos para unir a estas organizaciones, la iniciativa fue prematura. Se concibieron y ejecutaron operaciones conjuntas, pero el ineficaz órgano coordinador establecido para fomentar la unificación, las Organizaciones Armadas Peronistas (OAP), nunca alcanzó una estructura formal. Al principio, los guerrilleros no lograban ponerse de acuerdo sobre si debían concentrarse solamente en la lucha armada o bien seguir una estrategia "integral" consistente en impulsar múltiples formas de acción, postura, esta última, adoptada por los Montoneros. También tuvieron que vencer el obstáculo que suponía la hostilidad de los Montoneros hacia el marxismo: en noviembre de 1971 declararon que eran peronistas "auténticos", que no tenían nada que ver con las "ideologías extranjeras" de las otras guerrillas.²⁹ Además, exceptuadas las buenas relaciones existentes entre los Montoneros y los Descamisados desde 1971, durante una temporada aumentaron entre ellos las diferencias en cuanto a cómo había que responder al anuncio de elecciones llevado a cabo por Lanusse: ¿debían procurar los guerrilleros que la celebración de las elecciones redundara en su provecho o continuar su lucha armada a pesar de todo? Finalmente, había un elemento competitivo entre las organizaciones, consistente en el deseo mutuo de dirigir el proceso unificador.³⁰

Los acuerdos alcanzados en cuanto a la estrategia oportuna, el socialismo como objetivo, y el imperialismo es-

tadounidense como enemigo, fueron insuficientes para generar una verdadera unidad entre las "formaciones especiales"; también se necesitaba un acuerdo sobre las concepciones políticas y organizativas, cosa que no se consiguió hasta fines de 1972 entre los Montoneros y los Descamisados; en octubre de 1973, con las FAR; y con un pequeño grupo de las FAP dirigido por Caride, en junio de 1974. Sin embargo, los cimientos de esa unificación que tanto benefició a los Montoneros fueron establecidos en 1971-1972. En julio de 1971, las tres principales organizaciones peronistas cooperaron en el asesinato del mayor Julio Ricardo Sanmartino, director de prisiones y ex jefe de policía de Córdoba, pero en noviembre del mismo año otra operación conjunta terminó con un costoso fracaso. En un esfuerzo por provocar la revocación de una prohibición gubernamental sobre los sindicatos marxistas de las fábricas Fiat, SITRAC y SITRAM de Córdoba, las FAP, las FAR y los Montoneros planearon el secuestro de un alto directivo de la Fiat. Por alguna razón desconocida, su prevista víctima llegó tarde al lugar de la emboscada, los guerrilleros tuvieron que esperar demasiado, fueron descubiertos y denunciados a la policía, y en la subsiguiente y feroz "Batalla de Ferreyra" las organizaciones armadas peronistas perdieron a Olmedo, Agustín Villagra, Juan Carlos Peressini y Juan Baffi.

Las conversaciones también ayudaron a cimentar la unidad de los combatientes peronistas, y éstas, irónicamente, resultaron a menudo más fáciles en el interior de la cárcel que fuera de ella. La mayoría de las bases para la convergencia entre los Montoneros y las FAR se establecieron durante las conversaciones celebradas en 1972 por los militantes recluidos en la cárcel de máxima seguridad de Rawson, en la Patagonia. Éstas terminaron con la redacción conjunta de un documento que los militantes llamaron

"El balido de Rawson", porque los presos eran alimentados con carne de cordero día tras día. Sin embargo, el lance unificador más decisivo fue quizá, como se verá después, la oportunidad que tuvieron de militar juntos a nivel político durante la breve visita de retorno de Perón, a finales de 1972, y en la campaña que condujo a las elecciones de marzo de 1973.

Naturaleza y efectos de la actividad montonera

Para comprender la creciente popularidad de los Montoneros en dichos años, resulta esencial examinar la naturaleza de su actividad guerrillera. La mayoría de sus acciones, más que operaciones militares, fueron ejemplos de "propaganda armada". Incluso la toma, en junio de 1971, de la pequeña población rural de San Jerónimo Norte, situada a unos sesenta kilómetros de Santa Fe, fue un caso de guerra psicológica y no un intento de combatir con unidades militares enemigas. Como en La Calera, once meses antes, los objetivos montoneros eran, en parte, hacerse con recursos (10.000 dólares de un banco, veintisiete fusiles, diversas armas y uniformes tomados de una comisaría; documentos, cédulas de identidad y permisos de conducir sustraídos en los tribunales) y, en parte, impulsar la combatividad popular demostrando la vulnerabilidad del régimen militar. Sacando partido de las clásicas ventajas de la guerrilla consistentes en la sorpresa y la movilidad de unas fuerzas reducidas —en el caso que nos concierne, veinticinco hombres—, pudo ocuparse una población de 5.000 habitantes por espacio de dos horas y hacer así que el gobierno pareciera débil e incompetente a los ojos de los ciudadanos, de los inversionistas extranjeros y de la banca internacional. Durante aquellos años, incluso en las accio-

nes de menor importancia, la acumulación de recursos económicos, militares y logísticos, así como el estímulo del apoyo y de la adhesión popular, fueron los principales objetivos montoneros. No hubo asaltos a guarniciones militares y tampoco ejemplos de comandos montoneros que provocaran deliberadamente el enfrentamiento armado con el Ejército o la policía.

Se cultivaba cuidadosamente la simpatía hacia las actividades montoneras mediante un mínimo uso de la violencia ofensiva y una extremada selectividad de objetivos, en vez de practicar el terrorismo al azar. Los guerrilleros prestaban especial atención a las operaciones simbólicas, susceptibles de provocar la adhesión de todos los peronistas. A principios de 1971 su unidad de combate "Evita" ocupó la histórica Casa de Tucumán, donde en 1816 se declaró la independencia argentina, como "un acto de homenaje y recuerdo de la independencia económica que Perón declaró en 1946" en el mismo lugar.³¹ Inevitablemente, instalaron bombas en las ciudades más importantes en los aniversarios peronistas de más relieve, tales como los de la revuelta militar de 1956 y de la muerte de Eva Perón, el 26 de julio de 1952. Se colocaron más de cien bombas, que destruyeron empresas extranjeras, el día del vigésimo aniversario de la muerte de "Evita montonera". Y el público, aplaudiera o no aquellos actos, captó al menos su significado político; fueron muchos menos los espectadores que se dieron cuenta de que las pequeñas guerras-relámpago guevaristas que solían hacerse los 9 de octubre tenían por objeto recordar la muerte del Che. Los blancos favoritos de los Montoneros para la colocación de bombas fueron, en aquellos primeros años, los símbolos del privilegio oligárquico y de la opulencia, tales como los numerosos Jockey Club, las instalaciones de los campos de golf y los lujosos clubes de campo. Y todo se hacía con mucho brío y estilo, para rodear

de una aureola romántica a sus autores. Mientras se volaban los clubes de los ricos, los caminos y las rutas que conducían a ellos eran cerrados con letreros que decían: "¡Peligro! Zona dinamitada".

Al no matar soldados y al atacar sólo a muy pocos policías, muchos de los cuales eran de origen plebeyo, los Montoneros, en sus tres primeros años de vida pública, no dieron ocasión a sus enemigos de presentarlos con éxito, a través de los medios de información, como "sanguinarios terroristas". Demostraron su potencial, y a la vez su disciplina, en casos como el de la embajada de la Alemania occidental, donde, en febrero de 1971, el comando Chacho Peñaloza desarmó a los policías que estaban de guardia en el exterior del edificio sin causarles el menor daño ni prodigar en su interior el fuego de metralleta. Sólo en raras ocasiones se empleó la violencia con menos contención. Cuando los Montoneros, en julio de 1972, dispusieron un busto de Evita en la plaza central de San Isidro, junto con un letrero en el que se leía "Plaza Evita-Montoneros", también colocaron unas bombas camufladas que hirieron a tres policías, dejaron ciego a un bombero y mataron a otro. Y, por supuesto, a veces los Montoneros crearon el dilema de "ellos o nosotros" y dejaban cadáveres mientras se abrían paso a balazos. A finales de 1971, el comando Juan José Valle, compuesto por once montoneros de Buenos Aires, "expropió" 88.000 dólares al Banco de Boulogne, de Villa Ballester, tras haber desarmado a dos policías que lo vigilaban. José Sabino Navarro, jefe de la organización, no sabía nada de los planes para aquella operación, pero quiso la casualidad que se dirigiera el mismo día en su automóvil a aquella zona. Dos policías de patrulla descubrieron al sospechoso personaje cuando esperaba dentro de su coche en un rincón oscuro; intentaron cachearlo y abrieron fuego cuando él empuñó una pistola. Los dos agentes resultaron

muertos.³² Como en aquel incidente, la mayoría de las personas muertas por los Montoneros sólo corrían tal suerte cuando suponían una amenaza fatal para los guerrilleros, por mucho que, naturalmente, las actividades de éstos provocaban de vez en cuando lances como el citado.

Las compañías y los directivos extranjeros eran especialmente escogidos como objeto de castigo, pero tampoco en tales casos constaba aún el asesinato en la agenda montonera. La disuasión de los inversores extranjeros en la Argentina se llevó a cabo volando las casas de los directivos, pero no dañando a éstos;³³ las propiedades, y no las personas, eran el principal blanco de la violencia montonera. En varias ocasiones las casas de ejecutivos involucrados en conflictos industriales fueron incendiadas por los Montoneros. En febrero de 1971, la unidad de combate Eva Perón ocupó y voló una comisaría de policía en construcción en Santa Fe. Nueve meses después, en solidaridad con la lucha de trabajadores militantes del ramo del automóvil, otra unidad invadió una fábrica de coches en Caseros, roció de gasolina treinta y ocho Fiat y convirtió en humo mercancías valoradas en 98.000 dólares.

Hubo pocos secuestros. El de Vincenzo Russo, jefe de Fabricación de la Standard Electric Argentina (subsidiaria de la ITT), en diciembre de 1972, fue una excepción a la regla, con un rescate de un millón de dólares. Una razón para aquello quizá fue el hecho de que los otros dos intentos montoneros de secuestro de que se tiene noticia terminaron con muertes imprevistas: en marzo de 1972, Roberto Uzal, uno de los principales miembros de la organización de extrema derecha Nueva Fuerza, fue muerto después de que él matara al montonero Jorge Rossi e hiriera a otros dos; y en abril de 1973, el coronel Héctor Iribarren, jefe del Servicio de Información del Tercer Cuerpo de Ejército, fue ametrallado al resistirse a un intento de secuestro por parte de

las unidades montoneras Mariano Pujadas y Susana Leggart. En conjunto, aun incluyendo las operaciones conjuntas, no pueden atribuirse más de una docena de muertes a los Montoneros durante aquellos años de régimen militar. Si bien nunca tuvieron tanto éxito como los Tupamaros en su primera fase, presentando al público una imagen al estilo Robin Hood, habían aprendido lecciones, al parecer, sobre la naturaleza políticamente contraproducente del terrorismo, de precedentes como la campaña "Mata a un policía cada día", lema, a principios de los años sesenta, de las Unidades Tácticas de Combate venezolanas, en Caracas.³⁴

Al crear un clima de inseguridad y de desorden social, la actividad guerrillera montonera llegó a ser, sin duda, un factor determinante en la decisión de los militares de volver a los cuarteles y buscar una solución política a la crisis argentina. Pero no era, en modo alguno, el único factor. El cambio en la táctica de los militares fue motivada en la misma medida, si no más, por los desafíos semiinsurreccionales que habían sacudido al régimen desde 1969. En marzo de 1971 fue el "Viborazo", un pequeño "Cordobazo", lo que provocó principalmente la decisión de la Junta Militar de expulsar al pretencioso Levingston y sustituirlo en la presidencia por el electoralista Lanusse. En tal ocasión fue necesaria la ocupación de Córdoba por 3.500 soldados para poner fin a una huelga general provincial, a las manifestaciones callejeras y a la lucha de barricadas; todo ello después de que el gobernador José Camilo Uriburu hubiera lanzado la amenaza de "cortar la cabeza de víbora" de la rebelión precisamente en aquel lugar. Se quemaron más de cincuenta vehículos y se destruyeron varios locales de negocios en la lucha, con un saldo de pérdidas calculado en millones de dólares. El mes de abril de 1972 presenció más violencia popular, esa vez en la andina ciudad de Mendoza,

desencadenada por el incremento de las tarifas eléctricas. Aquel "Mendozazo" sólo se calmó después de que el régimen se aviniera a suspenderlo y de que la intervención de las tropas causara la muerte de tres manifestantes, amén de quinientas detenciones. Durante los tres meses siguientes otra racha de alborotos, manifestaciones y huelgas, en San Miguel de Tucumán y en General Roca, mantuvo el impulso de la revuelta popular. En el curso del "Rocazo", la población local llegó a expulsar a su alcalde y gobernar la ciudad autónomamente.

Todos estos desafíos a la dictadura militar, acompañados de una serie de huelgas regionales y nacionales convocadas por la CGT en apoyo de reclamaciones económicas³⁵ convencieron al general Lanusse de que la postura del régimen era insostenible. Aun cuando la guerrilla era considerada más una plaga que una amenaza militar inmediata, él y el ministro del Interior, el catalán Arturo Mor Roig, temían claramente la incorporación de elementos antibernamentales plebeyos a las filas de la guerrilla. En unas memorias publicadas en 1977, Lanusse justificaba su comportamiento durante sus veintiséis meses de presidencia con la razón de que "el totalitarismo de izquierda pudo florecer con naturalidad donde existían dictaduras reaccionarias". Había que restaurar la democracia para "quitar todo argumento a la subversión", y era necesario que el envejecido Perón fuera llevado de nuevo a la Argentina si se quería explotar su mito. De otro modo, "Perón, en España, sin alternativa política, habría terminado convirtiéndose en el comandante en jefe de la subversión sin correr riesgo alguno". Si Perón volvía a su país, buscaría una base más sólida que la que podían ofrecer sus "formaciones especiales". Lanusse temía que la situación general empeorara y que las divisiones existentes entre los militares se hiciesen más profundas a no ser que se restaurase la "legitimidad del po-

der". Casi cínicamente, calificó su plan electoral de "válvula de escape", pero al parecer no se le ocurrió que el peronismo sería el primer beneficiario de ello.³⁶

El Partido Justicialista de Perón fue reconocido por el régimen militar como una agrupación política legal en enero de 1972, pero Lanusse, al estipular que los candidatos presidenciales tenían que residir en el país desde el 25 de agosto de aquel año, prácticamente aseguró que Perón mismo no sería candidato. El líder peronista no podía permitirse que lo vieran cumplir las condiciones impuestas por los militares volviendo a tiempo, especialmente habida cuenta de que no se le había ofrecido ninguna garantía en cuanto a su seguridad personal. Al parecer, Lanusse calculó que el 11 de marzo de 1973 la alianza constituida por el FREJULI conseguiría algo menos del 50% de los votos, cosa que requeriría una votación de arbitraje para la presidencia, que sería ganada por las fuerzas no peronistas; éstas renunciarían a sus diferencias y se agruparían en torno de la candidatura de Ricardo Balbín, del Partido Radical.³⁷ Pero fue una jugada que no dio resultado. Aunque Lanusse estimó correctamente el poder electoral del peronismo, valoró poco la capacidad de Perón de reunir un amplio frente electoral dominable por él: un logro que no se consolidó hasta la visita de Perón a la Argentina, en noviembre de 1972. En fin de cuentas, el candidato presidencial Héctor Cámpora del FREJULI, con el 49,59% de los votos escrutados, llegaría tan cerca del 50% requerido para ser electo en las elecciones del 11 de marzo, que los militares no vieron objeto en hacer valer sus exigencias para una segunda vuelta electoral.³⁸ Lanusse perdió así el control del proceso de cuya marcha había sido instigador, y los militares no pudieron condicionar el comportamiento del gobierno entrante.

Mientras proseguía la realización de su Gran Acuerdo Nacional, Lanusse no hizo que su gobierno cesara su trato

represivo de las fuerzas populares de oposición. Siguieron operando los escuadrones de la muerte, estallaron bombas en domicilios de abogados de izquierdas, y fueron torturados presos políticos. Sin embargo, la represión se suavizó en cierta medida debido a las divisiones existentes entre los militares sobre la estrategia de la Junta y el deseo de Lanusse de conseguir acuerdos con el mayor de los partidos civiles. Lanusse no podía, por razones políticas, ordenar un ataque sin cuartel contra los guerrilleros peronistas porque, dada la simpatía y apoyo que recibían de muchos sectores del Movimiento Peronista, ello habría supuesto tal ofensiva contra los peronistas en general que los tratos de los militares incluso con los líderes peronistas más bien dispuestos a la conciliación hubieran resultado imposibles. Según datos de los Montoneros, unas cien personas fueron muertas y quinientas encarceladas por razones políticas por los agentes de la Revolución Argentina en el transcurso de los años 1966-1973;³⁹ muchos más perderían la vida o la libertad durante el primer año del régimen de Videla en 1976-1977.

Las pérdidas de la guerrilla y el culto al mártir

No obstante, los Montoneros perdieron varias figuras de importancia durante los primeros años setenta. José Sabino Navarro, después de sobrevivir al enfrentamiento con la policía en Villa Ballester, fue asesinado en la flor de la vida, a finales de 1971. Sabino Navarro, uno de los cuatro montoneros perseguidos por un numeroso grupo de policías tras una "expropiación" de coches en Río Cuarto, fue finalmente acorralado y ametrallado en las colinas de Córdoba. El Negro Díaz también murió en uno de los enfrentamientos, que culminaron en la caída de su líder. El puesto

de Sabino Navarro fue entonces ocupado por Mario Firmenich, ex líder de la Juventud Estudiantil Católica, quien, fueran cuales fuesen sus cualidades, carecía de la ascendencia proletaria y de la experiencia sobre el sindicalismo que poseía su predecesor. Firmenich sobrevivió durante los años setenta, pero a finales de noviembre de 1971 los principales precursores de la guerrilla urbana moderna en la Argentina habían desaparecido. Abal Medina y Sabino Navarro, de los Montoneros; Olmedo, de las FAR; y Luis Pujals,⁴⁰ del ERP, pagaron el precio que suelen pagar los pioneros de su género, aun cuando sus nombres fueron perpetuados a medida que se bautizaban las nuevas unidades guerrilleras.

Agosto de 1972 fue un mes negro para los Montoneros, y también para todas las organizaciones armadas más importantes. El día 15, los Montoneros presos en la cárcel patagónica de Rawson, puestos de acuerdo con los reclusos del ERP y de las FAR, se apoderaron de su prisión de máxima seguridad, matando a un guardián en la refriega, antes de hacer un desesperado esfuerzo para escaparse y volver a sus actividades armadas. Grupos de apoyo operativo no montoneros del exterior consiguieron apoderarse de un jet de la compañía Austral que esperó a los fugitivos en el cercano aeropuerto de Trelew, pero ciertos fallos en el sistema de señales entre los presos y los guerrilleros del exterior crearon problemas de transporte en el viaje entre Rawson y Trelew. Un primer grupo, compuesto de seis jefes guerrilleros, consiguió alcanzar Trelew a tiempo de escapar hacia la seguridad en el avión. Santucho, Gorriarán y Menna, del ERP, Osatinsky y Quieto, de las FAR, y el montonero Fernando Vaca Narvaja consiguieron llegar al Chile de Allende; volaron entonces hacia Cuba dos días después y, por último, regresaron clandestinamente a la Argentina. Pero a causa de las dificultades surgidas en el transporte, un se-

gundo grupo de diecinueve guerrilleros no llegó a Trelew hasta unos minutos después de haber despegado el avión de sus líderes. Fueron rodeados, obligados a rendirse y llevados luego a la base Almirante Zar. Allí, a las tres y media de la madrugada del 22 de agosto, se produjo la infame "masacre de Trelew". En ella, el ERP perdió once miembros, incluida la esposa de Santucho, Ana María Villarreal, mientras las FAR perdieron tres. Los Montoneros perdieron a la profesora (y esposa de Fernando Vaca Narvaja) Susana Lesgart y al estudiante de agronomía Mariano Pujadas. La Lesgart había estado al mando de los Montoneros en Tucumán en 1971, Pujadas había sido un artífice de la organización en Córdoba, y ambos habían participado en la toma de La Calera. Sólo tres de los diecinueve, aunque malheridos, sobrevivieron a las ejecuciones ilegales, supuestamente llevadas a cabo por el capitán Luis Emilio Sosa y el teniente Roberto Guillermo Bravo, gracias a la llegada al lugar de algunos oficiales ajenos a la matanza. Entre los sobrevivientes se hallaba Ricardo Haidar, ingeniero químico de veintiocho años perteneciente a los Montoneros.⁴¹

Entretanto, otro fundador de los Montoneros encontraba la muerte en Buenos Aires. El 16 de agosto, consciente de que debía hacer algo para evitar una masacre en Trelew, Carlos Capuano Martínez, entonces líder regional bonaerense, se aventuró por la capital, alterando con ello sus propias normas de seguridad. Fue muerto a balazos cuando tres policías entraron en el bar de Barracas donde estaba hablando con un pequeño número de colegas montoneros. Jorge Escribano y Gerardo Burgos también perdieron la vida durante los últimos meses del régimen militar, lo mismo que José Enrique Carral, más veterano que ellos en la organización. Despedido de su puesto de ferroviario en 1970, se había unido a finales de 1971 a la organización, donde alcanzó el rango de "comandante", pero su vida de

guerrillero urbano terminó de un modo ridículo: Carral fue acorralado y muerto en Lanús mientras cambiaba las placas de matrícula de un coche robado, en febrero de 1973.⁴²

La persistente influencia católica hizo mucho para evitar los temores a la muerte que muchos montoneros habrían podido sentir. En la literatura montonera, los guerrilleros fueron presentados como heroicos "hijos del pueblo" que "caían" en vez de morir, y se les concedió la categoría de mártires. Un epitafio dedicado a Capuano Martínez algún tiempo después de su muerte pone de manifiesto la glorificación del luchador guerrillero:

Sabía que si moría, lo hacía a manos de los enemigos del pueblo, de los enemigos del peronismo. Que es la forma más linda de morir, esa que enorgullece a los compañeros, que nos aprieta el corazón pero nos pone contentos de saber que la entrega no es una mera declamación, sino es una forma de vida. Como la quería Evita, la dueña de nuestra ternura revolucionaria. [...] Encarnaste, Carlitos Capuano Martínez, erguido con el arma en la mano en medio de esa Revolución Peronista, la esencia más pura de nuestro pueblo.⁴³

Por supuesto, tales tributos no eran nada nuevo en la literatura guerrillera, pero los escritores montoneros acentuaban en gran manera sus conceptos cuasi religiosos. Los ingredientes de sus homenajes eran la afirmación de la "autenticidad" peronista de los muertos, alguna referencia al valor, y la idea de que sacrificar la propia vida por la causa popular garantizaba una especie de existencia metafísica entre "el pueblo" mucho después de la muerte física. No importaba que esos elementos guardaran relación con los hechos biográficos. Sobre Raquel Liliana Gelín, la compañera de Alberto Camps, los Montoneros escribieron: "Cae peleando. Ametralladora en mano. Y el pueblo la lloró [...]"

Hoy Liliana, 'la virgencita montonera', 'hija de Evita' se convirtió en pueblo".⁴⁴ No fue un homenaje muy apropiado para una estudiante de veintiún años que nadie había oído nombrar antes de su muerte, que pertenecía a las FAR y que fue muerta no sólo tres años antes de que tales fuerzas se unieran a los Montoneros, sino también varios meses antes de que se declarasen peronistas.

El hecho de que los Montoneros estuvieran dispuestos a verter su sangre en la lucha por la causa popular no es la única explicación que debe darse al considerable apoyo popular y la solidaridad que se atrajeron durante la segunda mitad de 1972 y después de ella. Lo principal en aquel caso era el decisivo giro estratégico de los Montoneros hacia la actividad política de masas cuando desecharon la idea de que al peronismo nunca se le permitiría recuperar el poder por medios electorales. Cuando, en una conferencia de prensa celebrada en Trelew antes de la rendición, preguntaron a Mariano Pujadas por qué los guerrilleros consideraban la lucha armada su única opción, éste contestó: "El régimen siempre va a tender alguna trampa [...] porque necesitan las clases dominantes mantener una situación de privilegio. Entonces, siempre va a tener alguna trampa dentro del actual sistema capitalista para impedir la llegada al poder de gobiernos representativos de los intereses del pueblo".⁴⁵ Sin embargo, después de agosto, a medida que se acercaba la visita de retorno que haría Perón del 17 de noviembre al 14 de diciembre, los Montoneros volvieron a evaluar la posibilidad electoral y empezaron a percatarse de la realidad política de la situación. Sin abandonar totalmente la lucha armada, manteniéndola para indicar a los generales lo que podían esperar si se suspendían las elecciones anunciadas, orientaron entonces sus energías hacia una labor de masas en la campaña para el retorno de Perón y después en la propia campaña electoral.

Promoción de la Juventud Peronista

El vehículo fundamental para la orientación montonera hacia los movimientos de masas fue la Juventud Peronista (JP), desde cuyo interior, después de varios años de desunión y anarquía, se estaban haciendo grandes esfuerzos —desde mediados de 1971— para conseguir la unidad y crear una fuerza movilizadora, agitadora y organizativa llena de dinamismo. Con tal propósito, Perón aceptó el nombramiento de Francisco Julián Licastro, un ex teniente que había dejado el Ejército después de aplaudir públicamente el "Cordobazo", y de Rodolfo Galimberti, líder de la Juventud Argentina por la Emancipación Nacional (JAEN), como representantes juveniles en el Consejo Superior del Movimiento Justicialista Nacional. Ambos habían sido propuestos por los grupos juveniles, pero sólo Galimberti gozó de un apoyo verdaderamente amplio, y fue la presa más codiciada por los Montoneros cuando lo reclutaron en 1972. Mediante discusiones y movilizaciones conjuntas, Galimberti llegó a construir una alianza no demasiado estrecha de los varios grupos juveniles. Subsistieron las fricciones ideológicas y políticas, y resurgieron violentamente en 1973-1974, pero en 1972 y a principios de 1973 la labor conjunta para el retorno y las campañas electorales resultó factible. Estructuralmente, el producto no fue una simple Juventud Peronista, sino que el proceso provocó el espectacular crecimiento de una tendencia que llegó a empujarse a todas las demás. Fue la promontonera Juventud Peronista (Regionales), creada a mediados de 1972, la organización que prosperó a causa del patrocinio táctico de Galimberti prestado por Cámpora y Perón y del prestigio adquirido por los Montoneros mediante sus operaciones. También recibió ayuda condicional del secretario general del Partido Justicialista, Juan Manuel Abal Medina, el her-

mano no montonero de Fernando Luis a quien Perón designó en noviembre de 1972 para revitalizar la jefatura nacional.

Desde febrero de 1972, la Juventud Peronista, de creciente orientación montonera, celebró una serie de manifestaciones de unidad y actos de campaña en las que la asistencia pasó de 5.000 a casi 100.000 sólo en doce meses. Tan espectacular fue el resurgimiento de la Juventud Peronista y tan amplia su identificación con las "formaciones especiales", que cuando la multitud reunida el 9 de junio en el estadio de la Federación Argentina de Box gritó: "FAR y Montoneros son nuestros compañeros", Héctor Cámpora se sintió obligado a responder: "Vuestros compañeros son también los míos".⁴⁶ En los últimos meses de 1972, los jóvenes peronistas se habían convertido en protagonistas indiscutibles de la campaña electoral peronista. Después de denunciar momentáneamente como una "traición" la candidatura de Cámpora-Solano Lima para presidente y vicepresidente, contando con que Perón mismo tendría que presentarse, la promontonera Juventud Peronista acuñó la consigna: "Cámpora al gobierno, Perón al poder", y vio a la alianza del FREJULI adoptarla en conjunto. Fueron los activistas de la JP quienes dirigieron a los 100.000 peronistas que ocuparon los alrededores de la residencia de Perón en Vicente López durante su visita el mes de noviembre y quienes decoraron las paredes de las cercanías con inscripciones como "Barrio de San Perón", "Zona Liberada", "Calle Perón", "Barrio Ocupado" y "Casa de Gobierno".

Aunque muy disminuida, la actividad armada también hizo aparición en la campaña electoral. El 26 de diciembre, en un asesinato frustrado, los Montoneros hirieron a Luis Guerrero, secretario general de la sección Avellaneda de la Unión Obrera Metalúrgica. Guerrero, que se mantenía en la derecha peronista, había atraído las iras de Perón

desatendiendo sus órdenes, nombrándose a sí mismo candidato para el cargo de vicegobernador provincial de Buenos Aires y presentándose a las elecciones junto con el acaudalado terrateniente peronista de derecha Manuel de Anchorena, que aspiraba al puesto de gobernador. El ataque, junto con la amplia oposición peronista a tal candidatura, convencieron a Anchorena y a Guerrero de que debían desistir de su empeño, pero contribuyó muy poco a aumentar la estimación que pudieran sentir los líderes sindicales por los Montoneros. Ni tampoco lo hicieron los discursos de Galimberti en las reuniones masivas de la JP, en los que amenazó abiertamente de extinción a la burocracia sindical: "¡Los vamos a pisar como cucarachas!", prometió en febrero de 1972.⁴⁷

Cuando los siete años de régimen militar estaban llegando a su término, los Montoneros poseían una capacidad de movilización de decenas de miles de personas, pero su verdadera fuerza organizativa quedó muy reducida en las bases y en los sindicatos. La falta de apoyo de estos últimos había sido el talón de Aquiles de los Montoneros desde 1970, cuando la CGT condenó el secuestro de Aramburu calificándolo de "inspirado desde el extranjero".⁴⁸ Por haber elegido su nombre y sus objetivos de manera más inteligente que otras organizaciones guerrilleras, y sobre todo porque eran más pragmáticos y más políticos que los demás, los Montoneros terminaron aquel período siendo la principal "formación especial" peronista. Pero el hecho de que sus actividades guerrilleras sólo hubieran estado ligadas tangencialmente, en el mejor de los casos, a las luchas obreras, no los ayudó a superar la línea divisoria entre la guerrilla y los sindicatos: una línea impuesta por las exigencias de seguridad de los rebeldes, basadas en el anonimato y el aislamiento, y además una línea divisoria de clases que separaba ante todo a los luchadores de la clase

media de una clase obrera generalmente reformista. Sólo al volverse hacia la campaña política, a fines de 1972, salieron realmente los Montoneros de su cuarentena social, pero su repudio constante de los líderes sindicales ayudó a dejar fuera de su influencia a un gran número de trabajadores.

Perón percibió con mucha más claridad que los Montoneros las limitaciones de la guerrilla urbana como método revolucionario. Patrocinó sus "formaciones especiales" sabiendo muy bien que, aun cuando acosaban al régimen militar y hacían lo posible para que vacilase, eran incapaces de organizar el apoyo de las masas, de modo que la restauración peronista condujera al establecimiento de la patria socialista por la que abogaban.⁴⁹ Rindiendo homenaje a Capuano Martínez, escribió: "Todos los que luchan por la liberación son nuestros aliados y amigos. Lo que importa no son las diferencias ideológicas, sino el método y la forma de esta lucha contra el enemigo común".⁵⁰ La juventud y las organizaciones armadas, incluido el poderoso ERP guevarista, sirvieron de arietes con que abatir las defensas del régimen militar. Pero cuando se hubo vencido a la guarnición, fue la blanquiceleste bandera argentina, y no la ribeteada de rojo, la que se izó en el bastión. Cuando hubo servido a los propósitos de Perón, la "juventud maravillosa" de ayer pronto fue vilipendiada por su líder al llamar "infiltrados" y "mercenarios" a sus componentes.

NOTAS

1. Canción montonera.
2. Los detalles del caso de Aramburu proceden de informaciones de la prensa y del relato oficial montonero, "Cómo murió Aramburu", *La Causa Peronista*, n° 9 (3 de septiembre de 1974), pp. 25-31.
3. *Ibíd.*, p. 31.
4. Perón, citado en González Janzen, p. 97.
5. Sobre los acontecimientos de 1956, véase Rodolfo Walsh, *Operación Masacre*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1972; Salvador Ferla, *Mártires y verdugos: sentido histórico del 9 de junio de 1956*, Librería Plus Ultra, Buenos Aires, 1964; y Julio Troxler, "Los asesinatos de junio del 56 en el testimonio de un militante", *Peronismo y Socialismo*, n° 1, pp. 94-97.
6. "Hablan los Montoneros", *Cristianismo y Revolución*, n° 26 (noviembre-diciembre 1970), pp. 11-14.
7. Próspero Germán Fernández Alvaríño, *Z. Argentina. El crimen del siglo*, obra editada por el autor, Buenos Aires, 1973.
8. *La Vanguardia*, 5 de agosto de 1970. Aun cuando se crea que hubo alguna clase de cooperación entre el condenado onganiano y los Montoneros, ello debiera interpretarse como una cuestión de mutua conveniencia y no como una colaboración de dos fuerzas de la derecha católica. A ambos les interesaba destruir las alternativas liberales al régimen; y Mario Firmenich siempre ha sido caracterizado más como un pragmático que como hombre de fervor ideológico. Sin embargo, aparte de la aceptación de la premisa del oportunismo montonero, la creencia en la teoría de la conspiración implicaría también la suposición de que Onganía y el ministro del Interior Imaz carecían de perspicacia y que precipitaron su propia caída independientemente de que la acción guerrillera fracasara o tuviese éxito.
9. "Cómo murió Aramburu", supuestamente escrito por Firmenich y Arrostito.
10. No ha quedado claro si Aramburu intentó engañar a sus aprehensores o si ellos mismos cometieron un error cuando, cuatro años después, escribieron el relato oficial del "juicio". En realidad, el cadáver de Eva Perón yacía en la parcela 86, jardín 41, del cementerio milanés de Musocco.
11. Sobre la ocupación de La Calera, véase "Montonero Emilio Maza: La Calera", *La Causa Peronista*, n° 2 (16 de junio de 1974), pp. 22-

23; y "A tres años de La Calera", *Militancia*, n° 4 (5 de julio de 1973), pp. 8-9.

12. Para relatos, véase "7 de septiembre"; y "El mandato político de Fernando Abal Medina", *Militancia*, n° 13 (6 de septiembre de 1973), pp. 10-43.

13. Publicado en el *Buenos Aires Herald*, 13 de junio de 1970.

14. *Ibíd.*, 12 y 15 de septiembre de 1970.

15. Varios miembros de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), incluidos Carlos Enrique Olmedo y María Angélica Sabelli, también se conocieron cuando asistían a aquella misma escuela.

16. Lanusse, citado en González Janzen, p. 103.

17. A finales de 1970, Maza, Abal Medina y Ramus habían muerto; Vélez, Liprandi de Vélez, Fierro, Soratti Martínez, Conte Grande, Maguid y Losada se hallaban en la cárcel; y Firmenich, Capuano Martínez, Arrostito, Pujadas, Rodeiro, Susana Lesgart y Sabino Navarro seguían entre los que todavía actuaban.

18. "Hablan los Montoneros."

19. *Ibíd.*

20. "El llanto del enemigo", *Cristianismo y Revolución*, n° 28 (abril 1971), pp. 70-73.

21. *Ibíd.*

22. En este caso se trata del PSA dirigido por Jorge Selser; no debe confundirse con el Partido Socialista Argentino, dirigido por Juan Carlos Coral.

23. Con anterioridad a la creación del FREJULI, el Frente Cívico de Liberación Nacional (FRECILINA), formado en julio de 1972, hizo brevemente las veces de una alianza de orientación peronista. Dentro del FREJULI, el único partido importante aparte del Partido Justicialista (PJ) fue el Movimiento de Integración y Desarrollo (MID), de Arturo Frondizi. El Partido Revolucionario Cristiano, UDELPA y el Partido Intransigente se retiraron del FREJULI en diciembre de 1972, en protesta contra la reserva del 75% de los escaños del frente por parte del PJ y rechazando, por demasiado moderado, el programa económico del FREJULI.

24. Montoneros: "Las armas de la Independencia hoy están apuntadas hacia el Pueblo", *Cristianismo y Revolución*, n° 30 (septiembre 1971), pp. 13-15.

25. Ambas cartas publicadas en "Cómo murió Aramburu".

26. Héctor Cámpora, citado en Alejandro A. Lanusse, *Mi testimonio*, Lasserre Editores, Buenos Aires, 1977, p. 316. En estas memorias (p.

250) Lanusse llamó a Cámpora "punta de lanza del montoneroismo y de la oposición más virulenta", pero no era, ideológicamente, un hombre de izquierda. En 1957, participó en una huida de la prisión con Cooke y otros líderes peronistas, pero, según Cooke, Cámpora, durante su reclusión de 1955-1957, se pasaba los días rezando y "le hizo una promesa a Dios de que jamás volvería a actuar en política [...] En todo momento manifestó que no era hombre de lucha, así que no puede ser de utilidad [a la Resistencia]", *Correspondencia Perón-Cooke*, vol. 1, p. 72. Sus propuestas a la izquierda peronista eran, en parte, en cumplimiento de las instrucciones de Perón, y, en parte, resultado de la debilidad de su base de apoyo en el Partido Justicialista y de la falta de respaldo sindical.

27. Perón, declaración en Roma, *Buenos Aires Herald*, 12 de febrero de 1973.

28. En mayo de 1971, el ERP secuestró a Stanley Sylvester, cónsul británico honorario y director de la planta envasadora de carne Swift en Rosario; Swift distribuyó 50.000 dólares en ropas y alimentos a los pobres con el fin de que lo soltaran, caso que inspiró a Graham Greene para escribir *The Honorary Consul*, Penguin, Harmondsworth, 1974. La otra operación importante del ERP durante el período 1970-1973 fue menos productiva: en marzo de 1972, el ERP secuestró a Oberdan Salustro, director general de Fiat-Concord, en un esfuerzo por conseguir la readmisión de obreros despedidos y la liberación de guerrilleros y huelguistas encarcelados. El gobierno prohibió el pago del rescate, y Salustro fue muerto por los guerrilleros el 10 de abril, al huir cuando llegó a la "cárcel del pueblo" del ERP una patrulla de policía.

29. *Buenos Aires Herald*, 14 de noviembre de 1971.

30. Sobre el proceso de unificación, véase "La unidad de FAR y Montoneros".

31. Comunicado montonero, *Buenos Aires Herald*, 15 de febrero de 1971.

32. Véase "Montonero José Sabino Navarro. Volverás".

33. Es difícil evaluar el impacto de tales actividades con anterioridad a 1973. Sin embargo, *Time* del 14 de enero de 1974 estimó que el 60% de los hombres de negocios extranjeros, movidos por más de 170 secuestros de empresarios ocurridos aquel año, habían abandonado la Argentina durante 1973.

34. Véase Richard Gott, *Guerrilla Movements Latin America*, Nelson, Londres, 1970, pp. 128-138.

35. En 1970 hubo tres huelgas generales; en 1971, cinco huelgas regionales en Córdoba; y en 1972, tres regionales en Córdoba, una en Mendoza y otra en San Juan.

36. Lanusse, *op. cit.*, *passim*.

37. *Ibid.*, pp. 273-274; y "La muerte de Mor Roig", *La Causa Peronista*, n° 3 (23 de julio de 1974), pp. 20-23.

38. De los 11.911.832 votos válidos, la fórmula del FREJULI para la presidencia y vicepresidencia atrajo 5.907.464; la candidatura radical (UCR), con Balbín a la cabeza, consiguió 2.537.605 (el 21,3%), y quedó en segundo lugar.

39. "Compañeros presos: la aurora de la libertad", *El Descamisado*, n° 1 (22 de mayo de 1973), cubierta trasera.

40. Luis Pujals, líder político del ERP en Buenos Aires, fue detenido en septiembre de 1971 y supuestamente asesinado poco después en el cuartel de la policía de Rosario.

41. Para relatos de la totalidad del episodio, incluidos los testimonios de los sobrevivientes, véase Francisco Urondo, *La patria fusilada*, Ediciones de Crisis, Buenos Aires, 1973; y Tomás Eloy Martínez, *La pasión según Trelew*, Granica Editor, Buenos Aires, 1973.

42. Sobre Carral, véase "Paco: dio la vida por Perón", *El Descamisado*, n° 40 (19 de febrero de 1974), p. 23.

43. "Carlos Capuano Martínez, por compañero, por peronista, por montonero, ya sos entraña de tu pueblo", *La Causa Peronista*, n° 7 (20 de agosto de 1974), pp. 22-23.

44. "Fuiste hija de Evita", *El Descamisado*, n° 36 (22 de enero de 1974), p. 15.

45. Pujadas, citado en Eloy Martínez, p. 72.

46. Cámpora, citado en "Soy leal, total, incondicional a Perón", *El Descamisado*, n° 9 (17 de julio de 1973), p. 12.

47. La fuente fundamental sobre el resurgimiento de la JP es Juan Carlos Dante Gullo, "El país se pregunta: ¿qué es la Juventud Peronista?", *ibid.*, n° 8 (10 de julio de 1973), pp. 10-13.

48. *Buenos Aires Herald*, 3 de junio de 1970.

49. Esto fue reconocido por Ramón Torres Molina, recluso de Villa Devoto desde 1969, que escribió en enero de 1971 una crítica de la guerrilla urbana, señalando: "La guerra de resistencia desgasta políticamente a la dictadura y demuestra su impopularidad, pero tiende a crear salidas políticas que no son las de los propios guerrilleros. Mediante la lucha de guerrillas urbana se puede forzar a la dictadura a la concesión

de elecciones. Pero tal triunfo táctico guerrillero sería una derrota estratégica, puesto que alejaría las perspectivas de la toma del poder a largo plazo [...] Los generales de la dictadura saben que la medida contrainsurgente por excelencia son las elecciones". Véase "La etapa actual de las guerrillas argentinas", *Cristianismo y Revolución*, n° 29 (junio 1971), pp. 17-19. Las sagaces palabras de Torres Molina fueron desoídas por los Montoneros.

50. Perón, citado en "En nuestro movimiento decide el pueblo, aquí deciden ustedes", *La Causa Peronista*, n° 7 (20 de agosto de 1974), pp. 16-19.

Capítulo 4

EN BUSCA DE AIRE
(1973-1974)

¿Qué pasa, qué pasa, qué pasa, general?
Está lleno de gorilas el gobierno popular.¹

*El retorno del peronismo
y el avance de la izquierda peronista*

El 25 de mayo de 1973, mientras Héctor Cámpora ocupaba formalmente su puesto de presidente de la República Argentina, una atmósfera carnavalesca invadió el centro de Buenos Aires. Después de dieciocho años de proscripción, el peronismo volvía al poder, y centenares de miles de argentinos se alegraban efusivamente de ello. Incluso las formalidades que se celebraron en el interior del Congreso estuvieron teñidas hasta cierto punto del carácter popular del histórico día gracias a la presencia en la ceremonia de juramento de los presidentes de Chile y de Cuba, Salvador Allende y Osvaldo Dorticós. En el exterior, más de un millón de peronistas llenaban la Plaza Congreso, la céntrica Plaza de Mayo, frente al palacio del gobierno, y la Avenida de Mayo a lo largo de catorce cuadras. El cora-

zón de Buenos Aires latía a los gritos de "Se van, se van, y nunca volverán", mientras una jubilosa muchedumbre celebraba la partida de los militares.²

Se alzaban voces contra los soldados, la policía y los símbolos de la presencia de los Estados Unidos en la Argentina. Ebrios de euforia triunfal, algunos de los jaraneros más jóvenes intentaron incluso asaltar el Comando en Jefe del Ejército y, más tarde, el Hotel Sheraton, propiedad de la dominante ITT, cuyos edificios fueron apedreados por sus repelidos asaltantes. Se impidió que los militares llevaran a cabo los apagados y anémicos ritos que tan meticulosamente habían planeado: los manifestantes no permitieron que la banda de la Escuela de Mecánica de la Armada dejara oír su música; se abandonó un desfile militar al ser rodeados sus componentes y ocupada su ruta por la multitud; los hombres de la Infantería de Marina que bordeaban la Avenida de Mayo tuvieron que ser protegidos por la policía —y, finalmente, por un cordón de miembros del servicio de orden de la Juventud Peronista— del furor de una belicosa muchedumbre; y a Lanusse se lo agredió y escupió. Al secretario de Estado norteamericano, William Rogers, representante de Richard M. Nixon, lo declararon *persona non grata* los manifestantes que cerraron el paso a su coche camino de la Casa Rosada (sede del gobierno argentino) desde el Congreso; con lemas antiimperialistas ensordecíendole los oídos, un aturdido Rogers se vio obligado a retirarse rápidamente hacia la embajada de los Estados Unidos. Durante casi todo un día las enormes multitudes peronistas saborearon anticipadamente el poder popular y experimentaron una exquisita sensación de "liberación", mientras los militares, de pésimo humor, tomaban instantáneas mentales de lo que percibían como "el poder de la chusma" y la anarquía. La ilusión de aquel poder no duraría, pero las instantáneas permanecerían: reaparecerían y destaca-

rían como ilustraciones en los discursos de los generales del régimen de Videla, iniciados en 1976.

Pero los dueños de la jornada fueron los peronistas, muy particularmente el ala izquierda y los sectores populares del Movimiento. Gigantescos estandartes de los Montoneros y de las FAR decoraban la Plaza de Mayo junto con las enseñas rojinegras de la JP. Una formidable bandera de los Montoneros colgaba delante de la tribuna de honor. E incluso en la Casa Rosada la imponente multitud popular "convenció" a la policía de que cediera el control de las entradas y salidas a miembros del servicio de orden de la JP. "¡Usted, dé media vuelta y váyase, nosotros nos vamos a encargar de que por aquí entre quien corresponda!", dijo Juan Carlos Dante Gullo, líder de la JP, al teniente coronel Perdini... y el teniente coronel se retiró. El orden público —todo el que podía haber dadas las circunstancias— era mantenido por militantes de la JP, quienes, a su vez, estaban a las órdenes de jefes de las "formaciones especiales", como Horacio Mendizábal, el superior jerárquico de los montoneros presentes en la plaza.

Sin embargo, aún había tensión en el aire. Se produjeron peleas a puñetazos entre grupos sindicales que gritaban exigencias para la patria peronista y jóvenes que pedían la patria socialista. También la represión estaba presente: en respuesta al lanzamiento de piedras, a los insultos y al desarme de policías aislados por los manifestantes, las fuerzas de seguridad hirieron al menos a una docena de personas; y la represión continuaría aquella misma noche.³

Para los Montoneros y otras organizaciones armadas, el mejor recuerdo de aquel 25 de mayo fue la liberación de sus compañeros de guerrilla,⁴ amnistiados tal como prometió el nuevo gobierno. Los presos políticos recibieron grandes bienvenidas de sus parientes, amigos y compañeros, en

Rawson, Villa Devoto, Córdoba, Resistencia, Chaco, Salta y Ezeiza. No obstante, la solidaridad que había unido a los guerrilleros de diferentes organizaciones desapareció para muchos junto con la adversidad que la había engendrado. Inmediatamente se hicieron más profundas las divisiones entre los combatientes peronistas y guevaristas, estos últimos llenos de desconfianza respecto del gobierno y de escepticismo en cuanto a la alegría popular. Mientras que la promontonera JP consideraba que su tarea consistía meramente en "garantizar" la realización de la prometida amnistía mediante una marcha hacia la cárcel de Villa Devoto y permanecer allí durante toda la noche del viernes 25, los guevaristas del ERP juzgaban que las armas eran el único medio de conseguir sus exigencias: en abril habían secuestrado al jefe retirado de la inteligencia naval Francisco Alemán, y a Jacobo Nasif, coronel de la Gendarmería, en un intento de canjearlos por treinta de sus compañeros de guerra. De hecho, el gobierno respetó el deseo popular y soltó a todos los presos políticos, incluidos doscientos que habían ocupado su bloque de celdas de Villa Devoto la misma víspera de la toma de posesión de Cámpora. Sin embargo, después de que la mayoría de los diez mil manifestantes, principalmente de la JP, hubo abandonado los alrededores de la cárcel demostrando su alegría por la liberación de montoneros como Maguid,⁵ Haidar y Roqué —por no mencionar a personalidades de las FAR, como Berger, Camps y al poeta Francisco Urondo—,⁶ el principal resto guevarista se negó a dejarse relegar totalmente por los peronistas. Espoleados por los rumores de que aún quedaban setenta y ocho "prisioneros de guerra" dentro de la cárcel, intentaron tomarla por asalto, sólo para enfrentarse a la furia de los fusiles Itaka, de las granadas de gases lacrimógenos y de las metralletas vueltas contra ellos por los guardianes y la policía. Oscar Lysak, de la Juventud Peronista,

y Carlos Sfeir, de Vanguardia Comunista (VC), resultaron muertos, y otros veinte heridos, en aquel innecesario "Devotazo".⁷

A pesar de aquel trágico epílogo de un día tan importante en la historia de la Argentina, el giro de los acontecimientos políticos fue en tal momento completamente favorable a los Montoneros. Al tiempo que los guevaristas persistían en su militarismo (ignorando con ello una máxima guerrillera elaborada por su propio mentor),⁸ los Montoneros aprovecharon la oportunidad para extender su influencia política concentrándose en la actividad legal y actuando en múltiples frentes. Adquirieron la capacidad de movilizar a decenas de miles de personas, pero seguían careciendo de una fuerza organizativa de base, lo cual, junto con la oposición de las ramas política, sindical y femenina del Movimiento Peronista, impidió que pudieran cubrir su participación del 25% en los cargos políticos que Perón había asignado a la Juventud. Si hubieran poseído una estrategia independiente para lograr el poder, tales obstáculos habrían sido relativamente poco importantes, pero como su estrategia consistía en operar a través del Movimiento Peronista, tanto dentro como fuera del gobierno, conquistando el mayor terreno político posible, se encontraron muy limitados en sus expectativas. Como "movimientistas", los Montoneros aún dependían de que Perón y su Movimiento fueran verdaderamente revolucionarios, pues sus medios de avance político —una purga de los "burócratas" y "traidores" del Movimiento, y su rejuvenecimiento generacional, tal como había prometido Perón— eran pasos que ellos podían reclamar, pero no conseguir por cuenta propia. Entretanto, los grupos "alternativistas", mucho más pequeños,⁹ seguían repudiando a los burgueses peronistas como "enemigos de clase", para rehuir el contacto con los órganos oficiales del Movimiento y dedicar todas sus energías a la

construcción de una "alternativa independiente de la clase obrera": el núcleo de un futuro partido obrero y de un ejército revolucionario que, sin embargo, no quería cortar el cordón umbilical que lo unía al peronismo, hasta que la masa de los trabajadores estuviera dispuesta a romper con la jefatura peronista.

Los Montoneros aclararon sus puntos de vista sobre el nuevo proceso político en un documento de julio de 1973, redactado con las FAR y titulado "Construir el Poder Popular".¹⁰ En él se daba la imagen de una Argentina situada ante el dilema de optar por "la liberación o la dependencia", lo que obligaba a los argentinos a tomar partido por "el pueblo peronista y sus aliados" o por "el imperialismo y sus aliados". Los enormes monopolios de propiedad extranjera y la "oligarquía industrial, financiera, comercial y agrícola" eran desafiados por "la clase obrera, incluidos un millón y medio de desocupados y los sectores marginales, los pequeños productores urbanos y rurales, la mayoría de los estudiantes e intelectuales y sus aliados, los productores urbanos y rurales medianos y todos los que se identifican con los objetivos de la liberación". El FREJULI era presentado como expresión política de aquella "alianza de clases para hacer frente al imperialismo", y los aspectos más radicales de su programa electoral —"Luchar contra los monopolios y todas las formas de dependencia", "Redistribuir la riqueza", "Nacionalizar y socializar la economía"— eran tomados al pie de la letra. Los autores del documento insistían en que el liderazgo de la clase obrera dentro de la alianza era la única garantía de que el programa fuese aplicado, pero, en la práctica, los Montoneros no se organizaron teniendo presente tal objetivo. Sobre todo porque, a causa de su incuestionable fe en Perón, se avinieron a la dominación de los sectores burgueses y burocráticos del peronismo durante el primer año de su vida gubernamental, confiando

en que Perón optaría tarde o temprano por una trayectoria inequívoca, siempre que la izquierda peronista siguiera siendo una base de poder multitudinaria que supusiera una alternativa. Mientras que la etapa de la liberación y reconstrucción nacional se consideraba transitoria y tendiente a "la construcción nacional del socialismo", la presencia de Perón y de la clase obrera en el Movimiento militaba —por lo que se refería a los Montoneros y a las FAR— en favor de un suave y rápido paso de una etapa a la próxima. Tal como lo veía el líder montonero Mario Firmenich cuando presentó su documento al público, no había "ninguna diferencia entre la patria peronista y la patria socialista, puesto que el Movimiento Peronista dirigido por el general Perón sirve a los intereses de los trabajadores y, precisamente por esta razón, se plantea la construcción del socialismo nacional".¹¹

Todo eso descansaba sobre dos premisas sin fundamento, y una tercera, en extremo dudosa: es decir, la supuesta conversión de Perón al "socialismo nacional"; la suicida predisposición de los sectores burgueses y burocráticos del peronismo para aceptar una jefatura radical de la clase trabajadora; y la posibilidad de mantener una amplia alianza de clases en el poder durante la llamada etapa revolucionaria de "liberación nacional". De estas suposiciones, la última era la más persuasiva, pero, sin embargo, resultaba anticuada. La vitalidad económica de la Argentina a finales de los años cuarenta, que había permitido al primer gobierno peronista la concesión de beneficios a ambos polos del espectro industrial, ya no existía. Fue la crisis económica y no la prosperidad lo que saludó al peronismo cuando, en 1973, volvió al poder: se encontró con la herencia de un importante déficit presupuestario y una tasa de inflación del 6,5% mensual (datos sobre cinco meses hasta marzo de 1973).¹² Además, el país pronto sufrió los efectos

de la decisión —tomada en julio de 1974 por la Comunidad Económica Europea— de cerrar sus puertas a la carne argentina, que afectó al 70% del comercio nacional de exportación de carne y, consiguientemente, a la balanza comercial;¹³ y del alza de los precios mundiales del petróleo, que perjudicó a la Argentina tanto directamente, por ser importadora de crudos (aunque no en gran escala), como indirectamente, por la repercusión de tal aumento en sus importaciones industriales. En tales condiciones, el plan de desarrollo económico peronista y la propia alianza gubernamental empezaron a desintegrarse muy pronto. Durante los treinta y cuatro meses que el peronismo estuvo en el poder, recurrió a seis ministros de Economía, lo que no pudo impedir el declinar económico ni satisfacer a la vez a los patrones y a los trabajadores inicialmente simpatizantes del régimen. Aquellos meses fueron no sólo testigos de la primera huelga general contra un gobierno peronista, sino también de la primera huelga de patrones de la historia de la Argentina; ambas demostraciones debilitaron en gran manera la pretensión histórica del peronismo de armonizar los intereses del capital y de la clase obrera.

La incapacidad del peronismo para emprender conjuntamente una serie de tareas de desarrollo nacional y redistribuir radicalmente la renta nacional, fue algo que los “alternativistas” comprendieron mucho mejor que los “movimientistas”. Los primeros, como el guevarista ERP, pronto se dieron cuenta de que “reconstrucción nacional” no significaba nada más que la reconstrucción nacional del capitalismo, el cual, después de un primer período de concesiones a los trabajadores, perpetuaría la congelación de salarios y el uso de la represión en favor de la acumulación de capitales y del orden social. Pero sagaces análisis por parte del ERP y el Peronismo de Base no se reflejaron en el reclutamiento de nuevos militantes. La convicción del ERP

de que “como el pueblo no puede enfrentarse al Ejército en las calles, la acción guerrillera debe continuar”,¹⁴ fue una actitud de inflexibilidad que sólo contribuyó a aumentar su aislamiento social. Al mismo tiempo, ni ellos ni el Peronismo de Base pudieron hacer mucho para socavar las ilusiones populares puestas en Perón y en el peronismo a causa de su tremenda fuerza y de los aparentes éxitos económicos peronistas durante los doce primeros meses. Más que a los méritos intrínsecos de sus documentos programáticos, los espectaculares progresos de los Montoneros durante aquellos años se debieron al hecho de que sus fórmulas políticas estaban impregnadas de los mitos populares dominantes y de las ilusiones e ideas erróneas de la época, mientras que para los estudiantes poseían el atractivo de cierta coherencia lógica intrínseca. Más tarde, en un documento interno del mes de septiembre de 1977, los Montoneros admitirían el fracaso político del “movimientismo”, iponiendo al mismo tiempo de relieve su popularidad, conceptuándolo, con originalidad, de “desviación correcta” para la situación política de 1973-1974!¹⁵

En realidad, el movimientismo, aunque sólo por algún tiempo, les permitió a los Montoneros adquirir fama y fortuna y los ayudó a convertirse, indiscutiblemente, en la mayor fuerza radical de la Argentina. Durante la breve presidencia de cuarenta y nueve días de Cámpora, antes de que dimitiese para permitir que Perón tomara personalmente el timón, la composición política del gobierno reflejó de manera relativamente precisa la diversidad del Movimiento Peronista. En cuanto a los cargos más importantes, José Ber Gelbard, uno de los principales representantes del sector monopolista de la burguesía nacional, tomó las riendas del Ministerio de Economía; el de Trabajo fue otorgado a Ricardo Otero, de la Unión Obrera Metalúrgica; y la ultraderecha, en la siniestra figura de José López Rega, secreta-

rio particular de Perón, estableció una base al frente del Ministerio de Bienestar Social. Por su parte, la izquierda peronista adquirió cierto grado de influencia durante algo más de un mes en el Ministerio de Relaciones Exteriores, **donde el** ministro correspondiente, Juan Carlos Puig, y su secretario, Jorge Alberto Vázquez, facilitaron el establecimiento de relaciones diplomáticas con Cuba, Vietnam del Norte y Corea del Norte; en el Ministerio de Educación, con Jorge Taiana en el cargo, durante un tiempo considerablemente mayor; y, sobre todo, en el Ministerio del Interior.

Las aspiraciones nacionalistas revolucionarias de un nuevo alineamiento de la Argentina con Chile, Panamá, el Perú y Cuba no fue más allá del discurso con que Vázquez, el 21 de junio, en una reunión en Lima de la Organización de Estados Americanos, pidió la admisión de Cuba. Aunque se diversificaron las relaciones diplomáticas y comerciales de la Argentina, los acuerdos alcanzados por el nuevo gobierno con los países comunistas se debían más a las restricciones en las importaciones de la Argentina impuestas por la CEE que a preferencias ideológicas.¹⁶ Por consiguiente, las nuevas relaciones internacionales fueron bien recibidas o aceptadas por todos los sectores del peronismo e incluso por el capital extranjero: el establecimiento de relaciones comerciales con Cuba, por ejemplo, permitió que los subsidiarios estadounidenses del automóvil que operaban en la Argentina encontraran una salida para eludir el boicot oficial de los Estados Unidos a la isla caribeña. Entretanto, en el Ministerio de Educación, las frecuentes condenas de Taiana a las ocupaciones estudiantiles de las universidades hicieron mucho para modificar el apoyo de la izquierda peronista.

El ministro más cercano a los Montoneros era sin duda Esteban Righi, de Interior. Es cierto que también él se manifestó contra las ocupaciones de los centros docentes y de

los lugares de trabajo que caracterizaron los primeros días del gobierno de Cámpora, pero por otra parte era él quien guió la petición de amnistía a través del Congreso y fue responsable de la rápida liberación de los presos políticos y de la supresión de los organismos represivos del Estado. Se dice de él que tan pronto como recibió su nombramiento se dirigió al cuartel general de la Policía Federal, acompañado de varios activistas montoneros con sus chaquetas de cuero, y ordenó a los policías presentes: "¡Canas, de pie para los combatientes montoneros!", a los que habían estado persiguiendo durante los tres últimos años.¹⁷ Fue Righi el responsable de la disolución del Departamento de Investigaciones Políticas Antidemocráticas (DIPA), que había practicado la caza de brujas contra la izquierda, así como de la destrucción de sus archivos. Más tarde pronunció un elocuente discurso ante una asamblea de jefes de policía a quienes reprendió por sus nefandas actividades y ordenó que abandonaran la tortura y las diversiones al estilo del escuadrón de la muerte. No debe, pues, sorprender que fuera el principal blanco de los ataques derechistas en el gobierno de Cámpora: titulares de periódico como "El ministro del Interior aún no ha dimitido"¹⁸ aparecieron durante el ejercicio de su cargo, que terminó con la dimisión de Cámpora. Poco después, se vio obligado a huir del país y exiliarse en México.

Fuera del gobierno federal, la influencia montonera se dejó sentir en el Congreso Nacional, en las administraciones provinciales y en las universidades. Sólo hubo ocho diputados montoneros en el grupo del FREJULI, formado por 145 representantes en la Cámara de Diputados: Armando Croatto, Santiago Díaz Ortiz, Jorge Glellet, Aníbal Iturrieta, Carlos Kunkel, Diego Muñiz Barreto, Roberto Vidaña y Rodolfo Vittar.¹⁹ Todos ellos pronunciaron discursos radicales e impulsaron la investigación de los casos de tortura y de

las actividades parapoliciales, pero no pudieron conseguir la puesta en práctica de las promesas electorales del FREJULI respecto de la reforma agraria, la socialización y la participación de los trabajadores²⁰ al quedar reducida la eficacia de los ocho por su aceptación de la disciplina del grupo.

Los candidatos montoneros también obtuvieron cincuenta puestos en gobiernos provinciales, así como escaños en gobiernos y legislaturas locales, pero fueron superados en número por los candidatos vencedores nombrados por los sindicatos y otros sectores menos radicales del Movimiento. Varios gobernadores provinciales prestaron su vacilante apoyo a la "movimientista" izquierda peronista, o al menos toleraron su presencia en sus administraciones. Los mejor dispuestos hacia ella fueron Oscar Bidegain (Buenos Aires), Alberto Martínez Baca (Mendoza), Jorge Cernic (Santa Cruz), Miguel Ragone (Salta) y Ricardo Obregón Cano (Córdoba). Los gobernadores de Santa Cruz y de Córdoba ya habían hecho mucho, en 1973, para merecer el patrocinio táctico de la izquierda peronista, pero otros se acercaron a la tendencia montonera por razones muy pragmáticas: como Cámpora, carecían de sólidas bases de apoyo en el Movimiento. Todos eran atacados por los mandamases sindicalistas constructores del imperio y por la derecha peronista, y recibían poco o ningún apoyo de Juan y de Isabel Perón. Finalmente fueron eliminados por una serie de intervenciones federales (Mendoza, Formosa, Santa Cruz); dimisiones forzadas (Buenos Aires, Catamarca); un misterioso accidente aéreo (Misiones) y un golpe policiaco de inspiración fascista (Córdoba). El vicegobernador de Córdoba, el popular dirigente obrero Atilio López y Miguel Ragone fueron después asesinados por los escuadrones de la muerte. Sin embargo, varios de los ex gobernadores sobrevivientes decidieron comprometerse totalmente con los Montoneros, como hizo Ricardo Omar Sapag, cosa

que puso a su padre, Felipe Sapag, gobernador de Neuquén, en un serio compromiso.²¹

Los progresos iniciales de la izquierda peronista se vieron gradualmente reducidos mientras el ala derecha y los representantes sindicales se hacían cada vez más dominantes en el gobierno y en la educación superior. Indudablemente, el más valioso trofeo concedido a la izquierda "movimientista" bajo Cámpora fue la Universidad de Buenos Aires, donde el prolífico historiador nacionalista Rodolfo Puiggrós, relevante ex miembro del Partido Comunista, fue nombrado interventor para preparar el camino de las reformas. Ayudado por varios nuevos decanos de facultad que simpatizaban con él, Puiggrós, como rector, empezó a transformar esa institución, tradicionalmente liberal, en la "Universidad Nacional y Popular de Buenos Aires". Los catedráticos que se habían mostrado partidarios del régimen militar o que eran "agentes de compañías que deforman el proceso histórico nacional"²² fueron despedidos; se ordenó a la policía que saliera de las facultades y se concedió plena libertad de expresión a los grupos políticos estudiantiles; catedráticos, estudiantes y personal no académico comenzaron a participar en la dirección de la universidad; se crearon cursos como el de "Historia de las luchas del pueblo argentino por su emancipación"; se establecieron instalaciones médicas y centros de ayuda legal de las pertinentes facultades en las zonas humildes, en un esfuerzo por conseguir que la universidad estuviera al servicio de la gente corriente; y se suprimieron las restricciones de ingreso.²³ La Universidad de Buenos Aires y, en menor medida, las del interior experimentaron así cambios fundamentales. Dejó de ser una "isla", se hizo más democrática e intervino más activamente en los planes de desarrollo nacional. Sin embargo, incluso los académicos izquierdistas se desconcertaron ante los resultados del ingreso sin

restricciones: la población estudiantil de aquella sola universidad pasó de 80.000 en el año 1973 a 237.000 en 1975, ¡con una proporción entre estudiantes y profesores que llegó a 300 por 1!²⁴

Para su labor política en aquel período, los Montoneros crearon una serie de organizaciones de masas adaptadas a las necesidades de cada uno de los movimientos sociales más importantes. A la JP (Regionales), que entonces se concentró en actividades a nivel de barrio, se le unieron la Juventud Universitaria Peronista (JUP), la Juventud Trabajadora Peronista (JTP), la Unión de Estudiantes Secundarios (UES), el Movimiento de Villeros Peronistas (MVP), la Agrupación Evita (AE) de la rama femenina y el Movimiento de Inquilinos Peronistas (MIP);²⁵ colectivamente, esas organizaciones fueron conocidas como Tendencia Revolucionaria del Movimiento Peronista.

Los Montoneros movilizaron impresionantes multitudes a través de tales organizaciones en las concentraciones y manifestaciones de 1973-1974, así como en las actividades relacionadas con la campaña electoral presidencial de septiembre de 1973. En más de media docena de ocasiones, consiguieron reunir de 50.000 a 150.000 personas, e incluso sobrepasaron dichas cifras cuando el definitivo regreso de Perón al país, el 20 de junio de 1973: si bien las estimaciones del número de argentinos que fueron a recibirlo al aeropuerto de Ezeiza oscilaron entre un millón y medio y cuatro millones, se sabe con certeza que la Tendencia, por sí sola, había movilizado a la mitad de ellos. Fuera de Buenos Aires, por supuesto, las muchedumbres fueron menos numerosas, aunque proporcionales, en cuanto al número de asistentes, a las de la Capital Federal, naturalmente teniendo en cuenta las diferencias de población de las distintas ciudades.²⁶ Y cuando grupos juveniles rivales patrocinados por la derecha peronista o por la buro-

cracia intentaron competir con la Tendencia, los resultados de sus convocatorias fueron superados por ésta en un número, como mínimo, seis veces mayor.²⁷

El 31 de agosto de 1973, en ocasión de una gran marcha peronista que ~~debía desfilar ante la sede~~ de la CGT, en apoyo de la candidatura presidencial de Perón, los líderes sindicalistas y los Montoneros tuvieron la oportunidad de competir abierta y directamente en el juego de las cifras bajo la mirada del mismísimo Perón. El resultado no desacreditó en modo alguno a los contingentes de la Tendencia: mientras que éstos invirtieron 162 minutos en pasar frente a la tribuna, las columnas movilizadas por la CGT necesitaron 165 minutos para hacer el mismo recorrido (¡según la JP, andando más lentamente!); y dos grupos juveniles no pertenecientes a la Tendencia, sólo once minutos en conjunto. La CGT, que se había estado preparando durante un mes, gastó, según se dijo, 300.000 dólares en el acontecimiento, y centenares de autobuses recogieron a los obreros a la puerta de las fábricas; la Tendencia había decidido participar el 28 de agosto y consiguió movilizar a sus 150.000 manifestantes en sólo dos días.²⁸

Limitaciones de la Tendencia Revolucionaria

La tragedia para la Tendencia fue que ninguna de sus movilizaciones multitudinarias impresionó a Perón. Había utilizado a la juventud y a las formaciones guerrilleras como puntas de lanza en las luchas de 1966-1973 contra la "estratocracia", las usó también para llevar a cabo la mayor parte de las tareas electorales entre marzo y septiembre de 1973, pero, finalmente, no volvió a tener necesidad de sus servicios. Perón, ya de nuevo en el poder, si bien procuró mantener idealmente la unidad de su Movimiento, no sin-

tió inclinación a retener *a toda costa* al ala radicalizada, considerando que podía conservar el apoyo, o al menos el control, del movimiento obrero. Cuando se hizo evidente que a pesar de su frecuente buena disposición al compromiso, la Tendencia no podía ser "domesticada", el interés de Perón no se centró en hacer concesiones con el fin de mantener una unidad cada vez menos real, sino en echar a la izquierda de su Movimiento, intentando aislar el "virus" del socialismo. En febrero de 1974 demostró el desprecio que sentía por la izquierda al decir a los grupos juveniles de derecha ligados a la burocracia obrera que prefería "un líder honesto con diez personas detrás de él a uno deshonesto con diez mil",²⁹ y en junio procedió sin más a clausurar definitivamente la totalidad de la rama juvenil después de explicar que no quería "llevar la manzana de la discordia dentro del Movimiento".³⁰ Cuando se necesitaba de nuevo alguna demostración de apoyo popular, el influjo personal de Perón, junto con la ayuda del aparato sindical, podía llenar aún la Plaza de Mayo. A pesar del boicot de la Tendencia, la última aparición pública de Perón en dicha plaza, el 12 de junio de 1974, fue presenciada por una multitud de 60.000 a 100.000 personas, con la particularidad, eso sí, de que tuvieron que ser espoleadas: Perón había amenazado con dimitir, y la CGT declaró una huelga de diez horas, que empezó a media mañana, para poder transportar trabajadores al sitio de la concentración desde sus lugares de trabajo.

Sin embargo, el número de asistentes a tales actos fue un factor cada vez menos importante en las luchas internas peronistas cuando Perón hubo vuelto a la presidencia; las movilizaciones callejeras, sin la fuerza económica y organizativa para respaldarlas, corrían el peligro de convertirse en puro exhibicionismo, pero la Tendencia siguió careciendo de esos decisivos refuerzos. Su debilidad

organizativa era el resultado directo de la herencia recibida por las organizaciones de masas consistente en las estructuras burocrático-autoritarias y los procedimientos elitistas³¹ que caracterizaron a todas sus formaciones especiales, sobre todo a los Montoneros. Todas las organizaciones de masas tenían una jefatura nacional, y las mayores (la JUP, la JTP y la UES, así como la propia JP), también ejecutivos regionales, pero todos eran elegidos por la jefatura montonera en vez de serlo por sus militantes. Antes de desarrollar cuadros con la base de las organizaciones de masas, los Montoneros se mostraban muy selectivos respecto de quiénes debían incorporar y a quiénes les servían solamente para las movilizaciones y las campañas electorales. Sólo los jóvenes peronistas visiblemente capaces eran escogidos para el adiestramiento especializado político y militar, que se les daba con el fin de prepararlos para su incorporación a los Montoneros. Ello significaba que las grandes multitudes que éstos solían movilizar a través de sus organizaciones de masas no podían equipararse legítimamente con el apoyo numérico para un proyecto político revolucionario. La movilización no se basaba en un análisis coherente de los problemas de la Argentina, en una alternativa socialista definida con claridad o en una teoría que guiase a los movilizados a lo largo del camino que, surgiendo de la sociedad ya existente, debía llevarlos a otra que los Montoneros querían construir en el futuro. En su mayoría eran movilizados mediante consignas y por la expresión de posturas políticas específicas que, por lo general, no estaban vinculadas con ningún proyecto global de transformación de la sociedad; y también mediante el atractivo emocional de las concentraciones y marchas de los Montoneros con su colorido, sus cantos, su redoble de tambores, su exuberancia, su sentido de la fuerza y de la solidaridad y su extrema arrogancia.

La adhesión a las organizaciones promontoneras expresaba a menudo el genuino deseo de un cambio, pero un cambio que parecía confuso y desarticulado, y que así permanecía: una pequeña minoría se convertía en cuadros, capaces de dirigir, de organizar y de tomar iniciativas políticas, mientras que la amplia mayoría hacía poco más que contribuir con sus cuerpos, voces, vigor y entusiasmo a los acontecimientos multitudinarios durante los proyectos de trabajo social relacionados con la reconstrucción nacional.³² Tal estado de cosas, no reconocido como problema por los Montoneros hasta principios de 1974, no significaba tan sólo un verdadero derroche de talento político en potencia, sino que abonaba el terreno para las escisiones. Ante una total ausencia de mecanismos para la participación de la base militante en la elaboración de las normas oportunas, y no pudiéndose contar con medios internos democráticos con que cuestionar a los líderes, los grupos disidentes tendían a convertirse en facciones rebeldes que rompían con la organización o que eran expulsadas de ella. Fueron varias las disidencias que surgieron, a la derecha y a la izquierda de la ortodoxia montonera, durante un período tan cargado de actividad política.

A la izquierda, con base en la ciudad de Córdoba, el año 1973 presenció el surgimiento de la Columna José Sabino Navarro, de corta vida, cuyos líderes incluían a Luis Losada, el montonero herido y capturado después de la ocupación de La Calera, y a Luis Rodeiro, un superviviente del tiroteo en que murieron Abal Medina y Ramus. Rodeiro se convirtió en director de *Puro Pueblo*,³³ portavoz de la Columna. Esa tendencia no creció, por carecer de propuestas positivas propias, pero su crítica de los Montoneros, llevada a cabo mediante una serie de "Notas para los militantes",³⁴ fue escrita con autoridad y experiencia.

Rechazando el "movimientismo" de los Montoneros y su concepto de etapas revolucionarias, la crítica atribuía la

principal debilidad de su organización madre al hecho de haber sido lanzada "desde arriba", a manera de "respuesta de la pequeña burguesía radicalizada a los problemas generales del país", en vez de crearse como respuesta a las necesidades de la clase obrera argentina. A continuación, la lucha armada, faltando participación obrera, había militarizado "todos los aspectos de la vida" de los Montoneros con el resultado de que cuando finalmente dieron un giro hacia la actividad política, ésta había sido obstaculizada por la estructura militar y burocrática, que sofocó el espíritu crítico y el disentimiento.³⁵

A su vez, lo único que podía ofrecer el disidente derechista era una obsequiosa lealtad a Perón: la tendencia "leal", que rompió filas a principios de 1974, se limitó a abogar por el fin de las críticas montoneras a Perón. Atrajo a su jefatura a Jorge Obeid, ex líder de la Segunda Región (que comprendía Santa Fe y Entre Ríos) de la JP, pero sólo afectó de manera significativa a la JUP, e incluso en el ámbito universitario, su candidatura sólo atrajo 350 votos en comparación con los 21.000 que ganó la JUP en las elecciones estudiantiles de 1974 celebradas en la Universidad de Buenos Aires.³⁶ Ambos grupos disidentes cayeron en el olvido hacia finales de 1974, pero su efímera existencia puso al menos de manifiesto una debilidad organizativa, y fundamentalmente política, de los Montoneros: la falta, debido a su militarismo, de toda forma democrática interna que permitiera resolver las diferencias internas. Para ellos, la discusión era equiparable a la traición, y la crítica, a la hostilidad. Los grupos minoritarios se consideraban amenazas que había que exorcizar mediante el ostracismo y la expulsión; nunca empleando la fuerza de la argumentación política.

La debilidad económica de la Tendencia Revolucionaria, debida a su composición social, fue un problema aún más serio para los Montoneros. El gobierno peronista era

sensible a las presiones de los que tenían en sus manos el poder económico, como lo demostraría la huelga general de mediados de 1975, que costó ochocientos millones de dólares en pérdidas de productividad;³⁷ pero el grupo obrero de la Tendencia, la JTP, sólo experimentó un crecimiento espectacular entre los trabajadores no industriales. Aun cuando pudo reunir 20.000 personas en un acto celebrado en el Luna Park en noviembre de 1973³⁸ y pese a haberse impuesto en los consejos regionales de la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE) en Córdoba, Rosario y Misiones, y haber conseguido fuertes posiciones entre los choferes (UTA), los trabajadores de Gas del Estado y los empleados bancarios de Buenos Aires, la JTP nunca llegó a tener una verdadera influencia sobre los trabajadores industriales. Como demostración aproximada del grado de debilidad de la JTP dentro del movimiento obrero, cabe mencionar que en la manifestación de la CGT del 31 de agosto antes citada, los cronómetros revelaron que, en tanto las columnas de Trabajadores del Estado y las de Gas del Estado (pertenecientes a la JTP) invirtieron respectivamente dieciséis minutos en pasar por delante de la tribuna, los obreros dirigidos por la burocracia sindical necesitaron más tiempo: los trabajadores de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM), cuarenta minutos; los afiliados al Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA), treinta y tres; y los afiliados de Luz y Fuerza y de la Unión Ferroviaria (UF), veinte cada uno. Además, el total de dieciséis minutos invertidos por la JTP quedó superado, con mucho, por los 146 minutos que tardó el resto de la Tendencia Revolucionaria en hacer el mismo recorrido.³⁹ Aun teniendo en cuenta que algunos grupos pequeños de la JTP desfilaron con las columnas oficiales de los sindicatos, ninguna estimación razonable del conjunto social de la Tendencia podría atribuir al elemento obrero más de un 20-30%, con un 50%

a los estudiantes y el restante 20-30% a otros participantes de la clase media, consistentes en alumnos de secundaria y profesionales. La expresión de la mayoría estudiantil de la Tendencia fue la Juventud Universitaria Peronista (JUP), la cual, en 1973, al tomar parte por primera vez en las elecciones estudiantiles de la Universidad de Buenos Aires, consiguió 23.176 votos (el 44% del escrutinio), con lo que se impuso en nueve de los trece centros estudiantiles.⁴⁰

Los defectos de organización y la falta de poder económico estratégico limitaron la influencia de la Tendencia montonera dentro del Movimiento Peronista y en el gobierno, y lo mismo sucedió con el vacilante comportamiento político de los Montoneros durante aquel período. Tal situación se hizo por primera vez evidente en abril de 1973, cuando Rodolfo Galimberti fue depuesto por Perón de su cargo de delegado de la juventud, después de haber pedido la creación de una "milicia popular" de trabajadores y estudiantes destinada a defender los principios justicialistas. Aun cuando el líder de la Juventud Peronista había declarado que la cuestión de si debía ser armada o no dependía del curso de los acontecimientos, cuando fue llamado a Madrid fingió que "no había sido comprendido bien" y dijo que, sin duda alguna, la milicia propuesta no debía ir armada. Las sucesivas retiradas del primitivo plan de la JP condujeron finalmente a un proyecto para crear sólo un cuerpo de trabajo juvenil. Sin embargo, no se pudo salvar a Galimberti. Fue obligado a dimitir, se vio retirado de la circulación política durante un año por los Montoneros como si hubiera caído en desgracia, y tuvo que sufrir la humillación de que la jefatura de la JP, con gran hipocresía, respaldara la decisión de Perón. La Juventud condenó a Galimberti por sus intentos de introducir "una política de extrema izquierda" en el Movimiento y lo acusó de "infantilismo y cierto elitismo".⁴¹

Ello estableció la tónica para las reacciones de la Tendencia Revolucionaria a las sucesivas decisiones de Perón favorecedoras de los sectores menos radicales de su Movimiento. Según sostenían los Montoneros, sus críticas de la legislación propugnada por Perón no implicaban diferencias políticas con él, sino que eran motivadas por sus temores sobre la manera en que las leyes serían aplicadas por los "agentes" de la extrema derecha infiltrados en el aparato estatal. A cada promulgador de una ley antipopular, la Tendencia montonera declararía que su "espíritu" y sus intenciones eran buenas, pero que su puesta en práctica por Perón podía ser subvertida por los "infiltrados".

Sin ninguna crítica al principio, los Montoneros apoyaron el Pacto Social, un acuerdo entre la CGT y la Confederación General Económica (CGE) de los empresarios nacionales, patrocinado por el nuevo gobierno peronista, en el que se prometía a la clase obrera un aumento de su participación de la renta nacional, que pasaría del 35% (nivel de mayo de 1973) al 48% (nivel de 1955), además del control de los precios, a cambio de dejar en suspenso por dos años los derechos de libre negociación colectiva. Para los Montoneros, el pacto fue la clave económica de su ilusorio "frente de liberación nacional", aun cuando el sentido común económico dejaba traslucir que el acuerdo no tardaría en zozobrar. Teniendo en cuenta los problemas económicos de 1973-1974, era una pretensión totalmente irreal esperar que los empresarios invirtieran en un proyecto de desarrollo con sus precios congelados y unos salarios más elevados; y también lo era —esta vez doblemente irreal— contar con que, como hacían los Montoneros, los sectores más débiles de la comunidad comercial e industrial se ajustarían al mismo comportamiento sólo porque eran "nacionales" y porque tenían intereses que se consideraban "objetivamente" opuestos a los del capital extranjero. Dadas las circuns-

tancias, el único medio que encontraron los peronistas para proveer créditos baratos destinados a la burguesía nacional y a estimular el crecimiento fue permitir que la cantidad de dinero en circulación aumentara astronómicamente: durante sus primeros dieciséis meses en el poder, autorizaron la acuñación e impresión de dinero por una cifra ¡dos veces y media mayor que la representada por la emisión de monedas y billetes a lo largo de los últimos cien años!⁴² La hiperinflación esperaba a la vuelta de la esquina.

Económicamente, el Pacto Social era una verdadera utopía; en lo político era potencialmente represivo, al menos en cuanto a sus implicaciones. Bajo el mismo, y con la legislación inherente, las huelgas podían ser declaradas ilegales por el gobierno, el ministro de Trabajo quedaba autorizado para imponer la conciliación obligatoria y los sindicatos que organizaran huelgas se exponían a la suspensión o pérdida de sus derechos legales. Con todo, debido a su concepto sumamente esquemático de etapas revolucionarias, los Montoneros esperaron varias semanas a unirse a las críticas obreras del pacto, y sólo para pedir "modificaciones". No se mostraron partidarios de que el pacto fuera anulado hasta un año después de la elección de Cámpora, cuando el "comandante" montonero Mario Firmenich dijo, ante una multitudinaria concentración que tuvo lugar en el estadio de Atlanta, que debía negociarse un nuevo pacto para dar a los obreros el "51% del poder". En respuesta a los insistentes gritos de "Todo el poder", siguió declarando que "en el proceso que tenemos en marcha, no todo el poder puede pertenecer a la clase trabajadora. Es un problema de equilibrio de fuerzas, es un problema del avance, a través de la liberación nacional, hacia el socialismo nacional".⁴³

Tal clase de afirmaciones resaltaba el dilema político a que se enfrentaban los Montoneros: por ser leales, aunque críticos, al peronismo, no tenían la posibilidad de atraer a

la minoría obrera con conciencia de clase, que empezaba a desafiar la estrategia económica del gobierno, a pesar de que el canon revolucionario sugería que aquella minoría tenía que ser el objetivo prioritario del reclutamiento; por otra parte, el haber hecho una crítica más dura de la trayectoria de la política gubernamental hubiera supuesto el riesgo de aislarse del resto del Movimiento Peronista, incluida la mayoría de los trabajadores "economicistas", con lo que los sindicatos hubiesen quedado en manos de la burocracia sindical reformista.

Finalmente, los Montoneros recibieron lo peor de ambas partes al quedarse sin una cosa y sin la otra. Su actitud hacia las medidas del gobierno era demasiado crítica para que la tolerase la jefatura peronista, siempre a punto de exigir la "ortodoxia" y la "lealtad" tradicionalmente requeridas de los adheridos al Movimiento, pero insuficientemente firmes para preludiar la formulación de una genuina política alternativa al peronismo ortodoxo. Sin embargo, el comportamiento montonero durante el bienio 1973-1974 se inclinó hacia una acomodación con el gobierno. Así pues, la JTP abandonó las ocupaciones de los lugares de trabajo que se produjeron durante las primeras semanas de la presidencia de Cámpora tan pronto como Perón agitó el dedo de manera reprobadora; sólo algunas partes de la nueva Ley de Asociaciones Profesionales (que fortalecía la burocracia sindical dando poderes a la CGT para que "interviniera" en sus secciones regionales, y a las federaciones para que intervinieran en los sindicatos participantes) fueron elegidas para la crítica, aun cuando la influencia de la Tendencia en el Congreso era demasiado débil para poder obtener enmiendas; y la Tendencia apoyó una nueva Ley de Prescindibilidad confiando en que sería usada contra los "reaccionarios" y no, como sucedió, contra los militantes de izquierda. Por último, durante la reforma del Código Penal

aprobada en enero de 1974, en virtud de la cual se introdujeron para las actividades guerrilleras penas más duras que las existentes durante el régimen militar, los Montoneros hicieron todo lo posible para llegar a un compromiso mediante —a fin de cuentas— el intento de que se alterasen sólo dos cláusulas. Bajo aquella ley, la tenencia de armas podía suponer una sentencia más dura que el asesinato.

Todos los compromisos legislativos se llevaron a cabo con la vana esperanza de que, con Perón en el poder, la legislación se interpretaría según su "verdadero" (léase "progresista") espíritu, especialmente si la izquierda movilizaba sus numerosos seguidores para impedir que el general sucumbiera a las presiones derechistas. Tan grande era la fe de los Montoneros en Perón, que durante algunos meses sus "desviaciones" del camino de la esperada liberación nacional fueron pasadas por alto o sólo criticadas en tono moderado. Después de que Cámpora dejara la presidencia el 13 de julio de 1973, la nominación por Perón de su tercera esposa, Isabel, como candidata a la vicepresidencia para las elecciones del 23 de septiembre fue algo que los sorprendidos Montoneros "no entendimos ni entendemos". Comentaron que "no era la persona más representativa de aquellos dieciocho años de lucha [por parte de la oposición peronista]", pero, aunque expresaron su desacuerdo con la designación, decidieron callarse "disciplinadamente", confiando en que Perón pronto pondría las cosas en su lugar.⁴⁴ No criticaron la dimisión de Cámpora, sino sólo el intento de la derecha peronista de presentar los acontecimientos del 13 de julio como una "revolución palaciega" tramada por ella, y no como resultado de un acuerdo previo entre Perón y Cámpora.⁴⁵

Cuando el 12 de octubre Perón tomó posesión del cargo de presidente, los Montoneros celebraron el acontecimiento anunciando su fusión con las FAR. Llenos de optimismo, declararon alegremente: "Perón hoy es Argentina. Es Soberanía. Es Patria".⁴⁶ Al mismo tiempo, mediante un incrédulo editorial en su semanario *El Descamisado*, titulado "Y esto, ¿qué es?"⁴⁷, pretendían que Perón no tenía nada que ver con un "Documento Reservado" de la jefatura peronista, publicado después del asesinato de José Rucci, secretario general de la CGT, verdadera declaración de guerra contra los "grupos marxistas terroristas y subversivos" supuestamente "infiltrados" en el Movimiento.⁴⁸ Sin embargo, ¡fue Perón quien anunció públicamente el documento, y su firma la que figuraba al pie del mismo! La incredulidad ante el hecho de que Perón estuviera defendiendo a la derecha peronista y a los líderes sindicales paralizó la iniciativa de los Montoneros por espacio de varias semanas, mientras asimilaban estoicamente el castigo verbal que él les infligía. Después del discurso pronunciado por Perón el 8 de noviembre en la sede de la CGT, en el que equiparó a los llamados "infiltrados" con "gérmenes" que estuvieran contaminando al Movimiento, los Montoneros llegaron incluso a obedecer su orden de no criticar a los ministros del gobierno, aceptando así el principio peronista del "verticalismo", o disciplina y autoridad de arriba abajo. Como escribió Dardo Cabo (que se había hecho cargo de la dirección de *El Descamisado* sucediendo en el puesto, tras la publicación del primer número, a Mario Hernández, más izquierdista que él): "Quien conduce es Perón, o se acepta esa conducción o se está afuera del Movimiento [...] Porque esto es un proceso revolucionario, es una guerra y aunque uno piense distinto, cuando el general da una orden para el

conjunto [el Movimiento], hay que obedecer".⁴⁹ Lo que equivalía a decir, con menos palabras: "Aquí manda Perón".

Durante aquellas semanas los Montoneros fantasearon sobre el "extraño" comportamiento de Perón. En vez de cuestionar inmediatamente su propio concepto del general, lo presentaron como inocente prisionero de una pandilla de agentes imperialistas, traidores y burócratas constituidos en un cordón que lo rodeaba y aislaba de sus seguidores. José López Rega, ministro de Bienestar Social, pasó a formar parte de aquel fantástico drama en el papel del villano principal, que tergiversaba las órdenes de Perón e impedía que llegara hasta él la opinión de las masas. Durante varias semanas los Montoneros creyeron que bastaría, para rectificar aquel proceso político, utilizar su fuerza movilizadora y romper el cordón con el fin de que se renovara el contacto directo entre Perón y las masas, el cual, según ellos, había proporcionado tradicionalmente su dinamismo revolucionario al Movimiento Peronista. De ahí la afirmación de los Montoneros: "Cuando Perón y su pueblo se juntan, sólo triunfan Perón y el pueblo".⁵⁰

Las cosas no empezaron a llegar a su culminación hasta enero de 1974, momento en que Perón pidió a un grupo de diputados disidentes del FREJULI que votaran en el Congreso a favor de su regresiva reforma del Código Penal o que dimitieran. Los Montoneros, que habían estado murmurando veladas amenazas de retirar a sus representantes parlamentarios, tenían que cumplirlas entonces para no desacreditarse. Con un Perón no dispuesto a hacer concesiones para mantener la unidad del Movimiento Peronista, los ocho diputados de la Juventud Peronista dimitieron el 24 de enero. Si bien intentaron evocar el recuerdo de Evita y su llamado "renunciamiento" de la vicepresidencia en 1951, declarando que "renunciaban a los honores, pero no a la lucha"⁵¹, su gesto fue muy poco coherente: de las ocho

personas que, por ser los que seguían en las listas del FREJULI para la sustitución de sus diputados, ocuparon los escaños vacíos, dos eran los montoneros Leonardo Bettanín y Miguel Domingo Zavala Rodríguez. En la ceremonia de la toma de juramento ambos se diferenciaban de los otros recién llegados haciendo su promesa "por Dios y la patria, por la memoria de Evita y por los caídos en la batalla por la liberación nacional", y, cosa nada sorprendente, no se les permitió formar parte del grupo del FREJULI.⁵²

Durante el mismo mes los Montoneros hicieron algunas críticas suaves, según empezaban a descubrir que tenían diferencias políticas con Perón. Al dirigirse a los asistentes de una jornada de formación política de la Juventud Peronista, Mario Firmenich reconoció que antes del retorno de Perón los Montoneros habían "hecho nuestro propio Perón, más allá de lo que es realmente. Hoy que está Perón aquí, Perón es Perón y no lo que nosotros queremos". Admitió que Perón permanecía fiel a su tradicional Tercera Posición y que, para él, el "socialismo nacional no es socialismo; lo que Perón define como 'socialismo nacional' es el justicialismo", algo que propugnaba la alianza de clases en vez de impulsar la lucha entre ellas.⁵³ El descubrimiento de una brecha ideológica entre Perón y los líderes montoneros no condujo, sin embargo, a una retirada de su apoyo, porque los Montoneros aún se sentían estratégicamente unidos a él: seguían de acuerdo con la postulación de Perón de una alianza interclasista nacional, aunque, mientras que Perón veía un fin en la conciliación de las clases, ellos creían que tal alianza, poniendo en práctica medidas antiimperialistas, iniciaría inevitablemente el proceso hacia el socialismo. Es importante señalar que esa distinción entre la ideología de Perón y su estrategia no era una idea que los Montoneros transmitieran al público, ni siquiera a sus simpatizantes. Siempre con la esperanza de que Perón hiciera

algún gesto de concesión en favor de ellos, los líderes montoneros disimulaban sus diferencias en público, con el resultado de que muchas de las antiguas ilusiones de que el general era socialista seguían vivas en la mente de muchos de sus seguidores, para dar lugar más tarde a la actitud de "Perón nos traicionó".⁵⁴ La postura oficial de los Montoneros continuó siendo la de que, a pesar de los "errores" atribuibles a "un análisis erróneo de la situación nacional", Perón era todavía un revolucionario y un antiimperialista, aun cuando hubiera optado por "un proceso de liberación a muy largo plazo", ¡para "engañar" al imperialismo!⁵⁵

La segunda "demostración" que hicieron los Montoneros y su Tendencia, destinada de nuevo a arrancar concesiones a Perón con la amenaza implícita de abandonar el Movimiento, tuvo efecto el 31 de enero, cuando boicotearon una reunión entre Perón y las organizaciones juveniles en la residencia presidencial de Olivos. Pusieron reparos a la invitación al acto de grupos ultraderechistas tales como la Concentración Nacional Universitaria (CNU) y el Comando de Organización (C de O), basándose en que no representaban a la Juventud Peronista, sino que habían sido responsables de asesinatos y otros ataques contra militantes de la izquierda peronista. Entre los que tomaron parte en aquella reunión con Perón, como en las otras que se celebraban semanalmente, se hallaba el líder de la CNU, Alejandro Giovenco, quien, después de haber participado en la fracasada "invasión" de las islas Malvinas junto con Dardo Cabo y otros quince en 1966, y tras haber sido encarcelado por ello, se había convertido en uno de los guardaespaldas de José Rucci, secretario general de la CGT. Persuasivas pruebas de la relación entre la derecha peronista y la creciente incidencia del terrorismo⁵⁶ quedaron de manifiesto el 18 de febrero, cuando Giovenco, mientras se dirigía a media-

noche a un destino desconocido, fue destrozado, en el centro de Buenos Aires, por la explosión de una bomba que llevaba en su cartera de mano. Sin embargo, el boicoteo de las reuniones de Perón con las organizaciones juveniles por parte de la Tendencia siguió siendo más una maniobra táctica que un acto de desafío basado en cuestiones de principios: Alberto Molina, de los Montoneros, así como varios líderes de las organizaciones de masas, asistieron a la reunión del 25 de abril para ponerse de acuerdo sobre la celebración del Primero de Mayo, ello a pesar de que Perón se había negado a excluir a los jóvenes fascistas.

El 11 de marzo de 1974, un año después del triunfo electoral peronista, 50.000 personas atestaron el estadio de Atlanta con motivo del último mitin multitudinario de la Juventud Peronista y Montoneros, ansiosas de escuchar lo que los líderes de la Tendencia tenían que decir como respuesta a sus recientes reveses. Era la ocasión adecuada para la reaparición pública de Galimberti, pero fue Firmenich el hombre que había de marcar el curso de la futura política montonera. En su discurso, el montonero número uno habló de que el pretendido proceso de liberación había sido "tergiversado" y "traicionado" por los "traidores" al Movimiento, especialmente por los candidatos sindicalistas que habían conseguido el cargo de vicegobernador provincial sólo para conspirar contra los gobernadores populares, así como por las personas que, al frente de las estructuras oficiales, habían purgado a los militantes de la izquierda peronista. Para "reencauzar" el proceso conforme a las líneas de la liberación nacional, Firmenich insistía en tres propuestas: que el pacto social existente fuera desechado en vez de reformado; que era necesario "recuperar el gobierno para el pueblo y para Perón" en lugar de "apoyar, controlar y defender" al gobierno popular, como pedía su anterior lema; y que la Juventud Peronista y las demás or-

ganizaciones paralelas debían prestar más atención a las tareas organizativas.⁵⁷ Lo que no dijo fue que el mayor "traidor" a la concepción montonera de lo que el peronismo debía ser y hacer era el propio Juan Domingo Perón.

Sin embargo, se había hecho inevitable un enfrentamiento de envergadura. Ocurrió en la Plaza de Mayo, escenario del júbilo popular sólo un año antes, cuando los Montoneros intentaron transformar lo que los líderes peronistas consideraban una fiesta del Primero de Mayo en una asamblea en que "el pueblo" pudiera "dialogar" con su jefe.⁵⁸ Por última vez la Tendencia Revolucionaria hizo un alarde de fuerza numérica movilizand o a 60.000 personas —quizá más— de la asistencia total de 100.000, cuyo resto fue aportado principalmente por los sindicatos. Si los líderes peronistas se hubieran podido salir con la suya, el acto hubiera sido una concentración de masas perfectamente orquestada que habría aplaudido un anodino discurso de Perón, exhortador de la unidad nacional; pero en realidad el acto puso de manifiesto que el peronismo se encontraba al borde de una guerra fratricida.

Aquel día los Montoneros y sus devotos se mostraban indomables. Los organizadores sólo habían permitido que se exhibieran en la plaza los estandartes de los sindicatos y banderas nacionales, pero las enseñas que los Montoneros enarbolaban, una vez en la plaza, fueron transformadas. Al salir al balcón de la Casa Rosada, Perón se encontró con un paisaje de estandartes de los conductores de autobús de la UTA, con las siglas amañadas de modo que se leyera "JTP", así como varias banderas argentinas con el nombre Montoneros escrito con aerosol. Y sus portadores no se contentaban con gritar "Argentina, Argentina" y "Perón, Perón", como las autoridades peronistas habían estipulado. Silbaron con despiadadas muestras de burla cuando Isabel Martínez, esposa de Perón, coronó a la "Reina del Trabajo". "No

queremos carnaval, Asamblea popular", se gritó antes de que se oyeran exclamaciones de "Si Evita viviera, sería montonera". Luego, tras un minuto de silencio en memoria de Eva Perón y de todos los difuntos peronistas, redobló un tambor de la JP y se leyeron en voz alta los nombres de los montoneros asesinados, con la respuesta de "Presente" por parte de la Tendencia después de cada uno: "Fernando Abal Medina"... "¡PRESENTE!" "Carlos Gustavo Ramus"... "¡PRESENTE!" "José Sabino Navarro"... "¡PRESENTE!".⁵⁹

Perón estaba furioso. Y más se enfureció cuando, en el momento en que se acercaba al micrófono, fue recibido con la persistente pregunta montonera, proferida a gritos: "¿Qué pasa, qué pasa, qué pasa, general, que está lleno de gorilas el gobierno popular?". Perdido el dominio de sí, renunció a su discurso de unidad nacional y soltó contra la izquierda peronista un ataque que equivalió a una declaración de guerra. Después de sólo cincuenta segundos de elogios a la calidad del sindicalismo argentino, mientras se oían consignas gritadas contra los líderes sindicalistas, hizo su primera referencia a "estos estúpidos que gritan"; sin embargo, de momento, la Tendencia no reaccionó. Perón prosiguió: "Decía que a través de estos veinte años, las organizaciones sindicales se han mantenido incommovibles, y hoy resulta que algunos imberbes pretenden tener más méritos que los que lucharon durante veinte años". Poco después, tras haber oído las consignas recordatorias de dos de los líderes obreros asesinados ("Rucci traidor, saludos a Vador"), Perón se refirió amenazadoramente a compañeros "que han visto caer a sus dirigentes asesinados, sin que todavía haya sonado el escarmiento". Reprendió con dureza a los miembros de la Tendencia Revolucionaria llamándolos "infiltrados que trabajan adentro y que traidoramente son más peligrosos que los que trabajan de afuera, sin contar que la mayoría de ellos son mercenarios que trabajan al

servicio de dinero extranjero"; e invocó la necesidad de recurrir a una guerra interna "si los malvados no cejan". Pero los "malvados" ya no estaban allí: hartos de aquella diatriba, se habían retirado de la plaza de manera bastante ordenada, voceando a coro: "Aserrín, aserrán, es el pueblo el que se va" y "Si esto no es el pueblo, el pueblo ¿dónde está?", y dejando atrás a Perón y sus gritos. Dos tercios de la plaza quedaron vacíos.

Como podía predecirse, la autopsia montonera, después de los acontecimientos del Primero de Mayo, reveló que "algo se rompió después de treinta años".⁶⁰ Aquel "algo" eran las mágicas relaciones revolucionarias que ellos creían prevalentes entre Perón y las masas, y que habían esperado percibir en la Plaza de Mayo. Lejos de comprometerse en un diálogo, Perón había intentado pronunciar un monólogo, monólogo que puso al descubierto el desprecio y la aversión que sentía por la izquierda. Evidentemente, nada podía ya esperarse de un Perón que, una semana después, protegido por mil soldados, daría personalmente la bienvenida, en la base aérea de Morón, al visitante chileno general Pinochet y declaró que "nuestras relaciones con Chile son excelentes".⁶¹ Hacía sólo ocho meses del sangriento golpe de Estado de septiembre de 1973. El 15 de mayo, en una conferencia de prensa montonera, los portavoces Alberto Molina y Fernando Vaca Narvaja hablaron de la posibilidad de un "retorno a la resistencia" en caso de un "ataque del imperialismo" a un gobierno debilitado y a un Movimiento Peronista desmovilizado.⁶² Después de varios meses de absorber golpes de la derecha casi sin reaccionar, los Montoneros fueron aumentando sus críticas contra el gobierno y perdiendo su ingenuidad respecto de Perón. Sin embargo, sus ideas políticas básicas permanecieron intactas: sólo quince días después del enfrentamiento de la celebración del Primero de Mayo, Miguel Lizaso, en un editorial

del semanario montonero *El Peronista*, afirmaba: "El Movimiento Peronista sigue siendo el único modo de avanzar por el camino de la liberación nacional hacia la construcción del socialismo nacional".⁶³ De haber vivido Perón, los Montoneros podrían haberse visto empujados por la corriente reaccionaria del gobierno peronista hacia una mayor radicalización de sus formulaciones políticas. Pero Perón murió el 1º de julio de 1974, víctima de un ataque cardíaco provocado por una pulmonía, a la edad de setenta y ocho años.

La muerte de Perón impidió que los Montoneros rectificasen sus ilusiones en el líder. Empezando con una respetuosa crítica de sus "errores", para luego caer en un desconcertado silencio, jamás procedieron a una completa comprensión y crítica de su proyecto político. Su discurso del 12 de junio, el último de importancia, en el que denunció "un complot imperialista", fue entonces presentado por los Montoneros como prueba de que el desaparecido líder estaba "teniendo en cuenta en gran medida las orientaciones y las críticas que nosotros le formulábamos".⁶⁴

En efecto, los diputados Bettanín y Zavala Rodríguez fueron los primeros en pedir la unidad popular en defensa del proceso político iniciado el 11 de marzo de 1973, con el discurso de Perón del 12 de junio como guía que debía seguir el Partido Justicialista. Los destacados montoneros Mario Firmenich, Roberto Quieto y Carlos Caride, dos líderes de la JP, Juan Añón y Juan Carlos Dante Gullo, y el líder de la JTP Enrique Juárez, se hallaban entre quienes fueron a presentar sus últimos respetos a Perón cuando yacía de cuerpo presente en el edificio del Congreso. Los líderes de la Tendencia cerraron los ojos ante sus vicisitudes de los últimos meses, y Galimberti rindió homenaje a Perón por "no haber defendido nunca otra causa que la del pueblo".⁶⁵ Dado que Perón, en el momento de su muerte, no ha-

bía agotado su crédito político en el ánimo de muchos trabajadores, y quizá por tener la convicción de que aquél había aprendido de su "error" de la celebración del Primero de Mayo, los Montoneros siguieron usando su nombre como principal bandera de combate, afirmando su propia ortodoxia peronista, al tiempo que corrían un velo sobre todos los actos y declaraciones antipopulares que pudieran recordarse del desaparecido caudillo argentino.

Sin embargo, Perón había promovido, o al menos condonado, la legislación que los Montoneros criticaban; era presidente cuando, en 1974, Quieto, Caride y Firmenich fueron detenidos temporalmente uno tras otro; se hallaba en el poder cuando los semanarios montoneros *El Descamisado* y *El Peronista*⁶⁶ fueron clausurados por decreto gubernamental; y no hizo absolutamente nada para reprimir la violencia derechista contra la izquierda peronista. Si se excluye el tiroteo, de menor importancia, ocurrido durante el homenaje del 10 de junio de 1973 a los peronistas ejecutados en 1956, puede decirse que los ataques a los activistas de la izquierda comenzaron el 20 de junio de 1973, fecha de la matanza de Ezeiza y del retorno definitivo de Perón a la Argentina. La Tendencia movilizó centenares de miles de personas para ir a dar la bienvenida a Perón, pero se vieron excluidos del comité organizador por la derecha. Cuando las columnas que marchaban detrás de los estandartes de los Montoneros, las FAR y la JP llegaron a Ezeiza, el aeropuerto en que debía aterrizar Perón, sus componentes fueron tiroteados desde la improvisada tribuna de oradores al intentar ocupar la zona, ya atestada de gente, que se extendía ante ella. Algunos miembros de la Tendencia iban armados, pero sólo con pistolas, bien poca cosa frente a los fusiles y las metralletas con que se los atacaba. Murieron al menos veinticinco personas, entre ellas el montonero Horacio Beto Simone; el periodista de origen peruano

Antonio Quispe, uno de los líderes de la región sureña de las FAR, fue mortalmente herido, y más de 400 personas sufrieron lesiones.⁶⁷ El principal comentario de Perón al ser informado de la tragedia (y desviado ya su avión hacia Morón) fue que "ha de haber un retorno al orden legal y constitucional".⁶⁸ La izquierda unánimemente hizo responsable de la agresión a Jorge Osinde, coronel retirado del Ejército y subsecretario de Deportes en el Ministerio de Bienestar Social; a Alberto Brito Lima, líder del C de O; a Norma Kennedy, peronista del ala derecha; y al capitán Ciro Ahumada, y los acusadores incluso publicaron fotografías que mostraban a Ahumada y a otros disparando contra la multitud, pero Perón no hizo nada.⁶⁹

La Triple A y la ofensiva derechista

Los Montoneros habrían debido tener más en cuenta el hecho de que Osinde era un subordinado de José López Rega, ministro de Bienestar Social. Sólo más adelante declararon que Ezeiza, la mayor movilización popular de la historia de la Argentina, había presenciado el "nacimiento" del escuadrón de la muerte, la Triple A (la Alianza Anticomunista Argentina), que sería responsable de la eliminación de tantos peronistas de la izquierda. Tanto si se "estrenó" en Ezeiza como si no, es evidente que López Rega, en 1973, estaba organizando un escuadrón de la muerte con base en su Ministerio, aunque no se bautizó a sí mismo con el nombre de Triple A hasta 1974. López Rega escogió como lugartenientes suyos al comisario Juan Ramón Morales, al que hizo jefe de Seguridad del Ministerio de Bienestar Social, y al inspector Rodolfo Eduardo Almirón, miembro del equipo responsable de la seguridad presidencial, que se convirtió en guardia de corps de Isabel Perón a la muerte de

su marido. Fieles al modelo de reclutamiento de la Triple A, ambos hombres habían sido expulsados antes de la Policía Federal por gangsterismo, si bien fueron reincorporados a ella la víspera de la toma de posesión de la presidencia por Perón. Al cabo de algunos meses, Morales subió dos grados y Almirón, cuatro; pero aquello no fue nada en comparación con la subida meteórica de su jefe: el 10 de mayo de 1974, el policía retirado José López Rega era ascendido, por decreto, de cabo a comisario general, ¡dando así un salto de quince grados!⁷⁰ El día siguiente, como para celebrar tal triunfo, la Triple A asesinó al padre Carlos Mugica, cuando salía de su iglesia del barrio de Mataderos, con la intención de implicar en el crimen a los Montoneros y desacreditarlos.

La Triple A no hubiera podido lograr la mortal eficacia de que fue capaz a no ser por la tolerancia o la participación activa del mando de la Policía Federal, que hizo posibles el ascenso de Alberto Villar. Ya jefe de policía con Lanusse (encargado del Departamento de Orden Urbano), Villar fue nombrado subjefe de la Policía Federal a finales de enero de 1974, para ocupar el puesto más elevado después de la dimisión de Iníguez en abril. Tras haberse opuesto al ascenso de Villar y haberse referido a Firmenich diciendo que era "un buen nacionalista, un buen peronista y un buen católico",⁷¹ Iníguez (que en 1960 había dirigido un fracasado levantamiento militar peronista contra el gobierno de Frondizi) fue persuadido de que el retiro era el único medio de preservar su salud.

Los ataques de la Triple A contra personas aisladas empezaron, al parecer, el 21 de noviembre de 1973, cuando una bomba estuvo a punto de acabar con la vida de Hipólito Solari Yrigoyen, senador del Partido Radical y crítico sincero de la legislación laboral peronista. Entre las primeras víctimas importantes se contaron el diputado peronista re-

volucionario Rodolfo Ortega Peña, director adjunto de *Militancia*; los héroes de la resistencia peronista Horacio Chávez y Julio Troxler, que habían participado, en junio de 1956, en el levantamiento de Valle; el ex vicegobernador de Córdoba Atilio López, de destacado papel en el "Cordobazo"; el marxista Silvio Frondizi, hermano del ex presidente, asesinado por haber denunciado públicamente la matanza de dieciséis guerrilleros del ERP y acusado a Villar de haber presidido personalmente la tortura de otros doce en Catamarca en agosto de 1974; y Alfredo Curutchet, que fue defensor de presos políticos hasta que se unió a ellos en Rawson, y más recientemente asesor jurídico de la sección izquierdista cordobesa del sindicato de obreros de automotores, SMATA. Eran peronistas en su mayoría, pero una minoría sustancial de ellos pertenecía a la izquierda no peronista o estaba constituida —como en los casos del general Carlos Prats (comandante en jefe chileno con Allende), su esposa y varios antiguos tupamaros— por refugiados políticos procedentes de países latinoamericanos vecinos. Los montoneros Eduardo Beckerman y Pablo van Lierde fueron asesinados, todas las organizaciones de la Tendencia sufrieron pérdidas y docenas de oficinas locales de la JP, la JUP y la JTP fueron dinamitadas. En total, unas doscientas personas habían sido asesinadas por la Triple A y los comandos civiles fascistas antes de septiembre de 1974, y los Montoneros, incluyendo miembros de sus organizaciones paralelas, habían perdido más militantes asesinados que en el período 1970-1973.⁷² Por supuesto, la violencia política hizo algo más que afligir a la izquierda: se desataron feroces campañas guerrilleros durante los años 1973-1974, tanto por el ERP como por el ala Comando Nacional de las FAP, organizaciones fusionadas en octubre de 1974.⁷³ Sin embargo, la violencia de la Triple A y de los fascistas no puede considerarse una respuesta al militarismo

izquierdista, porque la gran mayoría de los ataques de la derecha fueron dirigidos precisamente contra los que intentaban desarrollar políticamente a la izquierda sacando partido de los medios de lucha legales, o contra los que meramente defendían los derechos democráticos existentes.

En varias ocasiones, los policías de guardia fueron retirados de las casas que custodiaban de las víctimas de la Triple A, poco antes de un ataque del escuadrón de la muerte⁷⁴, y tanto la CNU como el C de O tenían algunos policías entre sus miembros. Elsa Calia Algañaraz de Román, activista de la Juventud Peronista, fue violada y asesinada por el C de O en Don Torcuato en julio de 1974, y su esposo resultó golpeado al acudir a una comisaría de policía para recuperar su cadáver.⁷⁵ El hecho de que Perón no hiciera nada para evitar o condenar tales crueldades rayaba en su aprobación, y no toleraba la menor crítica de la policía. En 1974, cuando Ana Guzzetti, una periodista peronista que trabajaba para *El Mundo*, diario con simpatías hacia el ERP, le preguntó en una conferencia de prensa si su gobierno estaba investigando las organizaciones parapoliciales de la derecha que habían asesinado a doce militantes peronistas y destruido veinticinco de sus locales durante la quincena anterior, Perón ordenó que se procediera legalmente contra ella por difamación.⁷⁶ Fue detenida el mismo mes y catorce meses después secuestrada a su vez por los hombres a quienes había denunciado, que conducían unos Ford Falcon idénticos a los que usaba la Policía Federal. Los miembros de la Asociación de la Prensa de Buenos Aires emprendieron una huelga de protesta y seis días después fue encontrada baleada, pero aún viva, en la autopista Panamericana.

Ideológicamente, la ofensiva derechista se manifestó a través de las páginas de *El Caudillo*, revista antisemita de Felipe Romeo. Supuestamente financiada por el Ministerio

de Bienestar Social mediante anuncios pagados, pedía la eliminación de los "guerrilleros de la retaguardia" (es decir, toda la izquierda) y adoptó como lema la frase "El mejor enemigo es el enemigo muerto".⁷⁷ Después de agosto de 1974, cuando el fascista octogenario Oscar Ivanissevich reemplazó a Jorge Taiana al frente del Ministerio de Educación, la ofensiva se intensificó en el área universitaria, vital para los Montoneros. Un mes después, Ivanissevich nombró rector de la Universidad de Buenos Aires a Alberto Ottalagano⁷⁸ y juntos emprendieron la "misión" de "purificar" la universidad. Quince o dieciséis universidades fueron intervenidas, y sus rectores, en algunos casos, sustituidos por fascistas. En julio de 1975, tras el despido de 4.000 catedráticos, el encarcelamiento de 1.600 estudiantes y la huida de varias docenas de universitarios después de haber recibido amenazas de muerte, la Confederación Argentina de Profesores Universitarios tuvo que reconocer que Ivanissevich había conseguido establecer "la paz de los cementerios".⁷⁹

Perdieron así los Montoneros una valiosa base, o al menos sus derechos legales respecto de ella; pero allí, como en otras esferas, la derrota se debió en parte a sus propias vacilaciones al ser atacados por la derecha. Por ejemplo, cuando en los primeros días de marzo de 1974 fue aprobada la nueva Ley Universitaria, Juan Pablo Ventura, uno de los líderes de la JUP, declaró que su organización estaba "convencida" de que "no fue concebida para echarnos"⁸⁰ pero, después de ser enmendada en el Senado, la nueva ley consiguió prohibir el ejercicio de la política en la universidad, se discriminó ideológicamente a los catedráticos izquierdistas y se restringió la libre actuación de los sindicatos estudiantiles. Con la misma, los rectores corrientes de las universidades debían ser reemplazados por "rectores normalizadores", lo que, en la práctica, significaba que los

partidarios de la Tendencia con cargos universitarios tendrían que presentar la dimisión. En tal ocasión, los Montoneros, como les era característico, llevaron a sus soldados hasta la cumbre, para hacerlos bajar de nuevo: las movilizaciones, destinadas, una tras otra, a la consecución de una ley universitaria progresista, fueron seguidas de la habitual "retirada táctica", que pronto se convirtió en un descalabro estratégico. La JUP calificó como "ultraizquierdista" toda petición de "ningunas dimisiones". Hizo su habitual distinción semántica entre el "espíritu" y el "contenido" de la disposición legal, y confió en las benevolentes decisiones tomadas en altas esferas para el triunfo del "espíritu" de la ley.⁸¹ El resultado fue el sucesivo desplazamiento de los rectores populares Rodolfo Puiggrós, Ernesto Villanueva y Raúl Laguzzi⁸² y la apropiación de la Universidad de Buenos Aires por los fascistas; porque tan pronto como los estatutos universitarios fueron modificados según la nueva legislación, la derecha quedó en condiciones de actuar respaldada por toda la fuerza de la ley.

Vacilaciones similares, además de su joven imagen, dificultaron el crecimiento de la JTP, la otra organización paralela de importancia. Completamente aparte de su contemporización con el Pacto Social, la Ley de Asociaciones Profesionales y la Ley de Prescindibilidad, sus ilusiones respecto del gobierno la condujeron, durante la lucha de los trabajadores del automóvil de Córdoba (ocurrida a mediados de 1974), a oponerse inicialmente al uso de la huelga, en la esperanza de no frustrar la exigencia de un aumento salarial que debía rebasar el techo fijado por el Pacto Social, y a condenar a René Salamanca y a otros líderes obreros locales por sus "incendiarios discursos"; y finalmente, cuando la huelga se llevó adelante de todos modos y la sección local del SMATA fue amenazada de "intervención" nacional, la JTP propuso que la petición de aumento

salarial fuera "disfrazada" con peticiones de otras mejoras "para evitar un nivel de confrontación que [el sindicato] no estaba en condiciones de afrontar debido al gran aislamiento de la lucha". Fuera o no aconsejable en tal caso una retirada táctica, no era probable que aquella postura consiguiera el apoyo de militantes entre los obreros de Córdoba, dotados de gran conciencia de clase. En realidad, los Montoneros sólo podían ofrecer "militarismo" a aquellos obreros: "Si nuestros enemigos avanzan con las armas, los vamos a parar con las armas", declaró Firmenich cuando, durante la disputa de Córdoba, se le ofreció una única oportunidad de dirigirse a una asamblea de los trabajadores.⁸³

Pueden hacerse muchas críticas parecidas al comportamiento seguido por los Montoneros durante aquellos meses, pero eso no debiera ocultar el hecho de que tenían que habérselas con enemigos muy poderosos. Para desafiar con eficacia el poder de la burocracia sindical, la JTP necesitaba en gran manera imponerse en la Unión Obrera Metalúrgica que, además de ser el sindicato más influyente de la CGT, dominaba el Ministerio de Trabajo por medio del ministro Ricardo Otero. Sin embargo, a la burocracia le resultó fácil sofocar su participación en las elecciones sindicales de marzo de 1974. A fines de noviembre de 1973, se celebró un Congreso Nacional de Delegados, todos ellos nombrados por los burócratas, y cambió los estatutos sindicales con el fin de evitar eficazmente que se presentaran listas de la oposición en las elecciones. Otero condonó la maniobra, y acusó al grupo de activistas de los trabajadores metalúrgicos de la JTP de "bolches y troskos",⁸⁴ antes de que la policía diera su golpe de gracia allanando la sede de la JTP y apoderándose de las listas del grupo que, teóricamente, le daban derecho a competir. Dado que la mayoría de los trabajadores mantenía aún una actitud expectante, o de apoyo al gobierno, era muy poco lo que el frente sindical de los

Montoneros podía hacer ante aquellos fraudes; y los ánimos de la JTP hubieron de alcanzar el punto más bajo de su historia en agosto de 1974, cuando cayeron las dos más militantes, aunque no montoneras, fortalezas sindicales: el SMATA de Córdoba fue intervenido por su dirección nacional, y el sindicato de los obreros gráficos de Raimundo Ongaro, la FGB, fue declarado ilegal por el gobierno, justamente tres meses después de que la Lista Verde de Ongaro hubiera derrotado a la burocracia sindical peronista en las elecciones por 4.800 votos contra 682.⁸⁵

El fracaso de la estrategia "movimientista"

En aquel momento quedaba demostrado el fracaso de la estrategia "movimientista" de los Montoneros: la izquierda fue expulsada de los puestos que regía en el Movimiento y, además, vio declinar o desaparecer su influencia en el Congreso Nacional, en los gobiernos provinciales y las administraciones de las universidades. Con la presidencia de Isabel Perón, no podía esperarse ningún cambio favorable en la trayectoria gubernamental, especialmente teniendo en cuenta el dominio de López Rega en el nuevo gobierno. Los Montoneros sufrieron entonces el cierre por decreto de su diario, *Noticias*, y de su último semanario, *La Causa Peronista*,⁸⁶ se les negó el permiso de continuar con sus mítines y manifestaciones, e incluso el de conmemorar, el 22 de agosto, el aniversario de la matanza de Trelew; los conatos de manifestaciones fueron ferozmente reprimidos por la policía; y, según palabras textuales de un periódico nacional, el asesinato político llegó a convertirse en una forma de muerte casi "natural".⁸⁷ Los Montoneros tenían que optar por una nueva estrategia si querían evitar el aniquilamiento.

Políticamente, habrían podido formar frente común con las organizaciones obreras combativas y de la izquierda, para construir el embrión de una alternativa socialista frente al gobierno. Sin embargo, el hecho de que no lo hicieran concuerda con el comportamiento que venían observando hasta entonces. Los Montoneros habían rehuido todos los ofrecimientos unitarios que se les habían hecho, tanto por la izquierda armada como por la no armada, así como los emanados del ERP, que buscaba una alianza guerrillera, o del Partido Socialista de los Trabajadores (PST), con la propuesta, más modesta, de unir sus actividades contra la burocracia de la Asociación Bancaria (AB). En vez de ello, buscando "aliados tácticos" en los lugares más extraños: habían cortejado a la juventud de los partidos políticos procapitalistas mientras buscaban un sector reformista "peruano" con quien aliarse en las Fuerzas Armadas. Ambas iniciativas resultaron estériles.

En agosto de 1973 se celebró en el lujoso Hotel Savoy, con los auspicios de la JP, la Asamblea Multipartidaria para la Reconstrucción y la Liberación Nacional, que atrajo a dieciséis secciones juveniles, entre ellas la Juventud Radical y la Juventud Conservadora Popular. Su resultado fue la formación, el 17 de agosto, de un frente popular juvenil, las Juventudes Políticas Argentinas (JPA), pero su unidad, basada en el más bajo de los denominadores comunes, consistente en el generalizado deseo de unidad "nacional" y "popular" contra el imperialismo y la oligarquía, era demasiado frágil para obtener algo positivo. Las JPA movilizaron aquel mes de septiembre a 120.000 jóvenes para manifestarse contra el golpe militar chileno, pero fueron incapaces de otras iniciativas. Para llevar a cabo una lucha seria contra el imperialismo y la oligarquía, las organizaciones juveniles hubieran tenido que descartar su implícito convencimiento de que el imperialismo era algo que estaba al acecho

en los Estados Unidos y de que la oligarquía hacía lo mismo en el campo argentino; hubieran debido examinar más detenidamente los lazos de unión entre el capital nacional y el extranjero, y entre la oligarquía terrateniente y otros sectores de la burguesía. Sin embargo, el rechazo de tales suposiciones hubiera sido totalmente incompatible con la fidelidad de la mayoría de aquellos grupos juveniles a los partidos conservadores y reformistas.

Entretanto, después de que Galimberti recibiera una reprimenda de Perón por su proposición de crear una milicia radical, los Montoneros habían intentado ganar amigos y la simpatía de personas de influencia en las Fuerzas Armadas. Aparte las peticiones iniciales de que fueran purgados los restos de la "pandilla militar", no se había propuesto ninguna otra reforma de las Fuerzas Armadas. En lugar de eso, organizaron pequeñas células en cada una de las tres Fuerzas (más bien para los oficiales jóvenes que para los conscriptos), que no tuvieron trascendencia alguna; intentaron conquistar al nuevo comandante del Ejército, el general Carcagno, quien, a pesar de su retórica populista de 1973.⁸⁸ había participado en el aplastamiento de la revuelta peronista de 1956 y del "Cordobazo" de 1969; e hicieron los arreglos necesarios para que 8.000 militantes de la JP se unieran con 5.000 soldados del Primer Cuerpo de Ejército en la Operación de Reconstrucción Nacional Coronel Manuel Dorrego, en octubre de 1973. Ésta, aparte prestar ayuda práctica a la población de las zonas de Buenos Aires afectadas por las inundaciones, fue patrocinada por la JP, "sin abrigar demasiadas esperanzas sobre la conversión al proyecto de liberación nacional de los sectores militares más vinculados al proyecto imperialista", aun cuando aquel plan pudiera contribuir "a una ampliación de la base social y política del Frente de Liberación Nacional y al aislamiento del enemigo principal: el imperialismo yanqui".⁸⁹

La operación —sólo uno de las docenas de proyectos de trabajo comunitarios emprendidos por la Tendencia— hubo de llegar a su término para que la JP se diera cuenta de las intenciones del Ejército: mientras que la JP había tomado parte en dicha operación con el propósito idealista de contribuir a la “reconstrucción nacional”, el Ejército “parece haber ido a ganar espacio político”.⁹⁰ El Ejército, después del trato recibido durante las celebraciones electorales peronistas del 25 de mayo de 1973, deseaba y necesitaba ante todo un acontecimiento como aquél, capaz de darle una imagen popular a nivel nacional, y ello fue lo que la JP le proporcionó hasta cierto punto con su actuación.⁹¹

Aquellas dos iniciativas revelaron que los Montoneros, conscientes del escaso apoyo que el movimiento obrero prestaba al socialismo, adaptaban en cierta medida sus velas al viento dominante, y permanecían fieles al concepto del desarrollo revolucionario por etapas. Su comportamiento, que por este motivo y por su énfasis en “el pueblo”, y no en la clase obrero, les hacía parecer más populistas que socialistas, fue denunciado por la ultraizquierda como ejemplo de reformismo pequeñoburgués. Y, en efecto, hasta cierto punto lo era: uno puede legítimamente cuestionarse si determinados miembros de la Tendencia de la clase media baja estaban entregados íntegramente al advenimiento del socialismo; y apuntar que algunos pudieron percibir sus intereses personales y de clase más bien como la consolidación de una tecnocracia izquierdista⁹², refutando así las afirmaciones socialistas de que la pequeña burguesía se había “proletarizado”. Sin embargo, el error de explicar el comportamiento de los Montoneros por su simple composición de clase se hace evidente en el hecho de que la constitución social del ERP y el PST era muy parecida a la de aquello.⁹³ A este respecto, lo más significativo es que los Montoneros, a causa de sus primeras “fusiones” para la

guerrilla durante los años setenta, se habían acostumbrado a ser los participantes principales en los actos de unificación, y también que en el pasado inmediato se hizo evidente que en las marchas y otras congregaciones multitudinarias gozaban de un apoyo político mayor que aquellos que planteaban una “unidad entre iguales”. En aquel momento sólo les interesaban, organizativamente, las fusiones que suponían la subordinación a su jefatura y la aceptación de su estrategia y sus puntos de vista. Su propia historia también ayuda a explicar por qué los Montoneros descartaron en esa misma época la opción estratégica de seguir con su trabajo de masas, de modo clandestino. Como señalara la disidente Columna José Sabino Navarro, la práctica de la guerrilla urbana, al principio considerada solamente un medio, provocó una completa militarización de la organización, la cual habían llevado consigo los Montoneros en 1973-1974 al palenque político. Habían retenido su opción a la carta de la guerrilla durante los dieciséis meses posteriores al 25 de mayo de 1973 y seguían propendiendo a equiparar la lucha revolucionaria con la lucha armada o, al menos, a ver en la segunda la quintaesencia de la primera.⁹⁴

Excluidos del sistema político oficial argentino, los Montoneros se volvieron entonces violentamente contra él. El 6 de septiembre de 1974, tras haber declarado la guerra a un gobierno juzgado “ni popular ni peronista”, se hallaban de nuevo en la clandestinidad. Les parecía haber vuelto a donde se hallaban antes de las elecciones de marzo de 1973, y se preguntaban: “¿Qué diferencia hay entre aquella dictadura y este gobierno? [...] En nombre del peronismo y de la legalidad constitucional, hace lo mismo que antes los militares”.⁹⁵ Pero el tiempo no había pasado en vano. Los Montoneros poseían ya una tremenda reserva de apoyo gracias a sus iniciativas políticas relacionadas con las ma-

sas y a su sensibilidad ante la opinión pública radical. Habían suspendido su campaña guerrillera como principal fuerza de las formaciones especiales peronistas; reanudaron su actividad como la organización político-militar más poderosa de la Argentina; y en el curso de los doce meses siguientes se convertirían en la más potente fuerza guerrillera urbana de cuantas se han conocido en la América Latina.

NOTAS

1. Pregunta montonera gritada a Perón durante la principal concentración de la celebración del Primero de Mayo de 1974.

2. El relato de los acontecimientos del 25 de mayo de 1973 se basa en Eduardo Marín, "El 25 de mayo de 1973: Cámpora al gobierno", *Transformaciones en el Tercer Mundo*, n° 24 (1974); *Buenos Aires Herald*, 26-27 de mayo de 1973; y *El Descamisado*, n° 2 (29 de mayo de 1973), *passim*.

3. *Ibíd.*

4. Nasif fue liberado por el ERP el 5 de junio, cuando se hubo "verificado que los prisioneros políticos excarcelados por el gobierno se hallaban en buen estado físico"; Alemán, tras sesenta y ocho días de cautiverio, fue soltado el 7 de junio, después de la publicación y difusión por la radio de una "confesión" en que se refería al régimen de 1966-1973 como a una dictadura. Véase *Buenos Aires Herald*, 6 y 9 de junio de 1973.

5. Maguid rompió con los Montoneros después de su excarcelación y optó por una línea más ortodoxa. Asistió a las reuniones Perón-Juventud de principios de 1974, actos que fueron boicoteados por los Montoneros. Sin embargo, ello no le evitó el ser secuestrado, en 1977, supuestamente por agentes de seguridad argentinos, cuando se hallaba exiliado en el Perú. Véase *Noticias de Argentina* (s. l.), n° 17 (8-15 de octubre de 1979).

6. Haidar, Berger y Camps, los sobrevivientes de Trelew, fueron entrevistados por Urondo durante la toma parcial por los guerrilleros de la prisión de Villa Devoto; el resultado fue *La patria fusilada*. Julio Roqué

pasó a ser miembro de la conducción nacional montonera antes de hallar la muerte, en mayo de 1977.

7. Sobre el "Devotazo", véase "Informe especial", *El Descamisado*, n° 3 (5 de junio de 1973), pp. 12-13.

8. "Donde un gobierno ha llegado al poder mediante alguna forma de votación popular, fraudulenta o no, y mantiene al menos cierta apariencia de legalidad constitucional, no puede abogarse por la irrupción guerrillera, puesto que las posibilidades de lucha pacífica no se han agotado todavía". Che Guevara, p. 14.

9. Los principales órganos "alternativistas" fueron *Militancia* (Peronista para la Liberación), una revista semanal codirigida por Rodolfo Ortega Peña y Eduardo L. Duhalde hasta su prohibición, en 1974, y su sucesora, *De Frente* (con las bases peronistas), suprimida cuatro meses después. "Los tirajes de las publicaciones de la izquierda peronista facilitan una guía aproximada del nivel de apoyo activo a cada tendencia: mientras que el diario montonero *Noticias* (dirigido por Miguel Bonasso) conseguía regularmente una venta de 150.000 ejemplares, y el semanario *El Descamisado* más de 100.000 (González Janzen, pp. 219-220), *Militancia* sólo llegaba a 40.000 y estaba luchando constantemente para sobrevivir en una batalla contra los crecientes costos de publicación ("Militancia, entre el ahogo y la clausura", *Militancia*, n° 38, 28 de marzo de 1974, p. 3).

10. "Construir el poder popular", *El Descamisado*, n° 4 (12 de junio de 1973), pp. 2-4: documento presentado por Firmenich y Quieto durante una conferencia de prensa, el 8 de junio de 1973.

11. *Ibíd.*

12. "30 Meses de camino descendente", *Confirmado*, n° 400 (3-9 de diciembre de 1975), pp. 52-54.

13. Pablo Kandel y Mario Monteverde, *Entorno y caída*, Editorial Planeta Argentina, Buenos Aires, 1976, p. 26.

14. Comandante en jefe del ERP, Mario Roberto Santucho, en una conferencia de prensa guerrillera, citado en el *Buenos Aires Herald*, 9 de junio de 1973.

15. "Informe del Consejo Nacional del Partido Montonero, septiembre de 1977", p. 5.

16. A causa de las restricciones comerciales europeas, las exportaciones argentinas a la Comunidad Económica Europea descendieron del 60% a sólo el 37% entre 1960 y 1980, y estas cifras fueron citadas por el ministro de Economía de Videla, José Alfredo Martínez de Hoz, al explicar a los hombres de negocios de los Estados Unidos el creciente vo-

lumen del comercio argentino con la Unión Soviética y China. Véase *La Nación*, edición internacional, 5 de mayo de 1980. Sobre la importancia cada vez menor del nacionalismo en la política extranjera argentina después de 1974, véase Milenky, *passim*.

17. Entrevista personal con un montonero, Buenos Aires, 16 de noviembre de 1975.

18. "Righi: el nuevo orden revolucionario", *Militancia*, n° 5 (12 de julio de 1973), p. 7.

19. Croatto seguía encargándose de la labor sindical montonera a finales de los años setenta, antes de que resultara muerto en una emboscada en septiembre de 1979. Kunkel fue detenido en septiembre de 1975. Muñiz Barreto, de origen acomodado y antiterrorista, había sido antes asesor jurídico del régimen de Onganía (véase Roberto Roth, *Los años de Onganía*, Ediciones La Campana, Buenos Aires, 1980, pp. 82-84). Según la carta abierta de Rodolfo Walsh de marzo de 1977, fue secuestrado y luego asesinado en un campo de detención después del golpe militar de 1976. La evolución política de Vittar fue en dirección contraria: después de su dimisión del Congreso, dejó los Montoneros para unirse a un nuevo —pero desafortunado— grupo de la Juventud Peronista creado por Juan Manuel Abal Medina (depuesto de su cargo de secretario general del Partido Justicialista en mayo de 1974); más tarde, después del golpe de 1976, se identificó con las ambiciones políticas del comandante general de la Armada, el almirante Emilio Massera.

20. Como se resumió en el *Buenos Aires Herald* del 13 de marzo de 1973, el programa del FREJULI de marzo de 1973 prometía el establecimiento de relaciones diplomáticas con Cuba, Vietnam del Norte y Corea del Norte; un aumento general de los salarios; una amnistía para los presos políticos; la nacionalización de los depósitos bancarios y del comercio exterior; medidas de apoyo a la industria nacional; la reforma agraria: "La tierra debe ser para quien la trabaja y un bien de producción; de ninguna manera un medio de renta o especulación"; una extensa socialización de la economía mediante la incautación por el Estado de las industrias cuyas actividades impliquen "un poder monopólico y/o decisiones estratégicas). Para el programa completo, véase Héctor Cámpora, *La revolución peronista*, EUDEBA, Buenos Aires, 1973, pp. 7-67.

21. Las simpatías políticas de Ricardo Sapag salieron a la luz en diciembre de 1975, cuando participó en una acción guerrillera destinada a secuestrar o asesinar al brigadier mayor Aly Luis Ipres Corbat, cuarto en la jerarquía de la Fuerza Aérea. Sapag era en aquel momento su ayu-

dante de campo y huyó con el resto de los asaltantes, dejando gravemente herido a Corbat de fuego de metralleta. Sapag padre dimitió un día más tarde.

22. "Puiggrós y el avance del pueblo", entrevista con Puiggrós, *Militancia*, n° 5 (12 de julio de 1973), pp. 16-20.

23. Para la lista completa de las reformas de Puiggrós, véase su libro *La universidad del pueblo*, Editorial Crisis, Buenos Aires, 1974, pp. 97-114.

24. Cifras procedentes de J. Monahan, "I agreed to teach"; Jonathan Kendell, "I cannot imagine what would happen if the police left", *Times Higher Education Supplement*, 7 de enero de 1977; y "Universidad: o del pueblo o de nadie", *El Descamisado*, n° 45 (26 de marzo de 1974), pp. 22-24.

25. De las cuatro últimas organizaciones analizadas en el texto, el MVP y la UES eran las mayores. En agosto de 1973, asistieron cuatro mil personas a una concentración del MVP, y después declaró contar con el apoyo de 450 "villas miseria" de toda la nación ("Las villas triunfarán", *El Descamisado*, n° 43, 12 de marzo de 1974, pp. 12-14). Sin embargo, los proletarios desarraigados lo mismo podían apoyar a la derecha que a la izquierda, con la particularidad de que las villas miseria eran ciertamente una fuente de reclutas para el ultraderechista Comando de Organización de Alberto Brito Lima. El MIP, que se dedicaba a organizar a gente de los barrios bajos, nunca consiguió atraer a más de quinientas personas a uno de sus mítines, y, de todos modos, su base social potencial era muy débil. La UES era lo suficientemente grande para adquirir, como lo hicieron la JP, la JUP y la JTP, una estructura regional, pero su plaza fuerte siguió siendo Buenos Aires, y especialmente el vivero de militancia estudiantil que era el Colegio Nacional, el cual fue ocupado por docenas de policías después del golpe de 1976. Finalmente, el Grupo Evita fracasó en sus intentos de absorber la pequeña rama femenina del Movimiento Peronista y de movilizar un gran número de mujeres. En parte, ello puede atribuirse a la excesiva concentración en una sola cuestión, descrita por Firmenich como "la mayor exigencia de las mujeres argentinas, que es la mayor exigencia de la clase obrera: la repatriación de nuestra abanderada Evita". ("Palabras de Firmenich", *Militancia*, n° 37, 14 de marzo de 1974, pp. 37-42.)

26. La mayor concentración de masas en el Interior fue la del 29 de mayo de 1973, cuando 40.000 personas celebraron el cuarto aniversario del "Cordobazo" en Córdoba, pero en las ciudades provinciales la concu-

rrerencia fue generalmente de 15.000 asistentes o menos. Todos los datos al respecto se basan en informaciones publicadas por el *Buenos Aires Herald*, *La Nación*, *La Razón* y *El Descamisado*.

27. Sólo asistieron 1.200 personas a la mayor concentración organizada por la Juventud Peronista de la República Argentina (JPRA) en febrero de 1974 en Avellaneda; y, mientras que 15.000 personas asistieron a un acto semejante organizado por la 3ª Región de la Juventud Peronista promontonera el 17 de octubre de 1973 en Córdoba, las fuerzas combinadas de la derecha peronista sólo pudieron atraer una décima parte de dicha cifra a un acontecimiento rival que tuvo efecto en la misma ciudad. En el frente sindical, cuando la JTP compitió con la proburocracia Juventud Sindical Peronista (JSP), triunfó de un modo igualmente impresionante: el 31 de octubre de 1973, la JSP movilizó a 3.000 partidarios; la JTP, tres días después, a 20.000.

28. Véase el suplemento especial de *El Descamisado*, nº 16 (4 de septiembre de 1973) y la información en *La Razón*, 1º septiembre de 1973. Los cronometradores de cada una de ambas publicaciones casi coincidieron en sus apreciaciones.

29. Perón, citado en "Semana política: entre la definición y la violencia", *Militancia*, nº 35 (21 de febrero de 1974), pp. 4-9.

30. "Definiciones del general Perón", *El Peronista*, nº 6 (28 de mayo de 1974), p. 8.

31. Después de muchas críticas de estas características por parte de otros grupos izquierdistas, la JP, en enero de 1974, reconoció: "Somos conscientes de que todavía falta mucho para que nuestra organización sea totalmente democrática", en "Habla Juventud Peronista", *El Descamisado*, nº 36 (22 de enero de 1974), pp. 4-5.

32. Los típicos proyectos de la Juventud Peronista comprendían la reparación de calles, la construcción de escuelas y unidades sanitarias, así como la retirada de la propaganda electoral de las paredes. El MVP, a pesar de la oposición ministerial de López Rega, intentó establecer programas de autoayuda en las villas miseria, mientras que la UES, a principios de 1974, movilizó a quinientos jóvenes para el Operativo Güemes, destinado a ayudar y organizar a la gente que vivía en el sur de la provincia de Salta.

33. *Puro Pueblo* (más tarde, *Puro Pueblo Venceremos*) fue creado como semanario en julio de 1974, pero sólo aparecieron cinco números.

34. Se publicaron al menos cinco "Notas para Militantes", de las cuales cuatro aparecieron en *Militancia*, números 20, 26, 30 y 35 (octubre 1973-febrero 1974).

35. Montoneros José Sabino Navarro, "Cartilla para militantes nº 4", *Militancia*, nº 30 (3 de enero de 1974), pp. 20-22.

36. *Carta Política*, nº 20 (primera semana de abril de 1974), pp. 14-16.

37. *La Opinión*, 6 de julio de 1975.

38. Multitud estimada por *El Descamisado*, nº 25 (6 de noviembre de 1973).

39. Suplemento especial de *ibíd.*, nº 16; y *La Razón*, 1º septiembre de 1973.

40. En 1972, la organización estudiantil "Reformista" del Partido Comunista (MOR) obtuvo una fácil victoria, con el 55,5% de los votos escrutados, y Franja Morada (los radicales izquierdistas que apoyaban el Movimiento de Renovación y Cambio de Raúl Alfonsín, una tendencia de la UCR) quedó en segundo lugar; pero los peronistas de izquierdas habían boicoteado las elecciones, y las cuatro quintas partes de los estudiantes se habían abstenido. En 1973, Franja Morada atrajo el 21% de los votos, y el MOR sólo el 18%. Además, la victoria de la JUP fue más representativa: en 1973, votó aproximadamente el 50% de la población estudiantil metropolitana, cuadruplicando la cifra de 1972. Véase *Buenos Aires Herald*, 6 de noviembre de 1972; y *La Nación*, 4 y 6 de diciembre de 1973.

41. Juan Carlos Dante Gullo, "El país se pregunta"; y *Buenos Aires Herald*, 27 de abril y 1º de mayo de 1973. Gullo pasó a ocupar la jefatura de la JP después de la destitución de Galimberti y también, con Cámpora, actuó de asesor presidencial para Asuntos de la Juventud.

42. Álvaro Alsogaray, artículo en *La Prensa*, 8 de septiembre de 1974.

43. "Palabras de Firmenich".

44. Dardo Cabo, "Carta del director: Compañeros", *El Descamisado*, nº 13 (14 de agosto de 1973), pp. 2-3.

45. Para la versión del propio Cámpora del acontecimiento controvertido, véase *El mandato de Perón*, Ediciones Quhacer Nacional, Argentina, 1975.

46. "El final de una batalla: Perón presidente; el comienzo de otra: liberación", *El Descamisado*, nº 19 (26 de septiembre de 1973), pp. 2-3.

47. "Y esto, ¿qué es?", *ibíd.*, nº 21 (9 de octubre de 1973), pp. 2-3.

48. Para el texto, véase *La Opinión*, 2 de octubre de 1973.

49. Cabo, "Compañeros", *El Descamisado*, nº 26 (13 de noviembre de 1973), pp. 2-3.

50. "Con el Pueblo hacia Perón", *ibíd.*, nº 16 (4 de septiembre de 1973), pp. 2-3.

51. *Buenos Aires Herald*, 25 de enero de 1974.
52. *Ibíd.*, 15 de marzo de 1974.
53. Firmenich, "Etapa y conjuntura", reproducción mecanografiada de la conferencia dada en la jornada de la JP, en enero de 1974, p. 7.
54. Tal actitud fue expresada por muchos antiguos miembros de la JP entrevistados por el autor entre junio de 1975 y octubre de 1976.
55. "Qué votamos el 11 de marzo", *El Descamisado*, n° 43 (12 de marzo de 1974), pp. 2-3.
56. Al diferenciar entre el terrorismo político y la guerra de guerrillas urbana y al calificar los violentos medios de la derecha y la izquierda peronistas, deben hacerse varias distinciones: la evidencia de los hechos demuestra que el uso por la derecha de la violencia homicida era menos discriminado que el de la izquierda, y, en efecto, iba casi siempre dirigida contra no combatientes; esto era así porque la derecha actuaba conscientemente para sembrar un clima de terror en toda la sociedad, con el fin de disuadir a quienquiera que se opusiese al gobierno cuando Perón recupera la presidencia; a ese respecto, la violencia derechista defendía el statu quo en vez de ser instrumento de una estrategia político-militar dirigida hacia la toma del poder; y, finalmente, mientras que la izquierda solía respetar las convenciones de guerra, al encontrarse los mutilados cadáveres de las víctimas de la violencia derechista se comprobaba frecuentemente que habían sido violadas o torturadas.
57. Para el texto completo de la alocución de Firmenich, véase "Palabras de Firmenich". Su discurso formó la base de un programa llamado "Un documento para la Liberación", el cual apareció con *El Peronista*, n° 1 (19 de abril de 1974), y fue en realidad el único programa de conjunto elaborado por la Tendencia montonera.
58. El relato de la manifestación del día de la celebración del Primero de Mayo de 1974 se basa en informaciones publicadas en el *Buenos Aires Herald*, 2 de mayo de 1974; *De Frente*, n° 1 (2 de mayo de 1974); y *El Peronista*, n° 3 (4 de mayo de 1974).
59. La idea del mártir que se ha ganado la vida eterna no es reciente ni de propiedad exclusiva de la izquierda: los legionarios fascistas de la Guardia de Hierro rumana también practicaban el rito, durante los años treinta, de gritar los nombres de sus muertos en los desfiles y de contestar "¡Presente!". Véase Walter Laqueur, *Terrorism*, Sphere Books, Londres, 1978, p. 157.
60. Miguel Lizaso, "General, el peronismo no está de acuerdo", *El Peronista*, n° 3 (4 de mayo de 1974), pp. 2-4.

61. Perón, citado en *Buenos Aires Herald*, 17 de mayo de 1974. Resulta irónico que mientras que el Chile de Allende concedió al general Lanusse, en 1971, la más alta condecoración chilena (la Orden del Mérito de Bernardo O'Higgins), la Argentina peronista, en 1974, otorgó la Orden de Mayo al general Pinochet. En septiembre de 1973, Perón se había referido al golpe militar chileno como una tragedia para la América Latina, y había dicho que sospechaba la participación de los Estados Unidos en él (*ibíd.*, 13 de septiembre de 1973).
62. *Ibíd.*, 16 de mayo de 1974.
63. Lizaso, "1° de mayo, ¿quién ganó?, ¿qué cambió?", *El Peronista*, n° 4 (14 de mayo de 1974), pp. 2-3.
64. "Hablan los Montoneros", texto del discurso de Roberto Quieto en La Plata, *La Causa Peronista*, n° 4 (30 de julio de 1974), pp. 6-8.
65. Rodolfo Galimberti, "Unidad nacional o 'Gran Acuerdo Nacional'", *ibíd.*, n° 3 (23 de julio de 1974), pp. 2-3.
66. *El Descamisado* fue prohibido por "causar un caos ideológico y una crisis de conceptos al deformar la realidad" (*Buenos Aires Herald*, 11 de abril de 1974), después de que su número 46 hubiera culpado a López Rega de la muerte del militante del MVP Alberto Chejolán durante una protesta frente al Ministerio de Bienestar Social, y que hubiera publicado una fotografía de un policía en el momento de disparar contra él. *El Peronista* estaba dirigido por Miguel Lizaso, cuyo hermano Carlos Alberto fue fusilado después de la rebelión peronista de 1956. Él mismo, junto con Julio Troxler, era un superviviente de las ejecuciones ilegales de 1956, pero murió en un campo de concentración de la Armada después del golpe de 1976. El decreto que clausuró *El Peronista* en junio de 1974, se refería específicamente a un artículo sobre un grupo de la Juventud Peronista en las Fuerzas Armadas y afirmaba que la revista se proponía provocar en ellas la desunión y la indisciplina.
67. Entre los que resultaron heridos se hallaba el montonero José Luis Nell, que en 1963 había conducido al MNRT a la primera acción guerrillera urbana de la Argentina (aun cuando la leyenda sostiene que fue Joe Baxter quien dirigió el grupo). Las heridas que Nell recibió en Ezeiza le causaron una parálisis que lo desmoralizó rápidamente y, finalmente, lo llevó a suicidarse de un tiro en septiembre de 1974.
68. Perón, citado en el *Buenos Aires Herald*, 22 de junio de 1973.
69. La información del acontecimiento publicada por la prensa fue pésima, porque los periodistas presentes se tiraron al suelo tan pronto, como empezó el tiroteo; pero, para los relatos de la izquierda peronista,

véase *Militancia*, nº 3 (28 junio 1973); y *El Descamisado*, nº 6 (26 de junio de 1973), nº 7 (3 de julio de 1973) y nº 8 (10 de julio de 1973). El nº 7 daba a entender que ex agentes de la OAS, como François Chiappe, habían tomado parte en la matanza.

70. Para el desenmascaramiento de la Triple A por parte de los Montoneros, véase "La historia de la Triple A", *El Auténtico*, nº 6 (26 de noviembre de 1975), nº 7 (10 de diciembre de 1975) y nº 8 (24 de diciembre de 1975). Para corroboración de alguien que en otro tiempo estuvo relacionado con la Triple A, véase "Las revelaciones de Paino", *La Opinión*, segunda sección, 12 de febrero de 1976.

71. Iñiguez, citado en el *Buenos Aires Herald*, 14 de abril de 1974.

72. *Ibíd.*, 7 de septiembre de 1974; y "Respuesta socialista al llamamiento montonero", *Avanzada Socialista*, nº 120 (9 de septiembre de 1974), pp. 8-9.

73. En 1973, el ERP se concentró principalmente en el secuestro de hombres de negocios, y los rescates le proporcionaron más de treinta millones de dólares. También se atacaron objetivos militares: el 6 de septiembre de 1973, los guerrilleros del ERP coparon el Comando de Sanidad del Ejército y sostuvieron un tiroteo de cinco horas a treinta manzanas de la Casa de Gobierno antes de que algunos se rindieran y otros huyeran; el 20 de enero de 1974, de sesenta a setenta miembros del ERP atacaron, en Azul, a unos 270 kilómetros al sur de Buenos Aires, la guarnición del Regimiento X Húsares de Pueyrredón, del Ejército, y no sólo fracasaron en su misión, sino que también dieron un pretexto a Perón para destituir al popular gobernador de Buenos Aires, Oscar Bidegain, e introducir reformas en el Código Penal; y, el 11 de agosto de 1974, los ataques sincronizados a una fábrica de explosivos de Córdoba y a la guarnición del Regimiento 17 de Infantería Aerotransportada de Catamarca proveyeron al ERP de centenares de armas automáticas, aunque a costa de importantes bajas. Durante 1974 el ERP empezó a volver su atención hacia la guerrilla rural en la provincia norteña de Tucumán, esperando que el lugar se convirtiera en "la Cuba de la Argentina". Entretanto, la actividad de las FAP (Comando Nacional) fue menos espectacular en el sentido militar, pero igualmente insensible a la opinión pública. Comenzando, el 22 de mayo de 1973, con el asesinato de Dirk Henry Kloosterman, secretario general del Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA), esa ala de las Fuerzas Armadas Peronistas se dedicó al castigo de "traidores", a ataques vindicativos y a la intimidación de hombres de negocios extranjeros.

74. Por ejemplo, en el caso del ataque con bombas llevado a cabo por la Triple A el 7 de septiembre de 1974 contra la casa de Raúl Laguzzi, peronista de izquierda y rector de la Universidad de Buenos Aires. Sobrevivió al atentado, pero su hijito de cuatro meses, Pablo, resultó muerto. Los Montoneros enviaron un mensaje de condolencia a Laguzzi: "Su hijo es el mártir más joven de la resistencia peronista" (*Buenos Aires Herald*, 8-9 de septiembre de 1974).

75. *Ibíd.*, 8 de julio de 1974.

76. Para el texto completo de esta conferencia de prensa, véase *La Nación*, 9 de febrero de 1974.

77. Véase Kandel y Monteverde, pp. 30 y 77; y "Volvemos para triunfar o morir junto a Isabel", *El Caudillo*, nº 68 (15 de octubre de 1975), p. 3.

78. Ottalagano afirmó que la única alternativa que tenían los argentinos era: "O justicialistas o marxistas. Serán superados los partidos políticos, se llamen radicales, conservadores, etc., porque todos esos partidos liberales tendrán que escoger entre el justicialismo y el marxismo [...] Aquí y ahora hay que estar con Cristo o contra Cristo [...] Se ha pretendido una sociedad llamada pluralista y a la vista están las consecuencias. Nosotros tenemos la verdad y la razón; los otros no las tienen y los trataremos como tales". Citado en Kandel y Monteverde, p. 31.

79. Monahan, "I agreed to teach", p. 10.

80. "La Universidad al borde de la opción: liberación o continuismo gorila", *El Descamisado*, nº 43 (12 de marzo de 1974), pp. 7-8.

81. *Ibíd.*; y "Universidad: o del pueblo o de nadie".

82. De hecho, el conservador Solano Lima, ex vicepresidente de Cámpora, ocupó el puesto por algún tiempo entre los rectorados de Villanueva y Laguzzi. Las amenazas de muerte de la Triple A obligaron a Puiggrós y a Laguzzi a huir a México en septiembre de 1974. Villanueva fue encarcelado en 1975, acusado de la posesión de armas y documentos falsos, pero no fue puesto en libertad cuando, en marzo de 1980, había cumplido su condena de cinco años.

83. "Córdoba: el porqué del conflicto de SMATA", *La Causa Peronista*, nº 4 (30 de junio de 1974), pp. 30-31; y "Córdoba: si es necesario aquí pondremos sangre montonera", *ibíd.*, nº 6 (13 de agosto de 1974), pp. 26-31.

84. Comunicado hecho público por la Agrupación Metalúrgica 17 de Octubre de la JTP, *El Descamisado*, nº 43 (12 de marzo de 1974), p. 15.

85. Resultados citados en "La federación gráfica es de los gráficos", *De Frente*, nº 1 (2 de mayo de 1974), p. 50.



86. Noticias fue prohibido en agosto de 1974 por "no contribuir a la pacificación nacional" (*Buenos Aires Herald*, 29 de agosto de 1974). La *Causa Peronista*, dirigida por Rodolfo Galimberti, fue prohibida el 6 de septiembre de 1974 después de haber publicado un relato del "Aramburazo" firmado por Arrostito y Firmenich.

87. *La Opinión*, 2 de agosto de 1974.

88. Carcagno, dirigiéndose a la 10ª Conferencia de Comandantes en Jefe de América, había dicho que "el Ejército no puede ser la guardia pretoriana de un orden social y político injusto". *Buenos Aires Herald*, 6 de septiembre de 1973.

89. "La JP y la Reconstrucción Nacional", *El Descamisado*, nº 20 (2 de octubre de 1973), p. 25.

90. "Balance del Operativo Dorrego: la Juventud Peronista fue a trabajar", *ibíd.*, nº 25 (6 de noviembre de 1973), p. 27.

91. Durante la operación, la JP trabajó junto al coronel Albano Harguindeguy (futuro ministro del Interior con Videla), a quien se refirieron llamándole "un liberal inteligente" que se había dado cuenta de que la "coexistencia" con el peronismo era posible ("Operativo Dorrego", *ibíd.*, nº 22, 16 de octubre de 1973, pp. 28-30). Cuando hubo terminado la operación, dijeron que, en realidad, era un "gorila inteligente" ("Balance de Operativo Dorrego").

92. Tal como dijo Poulantzas, la pequeña burguesía radical no puede "desear romper las escaleras con las que imagina que puede subir". Nicos Poulantzas, *Classes in Contemporary Capitalism*, Verso, Londres, 1978, p. 292.

93. En agosto de 1970, el líder del ERP, Santucho, reconoció que el PRT-ERP sufría de "debilidad en su composición social (sólo el 30% trabajan en fábricas)" (Mario Roberto Santucho, *Argentina: Bourgeois Power, Revolutionary Power, Resistance Publications*, Oakland, California, s. f., p. 29). Los datos del PST pertenecen a las elecciones de 1973, pero aún no se han publicado.

94. "La guerrilla es sólo una de las formas de desarrollar la lucha armada; es sin duda el más alto nivel de lucha política. Este método se desarrolla cuando los objetivos políticos no pueden ser alcanzados a través de las formas no armadas de la lucha política." Entrevista con Mario Firmenich, "El valor político del fusil", *El Descamisado*, nº 17 (11 de septiembre de 1973), p. 3.

95. "¿Quién votó a Isabel, López Rega?", *La Causa Peronista*, nº 8 (27 de agosto de 1974), pp. 2-3.

Capítulo 5

A LAS ARMAS DE NUEVO (1974-1976)

Isabel no es Perón¹

Flanqueado por Adriana Lesgart, Juan Carlos Dante Gullo, Juan Pablo Ventura y Enrique Juárez, líderes respectivamente del Grupo Evita, la JP, la JUP y la JTP, Mario Firmenich anunció la decisión de los Montoneros de "volver a la resistencia" en una conferencia de prensa secreta celebrada en Buenos Aires el 6 de septiembre de 1974. La lucha armada, según prometió el jefe guerrillero de veintisiete años, continuaría mientras la represión, las "intervenciones" de los sindicatos, la legislación laboral antidemocrática, el Pacto Social y la existencia de presos políticos siguieran caracterizando la vida política argentina; no cesarían las hostilidades en tanto no se permitiera negociar colectivamente los salarios y todas las fuerzas políticas pudiesen expresarse libremente. Puesto que "se han agotado todas las formas legales de continuar la lucha", declaró Firmenich, sólo quedaba la opción de emprender una "guerra popular integral", que supondría el establecimiento de "milicias peronistas", contra los monopolios nacionales y

extranjeros y contra un gobierno cada vez más dominado por José López Rega.²

En realidad, la reanudación de la guerrilla se había iniciado una semana antes. En la citada conferencia de prensa se reivindicaron media docena de operaciones "por la causa popular", incluidas algunas muertes vindicativas: la destrucción de cuatro máquinas cosechadoras de caña de azúcar, en protesta contra el desempleo rural en la provincia de Tucumán; la colocación de bombas en locales de venta de coches IKA-Renault en Buenos Aires y Córdoba, en apoyo de la huelga de los trabajadores del automóvil del SMATA; el rapto de Enrique Mascardi, directivo de Propulsora Siderúrgica, retenido una semana para reforzar la petición de una subida salarial por parte de los trabajadores, y de la readmisión de los compañeros despedidos; la "ejecución" de Orlando Fernández, policía de Quilmes, acusado de haber dado muerte a Beckerman y a Van Lierde; el asesinato de Rubén San Juan, policía de Rosario, inculpa-do por los Montoneros de la muerte, en 1972, del revolucionario peronista Carlos Brandazza; y una incursión en el Palacio de Justicia de La Plata para "recuperar las armas tomadas al pueblo".³ Todos aquellos actos habían ocurrido en pocos días, pero eran de escaso relieve en comparación con las operaciones montoneras anónimas y ocasionales de 1973-1974 que aún no se habían dado a conocer, quizá con el propósito de conservar la legalidad de las organizaciones de masas de la Tendencia Revolucionaria o, más probablemente, porque algunas de aquellas operaciones habían sido acogidas con frialdad por el movimiento obrero.

Incluso en vida de Perón, los Montoneros no habían dejado de aumentar sus reservas de capital, y ocasionalmente habían practicado su propia versión de la "justicia popular", al tiempo que ocultaban con éxito su responsabilidad. Durante sus dieciséis meses "en la superficie", asesi-

naron probablemente a José Ignacio Rucci,⁴ secretario general de la CGT; habían matado sin duda a Rogelio Coria, anterior jefe del sindical de los obreros de la construcción (UOCRA); a Félix Navazo, guardaespaldas de la UOCRA; a Arturo Mor Roig, ministro del Interior de Lanusse; a David Kraiselburd, propietario de un periódico, y a Martín Salas, líder ultraderechista de la CGT; y habían herido gravemente, a Leandro Salato, director del Departamento de Emergencias Sociales perteneciente al Ministerio de Bienestar Social.⁵ Tanto Rucci como Coria habían sido acusados de traición al peronismo y a la clase obrera; Mor Roig se encontraba en funciones cuando la matanza de Trelew; Navazo había sido fotografiado comprometedoramente durante la carnicería de Ezeiza; él y Salas habían intervenido, se decía, en actividades parapoliciales en La Plata;⁶ Salato fue uno de los hombres de López Rega en el autodenominado "Ministerio del Pueblo";⁷ y Kraiselburd había atraído la atención de los Montoneros por habersele entregado el periódico *El Día*, anteriormente propiedad sindical, después del golpe militar de 1955, y haber dirigido un monopolio de la prensa en La Plata (junto con Buenos Aires, Córdoba y Rosario, una de las principales plazas fuertes de los Montoneros). Fue secuestrado por los guerrilleros hacia finales de junio de 1974 y retenido en una casa alquilada a Carlos Iriart, al parecer con el propósito de conseguir un rescate; pero una incursión de la policía en la casa, durante la cual fue herido y capturado el montonero Carlos Starita (para morir o ser muerto seis días después), llevó a los capturadores de Kraiselburd a matarle.⁸

Si se tiene en cuenta el número de pérdidas de la izquierda peronista a principios de los años setenta, es posible comprender el atractivo de las muertes por venganza y la convicción de los guerrilleros de estar administrando la "justicia popular"; pero tal actividad no aumentó en modo

alguno las ganancias políticas de los Montoneros. Ciertamente, antes del mes de marzo de 1973, las multitudes, en las asambleas electorales del FREJULI, habían gritado: "Ya van a ver / ya van a ver / cuando vengamos los muertos de Trelew"; y tanto el ERP como las FAR actuaron en cumplimiento de aquella promesa.⁹ Arturo Mor Roig había sido "ajusticiado" ya por los Montoneros, pero podría dudarse seriamente de que la popularidad de aquella muerte alcanzara más allá de la izquierda combatiente: al fin y al cabo, la víctima era un civil, ex miembro de un partido político (la UCR) que aún gozaba de considerable apoyo por parte de la clase media, un hombre que, a ojos de los liberales, había sido responsable junto con Lanusse por las elecciones de 1973 (aun cuando para los peronistas fuera el arquitecto de un engañoso GAN), y que no había mantenido actividades políticas desde los comicios de marzo.

Ataques de la guerrilla a la burocracia sindical

Las represalias contra Rucci y Coria no fueron más productivas, aunque es evidente que reclaman mayor atención, dado que estuvieron directamente relacionadas con el objetivo montonero de atraer el apoyo masivo de la clase obrera. Coria, en 1963, había ganado al Partido Comunista la secretaría general de la UOCRA y posteriormente ascendió a **punto de mando** en las 62 Organizaciones peronistas y en el Partido Justicialista, antes de que, acusado de corrupción y colaboracionismo con el régimen militar, hubiese de dimitir de aquellos tres cargos a fines de 1973. Tras oponerse a la fórmula Cámpora-Solano Lima para el FREJULI, había declarado que sus listas de candidatos se habían visto infiltradas por marxistas. Durante su decenio en la cumbre, mientras según él representaba a los obreros

de la construcción, se había convertido en un magnate de aquel ramo y en terrateniente, adquirido un fabuloso apartamento en el elegante Barrio Norte y gastado parte de su dinero en un coche a prueba de balas, guardaespaldas y otras medidas de seguridad.¹⁰ En 1973 se había refugiado en su estancia del Paraguay de Stroessner, pero hacía viajes ocasionales a Buenos Aires. El último de ellos fue el 22 de marzo de 1974.

También Rucci era un rico jefe sindical; *playboy* propietario de varios coches y apartamentos, tenía inversiones en el extranjero, y habitualmente un séquito de seguridad compuesto por quince pistoleros, de los cuales dos al menos estaban implicados en el asesinato de activistas de la Juventud Peronista.¹¹ Sin embargo, los Montoneros cometieron un grave error al suponer que el movimiento obrero compartía en su totalidad la caracterización de "traidor" que daban a Rucci, del mismo modo que Firmenich se engañó a sí mismo al deponerlo, como a otros firmantes sindicalistas del Pacto Social, por considerarlos "cuatro burócratas que no representaban ni siquiera a su abuela".¹² Porque, aun cuando importantes tendencias obreras antiburocráticas —relacionadas con los nombres de Raimundo Ongare, Jorge di Pasquale, Agustín Tosco, Armando Jaime, René Salamanca y Alberto Piccinini— habían mostrado su fuerza durante los últimos años sesenta y principios de los setenta, sus bases de poder eran regionales o radicaban en sindicatos militantes, pero de reducida importancia.¹³ Un gran número de trabajadores seguía dispuesto a tolerar a los líderes sindicales corruptos y enriquecidos mientras consiguieran de vez en cuando beneficios económicos para sus afiliados. En aquel caso, los Montoneros, en parte a causa de la naturaleza de su composición social, subestimaron el economicismo de la clase obrera argentina, viendo en su adversario "vandorista" un simple fenómeno sin-

dical superestructural. Erróneamente, equipararon los altos niveles de militancia obrera relativa a las cuestiones económicas con el radicalismo político en las bases, y consideraron a la burocracia sindical como una excrescencia totalmente ajena al movimiento obrero, como algo impuesto desde el exterior y no como expresión de la falta de preparación de la clase obrera argentina para la política revolucionaria.

Históricamente, la burocracia sindical tuvo sus raíces en los primeros años preperonistas y peronistas posteriores al golpe nacionalista de 1943, cuando el patrocinio de las cuestiones laborales por el Estado y varios auténticos progresos de la clase obrera se lograron a costa de la pérdida de libertad sindical. Su consolidación como factor de poder se vio interrumpida por el golpe antiperonista de 1955 y por la posterior intervención militar de la CGT, pero gradualmente se convirtió en algo inherente al sindicalismo argentino después de la normalización, en marzo de 1961, de la Confederación General del Trabajo, con líderes tan prudentes y conciliadores como Vandor y Coria, completamente dispuestos a negociar y a llegar a un entendimiento con los gobernantes militares posteriores a 1966.¹⁴ Sin embargo, lo que los Montoneros solían pasar por alto al presentar a la burocracia como instrumento del imperialismo y como "hija" de la Revolución Libertadora de 1955,¹⁵ era el hecho de que la burocracia había poseído una genuina base, primero de apoyo y después de tolerancia, por parte del movimiento obrero: totalmente aparte de las pretensiones históricas de primogenitura peronista de la burocracia, los cabecillas sindicales de finales de los años sesenta y principios de los setenta fueron, en muchos casos, los militantes de los últimos años cincuenta que habían dirigido la lucha por la recuperación de la CGT;¹⁶ eran ciertamente objeto de presión e influencias externas, pero no podían pa-

sar por alto constantemente —y no lo hicieron— las necesidades económicas de sus afiliados;¹⁷ y, en efecto, los líderes de los sindicatos vandoristas, muy sólidamente organizados en monopolios con capacidad para remuneraciones relativamente altas, tuvieron éxito a menudo, ateniéndonos solamente a sus logros en el terreno económico.¹⁸

Una vez situados en puestos clave, muchos de tales líderes sindicales recurrieron a la proscripción de las listas de la oposición, a fraudes electorales, e incluso a un gangsterismo sindical al estilo de los Estados Unidos. Varios de ellos amasaron enormes fortunas personales y todos eran decididamente anticomunistas. Pero los Montoneros se equivocaban al suponer que los trabajadores compartían *en masa* su repugnancia moral, de origen católico radical, ante las ostentosas demostraciones de riqueza y corrupción por parte de los líderes sindicales,¹⁹ especialmente en un país donde los elevados beneficios de los altos cargos eran algo tradicional y hondamente arraigado, y donde las quejas sobre la corrupción eran a menudo entibiadas por la oculta admiración que inspiraba el éxito del trepador social (admiración nacida del conocimiento de que quienes se quejaban, podían también aprovechar, a su vez, todas las oportunidades de enriquecimiento que se les presentasen). Un error, aún mucho más grave, de muchos montoneros fue creer que los métodos con que la burocracia solía mantener su poder eran los mismos que había empleado para lograrlo: en septiembre de 1973, la JTP había declarado que uno de sus objetivos prioritarios era "arrancarle a la burocracia los gremios que ha tomado por asalto".²⁰

La lógica con que se habían llevado a cabo los asesinatos de Rucci y Coria, presente de nuevo, en febrero de 1975, en las muertes de Hipólito Acuña y Teodoro Ponce, debidas a los Montoneros²¹, era idéntica a la que costó la vida a Vandor y Alonso a manos del ENR algunos años an-

tes. Uno de sus principales componentes era puramente punitivo: se trataba de "ejecutar a los traidores": el nombre cifrado de la eliminación de Vandor fue "Operativo Judas";²² otro era la creencia de que "la traición" podía eliminarse del Movimiento Peronista por la fuerza del fuego, cosa que se podía percibir en una apología del asesinato de Alonso —llevado a cabo en agosto de 1970— escrita cuatro años después por unos "ejecutores" que habían pasado a convertirse en montoneros. En ella se calificaba a la Argentina como escindida entre dos campos en lucha: "Por un lado, el imperialismo; por el otro, la Nación. La principal fuerza de la Nación era el Movimiento Peronista, y dentro de él, la clase trabajadora. Por ello cualquier traidor procedente del campo imperialista situado en el corazón de la Nación, es decir, en el seno del Movimiento y en la clase obrera peronista, era un blanco que requería eliminación prioritaria". Elitistas, arrogantes, sordos a las verdaderas opiniones de los trabajadores, los descendientes del ENR seguían explicando que la operación Alonso se había emprendido "para demostrar a todo la clase obrera peronista que se disponía de un arma superior a todas las empleadas durante aquellos dieciocho años [de resistencia]", y para dejar claro que la "principal misión de los revolucionarios" consistía en "aplantar a los traidores".²³ En otras palabras, la propaganda de la acción por la acción.

La publicación de dicho comunicado por los Montoneros, precisamente diez días antes de que reanudaran oficialmente las hostilidades, fue su modo de anunciar que las operaciones punitivas —incluyendo en ellas, por algún tiempo, las enfocadas contra dirigentes sindicales— se convertirían a partir de aquel momento en un factor importante de la lucha guerrillera; y tales métodos militares se consideraban, unidos a una actividad agitadora menos espectacular en las fábricas, un medio legítimo y eficaz de

conseguir un liderazgo obrero más militante. En enero de 1974, cuando se le preguntó privadamente qué podían ofrecer los Montoneros a los líderes sindicales para que se interesaran por las negociaciones, Firmenich sugirió que una de las ofertas que podían hacer era *no matar* a Lorenzo Miguel, líder de la UOM y de las 62 Organizaciones.²⁴

Por culpa de su militarismo (además de otros motivos), los Montoneros quedaron a la postre irremediabilmente aislados de algunos de los sectores obreros más radicales. En 1969, Ricardo de Luca, en nombre de la combativa CGT de los Argentinos y con motivo del caso Vandor, había condenado el asesinato señalando que "no era la manera de resolver disputas propia de la clase obrera argentina".²⁵ Y las Fuerzas Armadas Peronistas hicieron una crítica igualmente adversa de la "ejecución" de Alonso con este comentario: "Si el movimiento obrero no tiene fuerza para sacudirse sus parásitos de encima, en ningún caso va a tener fuerza para hacer la revolución".²⁶ En su propia defensa, los Montoneros declararon contar con la autorización de Perón para eliminar a los "traidores", aun cuando la aparente condonación del asesinato de Alonso por parte del líder peronista, en una carta que éste les dirigió en febrero de 1971, era la prueba de aprobación más reciente que podían citar.²⁷ Desde entonces Rucci, como líder de la CGT, había intentado refrenar los movimientos huelguísticos, pero lo hizo siguiendo órdenes de Perón²⁸, de un Perón deseoso de demostrar prácticamente al régimen militar su capacidad de dominar los movimientos obreros. Rucci también había aceptado el Pacto Social, que estaba restringiendo los aumentos salariales frente a las nuevas alzas de los precios, pero también lo habían hecho, brevemente, los Montoneros e, inequívocamente, Perón. Su muerte provocó una huelga general de treinta horas, sirvió de pretexto para una purga de "marxistas" en el Movimiento Peronista oficial, y Perón manifestó su de-

saprobación asistiendo al entierro. Sólo se alegraron los guevaristas y la izquierda peronista, como si la causa revolucionaria hubiera dado un paso adelante, pero ninguno de los asesinatos de líderes sindicales —Vandor, Alonso, Kloosterman, Mansilla, Rucci, Coria y Santillán²⁹— ocasionó un giro a la izquierda cuando se escogieron sus sustitutos.

Sin embargo, hasta la huelga general de mediados de 1975, los Montoneros persistieron en su "política obrera" militarista en vez de reservar sus energías para arremeter contra la derecha. A su modo de ver, sus enemigos peronistas habían pasado a ser los "brujo-vandoristas": neologismo montonero que implicaba una alianza entre la derecha peronista, capitaneada por *el Brujo*³⁰ López Rega, y los vandoristas, agrupados éstos alrededor de la burocracia de la UOM y, según se decía, deseosos de transformar a la Argentina en una patria metalúrgica. Pero aquí las nociones de "lealtad", "autenticidad" y "traición" se demostraron completamente inútiles como guías a las verdaderas divisiones dentro del campo peronista: aquellos dos sectores se habían unido en un movimiento de tenaza para obligar a dimitir, en octubre de 1974, al ministro de Economía, Gelbard, pero pronto se separaron en lo tocante a la política económica. Mientras que López Rega patrocinó a ministros de Economía liberales como Celestino Rodrigo y Emilio Mondelli, que intentaron cargar el peso de una crisis económica sostenida en las espaldas de los trabajadores, la burocracia sindical se refirió al nacionalismo económico y la distribución de la renta nacional de finales de los años cuarenta.³¹ Las contradicciones entre la facción López Rega-Isabel Perón y el liderazgo sindical se pusieron más claramente de manifiesto en junio y julio de 1975 durante el "Rodrigazo", cuando las tácticas económicas "de choque" de Rodrigo provocaron una huelga general *de facto* (la primera que se dirigía contra un gobierno peronista) que los li-

deres de la CGT se vieron obligados a reconocer, declarar y, por último, dirigir; y fue utilizada por ellos para ayudar a echar del gobierno a López Rega y a algunos de sus aliados, aumentando con ello su propio poder.³²

Como se ha demostrado en otro lugar, el poder de la jefatura de la CGT era, de todos modos, más aparente que real,³³ estaba principalmente limitado a las cuestiones sindicales, y, después de la muerte de Perón, la Confederación tuvo más éxito en vetar iniciativas gubernamentales que en imponer sus propuestas de determinada política. Con su tendencia a poner en el mismo saco al resto del Movimiento Peronista en el campo de la traición, los Montoneros se aislaron políticamente antes de reforzar militarmente su aislamiento. Les costó reconocer la aparición de fracturas en la burocracia sindical y en el Movimiento Peronista cuando, en 1974-1975, salieron a la superficie. Había conflictos entre la UOM y el SMATA, en competencia por los derechos de sindicación; entre Lorenzo Miguel y Victorio Calabró, sustituto de Bidegain como gobernador de la provincia de Buenos Aires; y entre los partidarios "verticalistas" de Isabel Perón y los desencantados críticos centristas de la misma surgidos en el seno del Movimiento Peronista. Con un análisis político y sociológico más penetrante del peronismo, y menos denuncias morales de traición, los Montoneros hubieran logrado acuerdos tácticos con otros sectores antiisabelistas,³⁴ a no ser por el creciente apego de los guerrilleros a una estrategia altamente militarista.

El intento de crear un ejército montonero

El retorno a la clandestinidad se consideró una medida defensiva, una "retirada estratégica" en respuesta a una

"ofensiva" enemiga que incluía a la Triple A y a las fuerzas de policía regulares, previéndose además que pronto se unirían a ellas las Fuerzas Armadas.³⁵ Tal "retirada" no fue reconocida por los observadores, que veían en toda acción guerrillera un acto de agresión; no fue, en modo alguno, una retirada pasiva, sino, en términos clausewitzianos, la "retirada de un león herido".³⁶ Mientras el enemigo avanzaba, las tareas que se habían impuesto a sí mismos los Montoneros eran: proteger sus propias fuerzas; maniobrar con el fin de recibir el menor daño posible del adversario; tomar iniciativas militares con el fin de acosar, desmoralizar y desorientar a las fuerzas contrarias; y todo el tiempo prepararse lo mejor posible, en todos los terrenos, para la eventualidad de una contraofensiva propia. Cuando la "retirada" en sí fue llevada a cabo y los guerrilleros se encontraron a salvo en la clandestinidad, lo cual se consiguió a fines de 1974, se lanzaron "ofensivas militares tácticas" de fuerza creciente, pero siempre dentro del contexto estratégico-defensivo de una guerra de desgaste en la que el principal objetivo de los Montoneros, más que la aniquilación del enemigo, era su agotamiento.³⁷ Cuando la ofensiva enemiga, a causa del acoso de los Montoneros, se detuviese, los guerrilleros podrían pasar a una fase de contraofensiva estratégica durante la cual los triunfos populares abrirían brechas y atraerían ciertos sectores de las Fuerzas Armadas; pero tal fase no se consideraba posible, incluso por los estrategas montoneros más optimistas, antes de algunos años.

El retorno a la guerra clandestina no implicó radicalización política alguna. Aun enfrentados a un gobierno que consideraban "proimperialista" (y sin duda dispuesto a abandonar la estrategia, más nacionalista, de 1973-1974), los Montoneros aspiraban todavía al liderazgo de un movimiento de liberación nacional, basado en el peronismo, en

vanguardia de un frente de liberación nacional más amplio que incluiría "la mediana empresa nacional y sus expresiones políticas, interesadas en terminar con la dependencia", con el liderazgo de la clase obrera.³⁸ La única novedad era que, muerto Perón, los Montoneros se veían a sí mismos, y no a los líderes peronistas oficiales, como principales arquitectos y constructores de tales estructuras.

Sin embargo, construir un puente político era más difícil de lo que parecía sobre el papel, y dependía en gran medida de que los Montoneros mantuvieran una base legal en el sistema político establecido. Por ello se llevó a cabo un intento de mantener "en la superficie" las organizaciones de masas de 1973-1974, disminuyendo la actividad guerrillera durante tres semanas, en noviembre de 1974, mientras la Juventud Peronista luchaba por reafirmarse al menos como fuerza semilegal. Pero los activistas de las organizaciones de masas, como Florencio Fernández y Roberto Silvesti, siguieron siendo asesinados por los pistoleros de la derecha, y la JUP, sobre todo, recibió fuertes presiones para que denunciara a los guerrilleros o se considerase como una organización ilegal: en octubre, sus activistas estudiantiles fueron amenazados por el ministro de Educación, Ivanissevich, con la pérdida de un trimestre de estudios, o de determinados exámenes, como castigo, si continuaban su activismo, y un mes después fueron detenidos dos dirigentes de la JUP, José Pablo Ventura y Miguel Talento, junto con Marcela Cuesta. La reanudación de la lucha armada montonera aumentó notablemente el riesgo que suponía participar en las organizaciones de masas, el flanco más visible y vulnerable de la organización. Y ya fuera por ese motivo, o a causa de alguna disensión política, o incluso por la manera en que tal reanudación fue decidida por los jefes guerrilleros, que dejaron que muchos de sus

partidarios se enteraran de ella por los periódicos a la mañana siguiente,³⁹ no toda la periferia de la guerrilla se unió a los combatientes el 6 de septiembre. Mario Kestelboim fue solamente la figura más prominente que se disociaría en aquel momento de la Tendencia Revolucionaria. Lo hizo dimitiendo de su cargo de decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires en vez de confiar en la JUP, y por ende en los Montoneros, para el apoyo necesario contra la ofensiva universitaria derechista.

Al cabo de algunas semanas se hizo evidente que las organizaciones de masas de la Tendencia estaban demasiado identificadas con los Montoneros para servir de exponentes legales de su política. Las más importantes de ellas (la territorial Juventud Peronista y las funcionales JUP, JTP y UES) siguieron existiendo durante 1975, pero como organizaciones clandestinas compuestas por una serie de agrupaciones. De hecho, durante varios meses los Montoneros encontraron completamente bloqueado su acceso al sistema político constitucional: los últimos diputados que les quedaban —Zavala Rodríguez y Bettanín— se retiraron del Congreso a mediados de septiembre, alegando en su protesta que éste había “resultado inútil para la defensa de las causas del pueblo” y sólo se había dedicado a aprobar los proyectos de ley presentados por el gobierno;⁴⁰ y hacia finales de noviembre, dos gobernadores provinciales que simpatizaban con la izquierda peronista, Jorge Cepernic y Miguel Ragone, fueron depuestos por sendas intervenciones federales. En aquel momento, con la pérdida temporal de todos los restos de legalidad, la creación de nuevas formas de organización se hacía inaplazable.⁴¹

Durante los primeros años setenta, la unidad básica guerrillera había sido el comando; varios de ellos se agrupaban para las operaciones de importancia, pudiendo contar, además, con la Juventud Peronista “Regionales” y algu-

nos grupos peronistas combativos creados por los Montoneros, llamados unidades básicas de combate, como expresión de su “frente de masas”. Para 1973-1974, cuando la labor de masas era prioritaria, se había ideado un sistema igualmente sencillo de “pelotones integrados” o células de activistas, tanto para el trabajo de masas como para las tareas militares. Pero ahora los Montoneros tenían miles de activistas dispuestos a ser organizados a uno u otro nivel, por lo que la “especialización” pasó a la orden del día: hasta cierto punto, las estructuras política y militar quedaron separadas. Hacia fines de 1974 se creó una red específicamente militar con “pelotones de combate” como unidades celulares básicas. Los pelotones eran, en cierta manera, los equivalentes de los antiguos comandos y, como éstos, muchos de ellos llevaban nombres de guerrilleros asesinados, aun cuando las nuevas unidades de combate eran sólo parte de una estructura mucho más compleja, compuesta militarmente por columnas⁴² (como la Columna Abal Medina, en Buenos Aires) y, geográficamente, por Regiones o Zonas. Junto con tales innovaciones se produjo una amplia expansión de infraestructura que comprendía la adquisición de bases, de “casas seguras”, lugares para las reuniones, equipo de imprenta, “cárceles del pueblo”, instalaciones para el entrenamiento y talleres de municiones. Se introdujeron también rangos militares, entre los que podían distinguirse los comandantes, los aspirantes y los oficiales, de los que había tres grados. Desde principios de 1975 se abrigó la ilusión de que podía crearse un ejército montonero regular,⁴³ no demasiado diferente del que los Montoneros llamaban “las autodenominadas Fuerzas Armadas Argentinas”, en la jungla de hormigón de las ciudades.

La naturaleza “político-militar” de la organización montonera (mencionada internamente a menudo como la “OPM” —organización político-militar—, y como “la M” en la

jerga de la izquierda peronista) se preservaría mediante la creación simultánea de milicias peronistas, compuestas por activistas que, como en 1973-1974, siguieron realizando a la vez tareas políticas y militares: las primeras, por mediación de las "agrupaciones", que actuaban especialmente en universidades y fábricas; y las segundas, a guisa de milicias de combate. Mientras que los pelotones, compuestos por "combatientes", estaban especializados en el combate militar y en operaciones técnicamente complejas, sus miembros adiestrados para el uso de armas de diversos tipos, las milicias, formadas por "milicianos", empleaban armas de mano y cócteles molotov, y cumplían una función paramilitar, a veces en apoyo de los pelotones del embrionario Ejército Montonero y, en otras ocasiones, independientemente. Si bien muchos "combatientes" llevaban una vida totalmente clandestina (en especial cuando se trataba de "quemados", es decir, conocidos por las autoridades), el "miliciano" solía combinar sus actividades político-militares con el desempeño de un empleo o de unos estudios regulares, con una correcta adaptación "pública" y una perfecta apariencia de "normalidad".⁴⁴

Tales estructuras permitieron que los Montoneros, durante 1975, su año cumbre, organizaran a un mínimo de cinco mil personas como "combatientes" o "milicianos", siendo los segundos obviamente más numerosos que los primeros.⁴⁵ En 1974, para recordar el golpe antiperonista del 16 de septiembre de 1955, fueron movilizadas en todo el país 1.500 personas en unas cien "operaciones": ataques con cócteles molotov contra objetivos relacionados con el imperialismo, la oligarquía y el aparato represivo, además del reparto de octavillas, la ocupación de edificios y las manifestaciones relámpago.⁴⁶ Sin embargo, aun cuando la nueva estructura permitió la integración de militantes a dos niveles, facilitó también el avance del militarismo. Teó-

ricamente, el surgimiento de una casta militar tenía que verse frustrado por la participación de combatientes profesionales en las agrupaciones del frente de masas, pero en la práctica las razones de seguridad convirtieron aquel hecho en un fenómeno poco común. Por otra parte, la importancia militar de las milicias menguó al hacerse las operaciones cada vez más ambiciosas y requerir principalmente servicios de profesionales. Así pues, estructuralmente, ya desde el comienzo de aquella nueva fase de la guerrilla hubo indicios de que los factores militares podían pesar más que los criterios políticos en la toma de decisiones por los Montoneros.

Uno de los aspectos más impresionantes, y en constante proceso de mejora, del aparato en ebullición de la guerrilla fue, innegablemente, el Servicio de Informaciones Montonero. Su pericia, a diferencia de la de un organismo similar del Estado, descansaba en la colaboración no pagada de individuos situados en casi todas las esferas de la vida pública argentina. Principalmente a través de las agrupaciones, se encauzaban hacia ese servicio datos referentes a las fuerzas de seguridad, a los "traidores", a los patronos, a los cuarteles y comisarías de policía y al funcionamiento de los servicios públicos. Por otra parte, a principios de 1975 se hizo una apelación a la Policía Provincial de Buenos Aires (considerada por los Montoneros como menos represiva que su equivalente federal), y aquella petición y otras semejantes pudieron haber cosechado información sobre la Triple A (información facilitada por policías corrientes que detestaban las actividades de esa última, que veían cómo el ansia de venganza causada por los asesinatos de la Triple A estaba transformando gradualmente a todo el personal uniformado en blanco de la guerrilla, o resentidos por el hecho de que cualquier vulgar asesino de la Triple A fuese preferido a un policía de carrera). También se

pidió a la Policía Provincial que no opusiera resistencia a las acciones guerrilleras, que ayudase en secreto a los montoneros capturados y que atenuara los efectos de las órdenes de represión;⁴⁷ ruegos con muchas menos probabilidades de ser atendidos después de la emboscada guerrillera de febrero de 1975 contra una patrulla de la policía en Buenos Aires, en la que fueron muertos tres agentes y otro resultó gravemente herido.

Además de un buen servicio de información, la creación de un auténtico ejército guerrillero exigía abundantes recursos económicos y armas. Antes de concluir el mes de septiembre de 1974, los Montoneros resolvieron su problema financiero actuando contra Bunge y Born, un importante monopolio que poseía harineras en todo el mundo, así como diversas empresas agrícolas e industriales. Juan y Jorge Born, respectivamente gerente y director general de aquel imperio económico, fueron seguidos cuando, el 19 de septiembre, salían en coche de su casa de la zona bonaerense de Beccar; desviados de una carretera principal por "policías" provistos de luces de tránsito que funcionaban con pilas, fueron acorralados por veinte o treinta "reparadores" de teléfonos: cuatro pelotones de la columna montonera Eva Perón. Alberto Bosch, gerente de Molinos Río de la Plata, S.A., y un chofer de la empresa, Juan Carlos Pérez, murieron al resistirse al secuestro.

Al cabo de algunas horas, un "comunicado de guerra" montonero anunciaba que los hermanos Born serían "juzgados" por "su actuación contra los trabajadores, el pueblo y los intereses nacionales", y declaraba que el gobierno había devuelto recientemente a la compañía las mercancías que le había confiscado, acaparadas, según se decía, para provocar una subida de precios.⁴⁸ Recluidos en una "cárcel del pueblo", los hombres de negocios secuestrados fueron interrogados sobre sus actividades y "condenados" luego a

un año de cárcel (pena que fue rebajada a nueve meses cuando la compañía cedió ante las exigencias de los guerrilleros). La confianza de éstos en sí mismos era tan grande como sus pretensiones. El rescate que se pidió —sesenta millones de dólares estadounidenses— fue un verdadero récord mundial, y calificado por los secuestradores como "una fianza para la puesta en libertad de Jorge y Juan Born, y una multa por las irregularidades en el cambio de divisas, suma que será entregada a los Montoneros como representantes de los intereses nacionales"; la distribución de otros 1.200.000 dólares en mercancías, como castigo por acaparamiento y creación de escasez; la aceptación de las demandas de sus trabajadores; y, finalmente, por la su puesta participación en el golpe de 1955, se ordenó a Bunge y Born que colocaran bustos de Juan y Eva Perón en todas sus fábricas.⁴⁹

Las negociaciones fueron largas y difíciles. Para acelerarlas, los guerrilleros dejaron sentir su presión colocando bombas y ametrallando las casas de los directores de Molinos durante un conflicto laboral que hubo en la empresa en febrero de 1975, secuestrando a otro directivo de Bunge y Born (rescatado por medio millón de dólares) y lanzando numerosas amenazas de muerte, hasta que finalmente la compañía cedió. Hubo una reunión de los representantes de Bunge y Born en Gran Bretaña, Alemania, Francia e Italia, para llevar a cabo los arreglos necesarios; aparecieron gigantescos anuncios de publicidad montonera en cinco periódicos occidentales; decenas de camiones de ropa y alimentos fueron distribuidos en las "villas miseria", y en los barrios obreros de la Argentina por los Montoneros, los cuales anunciaron que se trataba de "dinero de Bunge y Born devuelto al pueblo";⁵⁰ se modificaron las relaciones industriales y las condiciones de trabajo de algunas de las compañías pertenecientes al grupo, incluida la de Molinos;

Firmenich y Jorge Born aparecieron en una conferencia de prensa secreta celebrada en Acasusso para dar detalles de su actuación; y los secuestrados recuperaron su libertad el mismo día, 20 de junio de 1975.

Aun cuando los sectores izquierdistas se refirieron a los logros industriales de la operación llamándolos "paternalistas", ésta fue indudablemente un éxito en otros sentidos. Si bien la potencia económica de la compañía era suficiente para acceder a las exigencias de los guerrilleros, ésta no despertó, pese a hallarse en un momento difícil, la menor muestra de simpatía por parte de los argentinos, siendo muy plausibles, en 1975, las acusaciones de acaparamiento, negadas por Bunge y Born. Por otra parte, los Montoneros habían demostrado la fuerza de su organización, de la que Jorge Born dijo que era "tan buena como Bunge y Born"; la violencia empleada se vio compensada por muestras de compasión (se permitió que el doctor de los Born visitara a Juan, el cual fue liberado después de seis meses por razones de salud); y la teatralidad a lo Robin Hood con que terminó el episodio ayudó a consolidar la imagen romántica de los Montoneros. Sobre todo, el enorme rendimiento de la operación, que equivalió, según Jorge Born, a una tercera parte del presupuesto nacional de Defensa, garantizó a los Montoneros seguir disfrutando de independencia económica.⁵¹ Otros cinco millones de dólares afluirían a las arcas montoneras el siguiente mes de diciembre, esa vez importe de una "multa" pagada por Mercedes Benz para conseguir la liberación de Enrique Metz, recluido dos meses en una celda de los Montoneros. Nuevamente la operación estuvo relacionada con un conflicto industrial. La compañía fue obligada a acceder a las peticiones de aumento salarial y a la readmisión de los obreros despedidos, y nuevamente, por la fuerza, los guerrilleros ganaron espacio en los principales periódicos del mundo,

esa vez para dar publicidad a la petición de unas elecciones adelantadas.⁵²

Con sus ingresos del año 1975, procedentes en su mayor parte de aquellos secuestros y que ascendían a más de setenta millones de dólares, los Montoneros se hallaban en condiciones de comprar grandes cantidades de armas automáticas, pero fueron muy pocas las que adquirieron. Una incursión guerrillera en la fábrica de armas Halcón, de Banfield, a finales de 1975, les ahorró aquel gasto. Según las informaciones de la prensa, obtenidas de la agencia oficial de noticias, los atacantes se llevaron piezas suficientes para montar 100 metralletas de nueve milímetros y 150 fusiles del calibre 765; de aquellas armas, las primeras estaban destinadas a la Prefectura y las últimas se habían modificado especialmente para la Marina;⁵³ sin embargo, los Montoneros, según ellos, dejaron el lugar completamente vacío de armas, piezas, maquinaria e incluso accesorios. El jefe de Producción de la fábrica Halcón era montonero.⁵⁴

Aquella operación permitió a los guerrilleros comenzar la producción de armas. Habían adquirido el potencial suficiente para fabricar ametralladoras Halcón, aunque no llegaron a hacerlo,⁵⁵ presumiblemente por falta de conocimientos técnicos para ello (y por no correr el riesgo que suponía la contratación de armeros extranjeros) y porque, al fin y al cabo, contrariamente a lo que nos hace creer la televisión, el fusil (junto con las pistolas y las granadas), más que la metralleta, es el arma típica de la guerrilla urbana. En ciudades populosas y de densa edificación la precisión era indispensable. No es pues sorprendente que el fusil FAL, también usado por el Ejército argentino, fuera el arma favorita de los Montoneros, junto con las pistolas Browning y Halcón, las primeras generalmente arrebatadas a los policías.⁵⁶ Pero empezaron a aparecer productos montoneros —especialmente granadas, y lanzagranadas acoplables a

los fusiles FAL—, que revelaban la creación de un servicio de fabricaciones montoneras consistente en un gran taller (la fábrica de armas Sabino Navarro, del Gran Buenos Aires) y un buen número de unidades menores diseminadas por varias zonas del país. Como podía predecirse, los talleres pequeños tardaron más en ser descubiertos.⁵⁷

Una nueva fase de la lucha armada

Económicamente seguros, mejor armados y más numerosos, los Montoneros se volvieron más ambiciosos en su nueva etapa de lucha, pero no tardaron en ponerse al borde del descrédito a causa de un macabro hecho relacionado con los restos del general Aramburu. El ataúd de la primera víctima de los Montoneros desapareció del cementerio de la Recoleta a mediados de octubre de 1974, para no ser devuelto hasta al cabo de un mes, pocas horas antes de que López Rega regresara de España trayendo consigo el cadáver de Eva Perón. Muchos vieron la repatriación de la heroína peronista sólo como una pobre maniobra publicitaria en favor de Isabel Perón y de *el Brujo*, pero el esfuerzo montonero para eclipsar al gobierno fracasó: los observadores en su mayoría calificaron el secuestro del cadáver de Aramburu —presentado por los Montoneros como medio de “asegurar” el retorno de *Evita Montonera*— como trivial o repulsivo.⁵⁸

“JUSTICIA MONTONERA”

Los asesinatos vindicativos (“ajusticiamientos”, según el léxico guerrillero) se convirtieron ahora en una parte habitual del repertorio montonero, a medida que la violencia,

aunque todavía discriminada, se empleaba con mayor frecuencia no sólo contra la propiedad sino también contra las personas. El primero de la lista fue Alberto Villar, jefe de la Policía Federal, despedazado por una explosión en noviembre de 1974 cuando acababa de salir, a bordo de su lancha motora, de un muelle deportivo del Tigre. Villar era tan impopular que muchos comentaristas pasaron por alto el hecho de que también su esposa había muerto en el atentado. Experto en la lucha antiguerrilla, Villar estaba condenado por los Montoneros a causa de su papel en la creación, en 1970, de la Brigada Antisubversiva, unidad que se distinguía por sus cascos azules; por dirigir el asalto, en agosto de 1972, a la sede del Partido Justicialista con el fin de apoderarse de los cadáveres de tres víctimas de Trelew (supuestamente para evitar que se probara médicamente que Ana María Villarreal de Santucho estaba embarazada cuando fue abatida a tiros); por los ataques de la policía, en 1974, a los cortejos fúnebres de Rodolfo Ortega Peña y Silvio Frondizi; por dirigir asaltos a los locales de la JP y la JTP; y, principalmente, por su participación en la Triple A, o al menos por su colaboración con ella. Su muerte fue pedida por los Montoneros durante el acto que éstos organizaron en el estadio de Atlanta en marzo de 1974, cuando Firmenich, respondiendo a los gritos de “Montonero, el pueblo te lo pide, queremos la cabeza de Villar y Margaride”, contestó: “Heredamos todas las consignas de nuestro Movimiento”.⁵⁹

El asesinato de Villar encantó a la izquierda peronista, fue públicamente lamentado por pocos y demostró los progresos técnicos de los Montoneros, pero su único resultado político fue la declaración del estado de sitio por el gobierno el 6 de noviembre de 1974 (una suspensión “temporal” de los derechos constitucionales que permanecía firmemente en vigor seis años después). Para los Montoneros, el estado de sitio representó una mera institucionalización del

statu quo, puesto que sus derechos de manifestación, reunión y expresión ya les habían sido negados; sin embargo, la nueva situación hizo más difícil la vida a las otras fuerzas izquierdistas. A pesar de las promesas del gobierno en el sentido de que el decreto 1386 —que declaraba el estado de sitio— no sería usado contra los partidos legales, éste fue invocado, en el espacio de sólo una quincena, para justificar una incursión en la sede del Partido Socialista de los Trabajadores (PST) y para prohibir un congreso del Frente de Izquierda Popular (FIP) y una concentración del Partido Comunista de la Argentina (PCA) en recuerdo de la revolución bolchevique.⁶⁰ El sucesor de Villar, el comisario general Luis Margaride, no resultó más humano que su predecesor pero sí más duradero en el cargo: en diciembre el ERP lanzó un camión lleno de explosivos hacia su coche, pero la víctima de la explosión fue su escolta de policías motorizados.⁶¹ No obstante, los Montoneros adquirieron la propensión de asesinar a jefes de policía. Lo demostraron matando después al general Jorge Esteban Cáceres Monié (jefe de la Policía Federal en 1970-1972 y luego nombrado secretario de Seguridad por Perón en junio de 1974) y al general Cesario Ángel Cardozo (primer jefe de la Policía Federal con Videla) durante el bienio siguiente. (Revivieron así una práctica iniciada en noviembre de 1909, cuando el anarquista Simón Radowitzky mató al notorio Ramón Falcón.)⁶² Sin embargo, el júbilo de los Montoneros de aparecer constantemente en los titulares de la prensa debía disiparse rápidamente con cada reacción de sus enemigos: centenares de “sospechosos” fueron detenidos en operaciones antiguerrilleras intensificadas durante la semana posterior a la muerte de Cáceres Monié y, como represalia por ella, el “Pelotón General Cáceres Monié” del Comando Libertadores de América⁶³ irrumpió en un mitin estudiantil, se llevó a ras- tras a cinco bolivianos, tres argentinos y un peruano y los

condujo a un lugar aislado de las afueras de Córdoba, donde, atados de pies y manos y con los ojos vendados, fueron fusilados.⁶⁴

Villar fue sólo una de las víctimas de una persistente campaña de los Montoneros contra la Triple A que afectó a policías y a personal del Ministerio de Bienestar Social. José Mario Russo, funcionario derechista del Ministerio, fue asesinado en Santa Fe en octubre de 1974; el comisario de policía retirado Juan Ramón Morales, “jefe operativo” de la Triple A según los Montoneros, resultó herido en una emboscada montonera en abril de 1975, pero sobrevivió a ella gracias a una intervención del Ejército;⁶⁵ en agosto, fue asesinado el trabajador de la televisión Adolfo Dibatista, perteneciente a la Triple A, supuesto responsable de la muerte de dos montoneros;⁶⁶ y finalmente, en febrero de 1976, José Miguel Tarquini, funcionario del Ministerio de Bienestar Social y ex jefe de Redacción de la publicación fascista *El Caudillo*, fue acorralado y muerto en Quilmes.⁶⁷ Aunque totalmente ineficaces como respuesta a la violencia derechista —y, en realidad, estimuladores de la misma—, aquellos asesinatos no estaban exentos de legitimidad en el ánimo de no pocos observadores. La Triple A pasaba, en general, por una organización siniestra que hacía una guerra mucho más sucia que los más feroces grupos guerrilleros. En varias ocasiones, montoneros heridos fueron recogidos por médicos en la calle y entregados a ambulancias del Ministerio de Bienestar Social, sin que llegaran al hospital: fueron muertos en los mismos vehículos, o llevados a centros de tortura antes de ser eliminados en basureros municipales, o fueron colgados de los árboles.⁶⁸ Además, la Triple A gozaba de protección oficial y parecía inmune a la acción de la ley: nunca fue detenido ninguno de sus secuaces ni ningún empleado del llamado “Ministerio de la Muerte”.⁶⁹ Los funcionarios del gobierno daban la impresión de

justificar públicamente la violencia derechista. Se reportó que García Rey, subsecretario de Seguridad Interior, dijo en Tucumán que "para terminar con la guerrilla se utilizarán los mismos métodos anticonvencionales que usa la delincuencia";⁷⁰ López Rega llegó a afirmar que sus adversarios tenían la cabeza tan dura que sólo podían tratarse a martillazos;⁷¹ y la propia presidenta, en una asamblea poco concurrida celebrada el día de la celebración del Primero de Mayo de 1975, expresó el deseo de llevar el látigo a los guerrilleros.⁷² Había también pruebas de que se estaban desviando fondos públicos hacia grupos fascistas.⁷³

Por otro lado, se produjeron muchos asesinatos montoneros vindicativos cuyo significado escapaba al público en general. Uno se pregunta, por ejemplo, cuando Rubén Dominico, consejero de Monte Grande, fue asesinado en 1974, cuántas personas sabían y recordaban que ocho meses antes había sido acusado por la Juventud Peronista de ser responsable de la violación y el asesinato de la activista de la JP Liliana Ivanoff.⁷⁴ A ese respecto, los guerrilleros corrían el peligro de que, incluso para los civiles que veían con indiferencia el asesinato de jefes de policía, los ataques por venganza poco "obvios" se considerasen parte de una guerra privada entre bandas armadas. Tales actos no favorecieron en nada el deseo de los guerrilleros de transformar sus unidades de combate en un ejército del pueblo; sólo consiguieron incrementar el intercambio de balas asesinas entre la izquierda y la derecha, con la particularidad de que las de esta última iban dirigidas a blancos más difusos. A partir de la muerte de Villar, la violencia derechista se hizo cada vez más indiscriminada; su lista de víctimas incluyó a decenas de refugiados políticos de los regímenes militares vecinos y a personas cuyo único delito había sido el parentesco con los guerrilleros.⁷⁵ Atendiendo sólo al punto de vista práctico, el uso del terror por la derecha era lógico: ya te-

nía el control sobre los centros de poder fundamentales, lo que le permitía mantener su dominio mediante los recursos del Estado prescindiendo del apoyo popular. En cambio, la violencia de la izquierda contra el Estado tenía que ser selectiva, pues la atracción y la conservación del apoyo popular eran esenciales para la estrategia con vistas a la toma del poder.

Los asesinatos por venganza no siempre eran suficientemente selectivos como para que el público apreciara su significado, pero se emplearon otros dos medios para contestar a la violencia derechista. El primero, que demostraba la calidad del servicio de información de los Montoneros, consistió en compilar un amplio expediente sobre la Triple A con que estimular a los políticos constitucionalistas y a los miembros del Ejército para que actuaran contra ella. Puede decirse casi con seguridad que tal documentación fue enviada a Ricardo Balbín, líder del Partido Radical, aun cuando en julio de 1975 se abstuvo de intervenir en una investigación sobre la Triple A y negó haberla recibido. Un hermano suyo atribuyó su ausencia a motivos de "fuerza mayor".⁷⁶ El plan de los Montoneros fracasó, pero éstos estaban en lo cierto al suponer que el Ejército era hostil a la Triple A en muchos aspectos: la "seguridad interna" no era una tarea propia de una empresa privada, según los generales, y además éstos querían un control completo de ella por sí mismos. Fueron en gran manera ellos y los sindicatos quienes obligaron a dimitir (y después a abandonar el país) a López Rega en julio de 1975, y sólo ellos quienes adquirieron preeminencia aquel mismo año en la lucha contra los guerrilleros: en febrero se encargaron de las operaciones dirigidas contra el ERP en la provincia de Tucumán; en octubre, consiguieron el control nacional de todos los asuntos de seguridad..., aunque ello no refrenó en modo alguno la actividad del escuadrón de la muerte.

El otro esfuerzo montonero para enfrentarse al mismo problema fue aún menos eficaz, y resaltó una dificultad que venía afectando a la guerrilla de modo creciente: la referente a la publicidad. El 25 de febrero de 1975 los Pelotones Montoneros de Combate Hugo Baretta y Hugo Figueroa,⁷⁷ de la Columna Emilio Maza, ocuparon las oficinas de John Patrick Egan, cónsul honorario de los Estados Unidos en Córdoba, autografiaron las paredes con aerosol, dejaron octavillas y se llevaron a su víctima, que tenía entonces sesenta y dos años. Se publicó aquel mismo día un "parte de guerra" según el cual Egan, "como representante directo de los intereses Yankys [sic] en nuestra provincia, ha sido condenado a muerte por fusilamiento", pese a lo cual se le "conmutaría" la sentencia y sería liberado si el gobierno y las Fuerzas Armadas demostraban, antes de las siete de la tarde del 28 de febrero, que cinco guerrilleros "desaparecidos" seguían vivos. Una carta de Egan, dirigida al embajador de los Estados Unidos en Buenos Aires, decía de los cinco montoneros: "Yo sé que usted tiene el poder suficiente como para requerir al gobierno argentino y al Ejército que cumplan con las exigencias de los Montoneros. Si esas personas no han muerto, por favor, use usted toda su influencia para que aparezcan".⁷⁸ El mensaje no dio el menor resultado, y Egan fue fusilado al vencer el plazo estipulado; su cadáver se descubrió envuelto en una bandera montonera y con periódicos con la información de la muerte de Baretta y Figueroa.

En aquel caso, las exigencias de los Montoneros, aunque en apariencia razonables, no fueron realistas. O los cinco guerrilleros estaban ya muertos o el gobierno y el Ejército eran culpables de secuestro. Por ello, una respuesta en cualquiera de ambos sentidos habría desacreditado políticamente al gobierno y posiblemente creado la impresión de que éste era un instrumento de los Estados Unidos.

El dilema en que se encontraron los capturadores de Egan, provocado por ellos mismos, fue así similar al que afectó a los Tupamaros en el caso de Dan Mitrione,⁷⁹ con la diferencia de que el prisionero de los Montoneros no era un agente de la CIA ni del FBI. Soltar a Egan habría sido un acto humanitario, pero hubiera podido interpretarse como un signo de debilidad, de consecuencias desmoralizadoras para los partidarios de los Montoneros. Matar al cónsul equivalía a decir con claridad que podían hacer promesas y amenazas, y cumplirlas; pero los guerrilleros, al dar muestras de firmeza, corrían el peligro nada despreciable de que la gente los considerase autores de un acto terrorista de secuestro y asesinato desprovisto de razones políticas. Y así fue como presentó el hecho, sin excepción, la prensa argentina de habla hispana, que nada tenía de "libre", lo que puso asimismo de manifiesto el problema de publicidad que aquejaba a los guerrilleros.

LOS PROBLEMAS DE COMUNICACIÓN Y EL ASCENSO DEL MILITARISMO

Las presiones de autocensura ejercidas sobre los responsables de la prensa aumentaron a finales de septiembre de 1974, cuando una nueva Ley Antisubversiva estableció sentencias de prisión, que podían llegar a cinco años, para los periodistas y directores de periódicos que publicaran informaciones consideradas tendentes a "alterar o eliminar el orden institucional".⁸⁰ Poco después entraba en vigor una disposición específica que prohibía incluso mencionar las organizaciones guerrilleras por su nombre, por lo que, a partir de entonces, no se imprimió prácticamente ninguna información sobre la actividad guerrillera procedente de fuentes no autorizadas. Con las nobles ex-

cepciones del *Buenos Aires Herald*, publicado en lengua inglesa, y, ocasionalmente, *La Opinión*, los objetivos políticos de las operaciones guerrilleras fueron casi silenciados por la prensa, la cual sólo indicaba específicamente la autoría de las acciones en un diez por ciento de los incidentes reseñados.⁸¹ En estos casos, en vez de las habituales referencias a "delincuentes subversivos", el ERP (ilegal desde septiembre de 1973) era mencionado como "ODI" u "organización declarada ilegal", mientras que los Montoneros, a los que se consideraba proscritos por sí mismos desde que optaran por la clandestinidad, aparecieron como "la organización autoproscrita" o como "la guerrilla peronista". Las referencias al "terrorismo periodístico" fueron haciéndose habituales en la retórica derechista, y el triste estado de la prensa argentina se patentizó cuando, en agosto de 1975, Antonio Benítez, ministro del Interior, negando toda restricción sobre la misma, declaró que "sólo" se había prohibido la publicación de *Crónica*, *Militancia*, *El Mundo*, *El Descamisado*, *Noticias*, *La Calle* y *Satiricón*.⁸²

Por ello, los Montoneros se encontraron con tremendos obstáculos para explicar sus acciones al público. Un par de veces, se apoderaron brevemente de emisoras de radio para lanzar emisiones piratas, pero tales actos fueron una pobre compensación de la falta de portavoces legales: tras la prohibición, en septiembre de 1974, de *La Causa Peronista*, no hubo ninguna publicación montonera a la que se pudiera acceder libremente, hasta el lanzamiento un año después de *El Auténtico*. Fue quincenal, y a lo sumo, únicamente pudo dejar ver entre líneas su simpatía por los Montoneros; su vida editorial se limitó a ocho números, y fue, con todo, un periódico que sólo podía comprarse en los quioscos mirando nerviosamente por encima del hombro.⁸³ A principios de 1975 apareció *Evita Montonera*, una revista clandestina que contenía comentarios políticos y detalles

sobre los acontecimientos guerrilleros y las actividades obreras, pero, por ser sólo distribuible a mano y por correo, nunca tuvo otros lectores que los miembros de la organización y sus partidarios activos. Los ocho números publicados aquel año tuvieron un tiraje total de 69.000 ejemplares y, por lo general, llegaban con un retraso de tres o cuatro meses.⁸⁴

Todo ello significaba que para que los objetivos políticos de las operaciones tuvieran alguna probabilidad de éxito, las acciones de la guerrilla debían explicarse por sí mismas; de otro modo, como había advertido el estratega guerrillero Abraham Guillén, serían "políticamente inútiles".⁸⁵ Sin embargo, tal autoexplicación hubiese supuesto una mayor discriminación en la elección de objetivos y métodos operativos por parte de los Montoneros, algo que hubiera ido en contra del creciente ímpetu de la lucha guerrillera y de la progresiva tendencia de los Montoneros a equiparar la lucha revolucionaria con una guerra regular. Guillén siempre había insistido en que "para conseguir el apoyo del pueblo deben usarse directamente las armas en su favor",⁸⁶ pero las máximas de ese veterano del movimiento anarcosindicalista español (FAI-CNT) fueron poco menos que desoídas por los Montoneros. En su lugar, en la medida en que se puede hablar de influencias estratégicas sobre los Montoneros, se alzó la imponente figura de Carl von Clausewitz, el dialéctico de la guerra, generalmente conocido por haber escrito que "la guerra no es un fenómeno independiente, sino la continuación de la política por otros medios".⁸⁷ Esta cita la usaron al principio los Montoneros para subrayar que su actividad guerrillera formaba parte de una lucha política, pero ahora el aforismo les sirvió como sustituto de una teoría revolucionaria: se utilizó para presentar la escalada guerrillera de 1975 no sólo como un avance militar, sino también, *ipso facto*, como un progreso

político. El militarismo se convirtió en el rasgo dominante de la guerrilla mientras las declaraciones estratégicas no bosquejaron únicamente su metodología, sino que hicieron también las veces de teoría revolucionaria. La lucha armada había adquirido una dinámica propia, con una actuación dictada por los acontecimientos políticos nacionales y por dos elementos más: una teoría de la lucha armada que exigía saltos periódicos hacia niveles bélicos más altos; y cuando aumentó el tributo de la muerte, el deseo de venganza. Sobre todo este último lo llevó a los guerrilleros a lo que ellos llamaron la "dialéctica del enfrentamiento", una espiral reactiva de violencia que indujo a los Montoneros a *responder* a las acciones del enemigo en vez de tomar y conservar la iniciativa.

Dos años más tarde, el militarismo se manifestaría, con el "movimientismo", como objeto de autocrítica por parte de la guerrilla, aunque también como un pecado que podía perdonarse como una de las varias "desviaciones correctas de la etapa".⁸⁸ Sin embargo, en 1975 los Montoneros por lo menos demostraron a los escépticos la *posibilidad* de la guerra de guerrillas urbana. Apoyados por una tesorería fuerte, las operaciones de aquel año no sólo incluyeron el secuestro, el asesinato y la colocación de bombas, sino que fueron mucho más lejos: sacando partido de las clásicas ventajas guerrilleras de la sorpresa y la movilidad, los Montoneros socavaron totalmente, en dos ocasiones, el control del Estado sobre una ciudad grande, y, varias veces, sobre ciertos suburbios; dieron eficaces golpes contra la Marina y la Fuerza Aérea; y llevaron a cabo una "operación monstruo" contra el Ejército que les hizo adentrarse profundamente en el terreno fronterizo que separaba la guerra regular de la irregular. Aquella fase no duraría. Los Montoneros se mantuvieron estratégicamente a la defensiva. Pero sus hazañas de aquel año los llevaron al centro de la escena po-

lítica argentina, los elevaron a la preeminencia en la guerrilla urbana de la América Latina y revelaron tanto el potencial como las limitaciones de una estrategia que se mostraba claramente distinta, desde el punto de vista cualitativo, del terrorismo político.⁸⁹

EL SALTO GUERRILLERO

Dentro del contexto "defensivo" definido por los estrategas montoneros, vigente hasta 1979, se lanzaron tres "ofensivas militares tácticas" durante el período 1974-1976. De éstas, la primera campaña militar (enero-marzo de 1975), al producir 150 "operativos", consistió principalmente en propaganda armada y en ajustes de cuentas con los "traidores" peronistas y con los miembros del aparato de seguridad.⁹⁰ El mes de julio presenció el inicio de una segunda campaña y el comienzo de una actividad genuinamente militar y paramilitar. Al principio ésta comprendió el bloqueo de rutas, el control temporal de zonas urbanas y ataques a comisarías, operaciones en las que intervinieron tanto los pelotones como las milicias en esfuerzos específicamente proyectados para aumentar la confianza popular en la capacidad militar de los Montoneros; pero se logró un nuevo "salto", como parte de la misma campaña: desde finales de agosto hasta octubre, se efectuaron por primera vez ataques de importancia contra las Fuerzas Armadas. Finalmente, hacia el final del año, se anunció una nueva fase de "retirada y preparación" (para una contraofensiva montonera) como respuesta a la "campaña de aniquilación" emprendida por los militares, aun cuando ella no evitaría una "tercera campaña militar", dirigida principalmente contra la policía, que se pondría en marcha la víspera del golpe de 1976. En total, los Montoneros en 1975 llevaron a

cabo unas quinientas operaciones de muy distinta importancia.⁹¹

De éstas, las más importantes fueron sin duda cuando los Montoneros alteraron a su antojo el orden público en las ciudades principales de la Argentina, y cuando asestaron golpes contra las tres Fuerzas Armadas. Dos veces en julio de 1975, los guerrilleros dieron muestras de su fuerza militar mediante ataques soberbiamente sincronizados en la ciudad de Córdoba, por entonces foco de la represión política urbana.⁹² En el primer operativo, un par de días después de la victoriosa huelga general, colocaron bombas en dos comisarias, veinte almacenes y dos oficinas de prensa, pero aquella especie de guerra relámpago, acompañada por una exhortación para un levantamiento popular contra el gobierno, no fue un verdadero sustituto para conseguir el liderazgo del movimiento huelguístico. Después de una correría similar llevada a cabo el 25 de julio en la provincia de Buenos Aires, durante la cual fueron atacados tres ayuntamientos, siete comisarias y el cuartel general de Artillería de Ciudadela, los Montoneros volvieron a causar disturbios en Córdoba el día 30, obstaculizando los caminos de acceso a la ciudad con cadenas y coches volcados antes de lanzar un ataque con metralletas contra el edificio del gobierno provincial. Aun cuando la policía, en esa última ocasión, perdió el control de Córdoba durante una hora, lo que manifiestamente se echaba de menos en todas aquellas acciones era la participación de las masas.⁹³ Aun cuando el objetivo de aquellas operaciones apuntaba a encender la espoleta de la rebelión popular, y no servir meramente de ejercicios de entrenamiento guerrillero, eran extremadamente "blanquistas": su impacto sobre los trabajadores era externo y de tipo militar, y la verdadera participación de los Montoneros en las luchas de masas estaba subordinada al mismo. Lo que consiguieron, a costa de la pérdida de varios

montoneros, fue demostrar que la policía no se bastaba a sí misma para mantener el orden. Pese a la colocación de nidos de ametralladoras rodeados de sacos de arena delante de las comisarias, y de un estricto control de los coches que circulaban por las calles cercanas, las bajas de la policía estaban ahora aumentando, al menos tan rápidamente como las de los Montoneros,⁹⁴ lo que apoyó las peticiones del Ejército de monopolizar la lucha contra la insurgencia.

Después de haber llegado con el ERP a un acuerdo táctico que dejaba los ataques contra los militares exclusivamente en manos de los guevaristas,⁹⁵ los Montoneros concentraron su potencial bélico, hasta agosto de 1975, en la policía, los monopolios y la derecha peronista. Si bien se intercambiaba información entre ambas organizaciones, principalmente de planos de las instalaciones enemigas, no hubo operaciones conjuntas de importancia ni se hizo progreso alguno hacia la unidad. Aunque todos los guerrilleros compartían ya el parecer de que era necesaria la oposición armada contra un gobierno cada vez más impopular, la división básica peronista/guevarista subsistió, mientras los Montoneros buscaban el modo de establecer un frente más amplio que el deseado por el ERP y se aferraban a su hegemonía. En octubre de 1974, Roberto Quieto señaló en una entrevista que, si bien el ERP veía en las Fuerzas Armadas un monolito reaccionario, los Montoneros seguían abogando por "un programa de liberación nacional que será apoyado por un amplio frente en el que participarán la pequeña burguesía y los sectores progresistas de las Fuerzas Armadas".⁹⁶ Además, los Montoneros consideraban que el "foquismo" rural del ERP era anticuado e inapropiado: la provincia de Tucumán, donde el ERP inició operaciones rurales en 1974, no era la "Cuba de la Argentina", y pronto se convirtió, según estimaciones del Ejército, en el "Stalingra-

do del ERP".⁹⁷ Al quedar cada día más limitada la acción del ERP en Tucumán, resultando generalmente perdedor en las escaramuzas con las tropas regulares, los Montoneros tuvieron que cargar con la responsabilidad de "elevar" la lucha guerrillera a nuevas alturas. Los últimos meses de 1975 se caracterizaron, pues, por bien coordinadas operaciones de gran pericia técnica. El 22 de agosto, día del aniversario de Trelew, estallaron en toda la Argentina más de cien bombas dirigidas contra la propiedad, seguidas de otra acción de igual magnitud, los días 15 y 16 de septiembre, para conmemorar el golpe de 1955. Después, cada una de las Fuerzas Armadas sufrió un golpe psicológico, si no una derrota militar. Considerando todavía a la Marina principal responsable de la matanza de Trelew, el Pelotón de Combate Arturo Lewinger,⁹⁸ de los Montoneros, señaló el aniversario del 22 de agosto haciendo estallar la más valiosa pertenencia de aquella fuerza: su primera fragata moderna provista de misiles, la *Santísima Trinidad*, de 3.500 toneladas. Aquella "niña bonita" de la Armada argentina era particularmente tentadora para los Montoneros, pues había sido construida con ayuda británica en una operación que, como parte de un trato de trescientos cincuenta millones de dólares, ultrajaba sus sentimientos nacionalistas: según los guerrilleros, buques de guerra como aquél hubieran debido usarse para recuperar las islas Malvinas para la Argentina, no para fortalecer los lazos de amistad con el "imperialismo británico".

Concebida en noviembre de 1974, la operación fue meticulosamente planeada por una unidad que estudió y después adaptó lecciones sacadas de la guerra submarina de la Segunda Guerra Mundial. Una versión cinematográfica habría podido ilustrar mejor la escena que la información impresa que dieron los guerrilleros sobre ella:⁹⁹ el buque, atracado en los Astilleros Navales Río Santiago, en

Ensenada, donde estaba siendo equipado, protegido por confiados guardianes navales; la furtiva llegada nocturna de los sabotadores en un bote plegable camuflado; el penoso trabajo, durante tres horas y media, de los hombres-rana montoneros, lo suficientemente cerca de los guardianes para oír su charla, mientras fijaban al casco del buque 170 kilos de cargas de demolición submarina, y la culminante explosión, sin hundir la nave, dejando inservibles todos los aparatos electrónicos de computación necesarios para conducirla, y retrasando al menos en un año los programas de construcción.¹⁰⁰

Le tocó luego el turno a la Fuerza Aérea, que también sufrió un ataque vindicativo, esa vez por el asesinato del líder montonero Marcos Osatinsky.¹⁰¹ A finales de agosto, un pelotón que llevaba su nombre voló por telemando la pista de aterrizaje del aeropuerto Benjamín Matienzo de San Miguel de Tucumán, y destruyó un avión de transporte Hercules C-130 mientras despegaba con personal antiguerrilla. Cinco personas resultaron muertas y cuarenta heridas en aquella respuesta —la más directa de los Montoneros— a la misión militar antiguerrillera de Tucumán. Sucedió en una zona militar bien vigilada, pero la seguridad se había relajado, y la existencia de un túnel debajo de la pista —desde el cual se podían amontonar explosivos en un desagüe— fue olvidada, al parecer, por los guardianes. Nuevamente se habían invertido meses de trabajo en una operación. Los Montoneros se refirieron fríamente a ella como "una verdadera obra de ingeniería militar".¹⁰²

Sin embargo, el Ejército tuvo el honor de ser objeto de la operación mejor elaborada y realizada de la lucha guerrillera argentina. Fecha: 5 de octubre de 1975; lugar: Formosa, a 930 kilómetros al norte de Buenos Aires, cerca de la frontera paraguaya; objetivo principal: la guarnición del Regimiento 29 de Infantería de Monte (R29), uno de los más

fuertes de la Argentina. Aquella capital provincial nortea no era precisamente una plaza fuerte montonera donde unos guerrilleros nativos pudiesen efectuar un ataque por sorpresa y luego desaparecer como "peces en el agua". Combatientes y equipo hubieron de transportarse a 800 kilómetros de distancia, desde Rosario a Formosa, y después ser retirados a un punto situado a 700 kilómetros de allí. Por ello hubo que pensar sobre todo en la economía, tanto de material como de personal, y el único medio seguro de evacuación era la vía aérea. Formaron las fuerzas de asalto treinta y nueve combatientes organizados en nueve pelotones, aunque la existencia de grupos de apoyo en Buenos Aires, Santa Fe y Formosa elevó probablemente a sesenta el número de los implicados de modo directo en la operación. Las fuerzas asaltantes llevaban 11 fusiles FAL, 5 fusiles FN, 18 pistolas ametralladoras Halcón, 1 fusil ametralladora Madsen, 2 escopetas, 5 minas y 51 granadas, además de armas cortas para todos sus componentes.¹⁰³

El éxito dependía de la precisa sincronización de tres operaciones: el secuestro del Boeing 739 *Ciudad de Trelew* de Aerolíneas Argentinas en su vuelo 706 de Buenos Aires a Corrientes, tarea a cargo de un pelotón de cuatro guerrilleros, incluidos doctores, encargados de obligar al piloto a aterrizar en el aeropuerto provincial de Formosa de El Pucú; la ocupación del aeropuerto por otros dos pelotones (nueve guerrilleros) mientras el avión acometía el aterrizaje; y todo ello al tiempo que una caravana de seis vehículos cargados con siete pelotones (veintiséis personas) se dirigía hacia la guarnición R29 procurando no ser detectada. Los objetivos uno y dos fueron conseguidos con éxito; el tercero supuso una tarea más difícil. Era demasiado pedir que la guarnición se rindiese, pero el hecho de que los Montoneros se lo propusieran nos habla de la confianza que tenían en sí mismos, como lo demuestra el hecho de que los

asaltantes vistieran uniforme: los tres componentes del pelotón cinco, de soldados del Ejército; el resto de los montoneros, con sus gorros característicos, camisas azules y pantalones de tela de algodón del mismo color.

La resistencia fue más fuerte de lo previsto: la ametralladora pesada de la guarnición no tardó en dar señales de vida y las guardias, a quienes se había permitido huir, abrieron fuego desde la distancia y causaron varias bajas entre los guerrilleros. Sin embargo, las fuerzas asaltantes penetraron hasta el arsenal. Con todo, a causa del fuego del Ejército, tuvieron que contentarse con cincuenta de los doscientos fusiles FAL que esperaban llevarse. También fue tomada, y puesta en uso en el acto, una ametralladora FAP. El enfrentamiento fue breve pero feroz. En poco tiempo, los pelotones dos, tres y cuatro quedaron reducidos a sólo dos supervivientes, cinco de los seis vehículos de los Montoneros resultaron inmovilizados y empezaron a llegar refuerzos del Ejército procedentes del cercano barrio de oficiales y suboficiales. Afortunadamente para los guerrilleros, el coche que había quedado intacto era un camión F-350 con suficiente capacidad para huir en él once atacantes con el armamento. Otros cuatro guerrilleros que no oyeron la orden de retirada consiguieron, sin embargo, llegar por su cuenta al aeropuerto. Los guerrilleros dejaron por lo menos once muertos en la guarnición.

Las bajas del Ejército se estimaron en doce muertos y dieciocho heridos; y la policía también sufrió bajas, una de ellas fatal, en escaramuzas menores. Las operaciones de "limpieza" llevadas a cabo durante los días siguientes por las fuerzas de seguridad hicieron ascender el número de muertos, según ellas, a un total de cuarenta y siete, cifra que pudo o no incluir pérdidas montoneras adicionales. Lo cierto es que los guerrilleros que lograron retirarse de la guarnición hicieron una huida sin tropiezos: alcanzaron El

Pucú, despegaron en el Boeing con su botín y un Cessna 182 de cuatro plazas (encontrado después cerca de Corrientes) e hicieron transfusiones de sangre a sus heridos a bordo del avión. Finalmente, el Boeing aterrizó en el campo de una estancia de Santa Fe, donde fueron recibidos por un grupo de compañeros con diez vehículos.¹⁰⁴ A partir de aquel momento, los guerrilleros y su armamento desaparecieron, y evitaron que la policía los persiguiera por el simple procedimiento de esparcer tachuelas detrás de ellos en las carreteras.

Las valoraciones militares de la operación de Formosa por parte de los comentaristas dependieron de que éstos creyeran o no las informaciones oficiales y, en especial, la afirmación de que todas las personas muertas después de la acción eran realmente montoneros;¹⁰⁵ en tal caso, debieron de ser "nativos" casi con toda seguridad. Pero, tanto si se estimaban las bajas en once como en treinta, muchas personas, al tiempo que condenaron la iniciativa guerrillera, se mostraron impresionadas por su audacia y magnitud. Un periódico conjeturó que al menos quinientos guerrilleros habían sido movilizados para llevar a cabo la operación, ya fueran combatientes o auxiliares.¹⁰⁶ Pero incluso los que admiraban secretamente los aspectos técnicos de la hazaña preguntaban: "¿Por qué? ¿Cuál es el objeto de todo ello?" En realidad, el hecho carecía de lógica política. El propio relato detallado de los Montoneros, en el que pretendían que el "autodenominado Ejército Argentino, brazo armado de la oligarquía y el imperialismo, sufrió el domingo 5 de octubre una de sus mayores derrotas a manos de las fuerzas revolucionarias [...]", no mencionó, como de costumbre, ningún objetivo político del ataque.¹⁰⁷ Formosa fue, en primer lugar, una espectacular demostración militar, proyectada y llevada a cabo con el fin de conseguir un buen número de armas, de humillar al Ejército y de hacer

ambas cosas con la mayor aparatosidad posible. Políticamente sirvió de poco a los Montoneros: casi todos los partidos políticos condenaron la acción, y el Partido Socialista de los Trabajadores no fue el único en señalar que la mayoría de las bajas del Ejército eran "trabajadores que circunstancialmente forman parte de las Fuerzas Armadas por su carácter de conscriptos".¹⁰⁸ Irónicamente, el único oficial que murió, el subteniente Ricardo Eduardo Massaferrro, era hijo de un participante en el alzamiento peronista del general Valle, ocurrido en 1956.

Los posteriores ataques montoneros contra el Ejército fueron también, inevitablemente, de carácter militarista: la llamada "recuperación" de seis fusiles FAL en una emboscada contra un camión del Ejército en La Plata, en septiembre de 1975, y otro acto parecido, llevado a cabo en Bahía Blanca en diciembre. En ambos casos, los vehículos fueron pintados con lemas guerrilleros, y en Bahía Blanca se lanzaron octavillas en las que se decía que "las armas del Ejército represor de Sierra Grande pasan al Ejército Montonero";¹⁰⁹ pero, aparte algunos transeúntes y simpatizantes, pocos argentinos supieron que la acción era una respuesta a la represiva intervención del Ejército y la policía destinada a aplastar una huelga ilegal de los mineros de Sierra Grande. En cambio, la mayoría de los ciudadanos se enteró de que un sargento murió resistiendo la emboscada y que un suboficial y un soldado habían sido muertos en Bahía Blanca.

Aunque los Montoneros nunca recurrieron al terrorismo estratégico como tal, al cabo de un año de haber reanudado la guerrilla empezaron a tratar a soldados y policías como blancos legítimos. Después de haber asesinado a Cáceres Monié y, sin proponérselo, a su esposa, lanzaron la amenaza de que "todos aquellos que hayan perseguido, asesinado o explotado al pueblo, tarde o temprano, estén

donde estén, tendrán que enfrentarse a los fusiles montoneros";¹¹⁰ y, en marzo de 1976, "los ataques contra todo representante de instituciones represivas" se consideraron justificados: "Desde el momento en que las Fuerzas Armadas tienen el mando operativo de todos los organismos de seguridad, cada hombre uniformado y armado —independientemente de su extracción de clase y de sus ideas— contribuye a la represión antipopular y es corresponsable de las atrocidades y asesinatos que comete la represión".¹¹¹ Sin embargo, cuanto más se concentraron los Montoneros en las represalias, más empezaron a parecerse a los escuadrones de la muerte patrocinados por el Estado. Dos semanas antes del golpe de Videla, un aspirante a montonero que transportaba un saco con revólveres fue sorprendido por unos policías de civil en una parada de autobús de William Morris: se resistió a la detención, hirió a dos agentes con una granada y huyó. El día siguiente, 13 de marzo, la respuesta montonera fue montar guardia en aquella zona con sus "patrullas de policía". El pelotón Calá López detenía a los transeúntes, comprobaba sus documentos y explicaba: "Somos montoneros y buscamos policías". Al cabo de media hora, encontraron a un infortunado agente, un tal Ramón Echevarría, lo "ejecutaron" y desaparecieron con su Browning.¹¹²

En teoría, los Montoneros seguían rigiéndose por dos principios: el mantenimiento de "la permanente ligazón con las masas"... "y reconocer a las tareas militares como el aspecto principal de nuestra acción, basados en la concepción de que si bien la guerra es la continuación de la política por otros medios, no se pueden alcanzar objetivos políticos mayores si no se posee poder militar suficiente",¹¹³ lo cual reflejaba aún la influencia de Clausewitz. En la práctica, las dos cosas eran manifiestamente incompatibles: los criterios políticos y militares chocaban entre sí

cuantas veces había que tomar una verdadera decisión táctica. El razonamiento político exigía que los Montoneros profundizaran su penetración en los movimientos de las masas; la lógica militar dictaba un alto nivel de aislamiento por meras razones de seguridad. Puede comprenderse por qué fue el polo militar de esa contradicción el que se impuso de forma creciente. Al margen de la insistencia en la escalada militar contenida en las teorías guerrilleras, y de la tendencia a la venganza para motivar una reacción violenta en espiral, otros factores estimulaban el militarismo. En primer lugar, estaba lo que hubiera podido llamarse "determinismo tecnológico": la tendencia de que los recursos técnicos disponibles se convirtieran en un factor determinante al decidir la clase de operaciones que debían realizarse, con lo que las acciones guerrilleras serían cada vez de mayor envergadura como resultado de los éxitos militares, prescindiendo del buen criterio político de las mismas y de su importancia para los movimientos y progresos de las masas. En segundo lugar, existía la preocupación guerrillera de que, en cuanto no se llevaran a cabo operaciones audaces y espectaculares, el público pronto se cansaría de los reiterados actos de violencia. Y en tercer lugar, el limitado apoyo político de la izquierda peronista también incitaba a intentar la sustitución del apoyo social por el poder militar, al menos como medida provisional.

A medida que crecía la magnitud de las operaciones guerrilleras, iba en aumento el número de no combatientes que veían a los Montoneros más como simples actores que como verdaderos participantes en los dramas sociales del momento. Para unos eran héroes, para otros, malvados, pero, en cualquier caso, sus representaciones quedaban cada vez más distantes del argentino medio. En cuanto a la respuesta favorable del público, las actividades guerrilleras de más éxito fueron, con mucho, las de estilo Robin Hood,

pero éstas perdieron su frecuencia al intensificarse los conflictos políticos. Las operaciones de aquel tipo, tales como la citada de Bunge y Born (junio de 1975), seguida de la distribución de ropas y alimentos, desaparecieron casi por completo de la escena guerrillera a fines de aquel año, aunque la última fue particularmente divertida: la víspera de Navidad, montoneros uniformados visitaron una comunidad situada en una zona de Tucumán controlada por los militares, repartieron pan dulce a la gente del lugar, y luego se retiraron desfilando en formación militar!¹¹⁴ Pero tanto en aquel caso como en sus operaciones "monstruo" de 1975, el problema de los Montoneros como militantes políticos estaba en que sus actividades no pedían de las masas otra cosa que el aplauso. Como en Uruguay, cuanto mayores fueron los éxitos de la guerra de guerrillas urbana en términos militares, más degeneró hacia una "batalla tecnológica entre especialistas en violencia clandestina, con las masas como espectadores situados alrededor de la palestra donde luchaban los profesionales".¹¹⁵

Una enorme brecha separaba la lucha armada de los Montoneros de las luchas de los militantes industriales, incluidos los de ideas montoneras. Aun donde el apoyo a los guerrilleros era considerable, nunca había la posibilidad de organizar a la población local con garantías de continuidad. Por actuar "detrás de las líneas enemigas", donde estaban concentradas las fuerzas del Estado, los Montoneros no podían —como las guerrillas rurales— establecer "zonas liberadas" dentro de las cuales la población local pudiera ser políticamente organizada y militarmente protegida. La estrategia que habían escogido suponía, de modo inevitable, su aislamiento físico del pueblo en nombre del cual luchaban. No obstante, la respuesta del Estado a la violencia insurgente se dejó sentir con gran dureza, no sólo contra los guerrilleros, sino también contra los obreros militantes. La

Ley Antisubversiva de septiembre de 1974, por ejemplo, al tiempo que dictaba normas contra la propaganda guerrillera, estipulaba penas de prisión de uno a tres años para los líderes de huelgas declaradas ilegales.¹¹⁶ Las referencias del gobierno a la "subversión industrial" y a la "guerrilla industrial" acompañaban con frecuencia, en 1975, a la prohibición de las huelgas, aunque una revista hizo notar que la aparición de aquella nueva "amenaza" era muy conveniente para que la burocracia sindical pudiera invocarla con el fin de coaccionar a los sectores sindicales disidentes.¹¹⁷

La guerra de guerrillas urbana sirvió de pretexto a la derecha para socavar, mucho antes de la toma del poder por los militares en 1976, buena parte de los logros democráticos de 1973.¹¹⁸ Catalizó más a la reacción que a la revolución; pero los Montoneros no ignoraban tales efectos. "Nuestra acumulación de poder popular —observaron— actúa objetivamente, en ciertos momentos, dando justificaciones a los golpistas, endureciendo las posiciones enemigas y promoviendo el avance de las fuerzas más reaccionarias". Ello era considerado "ineludible" porque "el poder popular no se puede construir sin enfrentar al enemigo y sin agravar nuestras contradicciones con el campo de los imperialistas y sus aliados".¹¹⁹ La lógica de tal argumentación hacía suponer que los trabajadores se unirían en tropel a las filas del Ejército Montonero cuando la situación represiva se hiciera insostenible. Sin embargo, muchos de ellos llegaron a considerar a los guerrilleros como únicos responsables de la represión o se convirtieron en víctimas de la misma. Es significativo que la primera acción "antisubversiva" de importancia, cuando el Ejército tuvo en sus manos el control de la "antiinsurgencia", se dirigiera contra los mineros de Sierra Grande.¹²⁰ ¿Pero cómo podían replegarse hacia la causa montonera cuando las minas, su único medio de vida, estaban ocupadas por el Ejército, cuando

trescientos mineros habían sido encarcelados y cuatrocientos habían perdido sus puestos de trabajo? Sólo abandonando las minas para aportar su contribución militar a la lucha guerrillera, mientras lo que necesitaban realmente los guerrilleros era atender al apoyo de las masas y remediar su tradicional debilidad en las industrias estratégicas. No tenía sentido, pues, reclutar militantes de la clase obrera si sólo iban a convertirse en combatientes profesionales o a vivir en la clandestinidad, totalmente separados de su zona de influencia. No obstante, aquello era precisamente lo que exigían las consideraciones relativas a la seguridad. La reacción represiva contra la actividad montonero afectó al principio con mucha más dureza a la periferia real, potencial e imaginada de la guerrilla, que a los propios combatientes, provocando el paso de activistas "legales" a la clandestinidad, pero impidiendo con ello el crecimiento de la periferia aún más que por la violencia represiva. La periferia era el medio de comunicación vital entre los combatientes y sectores de los movimientos de masas, por lo que su parálisis suponía una amenaza mortal para el porvenir de los Montoneros en conjunto. En efecto, a pesar de todas sus extravagancias militares de 1975, cuando llegó el golpe militar de 1976 los guerrilleros parecían mucho más aislados que a finales de 1974.

Las iniciativas políticas mediante los "Auténticos"

El año 1975 también fue testigo de varios intentos, por parte de los Montoneros, de afirmarse como una fuerza política de masas y de prepararse para la eventualidad de una solución electoral a la crisis con que estaba forcejeando por entonces el gobierno de Isabel Perón. Dado que las antiguas organizaciones de masas eran tratadas por las autori-

dades en aquel momento como ilegales, se imponía la necesidad de una nueva imagen pública. Las elecciones provinciales de Misiones, convocadas como resultado de la muerte de su gobernador y de su vicegobernador al estrellarse en 1974 el avión en que viajaban, se celebrarían en abril y facilitaron a los Montoneros el intento de patentizar que el Partido Justicialista oficial no representaba al Movimiento Peronista. Con aquella contienda electoral a la vista, a principios de año fue debatida la idea de un Partido Descamisado, pero el 11 de marzo, cuando el partido se puso formalmente en marcha en el restaurante Nino, su nombre se había convertido en Partido Peronista Auténtico (PPA), por haber fallado los tribunales a favor de la petición del Partido Justicialista de que se le concedieran los derechos de propiedad exclusiva sobre la palabra "descamisado". Poco tiempo después, otro litigio justicialista despojaba al partido recién creado incluso de la etiqueta de "peronista", dejándolo en Partido Auténtico (PA), aunque se preservaba la continuidad con el pasado mediante la consigna "El peronismo vuelve con el Partido Auténtico".¹²¹

Esencialmente, el PA era una alianza formada por la Tendencia Revolucionaria montonera de 1973-1974, la mayoría de los gobernadores provinciales depuestos (Bidegain, Martínez Baca, Cepernic y Obregón Cano) y algunos veteranos sindicalistas de las luchas de la oposición peronista posteriores a 1955. El alineamiento no era enteramente nuevo: un año antes, los veteranos habían creado la Comisión Permanente de Homenaje al 11 de Marzo para defender el programa electoral que diera la victoria a Cámpora y para llevar a cabo una campaña de democracia interna en el partido peronista. Resonantes nombres de la resistencia de los años cincuenta y de las luchas obreras de los sesenta, tales como Sebastián Borro, Armando Cabo, Avelino Fernández, Andrés Framini, Arnaldo Lizaso y Dante Viel,¹²²

aparecieron en el acto de la Tendencia celebrado en el estadio del Club Atlanta el 11 de marzo de 1974, y no tardaron en formar la Agrupación del Peronismo Auténtico (APA). Tanto los ex gobernadores como los veteranos habían compartido la identificación de los Montoneros con el mandato electoral peronista y también su vacilante comportamiento político de 1973-1974. Martínez Baca, cuando sus superiores peronistas le ordenaron purgar a los "marxistas" de su gobierno, sacrificó a dos ministros provinciales pertenecientes a la izquierdista Juventud Peronista antes de que él mismo perdiera el poder en Mendoza; y Framini, como la JP, había apelado momentáneamente a los peronistas, a raíz de la muerte de Perón, para que se agruparan alrededor de Isabel.¹²³

Al haber abandonado los Montoneros todas las esperanzas de "recuperar" el Partido Justicialista desde dentro, el PA se presentó como heredero legítimo del partido de Perón y como parte de un Movimiento Peronista Auténtico (MPA) igualmente legítimo.¹²⁴ Pero no se destacó en la primera y última contienda electoral, desarrollada en la provincia nortea de Misiones. Aliados con el partido local de la izquierda peronista, llamado Tercera Posición (TP), los "Auténticos" atrajeron sólo el 5% de los votos; y la alianza de la izquierda peronista, únicamente el 9%, quedando el PA-TP en un distante tercer lugar, detrás de la alianza del FREJULI, que logró el 46%, y de los radicales (UCR), que consiguieron el 38% en las elecciones para gobernador y vicegobernador. Mientras que la Tercera Posición, presentándose sola, había ganado 29.000 votos (frente a los 51.000 del FREJULI) en marzo de 1973, en ese momento, aliada con los "Auténticos", los votos para los candidatos gubernamentales de la izquierda peronista cayeron hasta 15.000. Los premios de consolación del PA fueron dos puestos, para Pablo Fernández Long¹²⁵ y Juan Figueredo,

en la legislatura provincial de treinta y dos escaños, y la satisfacción de saber que el Partido Justicialista oficial había perdido terreno en la votación respecto de los radicales y que a la izquierda no peronista le había ido aún peor que a ellos mismos.¹²⁶

Debe señalarse que Misiones no es el microcosmos de la República Argentina y que los "Auténticos" probablemente habrían conseguido mejores resultados en una contienda nacional. El propio Perón había estimado la fuerza de su ala izquierda en, "como máximo", el 10% de sus siete millones de electores de septiembre de 1973.¹²⁷ Respecto de la provincia, está subdesarrollada y por tanto es poco lo que tiene en cuanto a desarrollo industrial o a clase obrera. Sólo el 40% de la población provincial vive en zonas urbanas, y el resto en pequeñas comunidades aisladas. Hay en esta provincia una mayor proporción de extranjeros, especialmente de paraguayos, que en la mayoría de las demás, y la experiencia ha demostrado que el apoyo al partido del gobierno federal es a menudo más fuerte por razones de empleo. Además, no es ningún secreto que el Ministerio de Bienestar Social de López Rega gastó una pequeña fortuna en la Operación Misiones para asegurarse la victoria del FREJULI: al acercarse las elecciones, se anunció la creación de treinta cooperativas, se aumentaron las pensiones y los precios pagados a los productores de té, se llevaron a cabo reembolsos fiscales y se distribuyeron alimentos, ropas, refrigeradores, equipos para escuelas y máquinas de coser como los argumentos políticos más persuasivos que podía ofrecer el gobierno.¹²⁸

En tales circunstancias, la actuación del Partido Auténtico, aunque no impresionante, fue respetable. Tenía que demostrar todavía su viabilidad como alternativa electoral al justicialismo y al radicalismo, pero era sin duda la fuerza izquierdista más importante. Para aumentar su cre-

dibilidad, los "Auténticos" mandaron enviados a México con el propósito de convencer a Cámpora¹²⁹ de que fuera su "mascarón de proa" nacional, pero la gestión no dio resultado: cuando el ex presidente retornó a su patria a fines de 1975, su mensaje fue esencialmente el mismo que en 1973 —"Quiero gobernar para todo el mundo, sin excepciones"¹³⁰—, lo que significaba más bien un intento de reconciliar las facciones peronistas en pugna que una opción por la derecha o la izquierda. Todo ello a pesar de que el Partido Justicialista lo había expulsado por "traición y deslealtad"¹³¹, presumiendo que respaldaba al PA tan sólo porque Cámpora se había negado a apoyar activamente al gobierno.

Después de la huelga general de mediados de 1975, mientras aumentaban las presiones sobre Isabel Perón para que dimitiera y convocase a elecciones sin tardanza, el Partido Auténtico formó una organización nacional que cubría una zona habitada por el 95% del electorado.¹³² A finales de octubre, tenía inscritos 40.000 miembros,¹³³ ante todo personas previamente movilizadas por las organizaciones de masas de la Tendencia creadas alrededor de 1973. Anunciando en el primer número de su publicación quincenal *El Auténtico* que "los trabajadores han iniciado una nueva resistencia, organizándose para recuperar el Movimiento Peronista",¹³⁴ los "Auténticos" se presentaron a sí mismos como representantes de la militancia proletaria. Sin embargo, cuando fue lanzado oficialmente el Movimiento Peronista Auténtico, el 21 de septiembre de 1975 —en el Hotel Savoy, que nada tenía de proletario—, sólo un tercio de las personas elegidas para formar su Consejo Superior tenía credenciales sindicales.¹³⁵ Y aun cuando el documento básico aprobado en la conferencia fundacional sostenía que "no podemos repetir viejos errores", la línea política que lo caracterizaba tenía muy poco de nueva. La

liberación frente a la dependencia seguía siendo la dicotomía montonera fundamental, la cual servía en aquella ocasión de fundamento de un proyecto que contemplaba la creación de un "Frente de Liberación Nacional con todos los sectores nacionales que tengan enfrentamiento objetivo con el imperialismo".¹³⁶ Las críticas dirigidas a Perón eran mínimas; se limitaban a su decisión, tomada en 1974, de clausurar la rama juvenil del Movimiento, que nunca había sido institucionalizada. Se trazó asimismo una precisa divisoria entre los gobiernos de Perón y el de Isabel Martínez: titulares como "Con Perón era otra cosa"¹³⁷ y "Este gobierno traicionó al pueblo y a Perón"¹³⁸ aparecían con frecuencia en *El Auténtico*.

El frenesí organizativo de los "Auténticos" alcanzó su momento culminante con motivo del Primer Congreso Nacional "Perón-Evita" del partido, celebrado el 16 de noviembre de 1975 en un local facilitado por la Asociación Cultural Checa después de que el escenario cordobés previsto para el acto hubiera sido dinamitado la misma mañana del acontecimiento por el grupo paramilitar Comando Libertadores de América. Sin embargo, muchos montoneros expresaban en privado sus dudas sobre la oportunidad del nuevo partido: algunos creían que un partido de cuadros, en vez de un movimiento de masas (MPA) con un partido electoral (PA), debía ser el objetivo; muchos consideraban simplemente que cualquier estratagema electoral era una equivocación, arguyendo que los militares nunca darían al peronismo la oportunidad de volver a ganar unas elecciones, aunque sólo fuera por una mayoría reducida; y los temores respecto de los riesgos que suponía dar públicamente la cara se hallaban muy extendidos.¹³⁹ Tales aprensiones estaban muy bien fundadas. Fueron detenidos varios solicitadores electorales durante la campaña de Misiones, y más tarde, mientras el Partido Auténtico se

preparaba para unas futuras elecciones generales, fueron presentados los nombres de 40.000 partidarios de los Montoneros a las autoridades con el fin de cumplir con los requisitos de registro del partido.¹⁴⁰

Si las Fuerzas Armadas y la derecha peronista hubieran poseído más talento político, habrían permitido que los "Auténticos" conservaran su situación legal, estimulando así una división montonera entre militaristas y "políticos", antes de destruir a ambos sectores. Ciertamente las acciones guerrilleras estorbaron a veces a los líderes "Auténticos": en noviembre de 1975, el doctor Antonio Lombardich, ex ministro de Bienestar Social cordobés y miembro del Consejo Nacional Auténtico por su provincia, declaró: "Nosotros no tenemos nada que ver con lo ocurrido en Formosa" (sin embargo, fue detenido en diciembre); y Framini denunció el asesinato por los Montoneros de Cáceres Monié y de su esposa.¹⁴¹ Las presiones sobre los políticos del Partido Auténtico para que repudiaran a los guerrilleros aumentaron después de septiembre de 1975, cuando los Montoneros fueron puestos finalmente fuera de la ley por un gobierno presionado por los militares en respuesta al comienzo de los ataques montoneros a las Fuerzas Armadas.¹⁴²

La paternidad política de los "Auténticos", aunque públicamente negada, era un secreto a voces. Cuando, el 21 de septiembre, se fundó la sección bonaerense del partido, los Montoneros enviaron un mensaje de apoyo y recibieron entusiastas "vivas" de los delegados reunidos. Fueron los Montoneros quienes proporcionaron al partido su línea política y su financiación, además de la mayoría de sus líderes, cosa que era evidente para todo el mundo, en particular para las Fuerzas Armadas. Para ellas, Montoneros y "Auténticos" estaban intentando una adaptación argentina del drama del doctor Jekyll y mister Hyde con un

argumento que era más que obvio, y también de facilísima bajada de telón después de sólo ocho meses de representaciones. El PA fue prohibido la víspera de Navidad de 1975 con el falso pretexto de que los Montoneros habían participado la noche anterior en el desastroso ataque del ERP contra el Batallón Depósito de Arsenales 601, de Monte Chingolo.¹⁴³

Quizás el verdadero motivo que escondía la prohibición era el hecho de que las iniciativas tomadas para el establecimiento de un frente electoral de centroizquierda pudieran prosperar. El 21 de octubre Bidegain, en representación de los "Auténticos", había compartido la tribuna con Oscar Alende, del Partido Intransigente (PI), y Héctor Sandler, de la Corriente Argentina Revolucionaria (CAR), durante un mitin en el Teatro Avenida, supuestamente para hablar de la situación universitaria. Las negociaciones prosiguieron también con el Partido Revolucionario Cristiano (PRC), de Horacio Sueldo, y con otros pequeños partidos, en un esfuerzo por construir algo parecido a la alianza chilena de Unidad Popular, que debería dirigir Alende si Cámpora no podía ser convencido para que aceptase su candidatura. Pero, en realidad, tales temores y esperanzas referentes a la cristalización de un frente popular eran, como dijo Alende en noviembre, "prematuras"¹⁴⁴ Tal alianza habría sido fútil sin los intransigentes, pero ellos formaban grupo con los comunistas (PCA) en el Congreso,¹⁴⁵ y el PCA siempre había visto un anatema en la lucha armada. Además, un abismo separaba la pretensión del partido promoscovita consistente en formar un "gabinete cívico-militar de amplia coalición democrática"¹⁴⁶ de la postura de los "Auténticos", pues los primeros propugnaban el apoyo del gobierno existente mediante la colaboración de los críticos civiles y militares, mientras que los segundos proponían una alternativa radical, aunque conllevara todos los peligros que había tenido

que arrostrar el prototipo chileno de 1970-1973. La renuencia de Alende a transformar en hechos las declaraciones unitarias podía tener algo que ver con la desconfianza que los Montoneros inspiraban al PCA, así como con la amenaza de la prohibición del Partido Auténtico.

Tal prohibición fue acompañada por el cierre de *El Auténtico*, el último periódico legal de los Montoneros. En su número 6 se había publicado una lista de casi 300 víctimas de la Triple A; el octavo y último número había dado el nombre de 4.000 prisioneros políticos, incluyéndose en la lista al montonero Dardo Cabo y a los líderes de la JP Juan Carlos Dante Gullo y Miguel Ángel Mosse.¹⁴⁷

La lucha armada y la respuesta del Estado a la misma fue también perjudicial para la actividad de masas no electoral de los Montoneros. Por necesidad, pero también impresionados por la militancia de las bases, observada durante la huelga general, ya sólo actuaban a nivel de dichas bases. La segunda mitad de 1975 presencié los redoblados esfuerzos montoneros para organizar agrupaciones obreras.

Se estableció una Coordinadora de Gremios, Comisiones Internas y Cuerpos de Delegados en Lucha, de la Capital y el Gran Buenos Aires, con participación montonera, y después, Gonzalo Chávez, antigua figura directiva de la JTP, cuyos padre y hermana fueron asesinados por la Triple A, pasó a ser su dirigente. En diciembre de 1975, tal coordinadora contaba con el apoyo, según ella, de 130 agrupaciones en la Capital Federal y el Gran Buenos Aires,¹⁴⁸ pero de ningún modo eran todas promontoneras. Aun cuando era difícil medir la fuerza exacta del Bloque Sindical Auténtico (que reemplazó a la JTP), resultaba claro que era escasa fuera de Buenos Aires y La Plata. También puede darse importancia al hecho de que los sindicalistas presentes en el primer congreso nacional de los

"Auténticos" se hallaran en él a título personal, y no como representantes de sindicatos.

La impresión que dan las pruebas disponibles es que los Montoneros y sus agrupaciones no se hallaban cuantitativamente por delante de la Tendencia de 1973-1974: el reclutamiento se mantenía constante, pero también lo eran las bajas por asesinato, encarcelamiento o "desaparición". La desilusión, más que la radicalización y el recurso a las armas, fue el efecto que causó el comportamiento gubernamental en muchos peronistas, o quizás en la mayoría de ellos. Los costos y los riesgos de la participación activa subieron a medida que bajó el umbral de la violencia política. Un creciente número de personas se mostró de acuerdo con el lema que rodeaba el obelisco de la Avenida 9 de Julio: "Silencio es salud"; pocos sospechaban, sin embargo, que tenía que ver con un intento de reducir los ruidos urbanos. A finales de 1975, la presencia de 200 "agencias de protección" daba prueba de la gran inseguridad existente en la Capital.¹⁴⁹

Todos los éxitos del Bloque Sindical Auténtico a nivel social de bases se lograron en la zona de Buenos Aires. Córdoba y Villa Constitución seguían siendo centros de intransigencia de la izquierda no peronista; y el gobierno y la burocracia sindical tenían aún bases propias de poder entre trabajadores, quienes los consideraban, al menos, sensibles en última instancia a las presiones de las bases, y un mal menor frente a la única alternativa real de poder a corto plazo: las Fuerzas Armadas. La pretensión de los Montoneros en el sentido de que ellos eran la mayor fuerza impulsora de la huelga general¹⁵⁰ sólo reveló una inmodesta tendencia a la autoexaltación. Al fin y al cabo, el tiraje de *Evita Montonera* no pasaba de los doce mil ejemplares cuando se produjo la huelga. A principios de 1976, los guerrilleros tuvieron que reconocer "el espacio político perdido

por el justicialismo traidor ha sido ocupado por nosotros sólo parcialmente"; y coincidentemente aludieron al "retraso de la vanguardia respecto del movimiento de masas [...] en el avance organizativo estamos retrasados respecto del alto grado de respuesta espontánea de las masas". Pero el hecho de que los Montoneros no hubieran "alcanzado la representatividad necesaria para unir y conducir al conjunto del pueblo"¹⁵¹ era inevitable, y se debía, entre otras razones, a su propio militarismo. Hubo que esperar hasta su "auto-crítica" de 1977 para que los Montoneros, tras aclarar que sólo "un ínfimo porcentaje" de sus 500 operaciones de 1975 fueron "de apoyo a los conflictos de masas", admitieran que "cada campaña militar paralizaba la actividad política".¹⁵² La "producción logística" se había basado totalmente en el aparato guerrillero, en vez de fundamentarse en los movimientos de masas, y "los compañeros que tenían la posibilidad de moverse legalmente, en lugar de hacerlo invitaban a los que estaban en su sindicato a pasar a la clandestinidad".¹⁵³

Presumiblemente, una transferencia similar de militantes de las actividades de masas a las clandestinas de combate tuvo efecto en otra importante zona de interés de los Montoneros: las universidades. En ellas, en las elecciones clandestinas de fines de 1975, la promontonera JUP dio muestras de un descenso menor, aunque las circunstancias represivas en que se realizaron fueron un factor en contra respecto de la posibilidad de ser un barómetro preciso de las simpatías políticas estudiantiles. En unas elecciones de ámbito nacional en que participaron 50.620 estudiantes, la Lista Blanca y Azul de la JUP consiguió 16.129 votos, es decir, el 32% del escrutinio, y veinte centros estudiantiles, siendo su porcentaje inferior al 35% logrado en toda la nación por la JUP en 1973. Algunos centros se perdieron frente a tendencias estudiantiles reformistas (la FM

de los radicales progresistas, el MOR de los comunistas y el MNR de los socialistas populares), que condenaban tanto el "terrorismo" de la derecha como el de la izquierda y que, en conjunto, representaban el 45% del total de los votos.¹⁵⁴ Los esfuerzos de la JUP por atraerse a los estudiantes radicales y socialistas populares sustrayéndolos a la Federación Universitaria Argentina (FUA) para hacerlos ingresar en el Consejo Nacional de Federaciones y Centros (CNFC), dirigido por la JUP, también fracasaron, ante todo en la cuestión de la lucha armada, con lo que a finales de 1975 el movimiento estudiantil argentino quedó casi tan fragmentado como en cualquier momento del decenio anterior.

El costo de la participación activa

Uno de los principales obstáculos para responder positivamente a las llamadas de reclutamiento de los Montoneros fue el hecho de que las cifras de bajas demostraban que la izquierda combatiente tenía ahora más bajas propias que víctimas. Aunque el número específico de las bajas montoneras de aquel período nunca fue anunciado, la información sobre las 705 muertes habidas por causas políticas durante los catorce meses comprendidos entre julio de 1974 y septiembre de 1975 indica que más de la mitad de ellas correspondían a izquierdistas.¹⁵⁵ En total, frente a las 200 muertes políticas reportadas en 1974, hubo al menos 860 en 1975; y en el momento de la intervención militar del 24 de marzo de 1976, otros 149 nombres se habían añadido a la lista de víctimas.¹⁵⁶ En varios casos, la progresiva violencia atrajo, en efecto, a ciertas personas hacia los Montoneros —parientes y seres queridos de víctimas de los escuadrones de la muerte y, cuando la violencia derechista

empezó a afectar a las familias de los guerrilleros, también las esposas de combatientes vivos—, pero fueron muchos más los que se echaron atrás cuando aumentaron los riesgos de la participación activa y cuando el recurso montonero a ataques menos discriminados erosionó la imagen romántica de los guerrilleros: un antídoto vital frente al aspecto desagradable de la violencia.

Otro freno a la afiliación montonera estaba en la ausencia de toda perspectiva de éxitos a corto plazo, a causa de la debilidad de las cabezas de puente montoneras en el movimiento obrero y de los indicios de que importantes sectores de la clase media —influidos por la subida en espiral de la inflación y el aumento de la inseguridad— se resignaban o acogían bien la perspectiva de la toma del poder por los militares.¹⁵⁷ Pero incluso los admiradores de los Montoneros debían de sentirse a veces desconcertados ante la forma de vida sobrehumana exigida a los combatientes. Convertirse en un guerrillero profesional suponía, a menudo, no sólo romper con la familia y los amigos y con los medios de subsistencia no dependientes de la organización, sino también comportarse conforme al fantástico mundo heroico que las publicaciones y comunicados guerrilleros procuraban ofrecer continuamente. La severa respuesta disciplinaria a aquellos cuya conducta no estaba a la altura del código montonero, aunque vital a largo plazo en lo tocante a la seguridad, no contribuía precisamente a dar una buena imagen a la organización, sobre todo en un país donde, a pesar de las frecuentes ejecuciones ilegales por parte de las fuerzas del Estado, la pena capital no había sido aplicada durante los últimos años.

Dos ejemplos de la disciplina interna montonera atrajeron diferentes grados de publicidad. El primero de ellos fue el caso de Fernando Haymal, un estudiante de veintiséis años muerto a tiros en 1975 por delatar.

Detenido y torturado por las fuerzas de seguridad del Estado, Haymal había revelado la ubicación de una casa y una base de los Montoneros y, según se dijo, diez compañeros suyos fueron torturados por su culpa; como resultado de sus confesiones, se le atribuyó la muerte de Osatinsky, una importante pérdida de dinero y armas, y la necesidad de varios guerrilleros de pasar a la ilegalidad, todo lo cual proporcionó a sus capturadores un triunfo político-militar. Cuando, posteriormente, sus antiguos compañeros lo sometieron a juicio, la primera defensa de Haymal fue que había sido torturado, pero el alegato se desechó: se adujo que todos los prisioneros solían ser torturados, pero de los 800-1.000 montoneros maltratados hasta agosto de 1975, el 95% (según ellos) no había dado informaciones de importancia, el 4% había facilitado alguna, y sólo el 1% había dicho todo lo que sabía. “La tortura es perfectamente soportable —afirmó el Tribunal Revolucionario, refiriéndose a frías estadísticas—; no es un problema de resistencia física sino de seguridad ideológica, ya que ha habido compañeros y compañeras de escasa fortaleza física que han superado totalmente esta situación”. Y tampoco se aceptó, como atenuante del comportamiento negativo de Haymal, el hecho de que hubiera resistido cuatro días antes de “cantar”: delatar, en cualesquiera circunstancias, era perjudicial para la organización y revelaba debilidad ideológica, Haymal fue pues “ejecutado” el 26 de agosto.¹⁵⁸ La policía encontró su cadáver en la ciudad de Córdoba una semana más tarde.

Con tal proceder los Montoneros defendían su existencia a la manera de un ejército y no como una organización revolucionaria. Haymal no era un enemigo infiltrado;¹⁵⁹ su crimen fue simple debilidad humana. A los medios de información se les presentó una preciosa oportunidad de dar una imagen desalmada de los Montoneros absteniéndose de relacionar su muerte con el asesinato y la detención de

otros miembros de la organización. La muerte de Haymal provocó cierto grado de introspección entre los guerrilleros, pero su impacto fue mucho menor que el ignominioso trato recibido por Roberto Quieto en uno de los episodios más desconcertantes de la historia montonera. Muchas de las preguntas que provocó el hecho han quedado sin respuesta; sin embargo, el caso permitió a los observadores asomarse a la vida interna de los Montoneros, y lo que percibieron fue poco alentador.

Al acercarse la Navidad de 1975, Roberto Quieto, como "oficial superior" que era, se había sentado a su escritorio para redactar a máquina unas órdenes en las que se insistía en la necesidad de que, bajo ninguna circunstancia, los combatientes se arriesgaran a ponerse en contacto con sus familias durante las próximas fiestas. Dos semanas después, a las siete y media de la tarde del 28 de diciembre, Quieto fue detenido, desarmado y sin guardaespaldas a su alrededor, mientras jugaba con su familia en la playa bonaerense de San Isidro. Como en muchos otros casos parecidos, los miembros de la Policía Federal y del Ejército, que aquella vez actuaban a las órdenes de un tal inspector Rosas, iban vestidos de civil y afirmaron que el procedimiento era legal, añadiendo que Quieto iba a ser llevado a la jefatura de la Policía Federal.¹⁶⁰

Al cabo de pocas horas los Montoneros pusieron en marcha una estentórea campaña para exigir que la detención fuera legalizada por las autoridades y que se tratase al arrestado según las normas de la ley. "QUE APAREZCA QUIETO, SECUESTRADO POR LAS FUERZAS ARMADAS GORILAS" y "QUIETO PRESO POR EL EJÉRCITO GORILA" fueron las consignas que aparecieron de la noche a la mañana en centenares de paredes de todo Buenos Aires. El 3 de enero de 1976 un centenar de milicianos organizaron alborotos en el centro de la capital incendiando coches, lanzando bom-

bas incendiarias contra varios establecimientos y locales de negocios y arrojando octavillas que pedían que se respetase la "integridad física" de Quieto. La esposa de la víctima, Alicia Beatriz Testai, y su madre hacían entretanto lo posible para movilizar el apoyo internacional a favor de los derechos humanos del preso y estaban consiguiendo un éxito considerable: enviaron telegramas, entre otros, François Mitterrand, Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Paco Ibáñez, Pierre Vilar, Alain Touraine y el Partido Socialista Italiano.

Pero el gobierno se negó a reconocer la detención de Quieto. Y tan pronto como la campaña montonera estuvo en plena marcha, tuvo que suspenderse por razones que en seguida se hicieron evidentes: durante la noche siguiente a la desaparición del líder montonero, las tropas allanaron dos bases de los guerrilleros y se apoderaron de valioso material; después vino una racha de secuestros, detenciones, desapariciones y pérdidas de infraestructura que, en conjunto, sólo podían significar una cosa: Roberto Quieto había hablado. En el plazo de una quincena desaparecieron sólo en Córdoba, veinticinco personas en idénticas circunstancias: los secuestradores iban fuertemente armados, se identificaron como policías y actuaron sin ningún impedimento de las fuerzas de seguridad.¹⁶¹ Porque *eran* las fuerzas de seguridad.

Así pues, el Tribunal Revolucionario se constituyó en febrero para juzgar a Quieto, y su veredicto no pudo causar sorpresa a nadie. En su ausencia, el acusado fue condenado por permitir su captura (puesto que ésta, aun cuando él hubiera guardado silencio, habría requerido el abandono automático de la infraestructura conocida por el detenido y, al menos en teoría, el adoptar medidas de protección para los militares puestos en peligro) y por delatar. Quieto había transgredido el canon montonero: No entregarse vivo,

resistir hasta escapar, o morir en el intento. Él había estado varias veces en la playa en compañía de su familia, pero a ésta no le había hecho adoptar identidades supuestas ni había practicado el antiseguimiento (procedimiento para evitar ser seguido); no iba armado y su resistencia sólo había sido pasiva. El delito de dar información al enemigo se consideró agravado por el rango del acusado, la importancia de los datos revelados y la rapidez con que los había facilitado.¹⁶²

Los aspectos más importantes del episodio fueron la explicación montonera de Quieto y el impacto exterior del caso en general. Según el parecer de los jueces guerrilleros, los delitos del acusado sólo podía atribuirse a su conducta liberal e individualista, observada anteriormente en malas resoluciones de problemas de su vida familiar, su primera detención y su no asunción a fondo de todas sus implicaciones de la clandestinidad. Se trataba de referencias al fracaso de Quieto en su intento de acostumbrarse a la vida solitaria que representaba resistir en una casa segura, a su reciente costumbre de compartir una casa pública con otros compañeros, y al hecho de que su vida matrimonial andaba mal (su esposa no había sido nunca militante ni había aceptado nunca la idea de compartir una existencia clandestina con él). Las presiones que sufría su matrimonio influyeron casi con seguridad en el comportamiento y las discusiones de los cónyuges durante aquella Navidad, la última que pasaron juntos. Pero, para el tribunal, tales problemas no eran atenuantes, sino mera confirmación del extremo liberalismo de Quieto, de su mala disposición a aceptar los sacrificios personales de la guerra revolucionaria. Encontrado culpable de "deserción en operación y delación", fue condenado a "degradación y muerte", juicio ratificado días después por el Consejo Nacional Montonero.¹⁶³

La condena a muerte de Quieto aturdió a muchos montoneros y aterró a sus simpatizantes...¹⁶⁴ aunque al cabo de algunas semanas se había llegado a la creencia general de que las Fuerzas Armadas habían "intervenido" en el asunto. Para los militantes de la izquierda peronista, Quieto era un gigante revolucionario, un "Jefe Montonero". Sus antecedentes políticos se remontaban a los primeros años sesenta, a sus tiempos de rebelde del Partido Comunista;¹⁶⁵ incluían su protagonismo en el llamado Sector 2, ELN, y más tarde, en el mando de las Fuerzas Armadas Revolucionarias; había sido prisionero de la dictadura, pero pudo huir a Chile y a Cuba en 1972, después de participar en la legendaria fuga de la prisión de Rawson; había hablado en varios de los actos multitudinarios de los Montoneros en 1973-1974; desde entonces, tuvo a su cargo el aparato militar de la organización, y era considerado popularmente como el lugarteniente de Firmenich, pese a ser en realidad el número tres de la jerarquía guerrillera. Quieto infundía un tremendo respeto a causa de su pericia militar, adquirida en Cuba, pero sus apariciones en público también le habían ganado muchas simpatías. Muchos lo llamaban cariñosamente "el negro Roberto", y su reputación de revolucionario destacado había rebasado las fronteras argentinas. Su arma personal era una pistola ametralladora, obsequio de Fidel Castro.¹⁶⁶

La condena de Roberto Quieto trastornó en gran manera, si no permanentemente, a los militantes de la izquierda peronista: ni la aducida traición ni la respuesta de los Montoneros a la misma concordaban con sus ideas románticas de lo que *debía ser* la guerra revolucionaria. *Evita Montonera*, en un intento de tranquilizar a los fieles, se llenó súbitamente de informaciones con ejemplos de heroísmo e intransigencia,¹⁶⁷ combinándose con condenas del individualismo: "El individualista [...] no es un héroe sino

un traidor en potencia", insistía.¹⁶⁸ Pero tal razonamiento alcanzaba las máximas alturas de la hipocresía. ¿Cómo podía tomarse alguien en serio las denuncias de "individualismo" en una nación tan famosa como la Argentina por el individualismo de sus hijos? Ni la guerra de guerrillas urbana ni ninguna otra forma de lucha habrían florecido tanto si no hubiera sido precisamente por aquel individualismo, atribuido en aquel momento por los Montoneros al liberalismo, a la ideología de las clases dominantes. Lo que querían realmente los Montoneros era que sus componentes fueran una réplica del "Hombre Nuevo" del Che Guevara, que su conducta fuera la que se seguiría en una sociedad socialista ideal, no afectado por la competencia, el egoísmo y el individualismo propios de las condiciones materiales de la sociedad capitalista.¹⁶⁹ Pero ahora daban la impresión de ser estalinistas; querían desestimar la complejidad del carácter humano en nombre de un torpe híbrido de fantástico idealismo y de crudo determinismo, no acertando a advertir la ampulosidad y el egoísmo argentinos, a reconocer los rasgos de su propia clase. Y tampoco se percataron realmente de la fuerza de la institución familiar en su país: una cosa era atraer a los jóvenes dinámicos y decididos, ansiosos de demostrar su "machismo" político en las filas guerrilleras, y otra convencer a radicales maduros, expuestos a las tentaciones de la seguridad, y a menudo con hijos, a convertirse en guerrilleros. No era casualidad que la mayoría de ellos se hallasen entre los veinte y los treinta años, y especialmente en el grupo comprendido entre los veintitrés y los veintisiete. Quieto tenía treinta y siete. Su negro pelo empezaba ya a grisear.¹⁷⁰

Quizá, considerando las circunstancias de aquel momento,¹⁷¹ era comprensible que los hombres y las mujeres que se habían erigido en jueces de Quieto no tolerasen la debilidad y la indisciplina humanas, pero puede dudarse

de si ellos mismos habían alcanzado la categoría del "Hombre Nuevo" guevarista. Durante 1975, varias personas, mientras disfrutaban de un día en las carreras de Palermo, declararon haber visto entre los espectadores nada menos que a un personaje tan importante como Mario Firmenich. Ello nos lleva a reflexionar sobre el grado de realismo en que se basaba en aquel tiempo el juicio. ¿Pudo sólo el dolor, en sólo veinticuatro horas, haber derrumbado a Roberto Quieto, un hombre que, a pesar de todo su "individualismo", había experimentado la vida de presidio en dos ocasiones anteriores? ¿No habrían juzgado mal los Montoneros no sólo a Quieto, sino también a sus enemigos al no pensar siquiera en la posibilidad de que los desorientadores efectos de las drogas alucinógenas hubieran sido utilizados para extraer información al preso?

Todo aquel episodio se reflejó de modo ignominioso en el conjunto de los implicados en él, pero al menos las ondas de choque que envió a través de las filas montoneras y a su periferia hicieron aparecer la autocritica. Después de que Quieto hubiera sido "condenado" con la mayor severidad, hubo que reconocer que el aspecto más grave de todo el asunto no era su "traición", sino "que no hayamos sido capaces de advertirlo con anticipación; que lo hayamos considerado un jefe hasta el momento mismo de su traición". Se argüía de pronto que, en realidad habían pasado por alto el "individualismo" de Quieto debido al individualismo, el liberalismo y la burocratización de la propia organización; y que tales rasgos eran sintomáticos de una falta general de crítica y autocritica, de no socialización de los procedimientos organizativos y de la no participación de militantes en la toma de decisiones. En principio se había adoptado recientemente el centralismo democrático, pero en realidad se practicaba el centralismo burocrático.¹⁷² Lo que también hubieran podido observar los montoneros más críticos era

que las consideraciones de seguridad organizativa habían aplastado toda reflexión sobre cómo sería recibida la condena de Quieto por aquellos cuyo apoyo era vital si los Montoneros tenían que desarrollarse después como fuerza política. Militarmente, habían avanzado mucho en sólo un año, pero su éxito había ayudado a fomentar más su militarismo, restringiendo el estilo político y la salud de la organización y comprometiendo también, así, sus perspectivas militares.

Se acerca el golpe

Cuando el período del gobierno peronista llegaba a su término, la inflación estaba galopando hacia marcas universales y la Argentina se acercaba a la suspensión de pagos de sus deudas. Cada cinco horas ocurría un asesinato político, y cada tres estallaba una bomba.¹⁷³ En vista del vacío de poder causado por la desunión del peronismo y la impotencia del gobierno, de la creciente oposición que le mostraban tanto los grupos obreros como los empresariales, a principios de 1976 se consideraba en general que era inevitable un golpe militar. Un número notable de argentinos, en especial entre la clase media, abogaban por tal solución, unos como disculpándose y otros con entusiasmo. Naturalmente, no era lo que buscaban los Montoneros, pero sus ataques a las Fuerzas Armadas parecían hacer todo lo posible por precipitar el acontecimiento. Lejos de deseársela, los guerrilleros veían en la intervención militar un inevitable paso que el enemigo emprendería cuando la guerra revolucionaria alcanzase cierto nivel de intensidad. Sin embargo, dentro de aquel panorama fatalista, los Montoneros mantendrían, hasta marzo de 1976, la esperanza de poder provocar su desunión mediante ataques directos contra

los militares. Recurriendo al ataque frontal, podía explotarse la rivalidad entre sus distintas fuerzas, en relación con la manera de responder al desafío subversivo. Por breve tiempo, en diciembre de 1975, pareció surgir tal situación cuando el brigadier Jesús Orlando Capellini se puso al frente de un *putsch* derechista de la Fuerza Aérea, pero la supremacía del Ejército fue rápidamente reafirmada.

Previendo el golpe, los Montoneros empezaron a actuar con atolondrado abandono, rayano en el terrorismo practicado al azar. El umbral de la violencia guerrillera llegó al nivel más bajo de su historia, mientras los objetivos insurgentes quedaban reducidos a la mera desmoralización y el agotamiento del enemigo. A fines de enero de 1976, tres pelotones guerrilleros invadieron la fábrica de la firma Bendix en la zona industrial de Munro, Buenos Aires, cerca del lugar donde dieciséis trabajadores metalúrgicos habían sido secuestrados recientemente; mataron a balazos a dos importantes directivos, pintaron en las paredes: "Patrón que colabore con la represión, patrón que irá al paredón", y se marcharon matando a un cabo de la policía en su huida.¹⁷⁴ Entre los atacantes nadie se preocupó de averiguar cuál había sido la reacción de los obreros, pero, tres meses antes, cuando los Montoneros asesinaron en Córdoba al directivo de la Fiat Samuel Salas, durante una disputa industrial, las fuerzas obreras hicieron una huelga de protesta.¹⁷⁵

Un grupo, la Fuerza de Monte del Ejército Montonero, que se estableció en las montañas de Tucumán para actuar en ellas,¹⁷⁶ inició sus operaciones por aquel entonces, posiblemente como un gesto dirigido al declinante ERP, pero con mayor probabilidad con el fin de adiestramiento y para dispersar cuanto pudieran a las fuerzas enemigas.¹⁷⁷ Se hizo discernible alguna influencia montonera en las Ligas Agrarias, las cuales habían encabezado las luchas de los trabajadores agrícolas en Chaco, Formosa, Misiones y en el

norte de la provincia de Santa Fe durante el primer quinquenio de los años setenta. El secretario general de las Ligas, Osvaldo Lovey, se convirtió en montonero. Sin embargo, las ciudades siguieron siendo los focos decisivos del conflicto; y previendo que la policía desempeñaría el principal papel físico en el componente urbano de la ofensiva enemiga (puesto que conocía mejor el terreno guerrillero de las ciudades que los militares), los Montoneros escogieron precisamente a aquélla como su objetivo prioritario para 1976. El 12 de enero, de quince a veinte combatientes intentaron irrumpir en la Escuela de Policía Juan Vucetich, en La Plata, para apoderarse de los helicópteros, pero fueron rechazados. Volvieron veinte días después, esa vez formando un grupo de cincuenta guerrilleros, pero fueron nuevamente repelidos. Una "Tercera Campaña Militar Nacional Montonera" se inició el 11 de marzo y, al cabo de una semana, las operaciones de "aniquilamiento y recuperación de armas" habían causado la muerte de dieciséis personas—incluidos trece policías— y herido a otros diez agentes.¹⁷⁸

Los Montoneros vagaban cada vez a mayor profundidad en la penumbra que media entre la guerra de guerrillas urbanas y el terrorismo, y se mantenían al borde de lo que la prensa llamó "terrorismo colectivo", sobre todo cuando hubieron llevado a cabo la operación más "ruidosa" de aquel período. El 15 de marzo, un artefacto que contenía veinte kilos de trotil, colocado en un coche estacionado delante del Cuartel General del Comando General del Ejército (el Edificio Libertador), estalló por mando a distancia cuando entraban en el lugar varios oficiales de alta graduación. Resultaron heridos levemente cuatro coroneles y otros doce militares.

Pero también lo fueron una docena de civiles, y un conductor de camión murió en la explosión, sólo a 150 metros de la Casa Rosada. Los Montoneros conceptuaron

aquel ataque de impacto en "el centro de gravedad del enemigo". La operación pudo costarle la vida al teniente general Jorge Rafael Videla, jefe del Ejército, pero también puso en peligro la de civiles.¹⁷⁹ Y algo parecido sucedió en los acontecimientos del día siguiente: no sólo se encontraron bombas —semejantes a las del Cuartel General del Ejército— donde debía pasar el cortejo fúnebre de dos policías asesinados, presidido por el general Harguindeguy, jefe de la Policía Federal, sino que se hicieron estallar artefactos al menos en media docena de apartamentos de lujo del Barrio Norte (entre ellos uno, según afirmaron los Montoneros, propiedad del secretario general de la CGT, Casildo Herreras). "Hemos minado el Barrio Norte", comunicaron los Montoneros por teléfono a la prensa.¹⁸⁰

En aquel momento, la potencia de choque de los Montoneros, indiscutiblemente elevada, se estaba usando con creciente agresividad contra las fuerzas de seguridad y sus patrocinadores de la elite. La prohibición del Partido Auténtico había eliminado todo obstáculo a un aumento del acoso de las fuerzas del Estado por parte de los guerrilleros. Sin embargo, su "ofensiva militar táctica" no fue la única acción rebelde que espoleó a las Fuerzas Armadas en su carrera hacia el poder: la inquietud obrera se estaba generalizando de nuevo, esa vez en respuesta al Plan Mondelli —una caricatura del Plan Rodrigo (que provocó la huelga general de 1975)— que ofrecía una subida de precios del 100% y unas mejoras salariales del 20% como fórmula curativa de los males económicos de la nación. A pesar de la prohibición de las huelgas, importantes sectores del movimiento obrero recurrieron a ellas, así como a marchas de hambre, trabajo a reglamento y manifestaciones callejeras, en un esfuerzo por forzar un cambio en la estrategia económica del gobierno. Los obreros metalúrgicos, los del sector del automóvil y muchos otros grupos paralizaron sus in-

dustrias en Buenos Aires, La Plata y Córdoba aun cuando las propuestas de Mondelli gozaban del apoyo de la CGT. Con todo, los guerrilleros no desempeñaron papel orgánico alguno en las movilizaciones obreras de marzo de 1976. Previendo redadas y detenciones sistemáticas en masa, retiraron de las fábricas, semanas antes del golpe del 24 de marzo, a los militantes que quedaban en ellas. Era uno de los comportamientos ortodoxos de los guerrilleros: retirarse al verse enfrentados a una fuerza militar superior. Absolutamente esencial como medida de seguridad, no era, sin embargo, una táctica calculada para hacer avanzar la causa política de una supuesta vanguardia de los trabajadores. Cuando el enemigo avanzó, la "vanguardia" se retiró del campo de batalla industrial.

NOTAS

1. "Isabel no es Perón", un remoquete montonero corriente de 1974 a 1976, frecuentemente precedido de "Los precios dan la razón". Otra pulla favorita contra Isabel era: "Evita hay una sola".

2. Para informaciones de la conferencia de prensa, véase *Buenos Aires Herald*, 7 de septiembre de 1974; *The Sunday Times*, Londres, 8 de septiembre de 1974; y *The Guardian*, Londres, 9 de septiembre de 1974.

3. *Buenos Aires Herald*, 7 de septiembre de 1974.

4. Muchos señalaron al ERP o a los rivales sindicalistas de Rucci cuando éste fue asesinado. Los Montoneros parecieron lamentar públicamente su muerte, aun cuando alguien sospechaba claramente que ellos habían sido los autores del atentado: Enrique Grynberg, uno de los principales miembros del Ateneo Evita, de la JP, fue asesinado el día siguiente, en la entrada de su casa, en un ataque de represalia. Rucci, evidentemente, había sido "condenado a muerte" en las manifestaciones promontoneros: el 26 de julio de 1973, en una conmemoración de Eva Perón en Saavedra, 90.000 personas habían gritado repetidamente: "Rucci, traidor, a vos te va a pasar lo que le pasó a Vandor", dando a en-

tender que recibiría el mismo "castigo" que Vandor por ser un "traidor al peronismo" (*El Descamisado*, n° 11, 31 julio de 1973, pp. 2-6). Pero los Montoneros tardaron más de un año en "asumir" (en vez de reivindicar) la responsabilidad del atentado. Es probable que mataran a Rucci, aunque algunos rumores sugirieron que intentaban atribuirse de forma oportunista la fama de un acto que había sido obra de la disidente Columna José Sabino Navarro. En cualquier caso, lo más importante en cuanto a las relaciones Montoneros-clase obrera es que, en general, se creyera que los Montoneros habían sido los asesinos de Rucci.

5. Fechas de las operaciones: Rucci, 25 de septiembre de 1973; Coria, 22 de marzo de 1974; Navazo, 1° de julio de 1974; Mor Roig, 15 de julio de 1974; Kraiselburd, 17 de julio de 1974; Salas, 24 de agosto de 1974; Salato, 12 de julio de 1974.

6. González Janzen, p. 184.

7. Para informaciones de prensa de los asesinatos más controvertidos, véase "Ante la muerte de José Rucci" y "La vida y muerte de José Rucci", *El Descamisado*, n° 20 (2 de octubre de 1973), pp. 23 y 45; "Por qué murió Coria", *ibíd.*, n° 45 (marzo 1974), pp. 23 y 81 y "La muerte de Mor Roig", *La Causa Peronista*, n° 3 (23 de julio de 1974), pp. 20-23.

8. Puede suponerse que los Montoneros secuestraron a otros hombres de negocios con miras a aumentar la disponibilidad de fondos antes de su anuncio, el 6 de septiembre de 1974, de una vuelta a una guerra constante. Varios directivos, reacios a financiar actividades guerrilleras, empezaron a dirigir sus operaciones comerciales desde hoteles y apartamentos en Montevideo (*The Guardian*, 3 de septiembre de 1974).

9. Las FAR habían asesinado al contralmirante Emilio Berisso, alto oficial del Servicio de Información de la Armada, el 28 de diciembre de 1972; el ERP había matado al contralmirante Hermes Quijada, presidente retirado de la Junta de Jefes del Estado Mayor, el 30 de abril de 1973.

10. El estilo de vida de Coria y de Rucci, así como el de otros líderes sindicales, se describe en *Jorge Correa, Los jerarcas sindicales* (Editorial Obrador, Buenos Aires, 1974), versión muy aumentada y puesta al día del original (Editorial Polémica, Buenos Aires, 1972) y la mejor fuente de información existente sobre la corrupción sindical en la Argentina.

11. Correa (1974, pp. 89-90) menciona el caso de Juan Carlos Gómez, uno de los miembros de la CNU que asesinaron, en diciembre de 1971, a la estudiante de Mar del Plata Silvia Filler. Gómez fue excarcelado en la amnistía de mayo de 1973. También se refiere a Tomás Roberto

Cardozo, que en julio de 1973 mató a Benito Miguel Span, secretario de Prensa de la JP de San Nicolás.

12. "Atlanta", texto del discurso pronunciado por Mario Firmenich el 22 de agosto de 1973, *Militancia*, n° 12 (30 de agosto de 1973), pp. 26-29.

13. La Federación Gráfica Bonaerense (FGB) de Ongaro y la Asociación de Empleados de Farmacia de Di Pasquale, junto con el Sindicato de Trabajadores de la Publicidad, fueron los principales bastiones del alternativista Peronismo de Base (PB). Otro centro importante del PB era la ciudad de Córdoba. Tosco y Salamanca eran líderes regionales cordobeses; el primero, de los trabajadores de Luz y Fuerza, y el segundo, del Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMA-TA). La base de Jaime se hallaba principalmente en la provincia de Salta: en julio de 1973, obreros militantes establecieron allí la CGT Peronista-Clasista Antiimperialista de Salta, pero fue violentamente suprimida, cinco semanas después, por las fuerzas oficiales de la CGT. Finalmente, Piccinini fue el líder de la huelga de sesenta y un días surgida en Villa Constitución en marzo-mayo de 1975, y que comenzó cuando la burocracia nacional de la UOM intentó hacerse cargo de la sección sindical local después de haber perdido allí, en noviembre de 1974, el liderazgo en las elecciones sindicales frente a una lista común de candidatos de la JTP, el PST y el PRT (véase "Entre el tiempo y la sangre", *Carta Política*, n° 21, tercera semana de abril de 1975, pp. 46 y 8). En Beba Balvé et al., pp. 155-167, se presentan las razones del marcado radicalismo de los trabajadores cordobeses; lo mismo en Delich, *passim*.

14. Sobre la base del poder y el ascenso del vandorismo, véase especialmente Daniel James, "Power and Politics in Peronist Trade Unions". El mismo autor ofrece una introducción a los sindicatos combativos en "The Peronist Left, 1955-1975", *Journal of Latin American Studies*, vol. 8, n° 2 (1976), pp. 273-296.

15. "La burocracia traidora es hija de la Libertadora" era una consigna montonera corriente en 1975.

16. En realidad, los Montoneros reconocieron en una ocasión los antecedentes combativos de los líderes sindicales conciliatorios, pero sin apreciar la buena reputación que ello les había valido en el movimiento obrero durante los años sesenta. Tal ocasión se dio precisamente unos días después del asesinato de Rucci, cuando, en un editorial muy raro, los Montoneros comentaron: "Rucci era un buen muchacho [...] no era mal tipo. Tenía su historia de resistencia, de cárcel". El mismo editorial

se refería también a la militancia de Vandor y de Coria durante los últimos años cincuenta: "Eran leales, eran queridos, habían llegado a los sindicatos por elecciones y representaban a la base del gremio" (en "Ante la muerte de José Rucci").

17. Como cuando, en 1964, la CGT puso en marcha un Plan de Lucha que suponía la ocupación de más de 11.000 centros de trabajo por casi cuatro millones de trabajadores (Peralta Ramos, p. 166).

18. Peralta Ramos (pp. 58-63) se refiere a la creciente heterogeneidad de la clase obrera después de 1955, cuando aumentaron los salarios de los trabajadores en los sectores industriales dinámicos y las diferencias que los separaban de los trabajadores de los sectores deprimidos se acentuaron. En 1966 los obreros metalúrgicos no especializados estaban mejor pagados que los especializados de otros sectores de producción y, se vea o no en estos trabajadores una "aristocracia obrera", su sindicato, la UOM, era el principal bastión del vandorismo.

19. Un militante de relieve que, excepcionalmente, se inclinó hacia la política socialista como resultado de la influencia católica radical fue Raimundo Ongaro, como puede verse en *Sólo el pueblo salvará al pueblo*. Se dice que, durante las muchas temporadas que pasó en la cárcel, soportó los sufrimientos de la tortura recitando fragmento de la Biblia a sus martirizadores.

20. "Hacia la toma de la batuta", *El Descamisado*, n° 17 (11 de septiembre de 1973), p. 11.

21. Hipólito Acuña fue diputado nacional del FREJULI para Santa Fe y secretario adjunto de las 62 Organizaciones peronistas; Teodoro Ponce fue el líder interino de la UOM de Rosario.

22. "Declaración del ENR con motivo del ajusticiamiento de Augusto T. Vandor", *Cristianismo y Revolución*, n° 28 (abril 1971), pp. 52-53.

23. "Quiénes, cómo y por qué lo ejecutaron. La muerte de José Alonso", *La Causa Peronista*, n° 8 (27 de agosto de 1974), pp. 25-29.

24. Firmenich, "Etapa y conjuntura", p. 17.

25. De Luca, citado en el *Buenos Aires Herald*, 1° de julio de 1969.

26. "Con las armas en la mano", entrevista con representantes de las FAP, *Cristianismo y Revolución*, n° 28 (abril 1971), pp. 77-80.

27. "Perón a los Montoneros", 20 de febrero de 1971, *La Causa Peronista*, n° 9 (3 de septiembre de 1974), pp. 28-29.

28. *Buenos Aires Herald*, 19 de marzo de 1972.

29. Marcelino Mansilla, secretario general de la región de la CGT de Mar del Plata, peronista de la derecha y acaudalado líder de la UOCRA

de La Plata durante diez años, fue asesinado por el Destacamento Belloini-Frondizi de las FAP (Comando Nacional) el 27 de agosto de 1973, tercer aniversario de la muerte de Alonso; Atilio Santillán, secretario general de la Federación de Obreros Tucumanos de la Industria del Azúcar (FOTIA) fue abatido a tiros en el centro de Buenos Aires, el 22 de marzo de 1976, por una unidad del ERP. Santillán había sido durante muchos años un combativo líder sindical peronista, pero después apoyó al Ejército cuando, a principios de 1975, entró en la provincia de Tucumán para contrarrestar allí la actividad del ERP.

30. Este apodo provenía de la obsesión que López Rega tenía por la astrología y el ocultismo. Entre sus libros sobre tales temas, a menudo autofinanciados, había uno, según él, escrito en colaboración con el arcángel San Gabriel! Se hicieron paralelos entre López Rega y Rasputín. Véase Tomás Eloy Martínez, "El ascenso, triunfo, decadencia y derrota de José López Rega", *La Opinión*, 22 de julio de 1975; y Jane Monahan, "Fallen star who guided Señora Perón", *The Times*, 23 de julio de 1975.

31. Véase, por ejemplo, "El movimiento obrero argentino ante la situación nacional", anuncio de prensa pagado de CGT-62 Organizaciones, *La Razón*, 22 de julio de 1975. En septiembre de 1975, los Montoneros dijeron que Antonio Cafiero, el ministro de Economía más partidario de la CGT de aquella administración, representaba la continuación de la política de Rodrigo ("Otra vez el poder militar", *Evita Montonera*, n° 7, septiembre 1975, pp. 2-4).

32. Las relaciones entre la facción de López Rega y los líderes sindicales se analizan en Santiago Senén González, *El poder sindical*, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, 1978, *passim*.

33. *Ibid.*, especialmente pp. 24-25.

34. Sin embargo, nunca hubo una verdadera oportunidad para una alianza entre los Montoneros y el liderazgo sindical. La CGT, durante el periodo 1973-1976, apoyó firmemente la campaña de las fuerzas de seguridad contra la "subversión". En octubre de 1974, organizó una huelga general de quince minutos para manifestar su "repudio al terrorismo", el mes siguiente rindió homenaje a los oficiales muertos en la lucha antiguerrillera y, en agosto de 1975, expresó su "permanente identificación con los soldados de nuestro glorioso Ejército [...] en su lucha contra los terroristas". A veces, el Ejército también ayudaba a la burocracia obrera: en octubre de 1974, el brigadier mayor Raúl Lacabanne, nombrado "interventor federal" para gobernar la provincia de Córdoba después del golpe de la policía contra el gobierno electo de Obregón Cano,

apoyó la decisión de los ejecutivos nacionales del SMATA de expulsar a Salamanca y a sus partidarios y se refirió a ellos como "mercenarios" (*ibid.*, pp. 28, 50-58 y 71).

35. "Informe del Consejo Nacional del Partido Montonero, septiembre de 1977", p. 10.

36. Clausewitz, p. 271.

37. "Parar a los milicos cipayos, preparar el avance popular", *Evita Montonera*, n° 12 (febrero-marzo 1976), pp. 7-8.

38. "La clase obrera y el movimiento peronista", *ibid.*, n° 7 (septiembre 1975), pp. 14-15.

39. Entrevista personal con un partidario de los Montoneros que tuvo un cargo secundario durante la presidencia de Cámpora, Buenos Aires, 27 de septiembre de 1975.

40. *Buenos Aires Herald*, 13 de septiembre de 1974. Zavala Rodríguez, en 1975, pasó a ser uno de los líderes nacionales del Partido Peronista Auténtico (PPA) de los Montoneros y director de *El Auténtico*. En diciembre de 1976, murió en un tiroteo con la policía. Leonardo Bettanín, que había trabajado antes para *Primera Plana*, fue muerto en enero de 1977 al resistirse a su detención, algunos meses después del secuestro y probable asesinato de su hermano Guillermo Juan. Cristina, la esposa de Leonardo, se suicidó para que no la capturasen viva.

41. En el apéndice B hemos tratado de ilustrar el desarrollo organizativo de los Montoneros.

42. La idea de la "columna" guerrillera, influida por el modelo organizativo de los Tupamaros, consistía en unas unidades autosuficientes, con reclutamiento, servicio de información, aparato militar y técnico independientes, así como con la organización propia de la labor de masas. Teóricamente, aun cuando algunas columnas fueron eliminadas, las demás se conservaron intactas y por ello capaces de luchar y multiplicarse. Un año después de haber empezado a formar columnas, los Montoneros las abandonaron por considerar que se habían hecho demasiado grandes y difíciles de manejar. Sobre las estructuras de los Tupamaros, véase Kohl y Litt, pp. 188-191; MLN Tupamaros, *Actas tupamaras* (Schapiro Editor, Buenos Aires, 1971); y Alberto Islas y Clara Ferreira, "Apuntes para una historia crítica del MLN (tupamaros)", *Combate* (Suecia), núms. 31-37 (marzo-septiembre 1978).

43. Buena parte de la información referente al desarrollo organizativo procede de una entrevista personal con dos miembros del Movimiento Peronista Montonero (MPM), agosto 1980.

44. "Hacia la construcción del Ejército Montonero", *Evita Montonera*, n° 8 (octubre 1975), pp. 25-26.

45. Otras estimaciones del momento de máxima fuerza de los Montoneros tienden a dar cifras más altas respecto del número de personas en armas: Christopher Roper (*The Guardian*, 26 de marzo de 1979) lo elevó a 7.000 en 1975, lo mismo que *The Economist* (26 de enero de 1980) en un estudio sobre la Argentina; Robert Cox, director del *Buenos Aires Herald*, lo llevó a más de 10.000 (*The Observer*, 3 de febrero de 1980).

46. "Las milicias peronistas son posibles", *Evita Montonera* n° 3 (marzo 1975), pp. 22-23.

47. "Carta a la policía", *ibíd.*, p. 47.

48. *Buenos Aires Herald*, 20 de septiembre de 1974.

49. *The Guardian*, 19 de junio de 1975.

50. *Buenos Aires Herald*, 18-19 de junio de 1975.

51. *ibíd.*, 22 de junio de 1975.

52. Para detalles sobre el secuestro de Metz, véase *La Opinión* e *ibíd.*, 26 de diciembre de 1975, además del comunicado guerrillero publicado en *Evita Montonera*, n° 11 (enero 1976), p. 22. Para ejemplos de la publicidad lograda, véanse *Le Monde* y *The Guardian*, 24 de diciembre de 1975.

53. *Buenos Aires Herald*, 29 de julio de 1975.

54. Entrevista personal, en agosto de 1980, con miembros del MPM, Londres.

55. La Junta de Coordinación Revolucionaria (JCR), compuesta por el PRT-ERP argentino, el MLN Tupamaro uruguayo, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) chileno y el Ejército de Liberación Nacional (ELN) boliviano, cuya existencia fue anunciada públicamente por el ERP en febrero de 1974, empezó a fabricar, sin embargo, la pistola ametralladora JCRI. En abril de 1975, la policía argentina descubrió una fábrica de armas JCR en Caseros, donde se estaban produciendo quinientas de dichas armas, principalmente por miembros uruguayos (*Buenos Aires Herald*, 15 de febrero de 1974 y 12 de abril de 1975).

56. Entrevista personal, en agosto de 1980, con miembros del MPM, Londres.

57. Los principales productos eran el lanzagranadas de fusil LG-22, la granada de mano SFM-4 y la granada de fusil antiblindaje G40. En *Estrella Federal* (órgano oficial del Ejército Montonero), n° 5 (septiembre 1978), p. 13, apareció un reportaje sobre la producción de granadas y explosivos.

58. *Buenos Aires Herald*, 20 de octubre y 18 de noviembre de 1974.

59. "Palabras de Firmenich".

60. *Buenos Aires Herald*, 17 de noviembre de 1974.

61. Por aquel tiempo los personajes importantes se trasladaban de un lado a otro rodeados de coches y motocicletas de la policía, a menudo con las calles secundarias cerradas temporalmente. Muchos vehículos de seguridad particulares llevaban lanzallamas.

62. Viñas, pp. 231-241.

63. El Comando Libertadores de América era un escuadrón de la muerte que actuó en 1974-1976 y que estaba supuestamente relacionado con el Ejército en Córdoba.

64. *La Opinión*, 5 de diciembre de 1975; y *El Cronista*, 8 de diciembre de 1975.

65. El coche de Morales fue acorralado en el distrito bonaerense de Palermo por la Unidad de Combate Gustavo Natalio Stenfer (dos pelotones); pero no tardaron en llegar tropas del Ejército y comenzó un tiroteo durante el cual murieron el teniente coronel Colombo y un guardia de corps. Véase el comunicado montonero en González Janzen, pp. 243-254.

66. Jorge Ernesto Araya y Adriana Estévez, cuyos cadáveres fueron encontrados en el río Carcarañá el 19 de julio de 1975.

67. Los nombres de Morales y Tarquini figuraron en lugar destacado, en febrero de 1976, en el testimonio de Héctor Paino, desertor de la Triple A ("Las revelaciones de Paino", *La Opinión*, segunda sección, 12 de febrero de 1976). El organigrama de la Triple A de Paino mostraba que López Rega se hallaba a la cabeza de la organización, con Carlos Villone (por breve tiempo, después de la caída de Rega, ministro de Bienestar Social) y Jorge Conti (consejero de prensa del Ministerio de Bienestar Social) como enlaces. Entre los grupos de la Triple A supuestamente organizados por Conti, había uno dirigido por Julio Yessi (líder de la derechista Juventud Peronista de la República Argentina, JPRA) y otro por Felipe Romeo, que incluía a Tarquini. Paino dejó la Triple A y fue encarcelado, según él, por haberse negado a matar a alguien (*Buenos Aires Herald*, 5 de febrero de 1976; y *La Nación*, 14 de febrero de 1976).

68. *The Times*, 29 de julio de 1975.

69. *La Opinión*, 28 de septiembre de 1975.

70. *ibíd.*, 11 de julio de 1975. Más tarde, negó haber hecho tal declaración.

71. *Buenos Aires Herald*, 30 de junio de 1975.

72. *Ibíd.*, 2 de mayo de 1975. Sólo asistieron de 20.000 a 30.000 personas a la concentración.

73. El Comando de Organización (C de O), dirigido por el diputado peronista Alberto Brito Lima, recibió más de mil dólares del Ministerio de Bienestar Social en febrero de 1975, según se declaró, para un campo de deportes perteneciente a una escuela primaria, la Escuela Hogar nº 11, de Ezeiza. En aquel momento el C de O se hallaba en el proceso de tomar el control de la escuela. Bajo su dirección, que duró casi todo el año 1975, los colegiales eran frecuentemente arengados por propagandistas del C de O y, en ciertas ocasiones, se los obligaba a marchar en columnas y a hacer el saludo nazi (*La Opinión*, 12 y 14 de octubre de 1975).

74. *Buenos Aires Herald*, 26, 27 y 30 de abril de 1974 y 9 de diciembre de 1974.

75. Mario Norberto, primo de Firmenich, "desapareció" tras su detención, aunque oficialmente se anunció que había sido liberado (*Buenos Aires Herald*, 16 de diciembre de 1974); luego, para señalar el tercer aniversario de la fuga de la cárcel de Rawson conseguida por los guerrilleros, el Comando Libertadores de América asesinó en Córdoba a los padres, a un hermano y a una hermana de la víctima de Trelew Mariano Pujadas, lo que provocó un considerable alboroto público que incluyó huelgas de protesta por parte de los trabajadores de Transax, IKA-Renault, Thompson Ramco y Fiat (*La Opinión*, 14 y 16 de agosto de 1975; *El Cronista*, 20 de febrero de 1976); el doctor Hugo Vaca Narvaja, ex ministro del Interior de Frondizi, padre de Fernando Vaca Narvaja, otro fugado de Rawson e importante montonero, fue secuestrado en Buenos Aires, dos semanas antes del golpe militar, por unos supuestos policías y nunca volvió a ser visto (*La Nación*, 11 de marzo de 1976); y el padre del montonero "original" Carlos Capuano Martínez, fue muerto en Córdoba la víspera de la toma del poder por los militares (*La Tarde*, 23 de marzo de 1976).

76. *Buenos Aires Herald*, 25 de julio de 1975.

77. La operación fue planeada para el 24 de febrero, con el fin de que coincidiera con el aniversario de la victoria electoral de Perón en 1946, pero tuvo que ser aplazada cuando, el 21 de febrero, dos supuestos participantes, Baretta y Figueroa, fueron muertos en los suburbios de Córdoba al dispararles la policía mientras retiraban armas de fuego de un coche abandonado.

78. Para el texto del "parte de guerra" y de la carta de Egan, véase *Evita Montonera*, nº 3 (marzo 1975), pp. 46-48. El principal nombre de la

lista era el de Gustavo Stenfer, hijo de un modesto hombre de negocios, que se unió a los guerrilleros durante los primeros años setenta. Encarcelado por un ataque a un policía en agosto de 1972, intervino en la toma de la prisión de Villa Devoto en mayo de 1973, pero "desapareció" el 21 de octubre de 1974.

79. Sobre el caso Mitrión, véase Alain Labrousse, *The Tupamaros*, Penguin, Harmondsworth, 1973, pp. 99-112. La película de Costa-Gavras, *Estado de Sitio*, retrata brillantemente el dilema tupamaro.

80. *Buenos Aires Herald*, 27 de septiembre de 1974.

81. Análisis de la prensa argentina por el autor, junio 1975-marzo 1976.

82. *Buenos Aires Herald*, 7 de agosto de 1975. En la misma ocasión, ese ministro, responsable de la policía, dijo que no sabía si existía realmente la Triple A: "Podrían ser izquierdistas disfrazados".

83. De manera semejante, los libros de la izquierda peronista estaban en venta, pero cuando alguien pasaba más de algunos minutos examinándolos en cualquiera de las principales librerías del centro de Buenos Aires, un policía vestido de civil le preguntaba sobre el particular (experiencias personales).

84. Partido Montonero, documento interno sin título, octubre de 1977: una síntesis, hecha por la Conducción Nacional, de la reunión del Consejo Nacional del partido de septiembre de 1977, p. 16. *El Montonero* se unió brevemente a *Evita Montonera* a principios de 1976. La víspera del golpe militar, salió un número de *Información*, apoyado por los Montoneros, para vocear la petición de elecciones hecha por los grupos de centroizquierda. Su director, Holver Martínez Borelli, había sido rector de universidad y líder del Partido Cristiano Popular en Salta. En 1977 pasó a ser un líder de la rama de los profesionales, intelectuales y artistas del MPM. La mejor fuente sobre los problemas que afectaban al periodismo es Andrew Graham-Yooll, *The Press in Argentina, 1973-1978*, Writers and Scholars Educational Trust, Londres, 1979.

85. Hodges, ed., *Philosophy of the Urban Guerrilla*, p. 266.

86. *Ibíd.*, 267.

87. Clausewitz, p. 7.

88. "Informe del Consejo Nacional, septiembre de 1977", p. 6.

89. Walter Laqueur se refirió a la guerra de guerrillas urbana (*The Guerrilla Reader*, Temple University Press, Filadelfia, 1977, p. 7) llamándola "mero terrorismo presentado de otra forma", aun cuando Guillén y Marighela figuran en la citada obra. John Ellis (*A Short History of Gue-*

rrilla Warfare, Ian Allan Ltd., Londres, 1975, pp. 6-8) también considera que "guerrilla urbana" es una denominación errónea, y acusa además a quienes la practican de "gangsterismo a medias"; sin embargo, la lucha armada argentina de 1975 correspondió a su definición de una guerra que implicaba "cierto nivel de violencia organizada situado por encima y más allá de los actos aislados de francotiradores, el secuestro y el robo".

90. "Hacia la construcción del Ejército Montonero".

91. Partido Montonero, documento interno sin título, octubre de 1977, pp. 15-16.

92. Datos no oficiales, con probable origen en el Ministerio del Interior, citados en *La Nación* del 21 de junio de 1975, sugieren un giro de la lucha armada hacia fuera de Córdoba después de 1973, debido posiblemente a la dureza de los métodos contrainsurgentes empleados allí después del golpe de la policía y de la "intervención" federal de febrero-marzo de 1974. Según esta fuente, hubo 689 "actos de terrorismo" en la Argentina en 1973 y 3.178 en 1974; en 1973, Córdoba fue su principal escenario, seguida de la provincia de Buenos Aires, pero en 1974 dicha provincia se convirtió en la zona principal de tales actividades, seguida de la Capital Federal.

93. Para detalles, véase *Buenos Aires Herald*, 11, 26 y 31 de julio de 1975; *La Opinión*, 11 de julio 1975; y *La Nación*, 11-12 de julio de 1975.

94. El *Buenos Aires Herald* del 13 de agosto de 1975 calculaba que desde julio de 1974 habían muerto sesenta y cinco policías en choques con los guerrilleros o en ataques de los mismos. En 1975 hubo rumores de que ciertas comisarías de policía de los suburbios de Buenos Aires habían sido abandonadas debido a lo vulnerables que eran a los ataques guerrilleros. Aunque nunca se confirmó (o negó) tal hecho, su verosimilitud da una idea del ambiente político de aquellos momentos.

95. Después de la matanza de dieciséis guerrilleros capturados en Catamarca en agosto de 1974, el ERP anunció que abatiría a dieciséis oficiales del Ejército como represalia, y empezó a hacerlo el 25 de septiembre. Hasta el 10 de diciembre habían sido asesinados diez oficiales, pero entonces la campaña se suspendió a causa de la muerte accidental de una niña de tres años atrapada en el tiroteo que tuvo efecto durante el asesinato de su padre, el capitán Viola. Después el ERP se concentró en la guerra de guerrillas rural en Tucumán por espacio de un año, y tuvo éxitos iniciales al enfrentarse sólo con la policía, pero, en 1975, sucumbió gradualmente al Ejército. El apoyo que el ERP recibió de la gente de aquel lugar, conseguido por el PRT, su partido hermano, du-

rante su participación de los años sesenta en las luchas contra el cierre de las fábricas de azúcar, fue socavado por el Ejército con la creación de áreas "protegidas" y la destrucción de las viviendas aisladas para separar a los guerrilleros de la población rural. En enero de 1976, fuentes oficiales sugirieron que el ERP había perdido 150 combatientes en Tucumán, frente a unas bajas de 50 hombres por parte del Ejército; según el ERP, el enemigo había tenido 100 bajas contra 50 propias, pero por entonces se hallaba en franco declive. Véase *Buenos Aires Herald*, 7 de enero de 1976; y *La Opinión*, 8 de enero de 1976.

96. "Under the Shadow of a Gumnán", Roberto Quieto entrevistado por Richard Gott, *The Guardian*, 18 de octubre de 1974.

97. El general Luciano Benjamín Menéndez, jefe del Tercer Cuerpo del Ejército, citado en *La Opinión*, 18 de diciembre de 1975. El ERP asemejaba Tucumán a Cuba a causa de la industria azucarera de aquella provincia y de su extenso terreno montañoso; pero, además de las románticas ideas guevaristas, la elección de Tucumán como zona de guerra tuvo sin duda algo que ver con el hecho de que los líderes del PRT-ERP, Mario Roberto Santucho, Manuel Carrizo y Luis Sbédico, habían sido estudiantes de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Tucumán y habían obtenido el mismo día su graduación como contadores públicos.

98. Lewinger había pertenecido al cuerpo de redacción de *Primera Plana* y era uno de los oficiales de más categoría de los Montoneros. Dirigió la unidad que lanzó el ataque contra la Armada, pero él fue muerto cuando, el 24 de mayo de 1975, capitaneaba un atentado contra una comisaría de policía en Mar del Plata para liberar al montonero Eduardo Soares. El padre de Soares murió al día siguiente, supuestamente a manos de la policía (*Evita Montonera*, n° 7, septiembre 1975, p. 12).

99. *Ibid.*, pp. 28-29; y n° 8 (octubre 1975), pp. 16-18. Véase también *La Opinión*, 23 de agosto de 1975.

100. Se produjo una operación semejante, aunque de menor envergadura, el 14 de diciembre de 1975, cuando los Montoneros minaron y produjeron graves daños al yate *Itatí*, propiedad del Alto Mando de la Armada, pero usado generalmente por el almirante Emilio Massera.

101. Osatinsky había sido antes uno de los líderes de las FAR. Detenido en febrero de 1971, fue uno de los jefes guerrilleros que se escaparon en la gran fuga de la cárcel de Rawson de agosto de 1972. Después de la fusión Montoneros-FAR, pasó a formar parte de la Conducción Nacional y estuvo al mando de la Zona Oeste de los Monto-

neros hasta el 7 de agosto de 1975, fecha en que fue detenido en Córdoba por la policía como consecuencia de una "traición" de Fernando Haymal. Fue muerto dos semanas después, o por la policía (según los Montoneros) o por montoneros que intentaban rescatarlo (según la policía). Su esposa fue encarcelada, un hijo suyo, muerto, y otro —de quince años—, secuestrado después del golpe de marzo de 1976. Véase *La Opinión*, 10, 22 y 26 de agosto de 1975.

102. "Tucumán: golpe a las fuerzas de ocupación", *Evita Montonera*, n° 7 (septiembre 1975), pp. 16-18; *Buenos Aires Herald* (29 de agosto de 1975); y *La Opinión* (30-31 de agosto de 1975). El único otro ataque montonero de este período fue el de diciembre a Corbat (mencionado en el capítulo anterior), en respuesta al anuncio hecho en noviembre, de que los aviones de combate Skyhawk estaban siendo usados en Tucumán para el bombardeo de saturación de las altas zonas montañosas frecuentadas por los contingentes del ERP.

103. "Formosa: el ejército gorila oculta su derrota", *Evita Montonera*, n° 8 (octubre 1975), pp. 2-8. Véanse también *La Opinión* y el *Buenos Aires Herald*, 6-10 de octubre de 1975, que incluyen informes de las fuerzas de seguridad.

104. La pregunta de por qué no hubo ninguna persecución aérea del Boeing ni intento alguno de dispararle mientras se hallaba en el aire nunca fue contestada satisfactoriamente. Además de la tripulación, parece ser que los montoneros se llevaron, en su vuelo hacia Santa Fe, a un oficial de la Prefectura, pero sería sorprendente que sólo ello hiciera desistir al despiadado personal de seguridad de la persecución o interceptación del aparato. Posiblemente la necesidad de una autorización de los jefes militares y del ministro de Defensa para actuar contra el aparato fue uno de los factores que retrasaron las contramedidas. Sin embargo, es más verosímil que la mala coordinación entre el Ejército y la Fuerza Aérea, debido a rivalidades entre las respectivas fuerzas, explicase el misterio.

105. Hasta donde uno puede determinar, los relatos de los Montoneros de sus propias actividades estaban basados en la realidad. Sin embargo, adolecían de la omisión de hechos importantes: en este caso, el de que los atacantes del R29 pudieron contar con la ayuda interior del recluta Roberto Mayol, muerto por los soldados durante la lucha. Por otra parte, los relatos de las fuerzas de seguridad, al menos en esta ocasión, se caracterizaron tanto por su tergiversación efectiva como por sus omisiones: se negó la pérdida de armas por parte del arsenal R29, pero hubo testigos presenciales que vieron cómo eran cargadas a bordo del

avión en que se llevó a cabo la huida (*La Opinión*, 11 de octubre de 1975); y las declaraciones oficiales de que hubo también ataques montoneros a otros edificios de Formosa, incluido un hospital y una cárcel, nunca llegaron a verificarse. Mientras que los Montoneros dieron la información de que el número total de bajas en la guarnición había sido de once, los informes oficiales hablaron de dieciséis guerrilleros muertos en la acción, cinco más en el ataque a un hospital, negado por los Montoneros, y otros nueve en unas escaramuzas durante las cuales, según se dice, murieron cuatro civiles, sorprendidos por el fuego cruzado.

106. *La Opinión*, 7 de octubre de 1975.

107. "Formosa: el ejército gorila", *op. cit.*

108. Afirmación del PST citada en *La Opinión*, 8 de octubre de 1975.

109. "Contra el ejército represor de Sierra Grande", *Evita Montonera*, n° 11 (enero 1976), pp. 9-11.

110. *Evita Montonera*, n° 11, p. 20.

111. "Tercera Campaña Militar Nacional Montonera", *ibíd.*, n° 12 (febrero-marzo 1976), pp. 32-35.

112. *Ibíd.*

113. *Evita Montonera*, n° 11, p. 17.

114. *Ibíd.*, p. 21.

115. Régis Debray, *The Revolution on Trial*, segundo volumen de *A Critique of Arms*, Penguin, Harmondsworth, 1978, p. 164.

116. *Buenos Aires Herald*, 27 de septiembre de 1974.

117. "Guerrilla: ¿ahora está en el Paraná?", *Cuestionario* (Buenos Aires), abril 1975, p. 7.

118. Los principales pasos del avance militar fueron los siguientes: con anterioridad a febrero de 1975, el Ejército sólo tomó parte en la contrainsurgencia con su capacidad de apoyo; aquel mes fue enviado a Tucumán para luchar contra el ERP; en agosto, el general Laplane, de la derecha peronista, fue depuesto de su cargo de comandante en jefe en un movimiento dirigido por Videla, que luego lo reemplazó a él; al cabo de veinticuatro horas de la espectacular acción de Formosa, las Fuerzas Armadas pasaron a participar en un nuevo Consejo de Seguridad Interna regido por el presidente; nueve días después, la policía provincial fue puesta bajo control militar. En noviembre se iniciaron en Bahía Blanca grandes operaciones contrainsurgentes en las que tomaron parte el Ejército, la Armada, la Policía y la Gendarmería, y a mediados de mes se habían extendido, bajo la autoridad del Ejército, a toda la Argentina. Como

en el Uruguay de 1972-1973, se utilizó la actividad guerrillera para justificar la considerable militarización que precedió al verdadero golpe de Estado. Por ejemplo, cuando el gobernador de Catamarca, Hugo Mott, decidió, en noviembre de 1975, poner en libertad a siete detenidos, el Ejército desaprobó la medida y volvió a detenerlos sin la menor traba (*La Opinión*, 23 de noviembre de 1975).

119. "Los militares cipayos: una nueva etapa de la guerra", *Evita Montonera*, n° 11 (enero 1976), pp. 12-15.

120. Las minas de Sierra Grande llevaban cuarenta y cuatro días de ocupación cuando, en 1975, intervinieron las fuerzas de seguridad. Las peticiones de los trabajadores de aquel lugar incluían el aumento de salarios, pero su principal objeto —como en la anterior huelga de Villa Constitución— era el derecho de los mineros a elegir sus propios representantes sindicales locales. Véase *El Cronista*, 24 de noviembre de 1975; y *La Opinión*, 20-23 de noviembre de 1975.

121. Suplemento especial de *El Auténtico*, n° 6 (26 de noviembre de 1975).

122. Borro fue un importante líder de la derrotada huelga general "Revolucionaria" de 1959; Cabo, padre de Dardo, era obrero metalúrgico y había sido miembro de la ejecutiva de la CGT; Fernández, ex secretario general interino de la UOM, había luchado, durante los últimos años sesenta y los primeros setenta, en una batalla contra Lorenzo Miguel, que perdió, por la jefatura del sindicato en Buenos Aires; Framini fue un líder de los trabajadores textiles y una figura prominente en las luchas sindicales posteriores a 1955, antes de ser elegido gobernador de la provincia de Buenos Aires en las elecciones, anuladas, de 1962; Lizaso había sido radical y había pertenecido a la FORJA en su juventud, pero en 1945 optó por el peronismo y luego participó en la resistencia posterior a 1955; y Viel, ex secretario general del Consejo Coordinador y Supervisor del Peronismo, había sido uno de los líderes de la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE).

123. Andrés Framini, "Hacia la unidad que nos marcaba Perón", *La Causa Peronista*, n° 1 (9 de julio de 1974), p. 46.

124. Para la estructura básica del MPA, véase el organigrama del apéndice B.

125. Fernández Long, que después pasó a ser un representante juvenil internacional de los Montoneros, había sido, durante los cuatro años anteriores, asesor jurídico de las Ligas Agrarias de Misiones, fundadas en 1970.

126. La izquierda "no peronista" significa aquí el PCA, el PI, el PST y el FIP (aunque el FIP, en septiembre de 1973, había tomado parte en la campaña electoral a favor de Perón). Los Montoneros habían rechazado una alianza con el PCA, el PI y el PST diciendo que la lucha estaba en el Movimiento Peronista. En las elecciones para gobernador y vicegobernador, la izquierda no peronista recibió 4.593 votos en conjunto frente a los 15.244 del PA-TP. En las elecciones de diputados provinciales, la izquierda no peronista obtuvo un total de 5.239 votos, el PA 9.178 y la TP 6.362. Todos los datos electorales proceden de *La Nación*, abril 1975.

127. Perón, citado en *The Sunday Times*, 8 de septiembre de 1974.

128. *Buenos Aires Herald*, 27 de febrero de 1975; y 11 y 13 de marzo de 1975.

129. Cámpora permaneció en México después de su período de embajador de la Argentina (octubre de 1973 a junio de 1974) en aquel país. Antes de volver a la patria, abrió, con Obregón Cano y dos mexicanos, una clínica dental (mayo de 1975). Se hallaba aún en la Argentina cuando se produjo el golpe militar, pero consiguió escapar a la detención cuando las tropas irrumpieron en su casa de San Andrés de Giles y se refugió en la embajada mexicana. A pesar de sus problemas de salud, el régimen militar no le permitió dejar el país hasta noviembre de 1979, momento en que se unió a la colonia mexicana formada por Puiggrós, Righi, Laguzzi, Obregón Cano y otros. Cámpora murió en Cuernavaca, México, el 19 de diciembre de 1980, a la edad de setenta y un años.

130. Cámpora, citado en el *Buenos Aires Herald*, 9 de abril de 1973.

131. *La Opinión*, 23 de abril de 1975.

132. *Ibid.*, 28 de diciembre de 1975.

133. "Congreso Nacional del PPA", *El Auténtico*, n° 4 (29 de octubre de 1975), p. 6.

134. *Ibid.*, n° 1 (17 de septiembre de 1975), p. 1.

135. "La conducción del MPA: hombres y mujeres con trayectoria de lucha en defensa de los intereses populares", *ibid.*, n° 2 (1° octubre de 1975), p. 4. Una razón de ello fue que el MPA, al haber sido formado según el modelo del tradicional Movimiento Peronista, tenía una ejecutiva compuesta por un número igual de representantes de cada una de las cuatro ramas. El Consejo, de dieciséis personas, se componía así de cuatro consejeros políticos (Framini, Cepernic, Zavala Rodríguez y Bidegain), cuatro consejeros sindicales (Gonzalo Chávez, Roberto Tapia, Heriberto Torres y Mario Aguirre), cuatro consejeras femeninas (Diana

Alac, Delia Castelazzi, René Chávez y Susana Sanz de Llorente) y cuatro consejeros juveniles (Rodolfo Galimberti, Ramón Puch, Claudio Slemenson e Ismael Salame). Respecto de los trabajadores, aparte de Andrés Framini, Chávez había sido despedido de la compañía telefónica del Estado en 1969 por sus actividades de base. Tapia había dirigido la Unión Tranviarios Automotor (UTA) de Córdoba durante los primeros años setenta. Torres fue un activo sindicalista desde los primeros años cuarenta y desempeñó un cargo en la CGT en 1957, y Aguirre fue, por dos veces, secretario general de la Asociación de Trabajadores del Estado en Rosario entre 1961 y 1974.

136. MPA, Consejo Superior, "Emprendemos la histórica transformación del Movimiento", *ibíd.*, p. 5.

137. *ibíd.*, n° 1, p. 6.

138. *ibíd.*, n° 5 (12 de noviembre de 1975), p. 6.

139. Varias entrevistas personales con montoneros en Buenos Aires a fines de 1975.

140. Según un suplemento fotográfico de *El Auténtico*, n° 8 (24 de diciembre de 1975), el partido consiguió 98.000 militantes en sólo ocho meses.

141. *La Opinión*, 16 de noviembre y 26 de diciembre de 1975.

142. La prohibición en sí era de poca importancia práctica: sólo significaba que, si algunos guerrilleros eran sometidos a juicio, lo que sucedía rara vez, podrían ser también acusados de asociación ilícita. Sin embargo, lo que representaba realmente era que la buena reputación conseguida por los Montoneros en las luchas anteriores a 1973 se había devaluado mucho en el Movimiento oficial. Hasta aquel momento, aquel prestigio había hecho que el gobierno se abstuviera de lanzar todo el ímpetu de las fuerzas de seguridad contra los guerrilleros peronistas, aun cuando demostró mayor dureza contra el ERP.

143. Según un reportaje publicado en *La Opinión* del 31 de enero de 1976, el Ejército reconoció más tarde que su declaración sobre la participación de los Montoneros era falsa. El reportaje también revelaba que, de las 29 bajas del ERP identificadas, sólo una correspondía a un trabajador; las restantes eran estudiantes universitarios y secundarios. El número total de muertos pudo haber llegado a 160: tomaron parte en el asalto varios centenares de guerrilleros, y fuentes militares no oficiales citadas por *The Times* (29 de diciembre de 1975) afirmaban que las bajas guerrilleras habían sido 137, y las militares y civiles, unas 20. El ERP reconoció 61 bajas (28 muertos, 10 detenidos y 23 desaparecidos) y

denunció la manera como los aviones y los helicópteros habían disparado a cuanto se movía en el barrio en que estaba situada la guarnición ("Monte Chingolo: equivocarse conduce a la derrota", *Evita Montonera*, n° 11, pp. 18-19). Ciertamente, el Ejército había tenido conocimiento previo de aquella operación, probablemente gracias a la información facilitada por el traidor del ERP Jesús Ranier: los guerrilleros lo "ejecutaron" unas semanas después, pero nunca se recuperaron de su derrota.

144. Alende, citado en *La Opinión*, 4 de noviembre de 1975.

145. Como resultado de las elecciones de marzo de 1973, la Alianza Popular Revolucionaria (APR) tuvo un senador y trece diputados en el Congreso de un total de 69 y 243. El grupo se componía de cinco diputados del PI; un senador y tres diputados del PRC; dos diputados del PCA; tres diputados de la UDELPA (Unión del Pueblo Adelante). La candidatura de Alende-Sueldo, correspondiente a la APR, para la presidencia y la vicepresidencia atrajo, en marzo, 885.201 votos (el 7,43%) de un total de casi doce millones. No hubo candidatos de la APR en la votación de septiembre de 1973. Véase *Carta Política*, n° 9 (tercera semana de octubre de 1974), p. 13; y Graham Yooli, *Tiempo de violencia*, p. 59.

146. Comunicado del PCA: "El Partido Comunista apoya la decisión de la CGT y reclama la formación de un gabinete cívico-militar de amplia coalición democrática", publicado en *La Opinión*, 6 de julio de 1975.

147. *El Auténtico*, n° 6 (26 de noviembre de 1975), p. 5; y n° 8, suplemento fotográfico. Cabo, Gullo y otros seis fueron detenidos en dos restaurantes de Morón en abril de 1975. Según las especulaciones de la prensa, estaban planeando una operación que coincidiera con una visita a la Argentina del general Pinochet, o esperando la entrega de una parte del rescate de Bunge y Born. La madre de Gullo fue después secuestrada (*La Tarde*, 9 de agosto de 1976), y Cabo, junto con Rufino Uriz, aun cuando se habló en los círculos oficiales de una posible fuga, es casi seguro que fue sometido a ejecución sumaria el 6 de enero de 1977. Tenía ya paralizado un brazo como consecuencia de la tortura. Mosse fue detenido en Córdoba en julio de 1975 y fue muerto, junto con cinco personas más, en junio de 1976. Amnistía Internacional (*Report of an Amnesty International Mission to Argentina*, 6-15 de noviembre de 1976, Londres, 1977, p. 24) calificó sus asesinatos de ejecuciones sumarias.

148. Coordinadora de Gremios en Lucha, "La guerrilla industrial, un nuevo cuento para perseguir a los trabajadores", *El Auténtico*, n° 8 (24 de diciembre de 1975), p. 6.

149. "Guardaespaldas: imagen de la Argentina", *Cuestionario*, nº 32 (diciembre 1975), p. 17.

150. Montoneros, "Argentina: la guerra continúa", *Marcha* (Perú), c. junio 1976.

151. "Los trabajadores hundiremos al régimen, porque queremos el poder para el pueblo", *Evita Montonera*, nº 12, pp. 2-5.

152. Partido Montonero, documento sin título de octubre de 1977, *op. cit.*, p. 16.

153. "Argentina: un país en guerra", entrevista de *Cuadernos Políticos* con el importante montonero Julio Roqué, publicada en *Revolución* (s. l., diciembre 1977), boletín ya extinguido publicado conjuntamente por varias tendencias revolucionarias chilenas.

154. Resultados electorales publicados por *El Auténtico*, nº 7 (10 de diciembre de 1975) y *La Opinión*, 19 de diciembre de 1975. Los porcentajes de resultados observados de año en año son los mejores índices de las tendencias políticas de los estudiantes. En 1975, los grupos estudiantiles pro Isabel obtuvieron un patético total de sólo 2.584 votos, alrededor de un 5% de los escrutados.

155. El *Buenos Aires Herald* del 12 de septiembre de 1975 estimó que las 705 muertes políticas acaecidas entre el 1º de julio de 1974 y el 12 de septiembre de 1975 se componían de: 248 bajas de la izquierda; 131 muertos en tiroteos (principalmente izquierdistas); 41 pérdidas de la derecha; 75 de la policía; 34 del Ejército; 19 hombres de negocios; 35 personas de orientación política desconocida; y 122 cadáveres sin identificar. Para el período peronista comprendido entre mayo de 1973 y marzo de 1976, las fuerzas de seguridad estimaron un total de 1.358 muertos a causa del "terrorismo": 66 militares, 136 policías provinciales; 34 policías federales; 677 civiles; 445 subversivos (*La Prensa*, 22 de marzo de 1976). *La Nación*, edición internacional, del 3 de julio de 1978 citó una estimación de Amnistía Internacional, según la cual la violencia derechista organizada por López Rega era responsable del asesinato de más de 1.500 personas en 18 meses.

156. *Buenos Aires Herald*, 12 de enero de 1975; *La Opinión*, 2 de enero de 1976; y *La Tarde*, 22 de marzo de 1976.

157. Véase Ronaldo Munck, "The Crisis of Late Peronism and the Working Class 1973-1976", *SLAS*, Boletín de la Society for Latin American Studies (Reino Unido), nº 30 (abril 1979), pp. 25-28.

158. Toda la información sobre el caso de Haymal procede de "Juicio revolucionario a un delator", *Evita Montonera*, nº 8, p. 21. La prensa comercial sólo dio la noticia de que había sido muerto por traición.

159. Los "delitos" de Haymal fueron de menor gravedad que los de Carlos Roth, un montonero que se convirtió realmente en un traidor y que fue con las fuerzas de seguridad por las calles de Córdoba señalando a todos los militantes que reconocía; sin embargo, los dos recibieron la misma condena. Y la principal acusación contra Haymal —la de dar la ubicación de la base que tenía a su cargo, permitiendo así la captura de los líderes Osatinsky y Mendizábal— fue muy cuestionable: fuentes cercanas a los Montoneros revelaron que ninguno de ellos había tomado la elemental medida de seguridad de telefonar a la base antes de dirigirse a ella para una reunión.

160. Véase el anuncio pagado: "¿Dónde está Roberto Quieto?", en *La Opinión*, 31 de diciembre de 1975; y *El Cronista*, 29 de diciembre de 1975.

161. *La Opinión*, 10 y 17 de enero de 1976; *El Cronista*, 12 de enero 1976; *Buenos Aires Herald*, 14 de enero de 1976.

162. Para un relato montonero del juicio, véase "Juicio revolucionario a Roberto Quieto", *Evita Montonera*, nº 12, pp. 13-14.

163. *Ibid.* Con toda probabilidad, Quieto había apoyado antes la sentencia de muerte de Haymal.

164. El autor estuvo presente en conversaciones celebradas entre partidarios de los Montoneros en Buenos Aires en enero de 1976.

165. Quieto participó en la ruptura del PCA dirigida por Juan Carlos Portantiero hacia 1963. Como consecuencia de ello, se convirtió en una luz orientadora dentro de la pequeña y efímera Vanguardia Revolucionaria (VR). El breve éxito de la VR antes de 1966 se hizo notar en la liza estudiantil y en las elecciones del Sindicato de Periodistas: el militante de la VR Eduardo Jozami pasó a ser secretario general del sindicato, y Quieto, su asesor jurídico. Después de la disolución de la VR, Jozami, Quieto y otros compañeros ingresaron en las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL), formadas principalmente por disidentes del PCA que, en 1967, habían creado el escindido Partido Comunista Revolucionario (PCR). Más tarde, Quieto pasaría a las FAR, siendo su dirigente durante el proceso de fusión con los Montoneros. Sin embargo, en 1974 Quieto y Jozami se reunieron cuando una escisión de las FAL, los Comandos Populares de Liberación (CPL), fue incorporada a los Montoneros.

166. La información referente a los primeros tiempos de la militancia y de la vida privada de Quieto procede de entrevistas celebradas durante 1980 con un amigo del ex jefe guerrillero.

167. El más notable fue el relato de la fuga y rescate, en enero de

1976, del oficial superior montonero Horacio Mendizábal de un palacio de Justicia con la ayuda de su abogado defensor. Véase "La conducta revolucionaria", *Evita Montonera*, n° 12, p. 36. Mendizábal pasó a ser Jefe del Ejército Montonero.

168. "El heroísmo y el individualismo en las guerras popular", *ibíd.*, páginas adicionales sin numerar.

169. *Ibíd.*

170. Es interesante recordar las impresiones de Richard Gott sobre Quieto, sacadas de su entrevista de 1974 con él ("Under the Shadow of a Gunman"): "Durante la conversación parece desconfiado y vacilante, casi peligrosamente falto de dogmatismo, teniendo en cuenta que se trata de un revolucionario. Sonríe con el aire de un hombre que busca confirmación y seguridad".

171. Sin embargo, las pérdidas de los Montoneros por traición fueron menos serias que los casos de los tupamaros uruguayos Héctor Amodio Pérez y Mario Piriz. Véase mi artículo "A Critique of the Urban Guerrilla: Argentina, Uruguay and Brazil", p. 48.

172. "El heroísmo y el individualismo".

173. *La Opinión*, 19 de marzo de 1976.

174. "Bendix: patrón que colabore con la represión irá al paredón", *Evita Montonera*, n° 12, pp. 18-20.

175. *El Cronista*, 30 de octubre de 1975.

176. La primera baja fatal de la unidad de montaña fue Juan Carlos Alsogaray, hijo del general Julio Rodolfo Alsogaray, comandante en jefe del Ejército con Onganía. Fue muerto por una patrulla del Ejército cerca de El Cadillal, Tucumán, el 13 de febrero de 1976 (*Evita Montonera*, n° 12, p. 24).

177. Después del golpe, la Fuerza de Monte fue destruida o aislada. Algunos guerrilleros del Chaco permanecieron dos años en las montañas y no tuvieron conocimiento de la reorganización montonera de 1977, hasta que sintonizaron el Servicio Mundial de la BBC (*Boletín Interno del Partido Montonero*, n° 13, febrero 1980).

178. "Tercera campaña militar nacional montonera".

179. Según los Montoneros ("Crónica de la resistencia *Evita Montonera*, n° 12, p. 29), Videla no murió por un pelo, y quince soldados resultaron heridos. Pero *La Opinión* (16 de marzo de 1976) y otros periódicos no mencionaron la pretendida presencia de Videla en el lugar de los hechos. El grado de teniente general es el más alto del Ejército Argentino.

180. *La Tarde*, 17 de marzo de 1976; y *La Opinión*, 18 de marzo de 1976.

Capítulo 6

LA RETIRADA HACIA EL EXTERIOR DEL PAÍS (1976-1981)

Nosotros hacemos de la organización un arma, simplemente un arma, y por lo tanto, sacrificamos la organización en el combate a cambio del prestigio político. Tenemos cinco mil cuadros menos, pero ¿cuántas masas más? Esto es el detalle.

MARIO E. FIRMENICH¹

El sacrificio no es un argumento político y el martirio no constituye prueba alguna. Cuando la lista de mártires se alarga demasiado, cuando cada acto de valentía se convierte en martirio, algo anda mal.

RÉGIS DEBRAY²

El régimen de Videla

Muchos argentinos creyeron a la nueva Junta Militar cuando, el 24 de marzo de 1976, declaró haber depuesto a los peronistas de los cargos oficiales al objeto de "terminar con el desgobierno, la corrupción y el flagelo subversivo". Con una inflación que aumentaba con mayor rapidez que la de Alemania en 1921-1922,³ con la Argentina a punto de

interrumpir los pagos de su deuda exterior, los nuevos gobernantes militares del país pudieron hablar persuasivamente de "la irresponsabilidad en el manejo de la economía" del gobierno constitucional. Con un peronismo en crisis y múltiples fracturas, con pruebas de malversación, ya públicas, por parte de Isabel Perón, y con su administración completamente desacreditada, los comandantes militares justificaron también su intervención basándose en la falta de ética y de principios morales del gobierno depuesto, y quisieron demostrar que el "tremendo vacío de poder" existente había estado amenazando a la Argentina con "la disolución y la anarquía". Estaba también la afirmación golpista de siempre de que la responsabilidad del gobierno se había "asumido" sólo en interés de la patria; de que aquel golpe de Estado no iba dirigido contra ningún "sector social", sino sólo contra "quienes han delinquido o cometido abusos de poder". Tales fueron las promesas y justificaciones de sí mismos que presentaron al público el teniente general Jorge Rafael Videla por el Ejército, el almirante Emilio Eduardo Massera por la Marina, y el brigadier general Orlando Ramón Agosti por la Fuerza Aérea.⁴

Como en 1966, fueron disueltos el Congreso y las legislaturas provinciales; el presidente, los legisladores, los gobernadores y los jueces, depuestos; y prohibida la actividad política estudiantil y de los partidos. No obstante, ese golpe fue mucho más "duro" que el anterior, especialmente por su asalto al poder de las organizaciones obreras: la CGT y los sindicatos más importantes fueron intervenidos; los fondos, congelados; y las actividades relacionadas con las huelgas y las negociaciones colectivas, declaradas ilegales. Los principales políticos y sindicalistas peronistas fueron encarcelados; las 62 Organizaciones, disueltas; y cinco partidos de la izquierda revolucionaria, puestos por completo fuera de la ley. Se establecieron consejos de guerra

militares con poderes para dictar sentencias de muerte por una gran variedad de delitos y para encausar sumariamente a toda persona considerada subversiva. Sin embargo, el mensaje oficial, **enfáticamente** expuesto, de los comandantes militares, era que "sólo los corruptos, los criminales y los subversivos tendrán que temer a la nueva autoridad".⁵

Los liberales, en particular, cobraron confianza ante la aparición de un eje "moderado" Videla-Viola que se impuso en breve sin prestarse a las exhortaciones, más extremadas, de los generales Menéndez, Díaz Bessone y Suárez Mason. Interpretaron su misión militar como algo destinado, primero, a terminar con los guerrilleros y, en segundo lugar, a poner la economía "en orden". Pero un año después los apologistas del régimen ya estaban confundidos y alarmados. No sólo la economía estaba peor que cuando José Alfredo Martínez de Hoz se hizo cargo del ministerio correspondiente, también la acción contra la subversión pareció haber perdido el control: estaba infligiendo duros golpes a las libertades democráticas en todas las esferas de la vida nacional y cometiendo innumerables violaciones de los más elementales derechos humanos.

Los comentaristas desengañados por el nuevo régimen erraban, en sus apreciaciones, entre dos modos de ver las cosas: subestimaron en gran medida las dimensiones del concepto militar de la "subversión" argentina, y no advirtieron que su estrategia económica, profundamente impopular, requería una amplia represión —y no sólo un gobierno firme— como concomitante político. Aun cuando en marzo de 1976 la principal ambición de los militares era acabar con la "subversión", la caza humana en que desembocó estaba muy lejos de limitarse a los guerrilleros. Muchos sindicalistas, activistas estudiantiles, periodistas y refugiados políticos de los países vecinos fueron también tratados

como delincuentes. El propio general Videla dijo que "un terrorista no es sólo el portador de una bomba o una pistola, sino también el que difunde ideas contrarias a la civilización cristiana y occidental".⁶ Según su modo de pensar, el ex presidente Cámpora era un "delincuente político".⁷ El general Vilas, mientras dirigía una purga universitaria en Bahía Blanca, también dio a conocer su particular punto de vista sobre la subversión: "Hasta el momento presente, sólo hemos tocado la punta del iceberg en nuestra guerra contra la subversión [...] Es necesario destruir las fuentes que alimentan, forman y adoctrinan al delincuente subversivo, y esas fuentes están en las universidades y en las escuelas secundarias".⁸ Por su parte, el almirante César Guzzetti, ministro de Relaciones Exteriores, afirmó que no existía en la Argentina lo que llamaban subversión derechista, "sólo anticuerpos" que, según él, eran "la reacción natural de un cuerpo enfermo" contra el "germen" de la guerrilla.⁹ Y el Partido Socialista de los Trabajadores, que había actuado constitucionalmente y que había criticado de forma razonada todas las organizaciones revolucionarias armadas, fue calificado de "banda terrorista" en el dossier sobre la "delincuencia terrorista" elaborado por el gobierno.¹⁰

Muchos de los que juzgaban equivocadamente las intenciones antisubversivas de las Fuerzas Armadas también tardaron en cuestionar el proyecto económico de Martínez de Hoz y en reconocer sus implicaciones para las libertades civiles. Era de esperar que aquel hombre, producto de una familia "tradicional", presidente del Consejo Empresario Argentino, de la gran industria del acero Acindar, del Centro Azucarero de la Argentina y otras cosas, velara por los intereses de sus compañeros de negocios y sus socios internacionales. Lo que no se percibió inmediatamente fue su tendencia, mientras seguía una política favorable al capital extranjero, a los intereses de los terratenientes y

de algunos grandes financieros, a permitir que tuviera efecto una importante desindustrialización del país. La industria argentina se vio perjudicada en gran manera como resultado de una excesiva revalorización del peso (que obstaculizaba las exportaciones, al tiempo que estimulaba las importaciones), del gradual desmantelamiento de los aranceles y de la fuerte disminución del poder adquisitivo de la clase obrera. A finales de septiembre de 1976, los salarios reales habían descendido a un 50% de su nivel de 1974¹¹ y sólo experimentaron una recuperación de poca importancia después de 1978. La oposición obrera a la disminución de los salarios, a la "racionalización" y privatización de las empresas del Estado, al despido de los militantes y a la pérdida de los organismos sindicales de asistencia social no tardó en expresarse, aun cuando la desunión fue un obstáculo para su eficacia. Pero también fue inevitable la respuesta del régimen a tal actitud. Las protestas de los trabajadores del sector del automóvil, en septiembre de 1976, contra las reducciones salariales, los despidos y la semana laboral de tres días se encontraron con la ocupación militar de la planta General Pacheco, perteneciente a la Ford, y con un decreto de "Seguridad Industrial" (21.400) que prescribía penas de hasta diez años de prisión por incitación a la huelga.

Fueron detenidos centenares de trabajadores (o secuestrados, como el dirigente sindical Oscar Smith) durante las luchas de los obreros del sector eléctrico, de octubre de 1976 y principios de 1977, contra los planes para aumentar su semana laboral de treinta y seis horas a cuarenta y dos, y despedir a unos 300.000 trabajadores del sector público, siendo los primeros despedidos 200 dirigentes y delegados del sindicato de Luz y Fuerza.

Desde el principio, pues, los planes de los nuevos gobernantes militares y sus consejeros civiles no sólo im-

plicaron una cruel represión de los guerrilleros y de su entorno, sino también el aplastamiento y la intimidación de toda la oposición organizada a las impopulares medidas políticas, económicas y laborales. Aquellos que trabajaban en los medios de información, excesivamente entusiasmados por la posibilidad de ofrecer a su público un servicio normal de noticias, también sufrieron las consecuencias de la nueva situación, lo mismo que los académicos, que encontraron sumamente desagradable el nacionalismo derechista de algunos militares y el "liberalismo"¹² no democrático de otros muchos. Los guerrilleros habían ayudado, y no poco, a generar aquel estado de cosas, pero no debían considerarse exclusivamente responsables de él. La crisis económica crónica, las disposiciones sumamente regresivas del doctor Martínez de Hoz, respaldadas por el Fondo Monetario Internacional, y la combativa respuesta a ellas de un poderoso movimiento obrero favorecieron en gran medida un autoritarismo draconiano con independencia de la supuesta amenaza guerrillera, una amenaza debilitada por el ocaso del guevarista ERP durante los cuatro meses anteriores al golpe y por su virtual desarticulación cuatro meses después del mismo.

Independientemente de cómo quiera uno repartir la "culpa" de la tragedia humana de aquellos años, es evidente que Martínez de Hoz terminó su quinquenio con menos admiradores en la Argentina de los que tenía cuando lo empezó. En su discurso de marzo de 1981, verdadero canto de cisne anterior a su retirada, dio la impresión de lamentar tan sólo los altos tipos de interés bancario que habían provocado recientemente varias quiebras. La inflación, que él mismo reconocía como el enemigo público número uno, había sido reducida a un 100%, pero seguía siendo un serio problema difícil de abordar¹³. Además, la deuda nacional, que en aquel momento ascendía a treinta mil millones de

dólares, se había triplicado, el producto bruto nacional per cápita era más bajo en 1980 que en 1974,¹⁴ y las fuerzas políticas que habían atraído casi las cuatro quintas partes de los votos en las elecciones de marzo de 1973 condenaban inequívocamente la actuación de Martínez de Hoz, que consideraban un fracaso.¹⁵ Para él, fue quizás aún más desconcertante, cuando dejó su cargo y el general Roberto Viola reemplazó a Jorge Rafael Videla como presidente, la revelación de que al menos dos miembros del nuevo equipo de economía estaban personalmente de acuerdo con quienes juzgaban que la situación económica del momento era peor que cuando los militares tomaron el poder.¹⁶

La respuesta de los Montoneros: "Defensa activa"

Los Montoneros calificaron la toma del poder por los militares el 24 de marzo de 1976 de "ofensiva generalizada sobre el campo popular" y de golpe apoyado por la "oligarquía, los monopolios imperialistas y la alta burguesía nacional", que gozó de una considerable pero no duradera aprobación de la clase media. Vieron en ella una respuesta a "la crisis definitiva del capitalismo dependiente en la Argentina", agravada por la creciente recesión económica occidental, en la que el camino de avance de los militares fue allanado por la "crisis definitiva del Movimiento Peronista y la traición de Isabel y López Rega desde el gobierno". Y su objetivo: "Inmovilizar a la clase trabajadora y aniquilar a las fuerzas revolucionarias".¹⁷

Ante el nuevo régimen, los guerrilleros optaron por una estrategia de "defensa activa" destinada a evitar su consolidación y a preparar el terreno para una eventual contraofensiva popular. En teoría, el papel del Ejército Montonero era ahora el de detener los avances del enemigo y hacer lo

posible para que las masas se reorganizaran y resistiesen. Traducido en términos prácticos, ello suponía el lanzamiento de ataques simples pero eficaces contra el "centro de gravedad" del enemigo: contra personas e instalaciones clave, cuya destrucción demostraría la vulnerabilidad del régimen y, por ende, estimularía a las masas a poner en práctica diversas formas de resistencia. Las fuerzas guerrilleras eran lo suficientemente numerosas para que su supervivencia no constituyera una preocupación fundamental. A pesar de los centenares de detenciones y secuestros de activistas que acompañaron a la toma del poder por los militares, los Montoneros tenían bastante confianza en sí mismos para aventurarse, en abril del mismo año, a una 4ª Campaña Ofensiva Táctica concebida con anterioridad al 24 de marzo. Sin embargo, al proceder de tal modo juzgaron muy equivocadamente el poder y la estrategia del enemigo, y durante buena parte de 1976 se dejaron guiar por la declaración de las Fuerzas Armadas de octubre de 1975, en el sentido de que mientras los militares estuvieran ocupados en la represión de la guerrilla rural en Tucumán, sólo intervendrían contra los guerrilleros urbanos en los casos en que la fuerza de la policía resultara insuficiente.¹⁸ En realidad, si bien la contribución de la policía a la campaña contra la insurgencia seguía siendo importante, y aun cuando las actividades del escuadrón de la muerte emprendidas en otro tiempo por la Triple A se convirtieron oficialmente en actividad habitual de la policía, las Fuerzas Armadas asumieron la tarea de eliminar a los Montoneros a principios de 1976. Hacía un siglo que el Ejército no tomaba parte en guerra alguna, y no iba a perder la ocasión de hacerlo entonces. No obstante, la campaña de colocación de bombas llevada a cabo por los Montoneros durante aquel año se basó en la errónea suposición, mantenida durante varios meses, de que el "centro de gravedad" del ene-

migo se hallaba, al menos en sus fines tácticos, en las fuerzas policiales.

Cuatro grandes explosiones afectaron a la policía: la primera, el 18 de junio, cuando el jefe de la Policía Federal, el general Cesáreo Cardozo, fue víctima de 700 gramos de tritol colocados bajo el colchón de su cama; la segunda, el 2 de julio, cuando nueve kilos del mismo explosivo volaron el techo del comedor del cuartel general de la sección de seguridad de la Policía Federal (Coordinación Federal), matando de veinticinco a treinta personas e hiriendo a otras sesenta; la tercera, el 12 de septiembre, cuando un Citroën cargado de explosivos estalló por mando a distancia en el momento en que pasaba un automóvil de la policía, con el resultado de once policías y dos civiles muertos; y la cuarta, el 9 de noviembre, cuando una bomba montonera destruyó el cuartel general de la Policía de la Provincia de Buenos Aires en La Plata y mató a un oficial de policía e hirió a otros once que se encontraban reunidos en el despacho del ayudante del jefe provincial de policía, coronel Trotz.

Los Montoneros intentaron justificar aquellas acciones basándose en que casi todas sus víctimas habían torturado u oprimido hasta entonces con total impunidad; y buscaron legitimarlas arguyendo que se había tomado una "decisión colectiva" respecto de las "ejecuciones".¹⁹ Adujeron asimismo que el Ejército Montonero no habría podido llevar a cabo tales operaciones sin las informaciones proporcionadas por la ciudadanía. Sin embargo, en tres de los casos citados no pudo observarse la menor ayuda exterior. Cardozo murió porque la "asesina" —Ana María González, de dieciocho años— se había hecho amiga de la hija del militar para tener acceso a la casa del mismo; la carnicería de Coordinación Federal fue obra de un infiltrado que pudo introducir furtivamente los explosivos en el edificio; y el montonero responsable de la colocación de la bomba de La Pla-

ta había sido, hasta el día del atentado, secretario particular del coronel Trotz. Decir que las víctimas de aquellos hechos eran universalmente queridas y respetadas y que los argentinos sintieron su muerte no respondería a la verdad: la antipatía por la policía, especialmente por la de seguridad, era más bien común, y el temor y la desconfianza que inspiraba, casi generales. Pero en ése, más que en ningún otro momento, los guerrilleros tenían que enfrentarse a una prensa manipulada por el régimen, una prensa a la que, desde el 22 de abril de 1976, sólo se le permitía dar noticias "oficiales" sobre los "delincuentes". La versión que se dio sobre la segunda de las acciones mencionadas fue que la explosión de Coordinación Federal había causado la muerte a muchos empleados civiles, impresión que no fue explícitamente rectificada cuando se publicó la lista de fallecidos, que sólo mencionaba una víctima no perteneciente a la policía.²⁰ Con pocas excepciones, los directores de los periódicos cumplían las normas, dictadas por el régimen, de dar la menor publicidad posible a las actividades guerrilleras. En realidad, tal política impulsó a los Montoneros a concentrarse en las matanzas y en los asesinatos audaces. Como explicó Ana María González al ser entrevistada por un periodista español sobre el asesinato de Cardozo, varias operaciones anteriores de los Montoneros no habían conseguido "romper la censura de la prensa establecida por el enemigo. Con acciones de aquel tipo [Cardozo], no tendríamos ningún problema de publicidad, pues la propia espectacularidad del hecho atraería inmediatamente la atención del público".²¹

Desde luego, cada uno de aquellos golpes demostró una cierta vulnerabilidad del Estado y, sin duda alguna, elevó la moral de los guerrilleros en un momento en que las grandes pérdidas que sufrían tendían a minarla. Pero cada uno de ellos provocó también furiosas respuestas por parte

de las fuerzas de seguridad, que alcanzaron tanto a los montoneros como a los no combatientes. El asesinato de Cardozo condujo al establecimiento oficial de la pena de muerte para los asesinos de miembros de las fuerzas de seguridad y funcionarios judiciales o del gobierno. Otra respuesta fue una serie de matanzas no oficiales, a menudo presentadas en la prensa como ataques guerrilleros fracasados a las comisarías de policía y a convoyes militares, en las que las bajas, siempre numerosas, invariabilmente afectaban a los atacantes. Las represalias fueron particularmente duras después de la explosión en Coordinación Federal. La policía golpeó a los reporteros que se hallaban en el exterior del edificio. Un joven, atado y amordazado, fue llevado a empujones hasta el pie del obelisco, en la Avenida 9 de Julio, donde lo ejecutó un pelotón de fusilamiento. Se encontraron los cadáveres de ocho detenidos en un estacionamiento de San Telmo. Y tres sacerdotes y dos novicios de la orden palotina fueron acribillados a balazos mientras dormían en una iglesia de Belgrano, por unos asesinos que garrapatearon en una puerta antes de marcharse: "Por nuestros compañeros de la policía dinamitados".²² El incidente también provocó una respuesta exitosa de las fuerzas policiales contra el general Arturo Corbetta, jefe de la Policía Federal, que fue reemplazado menos de dos semanas después de haber exigido una represión organizada y centralizada pero legítima, que sustituyera los escuadrones de la muerte.

Hubo otras matanzas que llevaban el sello de las represalias. Entre ellas la que, en agosto, dejó un saldo de treinta cuerpos dinamitados y acribillados a balazos en un vertedero cercano a Pilar, y otra, en Lomas de Zamora, que dejó diecisiete cadáveres. Se supuso que las víctimas de Pilar habían sido retenidas en Coordinación Federal y, según observaron algunos testigos oculares, habían desaparecido

(como en muchos casos de víctimas tildadas oficialmente como "guerrilleros muertos en combate") sus corbatas, cinturones y cordones de zapatos —cosas que siempre se confiscaba a los detenidos—. ²³ Posiblemente las peores represalias se llevaron a cabo en La Plata, donde cincuenta y cinco "sospechosos" fueron muertos en un lugar cercano al cuartel general de la policía volado en noviembre. ²⁴ Los comentaristas que, teniendo sólo en cuenta las tácticas terroristas clásicas, opinaron que los montoneros colocadores de aquellas bombas buscaban deliberadamente tales represalias con el fin de aumentar la atracción de respuestas armadas contra el Estado, no prestaban suficiente atención a los daños que la reacción causaba a la propia organización guerrillera, sin contar las víctimas inocentes. Relevantes montoneros, como Miguel Mosse, Hugo Vaca Narvaja hijo, Dardo Cabo y Rufino Uriz se hallaban entre los prisioneros muertos, oficialmente, cuando intentaban escapar, pero víctimas probablemente de unas ejecuciones sumarias. ²⁵ Durante el último trimestre de 1976, los grupos parapoliciales y las unidades paramilitares llevaron a cabo un promedio de quince secuestros diarios. Al finalizar el año, las fuentes oficiales declararon que el número de muertes políticas había ascendido, durante los doce meses anteriores, a 1.354 víctimas, cifra en la que se incluían 391 guerrilleros y 167 policías y militares. Amnistía Internacional estimó que en enero de 1977 había entre 5.000 y 6.000 presos políticos, y calculó que en 1976 las fuerzas de seguridad y los grupos parapoliciales probablemente habían causado 1.000 víctimas, mientras que la izquierda armada causó entre 400 y 500 muertes. ²⁶

En las nuevas circunstancias, los Montoneros carecían de capacidad para combatir directamente con las Fuerzas Armadas. Su "guerrilla de la jungla", después de una aparición en Tucumán sólo notable por su brevedad y su falta

de resultados, fue disuelta hacia finales de 1976; se estableció una pequeña unidad rural en el nordeste (Formosa, Chaco), pero sólo como presencia simbólica que no buscaba el combate. La actividad urbana siguió siendo su principal norma de actuación, y a finales de 1976 y durante la primera mitad de 1977 dieron golpes selectivos, de carácter similar a sus ataques a la policía, contra objetivos estratégicos militares. A principios de octubre, durante una revista militar en Campo de Mayo, un artefacto explosivo colocado debajo de la tribuna abrió un boquete de un metro de diámetro en el sitio exacto donde el presidente Videla, situado ya a cincuenta y cinco metros de distancia, había permanecido hasta poco antes. Dos semanas después, en la víspera del aniversario peronista del 17 de octubre, una bomba destruyó un cine del Círculo Militar e hirió a sesenta oficiales retirados y a sus familiares. También hubo asesinatos individuales, tales como la muerte, el 1º de diciembre, del coronel Leonardo d'Amico, director de Estudios de la Escuela Superior de Guerra; era el decimoséptimo militar de alta graduación asesinado por los guerrilleros desde el golpe. Pero sólo los ataques contra las fuerzas de seguridad y las explosiones destructivas ofrecían la garantía de aparecer en los titulares de la prensa. El Pelotón de Combate Norma Arrostito era perfectamente consciente de ello cuando, a mediados de diciembre, colocó una bomba de fragmentación de seis kilos en una sala del Ministerio de Defensa durante una conferencia antisubversiva: murieron en la explosión catorce militares de alto rango y oficiales del servicio de información, y otros treinta resultaron heridos.

En 1976, los Montoneros llevaron a cabo un total de 400 operaciones y manifestaron haber muerto o herido a 300 empresarios y miembros de las fuerzas militares y policiales. ²⁷ Se descubrieron varios talleres donde se fabricaban municiones, pero lo que los guerrilleros llamaban "pro-

ducción logística" no se detuvo hasta finales de 1978. Por lo menos en una ocasión, en noviembre de 1976, los Montoneros fueron advertidos de una redada de la policía, lo que les permitió retirar a tiempo todo su equipo y dejar sólo algunas minas para recibir a los atacantes. Entre 1976 y 1978 su unidad logística central produjo 780 kilos de Alto Explosivo Plástico (C-2), y sus unidades logísticas zonales más de 1.500 kilos de explosivo de mediano poder, usado para los ataques con granadas y en operaciones con bombas de mayor tamaño.²⁸ En 1977 hubo menos de estas últimas. Aun cuando se registraron 600 acciones, sólo cuatro fueron presentadas como "operaciones contra el centro de gravedad enemigo": la incapacitación de Guzzetti, ministro de Relaciones Exteriores, cuando se intentó asesinarlo; una explosión en el cuartel general del Comando de la Fuerza Aérea, instalado en el Edificio Cóndor; un ataque con un lanzagranadas múltiple al palco del general Videla, dos horas antes de una ceremonia en Rosario; y otra explosión en el despacho del general Liendo, ministro de Trabajo.²⁹ El estallido de una bomba en el Aeropuerto Metropolitano, que dejó un cráter de nueve metros, en el momento en que el avión del presidente pasaba por el lugar, a cincuenta metros de altitud, en febrero de 1977, al parecer fue obra de sobrevivientes del PRT-ERP.

A finales de 1976 y durante 1977 centenares de operaciones menores, orientadas a buscar el apoyo de la clase obrera, fueron realizadas por los Montoneros en un momento en que la organización, obligada por las circunstancias, tenía que frenar sus ambiciones militares y prestar creciente atención a la renovación de su diezmada base social. De los grupos sociales entre los que habían buscado apoyo, sólo la clase obrera se mostró capaz de ofrecer una verdadera resistencia a las nuevas autoridades. En un esfuerzo por contribuir a tal resistencia y estimularla, los

Montoneros cometieron actos de sabotaje en octubre de 1976, con motivo de la huelga de los trabajadores de las centrales eléctricas; mataron o hirieron a varias docenas de directivos implicados en los conflictos industriales; y volaron vagones, vías y estaciones de ferrocarril durante un largo conflicto ferroviario que, en noviembre de 1977, terminó con la victoria de los trabajadores. Sin duda alguna hubo ocasiones en que los patrones cedieron ante la intimidación y la amenaza de daños a la propiedad, pero no se produjo ningún éxodo de obreros agradecidos hacia las filas de los Montoneros.

Las actividades guerrilleras, aun cuando se realizaron en estrecha coordinación con las luchas obreras, no podían rivalizar seriamente con el sindicalismo como medio de lucha por las exigencias obreras; y la respuesta del Ejército al menor indicio de implicación guerrillera dificultaba en gran manera los esfuerzos por reconstruir los comités y las organizaciones de base en las empresas. Cuando los Montoneros intentaron integrarse más directamente en las luchas obreras creando, el 14 de agosto de 1976, una Confederación General del Trabajo en la Resistencia, pronto se encontraron ante un muro de desconfianzas: quizás injustamente, la CGT-R fue acusada de "sindicalismo paralelo" y de buscar la sustitución de la CGT, en vez de recuperarla, sustrayéndola al control militar. Incluso los militantes sobrevivientes de la izquierda no peronista se negaron a participar en la nueva confederación, acusando de "sectarismo" a sus promotores montoneros.³⁰

De todos modos, en cualquier colaboración con los Montoneros, los sindicalistas más realistas veían una opción virtualmente suicida. Mientras que la capacidad ofensiva de los guerrilleros declinó en 1977, con el resultado de menos de treinta y cinco víctimas entre los militares, la policía y los empresarios,³¹ las pérdidas montoneras siguieron aumentando. Ciertamente, la implacable represión llevada

a cabo contra los maltrechos Montoneros y todas las fuerzas consideradas subversivas por el régimen pareció hacerse aún más furiosa durante la segunda mitad de 1977, cuando el general Videla y sus colegas intentaron cumplir su promesa de una "Navidad en paz" y de quitar a los Montoneros de la escena mucho antes de los mundiales de fútbol. Un año después del golpe militar de marzo de 1976, las bajas montoneras ascendían a 2.000, un tercio más de lo que habían previsto los propios guerrilleros.³² En agosto de 1978, las bajas sufridas desde el golpe alcanzaban las 4.500,³³ y las Fuerzas Armadas no mostraban el menor interés por las ofertas de alto el fuego hechas por los Montoneros.

Reorganización, reflexión y aumento de las disensiones internas

La relativa facilidad con que los Montoneros fueron militarmente aplastados en 1976-1977 necesita ser examinada a la luz de un fracaso político, más general, en que la decepción causada por el fracaso de la CGT-R fue sólo un factor. Visto superficialmente, los guerrilleros se hallaban en ese momento radicalizados por la crisis que afectaba al peronismo y a la economía, así como por unas influencias marxistas cada vez más discernibles en sus propuestas políticas y organizativas. Después de todas las reflexiones y autocríticas provocadas por la llamada "traición" de Quieto, el Consejo Nacional,³⁴ reunido en abril de 1976, decretó la transformación de los Montoneros de una organización político-militar en un partido revolucionario, el Partido Montonero. Por lo tanto, la OPM se convirtió en el PM, teóricamente un partido de cuadros, basado en el aspecto organizativo en los principios leninistas del centralismo de-

mocrático, y regido por una ideología llamada "materialismo histórico y dialéctico":³⁵ el eufemismo usado por los nacionalistas para referirse al marxismo.

Todavía en el terreno de los ideales, el PM sería un partido de vanguardia, vinculado, mediante un Movimiento Montonero, a la masa obrera, que aspiraba a dirigir. Porque en aquel momento los Montoneros, como muchos "entendidos" en otras ocasiones, declararon que el peronismo había muerto..., sólo para descubrir poco después que el cadáver se resistía obstinadamente a ser enterrado. La proclamación de su muerte se hizo en lo que fue sin duda el documento más izquierdista que jamás publicarían los Montoneros.³⁶ En él, la crítica de los "errores de Perón" de 1973-1974 fue más lejos que en cualquier ocasión anterior: no había sabido arrebatar el poder a los militares; había usado a la burocracia sindical como base de poder propia, al tiempo que purgaba a la izquierda y facilitaba la subida de López Rega; había mantenido el principio de los nombramientos personales "a dedo", en vez de permitir que se eligiera democráticamente a los altos cargos; y había optado por un vacilante programa basado en el capital europeo, árabe, e incluso yanqui, en vez de practicar la expropiación contra la oligarquía y los monopolios, de insistir en el ahorro interno y buscar el apoyo comercial y financiero de los "países socialistas". El fracaso de su última presidencia, seguido de "la traición de Isabel y de López Rega" y la oposición a ellos de las masas militantes, movieron a los Montoneros a concluir: "El peronismo ha quedado agotado, y el pueblo, huérfano". La doctrina justicialista, con su defensa de unas armoniosas relaciones entre el capital y la clase obrera, alimentada por un Estado neutral, ya no se adecuaba a las necesidades del pueblo: "[...] en 1975 los trabajadores ya saben que cuando el poder se comparte con los patrones, terminan ganando éstos, alián-

dose con el imperialismo como pasó en 1955 y 1974. Entonces, el Pueblo hoy no quiere compartir el poder con el capitalismo, el Pueblo quiere *todo el poder* [...] del Estado, que ya que no es independiente ni neutral, que sea de los trabajadores y no de los patrones". Mostraba cierta ambigüedad, casi en forma de parodia del mismo, el hecho de que la expresión "*todo el poder*" iba seguida de "o por lo menos más del 50%". Sin embargo, el tono general del documento era, considerando el espectro político montonero, decididamente ultraizquierdista.

La trayectoria de 1976 abandonaba implícitamente la desacreditada teoría de las etapas revolucionarias y proponía una inmediata "transición al socialismo" después de la toma del poder. El capital industrial, agrícola y financiero sería expropiado a la oligarquía y a los monopolios; las "grandes empresas nacionales" se verían impulsadas a participar en la aventura montonera, y se las nacionalizaría a la menor vacilación. Finalmente, el documento defendía la necesidad de reemplazar el tradicional liderazgo unipersonal del peronismo por el de un partido revolucionario más duradero —el PM—, y terminaba en tono pretencioso: puesto que el movimiento revolucionario popular argentino había tomado históricamente el nombre de su liderazgo estratégico ("Antes, Perón, hoy, Montoneros"), era lógico que aquel movimiento fuera rebautizado entonces como Movimiento Montonero.³⁷

Otro ejemplo de izquierdismo fugaz fue el de extender fraternalmente las manos hacia la izquierda revolucionaria no peronista, especialmente hacia el ERP y la Organización Comunista Poder Obrero (OCPO). Esta última había sido noticia por sus actividades durante la huelga de 1975 en Villa Constitución y, más recientemente, en mayo, con la ayuda logística del ERP, había secuestrado al coronel Pita, interventor militar de la CGT. Sin embargo, la actividad

conjunta nunca fue más allá de las conversaciones exploratorias: la Organización para la Liberación de Argentina (OLA), cuya creación se propuso en junio de 1976, nunca llegó a materializarse, mientras que la CGT-R, ante las reservas del ERP y la OCPO, fue impulsada solamente por los Montoneros. Incluso la aspiración a la unidad fue abandonada por algunos montoneros después del aniquilamiento, el 19 de julio, de la jefatura del ERP: Mario Roberto Santucho, José Benito Urteaga y Domingo Menna. Corrió el rumor de que el ERP había pedido "protección" a los Montoneros, aunque de hecho los límites de su dependencia no llegaron más allá de unos cinco préstamos de dinero en 1976-1977.

¿Qué había realmente detrás de todos aquellos cambios? Lo cierto era que el nuevo partido estaba compuesto exclusivamente por guerrilleros, por miembros del Ejército Montonero (EM); y que el Movimiento Montonero seguía siendo sólo fruto de la imaginación de la Conducción Nacional. Los cargos políticos se unían de pronto a los rangos militares: Pepe Firmenich, ya primer comandante del EM, se convirtió en primer secretario del PM, pero los cambios organizativos distaron mucho de los postulados leninistas. El intento de formar un partido revolucionario a despecho del ambiente represivo de 1976 era algo así como intentar botar una embarcación de recreo durante un huracán. La consulta de los activistas sobre las decisiones importantes se amplió notablemente, pero, como reconoció Julio Roqué a finales de 1976, el centralismo democrático no llegó a ser perfecto, siendo las operaciones de las fuerzas de seguridad un gran obstáculo a la formación de cuadros del partido.³⁸ Más tarde, la Conducción Nacional admitió que el partido había sido creado "sin participación de las masas", como parte de un ambicioso plan "triunfalista" que en realidad no tenía claras perspectivas de lograr el poder político. El

militarismo siguió caracterizando la actividad montonera, al menos hasta octubre de 1976, cuando apareció un nuevo énfasis para actuar en apoyo de las luchas de las masas: "la supremacía de las armas político-sociales y la subordinación a éstas de las militares" entonces se convirtió en principio rector,³⁹ aunque muchos trabajadores consideraban que el asesinato de sus patrones era tan "militarista" como la metodología del bombazo.

Durante 1976 las discusiones internas dieron origen a varios puntos de vista disidentes, entre los que se destacó la oposición a la Conducción Nacional de los militantes de las columnas Norte del Gran Buenos Aires y de La Plata. En un informe de finales de 1977, la jefatura calificó a los disidentes de "clasistas, ideologistas y militaristas" porque, entre otras cosas, persistían en su deseo de fusionarse con la izquierda armada; y también de "aparatistas" por abogar por una ampliación de la infraestructura montonera. Mientras el secretariado de La Plata afirmaba que necesitaba casi cuarenta coches para una ciudad de 300.000 habitantes, el secretariado de la Zona Norte de Buenos Aires pedía que se asignaran diez millones de dólares al plan anual de viviendas, con el fin de albergar clandestinamente a los militantes industriales perseguidos por las fuerzas de seguridad. Aparte de sostener que la protección de los activistas de la industria perseguidos correspondía más al movimiento de masas que al partido, la conducción presentó a su vez aquellas cuestiones como resultantes, en gran parte, de simples desacuerdos sobre el presupuesto organizativo de 1976. Hizo asimismo una caricatura de la disidencia de la Columna Norte, arguyendo que su lógica era la de transformar el PM en un "Banco Hipotecario Nacional", cosa que resolvería el déficit de vivienda en el país pero no los problemas de la revolución argentina.⁴⁰ En realidad, a pesar de la dudosa viabilidad de la propuesta sobre los alo-

jamientos, los motivos de la Columna Norte no eran "militaristas" ni "aparatistas": detrás de sus propuestas sólo se hallaba el deseo de transformar a los Montoneros en una organización que colaborase con el movimiento obrero, en vez de actuar principalmente sobre él desde el exterior.

Por ello, los disidentes eran despreciados y puestos en ridículo por la Conducción Nacional. Según ésta declaró en octubre de 1976, las desviaciones sólo persistían dentro de la Columna Norte. No se hacía ninguna mención al hecho de que la misma estaba compuesta de 900 montoneros,⁴¹ ni a que, junto con la Columna de La Plata, había sido la que con más éxito había desarrollado la labor montonera en el movimiento obrero.⁴² Las peticiones, por parte de los disidentes, de celebrar un congreso nacional del partido, como había prometido la ejecutiva en abril, fueron rechazadas de pronto por la Conducción Nacional como "suicidas", y así habría sido probablemente. En vez de ello, los cuatro "comandantes" guerrilleros establecieron las normas a que debía ajustarse el "centralismo democrático": se ordenó la celebración de un referéndum en el que participarían los oficiales superiores, mayores, primeros y segundos, pero con una opción de voto restringida sólo a dos mociones, lo que en realidad convertía el asunto en un voto de confianza a favor de la Conducción Nacional, que la autorizaba a "imponer la hegemonía de la línea mayoritaria". Era imposible, mediante aquel procedimiento, expresar desacuerdo con la conducción sobre las cuestiones políticas en juego sin acusarla de no representar ampliamente a la organización. Como resultado, incluso la Columna Norte se unió al voto unánime ratificador de la jefatura existente.⁴³ Se recuperó cierto grado de unidad, pero sólo restringiendo los parámetros de debate político; y aun cuando tales limitaciones pudieron haberse justificado por razones de segu-

ridad, únicamente se logró aplazar unos años la perjudicial pérdida de los disidentes.

Sin embargo, la Conducción Nacional y la organización en conjunto no podían ignorar el hecho de que ni las iniciativas de los Montoneros ni la de la OLA ni la de la CGT-R habían encontrado una respuesta externa que pudiera considerarse estimulante. Si la esperada conversión del peronismo en montonerismo estaba teniendo efecto, se realizaba con excesiva lentitud, dejando peligrosamente aislada la vanguardia montonera. Por ello, los Montoneros, sin abandonar sus esfuerzos para la creación de un partido, retrocedieron en busca del apoyo popular. El 20 de abril de 1977 pusieron en marcha el Movimiento Peronista Montonero (MPM) tomando como modelo el Movimiento Peronista pero incorporándole, además de las tradicionales ramas, una rama agraria y una rama de profesionales, intelectuales y artistas.⁴⁴ Con todo, los montoneros volvieron a mostrarse más imaginativos en la elaboración de los proyectos que competentes en su construcción. En teoría, tenían en ese momento un partido revolucionario de cuadros (el PM), un ejército revolucionario (el EM) y una organización de masas arraigadas en los más amplios sectores populares (el MPM); también en teoría, había atraído a los Peronistas Auténticos —Bidegain, Obregón Cano, Puiggrós— hacia una franca fusión con los Montoneros, añadiendo así mayor legitimidad peronista a su organización. Pero en la práctica, los líderes del PM y del EM eran idénticos, al igual que sus miembros; además, los líderes del PM y del EM estaban en su mayoría en jefaturas de las ramas del MPM; y Mario Eduardo Firmenich era ahora primer secretario del PM, comandante en jefe de EM y secretario general del MPM (esto último, con el fin de garantizar el dominio de la ideología del partido en el movimiento, según se dijo).⁴⁵

En realidad, la creciente afición a la jerarquía y a las estructuras complejas significaba que la verdadera división física existente era la surgida entre los "oficiales" y la "tropa". La distinción entre el MPM y el PM, por su parte, existía a nivel de compromiso y responsabilidad; eran menos importantes, aunque no triviales: un activista del MPM disidente podía ser emplazado ante un tribunal disciplinario y expulsado; un cuadro extraviado del PM-EM podía ser condenado por un tribunal revolucionario a la pena máxima —aplicada realmente al menos media docena de veces—, consistente en el fusilamiento. Quienes tenían en sus manos el verdadero poder eran los pocos que ocupaban los más altos puestos militares y que controlaban la tesorería bélica. Fueron ellos quienes tomaron la iniciativa, en abril de 1977, de crear el MPM, y quienes causaron una gran consternación entre muchos de los que se esperaba que construyeran el movimiento en la Argentina, al anunciar su establecimiento desde la segura y distante Roma, después de haber decidido unilateralmente abandonar el país.

El uso del terrorismo de Estado para erradicar la "subversión"

Los métodos que pusieron en práctica las Fuerzas Armadas argentinas para eliminar la subversión tomó a los Montoneros por sorpresa. Esperaban violentos enfrentamientos armados en las calles, comprobaciones de vehículos, búsquedas casa por casa y detenciones colectivas, pero creían que esto último se llevaría a cabo como antes: el sufrimiento de unos diez días de tortura antes de que se legalizara la detención, seguidos del restablecimiento del contacto con la familia y la organización del afectado. Tardaron algún tiempo en percibir la nueva infraestructura represiva

y sus métodos: campos de concentración oficialmente autorizados pero clandestinos, centros de tortura y unidades especiales basadas en las tres fuerzas militares y en la policía, cuya misión era la de secuestrar, interrogar, torturar y matar.⁴⁶ Con el nuevo régimen, no sólo la tortura era más cruel, sino que el detenido quedaba en manos de unos hombres sobrados de tiempo, libres de injerencias judiciales, con medios para aislar totalmente al detenido de la sociedad y que no necesitaban devolver viva a una persona al final de su tarea. El nuevo régimen no era fascista. Le faltaba para ello la necesaria base civil organizada a nivel de masas y el apoyo movilizado de la pequeña burguesía, pero muchos de sus agentes alardeaban de sus simpatías por los nazis, y los métodos que empleaban, y que les permitían emplear, no eran precisamente ajenos a los de la Gestapo.

Tal como habían previsto los Montoneros, centenares de guerrilleros fueron abatidos en las calles, mientras oponían una desesperada resistencia a sus secuestradores de los Grupos de Tareas. Carlos Caride, Carlos Hobert, Sergio Puiggrós, Miguel Zavala Rodríguez y Rodolfo Walsh⁴⁷ fueron sólo los más relevantes. Algunos guerrilleros acorralados, como el montonero Francisco Urondo, uno de los nuevos poetas argentinos, se tragó la "pastilla", la terrible cápsula de cianuro, como acto final de desafío.⁴⁸ Otros, en sus casas y lugares de reunión, lucharon hasta la muerte. A finales de enero de 1976, el Secretariado Político Nacional⁴⁹ de la organización fue rodeado durante una reunión en una casa de la calle Corro, en Floresta, por tropas que usaron un tanque, bazucas y un helicóptero en el combate de una hora y media que se produjo a continuación. Después de que los montoneros Coronel, Salame y Beltrán murieran disparando desde la planta baja, el secretario político nacional Alberto (Tito) Molina y María Victoria Walsh, hija de Rodolfo, llevaron a cabo los ritos finales en un balcón del

primer piso. Pasmados, sin creer lo que veían, los soldados observaron cómo la joven dejó su metralleta Halcón en el suelo, se asomó de pie sobre el parapeto, abrió los brazos y les gritó: "¡Ustedes no nos matan! ¡Nosotros elegimos morir!" Acompañada de Molina, puso entonces fin a su vida con un disparo en la sien.⁵⁰ Aquellas cinco muertes, aunque en lo estratégico no tan mutilantes como las bajas sufridas por el ERP en julio, supusieron una pérdida considerable para los Montoneros. Sin embargo, se dijo que el quintuple sacrificio permitió la huida de Firmenich y Galimberti. Sufrieron otro golpe en mayo de 1977, cuando Julio Roqué, el único miembro de la Conducción Nacional designado para permanecer en la Argentina, fue atrapado con otro montonero en una casa. Al no poder escapar, le prendieron fuego y la volaron.⁵¹

Sin embargo, las verdaderas causas del derrumbamiento montonero fueron los secuestros y sus consecuencias. Hacia finales de 1977, los guerrilleros declararon que, durante los cinco meses posteriores al golpe, el 90% de los secuestrados se habían negado a hablar, por lo que habían sido asesinados; y que aun cuando el 10% había hablado, sólo el 1% del total de bajas optó por la traición y patrulló con las unidades móviles delatando a sus antiguos compañeros. Sin dudas, el número de los que hablaron pero no colaboraron fue mucho mayor, pero más tarde los Montoneros se dieron cuenta de que incluso sus propias cifras eran graves: un solo traidor podía denunciar de 20 a 30 miembros, de los cuales 3 o 4 podían hablar sin colaborar, denunciando a otros 8 o 10, de los que uno podía convertirse en "dedo" (alguien dispuesto a "pasear" por las calles y "marcar", o señalar, a montoneros conocidos suyos).⁵² Aquellas tácticas enemigas contribuyeron en gran manera a que los guerrilleros fueran víctimas de su propio "aparatismo". Sin advertir el verdadero carácter de la operación

contra la insurgencia hasta que fue demasiado tarde, en 1977 seguían manteniendo su vasta estructura, aunque ésta disminuía constantemente como resultado de lo que confesaban los detenidos; y, con cada trozo del aparato, caían más compañeros.

Los pocos montoneros que sobrevivieron a la pesadilla de la detención dejaron bien claro, en sus subsiguientes testimonios, que la mayoría de los montoneros que cayó en las manos del enemigo lo hizo "con la moral prácticamente destruida";⁵³ muchos de ellos hablaron, y sin demorarse demasiado. Eso no implica que las barbaridades no se hubieran convertido en actos de rutina. Además de la "picana" (corriente eléctrica), del "submarino" (inmersión) y de la violación, los métodos incluían el "encierro de los detenidos con perros feroces, adiestrados por sus secuestradores, hasta que quedaban casi descuartizados".⁵⁴ Las presiones físicas eran tremendas, pero el testimonio de los sobrevivientes de la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), cuya unidad G.T.3.3 fue considerada responsable, ella sola, de 3.000 muertes,⁵⁵ revela que la mayoría de los montoneros llegaba allí sin confianza en el futuro político de su organización. Llevados a la cámara de tortura encapuchados y encadenados, la mayoría de ellos rápidamente cooperaba, preocupada, aunque con pocas esperanzas, por su supervivencia individual. "Sin los montoneros, las FFAA no hubiesen podido destruir a los Montoneros", dice el testimonio.⁵⁶ Acuciados por el dolor físico, los montoneros hablaban a causa de la bancarrota política de su organización y de su ocaso militar; hablaban porque sabían que sus amigos estaban hablando, porque sus líderes se habían ido y los habían abandonado. Era demasiado lo que esperaban de aquellos presos sus jefes guerrilleros, unos hombres que exigían heroísmo y solidaridad como normas de conducta y que no toleraban otras facetas menos gloriosas de la natu-

raleza humana. En Argelia, los detenidos se proponían un objetivo realista: resistir durante cuarenta y ocho horas para que las bases conocidas por los presos pudieran ser evacuadas y sus compañeros quedar a salvo. Sin embargo, a los montoneros se les ordenaba que resistieran hasta la muerte.

Algunos montoneros fueron traicionados por su propio militarismo, persuadidos para colaborar al plantearles un argumento que les hacía enfrentar la situación real entre los dos "ejércitos" opuestos. Si ello les salvó la vida, nunca llegó a saberse, una vez que su colaboración había dejado de ser útil. Los que aún gozaban de libertad no tenían ninguna respuesta eficaz que ofrecer a la máquina represiva que estaba devorando a sus compañeros. Lo único que podían hacer era denunciar los horrores de la ESMA y otros centros, y lanzar represalias simbólicas de tipo militarista (empleando a veces equipos llegados del extranjero para cumplir misiones específicas) contra los responsables más visibles. En agosto de 1978, demolieron la casa del contralmirante Lambruschini, que esperaba convertirse pronto en comandante en jefe de la Armada, usando treinta kilos de explosivos. Pero Lambruschini no estaba allí. Sólo estaban su pequeña hija, un guardia y una anciana. La muerte de aquellas personas no aportó el menor prestigio a los Montoneros.

No obstante, dentro de la ESMA, algunos prisioneros consiguieron idear una estrategia que, durante el período 1977 a 1979, les salvó la vida. Simulando colaborar con sus aprehensores de la Armada, escaparon al destino de la gran mayoría. Fueron personas como Martín Grass, uno de los miembros más antiguos del servicio internacional montonero, y Sara Solarz, la viuda de Marcos Osatinsky, a quienes la Armada consideraba guerrilleros importantes que debían mantenerse vivos ante la eventualidad de que las

presiones de los derechos humanos internacionales se hicieran demasiado fuertes y fuese necesario exhibir a alguna persona "desaparecida". Pronto se hicieron también evidentes las ambiciones presidenciales del comandante en jefe Massera, al acercarse el término de su período de pertenencia a la Junta Militar. Habiéndose ganado ampliamente la guerra contra los guerrilleros a finales de 1977, el almirante empezaba a buscar apoyo político. Ello permitió que el grupo del interior de la ESMA mejorase gradualmente su situación material y psicológica convirtiéndose, de manera indirecta e increíble, en "consejeros políticos" del jefe de la Armada: una especie de "depósito de ideas de izquierda" que, entre 1977 y 1979, si no tuvo una influencia muy grande sobre Massera, sí pareció haber sido escuchado en cuanto a dos aspectos normativos: el uno referente a la necesidad de legalizar la situación de los detenidos y reemplazar el exterminio en masa por asesinatos selectivos, con el fin de mejorar la imagen internacional del régimen; el otro, relacionado con las disputas de aquel momento con Chile, Brasil y Gran Bretaña. Conocedores de que Massera quería eludir su responsabilidad personal en las medidas represivas, y de que su mejor estrategia sería la de presentar una alternativa populista a los jefes del Ejército, los consejeros, usando a menudo al capitán Jorge Eduardo Acosta como intermediario, lo instaron a suavizar la represión, a descargar la responsabilidad de la misma en el Ejército y a buscar un triunfo nacionalista en el canal de Beagle, las islas Malvinas o contra el Brasil, ostensiblemente con el objeto de mejorar sus posibilidades de acceso a la presidencia. Los verdaderos motivos de los "asesores" eran, por supuesto, salvar vidas y apartar la atención de los militares de la "subversión" interna para orientarla hacia las cuestiones exteriores.⁵⁷ Aunque el grado exacto de influencia de dicho grupo nunca se conocerá, lo cierto es que

los detenidos, fingiendo colaborar, obtuvieron más de una ventaja. Mejoraron sus condiciones de vida, se les quitaron las cadenas, se les permitieron contactos limitados con sus familiares, y mediante el diálogo político consiguieron sembrar crecientes dudas en el ánimo de sus aprehensores respecto de si eran verdaderamente unos "monstruos" que habría que matar. En 1979, unos sesenta o setenta prisioneros lograron alcanzar de aquella manera una situación que les permitió marcharse a Europa. Fue un extraño fenómeno: una batalla psicológica de dos años con aspectos curiosos. Una de las reclusas, conocida por los Montoneros como Ana, y como *Lucy* por la Armada, llegó a tener una amistad tan estrecha con un oficial de la misma, que terminó convertida en su esposa. También se dice que, cuando murió Arrostito, el oficial encargado de su custodia tuvo un gran disgusto y lloró al conocer la noticia.⁵⁸

No obstante, aquel caso fue excepcional; los otros resultaron mucho más tristes. Por lo general, los presos eran sumamente "útiles" durante las primeras cuarenta y ocho horas, cuando la información extraída podía causar inmediatamente otras bajas de guerrilleros. Después se pediría información más detallada al preso, sería invitado a salir con las patrullas de los Grupos de Tareas, y a aparecer en conferencias de prensa. Finalmente, los que habían dejado de ser útiles para sus aprehensores eran "trasladados". En una primera fase, los trasladados aparecían acribillados a balazos, estrangulados o dinamitados; más tarde, "desaparecían", sin más. Las pruebas acumuladas sugieren que su "destino final" era el mar. Se les inyectaba un fuerte sedante, eran luego llevados a bordo de un avión, y nunca más volvían a ser vistos. Los guardianes a quienes los detenidos preguntaban por el destino de los "trasladados" hacían "bromas" sobre la "comida de los peces" y la "solución naval".⁵⁹

También hay razones para creer que tuvieron efecto dos grandes matanzas: según dijo un capellán derechista de la Fuerza Aérea, poco después del golpe fue llamado para dar la extremaunción a los católicos que había, entre centenares de personas, en un campo de Córdoba, y después vio cómo eran acribillados y enterrados.⁶⁰ Y lo que el régimen presentó como la muerte de sesenta reclusos durante un alboroto ocurrido en la cárcel de Villa Devoto en marzo de 1978, fue denunciado por algunos periodistas como "la Masacre de Devoto", en la que murieron 200 presos políticos y delincuentes.⁶¹

La norma era extremadamente cruel, y no sólo en la eliminación de los sospechosos de ser guerrilleros. Mientras la Junta se defendía diciendo que se había visto obligada a practicar una "guerra sucia" que hizo inevitables ciertos "excesos" y "errores"⁶², el tipo de represión seguido correspondía más exactamente al mencionado por el general Ibérico Saint-Jean, gobernador de Buenos Aires, en unas declaraciones que hizo a raíz del golpe militar: "Primero mataremos a los subversivos; después, a sus colaboradores; después [...] a sus simpatizantes; después [...] a los que permanezcan indiferentes; y, finalmente, a los tímidos".⁶³ A finales de 1977, la Argentina, con una estimación de 18.000 presos políticos, encabezaba la lista de países con inocentes encarcelados compilada en Washington por el Council of Hemispheric Affairs.⁶⁴ La Junta nunca reconoció la retención de más de 5.108 detenidos (mayo de 1977), y en enero de 1981 declaró que sólo tenía 900 reclusos a disposición del Poder Ejecutivo.⁶⁵ No hay ningún cálculo digno de crédito respecto del número de personas muertas por las fuerzas del Estado a partir de marzo de 1976, aunque apreciaciones aproximadas sitúan la cifra entre diez y veinte mil,⁶⁶ y la cantidad de exiliados políticos, en múltiplos de la misma. La delegación investigadora de la Organi-

zación de Estados Americanos que visitó la Argentina en 1979 acusó implícitamente a la Junta de "terrorismo de Estado" y, explícitamente, halló responsables de "numerosas y serias violaciones de los derechos humanos fundamentales" a las "autoridades gubernamentales y a sus agentes".⁶⁷ Como respuesta, el régimen presentó una lista de 1.025 ataques guerrilleros ocurridos desde 1969 y publicó detalles sobre un total de 688 muertes causadas por la "delincuencia terrorista" desde 1970.⁶⁸ El hecho de que pocos observadores consideraban justificada la represión por ese argumento quedaba simbolizado por la concesión, en octubre de 1980, del Premio Nobel de la Paz a Adolfo Pérez Esquivel, antiguo preso político argentino, por su actividad en defensa de los derechos humanos.

La gran envergadura de la campaña represiva, y especialmente su impacto en el movimiento estudiantil, no permitió que los Montoneros sustituyeran sus pérdidas humanas con nuevos reclutamientos. A finales de 1977, los guerrilleros estimaron que el número de sus efectivos equivalía al 40% de los de 1975, habiéndose recuperado de un mínimo del 20% al que había bajado.⁶⁹ Aparte de las bajas, habían sufrido numerosas deserciones, incluida la de uno de sus principales sindicalistas, Guillermo Grecco, un hombre que, según se decía, había empezado a recapacitar después del asesinato de Rucci. Hacia fines de año, casi todos los montoneros que permanecían en libertad abandonaron el país con la esperanza de quedar a salvo por algún tiempo, en el exilio, de sus perseguidores, hasta que una mejora de la situación les permitiera retornar triunfalmente a la Argentina. Sufrirían una gran desilusión respecto de ambas cosas.

La emigración montonera

Los Montoneros sobrevivieron a su pesadilla de 1976-1977 gracias a la gran fuerza numérica que habían logrado a fines de 1975, a la evacuación de sus líderes y a su solidez económica. En el extranjero —en Madrid, Ciudad de México, Roma, París, Caracas y otras capitales— pudieron reagruparse más de 1.000 militantes y, posiblemente por algún tiempo, atraieron hacia ellos a otros exiliados. La preservación de la vida de sus líderes era esencial para lo que quedaba de la moral guerrillera, puesto que los “comandantes” dieron una continuidad real a sus recuerdos de un pasado más glorioso. Y los fondos de que disponían aún los Montoneros para la lucha eran adecuados a sus necesidades. Aquéllos habían sufrido una hemorragia en agosto de 1976, al estrellarse el avión particular de David Graiver en la ladera de una montaña cuando se dirigía a Acapulco desde Nueva York. Iban presumiblemente con él los diecisiete millones de dólares cuyos beneficios e intereses, procedentes de inversiones en bancos, industrias y fincas, habían rendido 130.000 dólares mensuales, destinados al mantenimiento de los Montoneros y su infraestructura.⁷⁰ Pero la precaución había aconsejado a los secuestradores de los hermanos Born desviar, en 1975, cincuenta millones de dólares hacia Cuba, donde, aun cuando no rentaban nada, estaban absolutamente seguros.⁷¹ A principios de 1979, les quedaban todavía unos treinta millones de dólares.⁷²

En 1977, cosa nada sorprendente, los líderes que controlaban los fondos y el armamento de la organización establecieron su base estratégica en La Habana. Firmenich y los otros “comandantes” empezaron a viajar en busca de aliados internacionales, aun cuando su principal *pied-à-terre* siguió siendo Cuba, donde, a pesar de operar sin mucha

publicidad, el “comandante” Firmenich aparecía en las celebraciones oficiales más importantes como invitado del gobierno y del Partido Comunista Cubano. Sin problemas de dinero, se inició una gran ofensiva propagandística contra el régimen argentino. Las publicaciones montoneras se multiplicaron: a *Evita Montonera*, técnicamente el órgano del partido, se le unieron varios boletines de noticias sindicales, un órgano del Ejército Montonero, una síntesis general de noticias, una revista internacional del MPM y una gran cantidad de circulares impresas ocasionales.⁷³ Se instaló legalmente una emisora de radio de onda corta en Costa Rica, que se dedicó a difundir denuncias del régimen en la Argentina por toda América Latina.⁷⁴ Los Montoneros también crearon Radio Liberación. Consistía en unas pequeñas cajas portátiles que podían ser introducidas en la Argentina y que, al ser enchufadas en una toma de corriente eléctrica, emitían cortos mensajes grabados en cinta magnetofónica a través de los televisores en un radio de ocho o diez manzanas. La voz de los Montoneros sería también oída en los principales foros internacionales, pero la que prevalecía en ellos era la de los líderes. Eran éstos los que alternaban con la alta sociedad revolucionaria, quienes disfrutaban de libertad económica para viajar, mientras que los exiliados corrientes, muchos de ellos graduados sin trabajo, sufrían grandes dificultades económicas. Lejos de la Argentina, éstos se hicieron más dependientes de sus líderes, tanto para la recepción de noticias como para las asignaciones de tipo económico, pero también se volvieron más críticos respecto de ellos. Al fin y al cabo, si Mario Firmenich, Roberto Perdía, Horacio Mendizábal y Fernando Vaca Narvaja estuvieron de acuerdo en la necesidad de invertir millones de dólares en viajes, en publicaciones a menudo demasiado lujosas y en una nueva infraestructura, ¿por qué razón no podía dedicarse ahora, en la seguridad

del exilio, una pequeña parte del dinero a la financiación del tan largamente prometido congreso del Partido Montonero?

En el extranjero, los Montoneros, al menos como organización, se abstendrían de toda actividad militar. Se hicieron estallar bombas en edificios diplomáticos argentinos de Colombia, Ginebra y El Salvador, pero fueron colocadas por adversarios locales del régimen. En 1980, el líder montonero declaró que "nos honraría haber matado a Somoza", aunque fue el ERP quien en realidad reivindicó la eliminación del depuesto dictador nicaragüense.⁷⁵ En cambio, los Montoneros concentraron sus esfuerzos en la obtención de apoyo internacional y en el aislamiento de la Junta, dirigiendo su actividad hacia las organizaciones de los derechos humanos, la Iglesia católica, el movimiento obrero mundial, la Internacional Socialista, los "países socialistas" y los movimientos de liberación nacional, adoptando una gran variedad de actitudes en tal proceso.

Nunca dominaron, ni intentaron dominar, el movimiento de protesta contra las violaciones de los derechos humanos. Muchas de las valerosas Madres de Plaza de Mayo que se reunían regularmente delante de la Casa de Gobierno para exigir noticias de sus hijos e hijas secuestrados estaban vinculadas con los Montoneros, aunque más por lazos de sangre que políticos. En cuanto a la Iglesia argentina, no hubo respuesta del Obispado a una carta de los Montoneros, de finales de 1976, en la que proponían la apertura de un diálogo con miras al logro de la "pacificación".⁷⁶ Como tampoco contestó el Vaticano a la carta que el "comandante" Mendizábal dirigió en 1978 a su eminencia el cardenal Jean Villot, para informarlo de que, con el fin de animar a los católicos a unirse al Ejército Montonero, éste (sin convertirse en una entidad confesional) había establecido una capellanía y designado al padre Jorge Adur como capellán de la misma.⁷⁷ El consejo superior del MPM tam-

bién disponía de un sacerdote, el padre Rafael Iaccuzzi, con el mismo objeto, pero los argumentos montoneros ya no disfrutaban de mucho crédito en los círculos eclesiásticos. En cambio, tuvieron una mejor acogida en el mundo laboral cuando se permitió que las delegaciones montoneras asistiesen a las reuniones de la Organización Internacional del Trabajo y a congresos sindicales en Argelia y otros lugares, si bien en la mayoría de los casos ello sólo suponía una expresión de solidaridad con los centenares de sindicalistas encarcelados o "desaparecidos" en la Argentina (no específicamente con los Montoneros, aunque éstos habían tenido sus propias bajas obreras, tales como Mario Aguirre, ex secretario general de la Asociación de Trabajadores del Estado en Rosario, detenido en septiembre de 1976). Las relaciones con los socialdemócratas, los "países socialistas" y los movimientos de liberación nacional fueron más complejas. En el campo de la Internacional Socialista, los representantes montoneros fueron recibidos por los líderes de los partidos de Suecia, España y Alemania occidental. Los socialistas austríacos incluso propusieron a los Montoneros para su ingreso en la Internacional Socialista, aunque sin éxito.⁷⁸ Sin embargo, tales progresos, especialmente los conseguidos con los partidos español y austríaco, fueron hasta cierto punto el resultado de anteriores gestiones en busca de apoyo para los "Auténticos" llevadas a cabo por Juan Gelman cuando tenía su base en Roma y, también en ese caso, constituyeron más una expresión de simpatía hacia los trabajadores argentinos que hacia los Montoneros. Tal simpatía se debilitó cuando se dieron cuenta de que las afirmaciones de los Montoneros de estar dirigiendo la resistencia argentina eran ilusiones que poco tenían que ver con la realidad, y cuando, en España, el PSOE se afirmó cada vez más en su criterio de que la ETA vasca era una amenaza para el proceso político posfranquista.

En cuanto a los llamados "países socialistas", las esperanzas montoneras de solidaridad se vieron frustradas por la atracción del comercio. Contrariamente a algunas expectativas, el gobierno militar encontró tan conveniente seguir explotando los cauces comerciales abiertos por su predecesor peronista con el bloque soviético, que la Argentina incluso rompió el pretendido embargo estadounidense de los cereales impuesto por el presidente Carter a raíz de la intervención soviética en Afganistán.⁷⁹ Ese matrimonio de conveniencia explica por qué el Partido Comunista de la Argentina (PCA), servil a Moscú, conservó su legalidad en 1976, por qué prestó "apoyo crítico" al gobierno del general Videla, viéndolo como un baluarte "liberal" contra unos desafiantes "pinochetistas", por qué envió treinta representantes a Europa en un esfuerzo por neutralizar los efectos de la propaganda montonera,⁸⁰ y por qué la Unión Soviética bloqueó los intentos de condenar a la Argentina en varios foros internacionales como violadora de los derechos humanos. China también consideró ventajoso el incremento del comercio con el régimen, lo que la llevó a recibir como huéspedes a Videla y Martínez de Hoz y, en 1978, a elogiar "los vertiginosos progresos conseguidos por la Argentina durante los dos últimos años".⁸¹ La actitud de Cuba fue más ambigua, como pudo verse en ocasión del Festival Mundial de la Juventud celebrado en La Habana en 1978. Por una parte, Cuba aceptó el veto del PCA sobre la participación de los Montoneros en la delegación argentina que debía asistir al festival⁸² y organizó actos multitudinarios de solidaridad con el pueblo de todos los países latinoamericanos bajo régimen militar, excepto la Argentina; por otra, quince montoneros estuvieron presentes como invitados personales del gobierno cubano, y Fidel Castro, en dos discursos, incluyó a la Argentina en sus listas de regímenes denunciados. Aunque no debiera exagerarse, hay algo de

verdad en el punto de vista de los Montoneros, según el cual el régimen cubano encierra una sólida línea prosoviética y otra, fidelista, con más simpatía hacia ellos. El 26 de julio de 1980, dirigiéndose a una concentración popular, el líder cubano reafirmó: "Sólo hay un camino: ¡la revolución! Sólo hay un procedimiento: ¡la lucha armada revolucionaria!".⁸³

Sin embargo, el apoyo más inequívoco en favor de los Montoneros procedió de los movimientos de liberación, principalmente los de África y del Oriente Medio. Representantes del MPM publicaron un comunicado conjunto con el partido gobernante de Tanzania y establecieron, en 1977, una representación permanente en Dar-es-Salaam.

Más tarde se firmó una declaración similar en Irak, hubo visitas oficiales a Mozambique y a Etiopía, y los Montoneros fueron huéspedes de la UNAZ durante la celebración de la independencia en Zimbabue.⁸⁴ A nivel de organización, los lazos más firmes fueron los establecidos con los movimientos nacionalistas revolucionarios partidarios de la lucha armada: principalmente la OLP y los sandinistas de Nicaragua (FSLN).⁸⁵ En septiembre de 1978, los "comandantes" Firmenich y Mendizábal fueron a Beirut para tratar asuntos políticos y militares.⁸⁶ El año siguiente, el apoyo montonero a la lucha sandinista contra Somoza incluyó una contribución económica, la presencia de Fernando Vaca Narvaja en Nicaragua el último mes de lucha y el envío de la Brigada Sanitaria "Adriana Haidar" para tratar a los sandinistas heridos en la región de Masaya.⁸⁷ Los resultados obtenidos fueron, teóricamente, las lecciones que se sacaron del triunfo del FSLN y la experiencia de la reconstrucción posinsurreccional; y, prácticamente, la derrota de un aliado del régimen argentino y la obtención de un lugar para mantener reuniones sin ser molestados.⁸⁸ Esto último no era una conquista despreciable: más de una docena de

montoneros y supuestos montoneros fueron detenidos o muertos fuera de la Argentina, con lo que los servicios de espionaje y los agentes de seguridad latinoamericanos demostraron lo que significaba para ellos el "internacionalismo".⁸⁹

Entretanto, en la Argentina el fútbol pasaba a ser el centro de la atención popular, con millones de personas entusiasmadas con la posibilidad de que la selección nacional ganara el Mundial, a mediados de 1978. Los Montoneros declararon que sería un "festival popular" que transformarían en una "conferencia de prensa gigante para informar al mundo de la tragedia que nuestro pueblo está sufriendo".⁹⁰ Persiguiendo tal objetivo, publicaron un folleto tan llamativo como el prospecto de una compañía multinacional;⁹¹ dieron conferencias de prensa en Buenos Aires a cargo de Juan Gelman, Norberto Habegger y Armando Croatto;⁹² y difundieron la consigna de que los asistentes a la competición gritaran durante los partidos: "¡Argentina campeón! ¡Videla al paredón!" Al mismo tiempo, el Ejército Montonero, completamente apartado de las multitudes futbolísticas, entraba en acción para demostrar que aún poseía suficiente capacidad militar para producir impactos en los centros de represión. Utilizando lanzacohetes portátiles RPG-7 por primera vez, se llevaron a cabo dieciocho ataques contra casas de oficiales del Ejército, la Escuela Superior de Guerra, la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), la sede del Servicio de Información del Ejército, la Casa de Gobierno, el Comando en jefe del Ejército y varias comisarías; además, fue asesinado un jefe de Gendarmería.⁹³ Por desgracia para los Montoneros, aquella actividad tuvo demasiado éxito: los guerrilleros alcanzaron sus blancos, consiguieron evitar la muerte de civiles y se retiraron sin bajas. Por ello la prensa pasó por alto los hechos, anulando así su valor político y dando pie a la repetición de las

grandes explosiones prácticamente contraproducentes y a los asesinatos espectaculares, acciones que nadie podía silenciar.

A efectos de propaganda, y a pesar de las afirmaciones montoneras de que "nosotros ganamos el Mundial de fútbol",⁹⁴ el campeonato estimuló la clase de nacionalismo de que se beneficiaría el régimen. El único consuelo para sus adversarios fue el espectáculo de las contracciones nerviosas del general Videla mientras, durante la ceremonia de presentación final, los retrasos provocaban fuertes silbidos de todos los espectadores. El público internacional llegó a conocer muy poco de los centros secretos de detención, solamente una selección argentina bien organizada que recibió los honores, al vencer a Holanda por 3 a 1 en la final, con dos goles de Kempes y un tercero de Bertoni.

En este y otros casos, la jefatura montonera, llena de un triunfalismo nada convincente, se mostró totalmente incapaz de reconocer sus fallos, sus reveses y su derrota. Sólo la distancia del exilio les permitió convencer a sus miembros —o pretender convencerlos— de que "hoy el conjunto de los trabajadores simpatiza con nuestra política, que el tiempo demostró acertada", que "hoy, el peronismo montonero es mayoría dentro del peronismo", y "el peronismo montonero es el alma de esta resistencia".⁹⁵ Quizá los líderes lograron convencerse a sí mismos de que sus ilusiones coincidían con la realidad. Ciertamente, al principio, su presunción se basó en la confianza en su futuro: aun cuando la Casa Montonera que abrieron en México había suspendido sus actividades públicas como resultado de las presiones del gobierno argentino sobre el mexicano, su gemela en la madrileña Puerta de Hierro fue inicialmente considerada como el lugar al que los "generales de la dictadura" tendrían que ir finalmente para negociar las condiciones de su rendición, tal como los enviados de Lanusse se

habían trasladado a la misma ciudad para “rendirse” a Perón a principios de los años setenta.⁹⁶ Los esfuerzos por evocar el recuerdo de aquel triunfo arruinaron la película montonera *Resistir es vencer*, la mitad de la cual se echó a perder por la fijación de la cámara en Mario Firmenich, quien, intentando revestir el manto de Perón y emular el aspecto que ofrecía el líder peronista en una filmación enviada años antes a la Argentina, se entregó a un monólogo sumamente tedioso.

La determinación de persistir en las declaraciones de victorias a pesar del patente fracaso del MPM en su intento de arraigar en la Argentina, fue fundamentalmente una expresión de oportunismo político. Por entonces, los “pragmatistas” y los militaristas ejercían pleno dominio. Los principales revolucionarios —Osatinsky, Quieto, Urondo, Roqué— habían muerto. Incluso se insinuó en algunos ánimos la duda de si estaría infiltrada la Conducción Nacional de la organización. ¿Era pura casualidad que los mandos directivos de las FAR, el componente montonero más fuertemente influido por el marxismo, hubieran sido eliminados en su totalidad? Fuera cual fuese la verdad, el programa de 1976 se vio rápidamente enterrado. Fue sustituido, primero, en abril de 1977, por los “Ocho Puntos de Roma”, un programa mínimo que pedía la retirada de Martínez de Hoz, la celebración de elecciones, la liberación de los presos y la restauración de todos los derechos constitucionales, políticos y sindicales.⁹⁷ Después, en junio de 1978, apareció un documento que, aun cuando mencionaba todavía el socialismo, abogaba por la reunificación y transformación del peronismo, con la participación de la izquierda, la derecha y el centro en una jefatura conjunta.⁹⁸ Y finalmente, en abril de 1980, la evolución llegó a un programa que se contentaba con la unidad antioligárquica y antidictatorial; sin mencionar el socialismo. En cuatro años, los planes influi-

dos inicialmente por el leninismo habían dado paso a la “pacificación nacional”, la “justicia social” y la “estabilidad democrática”. Incluso a los militares se les garantizaba un papel institucional en el “Proyecto Nacional Revolucionario” montonero.⁹⁹

Ninguna de las propuestas montoneras prosperó. Las peticiones mínimas, con ser las de millones de argentinos, tuvieron el defecto de no diferenciar a la organización de las demás fuerzas de la oposición, las cuales, a su vez, veían en la asociación con los Montoneros un obstáculo a sus esfuerzos por volver a las libertades políticas de los partidos. Entre los peronistas, incluso Héctor Cámpora, cuya libertad el MPM venía exigiendo desde 1977, condenó la “subversión” cuando se le permitió dejar la Argentina, y se negó a un encuentro con Obregón Cano y Rodolfo Puiggrós a su llegada a México.¹⁰⁰ Unas negociaciones con los empresarios nacionales, dirigidas en 1979 por Ernesto Jauretche, también resultaron infructuosas: se condenó la política de Martínez de Hoz, pero también los reclamos salariales, arguyendo, plausiblemente, que unos salarios mucho más altos llevarían a la quiebra a las poco saneadas compañías implicadas.¹⁰¹

Como para compensar los fracasos políticos, el militarismo se hizo aún más pronunciado. Los delegados montoneros vistieron de uniforme durante el Festival Mundial de la Juventud en Cuba, con gran regodeo de los representantes del Ejército Rojo, que iban de civil. Unos días después, se anunció que el jefe del Pelotón de Combate Mártires de la Resistencia y los miembros del Pelotón de Combate Miguel Zavala Rodríguez, todos ellos pertenecientes a la Sección de Tropas Especiales Capitán Alberto Camps del Ejército Montonero, habían sido condecorados con la Orden del Héroe en el Combate, del grado Comandante Carlos Olmedo, por sus hazañas con el RPG-7 durante la Campaña de

Ofensiva Táctica del Campeonato Mundial.¹⁰² Después de ésta, los Montoneros declararon que el movimiento de resistencia había detenido la ofensiva enemiga, provocado contradicciones internas en el régimen y creado así las condiciones favorables para llevar a cabo con éxito una contraofensiva en 1979. Luego, *Evita Montonera* anunció tal acontecimiento entre imágenes de montoneros uniformados, fotografías de la comandancia en jefe del Ejército Montonero e instantáneas de cada uno de los "comandantes" en el momento de dar la mano al comandante Firmenich delante de enormes mapas de la Argentina, mientras los demás permanecían, al fondo, en posición de firmes. Y una muestra del texto: "El brillante desempeño del Comandante Mendizábal al frente de la jefatura del Ejército Montonero es destacado por el Comandante Firmenich, quien lo felicita y expresa el agradecimiento en nombre del conjunto del Partido por el rol cumplido por las fuerzas militares a su mando en la detención de la ofensiva enemiga".¹⁰³ Todo habría sido más convincente si las fotografías hubieran sido tomadas en la Argentina.

Detrás de todo el militarismo estaba la disposición de un jefe montonero a sacrificar docenas de vidas, entre ellas las de varios compañeros prominentes, en una contraofensiva, cuyo posible fruto político sería recogido por unos pocos sobrevivientes, y sobre todo por los no participantes Firmenich y Vaca Narvaja. Era una disposición ya evidente en el caso de Tulio Valenzuela, "el inolvidable *Tucho* de heroica muerte".¹⁰⁴ Valenzuela fue secuestrado por el Ejército, junto con su esposa y su hijo, en enero de 1978, después de haber sido traicionado por miembros del Secretariado Regional de Rosario, que él dirigía. Con su familia retenida como rehén, fue obligado a acompañar a varios oficiales del Segundo Cuerpo de Ejército y agentes del Servicio de Información Naval a México con la orden de facilitar el secuestro

o el asesinato de líderes montoneros, incluido Ricardo Obregón Cano. Sin embargo, al llegar allí, denunció la con-fabulación en una conferencia de prensa, causando gran desconcierto al general Galtieri, comandante del cuerpo de Ejército implicado y futuro comandante en jefe. Luego Valenzuela escribió a Galtieri "de general a general", prometiendo un "desembarco de Normandía" de los Montoneros para dos años después y exigiendo que, si el Ejército aún no había matado a su esposa y a su hijo, se informara a éstos, antes de eliminarlos, de lo orgullosos que estaban los Montoneros de su heroísmo. Aparte de los elogios de Valenzuela y de las referencias a su "heroica" muerte, la versión oficial montonera de la Operación México no ofrecía más datos.¹⁰⁵ Lo que no se dijo en ella fue que los Montoneros no estaban completamente seguros de que la colaboración de Valenzuela con el Ejército hubiera sido simulada y de que hubiera terminado; como no se dijo que por ello lo habían degradado al rango de "aspirante" y le habían ordenado regresar a la Argentina; ni tampoco que había sido muerto a tiros cuando intentaba entrar en el país.¹⁰⁶

Desastroso intento de retorno

La "contraofensiva" de 1979 fue un desastre desde el comienzo hasta el final, una exhibición más de militarismo pese a las afirmaciones guerrilleras de que lo que se preparaba era una contraofensiva "popular". Animados por el aumento de las huelgas en 1978 y por la manifestación de cinco mil personas el día del cuarto aniversario de la muerte de Perón, los Montoneros intentaron su prometido "desembarco de Normandía". Según su análisis de la situación, había en aquel momento una posibilidad real de que los trabajadores se apoderaran de la calle, de que se recu-

perasen los derechos sindicales, de que se derribara a Martínez de Hoz y de que se dividieran las Fuerzas Armadas, obligando a éstas a una desbandada. Sin embargo, quizá más importante que la consideración del estado de ánimo de las masas argentinas era un antiguo temor de todos los exiliados políticos: el de que, a menos que regresaran pronto, su organización sería completamente olvidada; tal como ellos mismos lo expresaron, "desaparecerá políticamente ante las masas".¹⁰⁷ Tal vez ello fue lo que cegó a los estrategas montoneros respecto de la realidad de un movimiento obrero dividido: dividido en parte, porque los militares no habían intervenido todos los sindicatos, lo cual los había llevado a una situación heterogénea; y dividido también porque, al no existir una confederación mediadora, las rivalidades personales, políticas y burocráticas se habían agudizado. Como pudo verse en el intento de huelga general del 27 de abril de 1979, la clase obrera no estaba aún preparada, ni organizativa ni políticamente, para una contraofensiva militante unida.¹⁰⁸ Muchos trabajadores retrocedieron por temor a las consecuencias de su participación, y también, quizás, a causa de los indicios observados de una pequeña recuperación del nivel de los salarios reales. Hacia finales de 1979 surgieron dos importantes conflictos industriales en el Gran Buenos Aires, y el general Menéndez se levantó en rebelión simbólica contra sus superiores militares, pero aquellos hechos quedaron muy lejos de las expectativas montoneras. Lo que se había programado como una contraofensiva popular se convirtió, así, en otra de tipo principalmente militar, que resultó muy costosa.

En principio, el plan de la campaña hacía hincapié en la movilización sindical como clave del éxito. Mientras que una cuarta parte de los montoneros que volvieron se reagruparon como miembros de las Tropas Especiales de Infantería (TEI, bajo el mando de Yáger) con tareas militares

a su cargo, las tres cuartas partes restantes retornaron como miembros de las Tropas Especiales de Agitación (TEA, bajo el mando de Mendizábal), con la misión de dirigir las actividades políticas y obreras. Y aun cuando los primeros tenían instrucciones de aniquilar al equipo económico de la Junta,¹⁰⁹ habían recibido también la orden de sincronizar sus golpes mortales con la esperada explosión de la combatividad de la clase obrera, lo que vendría a culminar varios meses de agitación, transmisiones de Radio Liberación y negociaciones políticas.¹¹⁰ Según los que habían planeado la operación, el momento cumbre de la misma sería la salida masiva de los obreros de sus fábricas, especialmente en el norte de Buenos Aires, para llevar a cabo una marcha hacia la Plaza de Mayo. Y allí podría suceder cualquier cosa. Recordando la histórica movilización obrera del 17 de octubre de 1945, el "Cordobazo" de 1969 y el "Rodrigazo" de 1975, los Montoneros decretaron descaradamente la iniciación del "Argentinazo".

Aparte una tradicional exageración en estimar el nivel de unidad de la clase obrera, su identificación con los Montoneros y su preparación revolucionaria, y una subvaloración del enemigo, los Montoneros volvieron a demostrar que sus iniciativas orientadas hacia la masa laboral seguían siendo incorregiblemente militaristas. El resumen de sus planes de contraofensiva no podía ser más revelador al respecto:

- Fase III. Ataque (la batalla). (Idea de las acciones sin fechas precisas.)
- Movilización obrera del Gran Buenos Aires a Plaza de Mayo: zona principal, el Norte. (Idea del "Rodrigazo".) Columna suficiente: unos 5.000 obreros (una fábrica grande: ¿Ford?).¹¹¹

Dejando a un lado toda la retórica sobre un compromiso básico con las luchas obreras, el conjunto de aquello demostró claramente que los Montoneros, lejos de considerar a los obreros como protagonistas revolucionarios movilizables en tanto clase, veían en ellos unas tropas estratégicas para lanzar a la acción en cantidades mesuradas, según lo decidieran los generales guerrilleros. La clase obrera debía manipularse de modo que formara las aguerridas brigadas que serían llevadas al frente para reforzar las tropas de choque de la brigada ligera mientras éstas se infiltraban en las filas inmovilizadas del enemigo y eliminaban a sus adversarios uno a uno.

Sin embargo, la clase obrera se mostró reacia a la manipulación de los Montoneros. Los trabajadores permanecieron en sus fábricas, algunos luchadores, pero todos como observadores del espectáculo montonero. Las unidades TEI demolieron, a fines de septiembre, la casa de Guillermo Walter Klein, secretario de Planificación y Coordinación Económica, hiriendo a toda su familia y matando a dos policías en la acción; dos semanas después, hirieron a dos guardaespaldas en un ataque con metralletas y bazucas, sin éxito, en Belgrano, a Juan Alemann, secretario de Hacienda, y a mediados de noviembre asesinaron al empresario Francisco Soldati y a un guardaespaldas en el bullicioso centro de Buenos Aires. Abatieron más guardaespaldas que objetivos previstos, se atraieron la desaprobación general por haber atacado a los Klein, y la condena de los sindicatos por haber hecho lo mismo con Alemann,¹¹² y no consiguieron que llegara a conocimiento de la ciudadanía la relación entre Soldati y el Ministerio de Economía. Sus "logros" fueron negativos y sus pérdidas, catastróficas. Tan clara fue la victoria de los servicios de información del Estado, que los Montoneros nunca revelaron su número total de bajas, entre ellas, un miembro de la Conducción Nacio-

nal (Mendizábal) y siete del Comité Central. De una docena de consejeros superiores del MPM que retornaron a la Argentina, seis fueron capturados y dos (el ex diputado Armando Croatto y el militante agrario Carlos Píccoli) murieron en combate. Se perdieron los primeros secretarios de las ramas de trabajo, juvenil y femenina del MPM (Croatto, Guillermo Amarilla y Adriana Lesgart), dos secretarios adjuntos (Píccoli y María Antonia Berger), y un talentoso miembro de la rama política (Julio Suárez); la rama juvenil quedó totalmente decapitada. Otras bajas notables fueron el secretario general de la CGT-R, José Dálmaso López, el líder juvenil Jorge Gullo (hermano del anterior jefe de la JP), el veterano de las FAR Daniel Tolchinsky y su esposa, Ana Weissen.¹¹³

Tales pérdidas fueron sin duda irreparables, pero después de que los sobrevivientes hubieran abandonado la Argentina a finales de año, los mariscales de la derrota, insistiendo en sus juicios anteriores, declararon que su decisión de lanzar la contraofensiva había sido "correcta y oportuna".¹¹⁴ Mario Firmenich —que junto con Fernando Vaca Narvaja había estado a mediados de 1979 en Managua, fotografiado junto a los comandantes sandinistas en ropa de combate frente a unas cajas de suministros de la Argentina a Somoza— dijo: "Es obvio que de haber ocurrido la movilización sindical hacia la Plaza de Mayo, otro hubiese sido el efecto político. Sin embargo, fue un triunfo". Según afirmó, miles de trabajadores se habían identificado con los planes montoneros; sólo una ocupación de veinte días de la fábrica metalúrgica de Santa Rosa por el Ejército y la concesión de todas las peticiones que habían hecho los trabajadores de la Peugeot impidieron que se iniciara la marcha hacia la Plaza de Mayo.¹¹⁵ En otras palabras, los Montoneros no fallaron en nada, y su éxito habría sido completo si sus adversarios no se hubieran opuesto.

El declive montonero

Más que otra cosa, fue esa falta de realismo lo que provocó el alejamiento de dos tendencias montoneras en 1979-1980.

La primera, relacionada sobre todo con el nombre de Rodolfo Galimberti, se retiró a principios de 1979 y rechazó la contraofensiva, considerándola un disparate estratégico; la segunda, que tomó el nombre de Montoneros 17 de Octubre (M-17), se separó un año después, negándose a aceptar la estimación positiva que la Conducción Nacional había hecho del fracaso.

Entre los compañeros de Galimberti figuraban el poeta Juan Gelman, cuyos hijo y nuera fueron secuestrados en 1976, y Pablo Fernández Long, en otro tiempo diputado "auténtico" por Misiones y en aquel momento secretario de Asuntos Internacionales de la rama juvenil del MPM. Tanto Galimberti como Fernández Long habían sido nombrados miembros del Comando Táctico creado para dirigir la contraofensiva en Buenos Aires. La carta de dimisión de Gelman y Galimberti criticaba "el resurgimiento de un militarismo de origen foquista que impregna todas las manifestaciones de la vida política en las estructuras a las que renunciamos"; el "concepto elitista de un partido de cuadros" de los Montoneros; el "recurso a prácticas conspiradoras" de la jefatura y su "insensato sectarismo", así como "la definitiva burocratización de todas las esferas de dirección del Partido, cuya última expresión es la falta absoluta de democracia interna, lo cual sofoca cualquier intento de reflexión crítica, a la que desechan como desertión o traición, escondiendo la ausencia de respuesta política tras un irresponsable triunfalismo que no convence a nadie".¹¹⁶ Los disidentes instaron a sus anteriores líderes a abandonar la pretensión de dirigir el movimiento de masa y a participar

en él en su lugar, a acabar con la diferenciación del PM-MPM y las organizaciones puramente teóricas, y a reconocer que el movimiento obrero se hallaba todavía en fase de resistencia.

El grupo disidente se llevó consigo 68.750 dólares, expresando sólo su sentimiento por no haber podido hacerse con más! Sostuvieron que los treinta millones de dólares que tenía aún en su poder la organización, en vez de seguir siendo la única fuente de poder político de la jefatura montonera, debían ser repartidos entre las fuerzas revolucionarias, entre todos los que resistían y protestaban, estuvieran armados o no.¹¹⁷ Como respuesta, los líderes montoneros hicieron notar que Galimberti había estado preparando cuadros juveniles para la contraofensiva hasta el momento de su "pronunciamiento", lo acusaron de tener ambiciones de "caudillo"¹¹⁸ y amenazaron asesinarlo junto con sus compañeros. De toda evidencia, muchas de las críticas de los disidentes no hacían más que crispar unos nervios ya excitados, aun cuando algunas de las declaraciones de Galimberti en las conferencias de prensa ("No debimos matar a Mugica") eran probablemente maliciosas, hechas para poner a Firmenich en un apuro. Pero lo que pretendía realmente el nuevo grupo no estaba muy claro: por un lado, bautizaron su tendencia con el nombre de "Peronismo en la Resistencia", implicando menos énfasis en el "montonismo", y desde entonces dedicaron sus esfuerzos en el exilio a acercarse de nuevo al Movimiento Peronista; por otro, hablaron de crear una "Alternativa Peronista Montonera Auténtica", que practicaría la democracia interna, y orientarse hacia la recuperación del terreno político cedido por su organización madre como resultado de su militarismo. En realidad, su principal contribución positiva a la reorientación de los activistas de la izquierda peronista podría llegar a ser la publicación de los informes críticos inteligentemente-

te escritos por Rodolfo Walsh de 1976 a 1977, a los que sus superiores nunca contestaron. En ellos Walsh recomendaba que no se llevara a cabo "ninguna acción militar que no esté ligada en forma directa inconfundible con un interés inmediato de las masas".¹¹⁹

La desertión del M-17 fue inicialmente expresada mediante un "Documento de Madrid", redactado por seis tenientes montoneros, entre ellos Miguel Bonasso y Jaime Dri.¹²⁰ Como en el caso de Galimberti (ex líder de la Columna Norte), sus censuras se refirieron a las críticas internas de 1976, para pasar luego a rechazar la afirmación de la Conducción Nacional de que las pérdidas de 1979 eran simples "costos de la guerra". Los autores del documento criticaron en él la negativa de los "comandantes" a permitirles el derecho de formar una tendencia (aun cuando la conducción había hecho circular su documento internamente), autocriticaron el carácter "foquista" de la contraofensiva y reconocieron que una contraofensiva auténticamente popular sólo habría podido ser "impulsada", y no "lanzada", por una organización como la de ellos. Sobre todo, aislaron las raíces del pecado original montonero, diciendo que era un "reduccionismo clausewitziano" que presentaba "la compleja lucha social como movimientos de dos fuerzas militares convencionales", y que había condenado a líderes experimentados a desaparecer en un "enfrentamiento entre dos aparatos, y no entre dos fuerzas sociales". También señalaron que los ataques militares de la campaña habían sido censurados por dirigentes peronistas políticos y sindicales, lamentaron la reducción del centralismo democrático en el PM a un mero centralismo, y abogaron por una lucha armada que se adaptase al nivel real y a la verdadera naturaleza de la resistencia de las masas.¹²¹ Ostensiblemente diferían del grupo de Galimberti en cuanto al hecho de apelar a la autoridad de Lenin y Cooke, y no a la

de Rodolfo Walsh. En la práctica, la diferencia consistía en que el primer grupo se inclinaba más que el otro hacia el peronismo ortodoxo y buscaba la recuperación de cierto crédito a ojos del mismo, mientras que los M-17 seguían una nueva modalidad de montonerismo, desprovista de militarismo. Pese a ser más numeroso que el primero, este último grupo sólo tenía a Miguel Bonasso,¹²² ex director de *Noticias*, para inspirar un respeto inmediato en los círculos peronistas, mientras que Galimberti, como líder que había sido de la Juventud Peronista en los primeros años setenta, tenía mejores credenciales a ser reconocido por el peronismo.

Los líderes montoneros respondieron a las dimisiones con expulsiones, y a las acusaciones de militarismo con amenazas de muerte.¹²³ Debilitados por las desertiones y por las pérdidas de 1979, quedaron reducidos casi a la impotencia. En 1980 ascendieron a sus compañeros de viaje "históricos" Bidegain, Obregón Cano y Puiggrós a una reformada Conducción Nacional del MPM, pero Puiggrós murió en La Habana, de un ataque al corazón, a finales de aquel mismo año. En el extranjero, simplemente cerraron departamentos enteros de la organización, de base continental —en Europa, los Estados Unidos y el Canadá—, sólo para silenciar las voces discrepantes.¹²⁴ Desde La Habana podían mostrarse todavía poderosos económicamente y causar algunas molestias al régimen en la Argentina, pero poco más que eso. Su crédito era escaso como en ningún momento anterior.

Cinco años después del golpe militar de 1976, los otros soldados de Perón tenían poco que ofrecer a la considerable pero dividida oposición al régimen argentino. Militarmente podían hacer poco para desafiar a las Fuerzas Armadas argentinas con sus 130.000 hombres,¹²⁵ mientras que políticamente sus propuestas para un capitalismo de

Estado de marcado carácter corporativista¹²⁶ eran apenas conocidas por sus compatriotas. Y los implicados en los grupos disidentes, por renovadoras que hubieran sido sus críticas —tanto las dirigidas a los demás como las que hicieran de sí mismos—, estaban probablemente demasiado identificados con el pasado de la organización para escapar al desencanto popular respecto de lo que los Montoneros habían ofrecido y que seguían intentando ofrecer.

A pesar de la crisis de la izquierda peronista, los militares argentinos no mostraban mucha prisa por devolver el poder a los políticos civiles. Los generales hablaban de la necesidad de mayor diálogo con los “sectores representativos” antes de iniciar una etapa de conversaciones con unos partidos políticos reconocidos oficialmente, hasta llegar a una fase final en la que se celebrarían elecciones de algún tipo. El ministro del Interior, Harguindeguy, sugirió cierta vez que podían tener efecto en 1999,¹²⁷ aunque la mayoría de personajes militares demostraba no tener idea de cuándo o dónde terminaría su Proceso de Reorganización Nacional. Conscientes de que a ojos de muchos habían permanecido demasiado tiempo en el poder, de que seguían en él aun mucho después de que nada semejante a una “amenaza subversiva” hubiera desaparecido y de que habían llevado a cabo matanzas ingentes en nombre de una “guerra sucia” contra las guerrillas, los militares dejaron ver su temor a las represalias en su escasa disposición a renunciar al poder. Aunque era sólo la izquierda militarista la que predecía “consejos de guerra” para castigar a los oficiales implicados en actos de represión ilegales, y si bien cabía confiar en que los principales partidos rechazarían tales proposiciones, nadie podía garantizar que los parientes de los miles de “desaparecidos” no intentaran vengarse en el futuro acorralando a los oficiales del Ejército en las calles. Quizás eran esas consideraciones las que tuvo presente el

jefe de la Armada Lambruschini cuando afirmó que, aun cuando pudieran haberse cometido algunos errores, “desandar lo andado puede llegar a ser sin duda suicida”.¹²⁸

Entretanto, con los ejemplos de Irán y Nicaragua en el ánimo, los Montoneros supervivientes seguían creyendo que “ninguna dictadura, por poderosa que parezca, es capaz de soportar la combinación explosiva constituida por la movilización insurreccional de las masas trabajadoras, la sublevación de todo un pueblo, combinada con la lucha armada guerrillera de una vanguardia revolucionaria surgida y amamantada de la propia historia nacional, de la propia experiencia histórica de las luchas populares de su país”.¹²⁹ Pero en aquel momento era evidente, al menos para muchos críticos, que los guerrilleros urbanos —debido a su extracción social, a factores de seguridad y a su proximidad a las fuerzas enemigas— eran incapaces de unificar las luchas militares con la lucha de masas. Ambas podían coexistir, como, por ejemplo, en Irán y anteriormente en la Argentina, pero era improbable que se unieran eficazmente, excepto donde los guerrilleros contaban con zonas rurales seguras en que poder organizar una población protegida mientras luchaban. Tal procedimiento había sido una de las claves del triunfo sandinista en Nicaragua, pero no era utilizable para abrir las puertas del éxito en una Argentina sumamente urbana, donde, al fin y al cabo, el Estado que debía asaltarse era mucho más formidable. Si la lucha armada tenía algún futuro en la Argentina, éste dependía más del logro de una mayor combatividad en los movimientos de masas que de las iniciativas de “profesionales”, ya fueran urbanos o rurales.

Eso fue algo que los líderes montoneros nunca llegaron a captar. Habían transcurrido cinco años de régimen militar sin que hubiesen encontrado una estrategia viable, siempre en el ambiente de bancarrota sugerido por la cita

introdutoria de este capítulo. Poco antes de 1981, tales líderes se habían referido a "las bajas y los crímenes que la dictadura militar ha causado entre nuestra gente", afirmando: "Es algo que nosotros hemos demostrado y alzado orgullosamente como una bandera, como prueba de nuestra correcta política y del heroísmo que ha puesto a nuestro pueblo detrás de ellas".¹³⁰ Aun cuando quedaba algo de idealismo en las mermadas filas montoneras, la voz del "comandante" en jefe dejaba traslucir un cinismo total: el sacrificio de sus tropas se había convertido en un desesperado medio de conseguir la aclamación y el reconocimiento popular; la última carta que estaba dispuesto a jugar era su propia organización, apostándola a la posibilidad de que hubiera alguna recompensa política para el mando guerrillero si el peronismo volvía a recuperar el poder algún día. Pero era una voz que no encontró eco en la Argentina.

NOTAS

1. Entrevista de Firmenich, "La base del triunfo está siempre en la masa", *Bohemia* (La Habana), 9 de enero de 1981; reproducido en *Resumen* (Madrid), 17 de febrero de 1981.
2. Debray, *Revolution in the Revolution?*, p. 86.
3. *La Tarde*, 23 de marzo de 1976. La tasa de inflación del período comprendido entre marzo de 1975 y marzo de 1976 fue del 566,3%; y si la del primer trimestre de 1976 se hubiera mantenido durante el resto del año, la cifra anual habría llegado al 788,8%. Véase *La Opinión*, 3 abril de 1976.
4. Proclamación de la Junta Militar del 24 de marzo de 1976, en Kandel y Monteverde, pp. 223-226.
5. Graham Yooll, *The Press*, p. 115.
6. Videla, citado en *The Times*, 4 de enero de 1978.
7. Videla, citado en *La Nación*, edición internacional, n° 997 (29 de octubre de 1979).

8. Vilas, citado en un informe de Amnistía Internacional (1977), p. 65.
9. Guzzetti, citado en el *Buenos Aires Herald*, 4 de octubre de 1976.
10. República Argentina, Poder Ejecutivo Nacional, *Terrorism in Argentina*, 7 de enero de 1980, p. 419.
11. *La Opinión*, 26 de septiembre de 1976.
12. Muchas de las declaraciones del general Videla sugieren que se considera a sí mismo un demócrata meramente por su identificación con el mundo occidental. Por lo que respecta al futuro político interno de la Argentina, dijo que el peronismo, a no ser que cambiase fundamentalmente, no tenía lugar en una sociedad democrática. Véase *La Nación*, edición internacional, n° 1.004 (17 de diciembre de 1979).
13. La cifra de inflación de 1980 fue, oficialmente, del 87,6%, pero se consideró en general que era inferior en unos 20 puntos al porcentaje real. Véase el estudio del *Financial Times* del 1° de diciembre de 1980.
14. *Clarín*, 1° de febrero de 1981.
15. Para los puntos de vista de Arturo Frondizi y del MID, véase *ibíd.*; para los de la UCR de Ricardo Balbín, véase *La Nación*, edición internacional, n° 1.069 (16 de marzo de 1981); y para los de los peronistas, véase Partido Justicialista, "Primeras jornadas de economía social: declaración final", Buenos Aires, 16 de diciembre de 1980. Este último documento, bosquejado por Antonio Cafiero, es especialmente importante por su retrazo de la teoría de la dependencia y la aceptación del concepto de desarrollo interdependiente.
16. *La Nación*, n° 1.069, que también contiene el texto del último discurso ministerial de Martínez de Hoz.
17. "Un balance de 1976", *Evita Montonera*, n° 15 (febrero 1977), pp. 2-11.
18. *La Opinión*, 14 de octubre de 1975.
19. "Crónica de la resistencia", *Evita Montonera*, n° 15, p. 27.
20. *Buenos Aires Herald*, 3 de julio de 1976; *La Opinión*, 3-4 de julio de 1976.
21. *Buenos Aires Herald*, 13 de septiembre de 1976. Para detalles completos de esta conferencia de prensa clandestina celebrada en Buenos Aires, en la que también habló Mendizábal, véase *Cambio 16* (Madrid), n° 245 (16 de agosto de 1976).
22. *Buenos Aires Herald*, 5 de julio de 1976.
23. *Ibíd.*, 21 de agosto de 1976; *La Razón*, 20 de agosto de 1976; informe de Amnistía Internacional (1977), p. 35.

24. *The Times*, 17 de noviembre de 1976.
25. Informe de Amnistía Internacional (1977), pp. 24-25; Organization of American States (OEA), *Report on the Situation of Human Rights in Argentina* (Washington, 1980), pp. 41-44; *The Times*, 4 de febrero de 1977.
26. Informe de Amnistía Internacional (1977), pp. 10, 18, 33 y 49.
27. Ejército Montonero, *600 Operaciones en 1977* (s. l., 1978), p. 5; *Evita Montonera*, n° 15, p. 7.
28. "Las armas montoneras en nuestro accionar militar", *Estrella Federal*, n° 5 (septiembre 1978), p. 13.
29. Para detalles, véase *600 Operaciones*. De las otras operaciones guerrilleras, 253 fueron clasificadas como "operaciones de respaldo a las luchas de los trabajadores", 114 como "operaciones antirrepresivas", y 238 como "operaciones de propaganda".
30. Entrevista personal con un miembro del PRT-ERP, Inglaterra, 15 de septiembre de 1978.
31. *600 Operaciones*, *passim*.
32. "Informe del Consejo Nacional del Partido Montonero, septiembre de 1977", pp. 17-18; y entrevista personal con miembros del MPM, Londres, 15 de diciembre de 1979.
33. Entrevista personal con el oficial montonero Manuel Pedreira, La Habana, agosto 1978. Pedreira fue muerto semanas después en la Argentina.
34. El Consejo Nacional equivalía aproximadamente a un comité central, y, en efecto, tomó tal nombre cuando fue ampliado en 1979. La Conducción Nacional era el equivalente montonero de una comisión ejecutiva o politburó, y cuando el golpe de 1976, se componía de Firmenich, Roberto C. Perdía, Carlos Hobert y Raúl Yáger. Cuando Hobert fue muerto aquel mismo año, Julio Roqué lo reemplazó. Horacio Mendizábal se unió a la jefatura cuando Roqué cayó en 1977, como hicieron Fernando Vaca Narvaja y Horacio Campiglia cuando, a fines de 1978, aquélla fue ampliada. La Conducción Nacional del PM era la Comandancia en Jefe del EM.
35. Nota 1, *Vencer* (México), núms. 2-3 (1979), p. XXVIII.
36. Partido Montonero, "Hacia una nueva política para la conquista del poder por los trabajadores y el pueblo peronista" (Buenos Aires, agosto 1976), versión modificada de un original más extenso publicado en *El Montonero*, n° 11 (24 de abril de 1976).
37. *Ibíd.* Sobre la denominación del Movimiento Montonero, véase también la entrevista con Firmenich publicada parcialmente en *The*

Guardian, 2 de marzo de 1977; y "Firmenich: a Political Analysis", *NACLA Report*, vol. 11, n° 1 (enero 1977), pp. 17-22.

38. "Argentina: un país en guerra".
39. "Informe del Consejo Nacional [...] septiembre de 1977", *passim*. El mismo documento fue publicado en inglés como "Criticism and Self-Criticism", en *Vencer* (revista internacional del MPM), núms. 2-3.
40. *Ibíd.*
41. Cifra facilitada por un ex dirigente de la Columna Norte que hoy vive en el exilio.
42. Para el caso de los disidentes, véase Peronismo en la Resistencia, *Reflexiones para la construcción de una alternativa peronista Montonera auténtica* (s. l., junio 1979), p. 12.
43. "Informe del Consejo Nacional [...] septiembre de 1977".
44. Véase apéndice B.
45. Entrevista personal con dos miembros del MPM, Londres, 25 de agosto de 1980.
46. Véase especialmente Amnesty International, *Testimony on Secret Detention Camps in Argentina* (Londres, 1980).
47. Sergio Puiggrós era hijo de Rodolfo Puiggrós y fue su secretario particular cuando éste era rector de la Universidad de Buenos Aires, en 1973. Se dice que Puiggrós hijo dirigió la operación de Formosa de 1975. El escritor y periodista Rodolfo Walsh, fundador de la agencia de noticias Prensa Latina y más tarde del diario montonero *Noticias*, se había convertido en un segundo oficial montonero y era, supuestamente, el encargado de la sección de policía del servicio de información de la guerrilla. Murió cuando se resistía a ser secuestrado el 25 de marzo de 1977, un día después de haber denunciado al régimen militar en una famosa Carta Abierta. Su casa en San Vicente fue después demolida por tanques del Ejército.
48. Sobre la muerte de Urondo, véase *Los papeles de Walsh* (s. l., Cuadernos del Peronismo Montonero Auténtico, 1979), p. 25. La obligación de que los montoneros acorralados se suicidaran fue anulada por la Conducción Nacional en mayo de 1978.
49. En abril de 1976 se estableció un Secretariado Nacional como órgano del liderazgo táctico. Al principio comprendió tres secretariados: político; militar; y de prensa, propaganda y adoctrinamiento. Los secretariados de organización y relaciones extranjeras se le añadieron más tarde.
50. Sobre la batalla de la calle Corro y la muerte de la hija de Ro-

dolfo Walsh, véase "A Letter to my Friends", del mismo, *Vencer*, nº 4 (1980), p. 37. Para la cobertura de prensa, véase *La Opinión*, 2 de octubre de 1976.

51. *The Times*, 6 de junio de 1977.

52. "Informe del Consejo Nacional [...] septiembre de 1977", p. 17.

53. "Memorándum 1: Explicitación política de la experiencia mantenida por militantes montoneros con la Marina de Guerra, en calidad de detenidos y bajo condiciones de secuestro", julio 1979, p. 11. Este documento inédito, procedente de Ginebra, relata la experiencia de importantes montoneros retenidos en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA).

54. OEA (1980), pp. 199-200.

55. "Memorándum 1", p. 6.

56. *Ibid.*, p. 15.

57. *Ibid.*, *passim*.

58. Se publicó la noticia de que Arrostito fue muerta en diciembre de 1976 en una emboscada, pero, según el testimonio del fugado de la ESMA Horacio Maggio (MPM, Secretaría de Prensa, 1978), ella vivió hasta el 15 de enero de 1978, fecha en que se le dio una inyección y murió en el Hospital Naval. El ex diputado peronista Jaime Dri también se fugó de la ESMA, pero los demás montoneros detenidos allí lo criticaron por haber comprometido su estrategia, como cuenta el "Memorándum 1".

59. OEA (1980), p. 80; Amnesty (1980), pp. 22-27.

60. *The Guardian*, 24 de mayo de 1978.

61. *Triunfo* (Madrid), abril 1978.

62. Declaración del ministro del Interior, general Harguindeguy, *La Nación*, edición internacional, nº 1.071 (30 de marzo de 1981).

63. *The Guardian*, 6 de mayo de 1977.

64. *The Times*, 24 de diciembre de 1977.

65. *La Nación*, edición internacional, nº 1.059 (5 de enero de 1981).

66. En 1980, la Asamblea Permanente de los Derechos Humanos tenía datos sobre 6.000 personas desaparecidas, y Amnistía Internacional sobre 4.000, mientras que la OEA hablaba de 5.000 personas "desaparecidas", "presumiblemente ejecutadas" (*The Guardian*, 25 de noviembre de 1980). Muchos de los secuestros no han sido dados a conocer. En 1979, el equipo de la OEA en la Argentina recibió 5.580 testimonios de violaciones de derechos humanos, de las cuales 4.153 eran nuevas (OEA, 1980, p. 6). No se ha publicado dato alguno sobre el número de personas muertas por las fuerzas de seguridad en enfrenta-

mientos armados o durante sus redadas desde el golpe militar, si bien es probable que sean unas 5.000. Las cifras más frecuentemente dadas por los Montoneros fueron 10.000 muertos, 30.000 desaparecidos (muchos de ellos muertos) y 15.000 detenidos.

67. OEA (1980), pp. 27 y 263.

68. *La Nación*, edición internacional, nº 1.025 (12 de mayo de 1980); y *Terrorism in Argentina*, p. 314. De las 688 víctimas de asesinatos políticos, 515 eran miembros de las Fuerzas Armadas, de la Gendarmería y la policía (más del 70% del total). Con las muertes de empresarios, estas víctimas representaron el 82% del total. Los sindicalistas muertos por los guerrilleros sumaron 24.

69. Documento interno del PM, sin título, octubre de 1977, p. 15.

70. Sobre el caso Graiver, véase *The Sunday Times*, 5 de junio de 1977; y Christopher Dobson y Ronald Payne, *The Weapons of Terror*, Macmillan, Londres, 1979, pp. 87-90.

71. Entrevista personal con un ex montonero, Inglaterra, enero 1981.

72. Peronismo en la Resistencia, *Reflexiones*, p. 12.

73. Respectivamente, *Crónica de la resistencia sindical argentina*, *Estrella Federal*, *Noticias (de Argentina)* y *Vencer*. Eran de aparición menos regular *Movimiento*, órgano del Consejo Superior del MPM, y *El 17*, publicado por el Bloque Sindical del Peronismo Montonero. Éste también publicó folletos y lo mismo se hizo en nombre de la Juventud Peronista Montonera (JPM); la CGT-R también hizo circular un *Boletín Informativo*.

74. Radio Noticias del Continente fue silenciada por el gobierno de Costa Rica en febrero de 1981 como resultado de las presiones gubernamentales argentinas y de la indiscreción montonera.

75. Entrevista de Firmenich, "Nos honraría haber matado a Somoza", reproducida en *Noticias (de Argentina)*, 1-15 de septiembre de 1980; y "Así se mató a Somoza", *El Socialista* (Madrid), nº 172 (24-30 de septiembre de 1980), p. 50.

76. Montoneros, *Lettre à l'Épiscopat d'Argentine du Commandement National du Parti Montonero* (Francia, diciembre 1976).

77. "Comunicación oficial del Ejército Montonero al Vaticano", suplemento especial de *Estrella Federal*, nº 5 (agosto 1978), pp. 2-4.

78. *La Nación*, edición internacional, núms. 941 y 943 (2 y 16 de octubre de 1978).

79. En 1980, la Unión Soviética compró el 52% de la cosecha cereálera argentina (volumen). *Ibid.*, nº 1.060 (12 de enero de 1981).

80. *Ibíd.*, nº 913 (20 de marzo de 1978).
81. *Ibíd.*, nº 1.029 (junio 1980); *The Guardian*, 2 de junio de 1978.
82. Los Montoneros publicaron las ocho cartas, mediante las cuales buscaban por lo menos ser aceptados como parte de la delegación argentina. Todas quedaron sin respuesta.
83. Semanario *Granma* (La Habana), edición inglesa, 3 de agosto de 1980.
84. Pueden hallarse más detalles sobre la actividad internacional montonera en el citado documento interno del PM, sin título, octubre 1977; MPM, *With the People of the World* (s. l., 1978); y *Vencer*, núms. 1-4, *passim*.
85. Consejo Superior del MPM, "Interview with Commandant Mario Eduardo Firmenich", 16 de marzo de 1979 (Londres, 1979), p. 10.
86. *Latin America Weekly Report* (Londres), 15 de febrero de 1980.
87. *Evita Montonera*, nº 25 (agosto 1979), número especial dedicado al triunfo sandinista.
88. Entrevista personal con dos miembros del MPM, Londres, 26 de agosto de 1980.
89. En 1976, los ex parlamentarios uruguayos Zelmar Michelini y Héctor Gutiérrez Ruiz fueron los exiliados más prominentes que murieron asesinados en Buenos Aires; el ex presidente boliviano Juan Torres también fue muerto, y durante cierto período "desaparecían" unos veinte chilenos por semana, quizá porque había cuarenta agentes de policía chilenos con base en la jefatura de policía de Buenos Aires (*L'Europeo*, Italia, 10 de septiembre de 1976). Los casos a los que los Montoneros dieron publicidad con el fin de demostrar la existencia de un "terrorismo de Estado internacional" contra sus activistas fueron los referidos a continuación. Año 1977: el ex miembro Carlos Maguid, secuestrado en Lima; en Uruguay, Jaime Dri y Oscar de Gregorio, detenidos y llevados a la ESMA, y Alejandro Barry (secretario político del PM) y Carlos Valladares, asesinados. 1978: Norberto Habegger, secuestrado en Río de Janeiro; intentos fracasados de secuestrar o asesinar dirigentes montoneros en Madrid y México; el pianista de fama mundial Miguel Estrella, encarcelado en Uruguay bajo la acusación de ser un "terrorista montonero". 1980: el dirigente Horacio Campiglia y Susana Binstock, secuestrados en Brasil; María Inés Raverta, Julio César Ramírez y Noemí Esther Giannotti de Molino, secuestrados en el Perú, la segunda de ellas hallada muerta, asesinada, algunas semanas después, en un apartamento de Madrid; y el capellán montonero, el padre Jorge Adur, secuestrado en el Brasil, adonde había ido con motivo de la visita papal.

90. Declaraciones de Juan Gelman, *Le Monde*, París, 15-16 de enero de 1978.
91. *Argentina '78* (s. l., 1978).
92. En aquellas conferencias de prensa los Montoneros condenaron el secuestro y asesinato de Aldo Moro en Italia, arguyendo que las expresiones constitucionales de discrepancia política eran allí posibles. Véase *The Guardian*, 8 de junio de 1978.
93. Para detalles, véase *Estrella Federal*, nº 5 (septiembre 1978), pp. 16-17.
94. *Ibíd.*, p. 35. Véase también la entrevista de Firmenich, "Por qué Videla perdió el Mundial", *Resistencia Socialista* (boletín del Partido Socialista CNR, Gran Bretaña), 1978, pp. 3-5.
95. PM, documento interno sin título, octubre 1977, p. 16; entrevista de Firmenich, "Nos honraría"; y "Organizarse para vencer", *Evita Montonera*, nº 23 (enero 1979), pp. 3-10.
96. Entrevista personal con dos miembros del MM, Londres, 26 de agosto de 1980.
97. MPM, *Victory is Born with People's Unity* (s. l., 1978).
98. Mario Firmenich, "Acerca de la unidad del peronismo" (s. l.), junio 1978.
99. MPM, "Al pueblo argentino: la justicia social y la soberanía popular son el camino hacia la democracia y la paz" (s. l.), abril 1980.
100. *La Nación*, edición internacional, nº 1.017 (17 de marzo de 1980).
101. Entrevista personal con dos miembros del MM, Londres, 26 de agosto de 1980.
102. "Condecoración", *Estrella Federal*, nº 5 (septiembre 1978), p. 12.
103. *Evita Montonera*, nº 23, pp. 13-18. Al mismo tiempo, se fusionaron los órganos de la dirección táctica y estratégica del PM y el EM, lo que simplificó la estructura organizativa, pero también aumentó la diferenciación entre el liderazgo y los militantes de base.
104. *Noticias (de Argentina)*, nº 23 (17 de diciembre de 1979), p. 58.
105. *Ibíd.* Véase también *The Guardian*, 26 de enero de 1978.
106. Entrevista personal con un ex montonero, Inglaterra, enero 1981.
107. "Balance de la Campaña 'Carlos Hobert' de Lanzamiento de la Contraofensiva Popular", *Boletín Interno*, nº 12 (enero 1980).
108. La huelga general fue dirigida, a pesar de la detención de veintuno de sus líderes, por la Comisión de los 25, pero no recibió el res-

paldo del otro órgano sindical coordinador de aquel período, la Comisión Nacional de Trabajo (CNT). Los 25 declararon que el 75% de los obreros respaldó la iniciativa; *Le Matin* (París) estimó que el 60-80% de los trabajadores de la Capital Federal y el Gran Buenos Aires se había unido a la huelga (*Vencer*, nº 1, 1979, p. 64).

109. Los ataques al equipo económico habían empezado con el asesinato, en abril, de Miguel Padilla, asesor del Ministerio de Economía sobre política salarial, y con la voladura de la casa de Juan Alemann, secretario de Hacienda, durante la campaña de la Copa Mundial. El número de víctimas montoneras en 1978 llegó a seis a mediados de agosto.

110. Véanse las respuestas al "Documento de Madrid", especialmente la de Eduardo Pereyra, en Partido Montonero, *Boletín Interno*, nº 13 (febrero 1980).

111. "Balance de la Campaña 'Carlos Hobert'".

112. El ataque a Alemann fue condenado por la Conducción Única de Trabajadores Argentinos (CUTA), creada en un esfuerzo por unificar el movimiento obrero y basada en la CNT y los 25. Sin embargo, persistieron las divisiones, y la CUTA resultó incapaz de organizar la oposición a la nueva ley sindical anunciada en noviembre de 1979. Bajo esta ley, fue disuelta formalmente la CGT, sólo se permitieron los sindicatos y las federaciones (no las confederaciones), y fue eliminado el derecho de los sindicatos, que existía antes del golpe militar, a adoptar posturas políticas.

113. "El Documento de Madrid: Ante la crisis del Partido. Reflexiones críticas y una propuesta superadora", *Boletín Interno*, nº 13; y *Vencer*, núms. 1-4, *passim*.

114. "Balance de la Campaña 'Carlos Hobert'".

115. "Nos honraría".

116. Carta abierta de Galimberti y Gelman, 22 de febrero de 1979 (circular duplicada).

117. "Reflexiones para la construcción", *passim*.

118. Entrevista con un montonero, Inglaterra, 30 de marzo de 1980.

119. Los papeles de Walsh, p. 17.

120. *Op. cit.* Los otros signatarios fueron Daniel Vaca Narvaja, Pablo Ramos, Olimpia Díaz y Gerardo Bavio. Cuando se crearon los M-17, su consejo provisional también incluyó a Eduardo Astiz, Sylvia Bermann, René Chávez, Ernesto Jaureche, Pedro Orgambide, Julio Rodrí-

guez Anido y Susana Sanz (*La Nación*, edición internacional, nº 1.021, 14 de abril de 1980).

121. "El Documento de Madrid", *passim*.

122. La decisión de Bonasso de separarse pudo haber sido influida por el hecho de que, como secretario de prensa del MPM, había tenido que publicar un comunicado tras otro para informar al público de las bajas montoneras en 1979. Las publicaciones montoneras quedaron desorganizadas durante varios meses a consecuencia del abandono de su cargo.

123. Los Montoneros hablaron de "la conspiración, desertión y eventual traición del grupo de Galimberti y Gelman, en *Boletín Interno*, nº 12; y la "expulsión" fue anunciada en *Vencer*, nº 1, p. 23.

124. Entrevista con un montonero, Inglaterra, 30 de marzo de 1980.

125. John Keegan, *World Armies*, Macmillan, Londres y Basingstoke, 1979, p. 24.

126. MM, "Al pueblo argentino: la justicia social".

127. *The Times*, 25 de noviembre de 1977; *La Nación*, edición internacional, nº 938 (11 de septiembre de 1978).

128. *La Nación*, edición internacional, nº 1.059 (5 de enero de 1981).

129. Editorial, *Evita Montonera*, 25 (agosto 1979), p. 5.

130. "Interview with Commandant Mario Eduardo Firmenich", p. 2.

GLOSARIO

AGRUPACIÓN

Grupo de base. Para los Montoneros, un grupo de partidarios suyos dentro de un sindicato, dentro del Movimiento Peronista o en las universidades.

AJUSTICIAMIENTO

"Ejecución" por los guerrilleros.

ALTERNATIVISMO

Tendencia peronista izquierdista que argüía que sólo la base obrera y la izquierda del peronismo eran realmente revolucionarias, por lo que debían estar organizadas independientemente de la jefatura del Movimiento.

ALTERNATIVISTA

El que aprueba y sigue las ideas del alternativismo.

APARATISMO

Indebido hincapié en crear el aparato guerrillero, generalmente en detrimento de la labor en el movimiento de masas.

ARAMBURAZO	Secuestro y asesinato del ex presidente Aramburu por los Montoneros.
ASPIRANTE	Recluta guerrillero en período de entrenamiento.
AUTÉNTICOS	Peronistas "auténticos".
BARRIO NORTE	Área elegante y rica de Buenos Aires.
BUROCRACIA SINDICAL	Burocracia/dirección de los sindicatos.
CASA ROSADA	Casa de Gobierno, Buenos Aires.
CIPAYO	Alguien o algo fuertemente influido por un poder extranjero dominante.
CÍRCULO MILITAR	Club de oficiales del Ejército.
COLEGIO NACIONAL	Colegio Nacional de Buenos Aires.
COLUMNA NORTE	Columna montonera del norte de Buenos Aires.
COMANDANTE	Comandante guerrillero. Grado superior montonero.
COMANDO	Unidad guerrillera.
CONDUCCIÓN NACIONAL	Jefatura nacional de los Montoneros.
CORDOBAZO	Levantamiento nacional en la ciudad de Córdoba, 1969.
DESCAMISADOS	Los "sin camisa" seguidores de Perón; de una organización de la guerrilla urbana.

EVITISMO	Culto de Eva Perón.
FOCO	Núcleo o base de la guerrilla.
FOQUISMO	Teoría guerrillera relacionada con Guevara y Debray, según la cual la lucha armada puede ayudar a crear situaciones revolucionarias.
FOQUISTA	Seguidor de los principios del foquismo.
FORJISTA	Miembro de FORJA.
GORILA	Reaccionario. A menudo oficial militar antiperonista.
IDEOLOGISTA	Persona que basa los análisis políticos en sus prejuicios ideológicos, ignorando las circunstancias concretas.
INTERVENCIÓN	Nombramiento de un delegado por un gobierno o por la jefatura de un partido o sindicato con facultades para gobernar o dirigir una provincia, una universidad, o rama de un partido o una sección de un sindicato.
INTERVENTOR	La persona designada para llevar a cabo la intervención.
JUSTICIALISMO	Doctrina peronista.
LABORISTAS	Miembros del Partido Laborista de los años cuarenta.
LEALES	Miembro de la tendencia peronista "leal".

MIGUELITOS	Tachuelas esparcidas en las calles y rutas por los guerrilleros para evitar la persecución de la policía.
MONTONERA	Banda de jinetes gauchos que luchó en las guerras de la independencia.
MOVIMIENTISMO	Tendencia peronista de izquierda que consideraba que el Movimiento Peronista era revolucionario en su conjunto.
MOVIMIENTISTAS	Seguidores de las ideas del movimientismo.
ONGANIATO	Régimen y proyecto político de Juan Carlos Onganía (1966-1970).
OPERACIÓN/OPERATIVO	Acción guerrillera. Proyecto social o comunitario.
PASTILLA	Cápsula de cianuro.
PELOTÓN DE COMBATE	Unidad básica montonera de combate.
PLAZA DE MAYO	Plaza principal de Buenos Aires, frente a la Casa de Gobierno.
PRONUNCIAMIENTO	Rebelión militar.
PUERTA DE HIERRO	Distrito de Madrid, lugar de residencia de Perón en el exilio.
RAMA	Sector del Movimiento Peronista o de otros movimientos.

RESISTENCIA	Movimiento de resistencia; las luchas peronistas de la clase obrera posteriores a 1955 contra los gobiernos antiperonistas y no peronistas.
REVOLUCIÓN LIBERTADORA	El golpe militar de 1955, según la denominación que le daban sus partidarios.
RODRIGAZO	La huelga general y las protestas obreras de mediados de 1975 contra las medidas económicas anunciadas por el ministro de Economía, Celestino Rodrigo.
ROSISMO/ROSISTAS	Partido de Juan Manuel de Rosas. Adherentes a ese partido.
SALTO	Subida a un nivel más alto de la guerra de las guerrillas.
SOCIALISMO NACIONAL	Para la derecha peronista, el socialismo nacional; para la izquierda, una forma nacional del socialismo.
TACUARISTA	Miembro del grupo Tacuara.
TENDENCIA REVOLUCIONARIA	La izquierda peronista en general o, más específicamente, los Montoneros y sus organizaciones de masas de 1973-1974.
TRANSVASAMIENTO GENERACIONAL	Rejuvenecimiento generacional (del Movimiento Peronista).
UNIDAD BÁSICA	Unidad política básica del Partido Justicialista o Peronista.

VANGUARDISMO

Tendencia a considerar que la principal tarea revolucionaria es la de desarrollar la vanguardia, y a ignorar el desarrollo del movimiento de masas.

VENDEPATRIA

Traidor dispuesto a sacrificar los intereses nacionales en provecho propio.

VERTICALISMO

Principio peronista de autoridad y mando según el cual se espera que todos los peronistas obedezcan las órdenes emanadas del líder.

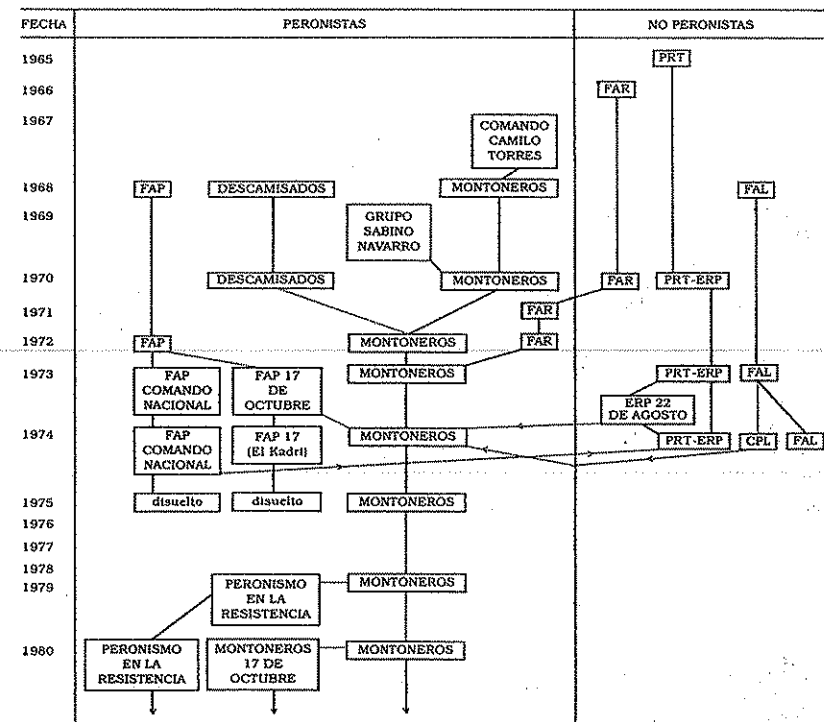
VILLA MISERIA

Barrio de viviendas muy humildes.

APÉNDICES

A. ESCISIONES Y FUSIONES EN LA TRAYECTORIA MONTONERA Y DEL PRT-ERP

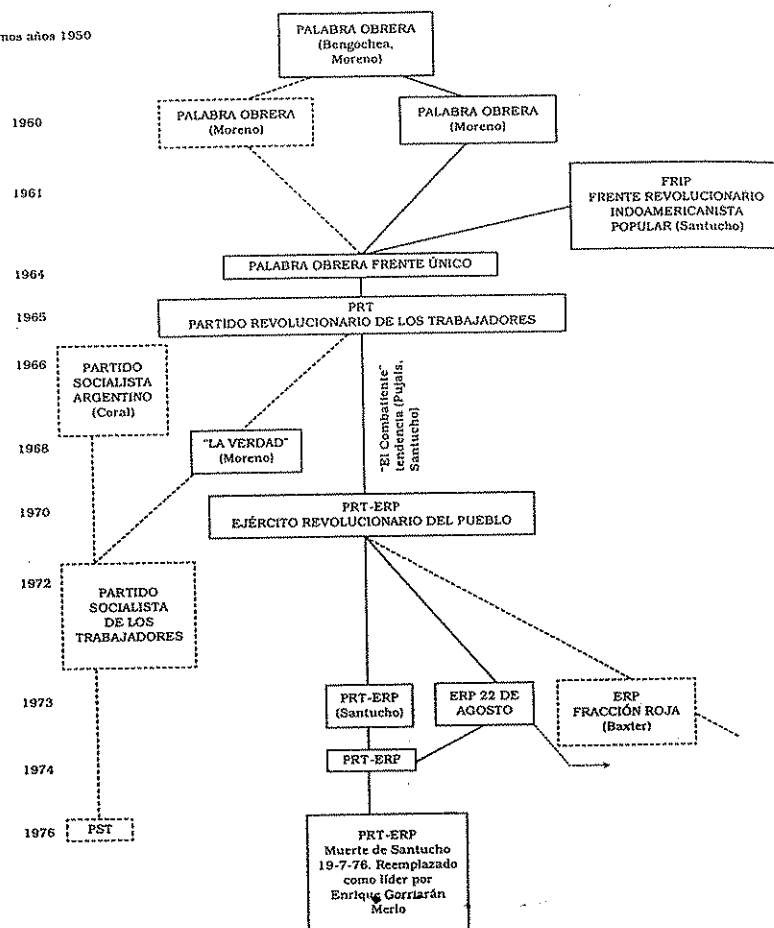
Los Montoneros



NOTA. Las organizaciones no peronistas sólo figuran aquí en función de su importancia para la trayectoria montonera. Por esto se excluyen algunas de ellas y se ignora la mayoría de las divisiones del PRT-ERP y de las FAL.

Genealogía del PRT-ERP

Últimos años 1950



NOTA. Las líneas de puntos indican trayectorias tangenciales al surgimiento del PRT-ERP; los nombres entre paréntesis son los de los líderes de las organizaciones.

En el exilio, el PRT-ERP se escindió al menos dos veces (1978 y 1980), dejando pequeños grupos dirigidos por Gorriarán, Mattini y Roberto Guevara (hermano del Che).

B. ESTRUCTURAS ORGANIZATIVAS MONTONERAS

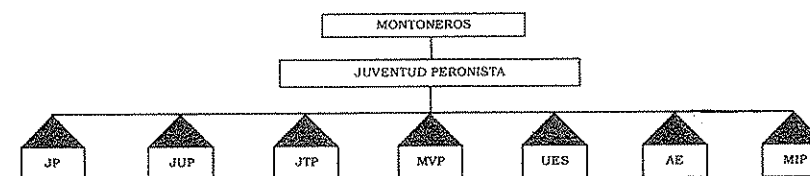
1. Antes de 1973

1970 Comandos

1972 Unidades básicas de combate/unidades básicas combatientes

1972 Juventud Peronista (Regionales)

2. Tendencia Revolucionaria 1973-1974



Juventud Peronista (Regionales) (JP). Para el trabajo juvenil y política general, basado en barrios

Juventud Universitaria Peronista (JUP). Para el trabajo entre los estudiantes universitarios, junto con los empleados universitarios

Juventud Trabajadora Peronista (JTP). Para la actividad sindical

Movimiento de Villeros Peronistas (MVP). Para el trabajo en las villas miseria.

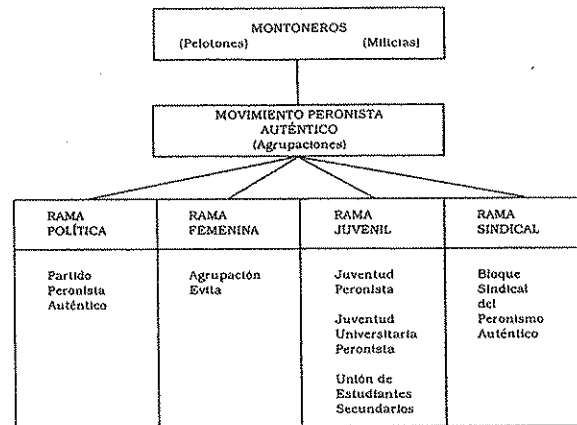
Unión de Estudiantes Secundarios (UES). Para la actividad en las escuelas

Agrupación Evita de la rama femenina (AE). Para el trabajo en la sección femenina del Movimiento Peronista

Movimiento de Inquilinos Peronistas (MIP). Para organizar a los inquilinos de los hoteles (pensiones de la más baja categoría) y de conventillos (viejas casas de familia divididas en viviendas de una sola habitación)

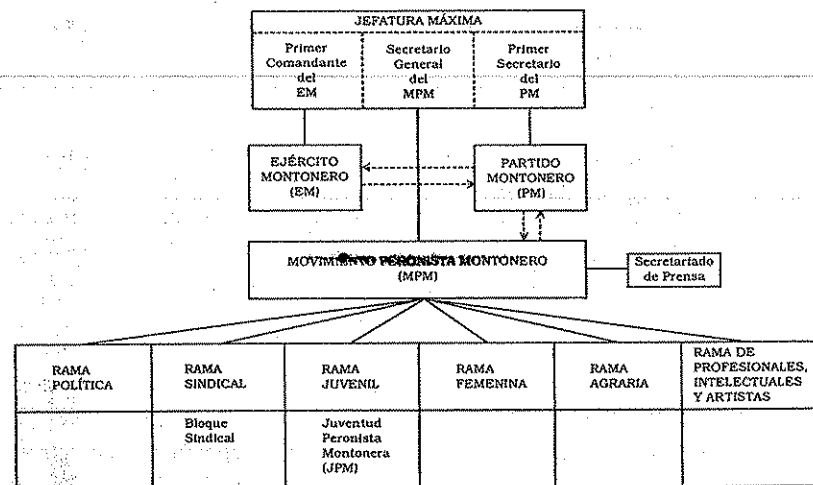
NOTA. Juventud Peronista era tanto un término genérico aplicado a todas las organizaciones que llevaban a cabo tareas relacionadas con el frente de masas, como un nombre, más específico, que designaba la organización política juvenil basada en los barrios. Ésta estuvo establecida primero en siete regiones y después en ocho, y su ejecutiva se componía del líder de cada región. De ahí Juventud Peronista (Regionales).

3. 1975



NOTA. La introducción de la especialización, a fines de 1974, con el establecimiento de milicias y su diferenciación de los pelotones, significó el fin de la estructura de "pelotones integrados" de 1973-1974: unidades destinadas tanto al trabajo de masas como a las tareas militares. Algunas milicias eran estables; otras, deliberadamente temporales.

4. 1977-1979



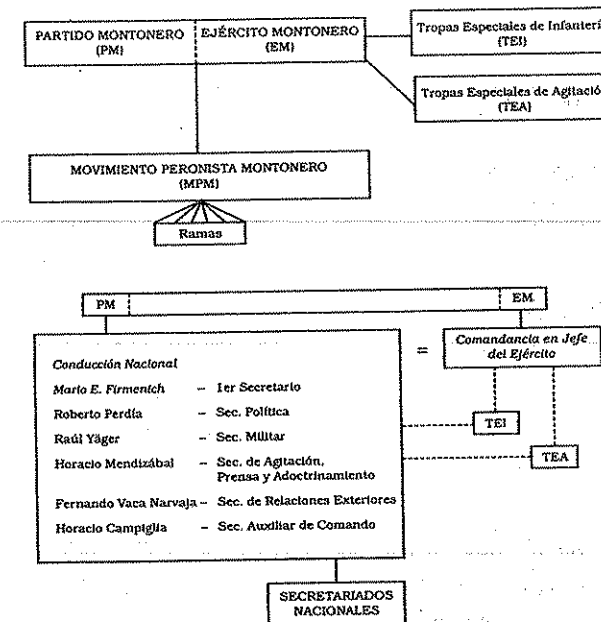
NOTA. Excepto para las ramas sindical y juvenil del MM, no había organizaciones específicas para la actividad de masas, siendo el trabajo

hecho en nombre de la rama correspondiente. En 1976, el Bloque Sindical creó la Confederación General del Trabajo en la Resistencia, organización que sólo en teoría incluía tanto a militantes que no pertenecían al MPM como a partidarios de los Montoneros.

Esta estructura reemplazó, en 1976, un breve intento de crear un Movimiento Montonero por un Partido Montonero.

En la estructura de 1977, todos los miembros del EM eran miembros del PM. También procedían del PM todos los componentes de las jefaturas de las distintas ramas (consistentes en un primer secretario, un secretario adjunto, un secretario de organización y un secretario de asuntos internacionales). Mario Eduardo Firmenich ocupaba la jefatura máxima, lo que significaba ser jefe del PM, del EM y del MPM. La composición de la Conducción Nacional del PM era idéntica a la Comandancia en Jefe del EM (Mario Firmenich, Roberto Perdía, Raúl Yáger, Horacio Mendizábal).

5. 1979



NOTA. La reorganización para la contraofensiva de 1979 supuso la disolución del Secretariado Nacional y del Estado Mayor Nacional del EM.

que habían sido, respectivamente, las jefaturas tácticas del PM y del EM. Las estructuras del mando estratégico y táctico fueron subsiguientemente unificadas y la Conducción Nacional ampliada a seis miembros: el primer secretario y los jefes de cinco secretariados nacionales. La composición de aquella Conducción Nacional era idéntica, en cuanto a sus miembros, a la Comandancia en jefe del Ejército. Sin embargo, el EM pasó a formar parte, estructuralmente, del PM, aun cuando el nombre de Ejército Montonero fue conservado con fines propagandísticos. En conjunto, los cambios de 1979 simplificaron una drástica, pero necesaria, simplificación de las estructuras operativas. Antes había una duplicación de trabajo de los comandos estratégicos y tácticos o funcionales, tanto en el PM como en el EM, y también una duplicación de tareas de las estructuras políticas y militares. De las unidades usadas en la contraofensiva de 1979, las TEI quedaron bajo el mando del secretario militar Yäger y las TEA bajo el de Mendizábal, secretario de Agitación, Prensa y Adoctrinamiento.

BIBLIOGRAFÍA

NOTA. Esta bibliografía sólo contiene las fuentes citadas en el texto y no incluye material de información general. Los documentos que se citan consisten en declaraciones y programas políticos publicados por las organizaciones, textos de discursos, entrevistas, cartas e informaciones oficiales. El material sin firmar, principalmente artículos que aparecieron en revistas políticas argentinas, se presenta en una lista separada. La bibliografía está ordenada alfabéticamente y se divide en cuatro secciones:

1. Periódicos.
2. Revistas.
3. Libros, documentos y artículos firmados.
4. Material sin firmar.

1. PERIÓDICOS

Buenos Aires

Buenos Aires Herald, enero 1966-octubre 1976, y numerosas ediciones 1955-1966.

La Nación, numerosas ediciones, 1955-1976.

La Nación, edición internacional, 1977-1981.

La Opinión, julio 1975-octubre 1976.

La Razón, numerosas ediciones 1955-1976.

Noticias, 3-11 de junio de 1974.

Londres

The Guardian, 1970-1981.

The Times, 1974-1981.

2. REVISTAS (Buenos Aires, salvo indicación contraria)

Avanzada Socialista, mayo-diciembre 1974, nº 104-131.

Carta Política, septiembre 1974-septiembre 1975, nº 7-30.

Che, octubre 1960-noviembre 1961, nº 1-16.

Che Compañero, agosto 1968, nº 4.

Compañero, junio 1963-febrero 1965, nº 1-77.

Confirmado, diciembre 1975-agosto 1976, nº 401-411.

Con Todo, fines de 1968, nº 0-2.

Cristianismo y Revolución, septiembre 1966-septiembre 1971, nº 1-30.

Crónica de la resistencia sindical argentina (s. l.), 1978-1980.

Cuestionario, marzo 1974-junio 1976, nº 11-38.

De Frente (con las bases peronistas), mayo-julio 1974, nº 1-9.

De Frente (Un testigo insobornable de la realidad mundial), marzo 1954-octubre 1955, nº 2-85.

El Auténtico, septiembre-diciembre 1975, nº 1-8.

El Caudillo (de la tercera posición), 15 de octubre de 1975, nº 68.

El Combatiente, junio 1968-febrero 1976, nº 9-205.

El Descamisado, mayo 1973-abril 1974, nº 1-46.

El Montonero, abril 1976, nº 11.

El Peronista (lucha para la Liberación), abril-mayo 1974, nº 1-6.

En Lucha, noviembre 1973-septiembre 1974, nº 12-18.

Envido, junio 1971-mayo 1973, nº 3-9.

Estrella Federal (s. l.), agosto-septiembre 1978, nº 5-6.

Estrella Roja, julio-septiembre 1973, nº 22-25.

Evita Montonera, marzo 1975-agosto 1979 nº 3-25.

Izquierda Nacional, octubre 1963-marzo 1976, nº 4-44.

La Causa Peronista, julio-septiembre 1974, nº 1-9.

Militancia (Peronista para la Liberación), junio 1973-marzo 1974, nº 1-38.

Noticias (de Argentina) (s. l.), 3 de julio de 1979-15 de octubre de 1980.

Nuevo Hombre (1ª serie), septiembre 1971-septiembre 1974, nº 8-70; (2ª serie), noviembre 1975-marzo 1976, nº 2-10.

Palabra Obrera, 30 de junio de 1964, nº 364.

Peronismo y Liberación, agosto 1974, nº 1.

Peronismo y Socialismo, septiembre 1973, nº 1.

Todo es Historia, abril 1971-febrero 1976, nº 48-105.

Vencer (Panamá, después México), 1979-1980, nº 1-4.

3. LIBROS, DOCUMENTOS Y ARTÍCULOS FIRMADOS

Achával, C. T., "Córdoba: de Cabrera al Cordobazo", *Todo es Historia*, nº 75 (julio 1973), pp. 102-129.

Alberti, B. M., *Peronismo, burocracia y burguesía nacional*, Buenos Aires, 1974.

Amnistía Internacional, *Report of an Amnesty International Mission to Argentina, 6-15 November 1976*, Londres, 1977.

—*Testimony on Secret Detention Camps in Argentina*, Londres, 1980.

Arbelos, C. A., y Roca, A. M., *Los muchachos peronistas*, Madrid, 1981.

Balvé, B., et al., *Lucha de calles, lucha de clases*, Buenos Aires, 1973.

Barnes, J., *Eva Perón*, Glasgow, 1978.

Benítez, Padre H., "Causas y responsables de la 'ejecución' de Aramburu", *Cristianismo y Revolución*, nº 25 (septiembre 1970), pp. 5-11.

Borro, S., "El Lisandro de la Torre del 59: bastión de Resistencia Peronista", *Peronismo y Liberación*, nº 1 (agosto 1974), pp. 97-102.

Braun, O., *El capitalismo argentino en crisis*, Buenos Aires, 1973.

Budeisky, C., *El retorno oligárquico 1955-1958*, Buenos Aires, 1973.

Cabo, D. M., "Carta del director: Compañeros", *El Descamisado*, nº 13 (14 de agosto de 1973), pp. 2-3.

—"Compañeros", *El Descamisado*, nº 26 (13 de noviembre de 1973), pp. 2-3.

—"La lucha interna en el movimiento peronista, 1945-1955", *Nuevo Hombre*, nº 8 (8-14 de septiembre de 1971), pp. 8-9.

—"La milicia peronista", *La Causa Peronista*, nº 4 (30 de julio de 1974), p. 29.

Cairo, A., *Peronismo: claves*, Buenos Aires, 1975.

Cámpora, H. J., *El mandato de Perón*, Argentina, 1975.

—*La revolución peronista*, Buenos Aires, 1973.

Canten, D., *Elecciones y partidos políticos en la Argentina*, Buenos Aires, 1973.

CGT y 62 Organizaciones, "El movimiento obrero argentino ante la situación nacional", *La Razón*, 22 de julio de 1975.

CGTA, "Mensaje a los trabajadores y al pueblo", 1º de mayo 1968, en Ongaro (1970), pp. 27-40.

CICSO, *Los asalariados. Composición social y orientaciones organizativas*, Buenos Aires, s. f.

Clausewitz, C. von, *On War*, ed. y trad. de M. Howard y P. Paret, Nueva Jersey, 1976.

Codovilla, V., *Batir al nazi-peronismo para abrir una era de libertad y progreso*, Buenos Aires, 1946.

Cooke, J. W., *Apuntes para la militancia*, Buenos Aires, 1973.

—*El peronismo y el golpe de Estado. Informe a las bases del movimiento*, Buenos Aires, 1966; también publicado como *Peronismo y revolución*, Buenos Aires, 1971.

—*La lucha por la liberación nacional*, Buenos Aires, 1971.

Coordinadora de Gremios en Lucha, "La guerrilla industrial, un nuevo cuento para perseguir a los trabajadores", *El Auténtico*, n° 8 (24 de diciembre de 1975), p. 6.

Corbière, E., serie de artículos sobre el Partido Socialista, *Cuestionario*, 1975-1976.

Cornblit, O., "European Immigrants in Argentine Industry and Politics", en C. Veliz, ed., *The Politics of Conformity in Latin America* (EE.UU., 1970), pp. 221-248.

Correa, J., *Los jerarcas sindicales*, Buenos Aires, 1972; edición ampliada, 1974.

Day, D., ed., *Camilo Torres: Priest and Revolutionary*, Londres, 1968.

Debray, R., *A Critique of Arms*, 2 vols., Harmondsworth, 1978.

—*Revolution in the Revolution?*, Harmondsworth, 1968.

Delich, F. J., *Crisis y protesta social. Córdoba 1969-1973*, Buenos Aires, 1974.

Díaz Alejandro, C. F., *Essays in the Economic History of the Argentine Republic*, Yale, 1970.

—*Exchange-Rate Devaluation in a Semi-Industrialized Country. The Experience of Argentina 1955-1961*, Massachusetts, 1965.

Di Tella, G., y Zymelman, M., *Las etapas del desarrollo económico argentino*, Buenos Aires, 1967.

Dobson, C., y Payne, R., *The Weapons of Terror*, Londres, 1979.

Ejército Montonero, *600 Operaciones en 1977*, s. l., 1978.

Ellis, J., *A Short History of Guerrilla Warfare*, Londres, 1975.

Eloy Martínez, T., "El ascenso, triunfo, decadencia y derrota de José López Rega", *La Opinión*, 22 de julio de 1975.

—*La pasión según Trelew*, Buenos Aires, 1973.

ENR, "Declaración del ENR con motivo del ajusticiamiento de Augusto T. Vador", *Cristianismo y Revolución*, n° 28 (abril 1971), pp. 52-53.

FAP, "Con las armas en la mano", *Cristianismo y Revolución*, n° 28 (abril 1971), pp. 77-80.

—"Nuestros errores pueden servir de lección y ejemplo, pero no de negación de la única salida del pueblo ante la violencia gorila", *Con Todo*, n° 2 (diciembre 1968), p. 4.

Fayt, C. S., *La naturaleza del peronismo*, Buenos Aires, 1967.

Feinmann, J. P., *El peronismo y la primacía de la política*, Buenos Aires, 1974.

Ferla, S., *Mártires y verdugos*, Buenos Aires, 1964.

Fernández Alvaríño, P. G., Z.-*Argentina. El crimen del siglo*, Buenos Aires, 1973.

Ferrer, A., ed., *Los planes de estabilización en la Argentina*, Buenos Aires, 1969.

Firmenich, M. E., "Acercas de la unidad del peronismo" (s. l., junio 1978).

—"A Political Analysis" *NACLA Report*, vol. 11, n° 1 (enero 1977), pp. 17-22.

—"Atlanta", texto de la alocución del 22 de agosto de 1973, *Militancia*, n° 12 (30 de agosto de 1973), pp. 26-29.

—"Etapa y conjuntura", texto de la charla dada en la Escuela JP en enero de 1974.

—"Interview with Commandant Mario Eduardo Firmenich", 16 de marzo de 1979, Londres, 1979.

—"La base del triunfo está siempre en la masa", *Bohemia* (La Habana), 9 de enero de 1981.

—"La provocación de derecha no puede dividírnos"; "Mi afecto y agradecimiento al Padre Carlos Mugica"; "Nuestras diferencias políticas", *El Peronista*, n° 5 (21 de mayo de 1974), pp. 4-8.

—"Nos honraría haber matado a Somoza", *Noticias (de Argentina)*, 1-15 de septiembre de 1980.

—"Palabras de Firmenich", texto de la alocución del 11 de marzo de 1974, *Militancia*, n° 37 (14 de marzo de 1974), pp. 37-42.

—"Por qué Videla perdió el Mundial", *Resistencia Socialista* (Gran Bretaña), 1978, pp. 3-5.

Framini, A., "Hacia la unidad que nos marcaba Perón", *La Causa Peronista*, n° 1 (9 de julio de 1974), p. 46.

Franco, J. P., "Notas para una historia del peronismo", suplemento de *Envido*, n° 3 (junio 1971).

—y Álvarez, F., "Peronismo: antecedentes y gobierno", *Cuadernos de Antropología del 3er. Mundo*, nº 1 (junio 1972).

Galimberti, R., "Unidad Nacional o 'Gran Acuerdo Nacional'", *La Causa Peronista*, nº 3 (23 de julio de 1974), pp. 2-3.

—y Gelman, J., carta abierta del 22 de febrero de 1979 (circular duplicada).

García Lupo, R., "Diálogo con los jóvenes fascistas", en García Lupo, *La rebelión de los generales*, Buenos Aires, 1962, pp. 71-78.

Gastiazoro, E., *Argentina hoy. Latifundio, dependencia y estructura de clases*, Buenos Aires, 1971.

Gerassi, J., ed., *Revolutionary Priest*, Harmondsworth, 1973.

Gillespie, R. H. C., "A Critique of the Urban Guerrilla: Argentina, Uruguay, and Brazil", *Conflict Quarterly* (New Brunswick), nº 2 (otoño 1980), pp. 39-53.

—"The Peronist Left", tesis doctoral, Universidad de Liverpool, 1979.

Godio, J., *La caída de Perón*, Buenos Aires, 1973.

Goldar, E., *Jauretche*, Buenos Aires, 1975.

González, A. M., y Mendizábal, H., entrevista en *Cambio 16* (Madrid), nº 245 (16 de agosto de 1976).

González, E., *Qué fue y qué es el peronismo*, Buenos Aires, 1974.

González Janzen, I., *Argentina: 20 años de luchas peronistas*, México, 1975.

González Trejo, H., *Argentina: tiempo de violencia*, Buenos Aires, 1969.

Gott, R., *Guerrilla Movements in Latin America*, Londres, 1970.

Graham Yool, A., *The Press in Argentina 1973-1978*, Londres, 1979.

—*Tiempo de tragedia*, Buenos Aires, 1972.

—*Tiempo de violencia*, Buenos Aires, 1973.

Guevara, Che, *Guerrilla Warfare*, Harmondsworth, 1969.

Guillén, A., *Teoría de la violencia*, Buenos Aires, 1965.

Gullo, J. C. D., "El país se pregunta: ¿qué es la Juventud Peronista?", *El Descamisado*, nº 8 (10 de julio de 1973), pp. 10-13.

Halperín Donghi, E., *El revisionismo histórico argentino*, Buenos Aires, 1971.

Hernández Arregui, J. J., *Imperialismo y cultura*, Buenos Aires, 1957.

—*La formación de la conciencia nacional*, Buenos Aires, 1960.

—*Nacionalismo y liberación*, Buenos Aires, 1969.

—*¿Qué es el ser nacional?*, Buenos Aires, 1963.

Hodges, D. C., *Argentina, 1943-1976*, Nuevo México, 1976.

—ed., *Philosophy of the Urban Guerrilla: The Revolutionary Writings of Abraham Guillén*, Nueva York, 1973.

Irazusta, J., *Perón y la crisis argentina*, Buenos Aires, 1966.

Islas, A., y Ferreira, C., "Apuntes para una historia crítica del MLN (tupamaros)", *Combate* (Suecia), nº 31-37 (marzo-septiembre 1978).

James, D., "Power and Politics in Peronist Trade Unions", *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, vol. 20, nº 1 (febrero 1978), pp. 3-36.

—"The Peronist Left, 1955-1975", *Journal of Latin American Studies*, vol. 8, nº 2 (1976), pp. 273-296.

Jauretche, A., *FORJA y la década infame*, Buenos Aires, 1962.

Jorge, E. F., *Industria y concentración económica*, Buenos Aires, 1971.

Josephs, R., *Argentine Diary*, Londres, 1945.

JP, "Habla, Juventud Peronista", *El Descamisado*, nº 36 (22 de enero de 1974), pp. 4-5.

JTP, Agrupación Metalúrgica 17 de Octubre, comunicado, *El Descamisado*, nº 43 (12 de marzo de 1974), p. 15.

Junta Militar, Proclamación del 24 de marzo de 1976, en Kandel y Monteverde (1976), pp. 223-226.

JUP, "El peronismo y la universidad", *Envido*, nº 9 (mayo 1973), pp. 54-61.

Kandel, P., y Monteverde, M., *Entorno y caída*, Buenos Aires, 1976.

Keegan, J., *World Armies*, Londres y Basingstoke, 1979.

Kendell, J., "I cannot imagine what would happen if the police left", *Times Higher Education Supplement*, 7 de enero de 1977, p. 9.

Kestelboim, M., "Una experiencia de militancia: la Asociación Gremial de Abogados", *Peronismo y Socialismo*, nº 1 (septiembre 1973), pp. 87-89.

Kohl, J., y Litt, J., *Urban Guerrilla Warfare in Latin America*, Massachusetts, 1974.

Labrousse, A., *The Tupamaros*, Harmondsworth, 1973.

Laclau, E., "Argentina Imperialist Strategy and the May Crisis", *New Left Review*, nº 62 (julio-agosto 1970), pp. 3-21.

—"Peronism and Revolution", *Latin American Review of Books*, nº 1 (1973), pp. 117-130.

Lanusse, A. A., *Mi testimonio*, Buenos Aires, 1977.

Laqueur, W., *Terrorism*, Londres, 1978.

—*The Guerrilla Reader*, Filadelfia, 1977.

Lenin, V. I., *Imperialism, the Highest Stage of Capitalism* (1916), Moscú, 15ª ed., 1970.

Lesseps, M., y Traveler, L., *Argentina: un país entregado*, Madrid, 1978.

Little, W., "Party and State in Peronist Argentina, 1945-1955", *Hispanic*

- American Historical Review*, vol. 53, n° 4 (noviembre 1973), pp. 644-662.
- "The Popular Origins of Peronism" en Rock, ed., *Argentina in the Twentieth Century* (1975), pp. 162-178.
- Lizaso, M., "General, el peronismo no está de acuerdo", *El Peronista*, n° 3 (4 de mayo de 1974), pp. 2-4.
- "1 de mayo: ¿quién ganó? ¿qué cambió?", *El Peronista*, n° 4 (14 de mayo de 1974), pp. 2-3.
- Luna, F., *De Perón a Lanusse, 1943/1973*, Buenos Aires, 1973.
- El 45*, Buenos Aires, 7ª ed., 1975.
- Main, M., *Evita: The Woman with the Whip*, EE.UU., 1952.
- Marín, E., "El 25 de mayo de 1973: Cámpora al gobierno", *Transformaciones en el Tercer Mundo*, n° 24 (1974).
- Masetti, J. R., *Los que luchan y los que lloran*, Buenos Aires, 1969.
- Mendizábal, H., "Comunicación oficial del Ejército Montonero al Vaticano", suplemento especial de *Estrella Federal*, n° 5 (agosto 1978), pp. 2-4.
- Mercier Vega, L., *Las guerrillas en América Latina*, Buenos Aires, 1969.
- Milenky, E. S., *Argentina's Foreign Policies*, EE.UU., 1978.
- MLN Tupamaros, *Actas tupamaras*, Buenos Aires, 1971.
- MNRT, "Reportaje al Movimiento N. Revolucionario Tacuara", *Compañero*, n° 63 (8 de septiembre de 1964), p. 4.
- "Violencia revolucionaria", 1º de mayo de 1964, *Militancia*, n° 6 (19 de julio de 1973), pp. 35-38.
- Monahan, J., "Fallen star who guided Señora Perón", *The Times*, 23 de julio de 1975.
- "I agreed to teach but not to be a gaoler", *Times Higher Education Supplement*, 11 de febrero de 1977, p. 10.
- Montoneros, "Argentina: la guerra continúa", *Marcha* (Perú), c. junio 1976.
- Argentina '78*, s. l., 1978.
- "Carta a la policía", *Evita Montonera*, n° 3 (marzo 1975), p. 47.
- Comunicado sobre el rapto de E. Metz, *Evita Montonera*, n° 11 (enero 1976), p. 22.
- Comunicado sobre el secuestro y el asesinato de J. P. Egan, *Evita Montonera*, n° 3 (marzo 1975), p. 48.
- Comunicado sobre la agresión contra Juan Ramón Morales, Apéndice a González Janzen (1975), pp. 243-254.
- "Construir el poder popular", *El Descamisado*, n° 4 (12 de junio de 1973), pp. 2-4.

- "El llanto del enemigo", *Cristianismo y Revolución*, n° 28 (abril 1971), pp. 70-73.
- "Hablan los Montoneros", *Cristianismo y Revolución*, n° 26 (noviembre-diciembre 1970), pp. 11-14.
- "Las armas de la Independencia hoy están apuntadas hacia el Pueblo", *Cristianismo y Revolución*, n° 30 (septiembre 1971), pp. 13-15.
- Lettre à l'Épiscopat d'Argentine du Commandement National du Parti Montonero* (Francia, diciembre 1976).
- y FAR, "La unidad de FAR y Montoneros", *El Descamisado*, n° 22 (16 de octubre de 1973), pp. 6-7.
- Tendencia, "Un documento para la Liberación", suplemento de *El Peronista*, n° 1 (19 de abril de 1974).
- Montoneros José Sabino Navarro, "Cartilla para militantes n° 4", *Militancia*, n° 30 (3 de enero de 1974), pp. 20-22.
- Montoneros 17 de Octubre, "El Documento de Madrid: 'Ante la crisis del Partido. Reflexiones críticas y una propuesta superadora'", *PM Boletín Interno*, n° 13 (febrero 1980).
- Morales, E., *Uturunco y las guerrillas en la Argentina*, Montevideo, 1964.
- Moreno, O., *Contradicciones, conflictos y movimientos sociales en la problemática urbano-regional*, Caracas, 1979.
- MPA, Consejo Superior, "Emprendemos la histórica transformación del Movimiento", *El Auténtico*, n° 2 (octubre 1975), p. 5.
- MPM, "Al pueblo argentino: la justicia social y la soberanía popular son el camino hacia la democracia y la paz" (s. l., abril 1980); traducción inglesa, *Vencer*, n° 4 (1980).
- Montoneros: correspondencia sobre la composición de la delegación argentina en el Festival Mundial de la Juventud, La Habana (fotocopias).
- Victory is Born with People's Unity*, s. l., 1978.
- With the People of the World*, s. l., 1978.
- Secretaría de Prensa, Testimonio de Horacio Maggio, s. l., 1978.
- Mugica, Padre C., *Peronismo y cristianismo*, Buenos Aires, 1973.
- Munck, R., "The Crisis of Late Peronism and the Working Class, 1973-1976", *SLAS, Boletín de la Society for Latin American Studies* (R. U.), n° 30 (abril 1979), pp. 5-34.
- Murmis, M., y Portantiero, J. C., *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, 1971.
- Nadra, F., *Perón hoy y ayer, 1971-1943*, Buenos Aires, 1972.
- Navarro Gerassi, M., *Los nacionalistas*, Buenos Aires, 1968.

Niosi, J., *Los empresarios y el Estado argentino, 1915-1969*, Buenos Aires, 1974.

North American Congress on Latin America, *Argentina in the Hour of the Furnaces*, EE.UU., 1975.

Ongaro, R., *Sólo el pueblo salvará al pueblo*, Buenos Aires, 1970.

Organización de Estados Americanos, Comisión Interamericana sobre Derechos Humanos, *Report on the Situation of Human Rights in Argentina*, Washington, 1980.

Partido Justicialista, "Primeras jornadas de economía social: declaración final" (Buenos Aires, 16 de diciembre de 1980).

Partido Montonero, "Balance de la Campaña 'Carlos Hobert' de Lanzamiento de la Contraofensiva Popular", *Boletín Interno*, n° 12 (enero 1980).

—"Hacia una nueva política para la conquista del poder por los trabajadores y el pueblo peronista", Buenos Aires, agosto 1976.

—"Informe del Consejo Nacional del Partido Montonero, septiembre de 1977", *Boletín Interno*, n° 4, s. f.

—Documento interno, sin título, octubre 1977.

Pavón Pereyra, E., *Perón tal como es*, Buenos Aires, 1973.

PCA, "El Partido Comunista apoya la decisión de la CGT y reclama la formación de un gabinete cívico-militar de amplia coalición democrática", *La Opinión*, 6 de julio de 1975.

Peña, M., *El peronismo, selección de documentos para la historia*, Buenos Aires, 1973.

Peralta Ramos, M., *Etapas de acumulación y alianzas de clases en la Argentina (1930-1970)*, Buenos Aires, 1972.

Perón, E., *Historia del peronismo*, Buenos Aires, 1971.

—"La razón de mi vida", Buenos Aires, 1973.

Perón, J. D., *Doctrina peronista*, Buenos Aires, 2ª ed., 1973.

—Entrevista en *Primera Plana* (Buenos Aires), 7 de septiembre de 1971.

—Entrevista de noviembre 1972, *Peronismo y Socialismo*, n° 1 (septiembre 1973), pp. 33-34.

—"La comunidad organizada", Buenos Aires, 1974.

—"La hora de los pueblos", Buenos Aires, 1968.

—Carta del 10 de diciembre de 1969 a J. J. Hernández Arregui, *Peronismo y Socialismo*, n° 1 (septiembre 1973), pp. 31-32.

—"Mensaje a la Juventud", *Militancia*, n° 11 (23 de agosto de 1973), p. 49.

—"Perón a los Montoneros", 20 de febrero de 1971, *La Causa Peronista*, n° 9 (3 de septiembre de 1974), pp. 28-29.

—"Perón habla a la juventud", *Cristianismo y Revolución*, n° 29 (junio 1971), pp. 8-10.

—y Cooke, J. W., *Correspondencia Perón-Cooke*, 2 vols., Buenos Aires, 1973.

Peronismo en la Resistencia, *Reflexiones para la construcción de una alternativa peronista montonera auténtica*, s. l., 1979.

Pinedo, J., *Consignas y lucha popular en el proceso revolucionario argentino, 1955-1973*, Buenos Aires, 1974.

Portnoy, L., *Análisis crítico de la economía*, Buenos Aires, 1961.

Poulantus, N., *Classes in Contemporary Capitalism*, Londres, 1978.

Puiggrós, R., *El peronismo: sus causas*, Buenos Aires, 1969.

—"El proletariado en la revolución nacional", Buenos Aires, 1968.

—"Las izquierdas y el problema nacional", Buenos Aires, 1973.

—"La universidad del pueblo", Buenos Aires, 1974.

—"Puiggrós y el avance del pueblo", entrevista, *Militancia*, n° 5 (12 de julio de 1973), pp. 16-20.

Quieto, R., "Hablan los Montoneros", texto de la alocución en La Plata, *La Causa Peronista*, n° 4 (30 de julio de 1974), pp. 6-8.

—"Under the Shadow of a Gunman", Quieto entrevistado por Richard Gott, *The Guardian*, 18 de octubre de 1974.

Ramos, J. A., *Historia del stalinismo en la Argentina*, Buenos Aires, 1974.

—"Revolución y contrarrevolución en la Argentina", 5 vols., Buenos Aires, 1973.

Rearte, G., "La única respuesta válida", *Compañero*, n° 77 (febrero 1965), p. 3.

—"Por qué fracasó el MRP", suplemento de *En Lucha*, n° 18 (septiembre 1974), p. 3.

República Argentina, Poder Ejecutivo Nacional, *Terrorism in Argentina*, Buenos Aires, 1980.

Rivera, E., *Peronismo y frondizismo*, Buenos Aires, 1958.

Rock, D., "Lucha civil en la Argentina: Semana Trágica de enero de 1919", *Desarrollo Económico*, vol. 11, n° 42 (julio 1971), pp. 165-215.

—"Machine Politics in Buenos Aires and the Argentine Radical Party, 1912-1930", *Journal of Latin American Studies*, vol. 4, n° 2 (noviembre 1972), pp. 233-274.

—"Radical Populism and the Conservative Elite, 1912-1930" y "The Survival of Peronism", en Rock, ed., *Argentina in the Twentieth Century*, Londres, 1975.

Rojo, R., *My Friend Che*, Nueva York, 1968.

Romero, J. L., *A History of Argentine Political Thought*, Stanford, 1963.

Roqué, J., *Cuadernos Políticos*, entrevista, "Argentina: un país en guerra", editado de nuevo en *Revolución* (s. l., diciembre 1977).

Roth, R., *Los años de Onganía*, Buenos Aires, 1980.

Salas, H., "La ideología de la violencia", *Discusión*, nº 15 (abril 1975), pp. 14-17.

Santucho, M. R., *Argentina: Bourgeois Power, Revolutionary Power*, California, s. f.

Scenna, M. A., *FORJA: una aventura argentina*, 2 vols., Buenos Aires, 1972.

Scobie, J., *Argentina: A City and a Nation*, EE.UU., 1964.

Sebreli, J. J., *Eva Perón: ¿aventurera o militante?*, Buenos Aires, 1966.

Selser, G., *El onganiato*, 2 vols., Buenos Aires, 1973.

Senén González, S., *El poder sindical*, Buenos Aires, 1978.

—*El sindicalismo después de Perón*, Buenos Aires, 1971.

Smith, P. H., "Los radicales argentinos y la defensa de los intereses ganaderos, 1916-1930", *Desarrollo Económico*, vol. 7, nº 35 (abril-junio 1967), pp. 795-829.

Snow, P. G., *Political Forces in Argentina*, EE.UU., 1979.

Spilimbergo, J. E., *El socialismo en la Argentina*, 2 vols., Buenos Aires, 1969.

Strafford, P., "The Church of Change", *The Times*, 2 de diciembre de 1977.

Terragno, R., *Los 400 días de Perón*, Buenos Aires, 1974.

Torre, J. C., "La CGT y el 17 de octubre de 1945", *Todo es Historia*, nº 105 (febrero 1976), pp. 70-90.

Torres Molina, R., "La etapa actual de las guerrillas argentinas", *Cristianismo y Revolución*, nº 29 (junio 1971), pp. 17-19.

Troxler, J., "Los asesinatos de junio del 56 en el testimonio de un militante", *Peronismo y Socialismo*, nº 1 (septiembre 1973), pp. 94-97.

Urondo, F., *La patria fusilada*, Buenos Aires, 1973.

Vigo, J. M., *¡La vida por Perón!*, Buenos Aires, 1973.

Viñas, D., *De los montoneros a los anarquistas*, vol. 1 de Viñas, *Rebeliones populares argentinas*, 2 vols., Buenos Aires, 1971.

Walsh, R., "A Letter to my Friends", *Vencer*, nº 4 (1980), p. 37.

—*"Carta abierta de un escritor a la Junta Militar"* (24 de marzo de 1977).

—*Los papeles de Walsh*, s. l., 1979.

—*Operación Masacre*, Buenos Aires, 1972.

Walter, R. J., *Student Politics in Argentina*, EE.UU., 1968.

—*The Socialist Party of Argentina, 1890-1930*, Texas, 1977.

Wilkinson, P., *Political Terrorism*, Londres, 1974.

—*Terrorism and the Liberal State*, Londres, 1977.

4. MATERIAL SIN FIRMAR

"Ante la muerte de José Rucci", *El Descamisado*, nº 20 (2 de octubre de 1973), pp. 2-3.

"Apuntes para una historia de la resistencia y del peronismo revolucionario", seis suplementos de *En Lucha*, nº 13-18 (diciembre 1973-septiembre 1974).

"Así se mató a Somoza", *El Socialista* (Madrid), nº 172 (septiembre 1980), p. 50.

"A tres años de La Calera", *Militancia*, nº 4 (5 de julio de 1973), pp. 8-9.

"Balance del Operativo Dorrego: la Juventud Peronista fue a trabajar", *El Descamisado*, nº 25 (6 de noviembre de 1973), p. 27.

"Bendix: patrón que colabore con la represión irá al paredón", *Evita Montonera*, nº 12 (febrero-marzo 1976), pp. 18-20.

"Carlos Capuano Martínez, por compañero, por peronista, por montonero, ya sos entraña de tu pueblo", *La Causa Peronista*, nº 7 (20 de agosto de 1974), pp. 22-23.

"5 de agosto: jornada histórica", *Compañero*, nº 59 (11 de agosto de 1964), p. 1.

"Cómo murió Aramburu", *La Causa Peronista*, nº 9 (3 de septiembre de 1974), pp. 25-31.

"Compañeros presos: la aurora de la libertad", *El Descamisado*, nº 1 (22 de mayo de 1973), contracubierta.

"Condecoración", *Estrella Federal*, nº 5 (septiembre 1978), p. 12.

"Con el pueblo hacia Perón", *El Descamisado*, nº 16 (4 de septiembre de 1973), pp. 2-3.

"Congreso Nacional del PPA", *El Auténtico*, nº 4 (29 de octubre de 1975), p. 6.

"Con Perón era otra cosa", *El Auténtico*, nº 1 (17 de septiembre de 1975), p. 6.

"Contra el ejército represor de Sierra Grande", *Evita Montonera*, nº 11 (enero 1976), pp. 9-11.

"Córdoba: a cinco años del 29 de mayo, un montonero cuenta el Cordobazo", *El Peronista*, nº 6 (28 de mayo de 1974), pp. 26-29.

"Córdoba: el porqué del conflicto de SMATA", *La Causa Peronista*, nº 4 (30 de junio de 1974), pp. 30-31.

"Córdoba rebelde", *Transformaciones en la historia presente*, nº 23 (septiembre 1974).

"Córdoba: si es necesario aquí pondremos sangre montonera", *La Causa Peronista*, nº 6 (13 de agosto de 1974), pp. 26-31.

"Crónica de la resistencia", *Evita Montonera*, nº 15 (febrero 1977), p. 27.

"Definiciones del general Perón", *El Peronista*, nº 6 (28 de mayo de 1974), p. 8.

"El Cordobazo", *Polémica*, nº 15 (julio 1972).

"El final de una batalla: Perón Presidente; el comienzo de otra: Liberación", *El Descamisado*, nº 19 (26 de septiembre de 1973), pp. 2-3.

"El heroísmo y el individualismo en las guerras populares", *Evita Montonera*, nº 12 (febrero-marzo 1976), páginas adicionales sin numerar.

"El mandato político de Fernando Abal Medina", *Militancia*, nº 13 (6 de septiembre de 1973), pp. 10-13.

"En nuestro movimiento decide el pueblo, aquí deciden ustedes", *La Causa Peronista*, nº 7 (20 de agosto de 1974), pp. 16-19.

"Entre el tiempo y la sangre", *Carta Política*, nº 21 (abril 1975), pp. 4-6 y 8.

"Este gobierno traicionó al pueblo y a Perón", *El Auténtico*, nº 5 (12 de noviembre de 1975), p. 6.

"Falsa opción", *Compañero*, nº 1 (7 de junio de 1963), p. 1.

"Formosa: el ejército gorila oculta su derrota", *Evita Montonera*, nº 8 (octubre 1975), pp. 2-8.

"Fuiste hija de Evita", *El Descamisado*, nº 36 (22 de enero de 1974), p. 15.

"Guardespaldas: imagen de la Argentina", *Cuestionario*, nº 32 (diciembre 1975), p. 17.

"Guerrilla: ¿ahora está en el Paraná?", *Cuestionario*, abril 1975, p. 7.

"Hacia la construcción del Ejército Montonero", *Evita Montonera*, nº 8 (octubre 1975), pp. 25-26.

"Hacia la toma de la batuta", *El Descamisado*, nº 17 (11 de septiembre de 1973), p. 11.

"Informe especial", *El Descamisado*, nº 3 (5 de junio de 1973), pp. 12-13.

"José Sabino Navarro: un trabajador, un montonero, un peronista", *El Descamisado*, nº 12 (7 de agosto de 1973), p. 30.

"Juan García Elorrio", *Cristianismo y Revolución*, nº 28 (abril 1971), p. 23.

"Juicio revolucionario a Roberto Quieto", *Evita Montonera*, nº 12 (febrero-marzo 1976), pp. 13-14.

"Juicio revolucionario a un delator", *Evita Montonera*, nº 8 (octubre 1975), p. 21.

"La clase obrera y el movimiento peronista", *Evita Montonera*, nº 7 (septiembre 1975), pp. 14-15.

"La conducción del MPA: hombres y mujeres con trayectoria en defensa de los intereses populares", *El Auténtico*, nº 2 (octubre 1975), p. 4.

"La conducta revolucionaria", *Evita Montonera*, nº 12 (febrero-marzo 1976), p. 36.

"La federación gráfica es de los gráficos", *De Frente*, nº 1 (2 de mayo de 1974), p. 50.

"La historia de la Triple A", tres partes, *El Auténtico*, nº 6 (26 de noviembre de 1975), nº 7 (10 de diciembre de 1975) y nº 8 (24 de diciembre de 1975).

"La JP y la Reconstrucción Nacional", *El Descamisado*, nº 20 (2 de octubre de 1973), p. 25.

"La muerte de Mor Roig", *La Causa Peronista*, nº 3 (23 de julio de 1974), pp. 20-23.

"La Universidad al borde de la opción: liberación o continuismo gorila", *El Descamisado*, nº 43 (12 de marzo de 1974), pp. 7-9.

"Las armas montoneras en nuestro accionar militar", *Estrella Federal*, nº 5 (septiembre 1978), p. 13.

"Las milicias peronistas son posibles", *Evita Montonera*, nº 3 (marzo 1975), pp. 22-23.

"Las revelaciones de Paino", *La Opinión*, segunda sección, 12 de febrero de 1976.

"Las villas triunfarán", *El Descamisado*, nº 43 (12 de marzo de 1974), pp. 12-14.

"Los guerrilleros", *Confirmado*, nº 402 (diciembre 1975), pp. 20-25.

"Los militares cipayos: una nueva etapa de la guerra", *Evita Montonera*, nº 11 (enero 1976), pp. 12-15.

"Los trabajadores hundiremos al régimen, porque queremos el poder para el pueblo", *Evita Montonera*, nº 12 (febrero-marzo 1976), pp. 2-5.

"Mayo 69: Cordobazo", *En Lucha*, nº 16 (junio 1974), p. 6.

"Memorándum 1: Explicitación política de la experiencia mantenida por militantes montoneros con la Marina de Guerra, en calidad de detenidos y bajo condiciones de secuestro", Ginebra, julio 1979.

"Militancia, entre el ahogo y la clausura", *Militancia*, nº 38 (28 de marzo de 1974), p. 3.

"Monte Chingolo: equivocarse conduce a la derrota", *Evita Montonera*, nº 11 (enero 1976), pp. 18-19.

"Montonero Emilio Maza: La Calera", *La Causa Peronista*, nº 2 (16 de junio de 1974), pp. 22-23.

"Montonero José Sabino Navarro. Volverás en brazos de tu pueblo", *La Causa Peronista*, n° 4 (30 de julio de 1974), pp. 9-11.

"Organizarse para vencer", *Evita Montonera*, n° 23 (enero 1979), pp. 3-10.

"Por qué murió Coria", *El Descamisado*, n° 45 (26 de marzo de 1974), pp. 23 y ss.

"Otra vez el poder militar", *Evita Montonera*, n° 7 (septiembre 1975), pp. 2-4.

"Paco: dio la vida por Perón", *El Descamisado*, n° 40 (19 de febrero de 1974), p. 23.

"Parar a los milicos cipayos, preparar el avance popular", *Evita Montonera*, n° 12 (febrero-marzo 1976), pp. 7-8.

"Qué votamos el 11 de marzo", *El Descamisado*, n° 43 (12 de marzo de 1974), pp. 2-3.

"¿Quién votó a Isabel, López Rega?", *La Causa Peronista*, n° 8 (27 de agosto de 1974), pp. 2-3.

"Quiénes, cómo y por qué lo ejecutaron. La muerte de José Alonso", *La Causa Peronista*, n° 8 (27 de agosto de 1974), pp. 25-29.

"Respuesta socialista al llamamiento montonero", *Avanzada Socialista*, n° 120 (9 de septiembre de 1974), pp. 8-9.

"Righi: el nuevo orden revolucionario", *Militancia*, n° 5 (12 de julio de 1973), p. 7.

"Semana política: entre la definición y la violencia", *Militancia*, n° 35 (21 de febrero de 1974), pp. 4-9.

"7 de septiembre - Día del Montonero", *El Descamisado*, n° 17 (11 de septiembre de 1973), pp. 5-8.

"Soy leal, total, incondicional a Perón", *El Descamisado*, n° 9 (17 de julio de 1973), p. 12.

Survey on Argentina, *The Financial Times* (Londres), 1° de diciembre de 1980.

Survey on Argentina, *The Economist* (Londres), 26 de enero de 1980.

"Tacuara juega a la milicia revolucionaria", *Che*, n° 15 (2 de junio de 1961), pp. 10-11.

"Tercera Campaña Militar Nacional Montonera", *Evita Montonera*, n° 12 (febrero-marzo 1976), pp. 32-35.

"Terrorismo y antiterrorismo", *Confirmado*, n° 411 (agosto 1976), pp. 14-19.

"30 Meses de camino descendente", *Confirmado*, n° 400 (diciembre 1975), pp. 52-54.

"Tucumán: golpe a las fuerzas de ocupación", *Evita Montonera*, n° 7 (septiembre 1975), pp. 16-18.

"Un balance de 1976", *Evita Montonera*, n° 15 (febrero 1977), pp. 2-11.

"Universidad: o del pueblo o de nadie", *El Descamisado*, n° 45 (26 de marzo de 1974), pp. 22-24.

"Volvemos para triunfar o morir junto a Isabel", *El Caudillo*, n° 68 (15 de octubre de 1975), p. 3.

"Y esto, ¿qué es?", *El Descamisado*, n° 21 (9 de octubre de 1973), pp. 2-3.



ÍNDICE ANALÍTICO

- Abal Medina, Fernando Luis: en el "Aramburazo", 156, 164-165; militancia, 98, 103, 107-108; muerte, 128-129, 167, 220; recordado, 140, 142, 189, 198, 234; visita Cuba, 139
- Abal Medina, Juan Manuel, 193, 252
- Acosta, capitán Jorge Eduardo, 378
- Acuña, Hipólito, 267, 333
- Adur, padre Jorge, 384, 410
- Agosti, brigadier general Orlando Ramón, 352
- Agrupación Evita (AE), 25, 216, 425, 426
- Aguirre, Mario, 345-346, 385
- Ahumada, capitán Ciro, 238
- Alac, Diana, 345
- Alberte, Bernardo, 82, 94
- Alcaracito, batalla de, 33
- Alemán, Francisco, 206
- Alemann, Juan, 396, 412
- Alende, Oscar, 313-314, 347
- Alfonsín, Raúl, 255
- Algarañaz de Román, Elsa Calia, 241
- Alianza Anticomunista Argentina (AAA); véase Triple A
- Alianza Popular Revolucionaria (APR), 25, 347
- Almirón, inspector Rodolfo Eduardo, 238-239
- Alonso, José, 71, 81, 179, 267-270, 333-334
- Alsogaray, general Julio Rodolfo, 350
- Alsogaray, Juan Carlos, 350
- alternativismo y alternativistas, 83, 84, 164, 177, 207, 210, 251, 332, 415; véase también Fuerzas Armadas Peronistas y Peronismo de Base
- Álvarez, Fernando, 122, 125, 150
- Allende, Salvador, 189, 203, 240, 257
- Amarilla, Guillermo, 397

Amnistía Internacional, 347,
348, 362, 405, 408
Amodio Pérez, Héctor, 350
anarquismo, 3435, 284
Anchorena, Manuel de, 195
antisemitismo, 99, 241
antisubversión, legislación, 227,
282-285, 312, 356;
ley, 289, 305
Añón, Juan, 236
Aramburu, general Pedro
Eugenio: asesinato (el
"Aramburazo"), 9, 155-164,
166, 195, 260, 416;
como presidente (1953-
1958),
55, 64, 158, 161;
evolución política, 69, 119,
158;
secuestro de su cadáver, 282
Araya, Jorge Ernesto, 337
Argelia, lucha de liberación de,
93, 101, 134, 377, 385
Arrostito, Norma Ester, 142,
198, 260;
muerte, 379, 408;
rupturas con el Partido
Comunista, 142;
visitas a Cuba, 139;
y el "Aramburazo", 156-157,
164, 197, 260
Asociación Argentina de Artes
Plásticas, 122
Asociación Bancaria (AB), 25,
246
Asociación de Abogados de
Buenos Aires, 122
Asociación de Empleados de
Farmacia, 71, 332
Asociación de la Prensa de
Buenos Aires, 241
Asociación de Trabajadores del
Estado, 25, 222, 344, 346,
385
Asociación Gremial de
Abogados, 123
Asociación Nacional de
Estudiantes de Derecho
(AME), 25, 120
Asociación Psicoanalítica
Argentina, 122
Astiz, Eduardo, 412
Auténticos, 306-317, 372, 385,
398, 416;
Agrupación del Peronismo
Auténtico (APA), 25, 308;
Bloque Sindical Auténtico,
314-315, 426;
El Auténtico (periódico), 258,
290, 310-311, 314, 335,
344-347;
Movimiento Peronista
Auténtico (MPA), 27, 308-310,
426;
Partido Auténtico, 27, 307-
314, 329;
Partido Peronista Auténtico
(PPA), 27, 307, 335, 426
Avellaneda, Congreso de, 81
Baffi, Juan, 180
Balbín, Ricardo, 162, 173, 187,
200, 287, 405
Bárbaro, Julio, 149
Baretta, Hugo, 288, 338
Barry, Alejandro, 410
Batista, Fulgencio, 71
Bavio, Gerardo, 412
Baxter, José Luis (Joe), 100-
102, 257, 424

Beauvoir, Simone de, 321
Beckerman, Eduardo, 240, 262
Beltrán, Horacio José, 374
Bengochea, Ángel, 75, 147, 424
Benítez, Antonio, 290
Benítez, padre Hernán, 145, 166
Berger, María Antonia, 206,
250, 397
Berisso, contraalmirante Emilio,
331
Bermann, Sylvia, 412
Bettanín, Cristina, 335
Bettanín, Guillermo Juan, 335
Bettanín, Leonardo, 230, 236,
274, 335
Bidegain, doctor Oscar:
gobernador de Buenos Aires,
214, 258, 271;
y los Auténticos, 313, 345,
372;
y los Montoneros, 307, 401
Binstock, Susana, 410
Bolivia, 336
Bonasso, Miguel, 251, 400-401,
413
Borda, Guillermo, 119
Born, Jorge, 278-280
Born, Juan, 278-280
Borro, Sebastián, 68, 72, 93,
307, 344
Bosch, Alberto, 278
Braden, Spruille, 39
Brandazza, Carlos, 262
Brasil, 151, 378, 410
Bravo, teniente Roberto
Guillermo, 190
Brito Lima, Alberto, 238, 253,
338
Buenos Aires, como capital, 32-
33
Buenos Aires Herald, 290
Bunge y Born, operación
montonera, 278-280, 304,
347
Burgos, Gerardo, 190
Cabo, Armando, 128, 178, 307
Cabo, Dardo Manuel, 128, 228,
231;
como montonero, 178, 255,
314;
miliciancia anterior, 99, 150;
muerte, 362
Cabral, Juan José, 118
Cáceres Monié, general Jorge
Esteban, 284, 301, 312
Caffatti, Jorge, 102
Caflero, Antonio, 334, 405
Caggiano, cardenal Antonio, 166
Calabro, Victorio, 271
Camilo Torres, Comando; véase
Comando Camilo Torres
Campeonato Mundial de la Copa
de Fútbol, 388-389, 392, 412
Campiglia, Horacio, 406, 410,
427
Cámpora, Héctor J.: actividad
posterior a 1973, 310, 313-
314, 391;
como presidente, 187, 203-
215, 227, 255, 264, 307;
delegado de Perón, 175;
dimisión, 211, 227;
fugado de la cárcel, 72;
muerte, 345;
utiliza a la izquierda, 175,
194, 214;
visto por Lanusse y Cooke,
198-199;
visto por Videla, 354

Camps, Alberto, 191, 206, 250, 391

Camus, Albert, 110, 147

Capellini, brigadier Jesús Orlando, 327

Capuano Martínez, Carlos: asesinato de su padre, 338; en los Montoneros, 156, 163, 190, 198; militante católico, 111; muerte, 191; tributos a, 191, 196, 200

Carbone, padre Alberto, 166

Carcagno, general Jorge Raúl, 247, 260

Cardozo, general Cesario Ángel, 284, 359-361

Cardozo, Tomás Roberto, 331-332

Caride, Carlos, 90, 120, 176-177, 180, 236-237, 374

Carral, José Enrique, 173, 176, 190-191, 200

Carrizo, Manuel, 341

Carter, James, 386

Cavalli, Adolfo, 80

Caseros, batalla de, 32

Castelazzi, Delia, 346

Castro, Fidel, 74-76, 323, 386

caudillo, tradición del, 32, 33, 37, 44, 57, 237, 399

Centro Argentino de Ingeniería, 122

Cepernic, Jorge, 214, 274, 307, 345

Cesaris, Ramón, 167

clase media, actitudes de la, 34, 44, 53, 114-122, 138, 248, 326, 357

clase obrera; véase movimiento obrero

clasismo, 130

Clausewitz, Carl von, 135-137, 153, 291, 302, 335, 339

Código Penal, reforma del, 227, 229, 258

Colegio de Abogados, 122

Colegio Nacional de Buenos Aires, 107, 167, 253, 416

Colombo, teniente coronel, 337

Comando Camilo Torres, 108, 423

Comando Chacho Peñaloza, 183

Comando de Organización (C de O), 25, 231, 238, 241, 253, 338

Comando Libertadores de América, 284, 311, 337, 338

Comandos Populares de Liberación (CPL), 349, 423

Comisión de los 25, 411

Comisión Internacional de Juristas, 150

Comisión Nacional del Trabajo (CNT), 25, 412

Compañero, 66, 70, 81, 92

Comunidad Económica Europea (CEE), 210, 251

"Comunidad Organizada", en la ideología peronista, 50

comunismo, 51, 77

Concentración Nacional Universitaria (CNU), 25, 231, 241, 331

Conducción Única de Trabajadores Argentinos (CUTA), 25, 412

Confederación Argentina de Profesores Universitarios, 242

Confederación General del Trabajo (CGT): anterior a 1955, 51, 54;

condena el "Aramburazo", 195;

1955-1973, 56, 68, 71, 81-82, 129, 186, 269, 344, 346;

1973-1976, 54, 217, 218, 222-224, 226, 228, 231, 244, 271, 332;

1976-1981, 329-330, 352, 365, 368-369, 412

Confederación General del Trabajo de los Argentinos (CGTA), 25, 81-82, 117-119, 123, 129, 149

Confederación General del Trabajo en la Resistencia (CGT-R), 25, 365-366, 369, 372, 397, 409, 427

Confederación General Económica (CGE), 25, 53, 224

Confederación General Universitaria (CGU), 25, 120

Consejo Nacional de Federaciones y Centros (CNFC), 25, 317

Conti, Jorge, 337

Cooke, John William: antecedentes políticos, 68, 72-73; como peronista revolucionario, 56, 65, 68, 143, 400-401; en Cuba, 73-74; líder de la resistencia, 68, 72-73; muerte, 95; puntos de vista políticos, 56-57, 72-73, 82-83, 91, 199

Chávez, Gonzalo, 314, 345

Chávez, Horacio, 240

Chávez, René, 346, 412

Chejolán, Alberto, 257

Chiappe, François, 258

Chile, 246, 314, 336; refugiados perseguidos, 240, 410; relaciones con la Argentina, 189, 203, 212, 235, 323, 378

China (RPC), 17, 102, 134, 251, 386

Coordinación Federal, 359-361

Coral, Juan Carlos, 148, 198, 424

Corbat, brigadier mayor Aly Luis Ipres, 252-253, 342

Corbetta, general Arturo, 361

Córdoba: centro de militancia, 111, 116-119, 130, 172, 240, 244-245, 315, 332, 338; el "Cordobacito" ("Viborazo"), 185; el "Cordobazo", 118-119, 121, 129, 140, 149, 157, 162, 193, 240, 247, 395, 416

Corea (RPDC), relaciones con la Argentina, 212, 252

Coria, Rogelio, 263-264, 266-267, 270, 331, 333

Coronel, José Carlos, 374

Corriente Argentina Revolucionaria (CAR), 25, 313

Costa-Gavras, 339

Cristianismo y Revolución, 109-110, 168

Croatto, Armando, 213, 252, 388, 397

Cuba: conexión montonero-cubana, 109, 139, 189, 323, 382, 386, 391, 401;

impacto de la revolución, 72-75, 100, 128, 134, 258, 295, 341;
 relaciones con la Argentina, 203, 212, 252
 Cuesta, Marcela, 273
 Curutchet, Alfredo, 240

 Dagnino Pastore, José María, 119
 Dálmaso López, José, 397
 D'Amico, coronel Leonardo, 363
De Frente: de 1974, 251;
 original, 65, 92
 De Gregorio, Oscar, 410
 De Luca, Ricardo, 144, 269
 Debray, Régis, 133, 145, 343, 404, 417
 Deleroni, José Antonio Pastor, 123
 Dellepiane, Luis, 86
 derecha peronista: actividad
 política, 211, 215, 227, 270;
 apoyo a la, 216, 253;
 en las universidades, 120, 241-243, 273;
 prensa, 241-242;
 visión del peronismo, 75-76;
 y la violencia, 120, 231, 238-242, 274, 285-287, 348
 Descamisados, organización
 guerrillera, 176, 178-180, 416, 423
 "Devotazo", 207, 251
 Di Pasquale, Jorge, 71, 82, 143, 265, 332
 Díaz, *el Negro*, 188
 Díaz, Olimpia, 412
 Díaz Bessone, general Ramón, 353

 Díaz Ortiz, Santiago, 213
 Dibatista, Adolfo, 285
 Dickmann, Enrique, 42
 17 de octubre de 1945:
 acontecimientos del, 39, 54, 57, 126;
 conmemoración del, 254, 363
 Dominico, Rubén, 286
 Dorticós, Osvaldo, 203
 Dri, Jaime, 400, 408, 410
 Duarte, María Eva (*Evita*); véase Perón, Evita
 Duhalde, Eduardo L., 123, 251

 Economía: comercio, 35, 212, 386;
 crisis económicas, 35, 48, 51, 55-56, 61-62, 209-210, 351-352, 356;
 distribución de la renta nacional, 38, 42, 46-47, 56, 60, 66-67, 114, 132, 224, 333, 355;
 estrategia económica, 54, 69, 114-115, 224-225, 270-271, 329, 353-355;
 estructura económica, 31-35, 49-50, 61, 134;
 implicación extranjera, 32, 35, 46-49, 50-51, 68, 138-139, 184, 212, 247, 354-355, 367;
 industrialización, 33-35, 37-38, 46, 61-64, 354-355;
 inflación, 209, 225, 351-352, 356;
 sector agrario, 47, 60-64
 Echevarría, Ramón, 302
 Egan, John Patrick, 288-289, 338

Ejército de Liberación Nacional (ELN, Bolivia), 28, 110, 119, 336
 Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP), 25, 75, 130
 Ejército Montonero (EM), 25, 271-282, 305, 336, 350, 357-360, 369, 372-373, 383, 388, 392, 406, 411, 426-428
 Ejército Nacional Revolucionario (ENR), 26, 178-179, 268
 Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), 26, 102, 147, 176, 189, 196, 199, 206, 210, 240, 246, 248, 250, 258, 264, 284, 290, 295, 327, 330, 334, 336, 340, 341, 343, 346, 368, 375, 384, 423, 424
El Caudillo, 241, 285
El Descamisado, 178, 228, 237, 251, 257, 290
 El Kadri, Envar, 90, 120, 176-177, 423
El Mundo, 241, 290
El Peronista, 236-237, 256-257
 elecciones: estatales, 35, 39, 65, 88, 90, 103, 113, 187, 193-194, 227, 306-310, 311, 316, 347;
 estudiantiles, 221, 223, 316;
 sindicales, 244, 267, 332, 333
 Escribano, Jorge, 190
 escuadrones de la muerte, 122, 188, 213, 238-241, 337, 338, 348, 358, 361; véase también Comando Libertadores de América y Triple A

 Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), 28, 204, 376-378, 388, 408
 España, 31, 34, 128, 133, 151, 291, 385, 410
 Espina, Héctor, 90, 146
 Estados Unidos de América:
 intereses económicos, 47-48, 119, 138, 212, 246, 251;
 relaciones con la Argentina, 50, 172, 204, 257, 288-289
 Estévez, Adriana, 337
 Estrella, Miguel, 410
 estructura social, 131-132
 estudiantes, los: protestas de, 116-117, 212;
 simpatías políticas, 53, 107, 121-122, 222-223, 316;
 y la guerra de guerrillas, 113, 131, 316;
 y las reformas universitarias, 215; véase también elecciones
Evita Montonera, 282, 290, 315, 323, 339, 383, 392
 Ezcurra, Alberto, 99, 101, 146

 falangismo, su influencia en la Argentina, 99
 Falcón, Ramón, 284
 Fanon, Frantz, 143
 Farrell, general Edelmiro J., 38
 fascismo en la Argentina, el, 76, 86, 232, 240-243, 286, 374; véase también Concentración Nacional Universitaria, Comando de Organización y Guardia Nacionalista Restauradora
 Federación Argentina de Psiquiatría, 122

Federación de Obreros Tucumanos de la Industria del Azúcar (FOTIA), 334

Federación Gráfica Bonaerense (FGB), 26, 117, 122, 245, 332

Federación Universitaria Argentina (FUA), 26, 121, 317

Feinmann, José Pablo, 91, 125

Fernández, Avelino, 307

Fernández, Florencio, 273

Fernández, Orlando, 262

Fernández Alvaríño, Próspero, 160, 197

Fernández Long, Pablo, 308, 344, 398

Ferrari, Gerardo, 176

Ferré Gadea, Arturo, 176

Ferreira, batalla de, 180

Festival Mundial de la Juventud, 386, 391

fidélismo, 72, 101, 120, 386

Fierro, José, 163, 198

Figueredo, Juan, 308

Figueroa, Hugo, 288, 238

Filler, Silvia, 331

Firmenich, Mario Eduardo, 239, 253, 338, 399; como líder montonero, 189, 236-237, 251, 280, 325, 372, 375, 406; como uno de los primeros montoneros, 87, 139; declaraciones, 209, 260-261, 269, 391, 397, 409; discursos, 225, 230-232, 244, 265, 283; en el "Aramburazo", 156-164, 198, 260; en el exilio, 384, 387-388, 391-392, 397; presidente de la JEC, 107-108; y las bajas, 351, 404-405

Firmenich, Mario Norberto, 338

foquismo y foquistas, 130, 133, 144-145, 295, 398, 400, 417; véase también guerrillas rurales

Formosa, operación montonera de, 297-300, 312

Framini, Andrés, 70, 72, 307-308, 312, 344-346

Franco, Francisco, 128, 385

Franco, Juan Pablo, 122, 125, 150

Franja Morada (FM), 26, 255, 316

Frente Cívico de Liberación Nacional (FRECILINA), 26, 198

Frente de Izquierda Popular (FIP), 26, 87-89, 284, 345

Frente Estudiantil Nacional (FEN), 26, 121

Frente Justicialista de Liberación (FREJULI), 26, 208, 333; en el Congreso, 198, 213, 229-230; en las elecciones, 187, 194, 264, 308-309; orígenes, 174; programa de 1973, 208, 252

Frente Revolucionario Indoamericanista Popular (FRIP), 26, 147, 424

Frondizi, Arturo: como presidente (1958-1962), 60, 64, 68-70, 73, 112, 239, 405; desde 1962, 198, 405

Frondizi, Silvio, 240, 283

Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina (FORJA), 26, 40, 344, 417

Fuerzas Armadas de Liberación (FAL), 26, 349, 423

Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), 26, 102-103, 112, 258, 269, 423

Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), 123, 155, 180, 194, 205, 341, 349, 397; actividad guerrillera, 177-181, 189-190, 264; bajas, 180, 189, 192, 237; fusión con los Montoneros, 176, 180, 208-209, 228, 390, 423; orígenes, 177, 198

Galimberti, Rodolfo: actividad temprana, 99, 101, 121, 193-196; director de *La Causa Peronista*, 236, 260; expulsado, 413; funda una nueva tendencia, 398-401; líder de la Juventud Peronista, 193-195, 223, 247; líder montonero, 232, 346, 375

Galtieri, teniente general Leopoldo Fortunato, 393

García Elorrio, Juan, 104, 106, 108-111

García Rey, Héctor, 286

Garín, ocupada por las FAR, 177-178

Gas del Estado, 222

Gazzera, Miguel, 166

Gelbard, José Ber, 211, 270

Gelín, Raquel Liliana, 177, 191

Gelman, Juan, 385, 388, 398, 413

Giannotti de Molino, Noemí Esther, 410

Giovenco, Alejandro, 231

Giussani, Pablo, 10

Gléllel, Jorge, 213

Gómez, Juan Carlos, 331

González, Ana María, 359-360

Gorriarán Merlo, Enrique, 189, 424

Grabois, Roberto, 121, 149

Graiver, David, 382

Gran Acuerdo Nacional (GAN), 29, 159, 188, 264

Gran Bretaña, 32-33, 47, 279, 378

Gras, Martín, 377

Grassi Susini, Enrique, 120

Grecco, Guillermo, 381

Greené, Graham, 199

Grynberg, Enrique, 330

Guardia Nacionalista Restauradora (GNR), 26, 101

Guerra de guerrillas: atractivo de la, 130, 140; base social, 129-134; coordinación guerrillera, 178-181, 189-191, 294-296, 336; definición, 152, 256, 340; elitismo de la, 111-112, 268, 294, 396, 403; teoría, 133-135, 145, 291, 303; véase también guerrillas rurales

Guerrero, Luis, 194-195
 guerrillas rurales, 74-75,
 129-130, 176, 258, 340, 358;
véase también foquismo y
 foquistas
 Guevara, Ernesto Che: su
 influencia en la Argentina,
 148, 182;
 teoría del "Hombre Nuevo",
 324-325;
 y la guerra de guerrillas, 98,
 110, 130, 134, 176-177, 251
 Guevara, Roberto, 424
 guevarismo y guevaristas, 98,
 148, 182, 206-207, 210, 270,
 295, 356
 Guido, José M., 64
 Guillén, Abraham, 133-137,
 291, 339
 Gullo, Jorge, 397
 Gullo, Juan Carlos Dante, 200,
 205, 236, 255, 261, 314, 347
 Gutiérrez Ruiz, Héctor, 410
 Guzzetti, almirante César, 354,
 364
 Guzzetti, Ana, 241
 Guzzo Conte Grande, Raúl
 Héctor, 164, 198

 Habegger, Norberto, 178, 388,
 410
 Haidar, Adriana, 387
 Haidar, Ricardo, 190, 250
 Harguindeguy, general Albano,
 260, 329, 402
 Haya de la Torre, Víctor Raúl, 40
 Haymal, Fernando, 318-320,
 342, 348-349
 Hernández, Mario, 123, 135,
 228

Hernández Arregui, Juan José,
 40, 42-43, 46, 86-87, 89, 94,
 135
 Herreras, Casildo, 329
 Hobert, Carlos, 374, 406, 412
 Hora del Pueblo, pacto político,
 173-174

 Iaccuzzi, padre Rafael, 385
 Ibáñez, Paco, 321
 Ibarra, Ricardo, 146
 Iglesia Católica, la: y el
 marxismo, 104-106;
 y el peronismo, 39, 53, 103,
 106;
 y la violencia, 105-107, 384-
 385;
 y los cambios sociales, 103-
 107, 109-110
 Illia, Arturo, 64, 70, 73, 112,
 113, 117
 Imaz, brigadier general
 Francisco, 119, 197
 imperialismo y
 antiimperialismo, 48-50, 52,
 69-73, 119, 125, 138-139,
 168-172, 179-180, 208, 229-
 233, 235, 246, 268, 272,
 296, 311, 357
 industriales, actitudes de los,
 47-48, 53-54, 69-70, 148,
 224, 354-355, 391
 inmigración, 34
 Internacional Socialista, 384-
 385
 Iñíguez, general Miguel Ángel,
 239, 258
 Irak, 387
 Irazusta, Julio, 39
 Iriart, Carlos, 263

Iribarren, coronel Héctor, 184
 Italia, 34, 411
 Iturbe, Alberto, 80, 81
 Iturrieta, Aníbal, 213
 Ivanissevich, Oscar, 242, 273
 Ivanoff, Lilliana, 286
 Izquierda Nacional: corriente
 ideológica, 42-49;
 partidos políticos, 42, 87-89
 izquierda peronista: actitud
 hacia Perón, 77-84;
 diferenciación interna, 82-84;
 orígenes y desarrollo, 32-43,
 87-88, 66-84, 308-310;
véase también Montoneros y
 Peronismo de Base

 Jaime, Armando, 66, 82, 265
 Jáuregui, Emilio, 119
 Jauretche, Arturo, 86, 166
 Jauretche, Ernesto, 87, 391,
 412
 Jozami, Eduardo, 349
 Juárez, Enrique, 236, 261
 Junta de Coordinación
 Revolucionaria (JCR), 26,
 336
 justicialismo, 50-51, 59, 75-77,
 125, 230, 259, 309, 316, 417
 Justo, Agustín P., 35
 Justo, Juan B., 44
 Juventud Argentina por la
 Emancipación Nacional
 (JAEN), 26, 121, 193
 Juventud Conservadora
 Popular, 246
 Juventud Peronista (JP):
 actividad de la, 205-207,
 216, 230, 232-233, 241-248;

ataques a la, 240-241, 265,
 283, 286, 314;
 estructura de la, 219, 274-
 275, 425;
 la JP de los primeros años
 setenta, 52, 66, 167, 176,
 193-194, 206-207, 217-218,
 223, 232, 401;
 la JP original, 90, 120, 176;
 no democrática, 219;
 "regionales" de la JP, 193,
 216, 274, 425
 y Perón, 174, 230, 236-237
 Juventud Peronista de la
 República Argentina (JPRA),
 26, 254, 337
 Juventud Peronista Montonera
 (JPM), 26, 409, 426
 Juventud Radical, 246
 Juventud Revolucionaria
 Peronista (JRP), 26, 66, 90
 Juventud Sindical Peronista
 (JSP), 26, 254
 Juventud Trabajadora Peronista
 (JTP), 26, 216, 219, 233,
 236, 261, 425;
 asaltos a la, 240, 244, 283;
 reemplazada, 274, 314;
 vacilaciones de la, 226, 243-
 244;
 y los sindicatos, 222, 244,
 267, 332
 Juventud Universitaria
 Peronista (JUP): JUP original,
 26, 120;
 JUP promontonera, 120-121,
 149, 216, 219, 221, 223,
 240, 242-243, 253, 261, 273-
 274, 316-317, 425
 Juventudes Políticas Argentinas
 (JPA), 26, 246

Kennedy, Norma, 238
 Kestelboim, Mario, 274
 Klein, Guillermo Walter, 396
 Kloosterman, Dirk H., 143, 258, 270
 Kraiselburd, David, 263
 Krieger Vasena, Adalbert, 114, 117, 119
 Kunkel, Carlos, 213

La Causa Peronista, 245, 260, 290
La Opinión, 290
 laboristas, 39, 58, 417
 Lacabanne, general de brigada Raúl, 334
 Laguzzi, Pablo, 259
 Laguzzi, Raúl, 243, 259, 345
 Lambruschini, contraalmirante Armando, 377, 403
 Lanusse, general Alejandro: Cámpora citado en, 198-199; como presidente, 64, 167, 185, 204, 239, 257, 263, 389-390; su plan político, 119, 159, 179; 185-188, 264
 Laplane, general Alberto Numa, 343
 Lastiri, Raúl, 151
 "leal", tendencia del peronismo, 102, 221, 417
 Legión Cívica, 36, 99
 Lenin, Vladimir Ilich, 32, 400
 leninismo, 140, 366-367, 369, 391
 Lesgart, Adriana, 261, 397
 Lesgart, Susana, 185, 190, 198
 Levingston, general Roberto, 64, 162, 185

Lewinger, Arturo, 296, 341
 Ley de Asociaciones Profesionales, 68, 226, 243, 412
 Ley de Prescindibilidad, 226, 243
 Ley Sáenz Peña, 44
 Ley Universitaria de 1974, 242
 Licastro, Francisco Julián, 193
 Liendo, general Horacio Tomás, 364
 Liga Patriótica Argentina, 37, 99
 Ligas Agrarias, 327, 344
 Liprandi de Vélez, María C., 198
 Lizaso, Arnaldo, 307
 Lizaso, Carlos Alberto, 257
 Lizaso, Miguel, 235, 257, 344
 Lombardich, doctor Antonio, 312
 Lonardi, general Eduardo, 56, 64
 López, Atilio, 214, 240
 López Jordán, Ricardo, 32-33
 López Rega, José: caída, 270-271, 287; ministro de Bienestar Social, 211-212, 229, 245, 254, 257, 262-263, 270-271, 282, 309, 337, 357, 367; organizador de la Triple A, 238-239, 286, 337, 348; secretario de Perón, 151, 211; y lo oculto, 334
 Losada, Luis, 78, 163, 198, 220
 Lovey, Osvaldo, 328
 Luna, Félix, 11, 90, 93, 94, 150, 436
 Luz y Fuerza, sindicato de, 222, 332, 355

Lysak, Oscar, 206

 Madres de Plaza de Mayo, 384
 Maestre, Juan Pablo, 178
 Maggio, Horacio, 408
 Maguid, Carlos, 142, 164, 166, 198, 206, 250, 410
 Malvinas, islas, 178, 231, 296, 378
 Mansilla, Marcelino, 270, 333
 Marcha, 115
 Margaride, Luis, 115, 284
 Marighela, Carlos, 339
 Martínez, María Estela (Isabel) véase Perón, Isabel
 Martínez Baca, Alberto, 214, 307, 308
 Martínez Borelli, Holver, 339
 Martínez de Hoz, José Alfredo, 251, 353-354, 356-357, 386, 390-391, 394
 Martins, Néstor, 123
 marxismo y marxistas, 43, 63, 101, 104, 109, 130, 149, 179-180, 228, 240, 259, 264, 269-270, 308, 366, 390
 Mascardi, Enrique, 262
 Masetti, Jorge Ricardo, 64, 130
 Massaferrro, subteniente Ricardo Eduardo, 301
 Massera, almirante Emilio Eduardo, 252, 341, 352, 378
 "Masacre de Devoto", 380
 matanza de Ezeiza, 137, 237-238, 263
 matanza de Trelew, 189-192, 200, 245, 250, 263-264, 283, 296
 Maurras, Charles, 35
 Mayol, Roberto, 342

Maza, Emilio Ángel: como comandante montonero, 139, 142; como militante católico, 111; en el "Aramburazo", 156, 160; muerte, 162-166, 198, 288
 Medellín, Conferencia del Episcopado Latinoamericano, 105-106
 Melena, Norma, 120
 Mendizábal, Horacio: captura y huida, 349, 350; funda los Descamisados, 178; líder montonero, 205, 383-384, 387, 392, 395, 405-406, 427; muerte, 397
 "Mendoza", 186
 Menéndez, general Luciano Benjamín, 341, 353, 394
 Menna, Domingo, 189, 369
 Metz, Enrique, 280, 336
 México, exiliados en, 213, 259, 345, 382, 389-393, 410
 Michelini, Zelmar, 410
 Miguel, Lorenzo, 269, 271, 344
 Militancia, 239-240, 251, 290
 militares, los: fracaso como gobernantes, 353-357; golpe de 1930, 55, 99; golpe de 1943, 38, 266; golpe de 1955, 47, 99, 156, 169, 266, 276, 296; golpe de 1962, 70, 113; golpe de 1966, 65, 97, 103, 113, 135-136, 352; golpe de 1976, 123, 293, 305-306, 326-330, 351-353, 380;

papel represivo, 118-119, 289-290, 301, 305-306, 340, 352-356, 357-360, 373-381, 392;
 revuelta militar de 1956, 120, 157-158, 161, 143, 237, 240, 247, 257, 301;
 revuelta militar de 1960, 239;
 y el peronismo, 53;
 y los gobiernos peronistas, 247-248, 326
 Misetich, Mirta, 178
 Misiones, elecciones en, 307-309, 311
 Mitrione, Dan, 289
 Mitterrand, François, 321
 Molina, Alberto, 270, 235, 374-375
 Mondelli, Emilio, 215, 329-330
 Monte Chingolo, derrota del ERP, 313, 347
 Montoneros: actividad electoral de los, 192-195, 216, 306-310; antecedentes de los fundadores, 97-98, 102, 107-108, 111;
 aparato, 275-277, 281, 370-371, 376, 389;
 apelación a la policía, 277-278;
 apropiaciones de pertrechos, 244-245, 328;
 armamento, 139, 163, 164, 167, 181, 262, 276, 281-282, 298, 328, 342-343, 363-364, 388;
 asesinatos por venganza, 155-162, 261-265, 282-289, 292-293, 302, 377;

ataques a la Armada, 296, 377, 388, 409;
 ataques a la Fuerza Aérea, 252, 297, 364;
 ataques a la policía, 180, 183, 262, 223, 228-229, 277, 294-295, 302, 328, 336, 341, 358-364, 409;
 ataques al Ejército, 295, 297-301, 312-313, 328, 362-363, 388, 409;
 ataques con bombas, 167, 182-184, 262, 279, 294, 296-297, 328, 359, 363-364, 377, 396;
 ataques contra los empresarios, 327, 364-365, 370, 395-396, 409;
 ataques contra los líderes sindicales, 195, 228, 262, 271, 329, 409;
 atracos e incursiones, 139, 163-164, 167, 181, 184-185;
 autocrítica, 210-211, 231, 291-292, 315-316, 325, 366, 400;
 bajas, 164-165, 184, 188-192, 237, 241, 257, 285, 294-295, 297-302, 314, 317-322, 335, 338, 341, 362-363, 365-366, 373-376, 381, 385, 388, 392, 396-397, 399;
 base y composición social, 112-113, 131-132, 142-143, 164, 172, 191, 195-196, 221-223, 248-249, 314, 324, 364-365;
 burocratismo interno, 141, 220-221, 325, 398-399;
 en la cárcel, 319, 373-374, 376-377;

como movimientistas, 84, 210-211, 245-246, 292;
 comportamiento vacilante de los, 223-232, 236, 242, 244, 308;
 contraofensiva de 1979, 392-397, 427-428;
 creación de los, 97-99, 108-109, 124-125, 137;
 declinación de los, 10, 398-404;
 disciplina interna, 317-326, 372, 407, 413;
 divisiones internas, 312, 371-372, 399-400;
 documentos de los, 157, 168-172, 208-209, 256, 367-368, 390;
 emisiones de radio, 290, 383;
 en el exilio, 373, 382-393;
 estimación del número de miembros, 168, 276, 381;
 estrategia, 98, 136, 159-160, 171-172, 179-185, 192, 207-208, 230, 242, 245-250, 271-272, 293, 295, 301-306, 329, 357-358, 391-396, 403;
 estructuras organizativas, 114-115, 179-180, 272-277, 366-369, 407, 411;
 financiación, 278-281, 312, 331, 370, 373, 382-383, 387, 399, 401 (véase también secuestros y atracos);
 fugas de la cárcel, 189-190;
 fusiones organizativas, 175-176, 179-180, 349;
 impacto de las operaciones, 157, 182-186, 196, 282-288, 301, 303-306, 326, 359-360, 377, 389;

influencia católica, 103-111, 157, 166 (véase también radicalismo católico);
 influencia en las universidades, 212, 215, 242-243, 316-317;
 influencia en los sindicatos, 222-223, 314;
 influencias estratégicas sobre los, 133-137, 291;
 liderazgo, 142, 156, 176, 188-189, 323-326, 341, 371, 376, 382-384, 396-397, 399, 406, 411;
 los primeros montoneros, 31-35, 44, 168-169;
 militarismo de los, 221, 244, 249, 268-269, 275-276, 291-292, 294-306, 312, 316, 326, 370-371, 377, 390-395, 399-401;
 nombre escogido, 137-138, 195;
 ocupaciones de barrios y ciudades, 162-164, 181, 294, 305, 344;
 ocupan cargos del Estado, 212-214, 229-230, 255;
 operaciones de propaganda, 163, 181-185, 211, 279, 293, 303-304, 388, 406;
 operaciones orientadas hacia la clase obrera, 184, 262, 279-280, 315, 327-328, 364-365, 371, 394-395;
 organizaciones y actividad del frente de masas, 166-167, 191-207, 216-250, 273-275, 277, 306-317, 425
 (véanse también los nombres

de las organizaciones);
 orientación hacia el Tercer Mundo, 110, 172, 387-388;
 orientación ideológica, 124, 157, 168-172, 248-249, 310-311, 366-369, 390;
 prensa y publicaciones, 178, 228, 235-237, 245, 289-291, 315, 323, 383, 392, 407
(véanse también títulos);
 puestos fuera de la ley, 312;
 relaciones con el movimiento obrero, 195-196, 262-271, 294, 304-306, 314-315, 327-330, 364-365, 371, 395;
 relaciones con la izquierda no peronista, 245-246, 248-249, 345, 365, 368;
 relaciones con otras organizaciones guerrilleras, 171, 176-181, 189-190, 246, 248-250, 295-296, 368-372;
 secuestros, 184, 199, 252, 262, 278-281, 288;
 Servicio de Información, 277, 287, 359, 407;
 tácticas y capacidad de movilización, 167, 195, 203-207, 216-217, 222, 228-229, 232-235;
 talleres de municiones, 281, 364;
 tendencias escisionistas, 102-103, 220-221, 248-250, 330-331, 398-401, 423
(véanse también nombres de las tendencias);
 unidades rurales y de montaña, 327-328, 362-363;
 visión de la historia

argentina, 168-169;
 y el Ejército, 247-248, 295, 326;
 y el golpe militar de 1976, 326, 357-360;
 y el Gran Acuerdo Nacional (GAN), 159;
 y el marxismo, 179, 366, 390;
 y el peronismo, 7-8, 124-129, 159-160, 168-171, 235-237, 270-273, 366-368;
 y la guerra de guerrillas urbana, 78, 129-133, 140, 152, 181-185, 292;
 y la muerte, 110, 191, 256, 351, 375, 404;
 y la Triple A, 285-289;
 y las administraciones peronistas de 1973-1976, 208-209, 249-250, 261, 272, 294, 310, 313, 357;
 y Perón, 78-79, 84, 126, 129, 141-142, 171-175, 208-209, 223-224, 226-237, 311, 367-368
 Montoneros, Columna José Sabino Navarro, 220, 249, 331
 Montoneros 17 de Octubre (M17), 26, 398-401, 412
 Mor Roig, Arturo, 186, 263-264
 Morales, Juan Ramón, 238, 285, 337
 Moreno, Nahuel, 148
 Moro, Aldo, 411
 Mosse, Miguel Ángel, 314, 347, 362
 Mott, Hugo, 344
 movimientismo y

movimientistas, 84, 122, 207, 210-211, 214-215, 220, 245-250, 292, 418
 Movimiento de Inquilinos Peronistas (MIP), 26, 216, 253, 425
 Movimiento de Integración y Desarrollo (MID), 26, 198, 405
 Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR, Chile), 28, 336
 Movimiento de la Juventud Peronista (MJP), 26, 90
 Movimiento de Orientación Reformista (MOR), 27, 255, 317
 Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, 105-106, 110, 166
 Movimiento de Villeros Peronistas (MVP), 27, 216, 253-254, 425
 Movimiento Montonero, 367, 369, 406, 427
 Movimiento Nacional Reformista (MNR), 26, 317
 Movimiento Nacional Revolucionario Tacuara (MNRT), 27, 100-102, 133, 257
 Movimiento Nueva Argentina (MNA), 99, 178
 movimiento obrero, el: actividad de base, 54-55, 117, 130, 180, 314, 332, 344;
 ataques a los líderes sindicales, 179, 195-196, 228, 234, 258, 262, 381, 409;

huelgas, 53-56, 68, 72, 92, 118-119, 185, 210, 218, 222, 225, 243, 270-271, 294, 301-305, 315, 329, 332, 338, 352, 355, 394;
 militancia, 55-56, 66-67, 79, 113, 116-119, 129-130, 314, 329, 333, 338, 355-356;
 su heterogeneidad, 66-67, 333, 394;
 su liderazgo (burocracia sindical), 71, 93, 118, 127, 148, 226, 244, 262-271, 305, 315, 329;
 y el peronismo, 38, 41-42, 48, 52-59, 66-67, 80-81, 205, 217-218, 233-235, 244-245, 264-271;
 y la guerra de guerrillas, 129-131, 173, 175, 196, 268-271, 304-306, 314-315, 327-328, 396; *véase también* Confederación General del Trabajo, Confederación General del Trabajo de los Argentinos y vanderismo
 Movimiento Peronista, 98, 103;
 base social, 52-53, 123-124, 132, 169;
 estructura del, 51-55, 345-346;
 formaciones especiales del, 65, 159, 173, 175-181, 186, 196;
 surgimiento del, 37-39;
véase también movimiento obrero
 Movimiento Peronista Montonero (MPM), 27, 335, 372-373, 383-384, 387, 390-391, 397-398, 426-427

Movimiento Revolucionario
 Peronista (MRP), 27, 65, 80-81, 170
 Mugica, padre Carlos:
 asesinado, 239, 399;
 se convierte en un peronista, 106-108, 111;
 y la teología de la liberación, 104, 108-109;
 y la violencia, 106, 108;
 y los primeros montoneros, 107-108, 166
 mujeres, 51, 253
 Muñiz Barreto, Diego, 213, 252
 Mussolini, Benito, 45
 nacionalismo: burguesía
 nacional, 46-49, 54-57, 70-71, 114, 212, 224-225, 357;
 evolución del, 33, 35-49, 98-103;
 frentes de liberación
 nacional, 224-225, 247, 272-273, 311;
 la cuestión nacional, 37, 43, 58
 Nasif, coronel Jacobo, 206, 250
 Navazo, Félix, 263, 331
 Nell, José Luis, 100-102, 257
 neoperonistas, 60, 70
 Nixon, Richard M., 204
 "Noche de los Bastones Largos", 116
 Noticias, 245, 251, 290, 401, 407
 Obeid, Jorge, 221
 Obregón Cano, Ricardo: como
 líder "auténtico", 307;
 en el exilio, 345;
 gobernador de Córdoba, 214, 334;
 líder montonero, 372, 391-392, 401
 oligarquía, 32-33, 62-63, 246, 368, 390
 Olmedo, Carlos Enrique, 177, 180, 189, 198, 391
 Onganía, general Juan Carlos:
 caída, 119, 129, 161-162;
 presidencia de 1966-1970, 60, 62-63, 69, 81, 109, 112-119, 122, 149, 252, 350, 418;
 toma el poder, 65, 97;
 y el "Aramburazo", 158-162
 Ongaro, Raimundo: radical
 católico, 174, 333;
 revolucionario peronista, 82, 130;
 y la CGT de los Argentinos, 117-118, 122, 149;
 y la Federación Gráfica, 245, 332
 Operación de Reconstrucción
 Nacional Coronel Manuel
 Dorrego, 247-248
 Orgambide, Pedro, 412
 organismos profesionales,
 120-123, 150
 Organización Comunista Poder
 Obrero (OCPO), 27, 368-369
 Organización de Estados
 Americanos (OEA), 29, 212, 380-381, 408-409
 Organización Internacional del
 Trabajo, 385
 Organización para la Liberación
 de Argentina (OLA), 27, 369, 372

Organización para la Liberación
 de Palestina (OLP), 28, 387
 Organizaciones Armadas
 Peronistas (OAP), 27, 179-180
 organizaciones católicas: Acción
 Católica (AC), 25, 98, 107, 111, 166;
 Juventud Estudiantil
 Católica (JEC), 26, 107, 108, 189;
 Juventud Obrera Católica
 (JOC), 26, 111, 176;
 otras, 98-100, 111
 Ortega Peña, Rodolfo, 123, 240, 251, 283
 Osatinsky, Marcos, 140, 189, 297, 319, 341, 377, 390
 Osinde, teniente coronel Jorge,
 175, 238
 Otero, Ricardo, 211, 244
 Ottalagano, Alberto, 242, 259
Pacem in terris, 104
 Pacto RocaRunciman, 35
 Pacto Social, 224-225, 232, 243, 261, 265, 269
 Padilla, Miguel, 412
 Paino, Héctor, 337
 Palabra Obrera, 75, 93, 147, 424
 Palacio, Ernesto, 39
 Paladino, Jorge Daniel, 159, 174-175
 Pampillón, Santiago, 116
 Panamá, 151, 212
 Parodi, Delia, 80
 Partido Comunista de la
 Argentina (PCA), 27, 142, 215, 264-265, 284, 313, 323, 345;
 apoyo estudiantil, 120, 255, 317;
 oposición al peronismo, 41-44, 86;
 respalda a Videla, 386
 Partido Comunista
 Revolucionario (PCR), 27, 349
 Partido Conservador Popular,
 173
 Partido Cristiano Popular, 339
 Partido Demócrata Progresista,
 173
 Partido Intransigente (PI), 27, 198, 313, 345, 347
 Partido Justicialista (PJ), 51, 80-81, 187, 194, 198, 199, 236, 264, 283, 307-310, 316, 405
 Partido Montonero (PM), 27, 339, 366-370, 372-373, 384, 400, 406, 427
 Partido Peronista, 51, 58, 68, 80-81; véase también Partido
 Justicialista
 Partido Radical (UCR): antes de
 1946, 34, 39-40, 86, 127;
 de Balbín, 173, 162, 187, 200, 239, 287, 308, 405
 Partido Revolucionario Cristiano
 (PRC), 27, 198, 313, 347
 Partido Revolucionario de los
 Trabajadores (PRT), 27, 147-148, 332, 340, 423-424
 Partido Socialista; véase Partido
 Socialista Argentino
 Partido Socialista Argentino
 (PSA): PSA de Jorge Selser,
 27, 198;
 PSA dirigido por Coral, 148, 198, 424;

PSA tradicional fundado por Justo, 41-44

Partido Socialista de la Revolución Nacional (PSRN), 27, 42

Partido Socialista de los Trabajadores (PST): comunicado sobre el ataque a Formosa, 301; creación, 27, 148; relaciones con otras fuerzas, 246, 332, 345; y la represión, 284, 354

Partido Socialista Italiano, 27, 321

Partido Socialista Obrero Español (PSOE), 28, 385

Partido Socialista Popular, 317

Patria Vasca y Libertad (ETA), 28, 385

Pedreira, Manuel, 406

Peñaloza, Ángel Vicente, 32

Perdía, Roberto C., 383, 406, 427

Perdini, teniente coronel, 205

Peressini, Juan Carlos, 180

Pérez, Juan Carlos, 278

Pérez Esquivel, Adolfo, 381

Pérez Jiménez, Marcos, 128

Perón, Evita: culto de, 8, 126-129, 140, 155, 162, 170, 182-184, 191, 229, 234, 253, 279, 330; escritos, 126-127; Fundación Eva Perón, 126; muerte, 57; recuperación de su cadáver, 282; secuestro de su cadáver, 56, 158, 161;

y el 17 de octubre de 1945, 150;

y las mujeres, 51

Perón, Isabel: candidata vicepresidencial, 227; conoce a Perón, 71; crítica montonera de, 227, 233-234, 261, 311, 330, 357; presidenta, 54, 238, 245, 270-271, 282, 306, 311, 348, 352, 367; visita la Argentina en 1965-1966, 178

Perón, Juan Domingo, 8, 143, 279, 390; atracción burguesa, 76-77, 169; citas de, 31, 50-51, 58, 70, 75-80, 103, 107, 113, 148, 158, 175, 196, 218, 234, 238; como presidente (1946-1955), 42, 57-58, 182; como presidente (1973-1974), 218, 227-238; doctrina, 49-54, 75-77, 171-173, 230-231; en el exilio, 57-58, 74, 128; estrategia en la oposición, 80-84, 135, 172-175, 192-196; muerte, 236-237, 308; regreso a la Argentina, 216, 237-238; se dirige a la Juventud, 78-79; toma el poder, 38, 55-57; visita la Argentina en 1972, 187, 192, 194; y el golpe chileno, 257;

y el golpe de Onganía, 148; y el Gran Acuerdo Nacional, 159, 188; y la burocracia sindical, 228, 233-234, 367-368; y la derecha, 44, 75-76, 128, 228-229, 235, 237-238, 241-242, 367; y la Hora del Pueblo, 174; y la izquierda, 74-84, 196, 218, 228-238; y los guerrilleros, 71-78, 129, 167, 173-181, 196, 269

Peronismo de Base (PB), 27, 130, 159, 177, 210-211, 332

Peronismo en la Resistencia, tendencia política, 399, 423

"peronización" (en los años sesenta), 45, 112, 120, 123

Perú, 212, 410

Piccinini, Alberto, 265, 332

Píccoli, Carlos, 397

Pinochet, general Augusto, 235, 257, 347

Piriz, Mario, 350

Pita, coronel Juan Alberto, 368

población, 38, 85, 131

Ponce, Teodoro, 267, 333

Populorum progressio, 104-105

Portantiero, Juan Carlos, 349

Posse, Gustavo, 146

Poulantzas, Nicos, 260

Prats, general Carlos, 240

prensa: comercial, 331, 289-291, 339, 348, 360; izquierdista, 65-66, 92, 109-110, 220, 237, 245, 251, 289-291, 335, 383, 407

Primera Plana, 335, 341

propiedad de la tierra; véase economía, sector agrario

Puch, Ramón, 346

Puig, Juan Carlos, 212

Puiggrós, Rodolfo: hijo de, 407; en el exilio, 345; escritos, 46-48; evolución política, 42, 87; muerte, 401; rector universitario, 215, 243; y los Montoneros, 372, 391, 401

Puiggrós, Sergio, 374, 407

Pujadas, Mariano, 185, 190, 192, 198, 338

Pujals, Luis, 147, 189, 200, 424

Puro Pueblo, 220, 254

Quieto, Roberto Jorge: actividad temprana, 323; carácter, 322, 325; como líder de las FAR, 123, 178, 251, 322; detención de 1974, 237; en la fuga de Rawson, 189, 323; entrevistado, 295; líder montonero, 236, 390; secuestro de 1971, 123, 178; secuestro y juicio, 320-326, 366

Quijada, contraalmirante Hermes, 331

Quispe, Antonio, 238

Radicales Populares (UCRP), 70

radicalismo católico, 103-112, 117, 123, 157, 161, 164, 166, 168, 191, 239, 313-314, 333, 339, 380, 384-385

radicalización (en los años sesenta), 66-76, 112-124

Radio Liberación, 383, 395
 Radio Noticias del Continente, 409
 Radowitzky, Simón, 284
 Ragone, Miguel, 214, 274
 Ramírez, general Pedro P., 38
 Ramírez, Julio César, 410
 Ramos, Jorge Abelardo, 42, 46, 48, 87-89
 Ramos, Pablo, 412
 Ramus, Carlos Gustavo: en el "Aramburazo", 156, 160, 164;
 en Tacuara, 98, 103;
 montonero fundador, 107-108, 139-142
 muerte, 165, 175, 198, 220;
 recordado, 140, 166, 234
 Ranier, Jesús, 347
 Raverta, María Inés, 410
 Rawson, fuga de la prisión de, 180-181, 189, 323, 338, 341-342
 Rawson, general Arturo, 38
 Rearte, Gustavo, 66, 71, 82-83, 90, 92, 115, 143-144
 "Reconstrucción Nacional", 209-210, 220, 247-248
 Remorino, Jerónimo, 82
 Resistencia, la, 68, 72, 307, 419
 revisionismo histórico, 34-37, 43-45, 59, 168-169
 "Revolución Argentina" (de 1966), 114, 188
 revolución iraní, 403
 Revolución Libertadora de 1955, 47, 72, 266, 419
 revolución nicaragüense, 307, 387, 403
 Reyes, Cipriano, 58, 91

Righi, Esteban, 212-213, 345
 Rivera, Enrique, 42
 Roca, general Julio, 33
 "Rocazo", el, 186
 Rockefeller, Nelson, 119
 Rodeiro, Luis, 165, 198, 220
 Rodrigo, Celestino, 270, 329, 419;
 el "Rodrigazo", 270, 395, 419
 Rodríguez, José, 143
 Rodríguez Anido, Julio, 412-413
 Rogers, William, 204
 Rojas, almirante Isaac, 72
 Romeo, Felipe, 241, 337
 Roqué, Julio, 250, 348, 369, 375, 390, 406
 Rosas, inspector de policía, 320
 Rosas, Juan Manuel de, 32, 35, 57, 99
 rosistas, 37, 419
 Rossi, Jorge Gustavo, 111, 173, 176, 184
 Roth, Carlos, 349
 Rucci, José, 332-333;
 líder de la CGT, 231, 264-265, 269;
 muerto, 8, 228, 234, 263, 270, 267, 331, 381
 Rulli, Jorge, 90
 Russo, José Mario, 285
 Russo, Vincenzo, 184
 sabattinistas, 40, 86
 Sabelli, María Angélica, 198
 Sabino Navarro, José: como líder montonero, 175, 183, 423;
 crea un grupo guerrillero, 143;
 militancia católica, 111;

muerte, 188-189;
 recordado, 140, 187, 220, 234;
 se une a los Montoneros, 143, 165, 173, 198
 Saint-Jean, general Ibérico, 380
 Salamanca, René, 243, 265, 332, 335
 Salame, Ismael, 346, 374
 Salas, Martín, 263
 Salas, Samuel, 327, 331
 Salato, Leandro, 263, 331
 Sallustro, Oberdan, 199
 San Juan, Rubén, 262
 San Martín, general José de, 140, 163, 168
 sandinistas (FSLN), 387, 397, 403
 Sandler, Héctor, 313
 Sanmartino, mayor Julio Ricardo, 180
 Santillán, Atilio, 270, 334
 Santucho, Mario Roberto:
 citado, 210-211, 251;
 ejecución de su esposa 190, 283;
 estudios, 341;
 fuga de Rawson, 189
 líder del PRT, 147-148;
 muerte, 369;
 sobre la composición del PRTERP, 260, 424;
 Sanz de Llorente, Susana, 346, 413
 Sapag, Felipe, 215
 Sapag, Ricardo Omar, 252-253
 Sartre, Jean-Paul, 321
 Sbédico, Luis, 341
 Selser, Jorge, 198
 Semana Trágica (de 1919), 45, 88

62 De Pie Junto a Perón 27, 71, 81
 62 Organizaciones, 51, 71, 264, 269, 333, 352
 Sfeir, Carlos, 207
 Silvesti, Roberto, 273
 Simone, Horacio Beto, 237
 sindicalismo, 34
 sindicalismo de liberación, 117
 sindicalismo nacional, 100
 Sindicato de Jaboneros y Perfumistas, 71
 Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA), 27, 143, 222, 240, 243, 245, 258, 262, 271, 332, 335
 Sindicato de Periodistas, 119, 349
 Sindicato de Trabajadores de la Publicidad, 332
 Sindicato Universitario de Derecho (SUD), 27, 100, 120
 sindicatos; véase movimiento obrero y los nombres de los sindicatos
 SITRAC-SITRAM, 27, 130, 180
 Slemenson, Claudio, 346
 Soares, Eduardo, 341
 socialismo, 43
 socialismo nacional, el:
 propugnado, 124, 149;
 usado por Perón, 59-60, 75-76, 230;
 y los Montoneros, 84, 170-171, 209, 225, 230, 236
 Solano Lima, Vicente, 194, 259, 264
 Solari Yrigoyen, Hipólito, 239
 Solarz, Sara, 377

Soldati, Francisco, 396
 Somoza, Anastasio, 384, 387, 397
 Soratti Martínez, 198
 Sosa, capitán Luis Emilio, 190
 Span, Benito Miguel, 332
 Stalin, Iosif, 89
 Starita, Carlos, 263
 Stenfer, Gustavo Natalio, 337, 339
 Stroessner, Alfredo, 128, 265
 Suárez, Julio, 397
 Suárez Mason, general Carlos Guillermo, 353
 Sueldo, Horacio, 313, 347
 Sun Yatsen, 86
 Sylvester, Stanley, 199

Taco Ralo, la iniciativa foquista de las FAP en, 151, 176
 Tacuara, 27, 98-100, 103, 121, 419
 Taiana, Jorge, 212, 242
 Talento, Miguel, 273
 Tanzania, 387
 Tapia, Roberto, 345-346
 Tarquini, José Miguel, 285, 337
 tendencia "participacionista" del peronismo, 60, 70, 82, 117
 Tendencia Revolucionaria, 216-234, 262, 274, 307, 419
 Tercera Posición, la: partido político, 27, 308;
 en la doctrina peronista, 50, 75, 172, 230
 Tercermundismo, identificación con el, 75, 105, 110, 139, 172
 terrorismo, el: condenado, 317; datos del, 348;
 en Venezuela, 185;

"terrorismo de Estado", 373-381, 410;
 visión militar del, 354;
 y la derecha peronista, 231, 286-287;
 y la guerra de guerrillas urbana, 87, 133-136, 256, 286-287, 292-293;
 y los Montoneros, 152-153, 182, 288-289, 301-302, 327-329, 361-362, 411
 Tía Vicenta, 115
 Tolchinsky, Daniel, 397
 Torres, general Juan, 410
 Torres, Heriberto, 345-346
 Torres, padre Camilo, 104, 106-109, 423
 Torres Molina, Ramón, 200-201
 tortura, 10, 177, 188, 213-214, 240, 256, 318, 359, 374, 376
 Tosco, Agustín, 265, 332
 Touraine, Alain, 321
 Triple A (AAA): actividad, 239-241, 314, 358;
 estructura de la, 285, 337;
 orígenes de la, 151, 238-239;
 respuestas guerrilleras a la, 277-278, 283-289;
 y el Estado, 239, 241, 285, 339
 trotskismo, en la Argentina, 42, 89, 92, 101, 112, 148, 176
 Trotsky, León, 89, 148
 Trotz, coronel, 359-360
 Troxler, Julio, 197, 240, 257
 Trujillo, Rafael, 128
 Tucumán, provincia de: y la actividad guerrillera, 130, 176, 258, 295-297, 304, 343, 350, 358, 362;

y los trabajadores del azúcar, 110, 334, 341
 Tupamaros (MLN-T), los, 137, 152-153, 163, 185, 289;
 conexiones argentinas, 102, 240, 336;
 en la JCR, 336;
 estructura, 140, 335;
 y los traidores, 350

Ugarte, Manuel, 40
 Unión Cívica Radical (UCR); véase Partido Radical
 Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP); véase Radicales Populares
 Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI), 27, 65, 67, 70
 Unión de Estudiantes Secundarios (UES), 28, 216, 219, 253, 274, 425-426
 Unión Ferroviaria (UF), 222
 Unión del Pueblo Adelante (UDEPA), 28, 198, 347
 Unión Industrial Argentina (UIA), 88
 Unión Nacional Africana de Zimbabwe (UNAZ), 387
 Unión Nacional de Estudiantes (UNE), 28, 121, 149
 Unión Nacionalista de Estudiantes Secundarios (UNES), 28, 99
 Unión Obrera de la Construcción de la República Argentina (UOCRA), 28, 263-264, 270-271, 333
 Unión Obrera Metalúrgica (UOM), 28, 195, 211, 222, 244, 270-271, 332-333, 344

Unión Soviética, 75, 251, 386, 409
 Unión Tranviarios Automotor (UTA), 28, 222, 233, 346
 universidades: actitudes de los académicos, 116, 121-122, 215-216;
 autonomía de las, 115-116, 131-132, 242;
 influencia de la izquierda peronista en las, 120-122, 215, 316;
 toma del poder por la derecha peronista en las, 9, 242-243;
 Universidad de Buenos Aires, 109, 116, 120-122, 215, 221, 223, 242-243, 274;
 y las cátedras nacionales 122; véase también estudiantes
 Uriburu, general José F., 35-36, 99
 Uriburu, José Camilo, 185
 Uriz, Rufino, 347, 362
 Urondo, Francisco, 206, 250, 374, 390, 407
 Urquiza, general Justo José de, 32
 Urteaga, José Benito, 369
 Uruguay, 102, 131, 133, 163, 304, 336, 343-344, 350, 410
 Uturuncos, 75, 130, 140, 151, 170
 Uzal, Roberto, 184

Vaca Narvaja, Daniel, 412
 Vaca Narvaja, doctor Hugo, 338
 Vaca Narvaja, Fernando: ejecución de su esposa, 190;

en Nicaragua, 387, 397;
 miembro de la Conducción
 Nacional, 383, 392, 406;
 portavoz de los Montoneros,
 235;
 represalia contra su familia,
 338;
 fuga de Rawson, 189
 Vaca Narvaja hijo, Hugo, 362
 Valenzuela, Tulio, 392-393
 Valotta, Mario, 66
 Valladares, Carlos, 410
 Valle, general Juan José, 156,
 158, 170, 183, 240, 301
 Vallese, Felipe, 140
 Van Lierde, Pablo, 240, 262
 Vandor, Augusto T.: asesinato
 de, 8, 82, 119, 179, 234,
 267-269, 331;
 como líder sindical, 71, 80-
 83, 117;
 vandorismo, 71, 80-81, 113,
 117, 127, 266-268, 270, 332,
 333
 Vanguardia Comunista (VC), 28,
 207
 Vanguardia Revolucionaria (VR),
 28, 349
 Varela, Felipe, 32
 Vázquez, Jorge Alberto, 212
 Vélez, Ignacio, 142, 164, 198
 Ventura, Juan Pablo, 242, 261,
 273
 Verd, Marcelo Aburnio, 177
 Verdinelli, Néstor Raúl, 177
 Vidaña, Roberto, 213
 Videla, teniente general Jorge
 Rafael: como comandante en
 jefe, 343;
 como presidente, 9, 116,
 188, 205, 260, 284, 351-357,
 366, 386, 388;
 escapa a intentos de
 asesinato, 329, 350, 363-
 364;
 y el terrorismo, 353;
 y la democracia, 405
 Viel, Dante, 307, 344
 Vietnam (RSV), 102, 212, 252
 Vilar, Pierre, 321
 Villas, general Acdel Eduardo,
 354, 405
 Villa Devoto: revuelta carcelaria,
 206-207, 339;
 supuesta masacre, 380
 Villagra, Agustín, 180
 Villalón, Héctor, 75, 80-81
 Villanueva, Ernesto, 243, 259
 Villar, Alberto, 239-240, 283-
 286
 Villarreal de Santucho, Ana
 María, 190, 283
 Villegas, general Osiris
 Guillermo, 167
 Villone, Carlos, 337
 Villot, cardenal Jean, 384
 Viola, capitán Humberto
 Antonio, 340
 Viola, general Roberto, 353, 357
 violencia política, 8-9, 150, 184-
 185, 189, 193-194, 199, 317,
 326, 340, 346, 360-362, 365-
 366, 376, 379-380
 Vittar, Rodolfo, 213, 252
 Walsh, María Victoria, 374-375
 Walsh, Rodolfo, 118, 197, 252,
 400, 401, 407
 Weissen, Ana, 397

William Morris, tiroteo de, 165-
 166
 Yäger, Raúl, 394, 406, 427, 428
 Yessi, Julio, 337
 Yrigoyen, Hipólito, 35, 40, 44-45
 yrigoyenismo, 149, 169
 Zavala Rodríguez, Miguel
 Domingo, 230, 236, 274, 335,
 345, 374, 391

ÍNDICE GENERAL

<i>Introducción</i> , por FÉLIX LUNA	7
Prólogo a la tercera edición	13
Prólogo a la edición española	19
Prólogo a la edición inglesa	21
Siglas y abreviaturas.....	25
1. Antecedentes	31
<i>Evolución del nacionalismo argentino</i>	37
<i>El fenómeno peronista</i>	49
<i>Inestabilidad política posterior a 1955</i>	60
<i>El surgimiento de la izquierda peronista</i>	64
2. Origen de los Montoneros.....	97
<i>El nacionalismo, el catolicismo y los primeros</i> <i>montoneros</i>	98
<i>Radicalización en los últimos años sesenta</i>	112
<i>Peronismo montonero</i>	124
<i>La teoría de la guerrilla urbana y el atractivo</i> <i>de la lucha armada</i>	129
<i>Preparación para la guerra</i>	137

3. Por el retorno de Perón (1970-1973)	155
<i>Primeras operaciones y definiciones políticas</i>	155
<i>Relaciones con Perón y otras organizaciones</i>	
<i>guerrilleras</i>	173
<i>Naturaleza y efectos de la actividad montonera</i>	181
<i>Las pérdidas de la guerrilla y el culto al mártir</i>	188
<i>Promoción de la Juventud Peronista</i>	193
4. En busca de aire (1973-1974)	203
<i>El retorno del peronismo y el avance de la</i>	
<i>izquierda peronista</i>	203
<i>Limitaciones de la Tendencia Revolucionaria</i>	217
<i>Perón ataca a los Montoneros</i>	228
<i>La Triple A y la ofensiva derechista</i>	238
<i>El fracaso de la estrategia "movimientista"</i>	245
5. A las armas de nuevo (1974-1976)	261
<i>Ataques de la guerrilla a la burocracia sindical</i>	264
<i>El intento de crear un ejército montonero</i>	271
<i>Una nueva fase de la lucha armada</i>	282
<i>"Justicia montonera"</i>	282
<i>Los problemas de comunicación y el ascenso</i>	
<i>del militarismo</i>	289
<i>El salto guerrillero</i>	293
<i>Las iniciativas políticas mediante los "Auténticos"</i>	306
<i>El costo de la participación activa</i>	317
<i>Se acerca el golpe</i>	326
6. La retirada hacia el exterior del país (1976-1981) ...	351
<i>El régimen de Videla</i>	351
<i>La respuesta de los Montoneros: "Defensa activa"</i>	357
<i>Reorganización, reflexión y aumento de las</i>	
<i>disensiones internas</i>	366

<i>El uso del terrorismo de Estado para erradicar</i>	
<i>la "subversión"</i>	373
<i>La emigración montonera</i>	382
<i>Desastroso intento de retorno</i>	393
<i>El declive montonero</i>	398
Glosario	415
Apéndices	421
Bibliografía	429
Índice analítico	447

